ROQUE DALTON



POBRECITO POETA QUE ERA YO...

Roque Dalton nació el 14 de mayo de 1935 y fue asesinado el 10 de mayo de 1975 en San Salvador, El Salvador. Es, sin duda, uno de los intelectuales más interesantes y audaces del siglo xx en Centroamérica, por sus propuestas estéticas de ruptura y por su coherencia vital. Dalton, no obstante las reticencias de algunos de sus contemporáneos, se ha convertido en el escritor que más ha influido en las nuevas generaciones. Su amplia e intensa obra literaria aún se encuentra en fase de divulgación. Desde 1961 hasta 1973 (año en el que ingresó de forma clandestina a su país para integrarse al incipiente movimiento guerrillero) vivió en Cuba y en Checoslovaquia, y viajó a diversos lugares del mundo como México, Francia, Vietnam, Corea del Norte y Chile, estancias que están expresamente registradas en sus escritos. Su poesía, el género más conocido y difundido dentro de su creación literaria, lo ha legitimado como una de las voces más originales de América Latina. Sin embargo, su obra es de amplio espectro: *La ventana en el rostro* (poesía, 1961); *César Vallejo* (ensayo, 1963); *Taberna y otros lugares* (poesía, 1969); «*¿Revolución en la revolución?» y la crítica de derecha* (ensayo, 1970); *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador* (relato testimonial, 1972); *Caminando y cantando* (teatro, 1973); *Las historias prohibidas del Pulgarcito* (poema-*collage*, 1974); *Pobrecito poeta que era yo* (novela, 1976), entre otros títulos.

Pobrecito poeta que era yo…

Roque Dalton



una editorial latinoamericana

ISBN: 978-1-925317-05-3

Primera edición de Ocean Sur, 2019
Impreso en Colombia por Editorial Nomos S.A.

PUBLICADO POR OCEAN SUR
OCEAN SUR ES UN PROYECTO DE OCEAN PRESS

E-mail: info@oceansur.com

DISTRIBUIDORES DE OCEAN SUR
Argentina: Distal Libros ▪ Tel: (54-11) 5235-1555 ▪ E-mail: info@distalnet.com
Australia: Ocean Press ▪ E-mail: info@oceanbooks.com.au
Bolivia: Fundación Programa de Investigación y Estudios Estratégicos Latinoamericanos ▪ Tel.: 591-2-2782238 ▪ E-mail: fundacionpinves@gmail.com
Canadá: Publishers Group Canada ▪ Tel: 1-800-663-5714 ▪ E-mail: customerservice@raincoast.com
Chile: Ocean Sur Chile ▪ Tel.: (56-09) 98881013 ▪ E-mail: contacto@oceansur.cl ▪ http://www.oceansur.cl
Colombia: Ediciones Izquierda Viva ▪ Tel/Fax: 2855586 ▪ E-mail: edicionesizquierdavivacol@gmail.com
Cuba: Prensa Latina ▪ E-mail: plcomercial@cl.prensa-latina.cu
Ocean Sur ▪ E-mail: info@oceansur.com
Ecuador: Ediciones Populus ▪ Tel: +593 992871665 / +5932 2907039 ▪ E-mail: info@edicionespopulus.com ▪ www.edicionespopulus.com
EE.UU.: CBSD ▪ Tel: 1-800-283-3572 ▪ www.cbsd.com
El Salvador: Distribuidora El Independiente S.A de C.V ▪ Tel: 7900 1503 ▪ E-mail: walterraudales@hotmail.com
España: Traficantes de Sueños ▪ E-mail: distribuidora@traficantes.net
Gran Bretaña y Europa: Turnaround Publisher Services ▪ E-mail: orders@turnaround-uk.com
Guatemala: Distribuidora de Libros Modernos S.A. ▪ Tel: (502) 2253-8106 ▪ E-mail: gerencia@dlm.com.gt ▪ www.dlm.com.gt
México: Ocean Sur ▪ Tel: 52 (55) 5421 4165 ▪ E-mail: mexico@oceansur.com
Paraguay: Editorial Arandura ▪ E-mail: empresachaco@hotmail.com
Puerto Rico: Libros El Navegante ▪ Tel: 7873427468 ▪ E-mail: libnavegante@yahoo.com
República Dominicana: Editorial Caribbean ▪ E-mail: ecomercial@editcaribbean.com
Venezuela: Ocean Sur Venezuela ▪ E-mail: venezuela@oceansur.com



www.oceansur.com
www.facebook.com/OceanSur
info@oceansur.com

Índice

A Armando López-Muñoz y Otto René Castillo: In Memoriam.
A Arqueles Morales: en testimonio de amistad.

NOS PUEDES ENCONTRAR EN DIFERENTES LIBRERÍAS EN LA HABANA



Prado Nº 553, e/ Teniente Rey
y Dragones, Habana Vieja.

f LibreriaAbrilCuba



LIBRERÍA CUBA VA

Calle 23 esq. a J,
Vedado.



PUNTO DE VENTA

San Rafael y Galeano.

«Los héroes de los triunfos de la pluma…»

FRANCISCO GAVIDIA.

Vivíamos sobre una base falsa.
cabalgando en el vértice de un asqueroso mundo
[de mentiras,
trepados en andamios ilusorios,
fabricando castillos en el aire,
inflamando vanas pompas de jabón,
desarticulando sueños.

Y mientras,
otros amasaban con sangre nuestro pan,
otros tendían con manos dolorosas nuestro lecho engreído
y sudaban para nosotros la leche que sus hijos no tuvieron
[nunca.

Ah mi vida de antes sin mayor objeto
que cantar, cantar, cantar,
como cualquier canario de solterona beata.
Ah mis 25 años tirados a la calle.
25 años podridos que a nadie le sirvieron de nada.

Pobrecito poeta que era yo, burgués y bueno.
Espermatozoide de abogado con clientela.
Oruga de terrateniente…

PEDRO GEOFFROY-RIVAS.

Una vez más la patria me duele dentro de mí y me sufre Porque así soy Tal vez sería otro más locuaz perseverante y genial Pero confundido de mí encuentro que no soy lo que pude ser si hubiese nacido en un momento de mayor felicidad de dicha suprema cuando lloviera menos de lo que llueve ahora sobre San Salvador Mi madre no habría sido tan triste ni mi

padre habría estado junto a su alcohol Yo habría dicho qué bella la montaña el río que se precipita con sus estrellas Pero fue en vano No soy lo que pude ser Soy más pequeño que una brizna más miserable que una hormiga Soy un miserable que se desdice que se doblega hasta el orgullo hasta la seriedad y dice que no hay nada que lo mida que lo abarque con holgura Yo no quisiera ser el presuntuoso el afamado de mí Si hay poeta bueno en el sentidoadmirable de la palabra quién lo niega Soy yo Pero la vida es así Necesito la máscara el puño la palabra cruel para sobrevivir Por eso sufro Me siento el ladrón el que ha robado todo Esta camisa de *nylon* está llena de sangre Yo la uso impávido sin comprender sin oír sus lágrimas Cuántas tristezas desgarros afilaron sus hilos sus quiebres Yo lo uso con parsimonia con corbata de seda y olvidado de todo salgo a la calle silbando una canción Pero habrá un día cuando me digan qué he hecho qué he aportado a la felicidad Nada tendré ni nada diré porque estaré mudo Callado como una baldosa Todo silencio Llegaron los asesinados los muertos de tristeza a repudiarme a blandir sus puños sobre mis ojos y lloré porque fui cobarde porque callé y tuve miedo de morir de entregarme a la lucha como debía ser Pero alguien dirá fue honesto Todo corazón Caritativo Excelente amigo Manlio lo atestigua Alfonso Roberto Miguel Pepe todos me saben me conocen de memoria Sin embargo qué diré ese *día* que responderé Seré acusado y con razón llevado a la muerte Pero sobreviviré Tornaré cantando blandiendo mis versos porque en ellos soy grande Hermoso como una gratitud Claro como el día Un sol Pero es necesario Afamarse Llenarse de chongas de colores en mi país donde el respetable académico de la lengua llena los periódicos Es verdad en mi país la vida del poeta es una mierda Lloro de cólera al darme cuenta de que Alfonso gran poeta sacude los estantes de libros Cuándo el poeta será un príncipe Un Dios Por qué desde Platón se le relega Por qué lo vuelven un Prometeo Un cristo y a veces un Judas Un lavaplatos Ay la edad de oro la Edad de los Poetas Todo será felicidad la alegría brotará en las flores La Patria no será una llaga pústula maligna Nos acogerá con la ternura con que acoge un padre una madre a un hijo ciego Nos cubrirá nos llenará de besos Ahora es una madrasta una ramera que se entrega que nos martiriza Entonces mi patria será mi segunda infancia Volveré a mis pizcuchas A mi luna voladora Viviré alegre como una Pascua seré una dicha Un aplauso un milagro…».

ROBERTO ARMIJO

Prólogo y teoría general

Los blasfemos en el bar del mediodía

«Es una obligación de todo patriota odiar a su país de una manera creadora».

Pursewarden, en *Balthazar* (*El Cuarteto de Alejandría*,
de LAWRENCE DURRELL).

Hombre joven, ligera (es un decir) mente sofocado por el calor de la calle (este país es un viejo incendio, etc.). Ha entrado en este bar de nombre tan europeo (Chalo Olano lo decoró con maderas arrojadas por el mar, palmas disecadas, playwood *en retazos y bellos trastos inservibles traídos de Nueva York y de aquel México de 1955-1957, irrepetible, México de consumo personal donde todo el mundo parecía salvadoreño y podía uno alquilar por un mes un apartamento de lujo en las calles de Génova y aspirar realísticamente a viviseccionar los encantos de incipientes estrellas de cine y la Zona Rosa no se llamaba así y se gozaba más y más barato) precisamente a causa de ese calor anonadante y no ha podido perder aún cierta aureola denunciadora de su prisa santa por llegar de una buena vez a determinado destino final (¿de su jornada, de su vida?) apasionadamente suyo, inentregable. En cierto sentido, pues (hablo deprisa porque se me desorganiza pronto el raciocinio en estos días que me falta la cloropromacina), se trata de un hombre claramente en tránsito, antirraigal, interesado en el paréntesis no más por matar la sed (pero, además, para eso está el agua, ¿no?) poco, o nada, o en todo caso muy superficialmente comprometido con la suma de diurnos borrachos, espléndidas palabrotas como emitidas por un corno de caza, viñetas bucólicas de calendarios para turistas con operatividad máxima de cincuenta kilómetros a la redonda,*

mesas, lustradores, seudoclientes que solamente entraron a mear, ruidos y estruendos, retratos de un candidato a algo con aspecto de angelote zulú, meseros que van y vienen, gordas viejas provincianas que creen que el lugar es el sumun del lujo barato y de la decencia como para intentar almorzar con la marimba de monos, una vez en la vida como decía el General Martínez, vendedores de billetes de lotería, de postales pornográficas, plumas fuentes, bolígrafos, llaveros y condones, que le rodea. Cabello negro, abundante, de ese que suelen llamar quebrado en la clasificación nacional de cabellos, tan ingenua y tan alejada de las connotaciones del racismo mundial. Un metro sesenta y cuatro de estatura (descalzo). Señales particulares: un no sé qué de inquietante en los ojos (ver, aunque el punto de referencia peque de común, alguna foto juvenil de don Paquito Kafka), visible a pesar de los espejuelos sostenidos ostentosamente (como si fuera tan importante ser choco) por gruesos aros negros de fabricación italiana y que, de seguro, podría apostar sobre ello si es menester, se le agrava al escuchar el Preludio Número Veinticuatro *de Chopin o el tema central del inmortal* Mambo Número Ocho*, en medio de la noche estrellada y con camisa de seda con monograma de pelo en la bolsa del peine, agarrando entonces talle de ensoñación o de entuturamiento, tal es la fuerza del secreto que solo yo conozco, evidencia caudalosa que no tiene nada sin embargo de bien público. Ha debido traer otra silla para evitar poner los libros sobre la mesa, pegajosa de viejos tragos derramados (le acompañan unas viejas* Obras Escogidas *de Villiers de L'lsle Adam;* El final de juego*, de Julio Cortázar; la* Conjura de Xinum*, de Ermilo Abreu Gómez; y el manuscrito —tomo XXVI de la Vigésima Sección— de las* Memorias políticas y Confidencias matrimoniales*, de José Luis Salcedo, abogado salvadoreño de mediana edad en cada colmillo). Como quien tiene prisa por completar una argumentación poderosa, que se había cortado con grave riesgo de su eficacia, ese hombre habla:*

—Déjame optar por el *persea gratísima,* bajo el juramento de que no es una cuestión de principios. En todo caso, la cerveza tiene una gama limitada de imperativos categóricos previos, es decir, de bo-

cas o bocadillos, realmente necesarios. Pide tú coyolillos de tortuga aquileática, gran manducador tropical, gran lengua-catarata hacia el estómago. En cuanto a lo otro, a lo que veníamos sosteniendo, te diré como fray Luis de León (insistiendo) que nos han llenado la cabeza (toc-toc) con eso que constituye verdaderamente lo peor para una pobre víctima famélica y desnudita, o sea, ni más ni menos, el venerable orgullo por su miserable condición.

Y no solo los sumos sacerdotes, los pastores temblorosos, oscilantes entre la isoteria y la mentalidad de la gripe, que anuncian, por ejemplo, el Purgatorio (a propósito, chulito, ¿cuántas enfermedades que te rebajen los años de la purificación has tenido? Sos grande, mano, tu seguro servidor nomás cinco), como un menos mal muy parecido a las vacaciones pagadas en Hawaii que se tomaría una vez en la vida alguno de esos señores gerentes hipocondríacos, sobrevivientes por método y convicciones políticas, sobrevivientes rematados, doctorados en sobrevivir.

No solo los tuertos reinantes en este país de videntes hipócritas y aterrorizados, que hacen o remiendan —qué *collages* morales, mijo, qué huevos de piedra— rutilantes cuerpos de leyes, Constituciones, Cartas Magnas de avanzada eticidad estadística;

no solo los creadores de opinión ignorantizantes, patronos del despotricamiento, tapires loadores, a ratos y sucesivamente, de las feéricas elecciones libres, de la nobilísima capucha (siempre y cuando se aplique sin cal viva o sin Gamesán), de los revolucionarios decentemente indómitos como don Chus Nazareno, el de Galilea, y don Albertío Masferrer, el (coje-viudas) de Alegría, convenientemente podados, eso sí, de sus ramas más espinosas, loadores también de la lucha antialcohólica (no puedo evitar recordarlo: el que no bebe —decía Genaro Carnero— una de dos: o tiene úlcera o es un mierda), del proselitismo de la Cruz Roja y los Bomberos Voluntarios (según la línea teórica del Servicio Meteorológico Nacional), sobre todo en esta época del año en que la menopausia

generacional arrasa, hasta el desmantelamiento, el fervor de los mejores Comités Femeninos del Club de Leones, traumatizando *ad eternum* su meticulosa política de cuadros; es decir: de todos los que en una forma u otra (alucinación o ramplonería), nos dicen y nos convencen de que el primer cultivo del hombre —acorde con la naturaleza humana— debe ser la santa paciencia (en un volumen de producción que alcance para toda la vida), ya que en el otro mundo (que bien puede ser el mentado cielo con todo y sus angelitos chulones o el Nirvana del honor patrio adobado con toda la salsa de la unión y la libertad y la justicia social) nos vamos a sacar el triple premio gordo de las estridentes familias católicas (joder a la gente, tener la razón, e irse al cielo) todos los días y antes de cada comida.

No solo esos, poeta.

También los otros, oh nietecito postrero de un Quetzalcóatl cuasi-apócrifo,

los tontos químicamente puros, los bienintencionados impertérritos que le ponen servilletitas al alma y que, a través de los años, nos han hecho creer poco a poco, con paciencia y salivita, como en el deleitoso *affaire* del elefante y la hormiguita, que el mundo termina en una línea culebreante (territorio de vigilia y coyotes / donde el gran río debe ser lágrima de la despedida, etc.) llena de nombres ya casi nostálgicos tales como La Hachadura, Las Chinamas, San Cristóbal, Poy, El Amatillo, y tantos otros, a partir de la cual, por etéreo decreto de aquel loco que se ponía furioso cuando lo engañaban gritándole: «¡Te pica la culebra!», todo ser viviente es un animal pidiendo compasión y todo paisaje un matorral fúnebre por lo menos escupible, ¿no crees?

Por supuesto que esta consideración, queridito Ticuitzín, tiene otro filo. Porque en cuanto un habitante de otro planeta vecinal (mejor si mascador de palabras complicadamente fáciles, pelirrubio y audaz) atraviesa esa línea de tanto significado, adquiere una imponderada patente de corso que no le disputará nadie, que a lo

mejor no iba a pedir, y que nos hace postrarnos de inmediato ante su peso retumbante, amo, como es, de todas las hazañas posibles.

(¿Acaso no se trata de los santos complejos contradictorios del conquistado sin mayores batallas o, al menos, del conquistado a quien se le han ocultado las noticias de las mejores batallas?)

Nos han hecho una historia de mayúsculas atragantadoras, como le organizan el chupón de hojas de salvia al cipote llorón que apenas mama (leche materna hecha de engaño con apariencias de ternura, torva y todo pero ternura en fin, aunque deje las peores huellas del bochorno), nos han dejado teniendo la peña, el gran tanate pétreo de símbolos inventados por el primer salteador que los necesitó para erigirse en dios del vecindario (cuervo bachillerado de rey, vigía ocupado engordando su razón para una encrucijada sorpresiva), nos han encaramado un chumazo de promesas para el otro año —siempre para el otro año—

y todo eso,

junto,

nos ha sido metido a puro huevo muy cerquita del corazón, hasta ahí mismo donde nacen las preguntas y los espejismos y las ganas de llorar y los arrepentimientos y (¿por qué no decirlo?) el amor.

Y,

(¡lo que son las babosadas!)

desde ahí,

nosotros,

los que presumimos de no ser engañados jamás, los pura mengambreya, los tres piedras y un rubí, los pura mar y sus conchas (ah, el orgullo gótico de los trópicos suculentos!), hemos aprendido ya a mostrarlo a cada rato, con el ademán de la viejita chucha y miedosa de por ahí por Panchimalco que se saca de entre las chiches secas el buchito de pollo mugriento y lastimoso, y da —como haciendo un gran favor— el vuelto de la limosna.

Lo primero que aprendemos de niños, oh maculado por los cuernos originales de Yeysún (a la par del «trabaja, joven, sin cesar trabaja», el «a un panal de rica miel» o el «por una simple avellana dos rapazuelos pobretes»), es aquello de «Costa Rica, gente pisirica; Nicaragua, gente nagua; Honduras, gente impura; Guatemala, gente mala; El Salvador, gente de valor».

Y entre oraciones broncíneas, labarosas, pendónicas, al Varón de Centroamérica, con fondo musical de esa inmortal idiotez llamada *El Carbonero* («me cruzo por los valyados, Santo Fuerte!), y entre aferramientos —conmovedores como un archipiélago recién bombardeado, no lo niego— a la creencia de que todo lo bueno viene en frascos chiquitos (el Pulgarcito de América, ay no tú, carajo, no hay derecho de que esa vieja cerota nos haya ninguneado así por el camino del muchacho a quien consolamos diciendo: «No, mijito, qué va, qué vas a ser cabezón») vamos ostentando (llamando a piedad, cherito, a piedad que ha tenido que aguantarse la risa) esta terrible naturaleza de enanos con demasiado sangre, la verdad no todas las veces tiene la gentileza de agarrarnos confesados, más bien nos pesca en pecado mortal cotidianamente, por los hechos son de una obstinación que ya ni la friegan en cuanto a no dejar lo que ya tienen establecido. Porque, por ejemplo, el tal Atlacatl no existió jamás. No hubo tal padre de la nacionalidad que no fuera el áspero coloso patinado, jijo de Valentín Estrada, que les oteaba bucólicamente el culo a las pobres putas de la Avenida Independencia con visera de ahuyentador de conquistadores o de la puritita Manuela Palma (dicho sea de paso para insistir en un tipo de expresiones valiosas solamente cuando son el único patrimonio).

Porque en las gloriosas guerras en que nos metimos o en las que nos metieron las aún más gloriosas clases dirigentes —dueñas de la bandera, entre otras cositas—, la mayoría de las veces (casi todas, cherito) nos acomodaron las más sacrosantas talegueadas («…pero Domínguez derrotó a los salvadoreños en la Hacienda

del Socorro, circunstancia que desanimó a los que defendían la capital del Estado… Menéndez pasó el Lempa en un lugar llamado Petacones, a un cuarto de legua de las posiciones de Benítez y, el 19 de marzo, antes del amanecer, atacó a los salvadoreños en la llanura del Jicaral y les causó una derrota… El General Quijano, que había invadido El Salvador por el lado de Chalatenango, derrotó a las tropas salvadoreñas al mando del General Cordero, por lo cual el General Angulo se retiró a marchas forzadas sobre el mismo Chalatenango… El 10 de junio los salvadoreños fueron derrotados en Sesentí en donde los heridos de Comayagua y Santa Rosa que volvían a El Salvador, fueron inhumanamente fusilados… El 30 de marzo el enemigo embistió las improvisadas trincheras del Coco y después de algunas horas de fuego forzó la posición y obligó a las tropas salvadoreñas a retroceder en desórdenes a Chalchuapa… El 40 de Mayo, River Plate de Buenos Aires le zampó un ocho a cero misericordioso a la Selección Nacional Salvadoreña).

Porque nunca, nun-ca, se dio ese fantástico concurso mundial de himnos nacionales en cuyo seno —je ajegura, je dije, rumoran fuentej por lo general bien informadaj—, el «Saludemos la patria orgullosos» ganó un tercer lugar tipo están-verdes-las-uvas, detrás (honrosísima y ú-ni-ca-men-te) del «*Allons, enfants de la patrie*» y el «Mexicanos al grito de guerra y no sé cuántas cosas del cañón».

Porque desde Choluteca hasta Puntarenas y desde Chiquimula hasta Anchorage (ay, dundos, América no es la mágica cerosidad, la perfumería venenosa que dicen esos bichos Riosecos, los Paseyros o Arciniegas que tanto abundan y que andan dejando cagaditas de mosca en los libros) no hay quien deje de tomarnos el pelo (aún en el caso de presentar ese aspecto envejecido de vergüenza, a causa de la perenne y desesperada deserción) por guanacos, ni quien deje de carcajearse hasta morir de una reventadura de vena por nuestra forma apangada de decir cosas como «achis la babosada, vé qué cipota más arrecha para darle junto al nance, sos vos,

sos vos», ni quien deje de tomarnos la medida de tontos, a pesar de la rentable aureola de borrachos, ladrones, don Juanes y gallos para el cuchillo o los dados del chivo, que hemos echado a rodar en cuanto hemos podido, hasta un nivel capaz de causar conflictos de conciencia a los más osados agentes de turismo en el extranjero.

Porque no venimos de un huevo o de una semilla: venimos de una pústula…

Hombre joven (el otro, claro). Ha entrado en el bar (el mismo bar en que comenzamos este lío, es decir, el que Chalo, etc.) acompañado de su acompañante y por motivos (atención, esta palabra que viene me gusta particularmente, la escuché por primera vez en labios de un abogado de apellido no recuerdo bien si Ramírez o Menjívar o Magnitogrostóf o algo así, no podría jurarlo, tengo sobre ello la misma seguridad que sobre las crisis cíclicas de la cultura, lo que sí es seguro es que se especializaba en defender judicialmente a todos los contrabandistas de brillantina Glostora adulterada, betún para zapatos y fósforos suecos de que tenía noticia y que pronunciaba dicha palabra que viene con alborozada fruición, así: con-co-mi-tan-tes). concomitantes (el calor de la calle, etc.). No tiene señales particulares, de esas que los Gobiernos quieren hacer constar en los documentos de identidad; carencia que es, de suyo, una particularísima señal particular en el enjambre inane, inseparable de una especie de predestinación frustrada en orden a no desentonar jamás (se trata sin duda de un lindo niño que cantó: «Enséñame el camino de tu casa, enséñamelo por favor…»). Un metro cincuenta y ocho de estatura, incluidos los zapatos de tersa lona roja y gordísima suela de goma gutaperchosa, gloriosos supervivientes de un lote experimental que llegara de Curazao sin impuesto. Pelo negro —es, también, una manera de decir— (o de un judío joven, atacado por los barros y las espinillas conservadoras que silbó: «Al otro lado del río, tuli-tuli-tuli-pán») abundante, pero en forma distinta. Es decir, que

en el caso del otro hombre (el acompañante o el acompañado, según), es decir, el que habló utualito (o de un doctor-infieri que recitó; «Gallo-sabio gritaban gallo-sabio / le has quebrado la piel al azafrán») y dijo todo eso de que el tal Atlacatl y que la viejita (somato) de Panchimalco y todo lo demás —me explico? la tal abundancia parece, no sé, impuesta. Impuesta por una circunstancia más bien exterior, ¿caen? (Tururu-tururu-tururu-tururu, es Glenn Miller saids*). Ese es el que va a hablar ahora, agora* yes *tarde chibola jengibre, es decir, no. Lo que pasa es que, bueno, la verdad es que para qué vandar uno chachalaqueando sobre lo que no sabe y apenitas adivina. En fin, ái que veyan ellos: nadie le arrulla a uno su decantación periódica de la azotea, lo más que hacen es burlarse. Lo que esterina quería decir (además de «eybaburiba el Liceo Arriba», quíjue) es que aunque el cliente va a hablar más que un perico viejo, se nota que está dispuesto a todo, a to-do, con tal de conservar un papel fundamental de oidor al estilo ancestral. Ya lo van a ver (o de un indizuelo que coreó gimientemente: «Tronco infeliz…»). Y apártense (o de un octogenario que masculló: «Golpe avisa…»), que ái les va:*

—Observa con ojos limpios esta señal divina: los implacables ojitos de cangrejo.

Pasa que es mío, del cuñado de mi cuñado, ese punto final de delirio o metafísica que nos espera al cabo del mundo; absurdo puro de palomitas en triángulo y ojos del Padre Eterno, como en la Sopa de Ojos de Buey, absurdo puro como un general inteligente o un abogado criminalista sin complicaciones homosexuales, de esas con góndolas imaginarias y todo lo demás.

Mi sabio y dilecto amigo y preceptor español (fíjate que me cobijo con las citas), a quien los veinticinco años de paz española no han dado otra cosa que almorranas cuadriculadas españolas, digo, el doctor Eduardo Alonso, a quien conceptúo como eminente

maestro naturalista y que hace solo unos meses pasó por esta tierra, me decía: solamente por el sacrificio o la renunciación se alcanza la divinidad o sea la inmortalidad, Chente, involucionando de la materia a la auto-conciencia (conciencia de la reflexión conciente o consciencia de la *conscientia* de los actos, es decir, de los actos conscientes, porque si, para el caso, te deslizás en una cáscara de papaturro y te cáis, deteriorándote el filo del nalgatorio, no vale). Pues, como te iba diciendo, Chente, el desarrollo de las facultades superiores está en razón inversa al cultivo de la sensualidad y no solo del Guílo-mec-guílo que decía A.A., sino de todos los sentidos, o sea, como quien dice, inclusive que te apergoyen por los poros, ya que al usar todo esto como deleite y no como defensa, se cierran las posibilidades de llegar a poseer espíritu de resignación, mística elevación y transformación de la desesperación en una dulce tristeza, llena de beatitud y efluvios de mundos superiores y cegadoramente exultantes (qué te parecería, querido, pensando en todo esto, una leve pedrada en el mero hocico, en ayunas, o una tarranganada de salporazos? En cada tiro un conejo, hasta la raza se acaba).

Caridad, gozo

espiritual, paz, benignidad, modestia, paciencia, humildad, bondad, mansedumbre, fe,

castidad, gracia divina,

poder de aconsejar, taumaturgia doméstica, prurito anal,

conocimiento superior, iluminación,

procesión —oh!— del Silencio o simple traslado a nuevas iglesias, aún no incendiadas o ejecutadas por los terremotos, del Santo Patrono, marfilino y colocho, entre las notas de la Marcha del Río Kwai y el pausado sube y baja de las callosas nalgas de los prelados, en la notable albarda sobre aparejo de huevonería y mamplorismo que nos horroriza reconocer.

Pensar bien, hablar bien,

obrar bien con la maravilla de las siete claves enjundiosas, ser agradecido,

«la esencia humana reside en el ser interno y no en el externo» (plan del alma, que en alguna parte tendrá sus pelitos).

Y el Génesis ahí atrás, bien cuque.

Así podrá llegar a los más altos niveles cuanto hermano cuzcatleco, deseando captar las diamantinas luces (en fin), se sacrifique y luche para su propia perfección. ¡Plumas, divinas plumas, para el cimiento de la enorme estatua de pies de puro lodo que amamos tanto!

Y solo esos hijos de puta de los comunistas podrían decir que estos esfuerzos son sub-ideologías.

O don Chinto Castellanos Rivas con su tesis: «El concepto "porjoder" como motor de la historia en El Salvador». ¿Para qué el por qué? No puedo deletrear el mensaje. ¿Viene de muy hondo? No lo sé. El ramo de flores que habla: la incoherencia es la abejita que chupa y chupa, eh? La misión del poeta es esa, bobo: ser jardinero. No le busques más filos. Claro que el despertar de San Salvador, para el caso, no deja de ofrecer otras impresiones, pero eso no es argumento. Todo hedor tiene la ventaja de ser tibio, motivo para distraerse y hasta borrajear una crónica o enfocar una maquinita fotográfica. El callejeo presenta también sus atractivos como una vieja puta. Torres de marfil, casas de oro, arcas desfalcadas de la Alianza para el Progreso, una dentadura postiza crucificada en un tragante interminable, un cangrejo traicionado como un estático girasol rojiazul, saldos de caca de chucho, cáscaras de naranja, de melones castrados, de palomas altivas y sanguinarias de palestinos caritativos que se rascan las falsas costillas de dos a tres de la tarde.

Pero si no eres amigo de esta nueva poesía bucólica (¿qué hacía —viendo hacia el campo— el padre Virgilio?) quédate en la chingada cama hasta las once, sobre todo si tenés a la par a Liz, pura hasta en su cicatricilla secreta, perla de la oscuridad, sed de los dedos, pizarrita para tu lengua de pizarrín, carrete de Hilo Llave para tu güishte en la elaboración del capirucho.

¿Que quién sale más temprano del sueño más vive? Método *nihíl obstat* para que te fusilen, palomito, y, al final, te darás cuenta de que no has pasado de ser un mondadientes moral, eco de clavo.

Y si todo esto no lo han dicho los culicagados cincuentones de la generación que declina, que me caiga la maldición de Salarrué:

—Nuay dolor más grande quel de parir…

El primer hombre joven se apropia de la guitarra y dice a darle por su propia y carajienta cuenta (avisan cuando termine o antes del atardecer porque tengo quir allá por San Jacinto a dejar unos zapatos, digo, rieles, onde la niña Doroteya Sigüenses, como decía el Polla Ronca cada vez que pedía perdón, a grandes gritos y por puro joder, por llegar tarde a su lugar de siempre en las tuzadas del Principal, o más antes aún, en las permanencias voluntarias del Colón onde a su vez siempre lo estaba esperando la Pelancha, quera prima hermana de don Ricardo el Tufoso, alministrador del matadero de don Lito Guirola, y entenada de las señoras Puchuntes, las hijas naturales de la niña Micailita Bienteveo agora endamada, por cierto, con el maishtro Goyo Potoco y nués quiuno seya salido pero era primeramente que todo esto a quien el tal Polla le encaramaba así de fijo la cara de tigre, ya que bía bido padre-cura y todo, es decir, casorio en liglesia de la Vega y chonguenga luegomente en un traspatión de casa mengala ya llegando a Santa Carlota, tan olorosa qués su agüita, pero con tanta chuquía de jabón de breya):

—Se te subieron los orines de percherón, como diría Winnall Dalton.

¿Qué te vua decir? Para vos nuay, para voz nuay, chiquitín. Porque nunca te los agarraste con una gaveta y porque aceptaste la estafa esa (invitación) de amar las formas, los vasos para lo inefa-

ble, etc. con una cara capaz de fundar toda uno dinastía de proverbios pacíficos, propagadores de la temperancia inmaculada.

La rebeldía te queda entonces horrible, Gog y Magog, con un chupete de tamarindo tierno, tipo Skimo-pie, Júpiter tonante sorprendido durmiendo en Baby-doll. ¿Mató tunco tu tanta anoche, pupú de ángel?

Y no creas que te pido, como un desesperado de ultramar, que hagas simplemente lo posible por escoriar en forma artificial tu ya en sí intolerable pragmatismo de nacimiento —allá de los desnudos!, como dice el colega—. Pero tu indolencia cebada y aplaudida, me impele a señalarte cómo te dejas llevar de la mano a los dulces santuarios del mejor engorde.

Haciéndote el inconformillo, cantás tus propios himnos a la rechoncha satisfacción espiritual:

nacer-bautizarse-hacer la primera comunión-bachillerarse-cargar la Urna del Santo Entierro-doctorarse-casarse tener una hija mecanógrafa (mico entre paréntesis) y un hijo tarado, lo suficientemente feo para llegar a Príncipe en el colegio Jesuita-enfermarse del corazón-pontificar-confesarse con un teólogo perfumado y liberal-y-morirse en paz merced a las cuotas pagas de la Auxiliadora S.A., arreglos testamentarios (discreción asegurada) incluidos.

¿Para qué el por qué? Eso es de antología, carajo, el sumun del virtuosismo abstraccionista en su diminutez ética más vil y por ende mucho más sobornadora.

No, viejo, no, nonó. Este país lo único que quiere (necesita urgentemente, acepta en orden lógico) es un suicidio colectivo humildísimo, una autopatada en el culo,

una vuelta a empezar (no como la culebra que se muerde el rabo sino como el ave fénix que alza su vuelo caudal desde una letrina de pozo), una fusilatina que se lleva igualmente a cuanta bailarina folklórica quiera descubrirnos el rostro de lo ancestral con danzas seudo-pipiles de claro sabor transcarpático y a cuanto

coronel envaselinado escriba editoriales sobre la industrialización de los Ausoles, citando a Bruno Bauer y al joven Marx.

Semos malos, viejo,

ya lo dijo nuestro único clásico vivo (uno de los pocos a quienes yo personalmente salvaría de la punición sanitaria),

semos malos,

semos malos (bis infinito).

Y mientras tanto, no sé.

no cabe hacer absolutamente nada, supongo, absolutamente nada, *absolutly* Chinandega *oranges*.

Quizás irse a Francia, inventar una sortija cómoda para los dedos de los pies;

quizás meterse a conductor de Go-karts;

quizás hacer un himno a los maricones cuzcatlecos (y eso que el gran Meme decía que no hay nada tan drolático como un maricón hondureño que viene a ser más o menos lo mismo) —vos sabes que los españoles tienen uno hermosísimo (después no digan que los poetas pasan con la lira al hombro y el alba sobre el labio): «somos lindas / somos mozas / somos bellas mariposas / por qué andar tras las mujeres / habiendo hombres cómo rosas» o, en fin, cualquier otra tontería que efectivamente importe un soberano pito (cúpulas de prestidigitación, frenético *far niente*, virgen como un baldón lanzado al aire).

El mismo aguacate que tengo entre las manos, viejo querido (para trasladar las posibilidades de que te vengo hablando al terreno de la palabra escrita), puede servir para hacer una importante tesis doctoral, y ni quien se dé cuenta de que se trata también de una fuga:

«sustancioso para las personas que hacen buenas digestiones, contiene un aceite inmejorable para impedir la caída del cabello (el guaro es mejor porque lo encolocha y aunque luego se caiga ya no importa porque cae rizado, moviéndose en espiral por el aire,

es decir, triunfal y cumplidor de más de algún erizamiento recordable), el jabón hecho con él es maravilloso para suavizar el cutis (sobre todo si sós corto de cútis, vos sabes, de esos que cuando pispilean, etc.), siendo a la vez el mejor semoliente para la gota; la semilla fresca y molida aplicada en cataplasmas disuelve los panadizos y con el sumo de la semilla se marca la ropa de manera indeleble lo mismo que (parte octava-implicaciones sociológicas) se dibujan tecolotes en las paredes de las cárceles, de manera tal que, al aplicarles con toda fe unos cuantos pescozones, bien pronto vengan los amigos más queridos y enaltecedores a otorgarnos su grata compañía en la oscuridad teneblosa del cruel tubo».

Ergo, en fin, ultimadamente, que lo que trato de decir es que no hay nada que hacerle a este país y sus alrededores, se trata de una absoluta y definitiva mierda, y por ello es mejor dejarse de discusiones que afecten la mitigación de la cerveza, no importa que yo las haya iniciado, y que lo único digno de ocupar nuestros próximos minutos es una acción profunda, derivante a que el mesero deponga su aspecto y su actitud de Cardenal Primado y nos traiga de una vez por todas la cerveza, la cerveza, la cerveza que falta y que esperamos como el texto sagrado que nos hará orinar graciosamente, con un chorrito que salga del alma nacional, pasando por el junene y el cerebro antes de retornar a la vejiga y salir por el pipe, del alma nacional, decíamos, pura como el azul-morado ubicado en esa vertiente tan defendida del final de la rabadilla y que es lo que nos salva verdaderamente de Europa y de los Estados Unidos, nuestro secreto peor y más amado.

¿La Guerra de guerrillas? Tás a verga, hombré.

Y bueno, mi viejo, mi mujer ya debe estar furiosa. Pagá.

I
ÁLVARO Y ARTURO

Un día en común

ÁLVARO (7 am)

Las ventanas eran de acero y aire y sol de la mañana. Agujero hacia el mundo, las ventanas —dos ventanas contiguas, entre tantas otras del séptimo piso— filtraban, además del sol (todavía querendón, perpendicular con el Golfo de Fonseca) y de la fresca brisa matutina, las campanadas de tres iglesias (El Rosario, La Merced y San Esteban) que desde hacía algunas semanas inauguraban al unísono la nueva jornada. Había quienes atribuían tan novedosa uniformidad al espíritu que reinaba por igual entre los dominicos, mercedarios y clérigos nacionales ante los vientos rosados del Concilio Ecuménico, pero Álvaro (informado como estaba, como tenía que estarlo, de todo) sabía que era simplemente el resultado de una drástica advertencia municipal destinada a terminar con la anarquía de los campanarios en el señalamiento de las horas. En todas las oficinas de la ciudad se venían montando cotidianos líos tempraneros porque no había un solo reloj marcador que coincidiera con la heterogénea opinión de las iglesias, y los descuentos al fin del mes terminaron por crear un clima subversivo entre la burocracia. Así que el Ministerio del Interior tuvo que hablar a los curas en el otro latín: el de la ordenadora jurisprudencia.

Ni Álvaro ni sus colegas dependían sin embargo de un horario tan cercano al amanecer: las labores de prensa y publicidad siempre se han elevado en San Salvador como una escalera de goma hacia la dulcedumbre de las nueve. Pero aquel reciente campaneo de las siete lograba por lo menos construir un apéndice en el sueño, una interrupción deseada que le daba a la última hora o media hora de nadar en la cama una concentrada autonomía creadora. «*Last but not least*», etc. O sea: la nada deshonrosa y más bien útil complacencia personal de que tendrían que haber hablado no solo Petronio y Séneca juntos, sino Wilde y Tagore, Elliot y Shólojov, en ejercicio de la eterna antianalogía que es la unidad más perfecta conocida hasta hoy. Solo los vitrales quedaban entonces con él, es decir, con Álvaro, sugerentes en su fulgor como una droga nueva, inmersos en el estrecho vaso de la habitación y soportando el enredo de las gruesas cuerdas de las venecianas recogidas, como alas de hadas del cine mudo, como alas de grandes mariposas congeladas e impedidas por lo tanto de volar. ¿Un trago de ajenjo derramado en el pecho de un cadete nada teutónico, espinudamente mestizo, un segundo antes de acercar el fósforo? ¿La vida matutina en Marte? ¿Las formas de la vida-luz en las montañas mágicas de una nueva geografía borgiana? Cualquier cosa. Entre las paredes, cortas y más vecinas entre sí que en los otros apartamentos del edificio (en el séptimo piso estaba instalado el estudio de la Televisión —Daglio, Esersky, Osorio, Rockefeller Inc., tal como se llamaba la empresa en Nueva York, o, más someramente, YSEB TV S.A., como rezaba la inscripción legal ante el gobierno de El Salvador— y la sofisticada aparatosidad de la ubicación, que comprendía desde escenarios móviles de aspecto eficacísimo hasta camerinos con bidets amarillo-gorrión para las artistas extranjeras —ya que las nacionales procedían a los menesteres correspondientes en su casa, en un huacalito de peltre—, había lesionado el desahogo de los contados apartamientos para vivienda o pequeñas

oficinas), la ordenada aglomeración de los libros, los cojines de terciopelo escandinavo marca «Piel de Princesa» (Álvaro decía «nalga de princesa»), la refrigeradora de soltero (embarazada hambrientamente con un solo pote de alcaparras cuyo vinagre comenzaba a ponerse sebáceo, una agonizante botella de vodka noruego, la mitad de un enorme tomate de California y cuatro huevos), la cama transformable (Ay, Dios mío), la mesa central en forma de cocodrilo color tamarindo o de la Isla de Cuba color tabaco, los dos escritorios grises aún pendientes del pago de seis letras mayúsculas y cubiertos de revistas y papeles equilibristas, las dos máquinas de escribir, las fotografías (Álvaro barbudo imitando a Tarzán en un grito espectacular, en taparrabos y con fondo de bosque y de ribera de río; Álvaro pelado al rape, en ocasión de su ingreso a la Escuela Militar; Álvaro besando a Elizabeth; Álvaro besando en la boca al licenciado Alemán; Álvaro con espectacular charra bordada, en Xochimilco, entre Eunice Odio, poetisa costarricense, y José Tiquet, poeta mexicano, los tres con grandes jarros de pulque en la mano, bajo la mirada sonriente y avariciosa del vendedor, parecido al pintor Siqueiros hasta en los overoles, solo que más corpulento; Álvaro abrazando a sus tres hijos —llamados igual, únicamente, Álvaro, Álvaro y Álvaro, sin siquiera número de orden—; Álvaro rasurándose la cabeza con maquinilla eléctrica, frente al espejo y bisqueando un poco, sin querer), los pisapapeles inútiles, que solo servían para ser trasladados de una mano a otra en ocasión de que alguien adoptara una pose meditativa y melancólica a la orilla del crepúsculo que no se veía desde allí, la guitarra sin cuerdas adornada con auténticos vellos púbicos de mujer en todo el rededor de la boca central, el tocadiscos japonés, los discos, la colección de tarjetas postales de todo el mundo, el gran afiche con Claudia Cardinale extendiendo sus manos sobre el bellísimo vientre bronceado por el sol de Portofino y los ungüentos de Max Factor y Elizabeth Arden coludidos, las cajetillas de cigarrillos Cool

y Herbert Tareyton y de chocolates suizos a medio terminar, los ojos de Dios de Oaxaca y las maracas cubanas, los aparentemente inocentes pero de pronto obscenos huevos-sorpresa hechos con barro por los artesanos de Ilobasco en cuyo coloreado y aromatizado interior un minúsculo hombrecito de atributos de burro horadaba con un estatismo especialmente móvil a una diminuta mujercita despatarrada que decía (en un globito verbal de *comic)* «Vénganos el Tu-Reino», la reproducción —como si en laca o seda, por el tipo sutil del descascaramiento— de la Maja Desnuda, las puertas de metal que daban al clóset y al baño, la piyama del gran dragón violeta —reservada para la eventual emergencia de un incendio—, sonaban también por un momento a campanas, eran todo eco, aburrían y se aburrían velozmente del sueño, traduciendo para Álvaro el despereza-miento de las cosas. La noche había muerto, pero había que llorarla aún, gruñendo como un cerdo europeo desde debajo de la almohada. Media hora, mundo, historia: tal vez la posibilidad de capturar un sueño postergado, recordable. Hasta que la noche muerta comenzó a oler mal. De tal manera (hacía además un pesado calor, extraño en aquel mes no especialmente maldecido) que salió de entre las sábanas lila, se incorporó bostezando a gritos —lo que lo hacía sentirse casi feroz— y tomó con un apretoncito de los dedos del pie la corta cabellera de la alfombra. Luego se puso sus chinelas paraguayas (obsequio de una voraz enfermera guaraní que lo atendió en cierta ocasión, después de un ligero contratiempo en cuestiones de aeronavegación suramericana, concretamente un estrellamiento con todo y jet de Aerovías Argentinas en plena selva, a resultas del cual murieron catorce ciudadanos ingleses por sendos ataques al corazón, un piloto argentino por inevitable fractura del cráneo, y resultó Álvaro con una rodilla luxada) y efectuó rigurosamente los 27 movimientos gimnásticos previstos por el Chu-king apócrifo (1927) para conservar la fe en medio de un mundo cada día más dominado por el implacable materialismo

antipintoresco. «En adelante mi madre debía escalar la ventana de los cuchillos —musitó, tal como señalaba el ritual, mientras alzaba una y otra vez los brazos y las piernas— quiero decir, la montaña de los cuchillos». El error tenía también una función prevista y santa: ratificar con su cometimiento la humana imperfectibilidad y, por lo tanto, la obligación de la humildad, pero no la humildad de quien no tiene más remedio, oteando la otra orilla de las situaciones límite, sino la humildad por condescendencia, la que viene del caballero noble que pide perdón a su víctima caída cuando le atraviesa con su lanza de plata y lo clava contra el suelo. Sobre la tetilla izquierda brillaba el tatuaje (verde) de la semana: un minucioso retrato de Ezra Pound y la leyenda: «solo la locura os hará libres». Para la semana siguiente Álvaro planificaba un tatuaje en azul con la efigie de John F. Kennedy, desnudo. «La escalaba día tres día. Mi padre, en cambio, durmiendo, desciende en la profundidad. Él solo goza de la paz. Son dos mundos. El mundo de mi padre es el universo del reposo, es la familia del retorno. Pero el de mi madre es el mundo material. Horror de los horrores. ¡Ho!». Al terminar, sonrió para sí, halagándose, hizo una anotación breve en su gorda libreta de memorándums procreadores (tal vez, entonces, había comenzado a nacer un poema) y con la uña del dedo pulgar hizo girar su enano y viejo «huentien-yi», relegado desde hacía días a mero pisapapeles (capaz, por supuesto, de levantar calladas sospechas en las visitas de menor confianza). «Una semana de estas —pensaba Álvaro, bostezando aún y comenzando a sudar— voy a terminar con la etapa china de mi vida, es cuestión no solamente astral sino también presupuestaria. Entre Lemus Simún y Omar González me han inmovilizado casi en el mercado publicitario y hace seis días que no consigo un solo contrato». Quitó los pétalos mustios a la gran rosa blanca que le dejara la noche anterior Elizabeth y, por el teléfono rojo, el de los placeres, pidió huevos con tocino, fresas con crema y tónico de quina para el desayuno. Luego sacó una toalla

escarchada del *freezer* y se encerró en el baño, para ducharse y terminar con *rouge* pasado de moda, sobre los azulejos ambarinos, el primer mural *naïf-pop* sobre Fidel Castro en todo el territorio nacional. Era el día del brujo. Álvaro esperaba a un brujo.

ARTURO (7:30 am)

Parece (todo, hasta el reloj, que ya es decir, lo indica) que llegaré tardísimo otra vez (adivinación que no está incluida en los infiernos literarios y mi querido profesor (jé!) tendrá oportunidad de ensayar su sarcasmo pipil al verme entrar en el aula, jorobado y labiapretado, con ese sigilo que lo único que hace es evidenciarlo a uno todavía más. Esa basura de despertador que tengo es culpable. Siempre se le salta de nuevo el botoncito de la alarma y cuando uno viene a despertar han pasado los años: las garantías de la Relojería Oriani son parecidas a la del pirata Morgan y su criterio frente a los clientes está regido por la ley de Caifás, al que está jodido joderlo más. Y eso sin pensar en el ruido que hace el tal reloj y que es un obstáculo a la hora en que uno quiere dormir: ese tic-tac nuclear respaldado por una especie de galope de cien caballos. Alicia jura con todos los dedos de la ley y la racionalidad que ella despierta por sí sola a las seis y que sería capaz, si yo la dejara, de hacerme llegar con exactitud diaria a clases. Pero ahí la tienen: con el ruido que hice (el tropezón en la mecedora fue bárbaro, los chillidos de la puerta fueron criminales y este escándalo tosigoso de la ducha es por lo menos penoso) ella sigue durmiendo. Si de mi mamá se tratara, la cosa sería bien distinta: despierta automáticamente a las cinco y media aunque se haya acostado, qué sé yo, a las cinco. Recuerdos metidos en el cuerpo de la vida en la finca, supongo. Y también que lo de ser mujer de médico ayuda. Pero con la insistencia de Alicia para cambiarnos a este departamentito idiota, perdí todas las prerrogativas, el inmaculado servicio familiar

(madre solo hay una, como en el cuento de Roberto, Dios me perdone). Desde el pollo sudado con mantequilla y adornado con ensalada rusa de camarones traída de donde Rainieri especial para el niño Arturito, y los mangos de alcanfor volcaneños y el Vi-syneral y el jarabe de Roberts y el jugo de zanahorias para la vista, hasta el despertar a la hora y la vigilancia contra la perdedera de tiempo, todo claro está sin mengua de la discreción, sin hacer sentir cierta metedera de narices creciente. No, Alicia no tenía razón. Pero cuando una recién casada habla de asegurar la felicidad de la pareja ni una argumentación conjunta de Santo Tomás de Aquino y el Loco Luna es suficiente y siempre huele a peligro. Esta es pues, la felicidad, mucho gusto. Bueno, creo que de todos modos y por lo menos hoy, llegaré tarde. Tendría que preparar una respuesta para poner en ridículo a Chano cuando pretenda aplastarme en público por llegar tan tarde. Independientemente de mi obligación de llegar temprano, es inmoral el tipo de hambre que nos lleva a todos los de AEU, los tovariches, como él dice. Ha llegado a sentar la tesis del «anticomunismo orgánico», es decir la tesis según la cual hay ciertas personas (él entre ellas, desde luego) que son anticomunistas de nacimiento (de nación, dice él pretendiendo ser popular en el habla), que llevan el sentimiento en la sangre en los intestinos o en los huesos, y que tienen un olfato especial para detectar a un izquierdista aunque esté a cien metros de distancia. Parece que a mí me vio por primera ver un día que le dolía el hígado y me clasificó. Lo cual prueba que su radar está bastante jodido y confuso porque yo, por lo menos, todavía… Chano de mierda. Si un profesor de una universidad extranjera se llamara así, no pasaría una semana sin que lo trasladasen al departamento de bedeles a puras patadas. Pero he aquí que vivimos en Tuertolandia y Chano puede ser nuestro maishtro y si se encaprichara llegaría quizás a Rector de la Universidad o a Presidente de la República. Aunque quizás exagero al ensañarme con el solo nombre porque yo tengo un ami-

go estupendo que se llama don Chanito y que es más bella persona que cualquiera, capaz, por ejemplo, de quitarle a uno de encima los hijos por todo un fin de semana o de reventar cohetes de alegría porque uno ha regresado sano y salvo después de pasar un mes de vacaciones en Guatemala, todo rodeado de chapines. Preparar una respuesta. ¿No será mejor una excusa? Podría inventarme un accidente de tránsito con lujo de detalles: sangre de niños en el bus que escogí o que me mandó el destino, mujeres desmayadas, el criminal chofer del camión cargado de arena hasta decir ya no, la suerte loca de uno que salió sin otro deterioro que este cojear por la rodilla hinchada, qué suerte loca ni indio envuelto: las oraciones de la madre de uno, hasta que la clase entera y Chano estén a punto de darme excusas por pensar mal de mi tardanza y de mí. O mejor salir con que recién terminamos una reunión matutina de la Comisión Pro Baile del Día del Estudiante de Jurisprudencia y Ciencias Sociales, que ya se nos viene encima por cierto y no hemos elegido ni a las candidatas a Reina, con tanto culito lindo que hay en Primer Año, reunión, decía, perdóneme, doctor, en la que se ha discutido hasta la saciedad, por eso tardó tanto, ni más ni menos, una poniencia central encaminada a crear las condiciones para que los profesores reciban entrada y derecho a Bar gratis en la arriba mencionada parranda, como señal de agradecimiento de sus queridos alumnos que no pasan (de ninguna manera, jamásmente) por alto sus sacrificios anuales a quince colones hora. O algo por el estilo, en el más puro estilo de Benavente en *Los Intereses Creados*. Sipi, por aquimichú va la cosarria, me he salvado. En todo caso, cualquiera frase gravemente pronunciada servirá. Bien dice Roberto que la verdadera retórica-semántica en nuestros trópicos es el tono de la voz. Y por algo soy escritor de cuentos, son babosadas. Porque que es tardísimo, es tardísimo. Y como Su Graciosa Majestad duerme y no se ve manera de que aparezca por aquí un desayuno, tendré de nuevo que aguantar hambre y luego gastarme

un par de pesos en el cafetín de los Juzgados. Huevos con jamón a las nueve, quezadilla de queso a las nueve y refresco de tamarindo con hielo picado a las nueve. Qué va: a las nueve y media. Y la cajetilla de Embajadores. Sesenta más veinticinco más veinte. Tas, tas, tas, uno cinco. Más cuarenta. Si, algo así. ¿Por qué habrán detenido al obrero ese, el del hábeas corpus? Venirme a caer a mí, precisamente cuando tengo tanto trabajo (debo ver al del accidente de tránsito antes de que el juez Barrara lo deje sin un centavo, al de la estafa y al del estupro que debe terminar en casorio). Y como el asunto debe ser político siempre puede pasar que… Ojalá que por lo menos no lo hayan morongaseado todo, porque todo morado no lo entregan este año. Voy a preguntar en AEU. Ellos sabrán algo. Podría jugar un buen papel dictaminado positivamente sobre el caso, echarme encima al Presidente de la Honorable Corte —que además es «oreja»— y así comenzar a hacer ver de una vez por todas que no ignoro en lo absoluto, como lo han llegado a decir en algunas reuniones, *por qué* milito en AEU, cuáles son los riesgos que corro, los miedos que debo superar. Soy chachalaco, pero no tanto. Inclusive, a estas alturas, ya casi me importa un pito la opinión de mi papá, la que daría si se llegara a enterar… «El foco rojo de la Universidad de El Salvador». Lo que pasa es que ya han salido publicados mis cuentos y todos ellos conocen mi dedicación a la literatura y no sería raro que la desconfianza aumente. «Los intelectuales son pequeño-burgueses y huelen mal en las narices revolucionarias, aunque no sean culiolos —dijo hace algunos meses Roberto, aunque no sé hasta qué grado irónicamente—. «Claro, siempre se puede esperar algo de los imponderables» —diría Mario, conciliando para ver si lo invito a un gran trago en el Lutecia—. «Mario es tu influencia más perturbadora —diría Roberto ante la cita— cuídate». Qué círculo de demonios, papá. Y para eso voy yo, si es que mi vergonzosa afición por el fútbol y las leyes no se interpone en mi carrera literaria o como se llame eso que quiero hacer

de mi vida. Pero una cosa es verdad: Roberto no solo está metido en AEU sino que es dirigente y Mario no. Mario solo se mete en los bares, a pesar de que siempre le gana todas las discusiones a Roberto. Todas. Las discusiones políticas incluidas. Más bien dicho: sobre todo las discusiones políticas. Un desayuno, amor. Bueno, que le valga a Su Majestad tener esos ojos inocentes con que todavía me hace tembelequear. Y ese par de nalguitas besables. Claro, idiota, ese par, si tuviera tres nalguitas no estaría en tu cama sino en el circo. No, idiota, lo que quiero decir es que si fuera una de esas viejas mantecosas y coronadas de mal aliento que suelen mantener a los estudiantes de Derecho en las historietas de la Doctora Corazón, de seguro me saludaría con faisán en cada despertar. Pero, por ahora, ella sabe muy bien con qué me ata, palomita. Supongo que no he de morirme sin comer faisán. Tiburón sí he comido, y mazacuata y cusuco y garrobo y tunco de monte y pato de estero, pero faisán no. Morirse. Bueno, uno no puede hacerlo todo a la vez. Este jabón es una mierda. Qué palabras tenemos, caray: mierda. *Como el ladrón / quentró por tu venta-na-á…*».

Arturo cerró la ducha y volvió al dormitorio. De nuevo la tibieza interrumpida por el alud del agua fría, volvió a hacerse cargo de él, de sus poros, de sus nervios, del aire que salía de sus pulmones. Los aromas de la alcoba asimismo, principalmente ese que venía de la cama, mezcla de agua de violetas y carne de mujer, parecieron formar un leve remolino y cayeron sobre su cuerpo mojado, cubriéndolo como si fueran papeles de color estrellándose —a pesar de su propio ínfimo peso— sobre un muro bajo la leve tempestad. Todo ello, matizó aún Arturo escolásticamente, en una película inglesa (secuencia introductoria para describir las encontradas pasiones de Sir Lawrence Olivier). Alicia abrió los ojos y lo vio desnudo, frotándose vigorosamente con una de las grandes toallas nuevas, la de la tortuga sonriente en que se leía «Ella», regalo, por cierto, del amado profesor de Derecho Penal en el reciente aniversario del matrimonio.

—Mojado te me antojas, Mono… —dijo.

—Los futuros abogados, joven, jamásmente pensamos en el amor en ayunas. Es una cuestión de principios, querida Borola con carnitas, y de instinto de conservación —contestó Arturo en pose de condescendiente ingenio del hogar, del que lee los periódicos por cuya subscripción anual se hacen tantos sacrificios, se dejan tantos estrenos para cuando ya la película vale tan solo uno veinticinco y todos-todos hablan de ella. Pero, decidiendo mejor cultivar su aspecto audaz, tiró la toalla al techo como un *pitcher* de las Grandes Ligas y de un salto subió a la cama y se metió entre las sábanas. En la calle voceaban los periódicos del día.

—Mono! Estás heladísimo!

Arturo atrajo hacia sí lo que en sus últimos cuentos habría llamado «el cuerpo querido» —se jactaba entonces de ser un escritor directo y jamás comenzaba por halagar las potencias del alma pensando en promover literariamente una-piel-de-muchacha-en-los ríos del mediodía. El camisón tenía en absoluto —dentro de tal cultura— esa calidad reptil de la seda sintética que hace repetir a los dedos sabios la despedida de Pedro Vargas. La noche anterior, Arturo había caído en el lecho como una estatua de piedra y lodo que se rompe de pronto, en el preciso momento en que la iban a comprar como porcelana frustrando los elogios a la divinidad representada: el día había sido especialmente agotador, pero, ¿por qué pensaba en ello precisamente ahora? Ah, se dijo, porque Alicia tenía en sí todo el calor del sueño largo. Ardía.

—Mono…

La besó como pensaba que debía hacerlo el más interesante entre los novísimos narradores salvadoreños, o sea, sin duda, ya lo decía don, perdón, el doctor *honoris causa* Juan Felipe Toruno: él. Luego bajó las manos —haciendo un difícilmente doble recorrido lineal sobre los costados: torso, cintura, la perfección curva de una cadera (había que reconocerlo) y la dureza de la pierna derecha

sobre la que caía por un momento todo el peso de la sangre— y cogiendo los encajes finales del camisón, los trajo hacia arriba en un entre angustioso y hábil movimiento desenvolvente. A pesar del cinismo intencional que es orgullo de los escritores más realistas del presente, y a pesar de que se trataba de su mujer, hecho que en alguna medida restaba patetismo al asunto, Arturo creía que era necesario reconocer el ombligo de Alicia como un problema muy serio, al que se debía llegar con Freud y Marx en la mano, y que su sexo, era, o bien un símbolo del planeta en su primera indecisión entre si ser la Tierra o un pedacito combustible del sol que pasaría velozmente a la metafísica, o bien la fotografía de una granada de mano en los momentos de matar a un hombre, o bien un bello y sano sexo salvadoreño que la excitación del momento ha convertido en eslogan filosófico. Duda metódica en terreno indudable. Alicia (de nuevo con los ojos cerrados) subió los brazos desmayadamente hasta lograr un ángulo ideal para que la seda no se atorara y pudiera en cambio salir limpiamente por la cabeza. Pero al llegar al nivel del cuello (música de presentación para «Las Novias de Drácula» —pensó—), Arturo detuvo el movimiento. Usando el camisón como una gruesa soga, comenzó a apretar, riéndose como con tos.

—Te debería estrangular, payasa —sonó la voz acompañada con un gesto de implacabilidad bastante bueno—. Me matas de hambre todas las mañanas y aún intentas seducirme. Luego donarás mis pulmones a la ciencia, es decir a la cátedra de Anatomía, como quien no ha quebrado un plato. Te voy a dar un beso porque no está bien que me apegue a la ley del Talión y para que no digas. Es tardísimo.

Se vistió rápidamente mientras Alicia refunfuñaba, oculta entre las sábanas. Después de colocarse las mancuernillas volvió al baño y se anudó la corbata. Era también una corbata nueva, un modelo barato de Christian Dior (barato es piropo, pues había costado dieciocho colones en París-Volcán). A pesar de todo, si las cosas

seguían así, pronto podría pensar en un carro, en uno pequeño, tal vez un volkswagen de esos, que ahorran tanta gasolina y cuyos accidentes son accidentitos mientras no tiene uno la mala suerte que lo pise un camión White de los que van al puerto de La Libertad. Por entonces tenía a su cargo catorce defensas criminales. Y dos o tres más en perspectiva. El Penal y la Criminología eran —sin duda— su campo predilecto en la carrera de Derecho, en la hermosa carrera de Derecho, como decía el padre Gondra en el Colegio. El Derecho Civil en cambio, le horrorizaba: trabajo para personas sin imaginación, para avaros olorosos a cucaracha a pesar de los disimulos del Yardley, para castrados cerebrales, como decía Chepito Vides, apodado Ladrillito Tayuyo. No estaba dispuesto a terminar su vida como un idiota, emocionándose con particiones de fincas más o menos robadas o con herencias forzosas para huérfanas (en salvadoreño: güérfanas) de aspecto infeliz, catarriento. Aunque produzca menos plata, un caso criminal, sobre todo en la etapa cuasi-circense de la vista pública es todo lo contrario: constituye siempre un reto, aunque no en todas las ocasiones los mejores esfuerzos puedan ni pura papa contra la estupidez de los jueces y los fiscales, estupidez invariable, sin ningún tipo de excepción en El Salvador, al contrario, mientras uno es más juez o más Fiscal más estúpido es, en el sentido social del término, es decir, más hijo de puta, más vil, más valeverguista con el inválido, más panza clara, más criminal, más ya la caga, más idos de aquí malditos de mi padre, más chucho que mea a quien lo único que le faltaba era que lo meara un chucho. Y no se trata de un ataque contra la estructura humana del Poder Judicial, entiéndase bien porque hay que diferenciarnos: Roberto diría simplemente «esa retajila de cabrones, ignorantes, presuntuosos y sinvergüenzas». Todo es así entre nos incluso en la teoría pura. Kelsen aquí la caga de un viaje. Basta que uno se aparte de los Códigos y de los tecnicismo baratos y se apegue a los resultantes escuetos de la vida, a las necesidades de lo

que más o menos certeramente se llama humanismo, para que los casos más fáciles corran el riesgo de perderse. Entonces, inclusive los asuntos prometedores y emocionantes toman un sabor de cosa sucia, de labor en la que, forzosamente, hay que usar instrumentos de ladrón. ¿Y la literatura? Bueno, a pesar de ciertos planes nebulosos para el futuro, Arturo pensaba que eso es otra cosa. Se refería entonces a cuestiones más concretas, por así decirlo. La carrera, las posibilidades económicas de los próximos años, cosas así. Por el momento, en ese día lo esperaba algo nuevo: había sido nombrado Juez Ejecutor en un recurso de hábeas corpus favorable a Cayetano Carpio, el dirigente sindical conocido como «conocido dirigente sindical» que se suponía preso por motivos políticos. Nada del otro mundo al parecer, pero por lo menos algo, sí, para él, nuevo. Y no es que una represión anti-obrera fuera algo especialmente raro en El Salvador, donde le vienen montando penca a los trabajadores desde que Cuaumichín implantó los sacrificios humanos… Ah, y la cita con Álvaro, para almorzar. En el *party* de por la noche en casa de Cristina ni pensar. Alicia pondría el grito en el cielo, en el espacio exterior y volvería con aquello de que más le valía ser sincero, de que si quería vivir en las casas de putas que no pusiera pretextos intelectuales, que de todos modos ella y algunas amigas iban a financiar la primera casa de putos del país para ir también a gastar sus horas extras de forma cómoda, y barata, ajena a los sentimientos. Todo ello con el mejor acento del Colegio Guadalupano.

Escogió los libros del día, colocó entre las tapas de un fólder amarillo sus siete cuentos del año pasado (obras completas, dicho sea de paso), los escritos que debería tratar de presentar en los distintos tribunales, los papeles escuetos del hábeas corpus necesarios para intimar al Director de Policía, sus apuntes y esquemas de los casos en desarrollo (a propo, ¿no sería ya tiempo de ir pensando en una secretaria? Porque ni pensar en que Alicia, con todo

y ser Primera Secretaria Inglés-Español de la República en su año de graduación…), y se puso el saco, un saco *sport* de pana marrón que le daba la sensación de ser un escritor conocido. Eso por lo menos —había que reconocerlo— sí lo había aprendido Alicia en los tres años de matrimonio: antes de ir a la cama le dejaba lista la ropa del día siguiente, la pluma fuente en su lugar (repleta de Parker Quink, la tinta para las causas célebres y las obras inmortales de la literatura universal, la única tinta verdaderamente indeleble), el pañuelo perfumado, las llaves, las monedas para el bus. Por todo eso (además) la desenterró de entre las sábanas y la besó, a la fuerza podría decirse:

—En las siniestras horas de la noche, después de que me hayas alimentado como Dios manda, y si no se te ocurre invitar al vecindario para jugar Monopoly (el juego más reaccionario y corruptor del mundo, según Roberto del Monte), jugaremos de papá y mamá.

—Impotente —le gritó (casi) Alicia, haciendo un nuevo puchero. Pero luego sonrió:

—Te adoro, dundo, aún en ayunas…

Arturo le echó una mirada al reloj (…ta madre!) y corrió hacia la puerta. El golpe de esta, al cerrarse por la presión del aire que venía de la calle lleno de voces y de diversos humos cálidos, despertó a los niños.

ALVARO (8:30 am)

Al ascensorista —y no precisamente por razones de tradición cultural— dudó mucho en dejarlo subir el Séptimo Piso, aunque la tarjetita con el nombre de don Alvarito en letras de altorrelieve era inequívoca. Enfundado en sus almidonadas ropas de domingo o de bajar al tiangue o de ir a la Comunión Pascual, descalzo, con un pañuelo de cambray colorado saliendo retadoramente del bol-

sillo trasero del pantalón, era evidente que no encajaba dentro del tipo de persona que solían utilizar el ascensor (OTIS: Dalton y Cía, importadores). Además, aquellos pómulos de lama tibetano en el último número de *Life*, las canas duras como las espinas de un tunco de monte, los ojillos de víbora matrera, el costal de huesos. Y no se diga del olor: higío y trementina, cutuco de esterina en el fondo de un cántaro mojado, polvo. El tímido golpe a la puerta, casi un nervioso frotar, y la tosecita, revelaban que quien había llegado era precisamente él. Álvaro terminaba su desayuno absolutamente contemporáneo: arrojó el mantelillo de bordados guatemaltecos (quezales, y chuchos, y rostros de mujer) sobre la pequeña mesa de plástico y fue a abrir la puerta para recibir al viejo viejísimo, encascarado, y no solo por los años, fijo en su color, su aroma-compuesto, su mirada y su temblor de otro tiempo. Este, también sonriente y satisfecho, apareció saludando con un gesto en qué intervino todo el cuerpo balanceándose, haciendo girar un endurecido sombrero de palma entre las manos, a pesar de lo cual conservaba una especial inmovilidad de ángel de palo, chinta celestial: el Tata Higinio, el Brujo con cara de santo o el Santo con cara de brujo, ¿quién lo podía saber del todo? «El ara de su altares era de despreciable piedra de metate y por eso la sangre se quedaba por días, entre la borroñosidad: ni pensar en que podría servir para el divino sacrificio de Cristo». ¿Y qué decir? Las palabras comunes podían adquirir de pronto toda su gravedad. No es por exagerar (no había peligro de muerte, por ejemplo) pero Álvaro no había logrado elaborar, desde que comenzó a esperar la visita del viejo, el sigilo adecuado, la cautela que mezclara en forma eficaz el respeto del niño-discípulo, la alegría del hombre-que-recuerda y la perspicacia del sabio-que-anhela-y-necesita. Una noche antes había recibido la nota de su hermana. Escrita con aquella letra menuda de muchacha virgen y temerosa, en el dorso de una tarjeta de propaganda comercial, le hacía saber que esa mañana iba a llegar a verlo el

anciano-parecido-al-mejor-maestro que tratar un asunto de mucha reserva, palabras estas últimas que aparecían subrayadas con cuidado inquietante. Álvaro había sentido una alegría muy especial, aurora! o mejor dicho umbralera, porque el Tata Higinio era uno de sus grandes predilectos (y actualmente en franco proceso de decantación extrema, de olvido de detalles básicos), recuerdos de la infancia, ligado indisolublemente al oloroso mundo del traspatio en la Casona de Santa Ana, la Casa Vieja, la Casa Madre, la Casa Vientre, traspatio apenas habitado además por las flores derrotadas del maquilishuát pudriéndose bajo el húmedo correr del año, ratas maiceras grandes y gordas como taltuzas de laboratorio gringo, alacranes de leña (que al picar en el calcañal producían mudez y larga fiebre), diversos pedazos pulidos por el uso de carretas asimismo vencidas, gallinas guineas, perros, restos de un taller de herrería del abuelo, una o dos culebras veteadas como tubos de la pasta dental Ipana cuyos escondites nunca fueron descubiertos y por ello se supuso que venían del cielo o del chimbolero. El Tata llegaba entonces desde el caserío más alto del Volcán Lamatepec a vender hierbas medicinales para las cuatrocientas o quinientas tías y tías-abuelas de Álvaro (eran en realidad tres tías y cuatro tías-abuelas) siempre urgidas de la yerba de toro, de la flor de infundía, de la ipecacuana, del anís del monte para agregar al Jarabe de Tolú. Si era necesario, el Tata también podía hacer pozos, excusados de hoyo, sin temer a las venas de azufre; no le ponía mala cara a las chapodas del jardín y del traspatio o al troce de las ramas de los madrecacaos que servían de cerco o de los pepetos y el palón de fuego donde era prohibido encaramarse por quebradizo. Pero eso no era lo principal para la mumujada. Con las arganillas colmadas y el machete cuto entre las piernas, acurrucado mientras la pelona de la casa informaba de su presencia a las patronas, o volvía con la-contestación-de-la-respuesta-a-la-pregunta de que cuánto le iban a deber hoy, el Tata aterraba, regocijaba y asombraba sucesiva-

mente a la chiquillería con las dos mil y dos historias de los Hijos de la Noche, mañana es viernes. Con el Tata Higinio, de la mano del Tata Higinio, Álvaro había penetrado una vez, demudado pero espiritualmente sediento, en el mundo mágico de los Dioses Secretos, de los Siempre-Pobremente-Reverenciados, de Sihuélut-la-Traidora y Yeysún-el-Traicionado, del Justo Juez de la Noche y los Cuatrocientos Duentes Crueles, del Preñador-Madrugador, las Motaguas, la Flor de Muerto, los Gusanos-de-la-luz-que-no-quema y Los deseos-del-Horizonte-Solitario. El Tata Higinio no tuvo nunca apellido que dar (el de su cédula era Ene), pero a nadie se le habría ocurrido negarle una enorme familia, llena de poderío infinito, presente en todas las esquinas de la noche. Aunque a decir verdad, ello no siempre conduce al respeto. Porque si bien *el amigo de don Diego* y el dominador de las pociones para entontecer o para despertar la gusanería del amor, puede acumular las mejores envidias, también es cierto que se comienza a murmurar a su paso, cautelosamente, como cuando se escupe en lugar concurrido, el «mañana es viernes», para alejar las posibilidades del mal que se agazapan detrás de cada pronunciación del nombre del Enemigo, mañana es viernes. Por ese camino el Tata Higinio más tarde o más temprano, fue ya tan solo el brujo, el-que-sabe-lo-que-sabe, el que tiene pacto con aquel-que-te-conté, y hasta llegó un día a verse envuelto en serios enredos con más de alguna autoridad civil ante la satisfacción de más de alguna otra autoridad eclesiástica. «Los vencidos no tienen suerte ni razón, etc.». Después desapareció. Por miles de años. Sin llamar la atención de nadie porque nadie, quizás, lo necesitaba, pero llevándose a cuestas los sueños ingenuamente intrépidos de aquellos niños bulliciosos y atentos de la Casona Vieja de Santa Ana.

La sola presencia de aquel hombrecito en la moderna habitación era ya un contrasentido clarísimo que Álvaro no quería en modo alguno agravar. Por el contrario, necesitaba que se sintiera cómodo,

completamente a su gusto, a su manera dulcemente salvaje (por no decir animal, en el sentido más húmedo y más hermoso de la palabra), sin el menor motivo que pudiera espantarle la confianza. Como en una larga y bien preparada emboscada (Álvaro había practicado con pasión ese ceremonial silvestre en sus años de la Escuela Militar y reproducía ahora el nudo en la garganta, la crispación de venas y piel y huesos y nervios, y la indocilidad de la pupila), siempre referencia mortal, aun en medio del candor deportivo o la inocencia a pesar suyo. Después de tantos años persiguiendo los recuerdos de su niñez, Álvaro tenía la seguridad de que la visita del Tata Higinio era no solo una oportunidad deliciosa sino que también podría ser la última. Después uno triunfa escribiendo cuentos cosmopolitas, se va a Londres o a una Universidad norteamericana y se jode para siempre jamás. Si pudiera retenerlo, hacerlo volver una y otra vez para renovar con sus conversaciones clásicas (ya apenas recordadas en sus contornos más generales, sin agarraderos de estilo, claves para el uso adecuado, tonos de repuesto, dulces ex-abruptos supletorios ante las emergencias) los conocimientos que hoy sabía tan importantes para su verdadera carrera, la de escritor de ficciones, si pudiera clavarlo aquí por días y días, podría comenzar a creer en el favor definitivo de los dioses chinos a cuyo culto estético se dedicaba tan fervientemente en los últimos meses. ¿O sería quizás tentar mal a la suerte y exponerse a quien sabe qué ignotas incongruencias el aceptar de pronto (de nuevo) en el medio de su interés vital la presencia de las divinidades pipiles, tímidas aunque dramáticas, en una edad con tanto olor a sexo, a hierro grasoso, a pólvora? Visitación: el temor viste mejor las fervientes leyendas. Y la pose.

Álvaro abrazó repetidas veces al viejecito y rozó sus manos pequeñas, mugrientas y callosas, con parsimoniosa prepotencia. Lo hizo cruzar (una de las manos en la espalda del Tata, en un gesto que de pronto debió ocurrírsele ya francamente paternal, pues la

retiró enseguida) la estilizada puerta-trampa de fantasía que dividía el recibidor de metro y medio por metro y medio —como ciertas celdas criollas— del resto de la habitación y le señaló el diván café-cacao. Una gran mosca voló desde el ombligo de Claudia Cardinale hacia el sexto piso o hacia la calle o hacia los excusados de la Policía Nacional o hacia una corriente de mierda casera a flor de tierra en el Callejón de las Oscuranas, es decir, hacia el sur-este.

—Pasá, Tata, pasá… (Álvaro habría sido más leal si en lugar de esos bisílabos golpeantes hubiera dicho con cara sibilina: «Pasá, entrá a mi mundo, Tata: aquí no hay trampas de ishcanal, envenenamientos de reptil-escorpión: aquí lo peor que puede pasar es que te ahogués en las humosas tempestades que la fiebre de Dostoievski produjo para el mundo en medio del invierno, que se te incone una herida causada por los cantos dorados de la edición de lujo de *La Ilustre Familia* (poesía nicaragüense más bien tontita, a cien dólares el kilo), o que te caigan encima, de golpe, todos los tomos de Balzac. Pero no tengás miedo: todos esos poderes son apenas tinta y papel, colorines, aroma y peso muerto. Claro, que de pronto surge de entre las páginas una mariposa en vez de una palabra, una fiera en vez de un texto carcomido por la polilla, una orquídea-tigre en vez de un adjetivo resbaladizo. Pero eso les sucede únicamente a los pobres tontos que perdieron su tiempo en cosas tan vanas como aprender a leer, es decir, a los críticos, los secretarios de actas, los subdirectores generales, los poetisos. Yo sé lo que te digo, Tata, no hay motivo para el miedo»).

—…tás grande. Y chelito-chelito. Bien despercudido. Quizás no te das suficiente sol… (Lo que el viejo quería decir —saliva de coyol y nance entre el corazón y la punta de la lengua—, mientras avanzaba vacilando, abrazando el sombrero a la altura del pecho, era otra cosa: «Sin todo esto nacimos, sin todo esto nos hemos de morir. Sobre todas estas cosas velaremos. Desnudos y llorando venimos al mundo. Será más poderoso aquel que menos lágrimas

muestre al llegar a la otra desnudez. Lágrimas de uno, lágrimas de los otros. Válgame a mí, que todo esto sea un sueño de mal estómago y que despierte con bien». Y lo dijo. Para sí. Aunque lo que se oyó siguió siendo distinto:) …Pues uno se acordó de vos, pues. Y uno preguntó. Hasta incontrarte, pues. Tas grandote…

—¿Y vos, Tata? ¿Y tu gente? («¿Tú eres entonces lo que queda de aquella flor nuclear de la cultura, del dulce y fiero pueblo pipil que después de casi-matar a don Pedro de Alvarado, el bello hijo del Sol, Tonatiuh, subió a la sierra en masa, a dorar su odio entre los breñales y las culebras? ¿Eres tú, Dios mío, «la escasa huella paleontológica de los pre-mayas arcaicos»? ¿La falsía del persignado que musita: *crushé crushé pampanushé tashcu to tashcu amén?* Cita exacta hizo Roberto en uno de sus poemas: «*When the sobriety was the drunkeness*». Es así la cosa, querido: aun admitiendo que la erudición sea la madre de nuestros peores vicios, ella es la que nos pone en este extremo del microscopio. Ja»).

—…y chelito. Quizás ya no sos el mismo de antes, el de la gran casona.

La gente…

—Soy el mismo, Tata. No te fijes en todo esto.

Álvaro señaló, principalmente, a los anaqueles de la biblioteca circundante: vértigo iniciado por la punta de cinco dedos cuidadosamente manicurados: Eisenstein, Lowry, Musil. «El rey recorre así, una tras otra, todas las ramas del árbol, y la mirada más atenta no podría discernir si su cara expresa en ese momento el cumplimiento de un deber monárquico o de una cura de *footin*g; hasta el momento en que, todas las ramas desiertas, vuelve sobre sus pasos». ¿Por qué en aquella especie de contienda sin claras peticiones de principio, hasta *ellos* resultaban siendo *un orden?* ¿Un tradicional… es decir, *eso* que quiere decir *esa* palabrita alemana que sirve para todo? Álvaro debería haber anotado estas dudas para más tarde, pero hubo algo que se apagó, que se enfrió en su inte-

rior. Una oleada repentina de desaliento que no venía del cielo sino más bien de un lugar impreciso en el interior de la caja toráxica.

—Te aseguro —continuó sin embargo, como recogiendo un abanico chino o un soplador para turistas, para indicar recato o prudencia— que el menos para vos —había dicho esto en voz más baja— que miras bien adentro de las cosas no he cambiado en absoluto. Me alegra de verdad que hayas venido y que podamos volver a hablar de aquellos tiempos…

La comodidad de la habitación se tornaba por primera vez enemiga para Álvaro. Hasta entonces había sido su cómplice. Los poetas llegaban y se transformaban en simpáticos gatos con hipo, enrollados en los largos vasos de Pinch, ronroneando, con la vanidad miserable apenas adormilada por el calorcillo de la intimidad, del clima confidencial, antes apenas de glorificar a Alfredo Gangotena o de hablar pestes —como todo el mundo— del gordo Neruda. Las muchachas se desparramaban de a una, de a dos, de a tres, sobre los divanes o la alfombra, abriendo las piernas como quien se queja de su propia historia y da su empujoncito sonoro para ser oído y salvado, llevando en la mano (o en el bajo vientre vivo y retador) el pago por el atrevimiento, ostentación de las ostentaciones. Los imbécilesenemigosaduladoresacreedores, chorreaban entonces envidia, hasta oler bien. Pero ahora. Las cosas no hablaban el mismo lenguaje del viejo, su confort no era la paz de aquel. De ahí que las palabras (lo que se oye) le salieran como palabras, en algún sentido, de preso. Coruscante, libidinosidad, violináceo, apetecido, cántico: ¡mierda! Las cosas: aparatos. Álvaro lo advertía inequívocamente, sentía la situación con la piel de su cara, la de decir adiós y la de dar consejos.

—Tas grande…

—Y chele, Tata, desde luego…

Algo como una decisión entre el método y el temor imprecisamente ubicable también, como su desaliento en mejoría, tomaba a Álvaro por asalto, pero asalto a la salvadoreña, como con respeto.

¿Un poco de música? No. «Los nativos son por naturaleza poco honrados». «Los indios viven como cerdos y verdaderamente no son más que animales». Todo el mundo sabe que los prejuicios son los padrastros de la literatura, inclusive de la gran literatura, es decir, de la literatura inglesa. Pero también era menester aceptar que «El hombre como especie no es bueno ni malo, belicoso ni pacifista, perfecto ni imperfecto, sabio ni tonto, completamente racional ni completamente irracional. La naturaleza, debe recordarse, es una gran fuente de confusiones; una gran mayoría de sus productos (las especies que han habitado el mundo de tiempo en tiempo) se han extinguido porque estaban pobremente adaptados al ambiente». ¿Eh? Aunque eso sea el dintel del juicio, no había que olvidar las vías laterales. La palabra *primitivo,* implica una valoración? ¿O quiere decir simplemente *más viejo?*

—Pero quisiera oírte decir otras cosas.

(Cuidado, *darling*, poco a poco) .

—Si una cualidad tuya recuerdo bien es la de platicar. ¡Cómo nos enseñaste…!

Álvaro confirmó que había olvidado, efectivamente, muchísimo: el Tata se ocupaba en rascarse párpado con párpado: «Bueno, quizás sea como vos decís. Quizás les enseñé mucho. Puede ser que sea así». La lágrima: saliva, hombre, solo que de más allá.

—Claro está: los años nos separaron y la vida se hizo distinta. Para mí fue dura y supongo que para ti seguirá siendo dura…

El viejo sacó el pañuelo colorado, lo pasó por las manos y lo guardó de nuevo. Dijo:

—Jé.

—Pero debes saber —se apresuró Álvaro a decir, cubriendo el bache— que hay días en que deseo que todo el mundo pudiera reducirse al gran traspatio de la Casa Vieja, con vos hablando y hablando de las Managuas y las Tormentas de Pétalos…

—Tetecu manda, hijito. Tetecu le dio virazón al mundo y puso a correr los días detrás de las noches. Por eso es que de juro los hombres nos hacemos viejitos y los indiezuelos agarran porte de hombre para estar ya listos y hacerse viejitos cuando les toque, por la ley del tiempo. Y el mundo es grande, el hijuepuerca…

Álvaro creyó por un momento que el viejo había derretido el hielo que trajera de la cumbre («hielo» decía él, ¡qué extraviado andaba!), pero se equivocó. El Tata, después de balbucear unas palabras más, volvió a su rumiante mutismo. («Válgame a mí, desnudo soy. Hijo de Tata, solo eso soy. Solo yo sé adónde se va el humo. Mucho más lejos que allá atrás de los árboles. Si me tocan, algo se llevan Pero yo sigo. Yo nada toco. Válgame a mí, desnudo soy».) Entonces se decidió a probar por otra vía, la ruta de las evidencias, del aquí-entre-nos traidor camino de la luz boba de todos los días. Al fin y al cabo. Pobrecito.

—Tatita, me dice mi hermana…

El anciano pareció encogerse aún más sobre sí mismo («Válgame a mí…»). Pero de inmediato sonrió de nuevo, con su peligrosa dulzura. («Vos sos mi fuerza, vos sos mi paz…»).

—Sí. Despuesito te voy a hablar de eso.

Álvaro fue por la cafetera eléctrica hasta la desayunadora azul (el silbido anunciador, anterior en términos perentorios a la desconexión automática, había durado exactamente tres segundos), sirvió dos tazas y alargó una al viejo, que estuvo a punto de volcarla sobre la alfombra nazarena.

ARTURO (8:30-9:30 am)

Arturo decidió no asistir a sus clases aquella mañana. Cuando logró tomar un bus con posibilidades serias de salvar la vida era ya demasiado tarde para un arribo honroso a la clase de Derecho

Laboral (catedrático: doctor Feliciano Avelar, Abogado y Notario de este domicilio, casado, anticomunista, Presidente de la Sociedad de Padres de Familia del Externado de San José, molestias intestinales de origen nervioso). De manera que decidió irse directamente a los Tribunales. Eran cerca de las ocho cuando el bus arribó, ya relativamente desahogado, a la Avenida Universitaria, entre el aterrorizado aleteo de la bandada de palomas que suelen comer arroz frente a la legación francesa. Arturo encendió con displicencia un cigarrillo, pero de inmediato, en uso de un reojo vigilante que le envidiarían Rip Kirby, Felipe Corrigan y todos los miembros de la Sección de Investigaciones Especiales de la Policía a la vez, el chofer del bus lo increpó en la forma clásica: «Si quiere fumar a gusto, maneque, ¿por qué no compra su carro? Yo lo ayudo para la prima…». No le surgió al futuro primer premio Pulitzer otorgado a un salvadoreño, del cuerpo aún fresco, el estudiante de leyes, el adversario esencial, el amamantado por la ley de la selva capitalina: arrojó el cigarrillo por la ventana y miró hacia unas nubes débiles allá en el fondo del cielo matinal («Vos traes para abogado —le decía Oyarbide cuando muchachos— alegas por todo, pagas por alegar»). Al llegar al pequeño Sahara en que se alza la gran caja de fósforos roja del Palacio de Justicia, y al llegar, en uno de los recovecos de la caja de fósforos, al Juzgado Tercero de lo Penal, los ordenanzas madrugadores (les repartió cigarrillos) —sacudiendo el polvo eterno que permitía hacer dibujitos sobre los escritorios y que cubría simbólicamente la aplicación de las leyes comunes de El Salvador— le avisaron que tenía las rutinarias llamadas telefónicas, que un agente-de fianzas-que-se-andaba-ahogando lo había buscado *utualito,* que una anciana patas-en-la-tumba (madre de cliente pobre clásica) lo esperaría a las diez en la Penitenciaría, etc. Las pobres viejitas, pensó paternalmente el gran-escritor-que-aún-no-había-tenido-la-oportunidad-de, siguen creyendo que su presencia física, sus narices entre los legajos, son indispensables

para que los jueces den resoluciones favorables en los casos de sus hijos, pero deberían saber que *dura lex sed lex* y que, para el ejemplo inminente, solo los defensores debidamente acreditados pueden entrar en la prisión. Ellas hostigan sin embargo, cargan de frente y de flanco, pobres ángeles de mal agüero y peor presencia, y, como si todo eso fuera poco, lo apabullan luego a uno solito llevándole a casa presentes increíbles: una ollita de manjar blanco, un pollo peche, toneladas de fruta, estampitas y medallas de la Virgen de los Desamparados, almohaditas de brujería protectora, oraciones raras. Pero cuando ha pasado el peligro y los hijos a lo mejor ya andan en la calle chistándose de cómo salieron bien de su juicio por lesiones o por robo o por estafa, las ancianitas paran todo el esqueleto como que son tenguereches preparándose para morder y se hacen las más duras para pagar lo que quedó pendiente. Por eso hay que cobrar adelantado aunque nos rompan el corazón las *mater dolorosas* de Ayutuxtepeque, pisto en mano y culo en tierra, por si no te vuelvo a ver, Caifas. ¡Qué ganga! Eva, la secretaria morena —morena en un sentido peculiarmente extrapolado con respecto a la Virgen Morena o a la Sierra Morena, es decir, anti-folklórico, universal— cogiéndose con el líquido corregidor de estenciles una rasgadura de la media, media que no importaría absolutamente nada en el mundo si estuviera arrojada en un canapé o colgada de un ganchito de madera secándose al sol pero que envolviendo aquella pierna luminosa quedaba tocada para siempre por la gracia de Dios, le sonrió a Arturo como todos los días, abriéndole la Segunda Estación del Vía Crucis Judicial cotidiano: el Juzgado Segundo de lo Penal, y le ofreció chiclets. De su cartera surgió un aroma marchito, que le cortó a Arturo el gesto de asomarse. ¿La teoría general, la introducción al estudio de lo mengalo? «Hoy mañaneó, bachiller. ¿Lo echó su señora de la cama?». «Sí —dijo el joven Jiménez de Asúa-Alain Delón— por inútil». «Pues no parece, bachiller, no parece». Había recalcado el «bachiller» como cuando

la amante de los coroneles se dirige a los sargentos y a los cabos por mucho que estén muy bien: para recordarle que ella era como el diploma de abogado, había que estudiar mucho para alcanzarla, no era bocado de estudiantes ni de cualquier doctor de tercera fila. En el Juzgado General de Hacienda, el Juez, un joven rubio, jurisconsulto de la nueva ola, adelante-bayardo-del-derecho-togado, etc., antipático como Dios cuando quiere serlo de veras, en cuyo rostro pugnaba por imponerse un gesto de prudente idiotez, en mangas de camisa, le echó una mirada vertical como una plomada, que lo hizo pensar en la posibilidad de haberle inferido una ofensa inconsciente. Cuando quiso hojear al azar unos expedientes apilados sobre un escritorio cercano a la puerta de salida, el mismo Juez le dijo acremente que el trabajo comenzaría solo a partir de las nueve. Arturo ladeó la boca y no quiso ni insinuar que eran mucho más de las nueve, salió del Tribunal (a la Penitenciaría se iría sobre las diez), abrió su fólder amarillo liberándolo del clip gigante con que siempre lo prensaba y sentándose en una banca inofensiva y fría que era el retrato de la paciencia del mundo en el sucio corredor, se dispuso a revisar sus papeles. El librito de Eduardo Couture que lo convenció de la necesidad moral de hacerse abogado, no hablaba, por cierto, de esta cotidianez sórdida, torpe y cansina incluso al arrancar la jornada. Una rosa en la balanza de la ley: la puta que te parió. Pero… Recordó que se había comprometido a telefonear a Álvaro después de las nueve para confirmar la cita del almuerzo. Álvaro quería conocer los cuentos de aquella promesa nacional (al menos eso había dicho la última vez con un entusiasmo que parecía sincero, sobre todo en un genio autonombrado como tal y enemigo declarado del criollismo) y Arturo, para partir de lo que él a su vez llamaba una base honorable (es decir, una base que prescindiera del ventajista argumento en el sentido de que Álvaro tenía ya publicados dos volúmenes de cuentos, uno de ellos con el saludable agregado del Premio Nacional, traducción

culta de un estímulo de ocho mil colones) había propuesto una mutua agresión, un si me lees-te-leo riguroso, actividad no muy peligrosa si se tomaba en cuenta que ambos escribían preferentemente cuentos breves. El único problema era que él acudiría a la cita con los cuentos del año pasado solamente. Desde hacía unos meses no escribía una triste línea por la carencia de temas interesantes, situación suficientemente frankensteiniana como para exclamar, cada vez que lo ratificaba recordándolo: ¡desconsolador! Claro, en un país como este —solía pensar Arturo para entibiar la minúscula llaga del alma—, donde no ocurre apenas nada peculiar, no se le puede pedir a nadie que sea un escritor de un libro al año, ni siquiera un cuentista de más de tres cuentos al año, a no ser que se le permitiera escribir sobre sus caries, su caspa, sus íntimos regocijos sexuales en la mañana de los domingos, etc. Pero los meses, qué implacables, de todos modos. Enero, luego Febrero o Marzo, caramba. Bueno, la verdad es que si uno tuviera que comer de esto… Invirtió unos quince minutos en leer el alegato de apelación con que esperaba ganarse unos trescientos cristóbales —cobro por entrega del documento en la Corte Suprema y no por resolución favorable, máximo homenaje al talento jurídico, es decir, plata en el bolsillo. ¡Con tal de que no salieran luego con que le pagarían por cuotas! Volvió a cerrar el fólder, apareando antes con meticulosidad las hojas y se fue el cafetín para desayunar.

No había huevos ni jamón. Solo frijoles con crema, pan de dulce y refrescos tibios, Gaseosas Tropical que a la larga dan cáncer. Le explicaron que la Compañía de Alumbrado Eléctrico estaba haciendo unos trabajos medio raros en el tendido de la zona y que desde la tarde anterior no había corriente en tres kilómetros a la redonda ni para encender un bombillo de lámpara de mano. «Ya sabe usté que cuando K-Listo Kilovatio dice este macho es mi mula, ni el Gobierno la puede». Ni modo, tendría que esperar a que le doliera la cabeza para ponerse furioso. «Fíjese que hasta la leche

se nos cortó y los tamales que trajimos ayer al mediodía ya están todos pandereto de puro tiesos». Subió de nuevo por las escaleras hacia el segundo piso y se metió en el primer Juzgado de Paz que encontró en su camino. A pesar de la hora ya había ahí un buen corrillo de empleados y estudiantes. Se podría haber dicho que nadie asistía esa mañana a la Facultad. Arturo saludó a la tribu con el fólder en alto, molino de viento en el trópico, echando las dos o tres palabrotas de ley que fueron contestadas de inmediato entre carcajadas. La vigorosa mediocridad, si, ¿y por qué no? Además, ni pensar en que iba a pasarla bien sin poseer las técnicas precisas. En ese tiempo estaba de moda tender trampas verbales al interlocutor. Uno decía una frase incompleta que obligaba al otro a preguntar. Ahí moría como el pez. La respuesta, a la vez que completaba la frase truncada, se convertía en un insulto o por lo menos en algo peor, en una burla chispeante contra el incauto. Lo que en Bizancio hizo temblar las estructuras del imperio al margen del ajedrez y las discusiones teológicas, lo que hermana a los primeros pobres pendejos profetas (ver: Chema Méndez, Obras) con el último novelista verdaderamente genial que aparece en el mundo, es decir, en el extranjero, o sea, la concepción de la palabra como arma de defensa y ataque, se ejercía entonces con desenfado en todas las esquinas de San Salvador, y de San Miguel, y de Zacatecoluca, y en los círculos intelectuales de Santa Ana. El intrépido narrador esquivó una o dos de las emboscadas más evidentes y cayó honorablemente en una muy sutil, entre el alborozo (pero también el reconocimiento) de todos. Luego había que hablar de las nuevas empleadas. «Hoy dos culóncingas de la Cámara que dan entrada de puro jinetes». «La chelita del Primero no está mal, pero dicen que cobra». «Y la colocha esa, de San Jacinto, la dueña del Cuarto de lo Penal, que se hace la Greta por las confianzas que tiene con el doctor Arrieta, el místico Director de Prisiones». Los temas se ampliaron, de la nalga al Estado Moderno y su concreción salvadoreña. El nuevo Presi-

dente de la Corte Suprema de Justicia no daba esperanzas a los defensores (no era mayor novedad el hombre, tal vez menos venal que el anterior que ya la canteaba de mañoso, tal vez —primero Dios y la flor de Izote— lo suficientemente despierto como para ponerle buena cara a las mordidas, no a las de chuchito, hay que decirlo y comprenderlo, pero sí a las de dinosaurio o las de rinoceronte, esas que ya tienen que ir en cheque al portador); lo que sí era grave era la escasez de Códigos: en lugar de imprimir tanto discurso del Presidente que nadie usa ni para limpiarse el cútete, bien podrían apresurar una edición del machete del litigante, aunque fuera en papel de empaque; volviendo al tema de arriba, ¿ya supieron que Dios existe?: Hombre, el hecho de que los dos hijos le hayan salido maricones al Presidente de la Corte Suprema saliente es una prueba directa, no hay que hacer, pobres los materialistas, con esa no van a poder; ahora bien, dando al César lo que es del otro, quien sí le está tocando los huevos al tigre es el tal Fidel Castro, bien se mira que es abogado, pero bueno está porque esos gringos hijos de la gran bretaña ya ni la pelan de cabrones que son… Arturo revolvió, aburrido, una pila de juicios recién iniciados (me lleva la trampa con ese Juez con ese Juez de Hacienda, que se cree la divina garza, la jefa de Tarzán!). Uno de ellos, que había sido trasladado a ese tribunal desde un pueblecito cercano, llamó su atención. Lo tomó para examinarlo. El Auto-Cabeza-de-Proceso provocó su enojo por las faltas de ortografía. Una caligrafía vacilante, hija de manos inhábiles que al fin y al cabo se deben a sueldos de hambre y de la perpendicularidad seca de las plumas violín y los canuteros, se perdona; pero esto de iniciar un negocio con la justicia escribiendo «Gusgado» y «acto cavesa» hace temblar, por opositor al gobierno que uno pueda ser. Y, evidentemente, aquel atentado no terminaba allí. Arturo pasó página ya en plan de inquisidor, de criminalista que olió el aroma de almendras amargas en las manos de quien sirvió el refrigerio del muerto. Venía

luego una declaración de ofendido escrita en papel sin rayas y dos declaraciones de testigos que una de dos, o eran perseguibles de oficio o inauguraban un nuevo idioma, un idioma verdaderamente distinto, no como la tomadura de pelo esa del Idioma Salvador, de don Paquito Gavidia. La declaración de ofendido, decía así:

> «Juicio Criminal cibil contra un buey prieto que perjudicaba la sementera de don Calisto Lion. En el Gusgado de Paz de Santo Tomás departamento de San Salvador a las diez horas del diesiocho de julio del corriente año, presente en esta oficina el denunciante Calisto Lion a quien obligué a desir verdá aun sin juramento asegún lo previene el Pn. en materia creminal cibil preguntado por su nombre y generales dijo que se llama como queda escrito Labrador y becino deste pueblo. Preguntado por quien lo ofendió a qué día a qué hora y por qué motivación con qué instrumento y qué personas presenciaron el hecho CONTESTA: que el día de la fecha como a las ocho de la mañana deste mismo mes o sea hoi le ofendió un buey prieto orejano de fierro y dueño desconocido que se encuentra en depósito en la persona de don Luis Galdámez que le estaba comiendo el maiz de la milpa que el instrumento con que lo ofendió fue el ocico y que motivo no ere aber dado al buey para tal ofensa que las personas que presenciaron tal ofensa y echo son don Jesús Galdámez y don Dolores Lión. Leída que le fue la presente declaración se le pregunta si ratifica el contenido contesta que sí y firmó. Enmendados /r /orejano /valen. Eulogio Guerra, Juez de Paz. Calisto Lion.
>
> Ante mí: Presentación Carbajal, Srio.».

—¿Vieron esta babosada, muchá? —preguntó Arturo.

—Sí, hom, qué bárbaros. Si siguen llevando así el juicio se van a tronar al pobre buey…

Los muchá rieron. Arturo colocó el pequeño expediente en su lugar y pidió que le prestaran el teléfono. «Dale agua, vos, apenas amanece». «Te va a contestar el otro desde la cama, baboso».

—No sean así, maltercios, es una llamada oficial.

7-0-5-2. La voz de Álvaro, casi comercial, respondió desde un pozo lejano.

ÁLVARO (9:30 am)

Álvaro colgó el teléfono (el negro) y se volvió lentamente hacia el Tata que miraba por las ventanas el Cerro de San Jacinto (como un búfalo verde que hubiera muerto de gordura y que se hubiera quedado allí, sin podrirse, desmadejado, olvidado de la mano de Dios, de los allanadores de terrenos que tanto abundan, de las aves de rapiña y las erupciones, la erosión lacustre y pluvial: para los siglos de los siglos) y el edificio de la Policía Nacional, áspero y gris bajo el sol super-desarrollado. Por precipitación, estúpidamente, respondiendo a quién sabe qué mecanismos recónditos, había cometido verdaderamente el peor error posible. «Te mereces la tortura sacramental, la de los ciento veinticinco cuchillos oxidados». Después de explorar muchos temas, ambiguos pero cercanos a la zona de peligro; de algunas leyendas olvidadas, de las diferencias del pipil hablado en Izalco con respecto al de San Pedro Nonualco, del régimen de lluvias en el Volcán de Santa Ana, la escasez de los ojos de venado para los romadizos, la Santa Alianza del Diablo y las mujeres, le había soltado, como una perra enferma, la pregunta: «Y hablando del amor mágico, Tata, conoce Ud. la famosa hechicería de la prueba del puro?». El viejo se había indignado visiblemente, tocado sin tino en esa parte prohibida que hace subir la sangre como por un surtidor bajo la piel hasta el rostro abierto, y antes de contestar gruñó varias veces con el entrecortamiento característico

de los escasos indios puros que van quedando en El Salvador, sobreviviendo frente a la prepotencia del enano-gigante, del paisitote. Álvaro trató torpemente de insistir, sin poder ocultar a su vez el rubor, tal vez sin advertir del todo la levadura que hacía engordar como un pan en el cine la cólera del Tata (ojo: lo que se llama ceguera de la civilización es doblemente ceguera cuando adviene frente a las acciones de esos hombres acostumbrados, por ejemplo, a ocultar eficazmente el olor del miedo a los perros rabiosos, el color de las enfermedades graves a los zopilotes conspiradores y de tan larga lengua), pero el viejo se mantuvo firme en la hosquedad, quien sabe hasta qué punto inocua, hay que decirlo. La llamada telefónica que recordó a Álvaro una cita para almorzar vino a salvar el momento de enojoso silencio, pero cuando Álvaro colgó el aparato, el negro: negocios y recados corrientes), el Tata, al parecer, se había decidido a decir lo suyo:

—Lo que te puedo decir, chelito —no podría haber esperado Álvaro un adjetivo más impersonal— es que no andes pensando en vainas. Hoy sería cuando para venir yo a pegártela de brujo. Pero vos yas tás grande. Eso del amor es solo lo que dice el Alcalde de Izalco: dormir bajo la misma cobija, cumpliendo los deberes de la propagación y los engendros. Nada de divorceos o separaciones. Cumplir, y cumplir bien, con los mandamientos de Dios y con la ley. Sués todo del amor. Y comer toda la vida la misma tortilla y los mismos chipilines. ¡La prueba del puro! Eso es brujería de los ladinos, de las mujeres malas y de los hombres que no son hombres, mijo. Eso es de los ladinos. Y de los peorcitos…

Álvaro se sintió pésimamente. Solo esperaba del cielo y de la santa luna que lo parió, que el Tata Higinio no soltara aquella palabra (ahora nomás la recordaba) con que los fulminaba de niños, ante algún desprecio o una grosería demasiado cruel: nacatushtes, oídos de conejo, ingratos.

—Vos dirás —continuó el viejo— que el preguntar no ofende y que soy muy metido, muy ocho con yo, al venirte a regañar si ya estás hombre y tenés hecho tu camino, como el canegüe. Yo te digo que lo poquitiyo que uno tiene, cuando es poquito, hay que defenderlo parado en pinganillas para parecer más alto. Así es con yo…

—Perdonáme, Tata —no le costó a Álvaro decirlo. Ni siquiera podría haber argumentado que se trató de una broma. Habría sido peor.

La conversación tomó entonces un rumbo tranquilo, incapaz sin embargo de espantar los murcielaguillos del desasosiego que llenaban la habitación y la habían vuelto una caverna cromada. Álvaro sirvió más café, cambió de lugar unos cuantos ceniceros, puso a sonar un disco de canciones criollas (que detestaba absolutamente) y finalmente se sentó ante el Tata, encendiendo un cigarrillo con los ojos arrugados. Fue entonces cuando el viejo le dijo con voz intermedia que el motivo de su visita era suplicarle (dijo exactamente así) una recomendación para que lo admitieran en el Hospital Rosales, en las salas de Caridad. Tenía un reumatismo que estaba a punto de acabar con él.

ARTURO (10:15 am)

—¿Así que esta no es la primera vez que se halla Ud. detenido? —preguntó Arturo al reo con voz cansada, como si apenas esperara respuesta. Evidentemente la frustración del desayuno comenzaba a fastidiarle el día. Organismo enemigo: ¿y si uno fuera verdaderamente pobre de solemnidad? No le alcanzaría la vida para tanto dolor de cabeza. Pero, ¿y en la guerra revolucionaria, en las grandes aventuras a través de la selva o el desierto, cuando truena es al parecer una tormenta tropical o una nevada interminable? Qué distinta es la vida en concreto. Los libros, aun los

reportajes políticos son la ficción. Reportaje al pie del patíbulo y los diez días que estremecieron al mundo y Lawrence de Arabia, todo está muy bien, pero si no desayunas te duele la cabeza durante todo el año y terminas por morirte aunque seas el héroe marxista-leninista más randaco de la época, el Superman de las clases menesterosas, el tipo más de a sombrero del planeta. La guerra revolucionaria y sus ayunos. ¿Y si al final fuera hecha contra personas como yo, con todo y nuestros dolores de cabeza? Qué cosas. Por eso mi papá hace tantas bromas a costa de mi imaginación. «Cuando agarras aviada, no parás hasta Calcuta. Pone los pies en la tierra, porque un abogado con la cabeza en las nubes es como un cirujano tembeleque: el horror de los clientes». Qué cosas.

—No, bachiller. Nués la primera. Lo…

El tipo había tardado bastante en contestar, haciendo gestos de disgustada reflexión y rascándose la cabeza entrecana, decorada además por una tela de araña polvorienta.

—Cuénteme, pues, con exactitud y sin omitir nada esencial, los detalles de su anterior detención. Inmediatamente después examinaremos su caso actual. Le ruego que sea preciso y, si le es posible, breve. Debo entrevistarme con otros clientes y ya no es muy temprano.

La sala de recibo de la Penitenciaría (sala es una elegante —oficial— manera de llamar a tal cuartucho maloliente a polvo de meses, de una oscuridad vetrífica y pegajosa) desagradaba profundamente a Arturo. No se imaginaba visitándola con Alicia, por ejemplo. Y eso que uno estaba del lado de la calle, porque viniendo desde el otro, desde las celdas, la perspectiva debía ser francamente siniestra, aunque consolara un poco momentáneamente. Por eso preferiría hablar con los reos en los Tribunales y no se llegaba a la prisión sino cuando, como en el caso que atendía hoy, era estrictamente necesario. Pero al fin y al cabo uno nunca sabe por dónde saltan los pesos. Es decir, que de casos aparente-

mente insignificantes resultan a lo mejor verdaderos surtidores de colones, a la postre más nutritivos que los sonados asuntos entre dueños de Cadillacs y algodonales. Si no fuera porque sentía cansancio en los párpados y un ligero temblor involuntario en las mejillas, sus resistencias…

—La vez pasada me acumulaban ser miembro de la banda del auto fantasma.

—¿La banda de asaltantes tan famosa?

—El volado es un poco enredado y hay que ir por partes. Todo empezó con que eran las fiestas de la Virgen de Candelaria del año antepasado y como yo soy de Sonsonate y de la Virgen y del agua de coco me agarro, le dije una noche a mi compadre que si cojíamos camino para allá. «Juega el gallo —dijo mi compadre, tan torcido qués el pobrecito, hace unos días le estalló una bomba de a peso en la cohetería onde trabaja y lo ha dejado comiendo con dedos ajenos para toda la vida—, pero molos rápido —me dijo— como quien se quita una brasa del junene…».

—Al pedirle que fuera detallado, dispénseme, me refería a los hechos, hum esenciales, de su proceso anterior.

—Es que si no le cuento todo, no va a cáir Ud. en el por qué de la movida. Como le iba diciendo, dispusimos ir a Sonsonate. Juimos primero a mi pieza, entonces yo vivía allá por la Colonia Dina, a traer un poco de brea y de una vez a la niña Catalina, quiero decir, la 38, por aquello de qués mejor andar armado que bien acompañado, sobre todo en estos tiempos en que no hay trabajo y los pobres majes sin empleo ligero-luego se dedican a la cirugía nocturna y no atinan para brincarle a uno ni por el talle de acabado que se le echa de ver a la legua.

—Es decir, que fueron a Sonsonate…

—Y nos juimos, pues. En la Mi Negra, *pullman*. Al llegar allá —vea cómo son las cosas, bien dicen que lo primero debe ser siempre la obligación y luego los gustos, pero uno no hace caso y por

eso se lo lleva el cachudo— en lugar de irnos primeramente a la Iglesia para cumplir con la Virgencita, vengo yo y le digo a mi compadre: «¿Qué tal le caería un bockiano con conchas en el Bier-Lokal?». «Pues, ya viéndolo… —contestó Bolívar, y, chumbulún, nos zampamos de cabeza al ojo de agua. El tal bock se hizo largo, como siempre que se dice «solo uno nos vamos a echar». El puro tuerce de uno, digo yo. Y el sapito guarero, que también tiene su tuco de culpa. Total que, para no cansarlo, al rato ya estábamos más que manudos y zapatones, bien a zaranda, como que viéramos sido valedores de candidato oficial en tiempo de elecciones. Y va de hablar paja: de fútbol, de cueros, y hasta de política…

—Si…

—Y en eso me dice el compadre: «Ya supo, entrador, que los rusos han encaramado una babosada en el cielo y que dicen que ái le anda dando vueltas al mundo?». «Ay, mi Rasputín —le dije yo— usté lo atarailado qués, todo lo que oye se lo cree así nomás». «Nombré —siguió de necio aquel— sí es cierto: los tales rusos han guindado una pelota del aigre, tanto que todas las noches se ve que pasa a la gran virazón y echando más chispas que torito de fiesta. Si Ud. gustavo vides la vamos a esperar para mirarla, que ya va siendo hora de que pase». Entonces a mí, con la ayuda moral de las serpentinas, se me salió el Charles Starret y le dije: «Yo voy, para hacer las de Santo Tomás, pero con la condición de que si vemos la pelota la apiemos a puros balazos. No vamos a dejar la chevecha para irnos a estar de Miranda tan solo…». «Achís, la babosada —me contestó el compadre— como es rusa no importa. Apiémosla. «Quién quita que hasta salgamos mañana en el diario, bien chivos». Pagamos al mesero, me acuerdo que se empurró porque solo un diezón le dimos de propina. No sabe este jinete —pensé yo mientras me enzaguanaba el último poquito de cerbatana— que ha estado atendiendo a los que van a somatar el spúcnic para que ya no nos ispeyen los rusos desde el cielo. Buscamos un lugar oscu-

rito, lejos de la bullanga de la feria y nos pusimos a esperar. Yo todavía quería que el compa juera a sacar un medio litro de Tres Puentes, porque me consentía falto de un par de tragos, pero él alegó que había que cuidar la pulseta…

—No olvide que nos queda poco tiempo… —Arturo pensaba en Alicia y, sin saber por qué en la palabra «chifonier» y añoraba la proximidad de un alma gemela surgida del pozo abierto de la gran cultura contemporánea. Era duro aceptarlo pero ahora sabía que era un auto-ingrato, un imbécil: siempre se olvidaba meter alka-zeltzers, aspirinas, en su cartera. —Ya me está dando sueño, bachiller, cuando el compa empezó a gritar como vieja en terremoto: «Allá va, compadrito, allá va: tírele antes de que se escape». Yo, para qué le voy a decir, no vi muy bien el chunche entre tanta estrella, pero por no pasarla de choco me saqué la animala y dije a echarle riata al cielo. En un pispilear se me jueron los seis plomazos. Y ahí comenzó lo bueno, nanita de mi alma: porque no me había alcanzado a echar la de dar consejos a la bolsa cuando ya estábamos rodeados de más cuilios que en una revolución: Ahí polacos nacionales, ahí Guardias, ahí chicheros y hasta unos choriceros medio a pénjamo y todos chuquitos, como catorce babosos en total, apuntándonos y casi a punto de echar plomo. Casi a punto es mucha gente, porque lo que es plomo, echaron: a mí por poco me llevan la oreja izquierda con uno (aquí se me nota la cicatriz, fíjese), pero al ver que no contestamos, ya no tiraron más que si no, allí mismito biéramos quedado volando espalda. Es que sin darnos cuenta nos bíamos ido a esperar el espúcnic junto al portón principal del Banco Hipotecario. Al oír los vejigazos la cuiliada creyó que estábamos asaltando la babosada esa, como en las películas, y que había chance para que ellos trabajaran de tipos. Allí nomás nos esposaron después de darnos unos cuantos moquetes («así los queríamos agarrar, cabroncitos» decían, todos sudorosos) y como la gente empezaba a aglomerarse nos llevaron a la llama al bote. Allí

se puso negra la babosada. Unos orejas sombrerudos se hicieron cargo de nosotros y, para empezar, amarraron a mi pobre compadre en una silla maciza y dijeron a sonarlo de alma. Le gritaban que echara la piedra luego-luego y que no se callara ni un solo detalle, pero no le decían sobre qué carajos, y como además, no lo dejaban hablar porque la serenata era de cato tras cato y de patada tras patada, sin que pitaran los fáboles, el pobrecito cambió de físico en lo que canta un gallo preciso. Cuando vieron que ya estaba casi boqueando y que le salía una espuma verde por la nariz, lo soltaron y agarraron a Mincho el Músico, es decir, a Miguel el Cohetero, es decir, a mí. Pero yo sí que no soy baboso y ya había tenido tiempo de pensar, de manera que les dije así, comenzando en tono golpeado, que felizmente no se me quebró: «Ah, no, amigos. Conmigo se equivocan. Lo que es a mí no me van a tocar un pelo: a mí nomás pregúntenme y les digo toditito, hasta la Salve, el Trilsagio y el Yo-Pecador». «Confesa, pues —me dijeron— decí que sí, que sos de la pandilla del Carro Fantasma y decí quienes son tus compadres y onde están; porque si no te vas a estar enamorando una orquesteada de bergazos que no cree en ni mierda». «Pues sí —les confesé, antes de que me cayera mi garnatada por puro impulso— y ónde no va a meterse uno en camisa de once varas, ya ven cómo está todo de caro. Ahora bien, el mero nombre de mis compadres no se los puedo decir porque lo ignoro. Primeramente porque nunca les he visto la cédula y segundamente porque entre nosotros los lerfis trabajamos todos con apodos. De qué les va a servir a Uds. saber del Chele Taraviya o de Umbligo Ciego o de Cuétano?». «¿Y onde andan, pues? —me gritó el más sacón, amagándome con una lámpara de mano. «Ai andan en la Feria —atiné a decir—: como hoy es día de la Virgen solo los pirujos íbamos a trabajar». «Ah la chucha —dijo el otro cuilio— ¿qué no será comunista también estijuerrota?». Pero como el de la lámpara era el que mandaba, ya no siguió por esa vereda el volado, graciasadiosmente, porque ahí

sí que hubiera estado yo bien volteado, Ave María Purísima. Así que me dijeron que debería dentificar a mis compadres y que me iban a sacar en un carro a recorrer la Feria pa ver si los devisaba, como dice La Llorona. Yo me puse pis-pis y me encomendé hasta a San Pascual Bailón, que por cierto siempre me ha caído mal pues dicen qués enemigo de los bolos. Porque dióndas compadres, si yo del Carro Fantasma solo sabía las guáshpiras que publicaba Jorgito Pinto en el Independiente. Pero decidí darles pita, qués como mejor vuela la piscucha. Me sacaron en un nashito viejo, que ni de lejos parecía ser de la polar, bien enchachado yo y atrincuñado por seis cuilios vestidos de paisano, caras de bagre y jediondos a turco. Y a darle vueltas a la feria, pues. «¿Los ves, vos? —me preguntaban a cada rato, puyándome las costillas con las pavorosas y a mí se me encaramaba el fundillo al galillo— vola ojete porque si no, vos solo vas a pagar por todos y te va salir el tavo de a millón». Yo cortaba clavitos, bachiller, hasta que al fin me dije a mí mismo: si no me pongo aguja, aquí murió grillo; al que no llora, lo lloran. Y como íbamos pasando frente a un chalecito donde estaba un par de prójimos echándose sus cervezas, les dije a los chuchos: «ahí están: esos dos del chalé son mis compadres». La cuiliada paró el carro más adelantito, en una oscurana medio lodosa que había por allí, y los seis se bajaron con las manos en los bolsillos de las chumpas o encendiendo cigarros. Para que se viera más cabal mi orejazo, todavía les dije: «Pero tengan cuidado con el chiquitín, qués terrible pa la pistola». El chofer se quedó cuidándome con un solotur en la mano y los otros se fueron acercando poco a poco a los pobres maishtros hasta que se les aparearon y los rodearon. Cuando aquellos dijeron salú y tomaron otro gran trago de cerveza, juácáte, les cayó de una vez el gran terciazo, que ni ay dijeron. Mire bachiller, ahí era sangre y cerveza lo que brotaba, a mí me dio no sé qué, quizás por la debilidad o por la goma, que ya me estaba entrando y a mí me da goma triste. Pero, ni modo, Dios es el que reparte los

talegazos y al hombre lo que le toca es solo poner el chunchucuyo y arrugar la jeta. Cuando los clientes comenzaron a despertar me llevaron cerca de ellos para que los acabara de dentificar. «Estos son, ¿verdá? —me dijo un cuilio. Desde el suelo, uno de los sonados alcanzó a decir con voz de tísico: «¿Estos son de qué, por vida suya?». Y yo, para evitar que se me jodierá la movida antes del tiempo, me aligeré a contestarle: «No se haga el maje, compadre, que hoy ya nos llevó el diablo a todos: mejor entriéguese y ayúdele ahí a Cuétano a levantarse antes de que se haga el molote de gente y nos vayan a querer linchar». Después vine a saber que mis compadres hechizos eran unos pinches sastres del Barrio de Veracruz y como no anduvieron abusados los condenaron a siete años. Anduvieron con suerte, porque el clavo era gordo. Claro, mi mero compadre y yo nos zafamos luego-luego…

—Qué cosas pasan, ¿no? —dijo Arturo, pero no consiguió el tono irónico.

—¿No le digo, pué? Y viera que hay ratitos en que me remuerde la conciencia. Pero cuando me acuerdo de aquel terciazo que por poco los desarma, digo: Huépiles, ese tanatazo era para mí. Y me tranquilizo.

—Bueno —el tono de la voz de Arturo fue evidentemente colérico— a ver si terminamos de una vez y nos podemos de acuerdo en algo. Como le dije, tengo que atender a otros clientes…

ÁLVARO (10:30 am)

Cuando el Tata se hubo marchado, Álvaro, para no dar rienda suelta a su mal humor desbocado, llamó por teléfono a Elizabeth, a Italo, a Manuel, al Licenciado Alemán, a Roberto del Monte, a Carlos Lanzas y (con quienes pudo lograr contacto, ya que los teléfonos de San Salvador no son *guaranteed* como el sanforizado)

habló de lo primero que se le ocurrió: de cebollitas turcas; de proyectos publicitarios para una nueva colonia residencial al pie del Volcán; de los últimos contrabandos de *whisky* y joyas, impulsados por la rutilante primera dama de la Nación y el Presidente de la Asamblea Legislativa, a quien picarescamente habían bautizado los estudiantes como el primer damo de la Nación; del nuevo plan de becas para escritores ofrecido por el Ministerio de Cultura y apoyado por el Centro El Salvador-Estados Unidos, impugnado tan solo por los partidos de oposición, los sindicatos, los estudiantes universitarios y por el poeta Mario Arenales (en declaraciones exclusivas para la página literaria de *El Independiente*, emitidas en el bar El Paraíso de Adán y Eva); de la última racha de incendios provocada por el jefe de la policía para culpar a los comunistas y para liquidar las construcciones viejas del centro y dar paso a nuevos edificios cimentados en gasusas inversiones americanas; del boycot a la conferencia de Prensa que para esa misma tarde había organizado un publicista peruano en su desgraciadamente exitosa feria del libro centroamericano; del club de homosexuales aristócratas llamado El Arcoíris, que funcionaba bajo el manto de un gallardo equipo de básketbol —campeón nacional—, descubierto por pura casualidad por la policía (esa misma noche habían metido preso también al hijo del doctor Trudó y al hombre le dio un preinfarto cuando recibió el dato debidamente correlacionado, preinfarto que se le interrumpió cuando le aclararon que no, que a sus hijitos no los habían agarrado bailando con el mejor defensa derecho y el máximo encestador del país sino por estar tirando tiros contra el mostrador de una casa de putas porque el cantinero ya no les quería vender más trago después que vomitaron a la Chapina Amanda, la dueña, mayor de edad de este domicilio, de oficios los de su casa, y el propio doctor Trudó los fue a sacar de la jaula y todavía les dio pisto para que siguieran la zafra por unos dos días más, al fin y al cabo a mí me gustan los

hombres cómo? a ti también, papá?); del papel de Alec Guiness en la película *El Capitán Mareado*; de la falta de crítica cinematográfica en el país, donde el único que nos puede dar ejemplo de rigor es Hugo Lindo; de la poesía náhuatl; de otras becas para escritores que ofrecía la ESSO; de los cuadros de Lico Morales sobre los historiantes de Paleca; de la vomitivo-diarreica poesía de Gavidia, el insigne pensanauta; de la necesidad de superar el costumbrismo rural en la narrativa nacional y la colateral idea, ya obsesiva, de mandar a matar a Salarrué; del último artículo sobre la Generación Comprometida (Álvaro la llamaba «Generación Espontánea») escrito por Chito Gallegos Valdez para la revista de la ODECA, en el que no bajaba a los puetas jóvenes de sartreanos y neometafísicos aunque virulentamente impugnadores y ellos sin haber leído ni *El Muro* y conociendo a Aristóteles solo porque así se llamaba un chucho que tenía Roberto y al cual destripó una camionetona de la línea 2; del proceso contra los torturadores del régimen anterior que, desde luego, haría poner sus barbas en remojo a los torturadores del actual y los futuros regímenes, ya que ni a putas volverían a torturar a nadie sin máscara; de la urgente necesidad de fundar un cine Club, un bar exclusivo para artistas y un apartamento de soltero de propiedad común para combatir elitariamente el atraso cultural y la melancolía, pero sobre todo el atraso; en fin, de mil y pico de cosas, qué cultura. A pesar de lo cual no tuvo más remedio (el corazón le hizo oír una especie de Pequeño Concierto para Instrumentos de Percusión de Rebelión-Mendoza, la gloria dodecafónica de Zacatecoluca, como decía el nunca suficientemente ebrio Mario Arenales) que ponerse una corbata y un saco mínimamente concordantes y salir, dando un portazo nada común en aquellas últimas semanas, de la habitación al parecer empequeñecida de repente. Aunque para su cita con Arturo faltaban más de tres horas y no era cosa de tomar una cerveza tan temprano y todo el trabajo de la semana estaba hecho desde el día

anterior y Elizabeth había sido terminante en que solo lo vería el próximo sábado (¿no entiendes? —dijo— vernos todos los días es terri, francamente vulgar, veámonos ya cuando tengamos reales urgencias, no porque así lo dispusimos ayer) y al Museo Nacional mejor la otra semana: qué pereza. El ascensorista lo saludó con la misma amabilidad ujieresca de siempre, pantera ante la propina, no somos nada. Y cuando le preguntó que si había recibido al viejito que lo había buscado y Álvaro le contestó paternal y funcionarizadamente que ese viejito era nada menos que su padre, el tal ascensorista no le quiso, menos mal, homenajeantemente, creer. «Cómo va a ser su papá, don Alvarito. Si juera su papá anduviera bien tacuche el viejito». El Premio Nacional se quedó, como siempre, en el segundo piso —vieja mañosidad cinematográfica (Cara Cortada, Dillinger)— para terminar el descenso a pie. Al llegar a la planta baja vio en uno de los mejor iluminados escaparates del pasillo un anuncio monumental del nuevo libro de Salarrué, titulado *La espada y otras narraciones*. Había un cartelito gris que presentaba la obra, transcribiendo un juicio muy elogioso del crítico principal de *New York Times*, y un ejemplar de ella (tiraje de lujo) descansando graciosamente en un pequeño canasto de caña brava. «Un primitivo encantador, con toda la peligrosa sabiduría de los primitivos, capaz, de hablar por la boca de los niños de su país. Un gran escritor de América Meridional, tan desconocida y tan cercana, zona del sol que no termina, al parecer, en las plantaciones de la United Fruit Company, como se creería al leer la obra de Carlos Fallas, otro escritor local. Una joya familiar perdida en la turbulencia de este venir a menos que ha sido la historia de nuestras relaciones con el conjunto de América del Sur». Y en otro cartelito: «El primer libro de ficción que alcanza en nuestro país una tirada de cinco mil ejemplares». Si Álvaro hubiera estado pensando en calidad de agente publicitario, habría concluido que aquella promoción era muy mala, torpe, cirquera, acomplejada y pasada de

moda. Pero Álvaro no estaba pensando como agente publicitario. Echó una ojeada a su reloj, dudó aún un instante y luego, precipitadamente, volvió al ascensor. De nuevo al séptimo, por favor —pensó, pero todo lo demás no lo dejó decirlo. Al entrar en el *enormous room* se fue directamente (se lanzó) sobre la bella Olivetti.

ARTURO (11:15)

—Quien me envió fue su señora madre. Ella me dijo que la acusación actualmente es de estafa, al parecer por una suma pequeña…

—Así son las mamases, bachiller. Y no es que ella ande del todo perdida, porque le voy a decir que si de al tiro alguien me tuviera que hacer la defensa, yo le pondría icsofactamente el clavo en las manos a usté. En primer lugar por aquello del aprecio y la fraternidad, usté sabe cómo queremos a los estudiantes, y luego porque uno con los colegas se entiende y se siente a gusto (usté sabe que no por lo del Carro Fantasma he dejado de ser intelectual, pues además de entrenador de béisbol y maestro de emergencia del Ministerio de Educación, plan de 1952, soy periodista independiente). Pero gracias a Dios y al Santo Niño de Atocha, que solo clavado pasa el pobrecito, no le voy a tener que agradecer ese favor. Yo mismo me voy a defender, ya se lo dije al señor Juez.

El dolor de cabeza no se le ocultaba más a Arturo: se le había declarado francamente hacía largos minutos y eso lo hacía sudar y caer en el fondo negro del peor humor de perros. Oía el palabrerío del reo con fastidio y solo deseaba que terminara de una vez, inmediatamente, para largarse de ahí a tomar algo que le restituyera el bienestar. «Él solo se va a defender. Entonces ¿por qué demonios me hace perder el tiempo? Cuando haga mis cuentas por la noche esto parecerá un amago de *uppercut* al hígado, lanzado por un negro enano».

—Y no crea que es por no pagar o porque de plano soy tonto de la cabeza: no es cuestión de solo ir a ponerse para que los fiscales hagan su Agosto con el pelón de hospicio. Ya tengo bien estudiadito el plan de mi defensa y aunque me pongan enfrente al más gallo de los gallos de la Fiscalía General, no me van a hallar ni con candela. Yo ya tengo mi cábula general, no soy tan de al tiro pato. Yo jui amigo del doctor Merlos y él me aconsejó por vida: «Mira Nayo, yo se lo que te digo —me aconsejaba— todo en la vida es cuestión de verla venir y tener uno su cábula». Y tenía razón el viejito, después se enojó conmigo por un chambre, por algo le dicen don Zorro y todo el mundo le aplaude cuando echa pija en los mítines contra el Gobierno. En fin, usté sabe. Yo ya tengo mi cábula. Y conste, que á usté le cuento esto porque sé qués amigo de los pobres y que no me va a dar negra con el pase de oreja. Que si nos oyera tanto lengón que hay aquí, solo a trér mi condena de un par de años iría…

El administrador del Penal, el viejo Teniente Merino, de quien se aseguraba era la única persona decente en todo el aparato de administración de Justicia de la República (por lo menos desde 1935) y ello no porque hubiera pruebas relevantes sino por su solo aspecto patriarcal y sus modos complacientes, entró a la habitación chancleteando para dejar unos papeles en el escritorio cercano y saludó a Arturo silenciosamente, con una leve inclinación de cabeza que ni siquiera hizo caer la ceniza de su cigarrillo agonizante. Una cucaracha blanca y gorda voló desde el escritorio hasta le pared y se quedó allí, rascando, como el fantasma de una enorme uña de dedo gordo del pie. «Días sin huella». Arturo pensó en fumar, pero de inmediato supo que se le agravaría el dolor de cabeza. Posiblemente, se dijo, estaré pálido, con la cara larga y la quijada más. Debo tener cara de Roberto del Monte enfermo del hígado. No se atrevía, por otra parte, a interrumpir al reo y dejarlo hablando solo de su plan de defensa y de las once mil vírgenes.

Ni se le ocurría siquiera la fórmula para atajar aquel torrente verbal. Y él, que había pensado redondear las ganancias tembeleques de la semana con el anticipo que le había prometido la ancianita. Aunque al final, quien iba salir más jodido era el reo: el que por su gusto muere, aunque lo entierren parado…

—La mandrakada es más o menos así, bachiller. Fíjese para que le quede esperiencia y porqués de choto. En primer lugar, la barrientos…

El hombre había señalado la barba que se había dejado crecer (húmeda parecía tan negra, enhiesta en el final, agresiva, como la de un mago o la de los diablitos del Jamón del diablo).

—¿Usté cree que esta barbita me la estoy dejando crecer por amor a Fidel Castro? (Y va a perdonar que le miente a la familia, como dicen por ái). No, bachiller: es parte de la cábula. De aquí a tres meses, que es cuando va a ser el Jurado, ya voy a tener una pera respetable, así como quien dice de diplomático o de Aristóteles. Para mientras, ya mandé a la dray clíning el de reír y llorar (que no es el único pero sí el más tuani) y además le dije, a mi mamá que me traiga la camisa árrou, una de mancuernilla que tengo, guash-an-güer, y una corbatona mero taza que tengo, con sostenedor de chucho de caza. Para asegurar la cosa desde el primer ínin, he mandado a hacer un bastón con cabeza de águila de plata al pabellón de Rematados, con un maishtro que es un primor de las manos para trabajar los metales y que está embuchacado por falsificar chimbimbas americanas de a peseta y bambas antiguas de a peso. Con ese plantón de vestido y bastón hasta el Juez y los Fiscales se van a ver mero delincuentes junto a mí. Como dice mi maishtro Catalino, mejor no sirve…

Arturo era cada vez menos el futuro primer Pulitzer extranjero: se enjugó con el pañuelo el sudor del rostro y miró desesperado a la calle, a través de la ventana, prisionera, como todo allí, detrás de los grandes barrotes cuadrangulares de hierro oxidado. La mañana

era ya una película mexicana. La cucaracha blanca cayó de espaldas hasta el suelo, con un ruido de largo rasguño y un seco golpe final.

—«Leonardo Ele Murillo —me va a decir ese día mi teniente Merino, después del barrido de la celda y la repartición de los yoyos del desayuno— prepárese rápido con ropa de salir y se me va a la reja, que hoy tiene cita con la Justicia en el Templo de Minerva». Y ya sabe usté cómo voy a ir. Tipería, bien enchachado, pero con la frente altiva, como Pedro Infante en *Nosotros los Pobres* y *Ustedes los Ricos*. Una abigarrada multitú de público va estar esperándome en la casona. «Ve —van a decir a mi paso— aí va el maishtro Murillo, tan galán qués. A ese pobre cliente lo han rempujado a la cárcel por envidias de viejas chachalacas». «No pueden ver al hombre inteligente sin estarlo jodiendo». «Así jue como se cagaron los judíos en Nuestro Señor». «Suéltenlo, suéltenlo —va a gritar la majada que habrá llevado mi mamá (en el barrio, a tamal por cabeza, se consigue una tropa más grande que la del San Carlos, sépalo para cuando quiera organizar una zamotana o una revolución). En fin, que ya le digo. Los muchachos de la prensa nacional harán funcionar sus cámaras para llevarle a toda la fanaticada de la República las noticias de mi suerte. «¿No quiere decir unas palabras para los suscritores del *Diario de Hoy*?» —va a llegar a decirme don Chico Romero, qués bien fierrada mío y qués softbolista también, viera qué primor de hombre, no hay quién le pase una pelota cuando está de shor-estóp, lo único que lo jode es que le encanta demasiado el argirol. «Saludos al pueblo salvadoreño —voy a decir— y muy especialmente a la señorita Tilita Mijangos, del restaurant Milagro, en la 24 Avenida Norte: hoy brillará mi inocencia». «Guacalchía-chía-chía…» —va a gritar la majada. Al fin me llevarán a la Sala de Jurados, bien topada de gente como si juera seis de agosto. «Orden en la sala —va a pedir el Secretario— comienza la vista pública contra el suidadano aquí, don Leonardo Ele Murillo». Y el señor Juez, bien bravo, le va a decir a los vigilantes: «Desaten ligero al

reo: nadie puede estar haciéndole bendito a las nalgas en el Palacio de la Ley». Y van a comenzar a leer la minuta: que San Salvador mil novecientos tantos, que presente el reo tal y cual, que el supuesto delito de estafa, que los cuarenticinco colones que dio la señora Eusebia, que la propiedad privada de uno y no sé cuándo, en fin, ni modo, bachiller, a aguantar otra vez y en la mera cara todas las calumnias que le acumulan a uno por ser pobre. Hasta que diga el Juez: tiene la palabra la acusación…

Arturo, achuy, no daba más de sí. Trataba inclusive de pensar en otra cosa, en cualquier cosa agradable (Peter Pan, o mejor Burbujita) que le hiciera olvidar (mientras el reo no agotaba la charla y por el contrario la respaldaba como tejiéndola con grandes gestos de actor finisecular) su feo sumergimiento en aquella habitación ya realmente odiada, su fea mordisqueante hambre que lo envenenaba de pies a cabeza, su feísima manera de sudar y su peor dolor de cabeza.

—Los hombres esos van a decir barbaridades de uno, bachiller. ¡Ay, papaíto, papaíto lindo y difunto que me abandonaste huerfanito en el mundo ingrato! ¡Ay, México, lindo y querido si muero lejos de aquí! Que mirarlo allí en el banquillo de los acusados haciéndose el Juan-vendémela, que es el criminal nato patente y presente, que hay que ser rigoroso para defender a la sociedá (así se llama un cantón allá por Pasaquina) y trescientas mil pajas baratas. Pero no vaya a creer: yo no me amilanaré. La cábula, bachiller, y la dignidá de uno, son la mitad de la vida. La otra mitad es el valor, la cara de palo. Pues, para no cansarlo, llegará finalmente el momento en que el Juez dirá: «Tiene la palabra el reo». Yo me voy a levantar así despación, como Gregory Peck en *Duelo al Sol*, para poner a parir a todo aquel gentío. Colocaré mi bastón con cabeza de águila de plata sobre el taburete de los acusados y me pararé bien cerquita del Tribunal de Conciencia, abotonándome y desabotonándome el sacristán para que se me eche de ver la cami-

saza. «Señores del Jurado —les voy a decir, así con estilacho— ¿de qué me acusáis? —(porque hacerse el loco no le hace daño a nedie, bachiller)— ¿De qué me acusáis, señores del Jurado? ¡Lo ignoro! ¡Lo igno-ro! ¿Que me hice cargo del delito en la policía judicial? Lo admito, ¡Lo ad-mi-to! Pero, señores del Jurado, honorables y apreciables señores del Jurado, mi estimado señor Presidente del Tribunal de Conciencia: apretáos, como quien dice, Señores del Jurado, un huevo… y veréis por lo que ha tenido que pasar este cristiano en las espantosas ergástulas frías de la Policía de Investigaciones Criminales y Judiciales, alias la Jura, donde el atropello y la tortura contra los ciudadanos honrados, abstemios y trabajadores, son una irnominia para la patria grande que nos legaron los plóceres de la Independencia al grito unigénito de Dios, Unión y Libertá». Y ái va estar mi zafada, bachiller, porque el Presidente del Jurado, que siempremente es un veterano pelón, así con cara de buen cuate o de pentágano, quién sabe, va a voltiar a ver para todos lados y con risita nerviosa y diciendo «compermisito», con cuidadito de que nadie lo mire, va a bajar la mano y ¡chás! se va a pegar su apretón para experimentar y entonces va a decir con cara triste: «Tiene razón este cristiano. Así cualquiera echa la piedra. Absorvámolo». Eso es jon-ron, bachiller, lo demás son babosadas. ¿Mato la cuca?

Arturo hizo una cómica mueca al tratar de sonreír. Y estaba organizando en su cabeza doliente una despedida eficaz, cuando el reo, en otro tono, de humilde, casi servil, inocencia, dijo:

—En fin, suponiendo que yo le firmara el poder orita mismo y considerando que ya lo hice reír un rato, ¿cuánto me cobraría por la defensa?

Arturo logró sonreír plenamente. Cubrió el pañuelo con las dos manos y terminó por guardarlo en uno de los bolsillos del saco. Se arregló la corbata y sacó un cigarrillo del virgen paquete de Embajadores, golpeándolo por uno de los ángulos con el índice en forma de pequeño ariete.

—Muy bien. Haremos un presupuesto para las diversas posibilidades que se puedan presentar. Siempre tendrá que ser un presupuesto provisional.

Pero antes quiero saber…

ÁLVARO (12:15 pm)

Después de llamar trabajosamente por el teléfono negro a un taxi de color adecuado para la hora, Álvaro escribió al margen de la primera —esplendente— cuartilla: «Para Arturo, con afecto, este poema de cuentista que recién atravesó la puerta del horno». Por la radio, Bramhs se hacía cómplice de YSS, la emisora del gobierno, con su papapa-pámpapam estimulante, generador de imágenes cinematográficas, perfecto para surgir en medio del aire acondicionado. Álvaro hizo el rito higiénico para la salida prolongada: Old Spice en toda la rosa de los vientos, hasta en el halo de la santidad. Puso en un sobre las cuartillas engrampadas con amor y se colocó el moderno tanatillo lo más cerca posible del corazón. El texto, que planteaba ya entonces, de hecho, la obsesión actual de Álvaro y que lo llevaba a una bien intencionada confusión de géneros literarios, se llama «El Brujo» y pasará a la sorprendente historia de la literatura salvadoreña con las siguientes características:

> «Te comprás un puro de a real mejor si es prieto como zanate macho y no tiene nadita de vena y te conseguís siete alfileres limpios sin óxido ni manchas ni huellas de uso y que no hayan tenido nunca contacto con la sangre humana sabiendo que antes de comenzar tenés que bautizar el puro y los alfileres por separado dándoles tres vueltas al derecho y tres vueltas al revés con los ojos cerrados una vez hecho esto con parsimonia sin precipitación que es lo que más mal cae en el otro mundo clavas los alfileres en el mero centro del puro y a este lo pren-

des por detrás o sea que lo vas a chupar por la parte cortada donde los demás hombres ponen la brasa antes de todo ya se me olvidaba tenés que haber visto que no haya nadie presente porque si no la oración no da efectos ya que se trata de una cosa íntima como la limpieza corporal y la resistencia a las enfermedades y luego recitas tres veces seguidas y con fe y devoción y respeto la oración siguiente: "Yo te conjuro cigarro puro padre de tus volubles hijos de humo en el nombre de Satanás Lucifer y Luzbel y por la virtud que tú tienes —arde el corazón arde la entraña infinita— haced que ella sienta amor desesperado amor por mí que no tenga sosiego ni caminando bajo las estrellas ni posando sus ojos entrecerrados sobre el color del agua ni tratando de amar a otro hombre por hermoso que sea ni aún durmiendo en su cama ancha solitaria y sin Mí Santa María Reina y Madre de las Maravillas que en la violenta ciudad de Mangle no encuentre un solo caballero noble ni una mujer que por favorecerla y honrarla quebrante su quebranto que los niños inocentes lloren sin saber por qué lloran que los perros ladren furiosos que los gatos chillen cual si hubiesen visto cerca de sí la serpiente matadora pues así como venciste el corazón de Tu Madre Abandonada en su edad final y el corazón de todas las Madres de Tu Madre y el corazón del Nocturno Poder de Tu Padre así has de vencer su necio obstinado porfiado insensato corazón para mí que yo iré cantando hasta la última y postrera región estas tremendas canciones que rezo encomendadas a Dios-al-revés al Enemigo al Escorpión Predilecto al Aborto de María Preñada por un Cuervo Podrido al Malo al Diferente al Mil Caras al Gran Mentiroso al Placentero al Sucio al Hediondo al Único Verdaderamente Muerto al Gran Traidor al Perro Veneno a Satanás en fin el del hombre siempre triple a Lucifer Sombra de los Perdidos en el horrible Día y a Luzbel quien a pesar de Dios conserva la belleza y aunque ella (aquí decís el nombre de ella) invoque los jugos de la tierra contra nuestra apetencia se deberá desesperar por mí desde que se

pase las manos y los dedos por su largo cabello que no parece que termine jamás de caer por la nuca" y ya de una vez que estés rezando te tenés que ir fijando en la forma del humo del fuego y de la ceniza en una forma normal y corriente de chupar el puro sin soplar fuerte ni empujar el juelgo demasiado porque por ejemplo los hoyitos en la ceniza significan las casas ya sea de uno o de la mujer y hay que ver con minuciosidad lo que pasa en ellas y si se forman así como carreritas de caracol en la arena es que ella (aquí decís el nombre de ella) invoque los de Dios en cambio una rajadura es que ya viene de camino y si se forman graditas es que por el momento está bien entretenida pero que volverá prontamente con todas las musarañas del arrepentimiento ahora bien si la brasa chispea es que ella está enojada por algo que ha sabido de uno si sale llama es que se encuentra enferma y abandonada y si la brasa es normal la cuestión es favorable para el que reza la oración lo mismo que si el humo forma una especie de palma también es favorable aunque ella esté lejos en cambio si el humo se amontona sobre el fumador hay que ponerse águila pues ella está cerca y lo busca y lo requiere también cuando ella regresa arrepentida y sumisa del abandono el humo vuela para arriba y cae con pesor sobre la cara del que reza en cambio el humo en forma de corazón es malo porque indica compañía y querencia ajena y si se apaga el puro ahí sí que la cosa está más peor porque es que la que queremos está en peligro de morir o de parir de otro ahora bien en cuanto a los alfileres estos hablan según se vayan cayendo si se cae uno solo es que ella está enferma al caerse dos hay que estar tranquilo si se caen tres ella está pensando en el que reza la oración al caerse cuatro es que ya va terminar el abandono al caerse cinco es que hay cólera grande al caerse seis es que viene ella o alguien más con mucho dinero y si se caen los siete es que ella está convencida para siempre de que solo con uno tiene verdadero poder de amor hay otras cosas más pero eso es más caro hay que acordarse siempre que

esta oración se debe rezar en soledad en un lugar alejado de la flor de infundía y únicamente los viernes a las doce de la noche sobre todo es importante lo de estar solo pues si la cosa se hace en compañía corre uno el peligro de que el Diablo crea que es changoneta o bien no le oiga la oración o bien le mande a uno un su castigo que lo deje lelo de por vida dicen también que se puede fumar entre dos pero solo cuando se están queriendo y fuman para apagar una sospecha entonces se reza desnudos y en la cama pero eso sí que yo nunca he probado porque yo nunca».

ÁLVARO Y ARTURO (12:50-3 pm)

«Día de aire invisible, sin referencias de que alcanzará para toda la vida. De los que huelen a engaño, o quizá no, simplemente a la típica yuxtaposición de normalidades que van haciendo los días tan parecidos entre sí, como nietos de una colección de abuelos aborrecibles». Álvaro tiró por la ventanilla del taxi la página literaria donde el rotundo texto de Mario Arenales lanzaba sus seudópodos vibrátiles en nombre de la filosofía alemana bebiendo catchup Del Monte en Saint Germain de Pres. Cuando llegó a «El Patio» (al cual llamaba «El Patrio», agregando: «Mi patria es "El Patrio"») faltaban aún algunos minutos para la una. De nuevo una vaga sensación de alma satisfecha lo colmaba y se apuntó como un nuevo tanto halagador el hecho de llegar temprano a la cita, dígase lo que se diga, esta es la vida. Por eso se sorprendió (ya había elaborado velozmente la situación de ser el primer en llegar y sabía cómo utilizarla para seguir siendo feliz) al encontrar a Arturo en el bar, frente a un largo cubalibre de Bacardí Mexicano. Pronto: ¿a quién citar? ¿a Jardiel Poncela, a Orson Welles, a Camus, a Durrell, a don Manuel Barba Salinas, a Cesare Pavese, a la Matilde Elena o a Pedro Shofrá? O una puteada introductoria, terapia de emergencia del salvadoreño medio, punto de apoyo, máscara. El bar era oscuro y fresco, nacional

como una cueva desembocando en la hierba del día tropical, y por todas las ventanas se entrometían las hojas de grandes parásitas moradas y verde Limón; colas de faisán chisporroteantes y encorvadas por los centenares de minúsculas semillas, puras camaronas preñadas; agresivas manos de león; gladiolos machos, lustrosos y gigantescos a fuerza de injertos. Olía a membrillo, a tierra limpia de rincón, a melcocha con ajonjolí, a galletas de chuchito, a humo de sopa. La música de una marimba («Noches de Mazatlán») sobresalía sin alharaca entre las conversaciones de los clientes (vendedores de pólizas de seguros, ejecutivos de empresas publicitarias y comisionistas, el dueño del Café Orellana y la hija del campeón Nacional de Tiro (llamado Palo de Coco), periodistas, una o dos rumberas extranjeras de los dos o tres cabarets de la ciudad, vendedores de autos, vendedores de libros, cocinas de gas, trajes a plazos para caballeros, estudiantes de Derecho o Medicina).

—Vine temprano —dijo Arturo, como quien dice «*To be or not to be*» o «*assinus assinus fricat*» («Has tomado más de ese trago», pensó Álvaro) —para interrumpir una mañana ho-rri-ble. No pude desayunar, por culpa de mi adorada mujer y de la Compañía de Alumbrado Eléctrico, y por poco pierdo la cabeza con una jaqueca de altísima puta. Me levanté al revés, viejo. Para acabarla de amolar, a mis clientes se les ocurrió amanecer muy chistosos y me hicieron perder toneladas de tiempo. En cuanto nomás pude, salí disparado de tribunales y penitenciarías y me vine a refugiar a la fuente de la salud. Me encaramé tres semillazos esperándote y el resultado es que ya no tengo dolor de cabeza y me comienza a entrar el hambre bienaventurada. Es lo que dice mi papá: el guaro es la última carta de la medicina, cirugía incluida, ya no digamos de la siquiatría y la sicología experimental…

La conversación se generalizó, eligiendo facilidades tranquilas, palabras vegetales, gordas de clorofila antiséptica, como animalitos simpáticos en la edad de la inocencia, antes de aprender a morder

o a picar o a desgarrar: la etapa del tanteo («Luego se ríen de los chinos —pensaba Álvaro—, los primeros verdaderamente erectos entre toda la ordalía de pitecantropus curcuchos, porque han reglamentado estas fintas exploratorias»), que elude las veredas veloces, las que pueden conducir demasiado pronto al lugar crucial. La literatura y sus alrededores en el caso de Álvaro y Arturo, en aquellos momentos. «Inocencia misteriosa, uno de los grandes escrúpulos que debe aparentar tener el escritor joven en un país como este —había pensado cada quien a su manera y con sus palabras mentales— donde no se sabe exactamente a qué horas y en qué dirección va a surgir la erupción de lodo, el ataque del vecindario arrojando estiércol, por no decir otra cosa».

—Me gustan estos bares tropicales. Uno puede pronunciar en ellos grandes palabras para que los demás parroquianos piensen y se inquieten de reojo. «Nuestras postrimerías», «La crisis de esta época de taumaturgos», «Los huracanes recónditos», «Más allá del ceño del corazón», «Los hossanas son estupefacientes leales», etc. ¿Ves cómo nos ha mirado el tipo de saco azul?

—Sí. O a pronunciar ciertos nombres comunes de mujer con embeleso, lo cual, si se acierta, inquietará aún más a cualquier parroquiano que se respete. El culto a las claves evidentes… Claro: también puede uno conseguirse un balazo en el lomo.

El barman sirvió otra vuelta. Álvaro había pedido un Pinch con jugo de naranja y azúcar —una cucharada de clara de huevo con una gota de limón por aparte (consejo alcohólico de un amigo. Castellanos, apasionado coleccionista de vasos decorados con marcas de bebidas o nombres de bares y cantinas y que soportaba con dignidad la gloria de haber sido el primer suscriptor salvadoreño de la revista *Play Boy* entre las capas medias urbanas) y Arturo persistió en su ron zanquilargo, al que había que entrarle con pajilla y todo. Cómo era, Dios mío, cómo era el sabor del Bacardí cubano, ahora negado por la cortina de hierro y bagazo de caña, para pensar

en expresiones propias del detestable *Diario de Hoy*? Después del primer paladeo volvieron a las fintas. Estas eran ya propias de un cuarto *round* en un encuentro fijado a diez: el público se frota las manos y se crispa sobre el asiento y en el aire huele a central hidro eléctrica y a ginebra mezclada con chiclets Adams de menta. Arturo había charlado ya con Roberto del Monte, el poeta con nombre de lata de frutas en conserva, que había regresado recién de La Habana castrista. No, no había que temer por su seguridad personal, es evidente que el gobierno ha cambiado de línea y la movida va para el lado de aprovechar las relaciones con Cuba para presumir de revolucionarios inclusive (aunque por dentro se estén cagando con cada vientecito que llega del lado del Caribe): con la prosperidad de que ha gozado el país en los últimos años ha habido dinero hasta para aprender muchas cosas y el hecho de que algunos síntomas de crisis comiencen a aparecer en el horizonte no necesariamente quiere decir en esta oportunidad que viene el caos político o la matazón de gente, no, no, nonó, la experiencia es la experiencia, este país seguirá siendo una mierda pero hasta la burguesía tiene derecho a madurar, carajo, si hasta inclusive están inflando el globo de los halagos y hay muchos vivos que han acudido velozmente a prestar el culo. Claro, está el problema de la huelga textil, pero eso es cosa de los obreros, África, viejo, o Asia. Y si han capturado al tal Carpio es porque finalmente los tiempos son los tiempos. El tipo es buena gente y un santo, pero sobre todo, un mártir. Quien sabe si no sea mejor para la clase obrera conseguirse un par de dirigentes comunistas verdaderamente sinvergüenzas para poder entrar de verdad a formar parte de la nación. Carpio lo más que puede lograr es que lo torturen de nuevo, en cambio un dirigente hijo de puta puede ganar todos los juicios laborales del mundo y santas pascuas, ese es el proceso social y lo demás son babosadas. No estoy de acuerdo contigo. Ya te darás cuenta, al fin y al cabo tú lograrás saber más que yo de Carpio y compañía: por lo pronto eres su Juez Ejecutor, el

maishtro de su hábeas corpus. Sí, hom, qué fregada, al nomás salir de aquí corro a la Policía. Roberto le había contado en resumen que La Habana castrista es una ciudad muy bella, una especie de diminuto México con mar, húmeda y táctil. Sí, había dicho táctil. No, Arturo no sabía por qué pero suponía que eso se sabe con los dedos. También le había dado la dosis sociológica y la de *latín lover ascético* y la de los tres mosqueteros y la de Mata Hari. Y le había contado algo acerca de la captura de una red del espionaje norteamericano hecha por los cubanos en La Habana: uno de los espías era en realidad un agente revolucionario y por eso cayo la red. Arturo había hablado con Roberto del Monte sobre Cuba por más de tres horas en el Cafetín de la Escuela de Derecho y todo aquello parecía, como Del Monte había regresado diciendo, del carajo. Arturo había preguntado por la Reforma Agraria, por el apoyo popular al régimen, la alfabetización y Arturo había insistido en que todo era del carajo, verdaderamente del carajo. Sí, con Álvaro también había hablado Del Monte sobre Cuba, pero a él solo le había contado sobre los poetas (un nuevo monstruo volcánico llamado Lezama Limas o algo así, etc.), los pintores, un pianista y *chansonnier* extraordinario llamado Bola de Nieve, etc. Y efectivamente había afirmado que todo eso construía un panorama del carajo. Sí, como siempre, se había puesto medio misterioso y había hablado sobre un par de muchachas (había subrayado el lugar común para hacer un chiste habanero) y hasta acerca de algunos problemas incipientes en la dieta de los cubanos (escasea el cangrejo y las conservas americanas y las mermeladas para los cipotillos), pero bien pronto había vuelto a la literatura, quedándose ahí.

Otra vuelta de Pinch y ron. Y otra más. Y el trópico. Arturo tendía a ponerse melancólico y divagador, pero, finalmente, holló el territorio sagrado:

—El problema para un cuentista en El Salvador es la falta de temas. Y creo que la esencia del cuento es precisamente esa: la

presencia de un tema singular. Ahí tenés a Quiroga Borges, a Kafka. Y entre nosotros no pasa nunca nada singular. Cuando pasa, una vez al año se trata generalmente de algo tan de mal gusto, que es imposible literaturizarlo. Para escribir sobre lo insulso de todos los días es mejor quedarse con la intención. Y por otra parte, la masturbación mental es como la otra: puro derroche, puro gastar pólvora en zopilotes. En eso sí que soy estricto. Los siete cuentos que he escrito en mi vida son fruto del encuentro con la rara oportunidad, esa joya…

Después de otro trago pasaron al comedor, un lugar abierto y claro, de paredes altas y desnudas que ofrecían como única alteración al orden un descomunal bodegón de Valero Lecha. Un sirviente joven (cuyos pronunciados rasgos indígenas recordaron a Álvaro el rostro seco del Tata, situándolo de nuevo a punto de indisponerse, como en la media mañana) les sirvió una enorme sopa de mariscos que si hubiera sido servida en Bruselas cerca del museo correspondiente podría haberse llamado «Caldo a la Hieronnimus Bosch» y haber costado más de tres mil francos belgas, y luego el dueño de la casa («¿Han sido bien atendidos los señores en esta su casa de Ustedes?») vino personalmente a repartirles la carne aromada con tihuacales que habían escogido felizmente en el menú especial. Entre los postres y el café, Arturo leyó nerviosamente a Álvaro tres cuentos que, a decir verdad, objetivamente, no estaban del todo mal. Quizás tendría que limar un poco ciertos giros de humor bastante gruesos y eliminar, por disciplina, entre 30 y 40 adjetivos, acción siempre posible, al decir de Álvaro, en diez páginas de la mejor literatura tropical. Como Arturo decidió prescindir de la lectura de los otros cuentos que llevaba («en verdad —explicó, hipando— ya han dejado de satisfacerme»), Álvaro sacó del bolsillo y aún del sobre las cuartillas del cuento-poema escrito aquella mañana y, sin extenderlas, como quien pasa el bastón en la carrera de relevos de 100 x 4 o como quien entrega el pergamino lacrado al correo del Zar, las pasó a Arturo, que no pareció haber resentido el codazo.

—Léelo en casa. Es un rito de brujería del que por lo menos habrás oído hablar entre risitas. Solo que esta vez, digo, en este texto (me permití dedicártelo), incluyo el ritual auténtico y la única oración considerada eficaz, según la liturgia de Izalco. Un brujo amigo mío me la dictó esta mañana. Le ha dado una forma mínimamente literaria, sin modificar lo substancial. Se trata pues, en todos los sentidos, de un cuento realista. Garantizado.

Ambos pidieron la cuenta a la vez, pugnando por sacar sus carteras del bolsillo trasero del pantalón, déjame a mí hombre, no seas baboso, la próxima será la tuya.

ARTURO (4:00-7:00 pm)

Arturo asistió aquella tarde a todas las clases señaladas en el tablero del Decanato (los ojos un tanto enrojecidos a causa de los tragos del almuerzo, dedicándose a cultivar con cierto gozo lo que en uno de sus cuentos había llamado su «ego jurisprudencial». Tuvo una intervención feliz (según su modo de apreciar sus actos, hasta brillante en grado A-1) en la clase de Procedimientos Civiles al ser interrogado por el profesor acerca de un problema de acumulación de autos que nadie había podido resolver desde la semana anterior. «Será un placer tenerlo como contraparte en algún caso importante» —le dijo el profesor, tan famoso por su parquedad e incluso por su leve sorna, afilándose las uñas contra la solapa. Arturo se ruborizó, orgulloso. Y el gordo Flores se volvió subrepticiamente, como él solo podía hacerlo en el mundo contemporáneo, y le dijo con voz de muchacha ronca: «Tás valiendo, cipote, tás valiendo». La hermosa carrera de Leyes, Derecho o Jurisprudencia y Ciencias Sociales, como decía el Padre Gondra, sí señor, y que tan insensiblemente era capaz de despreciar Chepito Vides, digo Ladrillito Tayuyo, no señor, adelante bayardo del Derecho Togado, uno más

en el Panteón al lado de Montesquieu, Lombroso, Andrés Bello, Mario de la Cueva, Chema Méndez y el Gato Padilla y Velazco, sí señor. Ya para la hora de salida, Arturo hervía de nostalgia hogareña, en afán por compartir su merecido gozo legal, de ninguna manera menos intelectual que el producido por cualquier otra zona del tan estrechante interligado saber humano.

ÁLVARO (5:00 PM-1:30 am)

Esa tarde, recordando la conversación con Arturo (y después de haber estudiado, como todos los días, varias páginas del Diccionario Histórico Enciclopédico de la República de El Salvador, de don Miguel Ángel García, viejito pelón que sin querer logró a la vez un canasto del sastre, un tratado de alquimia histórico-geográfica, un diseminado potrero para el pasto de miles de polillas salvadoreñas, etc.) Álvaro escribió un cuento corto de ambiente cubano (de Cuba, viéndolo bien, no sabía sino lo que salía en *La Prensa Gráfica*, que era lo mismo que saber de cualquier otra cosa menos de la realidad), una «viñeta política de la actualidad salvadoreña» y, para terminar, construyó lo que él llamaba una «recreación sobre, texto histórico», esta última de carácter irreverente. El cuento, escrito de un tirón en 18 minutos, sería incluido en su próximo libro, titulado provisionalmente: «Escombros para tintero y orquesta» y es, a la letra, el siguiente:

LA INDECISIÓN

> Y entonces Robertico Griñán dijo que sí que estaba bien y pasó a ser miembro de la banda contrarrevolucionaria Alfa Junior sección de La Habana y al salir de allí se fue al Departamento de Seguridad del Estado y confesó que había ingresado en una banda contrarrevolucionaria pero que estaba dispuesto a ser-

vir a la Revolución en labores de contraespionaje y al salir de allí volvió a lo de Alfa Junior y les dijo que había estado en el Departamento de Seguridad del Estado y que había confesado su ingreso en la contrarrevolución y manifestado su deseo de servir en el espionaje revolucionario agregando aquí que él de verdad a quien deseaba servir era a la contrarrevolución y luego regresó al Departamento de Seguridad del Estado y confesó que había regresado a Alfa Junior y le había contado que había denunciado su militancia contrarrevolucionaria y que había pedido participar en el contraespionaje revolucionario pero que él era ni más ni menos que un fiel contrarrevolucionario ratificando aquí sin embargo su primitivo e inquebrantable deseo de servir efectivamente a la Revolución desde las filas de la contrarrevolución en donde se le consideraba ya un contrarrevolucionario tan convencido como que era capaz de fingirse espía revolucionario en las filas de la contrarrevolución y así seis días y un sábado Robertico Griñán vio que eran las ocho y media de la noche y vio todo lo que había hecho y se dijo que era bueno en gran manera y después de engullir una croqueta de pescado a la vera de un carromato pulcro y platinado se fue a su casa con la idea de que necesitaba un ligero descanso para continuar su gigantesca labor en favor de mejores relaciones entre la sufrida humanidad.

La «viñeta política», aún inédita por las prevalecientes condiciones políticas nacionales de que hablan los decretos del Estado de Sitio, es la siguiente:

Uno de los hombres le apuntaba con una pistola 45. Eran cinco, seis, y quién sabe cuántos esperaban afuera. Lo habían sorprendido nomás por la hora. Los cateos se esperan cuando es ya avanzada la noche y nunca así, cuando el crepúsculo… Y si intentara huir? No se atreverían a disparar y tampoco arrestarían a su mujer. Quizás podría perderse entre el gentío de la estación cercana. Porque era hora de llegada de trenes. En todo

caso la situación política no permitiría a la policía ir demasiado lejos: la huelga había sido declarada legal… Pero, quién podía saber en qué sentido se habrían complicado las cosas en las últimas horas, sí no es que ya habría otros camaradas presos para entonces, si es que alguien no hubiera hablado más de la cuenta. En todo caso, esta actitud de pistola en mano era por lo menos… Era mejor tratar de huir. Y antes de que lo esposaran. Hasta entonces le habían permitido sentarse en la cama, atarse los zapatos, mientras ellos revisaban los rincones de la casa en busca de un mimeógrafo, documentos, propaganda, vaya uno a saber. *¿Me puedo lavar la cara antes de ir con ustedes?* La menor de sus niñas trajo la palangana con agua y una toalla. Los policías habían terminado el registro y estaban rodeándolo. La puerta a unos tres metros. Y más allá la calle, oscureciendo lentamente. Una mirada a Rosa: *No tengas miedo, sé que estás de acuerdo con lo que voy a hacer. Cuida de las niñas. Tú sabes lo demás.* Repentinamente arrojó la palangana con agua a la cara de los tres agentes que estaban en dirección a la puerta y aprovechando su desconcierto se arrojó fuera de la habitación. El aire era fresco en la calle. La gente se apartaba de su camino y le huía con una mezcla de desagrado y miedo. Oyó a sus espaldas un estallido y algo zumbó cerca de su cabeza. También oyó, casi al mismo tiempo, un grito inconfundible: «¡Papá!» Otro estallido: le estaban disparando. La gente buscaba protección en los portones y también gritaba. Todos seguramente estaban de acuerdo con que lo mataran lo más pronto posible y hurtaban sus cuerpos para que las balas no tuvieran con quien equivocarse. Si a él iban destinadas, a él, pues, debían acertarle. Él corría y corría y adivinaba con terror que bien pronto le faltarían las fuerzas y se le doblarían las piernas para caer como para siempre. Otros dos tiros: parecía como si estallaran junto a sus oídos. Estaban cerca entonces. Dio un mal paso y perdió un zapato, milagros no se dobló el tobillo, pero sintió de inmediato la falta de estabilidad, el renqueo veloz, y la humedad

del suelo fangoso impregnándole el pie desnudo. De pronto, cuando menos miraba algo concreto y el universo parecía haberse vuelto un pozo giratorio y terrible, una gran mole roja le cortó el paso. Era un camión de carga. El conductor miraba la escena —dentro de la escena a él y en él a sus ojos— con cara de asombro. Sin embargo estaba allí con su camión y su aspecto de trabajador, sucio y sudoroso. *¿Y si le pidiera…? Si, sí: es un obrero y comprenderá. Chero: déme un ¡alón rápido, por favor. Me vienen siguiendo* y *me van a matar. Es por las cosas de los sindicatos. Yo soy… Mejor entriéguese, mano, ái nomás vienen… Bueno, resultó un bocabierta. Y me hizo perder…* Pálidos, temblorosos, los cinco, seis policías se le echaron encima al mismo tiempo insultándolo furiosamente. El peso de una pistola le cayó con toda la fuerza detrás de la oreja y el perseguido comenzó a caer, lentamente. Mientras un policía, aterrado aún por la posibilidad de que hubiera podido escapar le daba puntapiés en las costillas, el que parecía ser jefe del grupo le colocó las esposas. En la estación cercana el tren de oriente-bufaba. Antes de que se reunieran los curiosos, un auto negro llegó hasta donde se había efectuado la captura. Los policías metieron en él al reo y se fueron a gran velocidad. El camión rojo no se había movido. Un muchacho descalzo, que había visto de lejos todo el incidente, subió al pescante y metiendo la cabeza por la ventana de la cabina, preguntó al chofer: *¿Quién era? A saber* —contestó aquel— *Algún ladrón, de seguro. En esta zona abundan.* Luego le dijo, con mal humor, que se bajara del camión, que ya se había retrasado demasiado para estar hablando babosadas. Era ya de noche.

La «recreación irreverente», en cambio, reza así:

LA DESNUDEZ

(Sobre un texto de MAG)

A las cuatro de la tarde, después de algunos instantes de penoso sufrimiento, el Ilustrísimo Señor Obispo entregó su alma

> tranquilamente a Dios, entre las oraciones y las lágrimas de muchos sacerdotes arrodillados alrededor del lecho. Un lamento general resonó en toda la casa y en la calle: pero el cuarto donde estaba el cadáver, ocupado solo por la familia, los sacerdotes y el clero, presenció las escenas más tiernas y las expresiones más sinceras de amor y veneración al Santo Prelado. Entretanto, el doble solemne de las campanas anunció a la población el fallecimiento y puede asegurarse que fueron muy pocas las personas de la ciudad que no acudieron inmediatamente a la casa mortuoria, a pesar de que a nadie se permitió ver el cadáver hasta estar completamente vestido.

—Un día bien aprovechado por mí, un escritor, cada día menos salvadoreño, cada vez más bienaventuradamente cosmopolita, de narraciones de ficción —dictaminó Álvaro ante el espejo, colocándose la tercera corbata del día.

Entre las siete y las ocho de la noche fue a casa de Carlos Lanzas (y posó para el retrato que este estaba haciéndole, inglesamente al pastel). Se trataba de un cuadro muy peculiar (sobre todo por la carencia de continuidad con respecto al resto de la obra actual del pintor) en el cual el rostro de Álvaro, sin barba, con unas mejillas purísimas que no eran las suyas pero que se referían a él de una manera más íntima que estas, se confundía con San Salvador, de acuerdo con el aspecto que presenta la ciudad vista desde un lugar preciso de la carretera a Zacatecoluca. No era nada verdaderamente novedoso para quien estuviera en capacidad de adivinar ciertas huellas entre De Chirico y Buffet, pero para levantar los odios de la Dirección de Artes Plásticas del Ministerio de Cultura era más que suficiente. Además, las civilizadoras relaciones públicas de Álvaro habían propiciado ya cuatro reportajes de prensa que habían difundido la noticia por toda la ciudad y dado a Lanzas la oportunidad de las ironías. «En El Salvador, cualquier obra de arte se produce contra algo o contra alguien…». Lo demás era

cuestión de organizar el robo del cuadro, la consabida entrevista del pintor con los reporteros de la página roja y el aparecimiento de la joya cultural perdida a los pies del Salvador del Mundo en la Catedral en construcción: Milagro, Milagro, Hossana al Hijo de David, Bendito sea el Señor Dios de los Ejércitos, para retratos Carlos Lanzas el retratista que hasta los ladrones prefieren, un toque de modernismo a su cultura: lea «Escombros para tintero y Orquesta», cuentos del Premio Nacional y vencedor en los Juegos Flores de Quezaltenango, Guatemala, Álvaro Menéndez Leal, Gloria a Dios en las Alturas y Paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad. Cuando el pintor tuvo bastante para aquel día, echó con Álvaro una partida de dardos, hablando mal de los pocos pintores figurativos que van quedando en Centroamérica (exceptuando a Camilo Minero que daba grandes pasos hacia una pintura auténticamente popular pintando cuadros que luego se pudieran encumbrar como barriletes, sensacionales cuadros-piscuchas para los niños pobres atendidos por la División de Menores de la Presidencia de la República) y de la crisis de los poetas católicos (¡no hay uno interesante en El Salvador desde mediados del siglo pasado! No, no me refiero a don Juan Jota Cañas, Carlitos, el autor del himno nacional era masón y tenía fama de ser uno de los hombres más brutos de su tiempo a lo largo y lo ancho de América Latina). Luego se aplicaron un par de tragos de aguardiente en batidor de barro y salieron para cenar huevos crudos de toro regados con cerveza en cierto restaurante equívoco, perdido en los breñales de las faldas del Cerro, como quien va para San Marcos y no sabe bien por dónde. Álvaro había recuperado (¡por fin!) el Chevy que tenía internado como si fuera su propio y *foolish* corazón (desde hacía *todo* un par de días) en un bronco taller de reparaciones. Entre las nueve y las once, Álvaro se metió solitario en un cine (Carlos hubo de abandonarlo, atacado por un hipo pertinaz, hipo necio, de esos que llaman de muerto infieri). Dejó la sala cuando

comenzaron a proyectar un film de Luis César Amadori. Callejeó un poco, charló con una prostituta callejera de la Calle Arce, ya para entonces llamada más corrientemente la Mamenic Line, y no, por cierto, a causa de la Marina Mercante Nicaragüense, cabal frente a la casa del Rector de la Universidad, alias *Gallo Bebiendo Agua* (hasta que llegó, furtivamente, un policía, hecho que lo obligó a irse silbandito de nuevo hacia el carro, jugando al fútbol con una semilla de jocote), carrereó sin rumbo fijo, se dedicó a sorprender con las luces a los enamorados que aprovechaban la zona oscura del Estadio Nacional; insultó a una anciana terenga que se le atravesó en la Alameda Roosevelt, decidió no insistirle a Elizabeth aquella noche, escuchó a unos mariachis («Dios dice que la gloria está en el cielo…»); regaló un par de pesos al poeta Mario Arenales, el Barba Jacob del barrio San Miguelito, barbudo y con un feo golpe de mano en el pómulo (¿cuántos días de borrachera llevaría?, lástima su inteligencia y su preparación filosófica) quien le regaló en cambio una muestra comercial de talcos femeninos «Para Mí» y, atropelladamente, tanto como no debe hacerse según Dale Carnegie, alabando el buen corazón de Álvaro y sus bien conocidas tendencias filantrópicas y mecenísticas, le solicitó un empleo cualquiera, para empezar desde abajo, en su agencia publicitaria, bajo la solemne promesa, juramento de doble cruz ñuñuca, de no beber nunca más, ni siquiera un pinche trago o una pinche cerveza, una vez que se curase la borrachera presente, hasta que lo dejó ir; cayó en el Rendezvous del Hotel El Salvador, aún en reparaciones por la balacera que armara la semana pasada Lico Hill, el pistolero agroexportador más destacable del último año, y se tragó un ajenjo refrescante y siempre sobresaltante por lo creolinoso y lo baudelairiano, y finalmente, volvió a ochenta por hora a su habitación con un calor de los once mil diablos. Se desnudó como una mujer y se durmió leyendo un folleto cuyo autor (un académico ecuatoriano de dos apellidos y la consabida «y» entre ambos) trataba de demos-

trar que Jorge Luis Borges es en realidad un joven expósito de la más rancia nobleza polaca, expulsado en una fecha indeterminada de un monasterio tibetano especialmente estricto, por habérsele comprobado constantes caídas en la pederastia pasiva.

ARTURO (1:00 am)

Arturo besó por última vez a su mujer, mientras ella se cubría de nuevo con su camisón de seda, esposamente. Para terminar un día que podría considerarse interesantoso, el amor había sido, como siempre, como cuando los días son magnificientes u horribles, inmejorable. Apagó la luz tirando del cordoncillo metálico de la lámpara y hundió la cabeza en la almohada y la oscuridad olorosas. De pronto, como un chispazo eléctrico que brotara del fondo de sí mismo, de allá donde el páncreas pispilea y el hígado se pone verde, lo golpeó el recuerdo indeseable: había olvidado en todo el día iniciar los trámites del recurso de hábeas corpus en que fuera nombrado Juez Ejecutor. El plazo, si no se equivocaba, habría terminado ya, carajo. Tendría que inventar una buena excusa, para la Corte Suprema, nada menos. Y para Carpio, desde luego. Si es que no se lo han tronado todavía. Y para AEU. Mañana a primera hora. Sin falta…

TÍTULOS
ROQUE DALTON



























II
ROBERTO

Conferencia de prensa

Memorias confusas
una y otra vez,
recogen el sueño
en amarga red.

CLAUDIA LARS.

Oh tú, animal revolcado en las sociologías,
obsedido por lo sexual…

Vaya: llegué tempranísimo. «Vengo arrastrándome, despezuñándome a puros tropezones, medio de goma, pero no tanto, y si estuviera agonizando, agonizando vendría para hacer una proposición benéfica a la humanidad desvalida. En esta cara jalada que me veis, lo peor es el catarrón, pero no liunque. Con toda la energía con que debe un diputado promover los asuntos interesantes de la Patria, pido que ante todas las cosas y en la sesión del día se declaren ciudadanos libres a nuestros cheros y meros *brothers*, los compañeros esclavos, dejando desde luego a salvo el derecho de propiedad que legalmente prueben los poseedores de los que hayan comprado (porque los que se los hayan hueviado no tienen derecho a nacas) y quedando para la inmediata discusión la criación del fondillo para la indemnización de los propietarios y a ver si alcanza para el almuercero de todos los colegas. Este es el orden que

en justicia debe guardarse: una ley que la juzgo natural, no hay de piña, porque es justísima, manda que el despojado sea ante todas las cosas restituido a la posesión de sus bienes; y no habiendo bien comparable con el de la libertad, ni propiedad más íntima que la de ella, que aunque de por sí no Dallas de comer, es el principio y origen de todas las que adquiere el hombre, y por eso es que con mayor justicia deben ser restituidos los esclaburros al uso íntegro de ella. Todos saben, no se hagan los sorocos, que nuestros hermanos esclas han sido violentamente y a punta de machete y arcabuz despojados del inestimable don de su libertad (por babosos que van a ser esclavos voluntarios), que gimen en la servidumbre, suspirando por una manuela benéfica que rompa la argolla (puyo) de la esclavitudencia. Nada pues será más glorioso a esta augusta Asamblea, más gratis a la nación ni más provechoso a nuestros hermanos, que la pronta declaratoria de su libertad, la cual es tan notoria y justa, que sin discusión y por general aclamación deberá decretarse, cachándose una parranda con tetuntes en la mano el diputado que se oponga. La Nación toda se ha declarado libre, aunque sea un poco en veremos, y lo deben ser también las partes que la componen, aunque sea de nombre. Este será el decreto que eternizará la memoria de la Asamblea en los corazones de estos infelices que de generación en generación nos bendecirán como libertadores. Si bien es cierto que ya la mayor parte se murieron esclavos y solo como doce babosos van a gozar de esta medida, no seamos tan sinvergüenzas cuando ya no es necesario. Además así le vamos quitando la mala fama que desde el nacimiento ha tenido el país y comenzamos a presumir de liberales aun siendo recontracachurecos. Y para que no se piense que intento agraviar a ningún poseedor, que no se aflija don Chico de Sola, y aunque me hallo pobre y andrajoso y medio chuña porque no me pagan en las cajas y hace tiempo que no huelo mis créditos y dietas, ni me aceptan vales en ninguna parte, cedo con gusto todo lo que me deben estas

cajas matrices para iniciar el fondo de indemnización arriba dicho. Cosa que incluso es excesiva, porque si vamos a hablar claro, los 14 nos lo tendrán que agradecer: ya no van a tener esclavos, por lo tanto ya no van a tener que darles de hartar. Y lo que vamos a prohibir es la esclavitud a título privado, de propietarios individuales (y no es que seamos comuneros o comunistas, como se vio obligado a serlo el pobre Nuestro Señor, de acuerdo a las condiciones especiales en que le tocó venir a actuar a la tierra): con otro nombre, llamándose jornaleros, peones o proletarios, los esclaburros pasarían a serlo de la Nación, constituyendo un fondo de trabajo libre de dueños exclusivos y excluyentes, y quedando a disposición de las fuerzas vivas que pueden pagar un salario. Zig-zag social que los patriotas del futuro llamarán "movida" y que nos es exigible por el propio desarrollo de nuestra sociedad, por el progreso a que nos condena la condición humana». ¡Clase de recreación! No, no sirve—. Acto fallido, indudablemente, seguro. En gracioso, sí, pero solo para los entendidos, la masa se quedaría en la luna. Y si además resulta que quien lo recita no es el campeón de la recitada como soy yo, el texto aburre. El campeón de la recitada. Bueno, la verdad es que mientras conserve la memoria sobreviviré inclusive a la soledad, que es lo peor que hay, y siempre podré divertirme solo y estar preparado para ocasiones como esta. Menos mal, porque después de tanta agitación para llegar a tiempo, ahora resulto, ya lo dije, llegando sudoroso y tempranísimo y (por supuesto) sin que nadie haya asomado la nariz todavía. Siempre me pasa así: habré de esperar y tratar de refrescarme aquí, sentado y solitario, silbando en silencio de la garganta al estómago algo que se parezca a la *Vereda Tropical, tú la dejaste ir / otra vez / junto al mar./* Mientras tanto, en otro subnivel del ego (¡Dios mío!) pongámosnos solemnes: mi último poema desechado en toda una lección. Felizmente fui yo mismo quien lo desechó: estuvo en una gaveta dos meses y, al revisarlo ahora, fue condenado: *out*. Es que cuando uno acaba de

escribir sus pobres cosas, estas lo engañan facilísima, sumariamente. Ah, el débil ojo, el desvalido ojo que no puede estrenar poemas para sí. Según él cada poema nuevo es una obra de arte absolutamente incomparable por lo menos desde algún punto de vista (¡qué catarro tengo, madre mía!). Claro, debo aceptar, tosiendito como un chompipe monárquico, que el título de la primera parte no está nada mal: Llaves de la salvaje inocencia. Huele a especiería de las Indias Occidentales, al oro de sus cuerpos, a Van Gogh, pero también a confesionario del padre Malaina y a rompecabezas nuevo y a dulce de tamarindo y a colasión rosada y a laguneta cerca de la costa y a niño bajo el sol. Pero, evidentemente, el problema no es ese, el problema estriba en convencerme (estriba, qué palabra equina; equina, qué palabra equinoccial, equinoccial qué palabra fufurufa), el problema, repito, insisto, está en convencerme de que efectivamente he resumido correctamente mi infancia, cosa difícil no solo por lo que fue de rara mi infancia, sino precisamente por la conveniencia de eliminar todo lo que no refleje, aunque sea aproximadamente, la infancia de quienes lean el poema. Incluidos David Alejandro Luna de Sola, de oficio biógrafo-de-Martí, no más que no del Martí famoso, sino del nuestro, del Negro Martí; Eraclio Zepeda, mi hermano de leche porque alguna vez chupamos de la misma y marfilina teta; Frida Schultzs de Mantovani, tan viuda, pronunciar cuyo apellido es como echarse una Alkaseltzer en seco; Rosa Lima, la pedorretera balletista a quien todos nombraban «la Rosa de los Vientos»; Talepate, mi recordado maestro de trompo, capirucho y chacalele, en fin, y el Ministro del Interior de Honduras o Paraguay. Me gusta en el poema lo referente a las ataduras sociales, a la Gran Alianza, como dice el texto, que por cierto hoy me traen tan herido. Pero creo que debo imprimir más aún al enunciado de los hechos el tono de inocente comprobación. Será en otro poema: este es *out.* Pues con la infancia no se juega: matutinidades de reales vientos de octubre,

dominadas por una molicie más añorable que toda la poesía inglesa, aprendizaje de estilos para bien vivir que al cabo solo quedan persistiendo en calidad de la musiquita de un instrumento raro, pasado de moda al menos, sin ningún papel que jugar en esta edad tan aficionada al recuento enemistoso. «Retrotraerse es caer de espaldas, diciéndolo en el buen decir». Yo dije: mi infancia es un arma secreta y si adivinara frutos al final, reclamaría la patente. Los tiempos actuales pueden perdonarme: no rememoro con rencor, amo los días de hoy, sin inconvenientes. Pero (si yo tuviera…) terminó esa edad, la era del pachulí, el siglo de los chupabesitos, los milenios amargos —incluso— del aceite de castor con jugo de naranja u Orange Crush tibia, con el eternizado y débil color que siempre le adjudicaré a la metafísica. ¡Qué fiebres aquellas del peor y más detonante mal de estómago! Bien fregado uno en la turris ebúrnea del mediodía sonsonateco, con el ilógico tas-tas de los dientes como en el infierno mínimo y oscuro establecido con agresiva inocencia de la picosa cobija chapina (donde Silvia —superada mi etapa de la dedicación a las primas— aceptaba que intercambiásemos saliva, pero de ya se transformaba en un diablito extraño que miraba con la cabeza agachada respirando con dificultad hasta mover las aletitas de la nariz, pálida como si fuera a llorar y de pronto me decía «Mirá qué bonitos mis calzones: tócame», y salía corriendo, pero ya no como un demonio sino como una boba divina, anunciadora de camanances para niños) con los quetzalitos verdes, digo, la cobija, y sus puntas barbudas y tan entrometidas en las orejas y en la nuca, sediciosas más bien en el reino del sueño pacífico. Quisiera caer entonces (en vista de ello) en la pilita fresca de la gran casona de Sonsonate, la casa de Papa Yeye y Tiólin, inolvidables entre los viejos cisnes negros y las tortugas que nacen milagrosamente bajo las piedras secas e infinitamente pateadas con solo que caiga una de las lluvias calientes y aceitosas de la región o sea, siempre y las lanchitas hechas con carapachos de copinol de-

vastados a puro pulso con la mitad de una gillette y un pedazo de lija número uno, igual que los amorosos y cellinianos capiruchos nacidos de toscos carretes de hilo Llave (A propósito: hay que anotar en tu caja-del-recuento-de-deudas la última vez que escribiste sobre el hilo Llave, con el corazón por lámpara y pisapapeles, a saber: «Mándeme también unas agujas y un carretito de hilo Llave del más fuerte, pues como soy tan tonto para lavar los pantalones me facilito el trabajo con un pashte que me presta mi profesor de caló. Ello tiene el inconveniente que los botones de la bragueta se arrancan con facilidad y me toca andar enseñando los guilindujes mientras no consigo qué meter en los ojales. Las agujas deberán ser introducidas de escondidas pues el reglamento las prohibe, para evitar suicidios o heridas raras en las peleas eventuales. Y de una vez que no sean agujas de costurera curcucha que ya de todos modos se quedó choca por una abnegada vida de enhebrar frente a la lámpara, sino que sean agujas de hombre, grandes, trancas, de hoyo generoso donde quepa hasta una pita, y duren mucho y no se oxiden y puedan servir hasta de espada en caso de necesidad. No se preocupen demasiado por mí. Estoy bien, todo lo mejor que se puede en mis circunstancias, sobre todo del ánimo. Y, no crea, pasan cosas, aquí adentro también hormiguea la vida. El último interrogatorio fue especialmente idiota. Los oficiales mismos parecían convencidos de que solo se trata de probar que la policía política sirve para algo. Lo de mi culpabilidad o no, es cosa de los jefes, querían decirme con su actitud, digo yo. O a saber. Si esta nota le llega normalmente hágamelo saber de inmediato por la vía habitual. Reciba un millón de besos de…». Y yo que siempre perreo haciendo gozar con ese cuento de Frankestein en el cumpleaños de Drácula: madre solo hay una), y caer también en ese sueño fresco y tocable al pie del agua verde y sus duros fantasmas paternales. Híjole, hoy debí recoger las pruebas del libro de Caillois y corregir en galeras el poema de Pablo: ¡qué bellas ediciones vamos a hacer!

Pero ahora es demasiado tarde. No podría ir y volver a tiempo. Aunque la verdad es que aquí solo parezco un idiota. Vine demasiado temprano, ya lo dije. Mi excusa es la de no tener reloj, la más elaborada es la que explica que no compro reloj porque ya me aburrí de quebrar decenas de ellos contra los postes, las paredes, las personas, las sillas, en mi perenne gesticular, con el cual he llegado a arañarme la nariz. En mi perenne gesticular que me ha hecho el enemigo público número uno de los vasos de vino servidos sobre el espléndido mantel blanco, joya de quien me invitó. Claro que la clase de nariz que sobrellevo también ayuda. Pero el problema verdadero es la falta de plata. Párpados, ¿para qué los quiero? ¿Para echar fuera la vitralería hiriente del aire, los afanes del mundo por pintarrajeamos el alma con su cuchillo sucio? «No, esto es para otro libro, tácheme todo lo de arriba, Maishtro Medrano». Periferia: irresistible buscona de niebla. Debería haber tomado las pastillas para terminar con este asedio inasible de lagartijas... ¡Ah! «Herida por el sol / el ojo alerta / parece una raíz que se despierta / y desde el fondo de la tierra sube»: Finca Esther, camino de Tonacatepeque, 1952, con Luisón, Napoleón y Toño Alas (a) *AA— flor de ilusión sueño de amor tralalalalitralaila-lá o tengo una perra que se llama la Canica / y que a la calle se sale sola o di por qué dime abuelito / di por qué eres viejito /* y Moncho Ávalos Mena (desnudo, haciéndose el dormido o el desmayado o el muerto bajo la lluvia que escarbaba en la tierra y en la carne al caer, hasta que el Chino González lo agarró de los vellos y lo hizo saltar, pidiendo cacao) y todos los demás, ya casi bachilleres, Cuyuma, Quique, Truji-Truji, Quininuy, Tiyón, que eran nuestros embajadores en el mundo de Triquitraque y Jijirillo, Chiguampera y Chicomundo, Cachafloja y Chingalisa, Curruchiche y Gato Peche, de los que hablaba Tepemechín, sí señor, y de Tin Pupusa, Chirisate, Mario Puta, Pericón de Barranco, Chiricayo, Pinrronrro, Caburro, Carne Asada, Puma Peche, Gallo Bebiendo Agua, Cote, Chiricuto, León Dorado, Marimbita, Canuto,

Chicle, Pocuecaca, Pirijute, Bola de Sebo, Garrote, Cachimbo de Tripas, Chico andá bañáte, Viejo bicho, Cherenqueque, Tenqueque, Calzoneta, Pata Ñaña, Dituiro, Cachamblaca, Nana Yaca, Alicate, Monorote, el Culón, Bienteveo, Careleño, Petróleo, Vozarrón, Janiche, Tortepitos, Chivirdute, Si algo te debo con esto te pago, Grito Prisionero, Pedo de Barco, Ojos de Hule, Sobaco Sabio, Cerote Cuto, Salivita, Litilpil, Gato de Yeso, Gusano de Queso, Lena la Hiena, Pupú de Angel, Cocoliso, Sapo cuto, Violín, Pichel, Gargantilla, Pichelada, Tanguarniz, Manzanita, Pan con caca, Cabra tipa, Quiquiriche, Pistola Cuta, Pistolita Cutía, Alacrán de leña, Negativo de Zope, Ñuca, Negativo de Rodríguez Porth, Aborto de Pollo, Nalga Peinada, Maishtro Caca, Tío Lolo, Ropa Tendida, Mollejón, Pichota, Candelero, Chele Gallina, Sammy Moon, Muela de Gallo, Choco Pianola, Lora Pijeada, Tommy War, Truxon, Lomuecuca, Ratón de Piano, Puñalada, Choferón, Torola, Tobi, La Piernuda, Chunchucuyo, Carrito, la Caballona, Tamalón, Chacalele, Maishtro Infundía, Pecuecho, Tachuela, Lora Gorda, Sábana, Santo Entierro, Polongón, Michigan, Taburete, Cocada, Cara de Hacha, El Peludo, Grabadora Humana, Bájate de ái, Catuta, León con Jiote, Mica Polveada, Calduevidrio, Calolo, Cabro Loco, Chilguete, Concertola, Chorro de Humo, Ceregumil, Mango, Elefante Seco, Gato Relleno, El Pichaco, Chumina, Pajarote, Boca de Rancho, Chenchita, Ojos de Ostra, Pollo de Hule, Papelón, Vaca Echada, Mató tunco tu tata anoche, Calambre, El Inmortal, Vía Crucis, Salpullido, Piedra Pómez, Zope Divino, Cara de Lengua, La Diamante, Cui-cui, Caca de Piojo, Mirna Loy, Tío Tigre, Chirina, Zope, Chapuda, Gancho, Chaquetilla, Muerto Bañado, Tapón, ¡Ah la gran puta! Zeppelín, Ai te va el gol, el General…, Labios de Hígado, Influencia, Charco de Sangre, Patas Cutas, IBM, Pituña, Guiñeyón, Paparacho, Chacuate, Tortolita, Chico Mimeógrafo, Guardafango, Cuchumbo, Clavelito, Peineta, Zungo, Con cuál me limpio, Chichotas, Billete de a peso, Tableta, Chucho de Finca, Pato

pipe, Tentación, el Todo hecho mierdita, el Sheriff, la Perfidia, La Tarzana, la Momia, la Cotorra, la Ann Sheridan, la Carlota, la Pedrina, Bote de Chile, Carmen Miranda, Viaje de Agua, Catalnica, Cachimbazo, Plosh, Pipí, Jocote, Chinga Quedito, Ojos Divinos, Eruto de Tigre, Patas de Hondilla, Chiva Vieja la Tarántula, Pleito de Chuchos, Mico entre paréntesis… y el gran relajo y el gran chapandongo: nos tiramos guacaladas de orines en la disputa por el dormitorio, cuando el castigo para los perdedores sería dormir en el corredor mojado o en los dos cadáveres espantosos de los vetustos Fords que se podrían en el claro más cercano de la negra arboleda, pis-pis por el friazo de la madrugada. A mí me capturaron los que yo pensaba que eran de mi grupo y me torturaron, echándome esterina derretida de una candela y nitrato de plata, poquito, la verdad, en la punta de la pirinola, hasta que Dios me iluminó para que le clavara a Luisón una escupida entre ceja y ceja. Todos claudicaron cuando vieron que la vaina iba en serio, pues Luisón se pegó la reculada del siglo gritando: «Suéltenmelo a este hijueputía, que lo voy a hacer caca». Truji-Truji dijo que para qué íbamos a pelear si éramos compañeros externadistas e incluso Congregantes Marianos de San Estanislao de Kostka y que mejor nos acostáramos ya, que algo es algo dijo el diablo y se llevó al Mariachi Vargas de Tecalitlán, que ya mucho joder y que además él tenía que irse para San Salvador temprano de madrugada en la primera camioneta que viniera de Suchitoto pues mañana era Primer Viernes y tenía que terminar su cadena de comuniones de nueve primeros viernes del mes seguidos, pues si uno se los echa ya puede hacerse hasta comunista o por lo menos más puto que los gallos, porque siempre que tenga ocasión de morirse, yunque seya en el centro del desierto de Sahara, siempre, siempre, digo, tendrá a la par un confesor ducho en extremaunciones. Entonces terminó la guerra. Luisón y yo fuimos a mear juntos sobre una mata de manzanas pedorras (yo todavía lagrimeando un poco, pero dispuesto a reír

de cualquier cosa) y para mayor señal de armisticio, agarramos a Truji-Truji y lo amarramos de pies a cabeza y lo zampamos en uno de los Fords y no lo dejamos salir de la finca hasta el sábado. Como dijo Westinghouse, qué chingáus. Eso es lo que quería decir de la lagartija, señoras y señores. De las lagartijas y de las luces y de las golondrinas y de las rosas punzó corrompiendo sus venas inútilmente, pues bien a las claras se ve que van a desaparecer en sí mismas, pero por obra y gracia de la sequedad pulverizante. ¡Carajo de catarro! Podría decirse que es tan grave para mí como el ridículo para los latinoamericanos, si la misma frase no fuera tan ridícula y manoseada. «Nosotros también tuvimos una casa en la niebla». Vehemencia apolillada, ¿por qué entonces vivir? La decadencia: un tránsito entre pianos polvosos en cuya cola hacen los zompopos un pic nic de, hojas de clavel y solo las copas de baccarat para beber el champaña muestran una credencial de eternidad, por lo menos por un momento. Sí, pero qué momento mi hermano. Roberto Muyshondt se pandeaba como un ángel en el instante de ser cogido por el anzuelo de Dios entre el piso del Gimnasio Viejo y el firmamento y apenas sobaba la trayectoria de la bola con una de las plumas del ala y la bola variaba la trayectoria, agarraba efecto y, chucús, al fondo del aro. Externado 71-Liceo 70. Y ya estaba prendida la luz roja y allá arriba en el tablero. Barrabás capeando como todo el mundo con los cartones del empate o de la derrota o de la gloria en las manos. Y ya los alaridos eran silenciosos de tanto ruido y nosotros con las bocinas, a echar lo que nos quedaba de galillo y cuerdas vocales: Somos los pericos / las más cachimbones / y aunque no les guste / seremos campeones/ y el padre López, pálido como buen salvadoreño, iniciaba la otra: / van bien, muchachos / van bien / Y la bola en manos de Ulises Velazco, el máximo encestador del Liceo y ái viene el cabrón no lo para ni Truman ciégalo Santa Lucía cómo dribla dicen que por eso lo hacen pasar de curso los maristas pues el año pasado se lo habían tronchado en

Física en Química y en Trigonometría claro entre nosotros eso no puede ser *poscius mori quan fedari* o algo así entrále Chino maricón por vida tuya dale en la nuca ay Virgen Santísima le dio fábol en contra nuestra y doble porque fue en el área y faltan unos segundos si mete las dos chuspas este pisado ya nos llevó el río y ya no hay ni mierda de fiesta y nos vamos al tercer lugar y quién aguanta a esos piedras con lo de «Liceo Campeón Liceo Campeón» Virgen Santísima que no meta ni una soquen cabrones griten eeeeeeee Virgen Santísima te juro que voy dos veces ida y vuelta a Santa Tecla y que no voy a tomar ni un trago en la fiesta del Deportivo grite eeeeeee falló falló ya no nos ganan en todo caso empatan pero ya no nos ganan griten más por lo que más quieran desgraciados que no la meta me estoy jugando una andada hasta Santa Tecla veinte veces que me va a llevar el diablo Dios me perdone griten ciégalo Virgencita falló falló falló ya somos campeones fíu fíu fíu ya somos campeones y Teto Velazco llorando y Roberto Muyshondt llorando y el padre Gondra llorando y el hermano Nazario llorando y las madrinas llorando y yo llorando. Hasta que me zumbó junto a la oreja la primera pedrada, lanzada por un primo hermano de la Mica Vilá. Entonces a hacerse los machos y a gritar un poco con el cuisicuis a dos manos: Todos los del Externado / son son son / Todos los del Externado son son son / son son / son soron son son / son bien de a huevo / son bien de a hue- e-e-e-vo/ Y los del Liceo cuando nosotros íbamos a decir que éramos bien de a huevo, coreaban con la misma música / son maricones / son marico-o-o-nes / Y ahí sí que no aguantó el padre Zuazu y se lanzó al centro de la zamotana de tres mil contra tres mil quinientos, repartiendo paraguazos hasta que se perdió en el tumulto y Moris Bigueur que no tenía que ver porque era del «Francisco Gavidia» me dijo en el oído «Molós a la mierda», pero Quique Soler que sí tenía que ver me dijo: «Huevos, nosotros tenemos que quedarnos, bota esa pitoreta que te van a sacar un ojo con

ella y agarré un ladrillo». Y él fue agarrando una gran tranca que desclavó a puras patadas del cerco que dividía «Entrada General» de «Sillas» y se fue detrás del padre Zuazu y se perdió también en el tumulto de zopapos, patadas, gritos, policías cadetes, sotanas, pedradas, nudos de luchadores, chuchos perdidos, muchachas perdidas en pleno grito, mamás perdidas, papás perdidos y clamando por calma. Y entonces yo tiré mi bocina de Jefe de Barra, partí en dos mi ladrillo contra el suelo, tiré con toda mi alma la mitad contra el tumulto, al quiaga, y con la otra mitad, la más pequeñita, en la mano, me fui metiendo también en la gresca con los brazos girando como aspas de molino. Qué anda haciendo uno de seco metiéndose en esos líos de fuerzudos: hasta el día siguiente me pudieron sacar el ladrillo de la boca, con todo y bastantes dientes. Desde entonces no asisto ni a los partidos de ajedrez del Club Rean. Pero qué momento, caray, ni más ni menos: la mitad de la vida. Otro momento así, solo con la metralleta en la mano. Y quizás no. Lo demás son babosadas. Lo demás es pura atmósfera, más bien dicho, pero lo cierto es que también aquí las paredes se descascaran. Es increíble pero es verdad, un hecho: aun en estos edificios nuevos y aparentemente duros como el vidrio. Parece mentira, insisto, pero tienen veinte o más pieles, como los mesones de adobe y de repello y bahareque, los mesones todos cheretos de allá por la Garita y el barrio Las Victorias. Veinte o más pieles, feas y porosas, antes de que aparezca el noble ladrillo atrapado por el cemento caliginoso, con olor a caverna seca, de una caliginosidad conseguida a fuerza de mascar telarañas que solo Lucifer sabrá cómo es que llegan hasta allí entre tanto rigor albañileril. Uno empaña un poco la vista y sus diversos estratos microscópicos dibujan cabezas de ángeles vomitando, perfiles de don Francisco Gavidia, culebras o correntadas, Eolos furiosos, carretelas de la mitología griega con Júpiter llevando delicadamente las riendas en lo que come relámpagos de donde Bengoa, cuadros de Delacroix, multitudes, plazas

de Abisinia con todo y su sol, golas inversas para carpinteros sibilinos, embadurnamientos arrebólicos, crepúsculos, plectros del viejo Lito Landívar con todo y sus poemas para orquesta sinfónica. Tal vez debería salir, por otra parte, dar una vuelta por aquí cerca, pero no tengo para un té con limón. Lipton de esos en bolsita, ni para un trago decente y el Tick Tack da cáncer como todo el mundo sabe, dígalo si no el Pipo Escobar Velado que se ha tenido que ir volado a Estados Unidos para ver si se salva. Pobrecito y todavía el gobierno jodiéndolo y algunos de sus familiares también. Solamente que a babosear en la librería de don Kurt. (¿Y estos cuatro tipos?) *Buenas Tardes.* Parece que habrá una especie de público, ese disfraz de los intrusos, aunque no era eso lo convenido: tempestades todavía en los cajones negros de las nubes: como la ropa alcanforada, fuera de uso, de la anciana Fidelia, la mamá de Cun, el Guardia, que cuando llegaba a la casa metía el máuser debajo de la cama para que yo no lo trasteara y contaba cuentos de presos. No, momentito, la cuestión de no querer público ni se acerca siquiera a cualquier idea exclusivista. Se trata simplemente de que no se cuelen los policías. Por lo menos *mis* policías: seguimiento azorador, sobre todo si uno sabe que eso quiere decir asimismo, otro-sí, también, que, por ejemplo, no puedo hoy por hoy echarme un mi culito sin que se entere el Director General de Policía, para quien la única privacidad respetable es la de los cadáveres que esconde a la par de las carreteras nocturnas o en los cafetales de los Regalado-Dueñas o de los Guirola o de los Álvarez. «Hace dos años, Manuelita Franco / que abandoné tu tierra llena de carreticas / y de guarias lindas / y todas las mañanas / al encender mi cigarrillo inseparable / tu recuerdo me quema dulcemente el corazón / y siento miedo de la ceniza ciega que cae y cae/». Qué vas a creer, Orfeo: de la única nube indestructible, cambiante de ciudad a ciudad, de mundo a mundo, en el sacrosanto oficio de desconcertarnos, de untarnos de dudas, como un leproso que musita a nues-

tro oído sus preocupaciones por nuestra salud de espíritu. Eso, y quemar los ar (parece que ya los periodistas están en el corredor, es inconfundible su cuchicheo animal. ¿Por qué no acabarán de entrar) boles y dinamitar las montañas pobladas de resplandores marinos, de sal turbia, no solo como la que viene de los huesos de los náufragos, o la que solo sirve como imagen literaria para coronar una descripción ya casi enlodada, sino como la acción contraria que nos da pruebas del vital entorno, y enmarca las tranquilidades del ciego en una prisión de desesperados (esto es excesivo), oliendo como esas abejas coléricas que se enredan en el cabello a la luz de los cirios y hacen roncamente «zinnnn» (¿ a quién le decían de apodo «Zinnnn» porque parecía un zancudo pálido?) (¡Cómo tardan!) Ojalá no se suspenda la entrevista, necesito esos pesos como el estadígrafo apóstata una palmadita del jefe: todo el mundo debería leer las cartas de Dostoviesky a su mujer y también mi interesante crónica, preñada de corolarios, sobre el diálogo acerca de Guatemala sostenido por Peña y Rubén Azócar mientras almorzaban en el derrengado Hotel Presidente con aquella profesora rubia de marxismo que creía que la vida es un aula poblada de chicos idiotas, crónica que no tiene nada que ver, por cierto, con la caverna económica de la correspondencia familiar dostoievskiana, pero que me hace olvidar (ahoritita) los problemas de la falta de plata en similar medida: distintas vías hay para alcanzar la tranquilidad de conciencia. No es lo mismo Consulado General de Chile que General con su chile de lado. Cómo se intercambiaron culmoyotes barbudos asustando a sus pobres y voraginianos portadores desde debajo de la piel del brazo, orejas lagrimeando una como gomosidad desde los filos agrietados. «En eso se conocen los obreros del Peten», dijo Peña, mascando casi su bigotón autónomo, como una araña de caballo que de vez en cuando asomaba una puntita de lengua de hombre, antes de que Rubén citara el aspecto turístico-revolucionario de una reciente centroamérica arbencista, los viajes

del irremediable Pablo, la fogosidad profesoral de César Godoy Urrutia, la figura gorda de Virginia Bravo y ciertos personajes populares de las inmediaciones del Colegio de Infantes que no alcanzara a ver Miguel Ángel Asturias, e iniciara dentro de aquel infernal intercambio verbal el mejor responso por la ingrata serpiente chapina de cabeza amarilla que picara en la lengua al profesor sueco vestido de corcho, mientras este le procuraba su diario baño de sol sobrisol cuántos tirantes tiene el tambor, y quiso lucir su sentido del humor nórdico frente a un grupo de colegialas cuchicheantes que ni agradecen. Lo cual tampoco es como para fundar escuela en la macabra tradición del irrespeto centroamericano, en el seno de la cual Chico Perico mató a su mujer, hizo tamales para ir a vender y nadie se los compró porque eran de su mujer. «San Salvador 5 de septiembre de 1959: Para el conosimiento de la madre y del pueblo salvadoreño: se hase del conosimiento del pueblo salvadoreño que el aventajado estudiante de Derecho de la Universidad Autónoma del Salvador, bachiller Roberto del Monte Colíndres, de orden del señor Presidente de la República Teniente Coronel José María Lemus y del Señor Director General de la Policía Nacional, General Manuel Alemán Manzanares, el dos de los corrientes en horas de la madrugada, sobre la carretera que de esta ciudad capital conduce a la ciudad de Sonsonate fue asesinado várvaramente habiéndolo matado agentes de la Sección de Investigaciones Especiales de la Policía Nacional, apareciendo entre ellos un agente de nombre Francisco Salmerón Ramos y Evaristo Alberto y otros cuatro más. Únicamente porque el señor mandatario de la República dijo que el joben Del Monte Colíndres es comunista y una amenaza para el gobierno y pueblo salvadoreño, quien amenazaba e injuriaba seguido al señor Presidente de la República. Por tal circunstancia el joven Roberto del Monte Colíndres fue asesinado por orden del gobierno del Coronel Lemus, siendo los autores las personas antes mencionadas. 6 de

Septiembre. Ciudad—. Apreciable señora: el motivo de la presente es comunicarle por este medio que su hijo, el bachiller Roberto del Monte, está incomunicado en la Penitenciaría de Santa Ana. No le miento y tenga fe en lo que le digo. Supe esto por un individuo llamado Fernando Cárcamo, que está de alta en el laboratorio de técnica de la Policía Nacional. Este me dije "Pero cuidado con andar contando". Pero siendo yo un suidadano que odio la violencia trato de ayudarles. Mi nombre es de incógnito puesto que corro peligro de morir atropellado por estas vestias con rango. Hago esto por ayudar a mi querida patria, así como para ayudar a ese intelectual ejemplo de la Democracia y también para calmar sus momentos angustiosos o sea los de ustedes. Nota: el nombre que aparece en el sobre es ficticio. Adiós y buena suerte». Si no serán rejodidos los cuilios guanacos: los anónimos eran de la Policía, y el corazón de mi ama zumbando a toda virazón, como si fuera trompo coyote, pero sin pedir cacao. Y eso hubieran querido, darme agua o por lo menos tenerme en el tubo, pero se les hizo nudo, se los llevó candangas. Nombres fieramente amados desde el peor lado del muro confinante, sin un mástil al que apelar en los atardeceres que te permitan ver lo que está detrás del horizonte en el gran espejo rojo del sol. Tú, la única a quien amo: no te reconozco desde aquí. Debería verte otra vez desnuda frente a la ventana, demostrándome que tu ciudad es la más bella del mundo. Era verdad, pero solo cuando te servía de telón de fondo. El resto de los días horada las rosas con sal de su aire. Hacíamos el amor echados sobre ella y no me molestaba en las rodillas la puntita del Capitolio, solo tú te quejabas de que el Monumento de la Plaza de la Revolución te escaroleara los camanances de la divina rabadilla, la de hondos huesos de acero, de espuma-goma exactamente carnal y de carne y grasita y en cuyas «nalgas de alabastro y fresa», etc. Risitas y ginebra luego de subir desde el Sloppy Joe's. Sigues siendo el emblema del delirio royendo con dedos de ceniza viva y germinadora la vieja

jaula del león, alguien con alta cifra (Oh sí, eran los periodistas…) *qué tal qué tal si sí adelante si fui el primero en llegar mi sangre inglesa por la vía de algún pirata imprecador debe ser la culpable ya que como vicio adquirido la puntualidad ni ñirve ni apetece creo que los demás no tardarán siéntense por favor* y con / la boca olfateando / sudor y venas verdes./ Vete: eres lo que estorba la muerte, lo único que me hace rehuirla desde que caí en la cuenta —y caí mal— del alma carrasposa que deberé sobrellevar hasta mi temido fin de fiesta solitario, claramente inhurgable para quien no se denude con todo el corazón de rubores antes de espiar nuestra bella inocencia culpable. Vete, santa y maligna: llévate las raíces. No quiero pensar en ti, debo olvidar la forma de pensar en ti, no sé pensar en ti, caramba, no sé pensar en ti: pero llevo ya demasiados años repitiéndomelo, y no solo a solas. Dura lección cantar, caer en la poesía. Sin embargo fue una buena idea de nuestro propio corazón, la gran salida que Pepe ya veía cuando lloré aquella noche en las sombras del auto, después de la reunión en el Partido: «Canta y no llores, camarada: porque el Partido puede ser orfeón, mariachi materialista-dialéctico y todo lo que querrás, pero no es pañuelo, ni regazo de la mamá del niño malo ni organización permanente para hacer ejercicios espirituales, purificaciones y penitencias». Claro, si yo no estaba pidiendo que me colgaran a orear la almita recién lavada de meados infantiles: al ingresar me decepcioné porque no repartían bombas ni tareas justicieras, implacables: apenas le daban a uno «El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo», para recordarle que nunca se debe ser *más* revolucionario de la cuenta. Incluso que se puede ser siempre *menos* revolucionario (cauce, prudencia, disciplina, paciencia proletaria, anti-desesperación pequeñoburguesa) pero ni una vez *más* revolucionario so pena de irlo a ser en cualquier otra parte menos en el partido. Y otra parte significa, ha significado: café, bares, movimiento estudiantil, ala izquierda del Ministerio del Trabajo o del Ministerio de Economía o

el extranjero. ¿Dióndas otra organización, si no hay? En otra ocasión sería todo lo contrario, es decir, el mismo tipo de llanto, el del inexcusable, pero en el fondo todo lo contrario. Fue cuando Gustavo Valcárcel me gritaba: «Yo soy miembro de la base Julius Fucik en Lima, donde milita también mi compañera y te digo pos cholo, que un comunista no llora nunca, tas jodio, pos cholo». Y la niña Chofi, enojada mientras movía sus bellas manos de anciana ciega y dulcemente sardónica, alcanzaba a decir, tantito antes de que le viniera la tos mala: «Qué va, las lágrimas son veneno para los hombres: por eso hay que sacarlas para fuera, sin ninguna vergüenza». No es lo mismo «Bartolomé Montoya» que «Bartolo: ¿me monto ya?». Pero la santidad, *mater amabilis*, es un espumarajo mortal en el tiempo de los gordos furiosos y aún de los que se masturban frescamente con la autocrítica: por eso, diñase, no vale la pena plantear tan hondamente los atrevimientos, jovencito. Dormite niñito / cabeza de ayote / si no te dormís / te come el coyote./ Qué de a huevo: y si se duerme, peor, porque se lo harta dormido el coyote. Dormite camaradita / cabeza de estalactita / si no te dormís / te vamos acusar de anarquistita / El problema es el siguiente, idiota, que para estar a la izquierda de alguien hay que ser más serio y más eficaz que él. Hablar no ubica, y si ubica no te ubica a la izquierda, sino en la chachalaquencia, (Haberes: «¿Qué cargo ocupa Ud. en el Partido Comunista, Bachilleeeer? Dígalo ligero-luego porque si no, va a chillar, bachilleeeeer». «No me haga reír, oficial, usted sabe muy bien, como todo el mundo, que soy católico. Y sí no me quiere creer, agarre el teléfono y pregúntele al padre Daniel Basauri y Retolaza, societatis yésuit, quien no solo es el profesor de Química del Externado de San José y director de las obras sociales de la Compañía de Jesús en la Iglesia de la Vega, sino que es también mi confesor, y a mucha honra, sin ofender a los presentes»). Insisto en que no vale la pena plantearse tan hondamente los atrevimientos, viejito, pero no por eso que vos decís, sino porque

simplemente todo el mundo nos pisaría los huesos en el afán de aventurarse mejor, en medio de un molote junto al cual el de tomar una ruta dos frente al Lutecia a mediodía en punto no es ni mierda. Como la violencia del humo silvestre en el ojo pacífico del huracán. ¿Qué cosa veo aquí, tan cerca? Salvadme, olvidadizos, si es estrictamente necesario. ¿Sueño? ¿Estoy vivo porque sé que sueño y no me arredra el despertar? «Negar la sucesión temporal, negar el yo, negar el universo astronómico, son desesperaciones aparentes y consuelos secretos. Nuestro destino (a diferencia del infierno de Swedemborg y del infierno de la mitología tibetana) no es espantoso por irreal; es espantoso porque es irreversible y de hierro». Viejo tramposo, aprovechado, ventajista, innoble, impío, falto de caridad cristiana, malo, resentido por ser choco, rey en el país de los tuertos y los ciegos, soberbio, despreciador, aristócrata, inhumano hasta la palidez, aprovechado, aprovechado, perdonavidas entre tanta miseria y tanta muerte, sobrador, pedante, inútil si no fuera por quienes le robaron los instrumentos y han comenzado a humanizárselos (Julito, entre otros) y sobre todo por quienes le expropiarán los instrumentos y los humanizarán de una buena vez, caca culta, Caín, cabashero, qué daría por clavarte una patada en el culo frente a los grititos de tu mamacita comiendo pastelitos ingleses y horrorizándose sin derramar el té, etcétera, pero a pesar de todo hay verdades que nos unen y la principal es la red dialéctica de la existencia real, esa telaraña elevada a la telaraña potencia: «El mundo, desgraciadamente, es real». Pero claro, el problema es otro, choco, el problema es que depende de donde lo digás: en la tertulia de la Victoria Ocampo, en el leprosario de San Blas en Panamá, en la tienda de abasto de una mina boliviana, en una sala de tortura de la Policía Nacional de El Salvador o en un Tribunal Revolucionario en Cuba, qué de a huevo. Mi sueño dorado: tirarme un pedo audible en un recital de Berta Singerman. En el momento en que grite: «Los caballos eran fuertes, los caballos eran ágiles».

(Ah, qué bien, llegaron los muchachos opinadores y entrevistables. Pepe: muy bien, decían que no lo iban a invitar. Ah carajo, y también el mierda ese, habrá que dedicarle más que una simple chinita, oreja, cerote, Ah, y mira nomás: Lito Paz Paredes, Orden de la Naranja de la Reina Guillermina de Holanda, Caballero de la Legión de Honor, autor de todos los Códigos de Aeronavegación Civil del mundo y gran bolo, zorro plateado y fraternal. Yo no sabía que) *quiubo viejazo bigote de plata anuncio ambulante de la Colonia Yardley Special ¿cuándo llegaste? ¿vas a hablar aquí vos también? ¿te quedarás un tiempo no es cierto? necesitamos amplios días para hablar hay una de chambres que ni en Bizancio después te documentaré de la situación general aquí anda un poco rarosa sí sí podemos comenzar hoy mismo por supuesto en derredor de un trago alguien deberá comprar ginebra y rosas!* «O soy acaso el que nada teme porque perdió su nombre original, el único que puede ser calificado por las enmarañadas acciones de la primera unidad o la eterna dispersión de lo creado?». Ximena —las pastillas—, Brenni —que ahora me desprecias por haber inventado una probanza demasiado grande para tu primera juventud, probanza llena de claves que tu vejez de dulce coleccionista de emociones y dulces sabidurías podrá tal vez desentrañar: el primer beso ante el volcán bañado en fuego me cogió con los ojos abiertos, el mejor espejo de mi pobre alma fue tu rostro asombrado ante la bofetada, ¿qué cataclismo interior cabe esperar, para este desorganizado corazón de hormiga, para esta pobre almita andrajosa de pupilas enfermas, para esta vida mantenida como una puta por la melancolía, del aterrorizante re-encuentro?, etc.—, Ximena, caramba con la ingratitud, ¿no ves que te estoy hablando? *Mucho gusto de saludarlo, señor.* Volveré si logro derribar esta torre incendiada (haberes: «Usted sabe quién logró meter esas armas desde Honduras». «Pero, ¿está Ud. loco?». «Cómo no lo va a saber, si ustedes los estudiantes lo saben todo. Para eso es que estudian ¿no? ¿A poco me va a decir que de aquí de la policía es que mandamos a

poner las bombas?». «Ciertamente no, lo que le voy a decir es que se vaya usted mucho al…»), volveré, querida, si logro derribar esta torre incendiada. Un *bonjour…* La oscuridad es solo un túnel y también puede derruirse, padecer de aguas desgarradoras, como raíces. (Después me llevaron a la frontera del hermano país y me entregaron a la policía del hermano país. «Sube, pollo» —me dijo el comandante número uno en su mono de campaña antiguerrillera color cuétano leve, señalándome el *jeep* polvoriento, sonriendo con arruguitas en los ojos chinos y poniéndole el peine a la metralleta. Y al salir propiamente de lo que era La Hachadura entre guanaca y chapina y llegar de plano a Los Pijijes, el coma le dice al chofer: «Metéte al caserío, Nayo, hacéme la campaña, así veo al fin a la mujer que te conté y se toma una agua al afligido este», y eso era conmigo. Y luego repitió, un poco para mí y otro poco para confirmar al chofer en la seguridad de que había tiempo, la historia. El gran amor de su vida, la verdá a cada quién. Pero luego que lo trasladan a la capital y no gozar sino a joderse con los cerotes de los comunistas, y él que para escribir es una babosada, y así pasaron 21 meses, ni le cuento de las cartas, Nayo, son la desesperación en calzoneta, y uno nués de palo, pues, y uno la quiere, pero todo se llega en la vida, ya va a ver, Nayo, los saltos de alegría que va a dar, sobre todo porque de aquí a tres semanas me la llevo de una vez a Guatemala, usté, ya hablé con mi Coronel y me aseguró el cuarto grande y la cama para el chirís. Y cuando llegamos y preguntamos en la Farmacia, ella no quería salir y cuando salió se vio por qué. Estaba más preñada que la puta que te parió. Y el comandante número uno regresó al *jeep* apretando la metralleta M-3 que hasta le sudaban las manos y yo no me pude ni terminar mi gaseosa porque él le dijo al Chofer suavecito: «Monos a la mierda, Nayo, antes de que me desgracie». Y Nayo solo alcanzó a decir: «Son cosas de hombres, comandante, no le haga caso. Lo único que no tiene remedio es la muerte». Y yo con el culo a dos manos, pensando acele-

rado como el *jeep*: «Yo le voy a pagar el pato a Esteban». Y de ahí hasta el Primer Toro, pero yo en la luna, tragando la gasolina que se salía del depósito de reserva —al cual me habían esposado— en cada curva, bache u hoyo del camino. «Y ya que me tienen quieto —dije por fin, ya a la altura de nosióndeputas— ¿por qué no me dicen a dónde me llevan, no ven que me tiemblan las canillas? No hay que ser. Hoy por ti mañana por mí». Pero estaba escrito que no me saliera bien el chiste. «¿Por qué no, pollo? A un campo de concentración en el Peten». Cosa de hombres.) Tener miedo siempre me puso de mal humor, decía, como la noche que no puede ver lo que encierra sin negarse a sí misma. Ella, que a nadie escogió para su abrazo. Rosas de las primeras lluvias y todo eso, o bien aquello de «atada con mecate fresco a la orilla del corazón / su desnudez de fruta oscura». Me gusta ese par de versos. Son feos pero me gustan: cosas de uno. Es como Aída: la mejor mujer-para-mí que ha existido, por eso la jodí tanto (Wilde) y por eso, es decir, porque la jodí tanto, es que creo yo que ella no notó que la quise tanto y si lo notó era ya tarde porque ya estaba brava para siempre, amor mío. (Entonces, cuando yo no podía hacer nada por la fuerza de las aguas del río, con los brazos en alto para resguardar a la vez el tanate de la ropa y el equilibrio, y atendiendo con el mejor tacto de la vida el destino de cada paso entre las piedras resbaladizas y punzantes —Regla Número 873: nunca atravieses un río descalzo—, el tipo sonrió y montó la metralleta llena de hoyitos en derredor del cañón. «Track», se oyó claramente en toda aquella soledad soleada, silenciosa, como si se tratara de una onomatopeya impresa en un gigantesco Paquín. Siempre sonriendo, se echó el arma hasta la altura de la cara y me apuntó a la cabeza). Lo mismo que, hace un año, respiraba yo el aire de Italia y sin embargo es bella a mi juicio esta primavera nórdica con sus campiñas que dora la flor de marzo, el estornino que canta sobre el álamo aterciopelado, los cuervos que crascitan…». y no recuerdo qué. ¿Cómo es? Ah, sí: «La prímula

pálida de amor desconsolado, las rosa que apunta sobre el agavanzo trepador, el grupo del azafrán»: Wilde. Ravena, si no me equivoco. No es lo mismo «Atlacatl» que «taclatacla». Porque por lo demás, Wilde será equívoco solamente para los idiotas que, como decía mi viejo Nicolás Jovel, creen que San Juan es la Virgen y que la Luna es queso y el Sol es mantequilla y que porque los chuchos tienen el hocico largo andan silbando y que porque los zopilotes cagan blanco son albañiles. Que el hombre fuera maricón es otra cosa: cada quien, decía mi tía Toñita, puede hacer de su culo un florero. Pero un tipo que dice, por ejemplo, que actualmente —quiéralo o no— el socialismo trabaja para ese nuevo individualismo que será la armonía perfecta, está claro. Claro. Al menos eso digo yo, y lo firmo con todo y cartuchera. Y no es por presumir de valorudo: la tradición cultural guanaca es de un sicalipticismo que llega hasta la pared de enfrente y que no atina. Yo sé lo que les digo, lo que pasa es que somos hipócritas y olvidadizos. E incluso cobardes. El día que yo publique las cancioncitas que aprendí de Leo Heredia, luego de su segunda escapada a México, cancioncitas que servían para responder a la petición de un cigarrito, para jugar ping-pong en cierta zona del cuerpo de ella, y para amenizar la borrachera, el día que yo las publique, nos llevan presos a todos, digo, a todo el país, por haber permitido una espinilla cultural de tal envergadura. Me tengo hasta miedo, sinceramente. Y de esa tradición no se salva ni la Virgen del Rosario, ni la única pintora nacional que más o menos se defiende o sea la Julieta Díaz, ni los Directores Generales de Sanidad, ni los jesuítas, ni el apotegma marxista de *mens sana in corpore sano.* Chiches chagüitosas, chanchas chambristas. ¿Chulonas chulas?: cheras chapudas, cholotonas, chentinas, chazanas. Chingalagalera chapupienta: chas-gracias chivirdutas, chernudas, chachas. Chucoatol: chiquitín chirajoso, chiriento. Chapandongueando chances chanceás, Chele Chaliyo. Cho, chapines charamileros! Chucho chojineando chancaca, cho-

poleando chocoyos chocos, choros. ¡Chocoliya, chocolíya! Chonte Chente: chupá Chocomilk, chungueador, chulupaco, chuco, chumelero. Chinchulines: chinchitas chiquitiyas, che, chiman chunchucuyo. Así exactamente las cosas, otro gran poema documental en prosa, auténtico, factográfico, para los menesteres del inimitable campeón de la recitada, el Berto Síngermano de Aculhuaca, podría ser sin duda el sinuoso, digo, el siniestro, digo, el siguiente, aquí entre nos, combinación de tímido folklore urbano, de inocencia paladina, retratador del esfuerzo y la sabiduría que son flor de la pobreza, gotitas de rocío amoroso, picardiíta de ojos de muñeca inglesa, dormilona, con pestañas de dos pulgadas y ojitos color de brazo de mar, y así sucesivamente, con todo mi cariño y mi reconocimiento, para ustedes, maestras, amadas Monjitas del Colegio «El Niño Dios», queridas y cultas señoritas del cuarto y quinto cursos que me honran con su atención en esta noche de arte y armonía en que recibimos las bendiciones de Santa Rubenia y Santa Rosamelia y en que me acompañará al piano en forma de melopeya ensoñadora al maestro Rendón, más conocido como el Houdini del teclado (Tos aclaratoria): «Informo sobre varios vicios y atentados contra las buenas costumbres y violaciones a las leyes fiscales con comercios ilícitos que se dan en las vecindades de la cancha futbolística conocida como «El Polvorín», mi comandante. Pues resulta que como usté sabe todos los sábados y los domingos se celebran en la susodicha cancha deportiva sucesivos partidos correspondientes a la cuarta, tercera e intermedia divisiones del fútbol federado nacional, con asistencia de un gran gentíal de gente que no tiene otra cosa que hacer de gratis. Los laboriosos salvadoreños, hay que decirlo así, que en todo encuentran fuentes de trabajo y de pisto, han instalado desde hace tiempo, poco a poco, ventas de yuca con chicharrón, de panes con chumpe, pupuserias, expendios de chilate y nuégados, sin faltar las champas de refrescos hechizos y embotellados, cervezas y agua dulce que ya casi es chicha, donde

la fanaticada puede calmar el hambre y la sed que le producen las emociones de los reñidos encuentros. Dando al César lo que es del César hay que aceptar que últimamente ha crecido mucho el expendio de aguardiente envasado, es decir su reventa, lo cual, aunque estrictamente prohibido por la letra de la ley de Envases y Sellos y por la Ley de Estancos, ha sido recibido con beneplácito por la majada. Desde luego, para qué decirle, mi comandante, la de incidentes que se dan en el lugar sobre todo al final de los partidos entre los fanáticos ya bolecos que discuten los resultados. Este es uno de los principales motivos que me han movido desde hace algunas semanas, en oficio que por cierto no ha tenido el honor de ser contestado, a solicitar el aumento de personal de vigilancia armado. Pues como le iba contando, eso no es todo, ni mucho menos. Como queda tan próximo el río Arenal e inclusive el monte de las lomas del Calazo y otros guayabales anexos, la laboriosidad salvadoreña y los malos consejos y el alza de los precios en los víveres de primera necesidad y la búsqueda de la vida fácil han hecho que muchas mujeres de la vida alegre, por no decir otra cosa, hayan entrado también a hacer su negocio en aquel río de pescadores revueltos, buscando clientes entre quienes habían llegado a pasar una limpia tarde de espectáculo muscular, pero que al calor de los rotundos mameyazos de pacha adulterada, sienten surgir en todo su ser el fuego indómito de las pasiones malsanas de la carne. Las mujeres están conectadas con los vendedores de guaro y ambos le hacen mutuamente la propaganda a sus respectivas mercancías, ¿cómo me la ve desde ái, mi comandante? Después de investigaciones exhaustivas, mis hombres han logrado obtener los siguientes datos que elevo hasta su conocimiento para que Ud. a su vez los haga llegar hasta la oficina Fiscal a fin de proceder a establecer los gravámenes correspondientes y los métodos de hacerlos efectivos por nuestro medio. Tarifa de los vendedores de guaro: venden a cinco colones el medio litro, única medida en circulación en todo

el sector del Polvorín. Según los cálculos se venden entre ochocientos y mil litros durante el domingo y unos quinientos los sábados por la tarde. Tarifa de las mujeres. Es variada. La más baja es la que se da frente a la diferenciación «con cartón o sin cartón», mi comandante, o sea si el cliente desea usar en el acto-objeto-de-comercio el ancho cartón de caja que la prostituta tiene a su disposición o si prefiere sonar las maracas en el duro suéter pedregoso-arenoso del lugar, exponiéndose a ser víctima de las hormigas, las casampulgas o cuando menos de los chiribiscos espinudos. Sin cartón vale 15 centavos por vez y con cartón 25. La tarifa más cara está identificada bajo el rubro: «Con cartón y rodillera simple o doble». Las mujeres aprovechan las rodilleras desechadas por los guardametas de los equipos que actúan en la cancha inmediata para proveer mayores comodidades al cliente. Como el cartón tampoco termina siendo un lecho de rosas, ellas alquilan las rodilleras que se han conseguido para que el cliente se las coloque al actual y puede escoger usarlas solo en el lugar natural, es decir, las rodillas o usarlas también en los codos, que suelen sufrir raspones en estos menesteres, sobre todo cuando el temperamento es desaforado y joven. No se acepta lo que sería una tarifa compuesta, por ejemplo «sin cartón y con rodillera», pues las mujeres dicen que hay que cuidar el equipo. Con cartón y un par de rodilleras se pagan 40 centavos por una vez. Con cartón y dos rodilleras vale 65 centavos, pero se admite renganche, si se quiere. Así podría ser el texto, cuas, cuas, cuas. Y no sería ni mucho menos, recreación. Pero ¿para qué analizarlo si esta versión ya se me va a olvidar? Lo que me queda es el esqueleto anecdótico, padre que puede ser de mil variantes. Y la jayanada ambiental salvadoreña no es de mi exclusiva responsabilidad. ¿Por qué voy a tenerlo que decir todo yo, si para eso está la Academia Salvadoreña de la Lengua? ¿Ah sí? Hacéle ese cuento a Mónico, que una macaneada es lo más que te podes conseguir por estar en la linga. (Arribaron las momias y los momios

con todo y el higío: entonces ya estamos completos. Va a comenzar ya la acción? Habrá que estar más atento y calentar motores de nuevo hacia la Tierra). *¿Eh? Perdóneme no lo estaba escuchando no no no no habrá más concursos de* Life *en Español, resulta que para esa gente Nabokov es progresista y peligroso y ya usted sabe hoy los cheles piensan mucho antes de meterse en cusucos con los latinoamericanos ¿el próximo Premio Nobel? bueno nunca se sabe, para mí que debería ser latinoamericano pero que no nos lo den por caridad o por afán folklórico o por razones políticas matreras sino por la calidad de una obra claro que es ingenuo lo que digo porque después del Nobel para Churchil imagínese ya se lo podrán dar a Somoza sin que nadie se asombre para mí le repito que el Premio Nobel podría volver a coger prestigio si le cae a don Chico Herrera Velado en medio de su choquencia izalqueña yo le propongo a usted que maneja tantos idiomas extranjeros y que debe tener relaciones literarias suficientes que vea si puede hacer algo para que traduzcan al sueco a don Chico ya que al ruso están traduciéndolo a la carrera bástele el siguiente poema incluido como una esmeralda sobre campo de oro en su cuento «Notas de Viaje»: «En voz alta una señora / le pedía cierto gusto / a María Auxiliadora; / y el cura, por darle un susto / a la vieja rezadora, / un día, tras el altar, / imitó la voz del Niño / y díjole con cariño: / —Tú no te debes casar. / Mas ella, al oír la voz, / contestó con un chillido: / —Calla, cipote metido, / no estoy hablando con vos». / en sueco debe sonar espléndidamente con rimas suecas y todo y como los tasajones de los suecos tienen fama de liberales pues les va a encantar y si eso no es suficiente creo que sí lo sería como muestra cualquier fragmento de su poema «La chele Mercedes» (Confidencias de un cantinero) por ejemplo aquel donde describe a las muchachas que trabajan en la cantina de la Chele susodicha que voy a tener el gusto de citarle a continuación para mientras comienza la preguntadera o sea: «Pasen ustedes al salón de espera / mientras llama la Chele a sus pupilas. / Vamos a conocer la "sanjuanera", / lo que hay más de selecto entre las filas / de la gente decente y parrandera: / un manojo de rosas y de lilas, / mujeres de gran chic y buena crianza / que saben inspirar*

mucha confianza. / Esta muchacha que presento a ustedes, / esta chica gentil de ojos risueños, / es lo mejor de aquí: Lolita Medes; / fue amiga de dos ricos izalqueños / que tienen amistad con la Mercedes, / y le dieron informes halagüeños; / es muchacha muy linda y muy capaz, / de la famosa hacienda de San Paz. / A Lola no le den ninguna broma, / porque la cuida mucho mi mujer; / tanto que la apellida "Mi Paloma" / y la "Paloma" es todo su querer. / Cura a los ricos cuando están de goma / y es ese únicamente su quehacer; / y como es servicial, buena y tacele, / duerme en el aposento de la Chele. / A esta no se le acercan moscardones / Lola en el "AS Y DOS" es una alteza, / digna de adulaciones y atenciones; / que como es tan divina su belleza, / un personaje, el general Puyones, / quien sabe cómo tiene la cabeza. / Y ya ustedes sabrán, en una goma, / qué útil y necesaria es la "Paloma". / Aquí tienen ustedes a la Lina, / una negra adorada y apreciada, / no se si por su ciencia parisina / o por su cabellera oxigenada; / usa para los polvos vaselina. / y vive así, tan chele y estucada, / que parece de Londres o París; / pero es guanaca mixta: ña con miss. */ He aquí también a la gentil Cirila, / muchacha de preclaro entendimiento: / la llaman Lira Choca; una pupila / que prefieren los hombres de talento; / porque pule, las frases, las burila, / y con solo dos puntos para un cuento. / La Carlota Braemé, tal es su vicio, / y Chema Vargas Vila y su artificio. / Esta es la Alzaculito; una chutada, / una sabrosa y deliciosa cosa, / y de Managua está recién llegada; / es una pinolera asaz graciosa, / y cuéntanos aquí que es divorciada, / que de un yanqui muy rico fue la esposa; / mas resultó su chele un animal: / riñaron por cuestiones del Canal. / Nos cuenta extravagancias del esposo: / dice, que por razones superfinas. / para un baile de máscaras famoso / el traje le soldó con latas finas; / que así, tranquilo la llevó el celoso. / disfrazada de lata de sardinas; / pero ella se fugó con* mister *Katas, / un negro travestido de abrelatas. / Hay otras niñas que después vendrán, / muchachas de muy buena educación, / y que algo ocupaditas hoy están. / Faltan la Pupusona y la Tapón, / dos que mancomunadas siempre van; / y la Tripa, la Yanqui y la Pompón. / Hay también otras chicas, medio internas, / y otras, muy apreciables, pero externas, / No creo*

que el Rey de Suecia tome esto como una impertinencia pero si lo toma así doble dosis doctor ¿no le parece? me refiero a que entonces le debía de rempujar al soberano cliente ya no estas aún concesiones al europeizamiento sino bocados de nuestra mera médula, que en don Chico Herrera para todos da Dios o sea cosas como: «Llevaba cada cual en su cacaste / los comestibles entre finas tusas: / bucules con iguanas en alguaste / o guisos de taltusas y cotusas; / las morongas, chancacas y pataste, / los tamalitos pisques y pupusas; / y, compañero de pesar o dicha, / el tecomate de potente chicha» / no tenga cuidado doctor ái después platicamos que hay más tiempo que vida. El ensayo folklórico («Estructuras folk en el proceso —artesanal— de la producción de la alegría, el quiebradientes, la conserva de tonto, la chancaca y el alboroto y los procesos de cambio social previsibles ante la industrialización de la producción de chupabesitos, dulces de chúmelo, huiste y similares en la zona inmediata suburbana de San Salvador») me lo habrá de pagar Ítalo mañana, lo mismo que la breve antología: catorce cincuenta más treinta y cinco son cuarenta y nueve cincuenta por cuartilla a renglón seguido. No estará mal, qué va. ¿Por qué será que pienso siempre en pesos mexicanos? Será porque allí me pagaron por escribir por primera vez en mi vida, es decir, una tradición como cualquier otra que se resentirá al fin y al cabo si se hace más normal la innovación de que me paguen en colones. El *whisky* se ha puesto horriblemente caro, pero es realmente imposible tragar ese grueso guaro «sonrisa-de-conde»: me coloca de inmediato en el más crudo naturalismo mental y me hace contar historias groseras, como esa del busto de Chopin. El aguardiente ese esta bueno solamente para hacer bromas mientras uno bebe Extra-Seco en La Habana o Buchanan exclusivo en Londres, pero para nada más hijos míos. Claro, para quien guste del sabor del aluminio envuelto en huevo, con boca de borrador y un toquecito allá en el fondo de azufre macerado con derrame biliar, el guaro guanaco es la mamá, pero para el resto de la humanidad es sacarle la caja de lustre al

alma. En cambio, para que vean, sí es pasable el llamado «chaparro», el clandestino, el enemigo del Fisco, el creador de la Policía de Hacienda, sobre todo en los atardeceres de bruma brillante en invierno, y precisamente en la casa del arquitecto Estupiñán, cuando el trago en una copa de vidrio de Oaxaca puede quebrarse convenientemente con una gota de lluvia reciente que haya en su vez recorrido el tejado musgoso de otra casa más vieja que se le encarama a aquella, y que por la mescolanza de humos demésticos y de ruidos tímidos y de veintecitos de romplón se sabe que está en la cuesta de la Vega. Demonios, jamás me acostumbré a estos flashes. Desconfío por principio de todos los fotógrafos desde aquella vez en el Aeropuerto de la Aurora: todavía tuvo cara de darme una tarjetita comercial mientras me retrataba de frente y de perfil más de catorce veces. Desde entonces no veo a Otto René. Y esto incluye a Cartier-Bresson lo mismo que a Jorgito Béneke, aunque a este lo chinié en el colegio, cada vez que don Toño Ipiña, nuestro inolvidable profesor civil de Geografía e Historia, lo llevaba a alborotar la clase del Quinto Grado, haciéndolo por lo tanto ascender, en una forma que desconcertaba al muchachito, desde ese sótano con sabor a menta que es el kindergarten jesuita. A propósito del colegio, hay que dilucidar de una vez por todas quién inventó el cóctel Molotov para Mesoamérica: si Carlos Jurado o Mario Paredes. Si se iba a usar por primera vez contra el viejo edificio del Externado de San José o si apareció a resultas del experimento fallido con los temores suicidas de un alacrán coleto de siete canutos. La botella de Mario fue de gasolina y sus propósitos de incendiar el colegio aparecen muy naturales si se sabe que el Padre Achaerandio quiso hacerlo ponerse de rodillas por lanzar bolitas de cloroformo previamente pinchadas con el compás mientras se rezaba el rosario. Mario le respondió, frente al horror de todos: «Mi papá me ha dicho que no me arrodille frente a ningún cura pelón». Pero Achaerandio, familiarmente Peineta, era más fuerte que él (no

parecía). Arrodillado, llorando, Mario urdió su venganza; el viejo edificio era de madera seca y roñosa a la vez, que daba gusto. Desde luego, Mario terminó sus estudios secundarios en el Colegio García-Flamenco. (Me arde la nariz: desde el punto de vista metafísico esto pone, desde un momento dado, varias cosas en crisis, como dirá alguna vez algún amigo mío). En cuanto a Carlos, no se puede dejar de considerar el homenaje al espíritu de comprobación, parte del espíritu científico. Le habían dicho que los alacranes al verse rodeados por el fuego se suicidan con su propio aguijón. Y Carlos capturó uno que hasta brillaba de venenoso y malo. Lo puso en una jaulita, rodeando a esta con algodones empapados en alcohol a los cuales prendió fuego, con entusiasmo no del todo exento de candor (debería anotar todo esto, después se me va a olvidar). Pero el alacrán se mantuvo imperturbable, haciéndose la vieja fresquera, el no-se-oye-Padre, llegando a lo más a enroscar la cola por un momento y a cruzar las temidas pero en realidad inofensivas tenacillas frente a lo que parece ser la cara. Y digo «lo que parece ser la cara» porque uno nunca sabe con estos clientes crustáceos, coleópteros o hui-zayotísticos, que se manejan una féis con ventanitas, llantas, güishtes, pelitos y crucigramas y que al final resulta quizás que no es la cara sino el fondillo, como el chiste aquel del cazador que narra y que terminando dice: «Entonces yo asomé entre la hierba alta y me encuentro con un gran león que me hizo "puf" en plena cara». «Pero hombre —dice el otro, en el chiste— los leones no hacen "puf" sino "grrrrr"». «Ah —le insiste el cazador— es que este león que yo digo estaba de culo, viendo para allá». Bueno, el asunto es que Carlos creyó que lo que faltaba era fuego, más fuego para ahuevar al alacrán, y acercó a la Mamita la botella de alcohol, repleta, usándola como un esperjador. Doce manzanas del centro de San Cristóbal se bailarín pirata con todo y kepis. El anecdotario es la mitad de la vida, como diría Teto Araujo. Bueno, comenzaron a hacer las preguntas. ¿Por qué tanta ceremo-

nia? El orden me favorece: seré de los últimos interrogados. «Lo esperólo». Y espero no haber olvidado los fósforos: un cigarrillo no me empeorará el catarro, además los que ando son «Polar» y son buenos para la garganta aunque marchitan anticipadamente la guarizama pavorosa que uno cree que es, hasta que la prima nos devuelve a la realidad diciéndonos *«que chiquitiyo tu pipi»,* etc. No es por maldad, pero ¿a quién se le habrá ocurrido invitar a esta vieja loca con aspecto de piano encostalado, que sigue haciendo docenas diarias de sonetos a los árboles, a las radiopatrullas, a la semita de dos pisos, al señor Director General de Sanidad, a los dulces «Delicia», a la distinguida poetisa Bertita Funes Peraza y a la alta vata universal Carmen Brannon de Samayoa Martínez digo Chinchilla alias Claudita Lars (por cierto que en el soneto dedicado a esta última vetarra, para que le saliera la rima con el apellido, la locataria tuvo que citar a Carlos Marx, rima forzada qué sé yo, pero no menos significativa, pobre barbón). Lo peor es que si abre el hocico no va a soltar la lira hasta que todos estos periodistas de país *subde* adviertan el lado razonable del disparo-indiscriminado-contra-las-multitudes-por-la-remota-posibilidad-de-acertarle-en-la-frente-a-un-mal-poeta. Fue Desnos quien lo dijo? El oficio más peligroso que puede aceptar cualquier hombre, guturaleó Alejo Carpentier en la casa de Hemingway, como siempre guturalea, refiriéndose al pobre Robert pasando por traidor frente a sus compatriotas pero en realidad haciendo labor de inteligencia entre los nazis hasta parar muriendo (después de recias vacaciones en Buchenwald) en la espeluznante prisión de Terezin, y agregando que solo Hemingway creía en él cuando todo el mundo lo despreciaba. «No puede ser —dijo Alejo que decía Hemingway, chupando White Horse en San Francisco de Paula y pegando grandes manadas en la mesa— no puede ser, me jugaría los huevos, los dos huevos, a que no puede ser». Fue aquel día en que dejamos entrar a los niños del pueblo con sus pañuelos rojos y se perdió el tirabuzón

con manubrio de colmillo de jabalí y nosotros nos clavamos la gran cantémpora con el doctor Meme Galich y un chero de Hemingway llamado Fernando Campoamor, un *brother* bien amable que era el jefe de allí, él jue quien me contó que cuando tomó posesión del lugar, un grupo de mamayitas de la televisión estaban residiendo en la finca y pasaban todo el día chulonas, de la casa a la piscina y de la piscina al comedor y del comedor a la cama a echar su paleque con quien anduviera por allí silbandito, todo por imitar a la Ava Gardner, que cuando llegaba a La Habana se iba a la casa de Hemingway y lo primero que hacía era quitarse toda la ropa de encima y así pasaba diez o quince días y en una de esas fue que la abandonó Dominguín porque como lo obligaba a estar también chulón todo el santo día, el gran torero agarró un catarro tropical, que por poco dobla los tenis. En cambio Toño Salazar me conmueve hondamente. Qué tipo genial debe ser: áurigas romanos, Genovevo de la O, Gómez Carrillo, Consuelito de Saint-Exupery, el cuerito salvadoreño más cosmopolita y culto en toda la historia del país, con unos ojos que yo no se los he visto pero que si sé de ellos por algo será. Toño Salazar vivió todo eso. Pero debió seguir haciéndole caso al viejo Ambrogi: «Haga todo, hasta pegarse un tiro, menos volver a El Salvador». Hay que seguirlo amando sin embargo, dice María Teresa León, entre otras cosas porque en París lo amaban hasta los gatos. Que se lo diga a los obreros más empurrados del Partido, como Marín o el viejo Cea, que ya la cagan de empurrados, que incluso por joderlo a uno dicen dura e irrefutablemente que hoy Toño les sirve de ujier hasta a los curas. «Estos puetas», agregan, recalcando los puntos suspensivos. Y ojalá me interroguen a mí de último para cerrar esta vaina con cuestiones concluyentes. Porque aquí —excepción hecha de los muchá y de los periodistas extranjeros— hay todo un coro *ad-hoc* para glorificar tan solo los rebuznos reaccionarios del rinoceronte ese, el primer rinoceronte-loca de la Historia Natural, el señor

Ministro de Educación, tan exalumno del Externado de San José que es, pero tan maricón que vino a resultar. Demasiado lío, al final, para inaugurar una pinche feria del libro centroamericano, que para lo que más va a servir será para llenar de plata al editor peruano que presume de poeta pobre. Todo sea por la Virgen del Rosario, Patrona de El Salvador, claro, porque ni modo que nos iban a poner a la Virgen de Lourdes, que como es más seriecita, la mandaron para Francia con la seguridad de que no se iba a volver puta. Felizmente a alguien se le ocurrió que había que pagar las entrevistas y felizmente no hubo mayor problema para lograr que me invitaran a mí, en calidad de posible gloria nacional futura. De todos modos el pisto no es de los organizadores, quien paga es el pueblo, del mismo cuero salen las correas, etc. Fuertes con lo ajeno son estos tipos, pero vení. No hace un calor excesivo. En realidad se está bien aquí, casi. Si no fuera por el catarro. Y eso que me salvé: me había llevado la legión de diablos si deciden hacer todo esto en el mero campo de la feria, con la polvazón que hay y con la amenaza de lluvia: parece que es tormenta segura porque está puesta por el lado de los Planes de Renderos. Por el mundo seguía cabalgando, a tientas en su caballo azul y sudoroso, un jinete perdido y loco. Se equivocaba, riéndose de la estatura de quienes caminaban a pie, en sentido contrario, pero a pesar de todo caracoleaba en el mismo sentido del diseño de su mortaja. No. Sí: hay que aprovechar la ocasión para decir algunas cuestiones definitivas, aunque no me garantizo que incluso los muchachos no terminen por acusarme de provocador. Menos mal que están esos dos periodistas venezolanos. Uno de ellos es ballenero, amigo de Adriano el Gotdo y Mary, su mujer, que se ríe con ojitos de Shirley Mac Laine. Y también de Pedro Duno, mi querido capitán, familiar político de Agatha Christie a quien he tenido dos veces a un metro de distancia y casi cara a cara en aeropuertos de los que no hay que hablar y sin podernos saludar porque no era prudente y cada

quien en el fondo muerto de risa, que por cierto luce (Pedro, no Agatha Christie) en las fotografías con un halo raro que las transforma y las hace parecer como si fueran de 1927 y uno cree que en la esquinita, detrás de ese señor de bigotes, va a parecer Martínez Villena con su mirada de santo hindú. Oh, jinete soy, perdido y loco, hipando gris aburrimiento, como en una tertulia de comunistas hondureños a la que uno se acercó para ver si se tomaba una cerveza, pero que Mario Sosa insiste en mantener terriblemente atada, como un potro amarrado de cada pata a una estaca, en términos de «Cursando Marx la conocida carta a su amigo Kugelman, de fecha…». Corazón Santo, ¿dónde estarás? *You* nuestro encanto siempre serás! ¿Con quién sales, con quién te ríes, con quién llegas / y *ruedas por el suelo manejada y mordida* / y el viejo olor del *semen como una enredadera* / *de cenicienta harina se desliza en tu boca?* / Pero nadie se daba cuenta de mi aprendizaje salvaje: a los años uno sale con su genialidad y todo el mundo cree que el don le cayó del cielo. No mijitos, para ser lúcido y llegar a decir cosas que valgan la pena hay que joderse de verdad y no jugandito de tipos y bandidos. Se los digo yo, que el primer romanticismo que abandoné fue el del cine: casi inmediatamente supe que Roy Rogers y Gene Autry eran un par de pendejos medio aculerados y mi pistiyo dominical lo invertí en (además de la fruta helada y los siberianos) cosas de Tom Tyler, preferentemente series como el capitán Maravilla y El Aplasta-espías (aunque me molestaba el nombre con reminiscencias a caca de vaca), y «al único vaquero que le seguí llevando la pista fue a Bill Elliott, una especie de poeta maldito del *western* que usaba las pistolas con la cacha para adelante y sacaba la de la cadera izquierda con la mano derecha y la de la cadera derecha con la mano izquierda (supongo que por joder, nada más) y cuando tiraba solo con una pistola no lo hacía como todo el mundo sino que sobando la alita de la aguja percutora (por la misma razón, digo yo) y por eso le decíamos «el vaquero chaquetero». Lueguito me

pasé de la tirazón y la peregueteadera, a la música de Glenn Miller y Tommy Dorsey y Tex Béneke y elegí como a la fuente de mi inspiración a Esther Williams. Creo que fue una señal temprana de haraganería de mi parte, porque ahora comprendo que lo hice a la falta de competencia. Me explico: es difícil enamorarse de una estrella aunque todo el mundo lo haga, cuando está en brazos de actores serios, Gregory Peck y compañía, en primera porque identificarse con estos es del carajo, a mí por lo menos me daba pena y rencor y en segunda porque aunque uno no se identifique con ellos los respeta y al final decide que está bien que la muchacha les dé las nalguitas, que se la lleven, que se la merecen toda. En cambio con la Esther era más chiche estar a solas porque o estaba zampada en el agua para arriba y para abajo o sostenía romances con los tipos más brutos que he visto en mi vida y que no constituían ningún peligro sentimental competitivo: Van Johnson, Red Skelton, etc. Y además era chula: tenía una cara de teja con sueño que daba gusto. Y además había que joderse con la música de «Escuela de Sirenas» de «Juego de Pasiones», que lo diga si no Toño Alas, que las vio treinta y siete veces; veinte la primera y diecisiete la segunda. AA era más tenaz que Pavel Korchaguin en sus asuntos. Pero vení. Un jinete perdido y loco, hambriento de una pequeña esperanza, aunque fuera una que le sobrase a alguien en un lugar donde haya menos prisa y presiones, en cierto sentido solamente, angélicas. Así habrá muerto Panchito Villa, plomo sobre plomo, vaya, compadre, ái le va el otro talegazo, y no solo él, sino uno que otro de mis desesperados tíos que le robaron la plata de las armas, peso sobre peso; para no decir nada de mi papá ya que un hijo no debe juzgar las acciones de sus jefes, y se las pelaron, diez mil brocas en la bolsa de cada quien, en menos que canta un gallo, de Chihuahua: no te hagás la babosa que yo te conté todo eso en la Facultad de Economía, Universidad de La Habana, año-de-nosotros-dos. Seguro: el maestro citaba enton-

ces a Cassel y a Schumpeter, convenciendo al mundo de que los exangües teoremas se convierten en *aginen, pulverem et clamorem,* y, sin perder su carácter lógico, dejan de ser una mera tesis acerca de las propiedades lógicas de un sistema de abstracciones y se transforman en una pincelada descriptiva de la turbulenta confusión de la vida social, en manos de los obreros las mismas cosas dejan de ser capital, el análisis experimenta así un aumento de vitalidad, los incorpóreos conceptos de la teoría económica toman vida, ese es Marx según este discípulo de la escuela de Viena, chicos, lo que evidencia que entre algunos aciertos, también comía bastante basura y así seguía, antes de depositar la larga ceniza del cigarrillo en el alféizar de la ventana para que el ventarrón le diera un pellizco de elefante, cabalitamente, bajo esta aún ahora amiga deslavada, digo, la hora del crepúsculo. ¿Qué animales —diríamos, ahora que somos pedantes— iniciaban entonces su gran sinfonía aventurera en el seno de sendos vitelos acogedores para saltar de mórula a blástula y de blástula a cúpula o cúspide y de ahí sin parar hasta el aleteo o la zambullida de estrenar la audacia, el siguiente minuto lo mismo y el otro también? Pero quizás los verdaderos imbéciles somos nosotros, indios orgullosos, trompas de cuche: porque los hijos de puta de los gringos siempre han tratado de convencernos de que ellos son o Red Skelton o John Wayne o cretinos por los que no tenemos que preocuparnos o supermanes que de todas maneras jamás podríamos vencer. Y desde luego, los dos, el bruto y el superman, nos han estado bolseando desde el principio y nosotros como bolos fondeados, llevándonoslas de arrechos y sintiendo que la Esther Williams le haya dado el palo a Van Johnson y el baboso bien triste, tan de buen corazón, mientras Tommy Dorsey se suena la Rapsodia Húngara y Red Skelton abraza a Lauritz Melchor mientras este se le zafa y va a abrazar a Carlos Ramírez para cantar a dúo un potpourrí integrado por Matinata y Muñequita Linda y Tico Tico y en el gran final la Tey

se zambute en una piscina tirándose desde el Empire Estate y baila de puntas en el agua como que es Tata Chus, mientras Glenn Miller dirige su gran orquesta y el cara de catarro de Tex Béneke sale a cantar: «Y nosotros los viejos marinos / debemos tener mucho empeño / en beber sin fondear / porque hay que recordar / que al fondear queda el juite sin dueño/». Y si no les gusta, les cuento una de Tin Tan, «Músico, poeta y loco», para no ir tan lejos, y les canto: *«Bonita, como aquellos juguetes…»,* para invocar el fantasma de la juventud de Meche Barba, la Theda Bara de los pobres en esta parte del Tercer Mundo. Y yo que me creía el rey de todo el mundo. Y tú sin palabras de sobra, toda trópico, tajada de planeta, cara de clima. Y el mundo, sujeto de cosmología, de la astrofísica, cómplice. Y la naturaleza adornando la filosofía como una chonga atada a tu bello pecho izquierdo. ¡Bah! Además, palabra, aún no sé que es el alféizar de la ventana, solo lo he visto escrito y lo uso. Bola de Nieve por su parte ha luchado contra toda la maldad y nunca se manchó con esa aureola hostil de los comodoros dorados. No asumió nada, que es una palabra como pólvora o cuchillo *que tu falda era tu blusa / que tu corazón su casa / se equivocaba / se equivocaba / no no es nada estaba tarareando nomás.* Geografía afectiva: claro, que hay entre el bar propiamente dicho y el lugar, como una rosa ocre, donde surge el piano, un buen espacio poblado de muebles blancos con tapicería de terciopelo rojo, que hablan de pasadas glorias y que algunas personas de clara actitud contra la vida usan para sentarse y pedir filetes perturbadoramente almacenados, ensaladas de alto valor, capaces por el mismo de hacer enrojecer a Pedersen, no en el sentido político, claro está, sino en el momento de acariciarse el flaco rollo de billetes que dormía en la oscuridad del bolsillo. Por cierto que ahí comencé mi horrendo ensayo, inconcluso a lo mejor para siempre: la pintura realista norteamericana y el movimiento de los pintores franceses bajo Luis XIII, dos puntos, La Nain y Valentín. Pero el Monseigneur es el Bar y Bola. Para ser justos hasta

la meticulosidad, también un conjunto de cuerdas, integrado por tres músicos: uno de ellos parece un médico polaco herido en una batalla heroicamente perdida, ávido de publicar sus memorias; otro, un chulo italiano sentimental y oloroso a queso; y un tercero, un exniño prodigio de la coplilla española que toca el acordeón con extraño rencor, con un peinado entre Carlos Gardel y campeón soviético de motociclismo. Del otro lado de la barra se encuentran Pepe, Júnior y Valdez. De nuestro lado, el resto del mundo: yo, tú, ustedes, Manolo Segreda, Margarita y, en esa ocasión, la muchacha-de-las-largas-rosas, no la que hace chomp-chomp, sino la otra, Cecilia I, la bella, la emperatriz mulata de aquella mi borrachera de Septiembre. Cecilia Guerra, vaya, aquí entre nos. Pepe fabrica tragos abriendo botellas y echando ron en vasos previamente asustados por el hielo. La utilería cobra rango de arma hermética: bien un recipiente de plata vieja para hacer un inescalable monte de hielo frappé al cual se coloreará con jarabes misteriosos y yerbabuena Gauguin, bien las causigóticas copas de cognac calentándose los fondillos en un mechero de alcohol robado en los museos de la alquimia, bien las medidoras o batidoras de esencias que integran el equilibrio sutil de un sabor inesperado a goma de mascar o a Campari diluido en alguashte *que ves fantasmas en la noche de trasluz / que oyes el canto perfumado del azul / vete de mí.* Conversaciones del lugar: «Lo divertido, por no decir otra cosa, una *four-letters-word*, es que haya sido precisamente el muchacho ese, con su alegre bocaza de comer solo pan negro y sus grandes calzonazos de pana gris, quien descubriera al fin la relación doméstica entre Nueve-Vientos, Diez-Águila y Montaña-Nubosa, sin que la computadora fuera lo definitivo (más bien molestó un poquito con su excesiva rigidez) mientras en Caracas el pintorcito abstracto, exantropólogo especializado en lingüística indoamericana, colocaba una bomba de tetril en los baños de un cuartel verde y despiadado: no terminó el mural sobre el petróleo y la paz; mordaz idea, vecina de la del cuerno-de-

la-abundancia. Ah, sí, y entonces el coronel Landaeta mandó un pelotón de andinos a derribar los azulejos asfaltados que el muchacho había logrado colocar sobre el dibujo guía. Luego se estableció que el tetril había sido introducido entre paquetes de colorantes sólidos, con todo y fulminantes, vale, tronco de cojones de cara tímida». «Caramba, yo no sabía que la llegada de Carlos III al trono casi coincide con el comienzo de la Revolución Francesa. Es que a mí la lectura de Plutarco me dejó jodido para siempre. No, claro, sabiendo el numerito es muy fácil, yo decía así nomás, sin estudiar, con las puras mandíbulas del espíritu». «Pásame la mostaza, mima. Con lo que ya tomaste y con tanto condimento te va a doler el hígado, pipo, y luego quién te aguanta». Y recién hoy en la mañana: «El que no sepa de pe a pa el uso del tromblón del FAL se jode: no sale hoy por la noche. Y de pura buena gente que soy voy a dejar el Garand para el lunes, pero al que entonces me resulte confundiendo la horquilla guía con el apoyo del muelle de la aguja percutora u otro invento por el estilo, lo cuelgo de los huevos de verdá. Con la Browning solo son piquetes, carajadas, pero con las metralletas no las pueden aún, no le pegarían ni al Chele Medrano jugando billar. Y la babosada no es de pedir gustos: si lo que te cae es Thompson, pues Thompson; y si Madzen, pues Madzen, no importa que pensés que es una simple cajuela de lata y que el cañón se pandea después de las diez ráfagas seguidas. Aká solo vas a encontrar el día en que el Partido te mande a que te operen las heridas a Moscú, si es que el centinela del hospital te lo quiere enseñar por un momento. Es lindo, yo no digo que no, pero para lo que nos interesa con urgencia, salú Aká. Lo que nos interesa es la UNZI, aunque parezca candil de carburo, la Meches aunque parezca llave inglesa, la M-3 aunque parezca lámpara de mano de fontanero, la M-2, la Karl Gustáf, la Madzen, la solotur, la Baby y la mamá. Y en cuanto al FAL ni hablar, ese hay que manejarlo hasta dormidos, porque va ser la chapupa para la infantería centroamericana, si es que los alemanes

occidentales no les hartan el negocio a los pinches belgas. De todos modos, conociendo el FAL el G-3 es comer pichón, son babosadas». ¡Con lo que me habría gustado quedarme a escribir para el cine! Ni modo, otro año será. O más bien: otro de tus amores será, mi adorada putita. No me quedará más remedio que escribir para mis colegas, estos devastadores rayos portátiles colgando de los dedos, con tarjeta de identificación y todo, los grandes idiotas salvadoreños que jamás leerán a los surrealistas porque Stalin dijo quién sabe qué, ni a Michaux ni a Julio Cortázar porque para qué meterse en problemas, ni caerán en la cuenta de lo mejor del gordo, que aunque hoy querramos preterirlo incluso con entusiasmo, se defiende con su pasado verbal estremecedor: *nos desnudamos como para morir o nadar o envejecer / y nos metimos uno dentro del otro / ella rodeándome como un agujero / yo quebrantándola como quien / golpea una campana / pues para ella era el sonido que me hería / y la cúpula dura decidida a temblar.* No, con ella no era lo mismo, no me cabe la menor duda en este terreno; estaba mucho más loca que tú, pero de una manera más sombría. No tenía que ver con tus crímenes traviesos. A ella no la besaría diciéndole «perrito asirio» y tomándola de los pechos frente al altar mayor de aquella iglesia burguesa y fresquecita, ante el caos mental del pobre sacristán que trapeaba el piso con creolina. Ella, por el contrario, siempre quería que le pegara antes y que le gritara cosas y que le dijera que la estaba engañando. «Dilo en un tono más brutal, di los nombres», me pedía. Tú no llegas a tales maravillas, pequeño ángel. No hagas esa cara ¿acaso no puedes soportar una de las últimas bromas? Una de las últimas bromas. Tampoco hice con ella lo que no hacen los campesinos (hablando de campesinos vos conocés mi gran chiste brasileño: el brasileño que ya no funciona llega todo afligido donde el doctor y le dice que ya no se le Paraguay, que qué hace. El doctor lo examina y le hace análisis, todo muy minucioso, y al final le dice: «Todos los exámenes dan resultados correctos, mi amigo. Su metabolismo

está que mejor no puede, sus nervios son magníficos y además usted solo tiene 30 años. Debe ser una cosa mental. A lo mejor un trauma de infancia, una vergüenza secreta de la juventud que se le ha sobre impuesto. Voy a remitirlo a un siquiatra competente, pero para que este se oriente, voy a hacerle aquí un pequeño interrogatorio básico», el brasileño acepta y el doctor le pregunta: ¿Ha probado usted hacer el acto sexual a oscuras?», y el brasileño, casi fastidiado de responder algo tan obvio, responde: Oh sí: a os curas, a os militares, a os camponeses, a os operarios»). Te digo que era distinto, imagínate: no hacer con ella lo que no hacen los camponeses. Contigo podría hacerlo todo con la mayor inocencia, cumplir como si fuera un dictado ritual intransgredible los que describe el maishtro Julio en la página 44 de su grandiosa novela (edición argentina) sin contemplar la posibilidad de vejación. Incluso me sentiría más puro, en el fondo de tu abordado puritanismo piratesco: muerta, estúpida barrera, en el caso de una juventud que lo ha pagado todo de antemano. Contrapunto de terciopelo manipulado por una cultura finalista, pero finalista en pobredad: pensamos con el bello bajo vientre, el cerebro sin cosméticos y al aire libre, con sus vellitos tan graciosos o imponentes y con su olor a salivita. Te escribiré, piscuchita, claro está que te escribiré. Por medio de mi hermana. Sí, hay que hacer una campaña heroica en contra de su curiosidad familiar, no hay sobre que le resista, pero eso no tiene nada que ver. Llegará un día… Sí, te deseo, claro está que te deseo, cosita. Ahora mismo, sí. Modestamente, as Vic Gassman. Tú, la que en mi mano tocaste una vez mi corazón. Disimula, disimula. Y no tenías por qué saludar a Mario con tanta familiaridad. No, no soy celoso: los celos se curan con cerveza negra y un viaje al mar y una enjabonada con jabón de cuche en la playa y antes de que el viento te seque la espuma encima del cuerpo hay que tomar leche de magnesia Phillips con Vermouth y luego hay que correr cinco kilómetros sobre la arena y pegar grandes gritos insultando al gobierno

frente a la primera pareja de la Guardia Nacional que uno se encuentre. Si te siguen los celos, seña conocida: eres celoso. Yo no, yo lo que soy es tímido. ¡Mira! No, no es nada. Un gran pez amarillo volando sobre el horizonte no es nada para nadie, y mucho menos para nosotros, inmersos en lo que podríamos llamar la sugestividad de este maldito andar de despedida en despedida. No te olvides de darme el libro del tal Gingsberg, el pequeñito ese que nos robamos de la biblioteca. Al final no me hiciste las traducciones ni nada. No me gusta sonreír tristemente: me duele la nariz o los lagrimales o no sé qué, y me siento entre cursi y criminal, entre tormentoso y pírrico, entre infranqueable y famélico, entre helado de guanaba y bisturí, entre Pitaco de Metileni y Johnny Stompanato. ¿Por qué Frank Sinatra no lava ropa? Porque lava Gardner. ¿Por qué Arturo de Córdoba no marca su camisa blanca con sus iniciales? Porque espera que Libertad Lamarque. ¿Por qué Joe Luis boxea? Porque Víctor Hugo Lucha. Te conté lo de Bebo y Pablo Armando. ¿No es cierto? En Londres y en París fueron para mí antiguos emperadores otomanos en tiempo de posguerra y remordimientos, pastores del vino azul y la ginebra, como diría yo sé quién. Siempre me sentí un indito al lado de ellos: hablan francés e inglés y les quedan bien los sombreros y sus libros han aparecido comentados en el *New York Times* y son jefes de oficinas cubanas que en Europa resplandecen como tarjetas postales con centro neuro-vegetativo. Si los menciono, piscuchita, es pensando en que, ya que insiste en hacerle una monografía, por su medio podríamos hacer llegar la carta al jovencito ese, tan imbécil y tan presuntuoso y tan oportunista y tan payaso, y tan pésimo poeta, pero con tan linda mujer, Evgueni Yevtushenko. No te enojes, ya estuvo. Ve pué, ahora que me acuerdo, todo esto no es ni mierda: lo verdaderamente serio fue cuando nos manió la culebra al viejo Ramos y a mí. Se trataba de infiltrarse en nocturnidad entre una cantidad de vigilancia impresionante, dinamitar teóricamente el puente de la

carretera central y volver al camión donde nos esperaba el capitán, Rolex en mano, todo ello en treinta minutos. Distancia de arrastre en zona sin vegetación: cien metros de campo no minado. El viejo sabía arrastrarse como un topo, parecía que iba bajo tierra y yo lo que hacía era pegármele, poniéndole la cabeza en los carcañales. A medio camino decidimos dejar allí las pistolas y los cuchillos y quedarnos solo con las cargas para mayor comodidad en el arrastre. No había luna pero aquello no era precisamente una boca de lobo y además los camiones y los autos de la carretera pegaban de cuando en cuando unos brochazos de luz que se te encogía el seserete. Los centinelas estaban ahí nomás, bien recortados contra el cielo, con sus ametralladoras de mano con bayoneta calada. De pronto el viejo se detuvo, yo pensé que él creía que se había dejado ver, pero como vi que tardaba me le aparee y le soplé: «Qué pasa, viejo cerote, nos quedan 16 minutos». Y el viejo como furioso, él que nunca me había faltado al respeto, a pesar de mi eterna jodedera, me dijo: «Qué no estás viendo pendejo?». Yo no miraba nada, solo lo oía respirar cansado, pero cuando fui a tocarlo para puyarle las costillas como se hace con los bueyes para que caminen, me di cuenta: tenía una e-nor-me culebra enrollada en el cuerpo. Un escalofrío me recorrió todo el mío, aunque pronto oí una voz del cielo: «Es masacuata, baboso, Majá de Santa María, no es venenosa ni es capaz de matar a un hombre por constricción». De tal manera que cuando la culebra me atrapó a mí también por los brazos, no salí dando alaridos y pude reprimir la sensación de asco helado, por el roce y el tufo a saliva de loco. El viejo me dijo que le pellizcara la cola a la anímala, con toda mi alma, pero que va, la masacuata como que si ni tal, tenía dura la nalga puyuda, más bien yo me jodí el dedal. El viejo se puso en arco, casi de culumbrón tensándose para zafarse, pero la imbécil coyunda seguía firme. Yo pensaba que por la tal culebra nos iban a alcanzar a ver y se iba a armar la del diablo con la tirazón y las bengalas y se iba a joder todo. De repente,

ella sola, sin que mediara nada por nuestra parte, la masacuata se fue zafando como zoguilla rota y nos dejó libres. Con aquel susto todo lo demás fue babosada. Llegamos hasta bajo el puente, colocamos la carga y les dejamos un papel con insultos a los centinelas. Regresamos por el mismo lugar un poco contumeliosos por si aparecía de nuevo la amiga, recogimos las armas y llegamos al camión con dos minutos de retraso. Cuando volvíamos al campamento y el capitán nos dio permiso para fumar, le contamos y él se doblaba de la risa: «Por mi madre que ustedes son el caballo Atila —decía— si a mí me pasa, se jode la operación y la Tercera Guerra Mundial, porque yo salgo gritando despavorido y no paro hasta encontrar un bar». Y nosotros bien culones de que el capitán dijera eso, porque sabíamos que era mentira, que el tipo habría cumplido así lo enredara de las canillas un dragón echando fuego de azufre, tan es así que una vez se había agarrado a tiros con un tanque y ganó la batalla, embarrancó al tanque, mató a los tres que iban dentro, desatornilló la 30, se la echó al lomo y se la llevó a Raúl. Y yo entre satisfecho y paternal-filial, porque sabía que el verdadero valiente era mi subalterno, el viejo, que si yo voy primero y me toca a mí primero y solitario la culebra, de verdad que se jode todo. *A lonely impulse of delight:* Entonces ya sabíamos que aquella era nuestra última noche. El ruido del mar traía una ferocidad nueva desde los cayos blancos y desnudos: nos golpeaba las venas de la garganta, el pecho, el sabor mismo del Tokay (que se había vuelto lento y suave después del cuarto vaso). Rompimos las cartas y en el fuego las vimos volverse negras, pedazos negros, desconocidos restos de un pequeño mundo en pleno derrumbe, presentes para siempre aunque tratáramos de volver la cara hacia otros lugares lejanos. Cada una con su propia llama, nuestras cartas murieron demasiado jóvenes, pobrecitas suicidas de nacimiento, equivocadas y buenas, como niñas saliendo de una costumbre señalada con dedos de venganza. Y luego, la repartición de las grandes riquezas: los anillos

con nombres de personas que amábamos antes de encontrarnos y reconocernos —recuerdas el viejo texto de Bretón?—, las plumas rojas y extrañamente lanceoladas del viejo guacamayo Smuggler que murió de tos y de incurable asombro ante nuestros excesos, como un héroe pérsico; las fotografías tímidas, los amuletos de cabellos que tanto enojarían luego al pobre Beato Paco («fetichista» me espetaría, lívido, moralmente feliz por ponerse tan furioso en mi contra), dedicado a malcriar su buena salud de comunista en vacaciones, su sensatez irritante en Tegucigalpa, esa pequeña aldea con nombre de ostra, llegar a la cual directamente de Londres es el gancho cultural más anonadante que le puede caer a uno en la mandíbula pequeño burguesa, perdóname la manía de la agudez. Fue entonces cuando advertimos que somos nuestros únicos dioses. El hotel era más extraño que nunca: ¿el fin del mundo lleno de aquella niebla que tanto te aterraba o el nacimiento de las cosas bajo el Sol? No sé, pero en todo caso, qué bella prisión de la melancolía, palabra. Todo lo que supe antes del universo y de los hombres lo olvidé entonces con delicia. Aún lo que recuerdo ahora es solamente lo que a ti te sobra para los mendigos que pasan por la calle, lo mejor de mí mismo, lo mejor. (Preso otra vez. El sonido de la reja al cerrarse hace pensar que se ha roto la Campana Mayor y se ha convertido en una lluvia de rieles que caen de punta a tu alrededor formándote la gran jaula. Y lo oyes con el cerebro, con el corazón que tamborea el pecho y con los cojones. Oh vieja pesadilla de mi debilidad. Dios mío: esto es ya terriblemente ridículo. Debí, es decir, no debí…) *Perdón eeeee perdóneme compañero no quise alzarle la voz momentáneamente no estaba escuchando eee cosas de poeta jj-e-jé usted sabe cómo es eso eee querría repetirme la pregunta por favor?* A este no le entiende ni Mandrake, linda manera de embrollar las cosas llamada en nuestro tropical pedacito de mundo, pajear! Bueno. (Tos). *Si cómo no ee la poesía y permítame comenzar desde el pozo de las definiciones personales es para mí como lo he dicho muchas veces la expresión*

humana más profunda de ahí que haya sido digo objetivamente un medio muy restringido de comunicación hay que rendirse a tiempo nosotros no somos la Guardia Nacional que dicen que muere pero no se rinde hay que rendirse a tiempo decía ante ciertas evidencias en un mundo ee en que el hombre ha vivido alineado enajenado ajenado sin conciencia de sí mismo y del sentido de la existencia circun ee, que le envuelve por los mil costados ee sobre todo en lo que se refiere a la situación actual cuando cada día son más los pueblos y los individuos que se hacen dueños de su propio destino la función de la poesía como medio de comunicación como vínculo interhumano cobra de nuevo la más alta significación por eso me parece tan circunstancialmente apropiado el nivel épico de alta depuración establecido por poetas como Saint John Perse Seferis verdaderos portavoces de las más altas inquietudes humanas en este largo presente se trata de un tono (alcánceme por favor ese cenicero) ab-so-lu-ta-men-te con-se-cuen-te (gracias) con ese signo de nuestro siglo el ecumenicismo lo social es también notable ese otro plano de lo que en lo personal considero la gran ofensiva de la nueva poesía por reconquistar la realidad desde hace tiempo exclusivizada para los menesteres de los científicos y los explotadores me refiero a esa exacerbación de la individualidad con claro sentido mesiánico que es dado advertir en la obra de Michaux Prevert Pessoa los nuevos poetas ingleses y norteamericanos eee tanto el nivel épico en que los personajes son pueblos civilizaciones y los hechos conquistas o éxodos como en el plano personal que comunica a los demás la experiencia particular se complementan en la mejor poesía de hoy es decir en la única que vale la pena de ser leída… (Muchas gracias, dice el tipo. Y pone una cara de compungido que no se atina si ha aprendido una clave para él genial en lo que dije o si se está carcajeando hasta dolerle el estómago anímico por lo burro que soy. Ahora viene el otro. Hombre, parece más audaz. Aunque también complica un poco las preguntas). *Sin lugar a dudas sin lugar a la menor duda y bastaría para probarlo si es que fuera necesario con citar los nombres más representativos de la nueva poesía latinoamericana el conjunto de la obra del padre Ernesto Cardenal, Juan*

Gelman, Enrique Linh, los «cuatro grandes» de la joven poesía cubana usted los conoce Roberto Pabloarmando, Bebo y Fayad la gente de ustedes los balleneros los camaradas de (Óiganlos: Espérese, espérese, que se destrabó la cinta de la grabadora. Movele el suich, vos, aligerate. Ay, babosada, ya me agarró la corriente. ¿Se oyó vos? ¿Se oyó vos? Sí, hombre, todavía estaba grabando, hay que borrar el pedacito. Yavestar. La dictadura del proletariado, el dictariado de la proletadura. *Yastuvo, déle viaje, bachiller) Pues como creo que les iba diciendo* (Claro, ahora vas a hablar más babosadas por media hora o más, como si lo mejor no fuera cerrar la trompita, digo, lo más prudente. Te contradices, Niño de las Perdices; no comprendes, Méndez; no la chingues, Domínguez) *No cabe ninguna duda al respecto a estas alturas ya se puede plantear seriamente ese y otros problemas en el seno regazo o vientre la poesía latinoamericana pero quizás lo más importante no sea eso pues de lo que se trata según mi punto de vista es de lograr que la poesía que nuestra poesía intervenga cada día más en la labor que se plantea el hombre de dominar la realidad de hoy y del futuro que la poesía deje de ser hez de declamación postre en la sobremesa de las élites* y *se convierta verdaderamente en un instrumento eficaz del hombre medio del hombre de la casa y de la calle en su lucha por reivindicar para sí el mundo que le rodea la sociedad en que está inmerso su real imagen individual* (mira que si hablas cosas sobrantes, payaso) y *con respecto al segundo problema creo que por lo menos en la actualidad es una tontería eso de la prioridad del contenido o de la forma es lo que podríamos decir un anacronismo por lo menos temporal momentáneo de etapa puede ser que dentro de algunos años se vuelva a plantear ya sabemos que la actuación en lo cultural tiene su estrategia y su táctica como en lo político y en lo militar en estos momentos quedarnos en ese problema sería lo mismo que preocuparse al respirar sobre la preeminencia del oxígeno con respecto al hidrógeno en la próxima bocanada de aire el papel social del poeta además y esto es desde nerudiano hasta borgiano no debe causar más alarma que el del carpintero el opiómano las monjas las prostitutas los tractoristas o los payasos evidentemente*

son los hechos sociales concretos los que deben servirnos para fijar nuestros deberes no el oficio que hayamos escogido… (Otro valiente, otro entrador: Oh, magnífico, resulta que has acertado, sabio hijo mío; ese es mi mero tema: yo, chas gracias, tipo deahuevísimo). *Pidiendo las consabidas excusas por esta rápida crisis de autoconsideración reconozco como influencias inmediatas sobre todo en mi último libro Las Turgencias del Caleidoscopio el material de Eisenstein sobre México el uso del blanco que hace Bergman por ejemplo en la secuencia introductoria de* La noche de los Titiriteros *ciertos documentales nazis y supongo que muy a pesar mío Truffaut ustedes me entienden claro quiero decir* La Marsellesa *que surge al abrir el tacho de basura podrida claro que sería un escamoteador si no aceptara que con respecto a los últimos sonetos he tratado muy específicamente de oscilar entre el rigor de Dreyer y la solemnidad bestial de la Última Cena de la Viridiana aunque no sé si logro el goloso erotismo buñueliano en el que cierto punto de vista sobre el hambre produce o bien excitación sexual o bien ganas de arrodillarse ante Cristo Crucificado y rezar hasta que salgan las lágrimas no sé repito en otros terrenos para continuar con la respuesta yo mencionaría los anecdotarios de Picasso y Van Gogh la obra completa de Rouault Pollock el viejo Bosch la música de los jóvenes latinoamericanos mientras no la corrompe en sus audiciones antisépticas y con el perdón de las opiniones contrarias la red de centros culturales de las Embajadas norteamericanas que en la localidad se llama repito que respeto las opiniones contrarias Centro El Salvador Estados Unidos y en eso que conocemos como la vida real lo cotidiano el pan nuestro de cada día todo el mundo lo debería notar mis hondos complejos por no saber bailar no ya digamos* jerk *o* surf *sino siquiera mambo o merecumbé el bizantinismo surrealista de la polémica chino-soviética la lectura de Maritain simultaneada con sesiones a todo volumen de Carmina Burana el alcohol la revolución sexual sobre todo considerando su aspecto técnico defensa a fondo de la artesanía preciosista en el mundo gélidamente loco de la industrialización capitalista neocolonial por no decir una mala palabra las exploraciones matutinas a lugares como los tiangues no-*

nualcos en el Departamento de La Paz el mercado de la Lagunilla en México sobre todo sus alrededores hay unos cristos coloniales a medio quemar verdaderamente deliciosos la mágica tienda del Choco Albino de San Salvador (tú conocías, amor mío, el poema —debería decir «el poema fallido»— sobre este último lugar: lo recitabas aún antes de saber lo que quise decir:

> Alejandro Dumas *touché* por el polvo
> por sus diez mil espadas lentas cada una
> vigilada por una cama herida
> un rollo de pianola arruinado por el intruso
> vino de marañón que alguien derramara cuatrocientas
> trece monedas de aspecto amargo jorobadas
> un par de borceguíes amarillos *english spoken*
> un florero remoto *spricht deustche* un reloj
> con el número siete desaparecido *on parle français*
> un geranio postal un botón de bombero
> el que más barato vende en esta plaza
> dos mil plumillas violín y sus ojos sellados
> oh lugar donde 1945 era aún y para siempre 1918
> no para todos
> solo para los niños que no teníamos como robar oro
> cosas que no fueran libros o estatuillas decapitadas
> y para mi recordado Nicolás Jovel de oficio bebedor
> y que también era choco —solo que de verdad—
> y libre porque nunca se le ocurrió anunciar que aceptaba
> representaciones extranjeras y vivió mientras pudo
> Satisfecho de haber sido un día
> muy bueno con el machete)

¿Qué más podría decir? si bueno las temporadas carcelarias (Claro, ahora a presumir de héroe chistoso) *que propician el contacto con esas maravillosas almas puras* y *cándidas que son los ladrones y los asesinos*

los contrabandistas y los cuatreros y sobre todas estas cosas más o menos desvaídas el recuerdo de una muchacha que tiene las rodillas más bellas de la historia moderna el pubis liso de las estatuas griegas y justo es decirlo los ojos más sensacionales que haya podido obtener la civilización occidental para los amaneceres dominicales de un joven intelectual progresista… Claro que no los géneros no existen creo que por ahora es cuanto tengo que decir muchas gracias. Y como decía Linneo: «Pipirileo Pélame el guineo». Y como decía don Moncho: «Pipiriloncho, pélame el majoncho». Comenzaba a sudar. Claro, es que la cuestión debió haber sido más precisa, te faltó rigor por todos los lados. Pero parece que deberás acostumbrarte a verte payasear cada vez que debas arribar a una conclusión seria en público. En privado, desde luego, te las arreglas. Haces el gesto ese de la mano derecha, como quien atornilla un foco de 60 bujías en el aire y ya estuvo, los contertulios te lo creen todo. Tienes miedo o simplemente es que apenas puedes con tu ignorancia, el agujero-mejor-disfrazado? *Ergo* eres una caca. No hay que tomar en cuenta eso que no les puedes decir mucho por razones aparte, por ejemplo: «Lo de la novela que estoy escribiendo: será toda una prueba para la madurez de este país: si la aguantan sin que yo tenga que ir de nuevo a la cárcel o sin que me hagan unos cuantos atentados domiciliares, habremos de ir pensando que aún hay esperanza contra los vampiros de la provincia». No viejo, el problema consiste en que has hablado puras babosadas, la canteaste, te zurraste en la olla de leche por omisión, no le des más vueltas a la cosa. Para eso hubiera sido mejor que te pararas simplemente frente a la grabadora y hubieras gritado: «Y para la ignorancia general concurrente voy a tener el gusto de recitar el mejor texto de literatura que se ha escrito hasta hoy en Centroamérica, del cual si no sale una literatura nacional poderosa, es porque todos somos, como escritores, cobardes e imbéciles, y como patriotas, guanacos hasta la pared de enfrente: para ustedes "El cuento del bárbaro aplastado" de Salarrué (a ver si no se me olvi-

da): «Pues si es que en una cabeza redonda iba un piojo vestido de indio bárbaro, corriendo a pie y diciendo: "Qué carapiatas y tuabalalaba y córchiles pepeto; yo soy el rey de la pradera peluda onde hay minas de caspa y pasan a cada rato unas grandes nubes con unas rascando, que por póquiles me descuchumban tumban, taramba, choca carioca! Y se paró en un descampado de la coronilla y se subió a la cúspide de un cerrito quera un grano y miró para todos lados con la mano en las cejas, de visera, y dijo: "No se alcanza a mirar el horizonte. A saber si ya se murió, el pobre". Y se bajó, deslizándose con el lomo y las patas en el aigre. Y en eso vio que el cielo se oscurecía y dijo: "Yo me agacho y me hago pacho, porque ái viene la tormenta con uñas y anillos". Pero no era, sino que era una terriblísima peineta ciclón y como pasaba y golvía a pasar, el piojo piel roja se escondió en un caminito y ¡ni por el diablo! lo pudo domar. Y como tenía un hambre bien grande, se puso a sacar comida y entonces llegó la mano rascadora y se puso a quererlo magiar, pero ¡güépiles que pudo! Y el piojo se puso a bailar el baile de guerra, trotando en rueda muy contentis de su arrechencia. Pero no contaba con el elefante de marfil que se rió por dos bocas y que hace "chic, chic" que era un peine fino nuevito, acabado de salir de onde el dentisto en odontodología y que lo cuchario sin dificultura y lo sacó de la pradera y se iba deslizando en un gran témpano de yelo, hasta que una gran uña color de agrora borial, lo dejó borrado en un solo cañonazo de zancudo, que es con ruido de cuando se quiebra un palito de jójoro, y siacabuche». He dicho. Que le salga güegüecho al que no aplauda. Y es que aunque este país es como la Cueva del Cura y aunque uno de quienes mejor lo saben es Mario, el Gran Buho luctuoso, pasa como en todo el mundo extranjero: la literatura es acaso lo único que vale de verdad la pena: por ella sí que lo acepto todo, hasta el ridículo. Y el catarro, carajada. Sé que esta actitud es muy mal vista, pero cómo no va a ser mal vista en este país de gargantúas morales e intelectuales

y también de tisiquitos morales e intelectuales, donde el heroísmo máximo es arrodillarse, el deporte nacional arrodillarse y la anarquía más sensacional arrodillarse. En el partido, por ejemplo, me ven mal, no por mi práctica organizacional ni por el pobre nivel de mi marxismo, sino porque bebo como un león, y por lo de Lisa. Cualquiera escribe entonces aquí: «Las meditaciones de un hombre arrodillado» sin la menor vergüenza y no solo quien lo escribió de verdad, un filosofito borracho con apellido de coronel. Ejemplo vivísimo: el del profesor Lobato, que se niega a aceptar en público la indiscutible y solidísima gloria de haber descubierto ocho mil cuatrocientos doce salvadoreñismos sinónimos de la palabra pene, dos mil dieciséis de la palabra tormenta y ochocientos doce de la palabra pacún. Provincia roedora, dueña de su propia semántica torva. Aunque con sus ventajas, por no haber tenido propiamente Edad Media, esa época sanguinolenta y blenorrágica que convirtió a los países europeos en espesos quesos de pus a los que ha debido revestirse de tanta belleza metálica y de tanta sabiduría, de tanta banderita, música, vertiginosidad, leyenda, sublimación, para ocultar al universo su real naturaleza. Los mártires europeos siempre fueron gordos, por eso es que al hablar de su muerte, sus coterráneos testifican en múltiples idiomas que «reventaron». El mártir de nuestros lares es, hambre y pulimento solar, enhiesto y frágil y cuando cae, se sabe que su arquitectura es la de una joya para pobres que no admite comparaciones cultas. Y la belleza húmeda de la vida, no la de los mártires, es aún mejor que la belleza marfilina, se la posee como quien muerde un mango o como quien se baña con fresco de chan o como quien introduce el pipí en un guacal de atol shuco un poquito más que tibio en medio de la gélida madrugada de «El Imposible». Realizar entre nosotros el gran acto estético siempre te deja entre las manos el olor a la tierra fresca, a la grama macerada, a la saliva del venado que voló entre los que tendíamos las redecillas para cazar mariposas. ¿No es así?

Provincia roedora, dueña de su propia semántica torva. Mi catarro empeora velozmente. A ojos vistas, supongo. Sin embargo, a su pesar, también me insinúa cierto estado placentero con su fiebre mediana. *A lonely impulse of delight / Drove to this tumult in the clouds:* Entonces ella ha cerrado lentamente —pero con una fuerza indócil —evidenciada por el temblor de las pestañas —los ojos magníficos —que te miran como si recién te descubrieran —en el regazo de la primera mañana del mundo —sus párpados han secretado juegos de amor —y se han deslizado hasta cubrir la honda pupila negra —como cuerpos desnudos de hombres y mujeres —hermosos y silentes —cayendo en su propio pozo tibio —y ha echado la cabeza hacia atrás —con un gesto rápido —truncado por los sobresaltos que vienen del corazón —de más abajo y de más hondo aún —de esa mancha oscura —agreste —que entre las piernas ha tomado para sí todo el tiempo —toda la existencia —el universo de estos minutos innombrables —gesto que ha desparramado la larga cabellera negra —haciéndola caer desde la cama como una planta poderosa sobre la almohada que reposa ya en el suelo —la barbilla perfecta —a pesar de la partidura ondulada que refleja el tacto y el papel del dios gracioso en el mundo de los órdenes clásicos —perfila el buque puro y blanco —a medio hundir —erguido y retador —reclamador de crímenes de gigantesca jerarquía —el cuello tenso desnudando con el plic-plic de las arterias la ansiedad —la premura —la búsqueda de ese momento inminente que puede resolverse con la ascensión hasta los astros o con el sumergimiento de las manos y el gesto en cierta ira incomparable —solo tal vez vecina de lo peor —del desprecio —(que además se tratará de disfrazar —bajando los ojos —y diciendo con voz oscura algunas ternezas que no caben en ninguna parte así) —oh tú desnudo —caes —muerdes —tienes los dos animales redondos de su pecho entre las manos —has trasladado bruscamente el peligro del fin —desde el dulce abismo hasta las cercanías del corazón que quiere jugar un poco

más —el rosado botón se te escapa de los dedos sabios y temblorosos —guerreros e hijos —animales de otra raza más dura y maridos de esas hebras blanquísimas que bajo la piel estallan y conducen las corrientes del vértigo —has besado su boca llena de saliva dulce —tu peso ha hundido el barco en el cielo —cerca de ti —y has hecho concavidades de los signos conexos —la cabellera ha venido del suelo y es como un nido entre los dos pechos —tus brazos invaden y se apropian de todo —protegen del mundo para atacar mejor —tu boca ha encontrado lo que perdió en el tumulto de los años —sientes en tu lengua y los dientes las suaves granulaciones y ahí muerdes —y oyes gemir —y sientes el placer que siente Dios cuando maneja el hilo de la tormenta —bajo el aroma de las ropas recién arrancadas (que como muertos animales multicolores —han quedado silenciosos en ese otro mundo —diseminados sobre la alfombra) —bajo las esencias opalescentes —surge el olor a mujer —el escondido en cada poro —oh el olor a bestia preciosa —nuevo vino imprevisible que chupas con la piel del seno —que te hace husmear —mojar la frente en la axila recóndita —ir por los brazos y su fina vellosidad que acaricia las mejillas y los labios —te has incorporado a medias —lo suficiente para ver a toda la mujer desnuda —tu parte en la donación del mundo —a la mil veces vencida en el último minuto —a la mil veces especiante ante tu gran asalto —postergado con pequeños asaltos —y esa es tu perdición —porque tus ojos han sido arrastrados al centro del universo —a la gran flor oscura —a lo que queda de la noche que hizo a esta mujer —y que sintetiza su alma —sus idiomas —sus gritos —que retrata su debilidad y su destino —el lugar de donde tu mismo vienes —y al que sabes que habrás de volver —siempre —para combatir la destrucción —el odio —la sequía de la sangre que te mueve y te alza —caes entonces —retornas en tempranía —y clavas tu lengua dura y alegre —ágil como las músicas matutinas de tu país —te ves nacer de nuevo —cara a cara con el chorro de la vida —los sabores

te tocan con dedos de cera húmeda y pétalos de cobre —hay para llenar tu fecha la salumbre de un terreno fresco —como abonado con lágrimas y peces —suaves rincones rosados —y celestes —cuyo temblor mismo suena —y huele —y toca —y se deja ver —y sabe doblemente —tu propio segundo corazón te avisa de entre las piernas: aún hay un rito feroz que estás a punto de olvidar —tu vientre piensa salvajemente —con la oportunidad de los animales —trata de detener el ángel blanco que viene caminando —desbocado por otras venas —pero también anhela verle fuera y hundirse bajo el impacto de su sombra generatriz —caer bajo sus alas desatadas —sin saber por qué —ni cómo— ni en nombre de qué nivel de la naturaleza principalmente melódica —pero tu lengua es tu tercer corazón —vuelve a imponerse por un nuevo breve siglo —y recorre el territorio radical desde los enmarañamientos a la miel —desde la oscuridad última que vieron tus ojos al nacer a la luz hasta los niveles que reclaman castigos y sevicias-ubicas entre la vecindad alucinatoria —entre el asomamiento al centro de los centros —otro segundo corazón— mismo y contrario —mínimo pedernal de estos desfiladeros dramáticos— padre maternal de la chispa que corre hasta los pies y las muñecas— y corona los finos dedos de la mujer con el disfraz de la fiereza —o el terror— o los movimientos de la muerte— las venas son sus propias enemigas— al aire no cabe ya la saliva ha huido— dejando en su lugar un agua tenue— herencia de haber nacido entre musgos y piedras alegremente podridas por la exuberancia del clima —alzas el rostro como el dormido que se levanta de un jardín cuando viene la lluvia— y ves el panorama de la mejor desgracia— tienes ya preparada al victoria— frente a ti solo queda un gran ramo de pequeñas derrotas y súplicas contra la piedad— subes hacia el rostro mojado— depositas tu mejor corazón en la noche mientras el mundo salta de sus ejes antiguos —siguen hablando aún, es una forma de vida, peligrosa cuando tienes tan-cultivada-alma, solitario.

Presunto hermano y tan lobo. Ultimadamente ¿qué es un escritor? Un tipo que hace diccionarios incompletos, que hurta los significados de sus palabras, un ladrón. Depositas tu corazón, tu mejor corazón en la noche y la noche eres, amor mío, tú. Entre musgos y piedras. Y he logrado perturbarme como un monje ante el espejo de su culpa. Pero un monje heroico: capaz de transiciones bruscas en la contemplación, como quien dice capítulos en el éxtasis. La noche llega como una máquina de guerra, es verdad. La historia, para después de la cena. Puede que Lito Paz… Acunada por nosotros en el idioma, dependiente de nuestro temperamento variable, resplandeciente y bulliciosa, infernal si no se nos antojara un tanto cómica, de nada está menos compuesta la noche que de oscuridad. Por lo tanto: adiós, amor mío: pronto deberé sacar la cabeza de mi corazón, nuestro nido con aire acondicionado, infierno que se aniquila con un botoncito, y me descubriré despierto entre los que gritan y beben, gritándome y emborrachándome yo mismo, aunque permitiéndome de cuando en cuando una vueltecita de inspección al amado pozo de mi pecho, dejándote cada vez más indescifrables notas garrapateadas en sobrios papelitos azules, hablando de las motivaciones místicas de este mi ambular de tan oculto sentido. Me he quedado sin cigarrillos. Chispa de la casa, chispa de la calle. ¿APLAUSOS? Inclinación de la cara sonriente. Aplausos. Aún estoy excitado. Te debo la sed y ahora tan solo descubro que eres la Diosa-Dueña-del-Agua. Aplausitos. Ellos no cómo decirlo?, no teme perdonarían. No me perdonarían esto de poseerte. Y mientras giran las esferas celestiales, como diría un filósofo criollo que chupó sus mejores esencias en la geografía, trillador de la carretera del Litoral de entraña perennemente defensiva, yo vivo y vivo en la construcción de un perenne argumento: la afirmación del monstruo bondadoso, qué estampa para la meditación ajena, un ramalazo de jazz primitivo en el cementerio de La Bermeja. ¿Y qué fue de mi espíritu transeúnte? Años y años clavado entre bufones que no

han aprendido su papel, entre mudos que vomitan como si estuvieran en el manicomio del doctor Caligari, del gran baile social retumbante con los mismos contornos de una orgía entre hedonistas inescrupulosos que matan mucho más que cisnes o de una guerra de castas yucateca en que solo la gran peste queda ondeando en los días que siguen. Declaración muy poética de la amargura y del hastío, pero que no te acerca ni un milímetro a la escalerilla del avión, qué va, ni a la oficina donde deberás comprar el pasaje. Y está también lo de las responsabilidades históricas, pero frente a ellas me defiende la modestia: uno nunca es tan necesario, etc. De todas maneras, en cualquier parte donde llegues de vacaciones habrá necesidad de emplazar la tienda inflable de la sedición, la mujer de goma del inválido garañón. Salimos. Quizás sería hasta urgente tomar un trago porque entre el catarro y estos alardes anímicos de pragmatismo, la garganta me coje de inmediato una asperidad de piel de serpiente. Estaba un poco borracho en un cuartucho clásico de París 4e. —podía haberlo alquilado a las compañías de cine para una película sobre la vida de un gran poeta muerto en la miseria— y leía roncamente (con barba de dos o tres o cuatro días y olor a ron de Jamaica) los versos de su padre-maestro: «Ellos piensan son tú / pero ¿qué saben de ti?». Eres el verdadero culpable del mundo, mírate en el espejo, ah tú, hermano escritor, mi semejante, hipócrita. Y esto, gracias a Dios, al parecer, se acabó de verdad. «Ellos piensan que son tú / pero ¿qué saben de ti?». ¿Ginebra y rosas en el hotel de Lito?

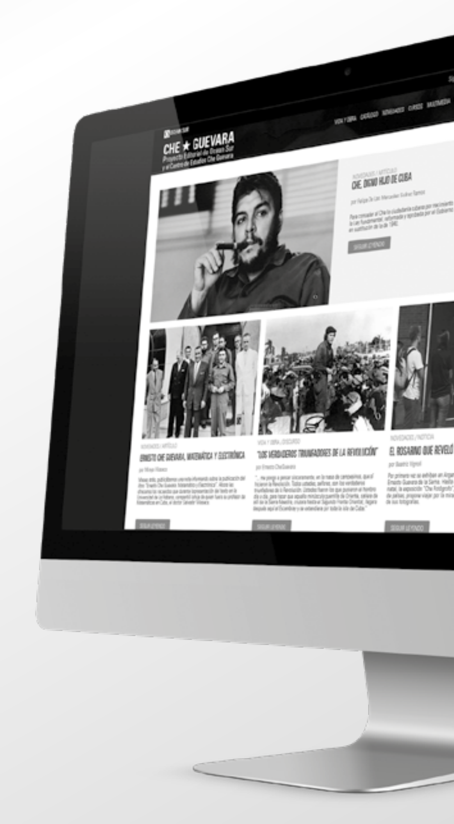


CONTEXTO LATINOAMERICANO

Una revista de Ocean Sur

www.contextolatinoamericano.com
f ContextoLatinoamericano

La versión digital de Contexto Latinoamericano actualiza semanalmente cada uno de sus espacios dedicados a la actualidad, la opinión y el debate, al tiempo que ofrece una síntesis diaria del acontecer noticioso en América Latina y el Caribe.



PROYECTO EDITORIAL CHE GUEVARA

www.cheguevaralibros.com
f LibrosCheGuevara

Los títulos publicados en español e inglés propician el conocimiento de la vida, el pensamiento y el legado del Che a través de un ordenamiento temático por medio del cual se accede íntegramente a sus múltimples facetas.

III
TODOS

El party

«En el principio existía el Verbo, digo, en el principio existía el caos…».

—No te acomplejés por la solemnidad, por la decencia, no te agüités. La cosa se comenzará a poner buena dentro de un par de horas. No te aflijás. Por el momento son puros caballeros de la mejor sociedad de Filadelfia y condesas húngaras venidas a menos pero por eso mismo subrayando el enfufuramiento. Todo eso es pura apariencia. Lo básico en ellos es la guanacia elemental y desaforada. Incluso en los diplomáticos que por alguna razón han sido escogidos para venir aquí y no a Italia. Te lo digo por puro amor al arte, porque yo de aquí no pienso moverme y lo mismo aconsejo. O hablo contigo, con ustedes, o me voy.

—Mira aquella tigresa de sorbete de pistacho y glándulas de pescado hawaiano (por no decir una mala palabra): si ese es el marido, vos, la ley de gravedad no existe y la de compensaciones es la pura pastorela entre los chiribiscos.

—Caballeros y condesas, viejo. No hay todavía la transubstanciación, léase punto de verga.

—Qué buena nalga la de la hembrita que entra, corazón de a peso. En realidad no está mal el tiangue, hay que reconocértelo. Aunque un poco escaso, se nota bien maiceado y hasta un poco sombristo.

—Oficinistas, esposas, amigas de la familia de Cristina. Cero poetisas o licenciadas en Humanidades.

—Lo malo de las intelectuales salvadoreñas es que ya conocieron a Kant y a Heráclito de Efeso, aunque sea en la clase toda chulupaquita de Negativo de Zope, o sea el doctor Rodríguez Porth, pero le siguen temblando a la paloma.

—Me palpas.

—Nombré, hablo del Espíritu Santo, ya se me fue lo demás de la idea…

—Es esta idiota: «Y por eso no salen de noche. Quisieran quedar preñadas o tener el orgasmo tomando una cucharadita, sin tener que pasar por el trance de estar en la cama al lado de un hombre chulón que luego-luego se te encarama y te echa el juelgo de bolo». ¿Qué tal? Hablabas de las intelectuales, maje. ¿Qué sería de ti sin mí?

—«Al salir vi en un alboroto de niñas / una chicuela tan linda / que mis miradas enseguida buscaron / la conjetural hermana mayor / que abreviando las prolijidades del tiempo / lograse en hermosura quieta y morena / la belleza colmada / que balbuceaba la primera/».

—Y en eso llegó el hermano…

—Ya no pasó el otro trago, maneques.

—De veras. A lo mejor es una fiesta de un solo trago, algo novedosísimo en El Salvador. Ave María Purísima.

—No lo digas ni en broma, toca madera.

—¿No estaremos en mal lugar? A lo mejor no es para acá que sopla el viento en este mar.

—No se aflijan, que yo sabo. El guaro suelto lo están sirviendo en la cocina, que está al final de ese pasillo. Por huevos tiene que pasar por aquí el bandejero. Lo que pasa es que solo hay uno.

—Dios te oiga.

—Y nos bendiga, porque yo todavía cargo una goma rezagada desde el mediodía y ando como si estuviera hincado en maicillo. No es nada mortal, pero no soy masoquista.

—Mira esa otra niña, viejo. Un poco nalgas al hombro, pero está riquísima. Quieto, Chepe…

—Pura charla recurrente de hambrientos y atrasados tenemos, mano. ¿No te parece que ya la entimamos?

—Pero si la vida es eso, mialma: entre nosotros o estamos cogiendo o estamos hablando de coger: cogí *ergo sum*; cogí *ergo* sigo siendo el turrasmán, el mero-mero de la barranca alegre, la naranja de Tarzán, el colocho de San Jacinto, el lord Byron de Ayutuxtepeque.

—Sí, y lo que más me recontradá en las de ping-pong es la hipocresía. Yo no les tengo miedo a las palabras, yo nado en el petróleo carnívoro de las palabras y a ellas me encomiendo, lo mismo que a San Blas, patrono de las enfermedades de la garganta…

—*Assinus assinus fricat*. Y a propósito de San Blas; acurrúcate y me la jalas.

—…las palabras son mis damas y mis cholinas, mi ayúdame-a-vivir, mi caldo de puyas, mis espumillitas de a cuis, estoy valido con ellas de la tuzkía, del me aparto y revira contra antiparrandal y de la bolsa izquierda y formamos parte del mismo club de capirucho, toque y cuarta, de yorta y de pra. Con las palabras juego «Vamos a la vuelta del Toro-toro-gil» y «Mica» y «Ladrón Librado» y «Esconde el anófeles» y «Aprieta canuto». Con las palabras albañileo, deportivizo y hago templos para la oficina, el hogar o la playa. Con las palabras cometo abusos deshonestos y evito la gran desfloración.

—Lo que pasa es que sos farseta, jodido. Te la querés ir pasando de hablar paja y nada en los canastos.

—Busca trabajo, cerote, que la paja no da de comer honestamente a nadie, por muy buen talle de sinvergüenza y chivo que se pueda tener. Por lo menos en estos tiempos en que los únicos

empleos vacantes para un intelectual decente en este país son los de vendedor de los «Clásicos Jackson», anunciante peatón de «mejoral» o maishtrito de escuela secundaria en la especialidad de «gramática española» o de «moral y cívica».

—No es eso, compatriota. Hablo de la literatura. Lo que en el fondo ya quiero decir es que vayan mucho al infierno todos los gerifaltes de las generaciones anteriores a nosotros, que huelen a jocote de corona o a camándula de vieja pícara de puros viejitos pacíficos, seráficos (saco), dundos, berecos, terengos, guaguacetes, tarailos, bembos, pentágonos: puras gallinas chorombas hipnotizando leones, ignorantes gallinas sapas y chocas que no se atrevieron a pedirle el chiquirín a nadie con todas sus letras, en un endecasílabo afilado como una estrella de chúmelo (puyo por lo de estrella, me chupas por lo chúmelo). Exceptuando, claro está, a don Chico Herrera Velado, que ese sí no tenía lombrices de tierra en la lengua y era honrado con su verba a carta cabal y con su pluma ya no se diga, y por eso se volvió viejito prohibido, cieguito abandonado, exiliado al haz del volcán de Izalco.

—Pero es que vos también ya la cagás: solo malas palabras sos, como si vivieras en el mesón La Bolsa o en el callejón de Las Oscuranas o solo te juntaras con los bolívares fondeados del garash Mundial. Yo entiendo, evalúo, sopeso, incluso con simpatía, su uso ante la *necesidad* de usarlas: cuando es necesario, está bueno; pero así, solo por joder, está jodido. Si la palabra es tu dama, las malas palabras son sus enfermedades sociales. Decí que no.

—Seguí por ahí que vas a llegar a hablarme de la santidad del hogar y de la preocupación por lo que leen nuestros hijos. Es que partís de un hoyo tremendo: no hay malas palabras, ni buenas. Hay solo palabras. Y estas, de acuerdo a las circunstancias, al clima de la gente, sirven o no sirven.

—Uy, el hombre. Por eso es que se te contagia la literatura, vaso santo. Y por eso dejás pecoso de pupú gastroentérico al impoluto

cisne de la poesía. Y por eso es que, ultimadamente, no podés hacer sonetos.

Moralidad, hijos del hule, ahí viene otra bandeja da tragos.

—Bandeja le dijo el turco a su mujer, por bruta…

—Tipería, sé serio: abalánzate de una vez, no te ahueves como pelón de hospicio. Si estás en tu casa, estás donde la podés, por algo le has echado como quinimil paleques a la vetarra. Algo hay que sacar del sudor del amor…

—Deténgase mi amigo, que las carreras de noche maltratan al corazón.

—Un solo golpe al caite…

—Arriba los pobres del mundo…

—Pizarras al centro, que va pelota…

—Chas gracias, joven. Así se orina, parando el chorro.

—Que le vaya bien, siga por ahí, mitigando la sed del mundo.

—Que indio más trompudo este bandejero: si no agarramos luego-luego, nos deja silbando en la loma, el hijuemil cebollas.

—Te digo que ya la canteás: un poco más de cultura, chimado, que por algo aceptamos venir a codearnos con la crema de la intelectualidad, como dice Agustín Lara.

—No, papaíto, si yo a lo único que vengo es a ver si levanto. Y a ver si veo al poeta chapín, que me mandó razón. Pero principalmente a ver si doblo antenas.

—¿Encontró trabajo al fin el poeta?

—Ha tenido mala suerte. Anduvo vendiendo libros y fue pintor de brocha gorda, pero no sacaba ni para la camioneta. Finalmente ha conseguido un chance de cuidador del Parqueo de la Cafetalera. Un poeta de vigilante, el pobre. Debe sentirse fregado.

—Bueno, es que así es la lucha, el exilio. Ya le vendrán tiempos mejores. Por lo menos ya tendrá para los chojoles, su bock allá de cuando en vez y hasta su palito de a dos pesos.

—Poniendo la penicilina, salen como diez pesos. Sin contar lo que cobra la enfermera práctica por puyarte.

—Ya volvés con la misma: tenés el sexo en el alma. En cambio dicen que tu mujer dice que en el cuerpo solo tenés el alma. Uno a cero.

—De sexo hablaste vos. Yo hablé de penicilina. Crimen y castigo.

—¿Ves cómo nunca vas a entender nada? El sexo, el sexo. Esas son cosas para obreros, maneque. En nosotros los intelectuales es distinto. Claro, siempre hay que desnudarse, penetrar, moverse, pero eso es como el ambiente que nos rodea: pura apariencia, atmósfera. Lo principal se da en la cabeza, allá un poco atrás de los ojos cerrados y la respiración que se solemniza y se solemniza…

—Déjate de culeradas freudianas, es simple estilo nacional: si no hablamos en voz alta, la Centroamérica caníbal se come de fijo al Pulgarcito de América y si te ponés fino aquí, individualmente, de al tiro te van tocando las nachas o nápiras y de una vez te van bajando los pachucos. Si querés probarlo, deja que se te salga un gallo al gritar «Viva el Águila» en las graderías de sol del Estadio Nacional. Solo otro gallo, en medio del grito de «Viva el Independiente» sería más generador de peligros para tu buena fama. Y para la salud de tu cuerpito. Cosas como esas, la tuberculosis, la gastroenteritis y la Guardia Nacional, son las que mantienen el índice de mortalidad del país a nivel del Everest.

—Chin-chin, pues.

—Hueveta, dijo el padre Argueta.

—No seas payulo, papá. Quien dijo eso fue Manlio Argueta, pensando en volarse la chaqueta.

—¿Ves? No decís una frase sin que emerja la pornografía. Mejor echémolos el talegazo, porque ya va a cojer sabor a vidrio.

—«Tanto tiempo disfrutamos / desteamor…».

—Salucita: porque se nos haga sangre de la buena.

—Hasta verte, Cristo mío…

—Bueno, ái los vidrios…

—Qué rico el guaro por la gran chúchira, es bueno hasta para los callos y la caspa y el salpullido y el pringapié u talón dorado, para el empacho y el mal de ojo, la picada de la casampulga, los píspelos rebeldes, los juanetes y el tabardillo.

—Mentira. Para la picada de casampulga el único remedio eficaz es el espumoso de caca.

—Me lleva la Virgen del Rosario y Santa Margarita María de Alacoque, seguís con tu diarrea verbal. Y ya me chorriaste el saco, bolito barato, que con el segundo tanguarniz ya estás tatarateando.

—¿Habrá en algún lugar del mundo un trago más fuerte y más hijo del máiz que el guaro salvadoreño? Ello siempre me ha producido un hondo desasosiego. Pues de ser así nuestra única posibilidad de campeonato mundial se iría al carajo. Nosotros, que no hemos tenido un gran cantante o un gran boxeador o un gran futbolista, aunque sea con la fortaleza de nuestro guaro podemos colocarnos bien en el *ranking* mundial.

—Se habla de un vodka polaco de 75 grados que…

—Mentira, sin duda. Propaganda comunista. No vale.

—Entonces podés estar tranquilo. Salú. No hay. El más fuerte trago noruego es manteca de cacao y jarabe de Tolú comparado con el guaro promedio de Ahuachapán, el llamado erupto de tigre. Y claro, eso sin mencionar el suculento zangalote capitalino, que es cosa de dioses machos. Le abre hoyos a los zapatos.

—Mirá vos, volá ojete con disimulo: parece que va a haber orquesta.

—No jodás, hom: son el Nuncio Apostólico y el Padre Mario, el de la correccional.

—Pues claro, quién otro va a ser. No hay otros padres Marios en este país.

—Pero bien que si hubiera dicho Rasputín no me habrías entendido. Bueno, pues es el mismo tipo.

—Pero quién no va a conocer al Padre Mario en El Salvador. Y quién putas no sabe que va a ser el primer Papa guanaco.

—Eshpañol, hombre, eshpañol.

—Huépiles. Guanaco. Por las mañas.

—¿Y esos guacalitos morados se los pegan con engrudo o con algo en la chorontoca? Porque no se les caen ni cuando dan esos agachones para saludar a las viejas.

—Qué viejo más feyo el Nuncio, solo le falta andar en patines para parecer estuata, digo, estatua.

—Me cojo a tu tatua.

—Repito, sin oír a los jayanes, que parece estatua y estatua de San Ignacio, el cuturina, de Loyola, mi primer héroe político-militar.

—Por cierto que cuando yo doble los tennis, entregue el equipo, agache las de batir lodo, es decir, cuando me baile, cuando me tome mi agua y me destiña, o sea, cuando me muera, vua pedir que me embalsamen y me paren todo chivirico en unos patines comprados donde Avelenda, para seguir jodiendo la paciencia al mundo con mi enhiesto calávere ambulante; ustedes, como chupan menos que yo, van a tener más vida y me podrán llevar a las cantinas como que soy camioncito de reo carpintero, sacado de la mera península, oloroso a chinta de palo y a infelicidad. Lo único que cuando anden conmigo no se podrán enverguecer hasta la mera ceguera, para no perderme en alguna zamotana que tanto abundan y para no permitir que el primer bolo pobre venga a echarme un querque encima o me escupa mi ojito de vidrio. ¿Les gusta o no les gusta? Si no les gusta, pónganle flores. De nance.

—Vos solo sos piquetes y guáshpiras, ceráfilo, pero no escribís nada, de puro huevón.

—Ta bonita la idea del cadáver en patines, podría dar para un cuento quiroguiano o un corto de Buñuel. Si querés te damos matarile de una vez para empezar a andar chupando con vos a rastras. Seguriano que conseguiríamos trago gratis en paleta,

con la novelería de los bolos. Pero en una buena goma acabarías empeñado en la tienda del Choco Albino por uno setenta y cinco o dos pesos, y el Choco te ocuparía para exhibir velos de novia de segunda mano, calzonetas para viejas enteleridas y secas así como vos y rosarios de semilla de ayote.

—Y en una tu nalga pálida te pondría un cartelito: «*English Spoken*».

—Y terminarías cambiado por una colección de «Billiken», en manos de algún gaznápiro que te usaría para colocarte en el hocico el desodorante sólido para el meadero del sótano, cuas, cuas, cuas.

—Callate, baboso, que aquí viene el doctor Fernández.

—Ah pues viene Truman, la divina cachimba.

—No jodás, que el hombre es delicado y de un zopapo te puede partir por mitad. Nunca ha sido un buen escritor y hace más de diez años que se declaró sinvergüenza oficialmente, pero lo que es su gimnasia sueca y su jiu-jitsu no los ha abandonado nunca. Si te oye te deja hecho nudo, con el deber para la clase de mañana de desenredarte. Yo lo he visto en el Rean costalear a más de uno, ahí donde lo ves todo sapurruco.

—¿Cómo está, doctor?

—Muy buenas noches, jóvenes. Aquí me ven, acabando de llegar.

—Pues pase a lo barrido, doctor, como dicen los campesinos.

—Sacúdase las pailas…

—¿Cómo dijo?

—No, doctor, se lo decía a este…

—¿Ya saludó a doña Cristina? Ahorita mismo se la llamo, con permiso…

—Y, ¿qué dice la juventud poética? Los miro un poco amoscados y tristones.

—Pues ya vé, doctor, se hace lo que se puede: entre Mirkine-Gutzevitch y el Derecho Romano, los sonetos le salen a uno medio panderetos, por no decir otra cosa. Pero no es cuestión de achicarse,

ni mucho menos. Ahora yo quiero empezar a probar un poco con la prosa, aunque me consiento bastante breque, para qué le vua decir.

—Pero hombre, yo siempre dije que un estudiante de Derecho tiene acceso a la mejor prosa del mundo, la del Código Civil, máxime que el nuestro viene derechito de las cacherías que hicieron los chilenos con don Andrés Bello. ¿Han pensado ustedes en que Gabriela Mistral, por ejemplo, no se explica sin ese bellísimo Código Civil de Chile, todo donosura y alcurnia; no se explica, repito, sin esa antigua adhesión a la severidad?

—Sí, doctor, pero, entre nosotros y con el perdón de usted, ¿dióndas severidad? El problema ha sido, es, mejor dicho, si usted me permite, que la tradición de la prosa legal salvadoreña no es la de los Códigos, que simplemente se copiaron tal cual, sino la de los oradores tronadores: el periplo, desde Manuelón Castro Ramírez hasta los gordos Gamero y Carias Delgado. O sea, todo aquello de: «Estamos aquí, connacionales, ante la severa presencia de estos mármoles violentos, para rendir el homenaje más imperecedero, a uno de nuestros héroes más epónimos». Estereotipos, doctor, que tenían sus variantes infinitas de acuerdo al lugar y la ocasión en que se usaban: mitin antisomocista, clase de Derecho del Trabajo, discurso en el Paraninfo para saludar la llegada al país del eminente abogado uruguayo don Eduardo Couture, primera comunión, bautizo, discurso de despedida en la mera orilla del hoyo funerario o punto de tranca en la madrugada de «La Praviana», antes de ir a los frijolitos de la Vieja Tísica. ¿Usted nunca fue allí, doctor?

—Aquí llega doña Cristina.

—¿Cómo está usted, señora?

—A sus pies, señora.

—¿Cómo está, mi querido doctor? ¿Cómo estás, tú? ¿Ya se tomaron su copita? No me van a decir que prefieren una inyirela, como decía mi mamá Carmen cuando la llegaba a visitar el tal Salarrué.

—No, señora, Dios nos libre. Copitas, copitas.

—Je.

—Je.

—Perdónenme pues, ustedes, un momentito. Venga conmigo, mi querido doctor, quiero presentarlo al embajador peruano y al señor Nuncio, que me han preguntado tanto por su novela. Me ponen en aprietos porque ya usted sabe que el terengo de mi siquiatra me ha limitado la lectura. Estoy a capítulo por semana y supongo que eso será peor para los nervios de una perdona sensible, que él poquito de desvelo… Además de que a cada rato paso por atrasada, es decir, por bruta. Venga, están en el *hall* con los pintores, porque la noche está divina.

—Cristina, este es Roberto.

—Ah vaya, ya te dije que mucho gusto, tú, este te hace una propaganda. Y en verdad que tenés unos ojos. Ahora vuelvo, voy a juntar entre sí a los paquidermos y a los Matusalenes, a ver si no hacen corto circuito. Cállense, es decir, ríanse, pero bajito, qué va a creer el hombre. Sírvanse otro traguito, muchachos, con confianza. Lilo, traéles un su triquis a los jóvenes, atendémelos bien. La juventud es el futuro de la patria, los viejos solo somos sus archivos pedagógicos.

—Viejos son los caminos, señora.

—Tan fino el doctor, tiene razón. Por cierto que no veo a José Ángel, ¿vos lo viste entrar? Creo que se me ha colado gente rara…

—No lo he visto, ni quiero: yo no le hablo a bolos retirados, son el complejo andando y son proselitistas. Y en cuanto a la gente rara, son los periodistas, que no me explico por qué invitaste. Chupan mucho.

—Ya vas con tus brusquedades folklóricas. ¿Cuándo vas a aprender francés, cosita? Así podrás decir lo que te dé la gana y siempre se oirá elegante. Bueno, ahorita sí me voy. Vuelvo en un minutillo: ya se me aburrió el doctor allí como que es maceta.

—Vaya, hombre, por fin.

—Así que esta es la vieja. No está nada mal, la verdad es que todavía conserva el chasis.

—Y dónde no, si solo a Pénjamo ha pasado en los últimos setenta años de su vida. El alcohol conserva los fetos, no digamos a las momias.

—Te va a taleguear el hombre, metido.

—No, viejo, vos sabes que yo soy como los caballeros andaluces de Andalucía: prefiero a los amigos. Lo que no me impide aclarar que lo que en verdad ella conserva como una cocada es la sabiduría.

—Será la sabiduría egipcia o la de Trucutú, querido paleontólogo. Porque se dice que ella inició en el amor al presbítero don Isidro Menéndez, padre de la Jurisprudencia nacional.

—Ya vas a empezar a joder, como que fueras ladilla.

—Me cojo a tu tía.

—Ya vas. La primera es gracia. No vaya a terminarte bailando un charleston en el cielo de la boca y te deje como que sos trompocoyote perdido de aquí al hospital.

—Como estoy amarrado, claro.

—Ay, babosada, a vos, a Mandrake el Mago y a Lotario, los desollejo en un decir ya no…

—Conque no desollejás a Narda y vas a poder conmigo. Ni que me agarres encostalado, bolo-goma y sin patas.

—¿Cómo es la babosada de las etapas en las zumbas de la vetanca, vos?

—Callate, mal tercio, domingo siete, ser-otro, que esas son puras babosadas del Pedro.

—Nombré, si la última vez que nos cerveceamos en «La Ensenada», contaste un pedazo, antes de que llegara la policía a registrar y nos tuviéramos que ir.

—Contá, hombre, para la educación sentimental de los más jóvenes.

—Y para conocer el ambiente de la casa, maje. Los conocidos fijos nos miran como intrusos. La vieja hasta dijo que se le había colado gente rara. Y los que se han colado, nos imitan. En aquella esquina está viéndonos desde hace rato Quino Caso, el periodista, como si fuéramos volatines daneses. Algo quiere oírnos. Estamos en desventaja. Algo podremos deducir sobre todos los presentes conociendo mejor a la dueña de la casa que los reúne. Así que contá y dejá de vergüenzas. De todas maneras, lo peor ya lo sabemos y no nos interesa: lo que haces con ella en la alcoba, para usar una expresión finisecular.

—Dale, hombre, no te hagas la Greta.

—Bueno, la verdad es que es verdad. En serio, pues, tiene tres etapas en la zenzembra. Por ahora, la primera es cuando se ha echado entre tres y cinco o seis traviesos en condiciones climatológicas normales del país. Esta etapa alfa, se conoce entre el vulgo avecindado a esta circunstancia como la de la amabilidad arrolladura: amabilitas arrolladorensis. Te coloca cojines para que no se aplane el culo en una silla dura, te hace cambiar el hielo de los tragos cada quince minutos, te presenta a sus amigas más potables y puyables, habla de vos como si fueras el dueño de la empresa que edita la Enciclopedia Británica, etcétera. Pero luego se enzaguana sus tres o cuatro talaguashtazos más y llega, rotunda y olímpica, a la etapa aritméticamente inmediata o sea la conocida como la del amor furibundo y ahí si que es de la gran púfira: que tan lindo que sos, que dame la trompita, que me gustas tanto, que sos mi talento macho, mi mero mariscal de campo y casa, que ojalá se vaya todo este gentío para llevarte chuloncito hasta un cielo que yo conozco, mi quinimuy dorado, etcétera. Con la aclaración de que todo eso se lo dice al primero que se le acerca y a todos los demás. El nudo de citas que salen de ahí daría para estar un año en la cama. Esta es, desde luego, su etapa menos metafísica, como diría Engels, y cuando es posible aislarla en ella, puede ser, si los dioses

están totalmente de acuerdo en ese día, que surja la leyenda y la ensoñación, la fuente de la juventud con todo y mapa y Ponce de León y toda la Florida, el ramo de rosas de una primera comunión de dieciocho años de despertar. Pero si se encarama unos cuatro pijazos más, se arma, literalmente, la casa de putas, la erupción en el paraíso, la talegaseadera en el convento, el descuarranchamiento del acorazado: porque asciende, sube, arriba, aluniza, en la etapa *nominum vulgaris* del odio colectivo y entonces echa a la mismísima mierda de su casa a todo el mundo sin la menor excepción; tira vasos, platos, cuadros, zapatos, cojines, ceniceros, floreros con todo y flores, palanganas, lámparas, botellas, fuentes de hielo, picheles, obras completas de Italo López Vallecillos, sillas, pianos, paredes, dueños de casa viejitos, palmeras, paredones, tríos de guitarristas, orquestas, automóviles, carreteras a Santa Tecla, Santas Teclas y volcanes. No hay modo de controlarla porque siempre tiene una botella de a litro de Antiquary en el depósito de agua del excusado y ni modo que le vas a prohibir ir a mear. Sin embargo ha tenido sus momentos gloriosos, aún en la etapa del odio colectivo, no todo es de tenerle lástima o para burlarse de ella, palabrita. Como esa vez que empezó a joder quedito al nuevo embajador de España, que al principio no atinaba pero después sí, hasta que el viejito caquero y dientes postizos le dijo con eses y con zetas: «Señora, que yo no estoy acostumbrado a que me traten así» y ella me hizo pensar en los ángeles custodios de García Lorca, porque le espetó de una sola vez: «Pues nomás te tendrás que ir acostumbrando, hijueputa». Para qué les cuento, maneques, aquello fue el acabóse: el viejo se fue de culo, por poco se desmaya y tuvieron que darle aire, y el cargamento de viejas popof y funcionaritos bailantes y hartantes dijeron: «Cada quien con su cada cual y cada cual con sus telengues: al carajo los pastores, se acabó la Navidad». Y se mandaron a mudar, como diría Carlos Gardel o Hugo del Carril, y ella se quedó riendo, con el tocadiscos a todo volumen, dándole a una

cumbia colombiana de lo más vulgar, pero de lo más interesante desde el punto de vista sociológico. Y también una vez que estaba en el mero filo de la navaja, entre el amor furibundo y el odio colectivo. Vino y me cogió del brazo, vestida elegantemente con una túnica hindú, etérea como el éter, y entró al salón grande donde estaban todas las señoronas chismeando y eran como cien mil y me dijo en voz alta, señalándolas con el dedo y girando para involucrar hasta la última: «Míralas a estas viejas cotorras. ¿Qué saben de gustos estas putas de provincia: yo, que me he acostado con los mejores intelectuales de América, incluidos Diego Rivera y Salarrué, lo afirmo y lo confirmo; qué saben de gustos?». Luego quería desnudarse el torso para hacer una competencia de dureza de la teta izquierda con la señora del embajador de Costa Rica, quien, por cierto, al día siguiente tomó el primer avión que encontró para el Sur y no ha vuelto a poner un pie en el país hasta la fecha. Ahí me enamoré de Cristina, viejos. Se los juro. ¿Quién no? Y le dediqué simbólicamente la estatua de la Libertad, no la monstruosa de Nueva York, sino la nuestra, la sapirulistilla de la plaza de los mítines, la que está frente a la Iglesia del Rosario por puro fregar a la Virgen del ídem. Esa estatua no es para la pobre patria, cada día más presa y más encuchada, como dirías vos, Roberto. Es para Cristina: la única persona relativamente libre en mil kilómetros a la redonda, incluidos los grupos indígenas de Guatemala y los de la Mosquitia catracha. Qué mujer viejos, qué vieja. El día que se vaya del país vamos a tener qué rogar a Dios para que nos mande siquiera un par de terremotos por semana, para no aburrirnos tanto y no oxidarnos del hígado y las tabas. Sus frases, viejos, sus frases cuando por ejemplo es presentada a las personas, son de antología, joyas refulgentes. «Doña Cristinita, aquí le presento al talentoso economista y sociólogo, don Eugenio Castellanos. Por cierto, él es hijo del coronel don Remberto Castellanos, a quien usted conoció de cerca en Honduras». Cristina extiende la

mano y contesta con su cara más dulce: «Mucho gusto, joven. Sí, yo conozco a su papá. ¡Qué hombre más animal! ¿No es cierto?». Y así por el estilo. Ahora bien, cuando le toma cariño a alguien, se transforma. Ya ves cómo cundundea a los dos pintores, Camilo y Luis Ángel. Sus cuadros no acaban de gustarle, los encuentra demasiado folklóricos, pero se enterneció con el aspecto desvalido de ambos. Dice que los adora únicamente porque parecen dos reclutas que acaban de ser echados del Ejército por tener pata plana y ya no tendrán dónde comer sus tres tiempos. Imagínense: pata plana. Eso fue todo. Y allí tienen a Camilo y a Luis Ángel chupando *whisky* con el Nuncio y vendiendo sus cuadros a embajadores y embajadoras. Además, ella siempre tiene la posibilidad de cambiar el sentido de las cosas, don de ultrasabios o de santos vestidos de paisano hasta el fondo del alma. Por ejemplo, tiene los huevos culturales de anunciarte una catástrofe social para este año, con solo preguntar: «¿Qué para otros dieron lana las vicuñas?». Y contestarse: «Hueveta: / en este invierno, macho de la muerte, / todos nos hemos de comer las uñas». Y claro, vos al principio te reís porque sos de los iniciados y pensás solamente que le escupió un ojal a don Chente Rosales y Rosales, por poeta, pero notás que todas las viejas ricachonas que también oyeron y no entendieron ni mierda, creen que Cristina está metida en algún vergazo contra el régimen o que tiene informes directos de que Cuba nos va a invadir o de que ya llegaron los rusos con la espada desenvainada a Lolotique o que cien submarinos chinos anclaron en Meanguerita o que de barato va a venir en oleadas el chapulín insecticidófago y nos va a comer hasta la tierrita del ombligo o que el café va en picada de bolo que pateó caca en el mercado internacional. Y todas se zurran. Y en el ambiente huele a electricidad. Así es su magia.

—O sea que, en resumidas cuentas, tas enculado de una vieja.

—Tené cuidado con don Sarbelio Navarrete y don Miguel Tomás Molina, quienes, glorias locales del foro y todo, son celosos multiplicados por cada año que tienen, o sea, como mil.

—¿Dónde es que se les cambia el agua a las aceitunas en esta casa, vos?

—Tenes con qué?

—Allí, al final del pasillo.

—Te lavas las manos…

—Si me amas ¿por qué reclamas, digo, por qué reculas, Florinda?

—Perdón, creí que eras Margoth o la Tarzana o Quique Alvírez.

—Chémolos *another* talegazo…

—Llama al chotero, maje, que ya se me acabó el trago.

—El racionamiento de la comida o de la filosofía o de la gasolina o del amor, puede comprenderse. Pero el racionamiento del guaro *never*, jamásmente.

—Lilo: Venga para acá que si no lo va a echar doña Cristina. Acomídase con los muchachos y deje a los veteranos que a ellos les hace daño el guaro y además ya se chuparon su máximum vital.

—Este pisado es muy fino con el proletariado.

—Habíale vos, pues. Yo no estoy en mi casa.

—Si no es necesario. Lo que hay que ser es cuerudo. Fíjense. Lilo, venga para acá por favor. Óigame bien lo que le vua decir. Inmediatamente se me va a ir a la cocina y me va a traer una bandeja de tragos exclusiva para nosotros. No se aflija ni se afloje porque ya le pedí permiso a la niña Cristinita. Traiga además un pichel de hielo bien topadito y dos botellas de Ron Caribe, para no abusar. No, mejor tres de una vez. Y rápido, como quien se quita una brasa del junene, si no quiere verme encachimbado y hacerle usted ojo pacho a una su buena serenata de cachimbazos.

—Si todo eso me lo dice de buen modo, hasta ajuste le traigo, bachiller. Ya vengo…

—Al diablo con vos, ya la canteas, esa no es manera de tratar a los pobres. Sobre todo si te la llevas de revolucionario.

—Que antidialéctico sos, viejo. Si no lo traté así por pobre. Lo traté así porque es culis-pípian. ¿O me vas a decir que no se le

nota? Estos pisecos solo de una manera entienden: a patadas por el fundís, o sea, el colmo del placer. Si no le hablo así, se pasa toda la noche haciéndose el ocupado y no nos trae ni un triste tragaluz. Lo que sí les aconsejo es que se vayan empinando sus respectivos tranquilinos porque lo que viene es ciclón.

—De acuerdo. Ultimadamente el *whisky* es poco y el ron Caribe es más. Hay que estar con la mayoría, aunque sea más humildita, para pobres.

—Pobres son los cutos.

—Lo que nos jode a todos es la falta de solidaridad. Por hacer un buen chiste somos capaces de hacernos un pañuelo con el pellejo del prójimo más próximo.

—No es para tanto. Solidaridad hay, lo que pasa es que a pedacitos. Los poetas somos más o menos solidarios entre nosotros porque creemos que somos los mejores tipos del mundo. Y como eso le han hecho creer también a los abogados y a las secretarias y a los magos. Lo malo está en esperar que los cardiólogos te comprendan.

—¿Ya te pusiste melancólico? Y eso que solo cuatro tragos te has echado.

—Es que ustedes quieren comenzar por el final. Yo me conformo con ser un salvadoreño con verdadera conciencia de la culpa nacional. Por ahora así me basta y así me gusto. Soy un tipo que ha logrado convertir en blasfemia penitencial la expresión «¡Qué país!». Actitud de raíz española, unamuniana hasta las cachas, pero bien sembrada en maceta pipil, nueva síntesis de un largo proceso de autoconciencia.

—Ay, chuchones, pero no me vengan a presumir de nacionalistas. ¿Qué putas saben ustedes de El Salvador, joya ignota, nada comida de hocicones, el lar —con excepción de Honduras— más desconocido y poco significante de la Tierra? Si a Benvenuto Cellini se le hubiera dado la posibilidad de labrar un termómetro para uso personal, en su época desprovista de desinfectantes,

había terminado por hacer algo como El Salvador, quiero decir, la quintaesencia de lo íntimo-mortal-contagioso. Y de lo íngrimo…

—¿Qué es lo que sabemos? ¡Qué es lo que no sabemos, deberías de preguntar! Lo que pasa es que uno no magnifica su cultura nacional: la crea cotidianamente y la mayor parte de las veces con efimeridad y para que se la lleve el viento. En ese sentido habría que sudar mucho para saber quién es quién. Y te lo puedo demostrar aquí mismo. Si yo empezara una letanía con la siguiente frase: «El Salvador: país donde nadie se muere de hambre, ni de sed, ni de frío, ni de calor», ¿con qué telas si no hay arañas me ibas a contestar?

—Eso es chiche: «Siete de junio, noche fatal, bailando el tango en la capital».

—Me apuntó: «En Casa Blanca murió Marcial».

—«El Salvador: país de lagos y volcanes». Frase del Ministerio de Información y Turismo, de España, corazón violeta.

—«¿Quién te botó? Yo me caí. Por ir huyendo del jabalí».

—Ustedes son Matusalenes, de al tiro. La buena es: «Chucha larga, chucha cuta…». Es la clásica contemporánea.

—Nombré. La clásica es la que inventó Caburro: «Punto y coma, punto y coma».

—¿Ven lo que les digo? Ustedes creen que la cultura nacional es la de la pequeña burguesía urbana, basketbolítica y bola. Ese es un criterio reaccionario disfrazado, típico de los suscriptores del *Diario Latino*.

—Güevos. No solo es problema de clase. La cultura es cosa histórica también esa es la jodida con la superestructura y por eso es que te puede driblar fácilmente, chichísimamente, aunque vomites a los clásicos. Y quien habla de historia de una cultura clasista siempre terminará por plantear lo del deterioro histórico. Y hay que aceptar que actúa como un buldózer, sobre todo aquimichú. Porque lo de «Tu mamá está en Apulo», etcétera, no es precisamente lo que se podría llamar un enriquecimiento conceptual.

La pobreza no es halago para el investigador, ni siquiera para el arqueólogo centroamericano, que ya es decir. . .

—Ahí llegó el chapín.

—Está azorado, no nos ha visto. Piensa que está entrando en el Palacio de Buckingham en tiempo de hambre.

—Chafirete, por aquí es la cosa.

—Venite para acá, Otto, no perdás el tiempo en otros círculos.

—Fuera de nosotros, este parly es la corrupción pura, gedionda y náhuatl.

—Claro que en Quetzaltenango no hay casas así y por eso podes creer que ya partiste la piñata y arribaste a la alta sociedad.

—Sírvanle un trago al hombre, que no es alcohólico anónimo.

—¿Y de qué estaban hablando ustedes? Sigan, muchá, porque si no va a parecer que soy oreja. En cuanto llegué se han puesto a hablar de otra cosa.

—¿Y de qué otra cosa podes creer que estábamos hablando? De lo mismo de siempre: del país y su circunstancia. Vos no entendés del todo porque sos chapín y participás de la mentalidad tradicional del opresor. Para empezar crees que todos los guanacos somos pendejos. Claro que es verdad, pero solo nosotros tenemos derecho a decirlo. Entonces la ofensa se llama modestia o autocrítica, en dependencia de si sos católico o comunista.

—Además todos aquí sabemos que chapín que no la hace a la entrada la hace a la salida, de manera que nos defendemos anticipadamente.

—Y es que hay que aceptar que vos también en lo particular, fuera del hecho de ser cachiquel, tenes una cara de mafioso…

—Por algo has conseguido trabajo de cuidador de parqueo de carros, que es como la otra cara de la medalla del ladrón de carros, su contrario dinamizador.

—Esa antítesis la soluciona la superioridad sintética: el dueño del carro parqueado.

—O el dueño del parqueo.

—Pucha, mucha, ustedes sí que son de a huevo. Le dan tranquilos a la metafísica y a las charadas, pero con el gran trago en la mano. Y Mincho el músico, solo milando, como el chino…

—Tate sosiego, patojo, ya va a venir el gerolán.

—¿En qué íbamos? Yo ya había agarrado aviada, pero este cháfiro me quitó la inspiración.

—Nombré. Lo que yo decía era que ustedes serían tan malos guardianes de la finura tradicional auténticamente guanaca (el café con pan dulce en el atardecer de casa rica en Santa Tecla, la cena de despedida en una casa millonaria en Santa Ana, la atolada con el patrón-amo), que yo por eso ni me meto en política ni estoy dispuesto a ayudar siquiera con darles tango en sus subversiones verbales. Así podré ser el Ángel Guardián por excelencia, siempre necesario mientras uno no está en el cielo. ¿Se imaginan el peligro para la línea creativa Julio Enrique Ávila-Hugo Lindo, si se queda chuloncita en las manos críticas de ustedes? La porcelana francesa en la pista de cha-cha-cha de los elefantes, el papel celofán en el centro de una pelea de gatos con rabia, la virgen cholotona en la celda de los ladrones. No hay que abusar. Necesito un gran trago, por cierto.

—Propongo una vuelta a la seriedad, al rigor. Aunque oteo que allá viene Lilo con el pedido alcohólico.

—A callar entonces, cada cosa en su tiempo. Fuera las bromas.

—Sobre todo porque este maricón se puede ir pasando con las botellas para otro grupo.

—Se juega la vida.

—Demen una manita, bachilleres, que está a punto de desbarrancárseme todo.

—¿Onde se los pongo, bachilleres? Hablo del trago. Lo único que ya no había ron Caribe. Y menos *whisky*, porque la niña Cristinita puso botella por mesa allá donde los doctores. A ustedes

entonces les va a tocar de puro Espíritu de Caña la juma, pobrecitos. Pero como no es obligación que tomen. Yo, Dios guarde, solo de olerlo me da no sé qué.

—Las botellas debajo de la mesa, maje. Ojos que no ven corazón que no siente. La bandeja aquí. El hielo aquí.

—Lilo: suponemos que vos entendés de bromas. Lo de antes fue por puro joder, no era en serio. Esto lo has traído por tu gusto, no porque te hablamos con matonería. Aquí todos te queremos. Mira aquí, con disimulo, agarra estos cinco pesos.

—Lo que no mata engorda, bachiller. Chas gracias.

—Claro que lo que vos quisieras con Roberto sería otra cosa.

—Ay, usté, cómo es de malario. Si yo soy comprometida.

—Déjenlo que se vaya, pederastas vergonzantes, no lo jaloneyen, que nos está viendo la gente.

—Pues les va a salir pispelo. Y usté lo metido qués, bachiller, lástima la carita. Deje a sus amigos, ellos saben lo que hacen, ellos saben de calidad. Míreme bien: ojos como estos que me dio Dios no los va a encontrar usté en cincuenta kilómetros a la redonda.

—Bueno, cues: salú.

—No te sirvas tan grandes los tragos que no estás solo en el desierto de Sahara. Tené conciencia social.

—Ajúpa, Chepa.

—¿Su sombrero es jipijapa, mi general? Así le preguntó un sobaleva a Idígoras Fuentes, cuando este era candidato a la Presidencia o Jefe Político Departamental en en Guatemala. E Idígoras le contestó: «Yopo nopo sepe, apamigopo». Salú.

—Salú. La verdad es que el paladar no se engaña con Espíritu de Caña. Utualito de que te echas el tanguarniz el zope se instala, como un Ford, en tu futuro. Solo que en un futuro, dijéramos, más inmediato y tangible…

—«Tu mamá está en Siracusa…».

—No mano, eso es puro pupú. Contéstame esto, como guanaco: «Morir soñando / en tu amor / es lo que / quisiera…».

—Ta güeno, pues. Salú. Ái te va: «Lindo contraste forma tu cuerpo / cuando te vas a des-can-sar / pues es tu lecho colchón de plumas / de una bonita presentación / Colchones Rivera-Valencia / Son suavecitos, bonitos, también de duración / Colchones Rivera-Valencia / Son lo mejor de El Salvadoooor!

—«Para sorbetes, Bengoa».

—Ah, qué babosos: cultura de los tranvías de mutas y de las fotos del señor Salazar que había instalado su gran ojo mágico frente a la Iglesia del Calvario. Eso es historia pura, idealista, sin contenido de clase explotada. Como las secciones de «Hoy hace veinticinco años, cincuenta años» en la *Prensa Gráfica*, donde jamás se recordarán las verdades crueles de las fechas rememoradas, porque lo que a la burguesía le interesa establecer es que somos felices y que siempre lo fuimos. O proponen ustedes cosas serias o ya no juego y me dedico a chupar como los antiguos sacerdotes griegos castrados de la lengua: en silencio.

—Sho, Panfilo de Narváez: «El Cuco, la mejor playa del mundo». Ajúa.

—«Mi gran orgullo es ser salvadoreño, todo lo desdeño por este gran honor».

—Te agarré, peche. Esa canción es de turcos, baisanos, jaretos…

—Turca será tu nana.

—Turca es la pirinola en Nicaragua, *dear*.

—«Atenete a Santa Quiteria y no te subás al palo».

—Posiblemente de origen español. Cuento de camino real.

—Esa es la filosofía del cura Mario. En el fondo, claro.

—Puta, mano, yo creo que nues ron Caribe lo que nos trajo este hijuerrota.

—Hablando en serio. Esto parece chaparro mezclado con chicha de tanatillo. Mañana vamos a tirar unas patadas que no van a ser nada los Ausoles.

—Y vos ¿estás en la Luna o estás sordo? Que no estás viendo que es puro Espíritu, maje. ¿O ya venías bolo? Lo dijimos como cien veces…

—Pues no me había fijado. Como estaba el trago servido…

—«Cabal, dijo Várela, y faltaban más de cien mil pesos». Salú. Arghhh, como dice Luisa Lañe cuando la empacaya Clark Kent, el dueño de los cigarrillos Kent.

—«El Salvador, hijo predilecto de El Salvador del mundo».

—Ay, no tú. Púyame el ojo con una pestaña. Castígame con el látigo del desprecio.

—No hagás esa cara. También hay una cultura culera en El Salvador. Y si no, que lo diga la Tarzana y Paco Moto y la Ann Sheridan y el Cuerpo Edilicio de San Vicente en pleno, discipulado de Dandarida, el rezador.

—«Si esa es tu manera de repicar, solo pipises te van a llegar a misa».

—Mentira, mentira, plomosos. «El Salvador, el varón de Centroamérica».

—Ya lo entiman, plomos. Lo que hay que hacer es tener fe en el futuro y buscar cada uno su mapa. Lo que pasa es que ustedes se han perdido y no atinan. No le dan ni al mundo en rebote y no les basta con la Justicia, la Moralidad y la Libertad de Caldo de Vidrio, el Presidente más pelo de cuca que imaginarse pueda para un país que se la lleva de tener malas pulgas. Si no fueran tan pésimos, evaluarían con toda el alma el hecho de que la única moneda de América Latina que se mantiene firme desde hace cuarenta años es el colón: a dos cincuenta con respecto al pisto de los cheles. Y quién nos saca de ái. Tendrá que bajar el doloroso para que baje el Cristóbal. Y además tenemos el mejor café del mundo, ¿cómo me la miras desde ahí?

—Como qués moco de chumpe.

—Castaneda es el hombre que nos debe gobernar y el Izalco es el faro del Pacífico, no de Pacífico Hasbún, sino del mero océano. Esta es mi patria, chipe pero entradora, tirisienta pero sombrereadora. Me caen mal ustedes, chupines arrimados, que creen que las polainas sin ser gorgueras: vénganse como coheteros ensebando pita, traidores a la patria que nada de lo de aquí les gusta, comunistas —como dice la Borola— que ya con más de seis cervezas hablan como mexicanos de Hollywood, los voy a desnivelar a puros catos, a puras garnatadas, a puros calanchazos; malosos, lombricientos, feyucos, goliyeros que no aguantan un empujón, se les va a llevar candangas sobre todo porque lo que no dejan ver jamás es la luz, la rola, alias mosca, pasta, brea, y andan en los puros pinceles, a puro golpe de calcetín en Dodsh patas, aquí tienen sus ojitos de cangrejo, sus carritos de juguete, farsetas, chambristos. ¡A mí me van a dar!

—Ya pateó el alambre esterina.

—Hombre, de verdad que ya estás manudo.

—Estoy hablando con la Sissy, no con las muchachas.

—Insisto en que te atengás a Santa Quiteña y no te subás al palo.

—Ya van tres que te echo.

—Como dijo Westinghouse, ya borrachos, qué chingáus…

—Cheto fondeado no tiene dueño.

—Y nosotros los viejos marinos / deberemos tener mucho empeño / en beber sin fondear / pues hay que recordar / que al fondear queda el cheto sin dueño.

—Y nosotros los viejos marinos / construiremos un buque de guerra / pa beber y beber / en el fondo del mar / porque ya no se puede beber en la Tierra.

—Shhh. Más quedito. Aspacio, aspacio.

—Y nosotros los viejos marinos / beberemos con el buche abierto / pa poder embolar / y podernos quebrar / a las damas del chero Roberto.

—La vieja…

—En, pue: *Vanitas, vanitas, vanitatum*. No hay bolo que se coma su propia porquería. Chucho no come chucho.

—Un clavo saca otra clavo.

—Menos el clavo del clavero. Un clavo de clavero es un clavo más que te arriman para destruirte la situación romántica más prometedora.

—Tumblimbli.

—Recítate algo tuyo ligero-luego, para elevar el nivel. Me temo que esté saliendo a bailar la caja de lustre y cuando ella se instala es para reinar sobre el ambiente.

—Sí, pero que lo recite con voz de bajo.

—Hembra: / al pronunciar tu nombre se me llena / la garganta de trigo enamorado./ Un número indecible de leopardos / se escapa de mis ojos para morder las líneas de tu cuerpo / y un arcángel de azúcar se revuelca en mi sangre / cantando nuevos trinos, digo, truenos./ Porque todo supo decirme que eras tú la esperada, / la…

—Laráira. Dejen los subjetivismos cursis, muchá. Que de a sombrero estos poetas revolucionarios que solo hablan de hembras jugosas y de angustias metafísicas tropicalizadas. Nostalgia en vez de visión de clase.

—Y eso que no conoces la joya de la Lotería de Atiquizaya, la tierra de los patanes: «Ah qué lástima ha de dar / ver la mujer que uno estima / con un hijueputa encima / sin podérselo quitar».

—Nombré. Hablo en serio. El amor moderno tiene que ser cantado entre nosotros tal y como se vive: en el centro de un pozo de injusticia y de explotación. Solo así podrá ser una llamita para que se acerquen poco a poco los friolentos. Yo me acuesto con mi amor en una cama, es verdad, pero esa cama está en un barrio pobre, de una ciudad rascuache, en un país que los gringos tienen del mero pelo y en medio de un mundo en que la lucha de clases es la vida diaria. Si me quedo a describir mis efluvios entre aquellas cuatro

paredes soy o muy limitado o muy sinvergüenza o muy metafísico. El resultado es el mismo.

—De acuerdo, pero hay que plantear las cosas en concreto. La poesía es también resultado de una tradición nacional dada. Y la poesía patriótica es todavía peor entre nosotros. Con una tradición como la que tenemos en que el himno nacional tiene letra de uno de los peores poetas que ha dado la pobre Historia Universal, don Juan Chepe Cañas, tenemos suficiente. El maishtro Gavidia tuvo algunos aciertos en este terreno, pero hasta allí nomás. El patriotismo se ejerce mejor en la calle, en las plazas públicas, en la lucha revolucionaria, que en la poesía. Y en eso, los cháfiros, ustedes, no andan mejor. Desde Batres Montúfar no dan un poeta decente y este, por cierto, nació aquí en San Salvatore, chupó la poesía en chiche guanaca. Además, no hacía poesía cívica, sino jodedora, que es la mejor…

—Mirá tú no tenemos. ¿Ustedes no han leído la poesía de Paco Méndez? Lo que pasa es que no se desarrolló. Pero aquí entre nos, se pasa por las gandumbas a Pavese, para empezar.

—¿Y quién putas es Pavese?

—El italiano, animal: *Laborare stanca, Vendrá la muerte* y *tendrá tus de a pipisca…* Para robar libros en la librería de la Ana Rosa sos un águila, pero para leerlos, nacas. ¿Qué los hacés? ¿Los empeñás por guaro en «El Paraíso»?

—Pero no es eso todo lo que yo quería decir. Me fui por el lado sentimental con Paco Méndez. No pensaba en pedir poesías patrióticas a secas, la de los himnos nacionales, por ejemplo. Y aquí salgo jodido yo, porque hay que aceptar que el himno de Guatemala es bastante bueno, modestia aparte. Yo quería hablar de la poesía revolucionaria que deberían hacer ustedes. La que interprete sintéticamente al país, a la nación, como lo que es en esencia: una sociedad dividida en clases, y que tome parte en la lucha objetiva de

estas, en favor de las clases explotadas. No tiene que ver mi tesis con pajaritos preñados.

—El peligro es el panfleto…

—Me desnuco a tu abuelo Anacleto. No, viejo, no. El peligro es el peligro. Es decir, el peligro es que seas mal poeta o no tengás aún eso que se llama suficiente desarrollo. Lo que hay es que trabajar. Y prohibir, para empezar el Club de Bombos Mutuos que lo único que logra es engañar pendejos y engordar pavorreales. ¿Has oído cantar al pavorreal, vos? Es de bala. Salú.

—No entendés, no entendés. Es cierto, tenés gran parte de razón. Pero tu visión de chapín no capta del todo el verdadero peligro. La naturaleza guanaca en su puridad es peor que el cáncer de los coyoles. ¿Cómo pudiera hacerte comprender esto, aunque sea de lejitos? Bueno, mira, salú: Gracias a Dios, y a la Virgen del Perpetuo Socorro, oíme bien, gracias a Dios que el surrealismo no proliferó entre nosotros. ¿Se imaginan lo que la guanacia habría inferido al mundo y a la historia en este terreno? No, no se lo pueden imaginar. Yo sí. Salú. La onda no habría estado muy lejos de esto: «La gris complicidad de un Pensador de Rodin / empoyando iztacayotes gordos como capitanes cuarentones / chichuizas de a tres por el real y medio y cuartillo / temblando áulicamente por la complicidad del papaturro / chindondos de la infidelidad me asedian / mandobles en los meros cachetes del alma / que hacen pispilear los ojos de los pies / junenes espectrales cuyumas tímidas / dame mi nalga tomá tu huacal / recordman pachorrudo cherenquéquico / de puro entelerimiento audaz / mereces una caratara de salpores de amianto / de diamantes de tiste / de conservas de tonto explosivas / mientras millones de querques y píchiches / tapan el firmamento con un manto de olor a “huele-de-noche” / y de caca de cabra mirando pasar el tren / pero tú te limitas a rascarte los menudos que se te salen de la calzoneta / mientras un Peche Luis Chávez en bikini de cuero de mazacuata / borda con vellos públicos de sueca una

bandera vaticana / y fuma puros de jugo de paterna / orgulloso de sus grandes collares de copinol./ Salú. Ten pues ponderación / escancia paz de pito y tambor hasta tu alma fresca / como un petate sonsonateco que te rescata de las portaviandas tropicales / con serenata incorporativa de mariachis y sapos toreados / todo pagado por el Nixtamalero./ Huevos, Tula, dirás y yo a tu lado, / Santiago Texacuangos / hilo anímico que une los tapexcos floridos/ dale changüiro a mi alma dale changüiro / Tomad y bebed porque esta es mi sangre / dijo el jincho diabético y meón / a la procesión de curuncos»./ ¿Qué tal? ¿Me explico?

—Clap, clap clap. Digo, aplausos.

—Ah qué jodido este…

—Y ahora contamos una de Tim Mac Coy, pero en blanco y negro, no a colores. Y que termine con beso, con la muchacha aleteando, como libélula que por salir se ahoga.

—Eso no es talento, es diarrea mental: pensar solo mierdas.

—Tas celoso. Échate un trago cuádruple vos, payasito chulo.

—Déjense de taratatencias y bayuncadas, en serio. Lo que pasa es que nosotros somos ni más ni menos que como el país-chunchucuyo en que sobrevivimos, a Dios gracias, un poco mejor que la gran mayoría neshna que se atorzona puras chengas y frijoles ácidos. Somos poetiyas de uno de los países más pilishnes del mundo, no me jodan. Una teoría sobre esa gran verdad es lo que necesitamos…

—Vaya babosada, ya le agarró feyo a este baboso.

—Pará la carreta por ese lado o veníte con todo y chinelas.

—…pero al oír hablar a cada uno de ustedes, cualquiera diría que se trata de un bailarín ruso que está obligado a cagar oro puro en pleno Metropolitan Opera House of New York. Lo que necesitamos es humildad. Hu-mil-dad. Y capacidad para emputarnos de verdad con el pequeño mundo circundante. Y disciplina para el encabritamiento. ¿Qué no se dan cuenta ustedes que el 99 por

ciento de los que embellecen verbalmente a nuestro país lo hacen única y exclusivamente para venderlo mejor? Y ahí vamos nosotros en la cola, como patos chocos. Tiene razón el chapín, así como estamos, como pensamos, escribimos y actuamos somos puros alambiques de metafísica. El mejor de nosotros es una clara mierda. Pero apenas nos metemos tres tragos ya agarramos aviada y empezamos a hablar de nuestros deberes nacionales y sociales. Carlos Gardel habría hecho un tango y nosotros, claro, vamos a reducirlo todo al poemita.

—Deja en paz a Carlos Gardel. ¿Qué esperabas de él? ¿Que hiciera tangos antiimperialistas?

—…ya sea que el poema salga o no salga bien, nos arrogamos unos derechos de parto que ni las preñadas en el Seguro Social de Rusia. Y afuera, en la calle, todo seguirá igualito. Con el coro de la TV y los diarios y el gobierno diciendo que todo anda que mejor no sirve y que lo que sí es peligroso es el comunismo que acecha. Lo peor es que queremos que las lágrimas todas chamuscadas y cheretas de los meros jodidos de este país, los explotados de verdad y no los arquetipos controversiales que construimos como nos ronca la gana en nuestras cabezas, salgan a la medida exacta de nuestros lagrimales, cultivados con Eyemo. De no ser así, no son literiamente proletarias: son panfleto o son burguesadas. Yo sé lo que les digo y no es punto de ebrio híbrido, y aunque así fuera no importa porque es verdad: hay que proletarizarse. Hay que pro-le-ta-ri-zar-se.

—Pero claro, doctor, licenciado, general e ingeniero, monseñor, pero claro que sí, de eso se ocupan nuestros desvelos.

—Y nuestras gomas.

—¿Y cómo, corazón, cómo le hacemos?

—También eso es verdad. Para qué andar presumiendo: yo tampoco sé cómo. Pero dudo que baste con leer a Neruda o a Gorki. Ir a las fábricas ni pensarlo: nos recibiría todo el mundo a patadas.

Quién sabe. A lo mejor va a ser la Policía de El Salvador, los cuilitos ignorantes y los salvajes Guardias Nacionales, quienes van a tener el honor histórico de proletarizar a la intelectualidad nacional. A punto de verga, claro. ¿Por qué no? Como dice el doctor Merlos, en la historia pueden encontrarse antecedentes de este tipo. De Francia a Rusia y de Rusia a China. Si a Lenin no lo hubieran embuchacado cuando estudiante en Kazan y no le hubieran dado su buena pijeada, a lo mejor hasta se le habría olvidado que le guindaron al *brother* y habría terminado por ser un correcto abogado, apoderado legal de alguna de las movidas de Rasputín. Lo digo yo y lo firmo al pie con rúbrica completa: lo que no mata, engorda.

—Eso ya lo dijo Lilo.

—Pero hablando de otra gordura.

—Componete, hombre. Ya vas.

—Nopal, gordemis. Lo que pasa, gasa, es que no comprendes, Méndez.

—También te voy a decir que estas pachangas verbales entre poetas y escritores ya me tienen un poco empachado.

—Vos decías que veniste a ver si levantabas pero huechos que te quitás de donde está el trago. Nos ponemos a hablar puras babosadas y el montón de mamayitas allá en los rincones, aburridas entre las generaciones periclitadas.

—Por eso es que los intelectuales de al tiro van agarrando fama de flanflinflas.

—En lugar de estar aquí espadeando con las narices, deberíamos distribuirnos entre la exigua clientela femenina. El que no llora no mama, decían los mames.

—No jodás, Gregory Peck.

—Echa riata, papayito. Anda vos solo y nos contás despues. El más feyo es el más piquetero.

—Ultimadamente, si te ofenden las conversaciones cultas…

—Es que me da chirria lo mismo y lo mismo. Este país es una verdadera shashama. Para colmo, las únicas poetisas que hay, no chupan.

—No chupan en canasto, porque se sale el trago; no chupan en aniceto de Yeti, porque no existe.

—Otras que no chupan son las tías de Virulo.

—En serio. Mira en la recepción de turismo la tal Vilma. Se echó dos jaiboles y le agarró sudor helado. Se fue huyendo a su casa repleta de Alka-zeltseres y mamases y abuelas contempladoras de niñas atarantadas. Y salú mi plan de convencerla para que amaneciéramos recitando a Lorca en las orillas de Ilopango.

—Chupa poco a poco, viaje de agua, que nadie te está quitando el guaro. Después hay que llevarte en hombros, como si fueras héroe.

—Y hablando de héroes, ¿oíste anoche el programa de Pedro en la TV?

—Callate mano. Increíble.

—Quién iba a decir, a pensar siquiera, que llegaría hasta eso, hasta la denuncia pública.

—Pero es que ustedes cayeron con él por majes. Todo el mundo sabía en México que desde hacía años no daba para más.

—En México.

—Sobre todo vos, porque lo querías como si fuera tu tata y porque te daba cuento y te elogiaba.

—Sí, te encegueciste, hasta el otro lado del río.

—Acordate cuando ganaste el concurso de la AED: «Dedico este triunfo al mayor poeta que ha parido mi patria…». ¿Qué tal? O vas a decir que no hay tales hoy que el hombre se hizo oreja.

—Es que la gente no tiene límites.

—La gente, ña cangreja.

—Yo noté desde el principio los defectos del viejo.

—Pues nadie notó que los notaste.

—Tengo pruebas. Algo le dije hace un tiempo a Daniel. Pero yo creía que a lo más iba a llegar era a marginarse o a sostener una oposición sana, de izquierda. Nunca pensé que iba a ser un delator público, un agente declarado.

—Además, como poeta no es muy muy que digamos. Yo siempre lo dije y por eso les caía mal. Espero que ahora estarán de acuerdo conmigo. Del palo caído…

—Eso es, dejemos de chupar y sudemos calenturas ajenas, como siempre. Al final, la pelea es entre el viejo y el Partido. El viejo va a la televisión y delata todo lo que sabe. No digo que sea un lindo trabajo, pero es cosa de él y de los comunistas. Que salga el Partido y se defienda. Y si por casualidad uno de ustedes, que tanto hablan, es miembro de número del tal Partido, ya conoce la casa del viejo: que vaya allá, le toque la puerta, lo saque del pelo y le rompa las nalgas a patadas. Salú.

—Si está bien vigilado.

—Es que vos no has entendido la babosada.

—No hace falta ser comunista militante para indignarse frente a una vileza pública.

—Serví los otros tragos, José.

—Deja que me acabe el mío.

—Chupás como que sos gorrión, en dedalito.

—No se hagan las viejas fresqueras. Métanle al asunto. Si hace tres meses hubiéramos hablado de Pedro la onda habría sido elogiar su sindéresis, su parquedad en la expresión, su severidad ósea. A lo más, alguno recientemente ofendido por el viejo y sus ex-abruptos tradicionales, había señalado su personalidad ácrata, nefelibata y finisecular. Y cómo habríamos elogiado sus romances de tatita verde con mamayitas que ya quisiéramos nosotros siquiera para dominguear.

—Es que así somos, noveleros y extremistas. Entonces era Dante bañándose con jabón de cuche y hoy se sospecha que ni siquiera

sabe firmar con crucita y que eso de que es lingüista de calidad es una afirmación pornográfica.

—No, yo no digo eso. Yo creo que hay que juzgarlo (poéticamente, digo; porque políticamente no tiene remedio y revolver la olla lo único que causa es que suba la bazofia) en su tiempo, frente al desarrollo cultural del país en el tiempo que escribió su obra. Su poesía, referente a los sucesos del año 32, aunque escrita posteriormente y aunque en ocasiones sea un mero calco de Guillén y Neruda, es interesante históricamente, porque es en la práctica la única literatura de cierto nivel que produjo la hecatombe. En ese sentido, nos guste o no, Pedro es el poeta del 32.

—Sí, pero en México.

—No liunque. Entonces era un exiliado más de la tiranía martinista y trabajaba sobre la base de la nostalgia de su país. Una onda respetable, aunque no sea nada del otro mundo. Además, en el país todas las fuerzas progresistas estaban aplastadas. Al principio se prohibieron hasta los clubs de fútbol. ¿Qué se le podía pedir? ¿Que con su fama local de poeta rebelde se viniera a poner al paredón? Hay que conocer también la poesía que se escribía en México entre 1935 y 1945 para comprobar hasta qué punto el viejo estaba más o menos al nivel de lo que hacían los poetas revolucionarios entonces. Claro, México no ha sido nunca un país de buenos poetas, pero hasta el Distrito Federal por lo menos, hasta sus librerías, llegaba, al día, lo mejor que se estaba escribiendo en español: los poetas chilenos, los españoles del exilio. Y llegaban también las traducciones, más o menos al día. Esto es importante también para juzgar el nivel de un poeta. No olvidemos que nosotros conocimos a Paul Eluard hace un mes y a Maiacovsky hace año y medio. Y en unas traducciones que dan ganas de ir al baño. Y que aunque algunos comenzamos a hablar babosadas citando a Ezra Pound, no lo hemos leído todavía porque no hay en El Salvador una sola librería que lo tenga en sus listas.

—Bueno, si nos atenemos a las librerías salvadoreñas lo único que leeríamos sería: *María,* de Jorge Isaac; *Corazón,* de Edmundo de Amicis; y *Los Protocolos de los Sabios de Sión.*

—Ahora bien, seamos honestos. Nosotros admirábamos a Pedro antes de haber leído un triste verso suyo. No fue su poesía la que nos conquistó. Fue su leyenda de poeta comunista, exiliado durante 25 años en México y soportando firme, con los dientes apretados, aferrado a sus convicciones. Si hasta nos parecía emocionante que su casa en la ciudad de México estuviera en una calle llamada «del Obrero Mundial».

—Es verdad. La primera carta suya que recibí la puse en un marco, al lado de la foto de Nazim Hikmet.

—A mí me gustaba porque era el único comunista salvadoreño que aceptaba abiertamente ser comunista.

—Pues para tu información, no militó jamás en el Partido Comunista salvadoreño…

—Vos sabrás.

—No seas irónico. Es una de las pocas cosas públicas.

—Y además en México no está prohibido ser comunista salvadoreño. A los comunistas mexicanos sí les dan patadas en el fundís. Como a los salvadoreños en El Salvador.

—En El Salvador les dan patadas a todos, en veces hasta a los anticomunistas.

—Lo que no me gusta de la poesía del viejo es que es poesía de cantor. Claro que eso es culpa de la tradición latinoamericana, tan superficializantes, que nos llega por la vena de Darío y sigue imponiéndosenos por las arterias de Neruda. Si no aparece Vallejo, a esta hora, para escribir poesía en nuestros países habría que usar trompetas y atabales. Al viejo se le fue la mano en la línea superficialista. Sus poemas mejores son canciones, amargas, exaltadas, nada complicadas. Y el poeta en medio, declama, y declama. Y entiéndase bien, no se trata de la canción sencilla del pueblo, se

trata de una canción sencilla por insuficiencia del elaborador. Y cómo copió. Dios Santo. Sus sonetos son primeros borradores de Miguel Hernández, sin el toque de genio final. ¿No es cierto?

—Sí. Él, en derredor de una idea muy simple, aglomera una serie de conceptos muy simples. De ahí que su variabilidad de exposición sea corta. Salú.

—Serví los otros tragos, José, en señal de respeto a los poetas. Te están enseñando mucho esta noche. Para hablar en tu idioma: Hay un orden en su locura.

—Deja que me acabe el mío.

—Eso dijiste hace horas. Te va a coger sabor a vaso.

—No usa nunca la anécdota. En veces se aproxima: la ola giratoria, una mujer preñada, el poema a la primavera.

—Y otra cosa: muy rara vez y a bajo nivel conceptual en todo caso, *piensa.* No deja testimonio de sus preocupaciones. Su poesía, tal vez con la excepción de su poema *Pasión,* no es pensamiento exteriorizado. Elabora un poquito más que el Pipo y Gamero, pero en general es tan espontaneísta como ellos.

—¿Pero hasta dónde eso es una desventaja en el caso de estos poetas de la era himnasta? Lo mejor del Pipo es su naturalidad. Por eso es que sus poemas últimos a la madre muerta se nos han atravesado de la garganta a los lagrimales. ¿Qué opinas vos, dramaturgo?

—Sí, es verdad. El impacto dramático está conseguido sin artificios.

—Sería el momento de un homenaje nacional al Pipo. De esta se nos muere, creo yo.

—Hay que esperar. Los gringos en esto del cáncer son la mamá de Superman.

—Aunque yo sigo insistiendo que mejor debió irse a la URSS.

—Entonces, ¿en qué quedamos con el viejo?

—Habría que decir otra cosa. Su obra es muy exigua. Una cagadita de mosca. Y basta ya con él.

—Sí. Que descanse en paz.

—¿Podrá?

—Pásame mi trago.

—*Salutare voltus mei et Deus Meus calaveris coquis*.

—Ahora bien, yo te aconsejo qué no volvás a mentar otra vez al viejo junto al Pipo. Te podes conseguir un trabón.

—El Pipo sí es un poeta. Lo será hasta la muerte. Y moralmente sigue firme, en su estilo.

—Es verdad. Pero al hacer un análisis del contenido de su poesía, la cosa cambéa y varéa. Eso de «y más de algún imbécil me llama comunista porque soy justo y bueno» es de la patada. O somos rigurosos en lo ideológico o seguiremos en lo mismo.

—Esa es otra cosa. No vamos a dudar un momento de su sinceridad.

—El Pipo es un poeta, señores, no hablemos babosadas. A cualquiera de ustedes lo dejo en calzoncillos si le aplico el análisis marxista a su más militante soneto. El Pipo es quizás el primer poeta revolucionario nacional. Claro que no es marxista. Quevedo tampoco lo era. Ni Lorca. En esa forma que ustedes lo piden, Marx no era marxista…

—El Pipo es, ideológicamente, en su poesía, lo que es como persona. Un demócrata de gran sensibilidad, identificado sentimentalmente con las posiciones del proletariado; un buen hombre que sufre por el dolor de los pobres y de los humildes, que canta a la adivinación de una revolución que vendrá. Pero esta revolución no está aún en las relaciones de sus elementos poéticos. Su discurso es en síntesis el siguiente. Sufrimos, la vida que vivimos en el país es injusta y miserable, vendrá un mundo mejor, una patria universal ya se divisa. Pero la etapa de la lucha concreta no aparece planteada o cantada.

—Buena, camote. Te salió bien la doctorada. Seguí por favor, que te voy a tomar una foto para la página literaria del *Dario de Hoy*.

—Salucita.

—«Porque miras que sos blanca / te has creído flor de altar. / ¡También las yucas son cheles / pero no sirven sin sal! / Salud y chelitas.

—Además yo no estoy de acuerdo con lo que dijiste hace un rato de don Juan José Cañas. Con todo lo mal poeta que pudo haber sido, el himno nacional es nuestro himno y cuando lo oís, no digo yo en Londres, sino en Asunción Mita o en Oloncho, te hace chillar como un cipotillo. Además, don Juan Chepe fue a pelear contra los gringos en Nicaragua en 1856 y fue héroe de la Guerra Nacional Centroamericana. Vos no has peleado ni a paraguazos en la galería de la Arena Metropolitana. ¿Querés más cocacola? Ustedes confunden sentimiento popular y populismo, sentimiento nacional y nacionalismo, patriotismo y patrioterismo.

—«Cierra las piernas morena / le dijo el indio a la indiana…».

—Nuestro problema no es que no seamos marxistas. Nuestro problema es que no tenemos maestros, guías de la juventud. Hasta el Juventud Olímpica necesita tener su entrenador.

—«…no ves que estás enseñando / la estrella de la mañana?».

—No tenemos maestros aquí adentro. Pero hay que abrir los ojos al mundo. Allí nomás en Guatemala, ¿no es cierto cháfiro?, tenemos al Gran Maya, a Miguel Ángel Asturias, quien por cierto en estos días nos honrará con su presencia.

—Miguel Ángel Asturias con A de América.

—Fue diputado de la tiranía de Ubico.

—Pero se autocriticó. No se vale lo que uno hace ni chiquito ni bolo.

—Sí. Miguel Ángel Asturias: algo es algo.

—Sus «Sonetos al amor acongojado» son de primera.

—Les va a pasar como con el viejo si siguen así.

—Toca madera.

—Pero de lo que yo hablaba era de maestros, guías, ejemplos, *marxistas.* Para la juventud en general. Y en nuestro caso específico, de poetas marxistas.

—¿Qué es un poeta marxista? A ver, Gabino…

—Yo solo conozco a dos o tres. Lenin es uno. Y Brecht.

—Y Neruda.

—¡Nunca me hagas eso! Neruda es Rubén Darío, con menos tragos, que ingresó al Partido Comunista. Su poesía no es dialéctica. Es un himnón al amor, a las cosas, a la vida. Y cuando habla de las cosas que hacen los marxistas con la vida, cae de lleno en la acotación al margen. Con todo y su hermosura.

—Púchica, mano. ¿Y dónde queda entonces lo que hacemos nosotros?

—La pregunta te compro.

—Acotación al margen también. Y sin esa hermosura que el gordo Pablo le pone a su caldo.

—Uds. son unos sectariazos. Neruda es el más gran poeta vivo que escribe en español. Y a todos nosotros nos tiene hasta las manitas, hasta donde dice Collins, hasta donde dice INRI, con su tremenda influencia.

—Dios te oyera.

—Paso. Discutir estas cosas con comunistas aficionados da caspa.

—Y qué le vamos a hacer si no podemos jugar en las Grandes Ligas. Todavía nos falta mucho para llegar al profesionalismo.

—Eso es lo que más me revienta de ustedes. Uno no sabe a qué atenerse. Cuando el Partido Comunista Salvadoreño sea público y legal yo ingresaré de cabeza. Entre otras cosas porque creo que el ser social engendra la conciencia social y adoro la ley de la obligada correspondencia entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas. Pero antes no. Me niego a este juego de ambigüedades y secretos, a voces y pláticas en clave. Aquí mismo, ¿quiénes

son comunistas de verdad? Ya es hora de dar la cara. La prudencia institucionalizada por la masacre del año 32 ya no da más como manto. Ya parece carpa de circo. Y por eso es que la gente pregunta qué hay adentro.

—El día que el Partido sea público y legal estará en el gobierno, maje. Para mí es claro que el Partido en un país como este, debe cuidarse. ¿Qué querés, que nos abra la puerta a los cuatro vientos para que todos entremos como vas a entrar hoy a tu casa, más bolo que el guaro y con las alitas del zope saliéndote por las comisuras de los labios como que son colmillos de vampiro? Si es que el Partido existe, y yo creo que existe, hace muy bien en cuidarse hasta de nosotros, o más bien dicho, sobre todo de nosotros. Por nuestro lado, en cambio, nosotros, algunos de nosotros, yo por lo menos, marxistas independientes, manteniendo la autodisciplina y la honradez política en las organizaciones progresistas, más tarde o más temprano, encontraremos al Partido.

—Bravo, bravo, que siga hablando. Apláudanle a Demóstenes, payulos.

—Que baile.

—Que enseñe una pantorrilla peluda.

—Que se encarame su tanguarniz y que no joda.

—«Yo quisiera ser el sol / para entrar por tu ventana, / para que tú me dijeras:— ¡toma tu chichita y mama!» / Satustio, le dijo Agripina a Mustio.

—Huépiles, no estoy de acuerdo. Así no se puede hacer la imagen viva de lo que es un comunista. Ya no digamos un intelectual comunista. ¿A imagen y semejanza de quién voy yo a convertirme en un poeta comunista? Los prototipos ayudan, aún con sus altibajos. Otra cosa: es un hecho que los poetas comunistas no van a ser los únicos comunistas en el Partido, así que cabe preguntarse por las imágenes de los demás comunistas para ver si la imagen mía como poeta comunista va a poder integrarse con aquella. Y en

estos momentos, sinceramente, ¿cuál es la imagen de un comunista para mí? ¿La de un joven y brillante poeta que reza para que lo lleven preso, aunque no *tan* preso? ¿La de un maestro de primaria, gordito, de anteojos, con mal aliento, penicorto y abstemio, proveniente de Gotera o de otros lugares fronterizos con Honduras, siempre a punto de pedir pisto prestado? ¿La de un obrero textil o ferrocarrilero que siempre tiene razón y que ha estudiado un año en Rusia? ¿La de un viejito campesino que pobrecito, que claro que sí, que Dios lo bendiga, que pase adelante y tómese un cafecito y va a perdonar la pobreza de la casa y que le sirva en batidor, pero que tiene el machete detrás de la puerta? ¿La del activista político que odia a los intelectuales?

—Ya la cantéa este baboso…

—Vení para acá vos, que no nos oigan.

—Decime…

—¿Y este pisado qué es oreja, vos?

—Habla más quedito, idiota, que nos están mirando. Nombré, es buena gente. Va a entrar en un círculo de estudios la próxima semana. Lo que pasa es que todavía está verde, ishtulte.

—Busquen pieza. Secretos en reunión…

—Sho, metido. Cuando los grandes hablan los cipotes solo miran. Si no, no aprenderán nunca a ser arrechos. Tomate tu trago, que te conviene más…

—Mira vos, la vieja Cristina ya anda más para allá que para acá. ¿En qué etapa estará, especialista?

—Si, se le nota nerviosa. Pero no es por el trago. Si hace un ratito estaba medio entrando a la primera etapa. Solamente que se haya empinado una botella entera de un solo buche… No. De seguro algo le pasa.

—¿Y Mario? ¿No va a venir al fin?

—No. Hace una semana dejó de beber y si se echa un solo trago agarra de nuevo el avión. Pobrecito aquél, no es broma esa enfer-

medad. Y si no va a chupar ¿qué carajos va venir a hacer? Los búhos no son sociables.

—Debe estar escribiendo. Hace un par de días me mostró el inicio de una noveleta que, si la termina, va a dar que hablar. Un Camus salvadoreño, verdaderamente parador de pelo.

—La última zumba la cogió porque Vilma le dio el palo ¿no?

—No, viejo, que va. Si no andaba con ella. La acababa de conocer. Lo que pasó fue que no se la acababan de presentar y ya quería que ella se fuera apeando los de Tonaca. Aquel no atina. Pero la zumba no la comenzó por eso. La comenzó porque se echó el primer trago.

—Habría que hacer algo para evitar que chupe tanto. Ni con los remedios de bruja, ni con cárceles, ni con intentos de suicidio de la mamá, ni por el sufrimiento de las gomas más espantosas del mundo, ni con nada, ha podido curarse. Y como no cree en Dios ni en ninguna otra forma de fuerzas superiores, la terapéutica de los alcohólicos anónimos no le hace ni cosquillas. Es una verdadera lástima porque se está acabando, con lo que podría dar. La última vez que lo vi parecía pija de chucho, calaviusa de indio, pálido-pálido y con olor a tapado de vieja camandulera.

—Lo que aquel necesita es una mujer que lo ponga al hilo y que le pegue.

—Y que luego le pase sus poemas y sus cosas a máquina.

—Pobrecitas las esposas de los hombres. Imagínate ser la esposa de Raffles, o de Hemingway, o del Santo Papa, o de Red Ryder. Sin ir tan lejos, a la pobre que se case conmigo va a ser necesario cambiarle el motor cada año. Pobrecita.

—Lo malo de esta cantina es que no hay bocas.

—Lo regalado no se critica. Si no te gusta así agarrá camino para el Lutecia. No es ni muy caro. Y así te hartás lo que querés: entre las conchas saltarinas con chimol de jícama y las tacitas de sopa de camarón con chile hay un repertorio como de cien variedades.

—Por lo menos no mienten la pita en la casa del horcado en el horcón. Porque yo ya tengo un hambre de las once mil.

—Y además esto de chupar así con boca de uñas o de paisaje es peligroso en media hora se pone uno una zirindanga espantosa. Si me dicen que la vieja no se iba a dar nada de morder habría venido cenado.

—Con no chupar tan rápido se arregla. Después nos vamos al centro y le caemos a la viejita de los frijolitos de bolo.

—Huisquiles, yo no voy allí. La vez pasada la vieja tísica me echó la gran bañada porque apoyé los pies en las pacayas de la silla. Delante toda la clientela. Como si fueran sillas Chippendale, las babosadas de pino que tiene. Y lo peor fue que cuando le contesté, de buen modo, que se fuera a la mierda, el cholera maricón y descalzo que tiene fue sacando la tremenda estaca. Me tuve que ir sin pagar, pero la veterana tuvo la culpa.

—Pues vamos al Paraíso, hombre. Hoy ya hay buenas bocas y servicio de sopas y bisteques encebollados para los clientes fijos.

—Pero es que es muy temprano todavía, esto empieza. A lo mejor se anima. Porque no es solamente la falta de bocas lo que nos tiene tristes. No hay ni música.

—Toca el timbre. Vos de una vez querés el Kicsy Place o un matadero de Apulo.

—Pero además hace rato que entró un sapurruco con hermosísima guitarra.

—Yo lo conozco. Pero no toca popular, puro clásico.

—Deberías decirle a la vieja que venga a alegrarnos el rato, vos. Que cuente cómo la ispeaba su marido, el pintor, cada vez que ella iba a bañarse.

—O que nos rempuje un par de hembras para acá.

—Vaya ser que se encabrone y nos eche. Y yo todavía estoy calentando motores.

—¿Vos sabías que Siberia tiene diez millones de kilómetros cuadrados, vos?

—Yo no. ¿Y vos?

—Yo tampoco. Pero aquí en este calendario dice, mira.

—Han de ser chambres. Nadie ni nada en el mundo tiene diez millones de kilómetros cuadrados.

—Ya lo creo.

—Y para la selecta concurrencia, salú, salú, en pimentoso ritmo de *rock-around-the-clok*. «Er niño Jesú»: «Er niño Jesú / se jue a la colina / guá guá / qué recojerá / qué recojería / Guaraguá-guagua / Guaragua-guagua-gua-guá / Junto a Nazareth / luencuentra Marisha / qué tienes amor / amor de mi vida ./ Un racimo hallé / que da sangre viva / traigo el vino y pan / deleau-ca-ris-ti-i-i-i-ii-aaaaaaaa/ Pachan-chan-cha-chan…

—Se te sale lo jesuita, jodido. Salú.

«Escuchad. Se oye un paso que desciende de Honduras: / la tiranía ha abierto sus prisiones oscuras; / tus calles, ciudad, guardan la huella del titán; / el épico fantasma de Pedro de Alvarado / inclinóse ante el trágico ciudadano-soldado / el genio, el héroe, el mártir Francisco Morazán. / Y sobre aquellas ruinas vi descender la idea; / como en lluvia que apaga la sanguinaria tea / caía en el incendio del antiguo rencor / como un ángel traía la palma de la gloria: / y mostrándome entonces las hojas de la Historia / vi alzarse a Guatemala y alzarse a El Salvador/».

—Por los vientos que soplan nos va a tocar amanecer serenados y son serenata. Cuando estos comienzan a recitar la cosa va para largo.

—¿Y qué te tienen amarrado, pues?

—A San Antonio que le gusta y a él que lo llevan.

—Decí algo de los Juegos Florales de Zacatecoluca, para variar de onda. El primer premio va a ser de mil obleas y flor natural de oro.

—Shhhhh. Muchá: aquí hay una proposición: que participemos conjuntamente en los juegos florales de Zacatecoluca. Hacemos un poema en vaca, ganamos y nos chupamos los mil pesos del premio. La flor natural de oro, la empeñaremos en «Las Tres Bolas de Oro», para la gran goma.

—Yo me aparto. Este año solo voy a concursar en los Juegos Florales de Stockolmo, Los que ganó la Gabriela Mistral.

—«La inmensa pajarera / y un trémulo silencio, siempre frágil/».

—Ya me dieron ganas de clavarme una buena papalina. Al fin y al cabo, la intelectualidad creadora en general, bajo este gobierno, lo mejor que puede hacer por el momento es beber, sin abusar…

—No jugués con eso. Menos mal que, con las deshonrosas excepciones del caso, nosotros y la intelectualidad creadora en general, seguimos salvando el honor salvadoreño.

—Pero así como vamos, terminaremos por pasar hambre. El panorama es cada vez más estrecho.

—Si querés publicar en la prensa, tenés que autocensurarte. Lo de sacar una revista propia es muy caro, cada vez más aventurado. Tenés que hacer un esfuerzo de Hércules para luego sacar uno o dos números. Y te quedas enchillado hasta de los sueldos futuros.

—Si tenés sueldo. Pero yo, que vivo de la litis…

—Así ha pasado siempre en la historia con los sustentadores de los valores morales, con los fiscales de la vida pública. En Atenas antigua y en la France moderna.

—Ustedes son fiscales de la vida pública con un excusado en el hocico.

—Eso es estilo nacional, papá.

—Lo que pasa es que vos sos tan reaccionario que todavía crees que cumplir meticulosamente con el Carreño es la única forma digna de vivir. Si hay un criterio más burgués que ese me avisan. La urbanidad como sinónimo de moral social.

—Entramos en el terreno de las definiciones. Fuera de escribir, pintar, esculpir, hacer política progresista ¿cuál es para vos entonces el papel social de los intelectuales revolucionarios? Y no me salgas con un programa de prohibiciones: no chupar, no desear las mujeres de tus prójimos, no ver películas mexicanas, no ingresar al Club de Prensa, no trabajar con el Gobierno…

—¿En un país como el nuestro? Me canso, ganso. Si no hay por dónde empezar. En Francia o en Inglaterra te podría decir, por ejemplo, iniciar un movimiento renovador, iniciar una nueva tradición cultural. Pero, entre nosotros, gran artista será no aquel que solamente sea capaz de iniciar una tradición moderna, sino quien pueda construirnos, culturalmente hablando, un pasado. Nuestra tradición cultural es la cagada. Solo para integrarla como una unidad, a un nivel decente que sirva de punto de partida para una obra seria, duradera, sería preciso, en las condiciones actuales, el trabajo intenso de toda una generación.

—¿Y qué querés vos? ¿Que uno deje de escribir su obra para convertirse en especialista en don Chico Gavidia o el Maishtro Masferrer?

—¿Que deje yo de escribir mi actual libro de poemas para traducir al español a Salarrué?

—¿Que desorganicemos todos los tetuntes del territorio nacional con el pase de arqueólogos?

—La jodida es que somos nosotros solitos quienes tendremos que hacerlo todo. El pensamiento literario y la creación literaria, la cultura nacional como centro definidor de lo que es el salvadoreño, el pensamiento político más general, dijéramos, el pensamiento moral-social…

—Claro, no hay filósofos en este país. Ni críticos literarios.

—Ni partidos políticos, que es lo más grave. Y el único partido político con tradición, que existe desde 1930, sepa Judas dónde está.

—A vos te ha agarrado esta noche por localizar al PC. Coge una lupa. O pregunta de una vez en la policía. Allí debe ser donde más saben.

—Para mí, en estos momentos, es el problema cultural clave del país. Para mí. En estos momentos.

—No te basta con que la Revolución de 1948 cumpla.

—Pregúntales a estos dos, que ya pasaron por la cárcel. ¿No es cierto dramaturgo? Si sumamos las experiencias de los dos, la revolución les ha cumplido como con cinco caireladas que totalizan más de un año…

—Sí, pero, oficialmente, fue por desorden en la vía pública, resistencia en el momento de ser aprehendido en vías de investigación…

—La dictadura con guante blanco.

—Por hoy. Pero anda a preguntarle a Cayetano Carpió, el líder de los panaderos. Hace cuatro o cinco años o seis…

—O siete…

—En dos meses lo tuberculizaron a pura tortura en la policía…

—Hace ocho años de eso…

—Fue el mismo régimen revolucionario…

—Ahí tenés otro campo de acción para nosotros: la denuncia. La denuncia implacable y constante.

—Y está el movimiento obrero organizado. Está comenzando a andar, es cierto, después de años y años de aguantar palo. Pero desde ahora ya no lo van a poder parar. Allí podemos hacer una gran labor, allí está el pueblo sediento de verdades en voz alta. ¿Qué otro sector del país podría cumplir esa labor mejor que nosotros? ¿El movimiento estudiantil? El movimiento estudiantil como tal es una fuerza. Pero para orientar a la clase obrera está muy verde todavía. Y está el problema real de que en cuanto el estudiante llega a ser profesional, traiciona, asciende socialmente, que es lo mismo. Nosotros seguiremos siendo lo que somos toda la vida: intelectuales creadores.

—¿Y si me hago millonario con la venta de mi próximo libro?

—Solo que millonario en talepates.

—Vos te vas a la otra acera. Nos estás asignando una tarea que corresponde al partido de la clase obrera.

—Nosotros podríamos ser también parte del partido de la clase obrera.

—¿Con esta clase de talega que nos estamos poniendo? ¡Qué ganga para el partido de la clase obrera! Entraríamos tan solo a zopearle los locales de reunión, a dormir la juma y a pedirle pisto para quitarnos la goya. Ya lo dije antes y lo repito.

—La vida es complicada.

—Yo creo que no hay nada más triste en el mundo que un hombre que no sepa vivir la vida en todos los aspectos del pensamiento.

—Ah, pues este es un país de tristes. Salú.

—Los escritores debemos estar en la primera fila de la lucha por enseñar al pueblo a vivir la vida intensamente.

—Cómo no, Schopenhauer. Si solo pudiéramos estar en cualquier fila de la lucha para que el pueblo no se muera de hambre, pueda calzarse y no tenga que dejar a sus hijos morirse reventados por las lombrices, ya sería bastante.

—Claro, sí por hablar no se paga.

—Yo aclaro que aquel que no entienda la ley del valor no puede ser comunista.

—Y también pasa que no solo de pan vive el *man*, digo, el hombre. Me parece muy bien luchar por un programa que dé al pueblo qué comer, cómo vestirse. Pero para mí que ese programa debe contemplar también que yo necesito aprender francés y tener una suscripción anual de *Le Monde* y *Paris March*.

—Volvemos a lo mismo. Yo digo que lo primero es conocer bien a nuestro país, profundizar en la esencia de lo salvadoreño. Y ahí te das, para empezar, de hocico contra la injusticia y la miseria.

—Entonces no hay por qué canastas comenzar por la historia, mucho menos la historia de la cultura nacional. Lo que hay es que darse riata, salir a poner bombas.

—Lo que querrás. Pero en la historia están las raíces del engaño, por todos lados. No podes combatir la miseria y la injusticia con gente engañada. El pobre engañado seguirá siendo pobre hasta la muerte. Y va a morir engañado.

—Y aquí sí que estamos atrasados porque quienes comenzaron a engancharse al pueblo fueron los conquistadores. Nos llevan más de cuatrocientos años de ventaja: «Prosiguiendo en la visita deste lugar y pidiendo razón a los menores y los huérfanos para saber del trato de sus personas y haciendas, me traxeron una niña de año y medio, huérfana de padre y madre, que estaba en poder y le daba leche una vieja de más de setenta años. Y yo admirado que muger de tanta edad tuviese leche, la hice traer delante mí e vi cómo la niña la mamaba. Averigüé que allende que era de dicha edad, jamás había parido, sino que ante la dicha niña, movida de piedad y con ánimo de crialla, le dio el pecho y le vino la leche. Hícelo tomar por testimonio y quise que se diera a entender a los indios cómo por la caridad que aquella muger había tenido, Dios había querido usar aquella maravilla contra la orden común, para que los indios se moviesen a misericordia como lo habían menester». ¿Ven? Ahí estaba ya el enemigo, orejeando y dando interpretaciones enganchadoras. Junto al Dios aquel que le daba la leche a las viejitas caritativas, nuestro indio recibía la autoridad que iba a respaldar su explotación. Ahora lo hacen infinitamente mejor y todos los días, *La Prensa Gráfica*, el sistema de educación nacional, la televisión, la radio, el Servicio de Información de los Estados Unidos.

—Claro. Y querer salirle adelante a todo ese aparato con un par de sonetos, es lo que tratas de decir, significa querer detener una locomotora con un castillo de naipes.

—Pero no hay que pensar solo en los sonetos. Está el ensayo político, la novela.

—¿En un país con el 65 por ciento de analfabetos? ¿Y con el 98 por ciento que no compran libros porque no tienen con qué y que si algún día tienen con qué no lo van a gastar en libros? Estás más borracho de lo que pareces, entonces.

—Como que solo yo he chupado. Hacéme el cuatro, a ver si es verdad que vos no estás manudo…

—Bueno ái platican cuando estén presos. Salú.

—Salubridad. Glub, gul, guib, digo, glug.

—Vos, Otto, me mandaste razón para vernos aquí. Yo solo por eso vine y quiero irme temprano para no amanecer mañana gómico con tanto trabajo. Hoy tuve que suspender un ensayo y mañana será doble. ¿De qué se trata? No me vayas a salir con que es para que te preste el apartamento. Salú.

—Apartémonos un poco, vení. Aquí nomás. Se trata de una buena noticia, que te alegrará y que me alegra a mí también. Bueno, así sin solemnidad te lo voy a decir: el Partido aprobó tu solicitud de ingreso.

—Qué bueno, hombre, qué bueno.

—Debes ahora…

—Esto merece otro trago. Brindemos, hermano.

—Déjate de babosadas que esto es muy serio.

—Pues si por eso, hombre. Me das un alegrón.

—Tenés que ir el jueves por la noche, a las ocho y media en punto, a la célula donde vas a militar. La reunión será en casa del licenciado Reyes Escamilla, que vos ya conocés. Allí se te va a comunicar la resolución de manera oficial. Yo te la he adelantado, por mi cuenta, pero vos todavía no sabés nada de nada, ¿entendés? Yo voy a estar allí también. Es una buena base, obrera.

—¿Roberto milita también allí?

—De Roberto yo no sé si milita o no en el Partido.

—Déjate de babosadas, chapín, si eso lo sabe hasta Truman.

—Pues yo no lo sé. Y tenés que irte acostumbrando a que en el Partido solo se sabe lo que se necesita para el trabajo concreto de cada quien.

—No hay problema, ya lo sé. Preguntaba porque me habría… A las ocho y media en punto estaré allí.

—Llueva, truene o relampaguee.

—El jueves.

—Simón Bolívar.

—¿Conspirando otra vez el par de babositos?

—Nombré, este chapín que calza las sandalias del ostracismo y come el duro pan del exilio, intentó darme un almaganazo de cinco láminas. Cree que los teatristas ganamos más que los cuidadores de carros.

—Vé pué. Este chapín lo lento qués. Lo que te convendría a vos es poner un puesto en el mercado donde vendas poemas de amor y caramelos de leche de burra y de morro, sonetos y melcochas, romances y semita poleada. Y ya de una vez aprovechas y te volvés maricón en serio. Y rico.

—«Vámonos a la montaña, sonoros y desnudos / y entre caballos jóvenes y entre toros rudos / un nuevo tipo de hombre saltará al porvenir!».

—Claro, a la cantina El Porvenir, frente al Cementerio.

—Sos un Emilio Zola, preso por deudas y con el dedo gordo inconado.

—Oh, *yes*, Chólojof.

—Sí, Shólojov ¿y qué? Vos que todavía te la llevas de creer en Dios deberías ser más consecuente. Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza: era por lo tanto realista. Dios tiene un gran chance en Rusia, como antecedente cultural, como precursor.

—Ahí está la babosada. Ahí está donde yo no concuerdo con la crítica que le hicieron al viejo hace un rato. El hombre es poeta

y ustedes le estaban pidiendo que escribiera como filósofo. Nada tiene de malo que un poeta sea espontáneo y simple. Incluso es mejor. Hasta ahorita es que puedo formular mi disconformidad.

—Siempre pensás media hora más tarde.

—Y todo para descubrir el agua azucarada, el salpor de arroz.

—El poeta es el hombre de lo bello. Ya con solo eso puede ser un gran poeta.

—Sí, pero si podemos exigir el más no nos vamos a contentar con el menos. Y además Apollinaire te refuta: «El poeta no es solo el hombre de la belleza sino también el hombre de la verdad».

—A mí déjenme en paz. Yo soy surrealista socialista.

—Ustedes se quedan en la forma y el contenido, marinos. Yo voy más allá: pienso hasta en los fines de la literatura. Por eso voy a llegar a ser el chinchín del proletariado salvadoreño, ya lo verán ustedes, tintos de envidia e impotencia.

—Nadie lo duda, Gorki. Zámpate otro travieso.

—«La hermana sin nombre, la hermana / que cruza por todas las sendas, / me dijo una vez que la carne / jamás se convierte en esencia, / que solo el espíritu logra / subir a la altura que sueña…».

—¿De quién es eso, vos?

—De don Raúl Contreras. Se llama «Penumbra».

—Caracoles. Si se llamara «Masturbación» sería estupendo. Irónico hasta la pared de enfrente.

—«Claro: lo que decíamos ahora».

—¿Y Álvaro? ¿No viene?

—Dijo que se iba a dar una pasada cuando terminara el programa en el Canal 4. Pero lo dudo. Ahora que compró el Corvette ese, solo para el Hotel El Salvador agarra.

—Tiene razón, yo haría lo mismo. Comprar un carro así, una verdadera ratonera para las mamayitas, no es para pasar zampado en discusiones de poetas borrachos.

—Huevos, es cuestión de clase. Álvaro está ascendiendo vertiginosamente.

—Ustedes lo que le tienen es envidia. Es el único de nuestra generación con éxito público, con la carita cotidianamente en todos los hogares.

—Yo creo que solo las viejas que juegan canasta uruguaya en el Casino Salvadoreño son más chismosas que ustedes. ¿Por qué no hablan de cosas interesantes, instructivas, útiles? El tema del prójimo es el más fácil, pero es peor que un *boomerang*. Si las niñas que nos admiran y suspiran por nosotros supieran que somos los tipos más aburridores del mundo, se pasaban a la admiración de los luchadores olímpicos. No es negocio haber gastado, en mi caso, veinte centavos de camioneta para llegar hasta aquí, a oír solo chambres, chinitas contra los que no están presentes y audacia de léxico. Si no fuera por los tragos gratis, estaría estudiando anatomía. Rinde más.

—Perdona, hombre, Toynbee: inmediatamente comenzaremos a hablar de la fenomenología de la pitahaya. «Para que después no digan que los puetas pasan con la lira al hombro y el alba sobre el labio».

—Oí, chapín, estás creando escuela.

—Pobres pentágonos pipiles, parecen pastores para pastorela paupérrima, pero pura paja, peches pelados, pandulces pésimos.

—¿No fuera hora de irse al diablo, muchá? Independientemente de que aquí nos hemos quedado arrinconaditos, nadie nos ha hecho el menor caso. Y las botellas que trajo Lilo ya están a punto de morir.

—Espérense. Esto se va a poner bueno. Cuando pase Lilo hay que pedir más trago. Espíritu hay para una inundación y es necesario acabárselo, el guaro no se hizo para lavar ropa. Su producción es una actividad económica importante para el país, fuera de que su comercio es uno de los ingresos fiscales tradicionales más altos y

constantes. Por lo tanto, consumirlo es hacer patria. Con el permiso de ustedes, salú.

—Por ellas: las hembras y las botellas.

—Hace falta la Vilma, hombre. Aunque no chupe.

—De hacer falta hacen falta hasta la Juana Chancaca, la Llanta Pacha y la Semita Alta. El toque femenino.

—«Eileen, Coleen, Maureen… Limpias, amables, / extended los manteles!».

—Pero si allí adentro hay suficientes hembras ricas, bembos. Es cuestión de pasar adelante. Y como ya estamos manudos…

—«Vino que del cielo vino / qué caramba / tú me tumbas tú me matas / tú me haces andar a gatas / qué caramba / pero yo siempre te empino. / Tú eras la que me decías / que nunca me olvidarías / vaaa-mos-nos a emborracharnos / qué caramba / hasta que amanezca el día.

—Oigan, muchá lo que yo les decía, ya comenzó a sonar la guitarra allá adentro, allá está lo bueno.

—Ahí viene Cristina.

—A la chucha con usted, Cristina, nos ha tratado como a hijos de pobre, como pelones de hospicio. Ni siquiera se ha venido a tomar un traguito con nosotros. Como somos los invitados pobres.

—Ay, chuladas, lo humildes que se hacen. Si cuando ustedes están juntos no hay quien los haga salir de su téquete-teque y de sus triquis. Y hoy yo no estoy tomando porque ando mal de los entresijos. Mi médico me ha recetado unas pastillas como si fuera su enemigo. Y tengo que medirme. Por eso se me está poniendo aburrida la fiesta. Pero además yo a traerlos venía. Vénganse para adentro que allá se va a poner alegre la cosa. Ya comenzó a tocar guitarra el maestro Sila Miranda que es una maravilla. Y además están las muchachas, que ya se quieren ir porque los viejos las aburren. A lo mejor más de alguno de ustedes amarra. Voy a decirle a Lilo que lleve para la sala todo el *whisky* que queda.

Y unos pollitos fritos, que me estaba guardando para el final. Pero primero voy a presentarlos a la gente. Vengan.

—Vamos, pues, muchá.

—Nos compusimos, vos! Pollitos fritos.

—Solo en hartarte pensás. Y te la llevás de admirador de San Juan de la Cruz. ¿No sabes que el misticismo y la panza llena no concuerdan? Pasa.

—No empujen, bayuncos, que para todos hay.

—Yo por las dudas me eché lo que quedaba en la botella. Púchica, pero me lo harté casi puro. Voy todo erizo.

—Yá, cállense.

—Señores, amigos: este grupo de jóvenes, de los cuales ustedes deben conocer ya a algunos, es el núcleo de la esperanza para la literatura salvadoreña y quizás centroamericana. Ellos son los integrantes de la Generación Comprometida, así llamada por su compromiso con las causas nobles de la belleza, el arte y la humanidad, que tan buenos pasos ha comenzado a dar en la difícil ruta, en el difícil mar de la creación. Ya habrán leído ustedes sus poemas, sus artículos, sus cuentos, en las páginas literarias de algunos de nuestros principales periódicos, que tan generosamente se les han abierto, se les han puesto a la disposición. Habrán acompañado su actividad teatral, a cargo principalmente de nuestro amigo José, aquí presente, el dramaturgo de la generación. Muchachos: tengo el gusto de presentarles a mis distinguidos invitados de esta noche, que han expresado el deseo de conocerlos más de cerca, de intercambiar opiniones con ustedes. Aquí está el Excelentísimo Señor Nuncio Apostólico de Su Santidad, el Señor Embajador del Perú, el Señor Embajador de Guatemala, el Señor Primer Secretario de la Embajada Argentina y su esposa; el Coronel Jorge Buenaventura, Sub-Secretario de Defensa; el doctor Fernández ya ustedes lo conocen, lo mismo que a nuestros dos pintores; la señora María de Baratta, gran folklorista nacional; el grupo de los amigos perio-

distas, que ustedes también conocen; el señor Gallegos, el señor Alfaro, la señora López Mendía, la señora Muñoz; los señores allá, buenos amigos; y las señoritas, a quienes ya conocerán ustedes por su cuenta, de juventud a juventud. Todos están en su casa, no es necesario que lo diga. El Rancho del Artista es la casa de todos mis amigos y la de los amigos de mis amigos. Sigan divirtiéndose y charlando, pero antes vamos a oír algo de Villalobos en las manos prodigiosas del maestro Sila.

—Mucho gusto.

—Encantados, muchachos. Siéntense. A ver, usted aquí.

—Aquí hay espacio.

—No importa, acomódense en este cojín.

—Mucho gusto, perdóneme. Cuidado, su copa.

—Encantada.

—No le digo «a los pies de usted» porque precisamente aquí me voy a sentar. Digo, sí usted o su novio no se oponen.

—Yo no tengo novio, joven.

—No sea autocrítica. Con esos ojos…

—Ay, cómo son ustedes. Ya van…

—Bueno, voy a ver que Lilo traiga las cosas. Vamos a tener problemas de espacio.

—Por eso no se preocupe. Lo que vaya sobrando me lo pone aquí.

—¿No se sirve un whiskito?

—Bueno, padre, ya viéndolo y ya que insiste. Sin hielo.

—Dime, hijo mío, ¿no nos hemos visto en alguna otra parte antes?

—Creo que sí. ¿No fue en Moscú, en la orgía de las balletistas después que se murió Stalin?

—Hijo mío, cómo dices esas cosas…

—Es una broma, padre. En realidad, nos hemos visto antes. Lo que pasa es que ya no se acuerda porque el famoso es usted. Me lo han presentado más de tres veces: en la fiesta de Exalumnos del Externado, en la piñata para los periodistas de la señora del

Presidente, en la bendición del nuevo edificio del Almacén «New York» donde usted echó el agua bendita.

—Es la memoria de los viejos, hijo, no la inmodestia.

—Salú, pues, padre.

—Cuidado, su cartera, mialma, por poco juego fútbol con ella.

—Usted es el que estuvo preso y salió en los periódicos ¿no es cierto?

—Préstenle atención al maestro Sila. Es su mejor número.

—Se va a quedar sin uñas el pobre maje y ustedes chachalaqueando.

—Hay que hablar, pero suavecito. Así la música se vuelve telón de fondo y hace aparecer tipería cualquier cosa que digas.

—Pero es que esta clientela no necesita que la duerman. Las mamayitas están bastante buenas, pero si les abrís la cabeza con una lezna les suena como cohetillo cachinflineado, de puro aire.

—¿Y quién va a querer abrirles precisamente la cabeza?

—Aún sin música, la fórmula con estas majes es la siguiente. Las miras fijo a los ojos, cuando calculás que ya se han echado por lo menos cinco tragaluces. Les acercás la bocina al oído y con voz de Arturo de Córdoba les decís: «Hasta ahora he andado perdido en el mundo. ¿Quién eres? Porque debes saber que yo sería capaz de amarte profundamente». Entonces ella te va a decir cualquier cosa: «Ay, pero usté es casado», «Perdóneme, pero nos acabamos de conocer», «Lo siento, pero mi novio es muy celoso». Entonces vos te arturocordoveás más todavía y le decís: «Esas son cosas… que no tienen la menor importancia». Y con gran suavidad, con la mano en forma de copa para *cocktail* de frutas, tapando con tus espaldas la escena para que la gente no mire cabal, le coges una chiche. La derecha, preferiblemente. Ella, por no hacer el escándalo, no dirá nada. Y lo demás es chapupa, cosa de oportunidad.

—Cállense, claveros. Se va a cansar el hombre y les va a dejar la guitarra de salvavidas.

—Tan lindo que toca el maestro, ¿verdá?

—Linda es usted, mi alma, si me lo permite.

—Ah, Dios Santo, vienen los pollos.

—Lilo lindo, por aquí.

—Lilito, méngache con shu papa.

—Váyanse sirviendo. Ya vienen partiditos. Sin pena, sin pena.

—Gracias. Esta alita para la señorita. Ella no puede comer mucho porque tiene que guardar la línea. Así se va a conservar siempre bonita y espiritual. Yo hago como los franceses con la Línea Maginot: la dejo que se defienda sola. Échame la otra pierna, Lilo.

—Ay usté, no cambia. Lo va oír Su Santidad.

—Si ese no es Su Santidad, Lilo. Su Santidad está en Roma. Este es el orejas de Su Santidad. Por cierto que a él no le dés mucho de hartar que necesita hacer ayuno para combatir las concupiscencias de las piscencias. Y si te dice que ya comió y que no quiere nacas, te venís por aquí de regreso y me das su ración.

—Aplaudí, cretino, estás en la Luna. Ya terminó el bre.

—Bravo, maestro.

—Divino.

—Verdaderamente inspirado.

—La mera escuela de Mangoré.

—Maestro, por vida suya, repítame otra vez eso de Villalobos. Me transporta, sencillamente, me trasporta. Se lo suplico.

—¿Y deái, vos? ¿Desde cuándo te gusta tanto Villalobos? Me transporta, ay, no, tú. Te declaraste de al tiro, vos, chuchón.

—No seas bruto, maje. No ves que, mientras el hombre toque no puede comer. Un indio menos, una tortilla más. Aquí no está Jesucristo para que multiplique los pollos.

—A mí esta luz indirecta, como todas las cosas tenues y melifluas, me pone agresivo y sectario.

—Es que vos no has entendido la ley del valor.

—¿Así que usted fue alumno de los jesuitas? Magnífico. La garantía de una educación clásica.

—Y no solo yo. También el camarada allí…

—Qué gracioso. ¿Por qué le dice camarada? Sabrá usted que en ciertos círculos esa es una palabra más bien fea…

—Que no se desperdicie el juguito. Échemelo aquí en la pechuga. ¿Y mi trago?

—Estamos como en las bodas de Canaan. El trago milagroso al final cuando uno ya perdió el paladar con la puñalada del guaro lijador. Cuando uno ya no atina.

—Sí, hom. Empezar con espíritu y seguir con *whisky* va a ser mortal. Por lo menos nos obliga a pensar qué trago deberemos adoptar para terminar la noche.

—Leche con alkazeltzer.

—Que suelte la guitarra el veterano. Ya aburre.

—Sos un tetunte, vos. Te aburre Villalobos. Solo por eso, en cuanto acabe, le voy a pedir que repita otra vez.

—¿A usted le gusta la guitarra?

—La electrónica sí. Esta otra me da tristeza. Me da la impresión de que es un instrumento para cieguitos o para presos.

—Caramba, para ser usted tan linda, dice cosas muy interesantes. No, así no juego. Bonita, pase; pero inteligente además, es demasiado. Es usted muy peligrosa para un pobre teatrero como yo. Mejor me voy a ir al lado del doctor Fernández.

—No me diga que le gustan los hombres.

—¿No le digo? No solo linda e inteligente: también agresiva. Me voy a ir con el Nuncio, pues, que anda jalando con la pata izquierda el grillete del voto de castiddad.

—¿Usted es comunista, cómo dicen?

—No. Era. Abandoné las ideas exóticas a los cinco años de edad. ¿Y usted?

—Dios me libre. Trabajo en el Banco Salvadoreño.

—¿De Reina?

—Ay, qué hombre. Soy la secretaria del jefe de préstamos.

—Dichoso. Espero que no la preste. O que la preste. Según a quién y a qué horas. ¿Por qué no salimos por ahí un día de estos? Sabe, hasta ahora yo he andado muy solo por el mundo.

—Buena suerte, buena suerte. El *whisky* derramado en la mesa es signo de buena suerte. Sobre todo porque no me manchó el único, el de reír y llorar.

—Terminó el maestro otra vez, aplaudan.

—Es la mamá de Mangoré, el maestro.

—Por algo es paraguayo profesional.

—Bravo, maestro. Tómese este trago que le brindamos como un homenaje a su arte incomparable. Y si no tiene inconveniente, sobre todo tomando en cuenta la presencia del señor Nuncio y del coronel, quisiéramos que nos repitiera otra vez el mismo número. Esta es la noche de Villalobos. Perdónenos el abuso, maestro, pero la culpa es suya. Nadie en el mundo puede tocar eso como usted. Concédanos el privilegio. Una vez más, aunque sea la última.

—Que descarado este babosito. Ya está bolo y no atina.

—Pero se enganchó al viejo artista al fin. Va a repetir otra vez.

—Al Nuncio como que no le gustó la onda.

—Pero el coronel sí, mira cómo aplaude.

—El coronel cuando entró ya venía acelerado, por poco entierra la trompa al tropezar con la alfombra de limpiarse los patines.

—¿Me hablaban?

—No, coronel, dispense…

—Recítense algo bonito de ustedes, algo que llegue al sentimiento, a ver si es verdad que son las tres perlas y un rubí, la pura mar y sus conchas.

—Espérese que termine de charranganear don Sila.

—Aquí entre nos, ese baboso ya me aburrió. Me dan ganas de encaramarle la pistola en la jeta.

—No es para tanto, coronel. Además usted aplaudió para que siguiera. Y ya don Sila debe tener los dedos calientes.

—Nombré, si yo aplaudí para que se echara el trago que le ofreció el muchacho, porque lo vi indeciso. Estos indios cheles siempre me engañan. Buenos síntomas: me vua tener que encaramar el penúltimo.

—No, yo no hablo francés. Inglés, un poquito.

—Yo leo inglés pero en los periódicos. Ya en literatura me quedo en la Luna y en la poesía más aún. Imagínese, Faulkner…

—¿No está tomando usted?

—No me insulte. Eso no se piensa nunca de un amigo. Salú.

—Ahora sí, yo estoy de acuerdo también. Lo que más necesita el país es un Instituto de Antropología. Para ponernos un poco en orden por lo menos. Si no, dentro de poco va a resultar que no somos nahoas, sino descendientes de los vikingos, vía Nueva York.

—Es la de nunca acabar. Los problemas nacionales de un país pequeño, no crea usted, son peores que los de un país grande. Por la escasez de recursos. De ahí que el gobierno viva la perenne angustia de la priorización.

—Bueno, el cuadro de los barriletes, por ser para usted, que sabe apreciar lo bueno, sé lo voy a dejar en cuatrocientos.

—Trato hecho, amigo. Y como somos como los caracoles, que llevamos la casa móvil sobre las espaldas, su cuadro no se va a quedar para siempre en la pared de una sala de San Salvador.

—Pero la salida de la Integración Económica Centroamericana sí es una salida auténtica y con un futuro ilimitado. Por ahí sí vamos en camino de ser un país grande.

—No digo que no. Ya lo dijo Napelón: «Hay que hacer un gran pueblo de Centroamérica». Napoleón Altamirano, digo, no Bonaparte. Pero si vamos a hablar de problemas, sobre todo para los que tenemos alguna responsabilidad, por modesta que sea, en los destinos de nuestra administración, la Integración nos lo va a mul-

tiplicar por lo menos por cinco. Sobre todo, aquí entre nos, esta no es una opinión oficial, ni mucho menos, porque nosotros somos y seremos el nervio y el corazón de la Integración. Los hondureños no tienen industria, están cincuenta años atrás de nosotros. Los guatemaltecos no tienen el capital concentrado que se necesita para poder entrar en una sociedad respetable y mutuamente beneficiosa con los americanos. Nicaragua no existe: hay un hombre de empresa que se llama Somoza y basta. Y Costa Rica está lejos de nuestra pujanza, aunque no digo que no tenga posibilidades si sus dirigentes son sensatos y realistas como para conseguir un fuerte apoyo internacional. No sé si estará de acuerdo el señor embajador. Yo hablo en lo personal pero me gusta ser franco.

—Qué le voy a decir yo, mi querido doctor. Mi trabajo es la amistad entre ambos pueblos. Creo como usted que la Integración es la vida de estos pueblos hermanos.

—Brindemos por mi general Francisco Morazán, pues.

—Y por mi general Justo Rufino Barrios.

—Brindemos, brindemos.

—No se vaya a reír, pero a mí me habían dicho que en estas fiestas de intelectuales todo el mundo se desnudaba y se hacían locuras.

—¿Y por eso vino? Qué maravilla. Linda, inteligente, agresiva y qué maravilla. No salgo de mi asombro.

—No sea bruto. Ay, perdone. Yo no vine por eso, sino porque la Cristinita…

—Pues le voy a decir la verdad. Antes era así, pero como nos aburrimos de vernos desnudos, se suspendió la práctica. Ahora se usa desnudarse después de la fiesta. Y en parejas de a dos, nomás. ¿Usted vive muy lejos de aquí?

—¿Y usted puede cantar tango, señor Secretario?

—Vos sos de los que creés que todos los argentinos somos gauchos y cantamos tango. No, viejito, en mi país también habemos personas normales, que vamos a la Universidad.

—Ya me va a decir que tampoco juega fútbol.

—Bueno, ahí si me defiendo un poco. Vos sabes que yo jugué en la segunda división, con Racing? Pero luego vinieron las responsabilidades, la carrera. Ya no daría ni para quince minutos en un partido de pibes.

—Señor Secretario ¿y si un día de estos le caigo por la Embajada y le pido asilo diplomático, me lo daría?

—Qué ingenioso es usted. Mi país, todo el mundo lo sabe, es muy celoso observador de las normas en materia de asilo. Pero esas necesidades no se van a dar aquí. Ahora tienen ustedes, gracias a Dios, un gobierno democrático.

—Pues si por eso le pregunto. Porque si llego virado a la Embajada con unos cuatro policías detrás será porque he sido declarado antidemocrático y anticonstitucional. ¿Me daría o no me daría el asilo?

—Hombre, espero que usted llegue por la Embajada cuando lo desee, pero a tomar una copa. Allá está su casa. Por cierto que tengo libros nuevos, de editoras argentinas, que podrán interesarles a ustedes. ¿Conocen la nueva edición de la *Historia Universal de la Infamia*? Ahí tengo conmigo algunos ejemplares. Borges es mi escritor favorito, es extraordinario: cieguito y todo escribe como un… Y tengo poesía también, incluso de los jóvenes: Jorge Atilio Castelpoggi, Mario Jorge de Lelis. Son buenos. A mí me gustan.

—Niño ¿y esa mano?

—Perdóneme, fue sin intención. No va usted a creer que… Aquí, por lo menos, jamás.

—Terminó el maestro.

—Magnífico, maestro, como siempre. Podría uno escucharlo toda la noche.

—Estupendo, estupendo. Ponga acá su guitarra y acerqúese que por deleitarnos está atrasado en los traguitos y los bocaditos. Sírvase.

—Repita lo mismo, maestro.

—No jodás, hombre. Ya todo el mundo se dio cuenta que es tema de bolo el tuyo, punto de riata.

—Pero si a mí me gusta Villalobos. Me transporta.

—Estáte quieto si no querés que te transportemos a puras trompadas hacia la calle.

—Mira, vos, el guitarrista tuvo que meterse esa pierna de pollo que ya había mordido Roberto.

—Que no se dé cuenta este, porque se la va a querer quitar. Ya está azul.

—«Mi padre qué estará haciendo ahora/

—Ay, qué lindo, va a recitar…

—Shhhhhh!

—…andará por ásperos valles del Lempa o estará / ebrio. A mi padre como una gota de agua, amo. / En él bebí la leche de la bondad, la magia / de mirar sorprendido las estrellas. / Allá está Aldebarán, Casiopea, me decía, / pídeles algo. / A la lluvia de estrellas el hombre debe expresar su congoja. / A mi padre, silvestre como el tomillo, / pura soledad de rama de naranjo, / piedra de río, recto como un árbol / como un pensamiento, he continuado, / paso a paso le he seguido. / Cuántas veces le vi llorar, buscar la tarde / para expresar junto a un Cristo su tormento, / su enorme carga de vivir. / Si bebía su alcohol / era para tentar sus lágrimas de cal viva, / para poder vivir a plenitud su muerte…/».

—Muy bueno, poeta, ¿es nuevo?

—Sí. Todavía no lo he pulido.

—Dígame, joven, su papá ¿chupaba mucho?

—Sí, bastante.

—Ese es el tuerce de El Salvador. Sus mejores hijos se pierden por el maldito guaro.

—Yo aquí entre nos, quedito, no entendí ni mierda. ¿Todo eso de las estrellas y de pedirle a las estrellas era porque el señor andaba bolito?

—Qué le vamos a hacer, así es la vida. Sigamos con nuestra cruz. Este me lo voy a servir doble porque el pollito me echó para atrás la tranca.

—Reciten algo de Alfredo Espino. A ese hombre sí le entiendo todo. Y tan muchacho que se murió. Yo pensaba que estaba vivo, en Europa o algo así y de pronto, en una revista, veo hace como un mes que se murió en 1928. Y como había nacido en 1900 se murió a los veintiocho años de edad. Era un choquito, pechito, pero arrecho. Ese sí era talento. ¡Lástima!

—Ay, sí.

—Yo, la verdad, no me sé nada del joven Espino.

—Yo tampico.

—Pero, caramba, hijos míos, los poetas jóvenes ¿no conocen la obra de los grandes valores nacionales? Qué van a pensar los señores embajadores y el Señor Nuncio Apostólico.

—Todos los guatemaltecos conocemos aquello tan lindo de Batres: «Yo pienso en ti. / Tú vives en mi mente / sola, fija, sin tregua, a toda hora…». Es como nuestro segundo himno nacional. Y es un poema de amor.

—Es que, para ser sinceros, a nosotros no nos gusta Alfredo Espino.

—¡Esa es la cosa! ¡Ya lo sabía yo! Si por eso les pedí que lo recitaran. Desde que supe que ustedes iban a estar presentes me estaba guardando esto para decírselos personalmente…

—Vaya, babosada. Sacó las uñas el Coronel.

—Calláte que te está mirando furioso. No se les vaya ocurrir discutir con él. Anda armado y está peor que el peor de nosotros.

—…yo he leído todas las páginas literarias que ustedes publican. No voy a discutir los ataques que nos endilgan allí, los ataques al Gobierno, el Ejército Nacional. Este es un país libre y para eso estamos nosotros, los soldados, para garantizar las libertades de la ciudadanía, la libertad de cultos, la libertad de prensa,

la libertad de reunión pacífica y sin armas. Las críticas las aceptamos, aunque no sean bien intencionadas. Pero quiero decirles, jóvenes, el dolor profundo que me ha causado ver en las páginas de los diarios esos ataques de ustedes a Alfredo Espino, al divino Alfredo, como le decían.

—Si no son ataques, Coronel, son, dijéramos, apreciaciones…

—¡Cómo no, señor, ataques! ¿Quién no sabe que ese poeta es amado por nuestras madres, por nuestros niños que lo recitan en las escuelas, por los maestros abnegados, por todos los que quieren y respetan a su terruño, a su bandera nacional, las cositas pequeñas de su patria? Yo, sinceramente y con el perdón de ustedes, eso no se los puedo pasar.

—Bueno, bueno, discutan como amigos, pero sírvanse, sírvanse…

—Yo no soy versado, soy un hombre del pueblo que con su esfuerzo ha logrado hacerse de una posición en la sociedad, pero tengo sentimientos de salvadoreño y en nombre de esos sentimientos les digo a ustedes, jóvenes inteligentes y preparados, que no es con menospreciar lo nuestro que se hace patria. Ustedes, poetas, que deberían estar haciendo una campaña nacional para levantar un monumento a Alfredo Espino, lo llenan de improperios y lo rebajan. Eso no puede seguir así, no señor. Alfredo Espino es como la bandera y el escudo, y atacarlo a él es atacar a nuestros símbolos patrios. Y si se enojan, perdónenme, pero yo siempre digo lo que pienso, tanto en cuestiones de servicio como en mi vida personal. Contimás en estas cosas de la cultura.

—Agarren, majes. A ver quién le va a contestar al Coronel Menéndez y Pelayo.

—Táte sosiego, baboso.

—Su punto de vista es sin duda muy interesante, Coronel. Pero hay otros. Yo pienso que Afredo Espino fue un poeta menor, sumamente…

—¡Cómo que poeta menor? ¡Es el mayor de nuestros poetas! Miéntenme otro mejor, a ver…

—Digo que es un poeta menor, por su tono. Hizo poesía en voz baja, en tono íntimo. A este tipo de poetas se les llama poetas menores. Y pienso también que para ser lo que se llama un poeta nacional, tuvo una visión demasiado parcial. Cantándole a los ojos de los bueyes y a los cañaverales en flor y a los luceros, se le olvidaron los problemas nacionales, el drama real del pueblo, la miseria y la injusticia. Alfredo Espino le cantó a los pajaritos y a los árboles de nuestro campo y no vio que en los ranchos de paja los campesinos se morían de hambre y de enfermedades curables.

—¡Esa es la cosa! Lo que ustedes le achacan es que no fue un agitador comunista, que no atacara a las autoridades constituidas. Y, además, sí trató de los problemas de los pobres, pero lo hizo con espíritu cristiano. Cuando dijo, por ejemplo: «Un día, primero Dios / me has de querer un poquito / construiremos un ranchito / donde vivamos los dos». Ese es el hombre sencillo, del campo, que expresa sus sentimientos y que espera tener su casita y ser feliz con su señora, con su esfuerzo y su trabajo, y la ayuda del Ser Supremo. Claro, que eso no es el comunismo que está de moda en la literatura de hoy.

—No es necesario ser comunista para darse cuenta de lo que este país ha sido y es. Lo dicen hasta los discursos presidenciales.

—El Señor Presidente denuncia injusticias reales que el Gobierno combate. No hace demagogia, ni calumnia.

—Eso es cuestión de opiniones.

—No, señor. Es cuestión de hechos. Yo a ustedes los disculpo por lo jóvenes que son. La verdad es que no tienen la culpa. Pero a los viejos que enganchan a la juventud y que esconden la mano, a esos no les hablaría así, como amigo. Ese es uno de los peores delitos, envenenar la ingenuidad de los muchachos inteligentes con doctrinas exóticas. Pedirle al divino Alfredo que odiara y que

fuera comunista también es criminal. Él era todo dulzura porque era salvadoreño y cristiano. Quién no recuerda esa cosa tan linda: «Es porque un pajarito de la montaña ha hecho / en el hueco de un árbol su nido matinal, / que el árbol amanece con música en el pecho, / como si tuviera corazón musical…». Eso es poesía, ¿no es cierto? «Si el dulce pajarito por entre el hueco asoma, / para beber rocío, para beber aroma, / el árbol de la sierra me da la sensación / de que se le ha salido, cantando, el corazón…».

—Buena, Coronel, eso no nos había contado. Que usted recitaba tan bien.

—Es que todo buen salvadoreño siente estas cosas, hombre.

—Échese otra, Coronel.

—Cuidado, amigo, que yo no soy payaso.

—No, si se lo digo en serio. Es que a mí me gustó la forma en que dijo el poema.

—Bueno, no es para tanto la cosa. No es para que nos pongamos empurrados. La poesía es para unir a las almas, no para distanciarlas.

—Si eso es lo que yo quería…

—«Encenderse las lámparas sin motivo aparente…».

—Brindemos por la concordia.

—Y es que de todo se aprende. Ya ves, un militar te ha hecho un análisis político de Alfredo Espino y te probó que «Un rancho y un lucero» es la base ideológica del Instituto de Vivienda Urbana y del Instituto de Colonización Rural.

—Calláte.

—Repito que eso es lo que yo quería decir a estos jóvenes. No me mal interpreten. Yo también soy padre. Y estoy aquí donde doña Cristinita, como amigo. Soy de los que creo que todos debemos unirnos para hacer una patria más grande. El actual diálogo democrático es para eso…

—Todo el mundo lo ha entendido así, mi querido Coronel. Y mi casa es como el país: aquí se oyen las opiniones de todos, con respeto e interés. Tómese su jaibolito que se le va a hacer agua. ¿Quiere que le cambie el hielo?

—Y es que después que me pasa la cólera, estas cosas me dan sentimiento. A su salud, linda señora.

—Nos ahuevó a todos y además te va a levantar a la vieja. Este Coronel no atina.

—Los ahuevó a ustedes, que se quedaron callados. Yo por lo menos opiné sobre el chinga quedito de Espino.

—No sean niños, Espino fue un pretexto.

—Claro, lo que pasa es que el Coronel se sabe ese poema desde la escuela y se apoyó en él para sonarnos una cachetada de tata a hijo, de Gobierno a jóvenes rebeldes, de defensor de los símbolos patrios, a imberbes descreídos y comunistoides internacionalistas. Esa es la babosada y no la defensa de «Jícaras Tristes».

—Para que lo oyeran los periodistas. A lo mejor se está labrando su candidatura.

—«Jícaras Tristes», carajo. Que traducido al salvadoreño de más hondo nivel quiere decir «cumbos de morro agüitados» o «tecomatiyos como pollos comprados».

—¿Y por qué no lo vergueamos, pue? Yo le agarro los brazos para que no saque la pistola y ustedes lo agarran de puchingbol.

—Ta bueno pues, con la condición de que también verguiemos al Nuncio. En la zamotana ni los periodistas se van a dar cuenta. Y de paso le metemos su patada al Embajador de Guatemala.

—Y al Coronel de paso le hueviamos la pistola y la empeñamos en los frijolitos.

—En «El Paraíso». Yo no puedo ir a los frijolitos.

—Nos vamos a hacer famosos. Ni los surrealistas de la época de oro vergularon a un Nuncio.

—Pero si el hombre no ha dicho nada. Pijiemos mejor al Padre Mario.

—Vos siempre de poquitero. Es por el rango, maje, no por el cuero.

—Pero si arman la escandalada me van a fregar la movida con la mamayita piernuda. Creo que ya voy por dentro.

—Lo que pasa es que tenés miedo.

—Y nos vamos a zurrar en la olla de leche de la Cristina.

—Bueno, ¿los verguiamos o no los verguiamos?

—Echémolos unas dos o tres guacaladas más, para reflexionar en el centro del fuego.

—Ay, Dios, con ustedes no se puede ir ni a misa. Solo son boca para hablar y patas para recular.

—Habría sido lindo, pero…

—Y así hablan de tomar el poder. Salú.

—Algún día.

—No entienden ni la ley del valor.

—Así que usted es el guatemalteco que se ha hecho poeta salvadoreño?

—Sí, Embajador, soy de Xela. ¿No se acuerda de mí?

—Ahora sí, quería estar seguro. Se ha abierto campo en El Salvador.

—La necesidad tiene cara de palo, dicen…

—¿Me permite una sola pregunta?

—Dele, Embajador…

—¿Por qué no regresa a Guatemala?

—Traté, Embajador. Pero por poco me matan. Tuve que regresar a pie, por el monte, a El Salvador.

—Ese fue un error. Estoy enterado. Hoy las cosas han cambiado. Aunque esa vez usted también tuvo la culpa, pues entró ilegalmente. La puerta está abierta, pero hay que entrar por la puerta. Así no hay errores.

—Claro, así me cojen seguro.

—Amigo, amigo. No sea bobo. Ya es hora de serenarse. Todo pasa en esta vida, se lo digo yo, que podría ser su abuelo. Pásese por la Embajada, creo que podríamos arreglar su asunto. Su mamá se pondría feliz. Sus hermanos.

—Pues esa es nueva onda, Embajador.

—El prestigio del país requiere heridas restañadas, patojo.

—«Péscame una sirena, pescador sin fortuna…».

—No, eso no. «Cuida, limpia, levanta, defiende nuestro amor, alma mía, / yo te lo dejo como si dejara / un puñado de tierra con semillas. / De nuestro amor nacerán vidas, / en nuestro amor beberán agua / Tal vez llegará el día / en que un hombre y una mujer iguales a nosotros / tocarán este amor / y aún tendrá fuerza para quemar las manos que lo toquen»./

—Ve, ese poema sí está arrechito, ¿es tuyo?

—No, Coronel, es de Pablo Neruda.

—Ya me fregaste, vos hom, sos jodido. Porque Neruda es el comunista chileno, ¿no es cierto?

—Diga, mi Coronel.

—No, nada, que este jodido ya me hizo aplaudir a un comunista.

—Peores cosas se han visto en esta viña del Señor, Coronel. Se han visto muertos botando basura.

—Y fuegos fatuos jugando arranca-cebolla.

—Ah, jodidos, solo son cuentos, ustedes. Si por eso los quiero. No vayan a creer que a mí no me duele jalarles las orejas. Pero es que uno mira a los jóvenes como a sus hijos.

—Déme cinco, papá.

—En serio, hombres, en serio. Un día de estos los voy a invitar para que vayan a mi casa. Mi hijo es universitario también. Y sabe de marxismo y todas esa cosas. Pero eso sí, conserva incólume su fe democrática. «Ve papá, me dijo el otro día: no hay para donde, no hay como nuestro sistema democrático. Aquí nadie se muere de

hambre, ni de frío, ni de calor, ni de sed». Me encantó eso del cipote, porque yo nunca he tratado de imponerle mis ideas. Pero eso es claro, hombres. Ya los quisiera ver a ustedes en Rusia. Allá al que se atreve a hablar ya le van colocando su sobretodo de palo. ¿Ustedes conocen a mi hijo Manuelito? Está en tercer año de Medicina…

—¿Que no es uno al que dicen «Cara-de lión»?

—Nombré, ese es hijo del General Manzanares. Al hijo del Coronel no le han puesto apodo todavía. Yo lo conozco, es bien cherada, jodarria y todo.

—Señor Nuncio ¿y cómo se hace para conseguir la bendición papal?

—No, mi amor, no quiero ser confianzudo. Es que entre jóvenes debemos abolir los formalismos. En el fondo soy más serio de lo que parezco. Déme oportunidad, ya me conocerá mejor. Lo que pasa es que me has impresionado profundamente ¿por qué te lo voy a ocultar? Soy un hombre acostumbrado a sobrellevar los infiernos de la vida interior. La creación es terrible, no te imaginas. Por eso, cuando encuentro a una persona con la que crea poder exteriorizarme, no puedo contenerme. Perdóname, por favor, pero así soy. Las cosas son así, propiciatorias. Condenado a vivir rodeado de imbéciles, mi corazón se acostumbró a ver perennemente hacia el suelo. Hoy alcé los ojos y te vi. Esa es toda la explicación. Por eso parezco, qué sé yo, atrevido, impertinente. Solamente me he acercado para decirte: ¿quién eres? ¿Podríamos caminar juntos un trecho? Porque estoy seguro de que yo sería capaz de…

—Es que usted ya está bolo, niño.

—A ver, señores: ¿quién quiere jugar el juego del rifleto?

—No me comprende usted. ¿Sabe que eso me perturba más de lo que parece? Claro, el ambiente frívolo…

—¡Cómo no lo voy a comprender! Además he leído sus poemas y sus cuentos. Por cierto que después lo he tenido que confesar.

—¿Y usted ya conoce el cuento del burro, Cristinita?

—¿Ve lo que le digo? Ya somos cómplices en un pecado, un pecado sencillo. En serio: permíteme que te espere a la salida de la oficina. Luego vamos al cine o a comer algo a los *drive-inns*.

—Lilo: retire esa botella de Espíritu de la mesa del Nuncio, corra. Ponga *whisky* allí, por vida suya, qué horror.

—¿No hay música para bailar? El *hall* está bueno para un cachete a cachete.

—Los pátaros subjetivos. La vida pasa indiferente y por eso es que yo, cuando veo a un viejito sholco en la calle, siento que se me chispean los ojales de lágrimas. Lágrimas de los lagrimales: el que las deslagrime buen deslagrimador será. Chucha, qué calor más bruto está haciendo. No debí haberle jalado tanto a la botánica. Menos mal que estoy lucillo-lucillo y no se me ha sobado el closh. De lo contrario habría comenzado por sacarle la fresa al Coronel cuando se puso a hablar babosadas. Me duele la rabadiuca y ustedes no entienden nada. Y como no vino Mario, no tengo interlocutor a mi nivel, o sea no tenga a quién joder.

—Pobrecitos nosotros, íngrimos-íngrimos aún en medio del gential de gente. Y así va a ser siempre, hasta que nos platique La Bermeja, el Barrio de los Calvos. Por eso de la marca de Caín. «Hace frío sin ti, pero se vive. / Hace frío sin ti, pero se vive. / Hace frío sin ti, pero se vive».

—Idiay, vos, tenés los ojitos aguados. ¿Ya te va a agarrar la llorona?

—¿Qué culpa tienen los bueyes uuummmm?

—Chiquito pero matón.

—Y fuerte.

—Fuerte con lo ajeno.

—Perdone, Señor Nuncio, ya le patié un gengibre.

—Pues sí, cosita, yo sé lo que te digo…

—Pásame la botella. Nombré, la importada…

—Dice la Maruca que si ustedes quieren nos vamos luego para su casa. Allá va a llegar el ingeniero Rosales con su trío de guitarras. Lo que sí es allá es de amanecer porque a esta hora ya no habrá camionetas y ella anda sin licencia y no puede arriesgarse a manejar de madrugada.

—¿Y los frijolitos? Ese pollito se me quedó en el hoyo de la muela del juicio.

—Allá hay hartazón, hombre. Y podemos pasar comprando algo.

—Panes con chumpe.

—¿Y habrá *whisky*? Porque volver al Espíritu ahora sí que ya no. Mejor chupo lejía o tinta o amoníaco.

—Nadie me quiere, nadie me ama, nadie me llama, nombrándome.

—El Salvador no existe, créamelo. Francia sí, Estados Unidos, México.

—Pero usted debe pensar una cosa: ¿sabe lo que sería El Salvador si fuera del tamaño de Brasil?

—Lo peor es esta orfandad. Uno anda friolento del espíritu por esas calles de Dios y llorar no reconforta, da más frío. Uno quisiera que le saliera al paso un perro de San Bernardo con su barrilito y su insignia de la Cruz Roja. Pero qué diablos, puras chinchintoras le salen a uno al paso y tratan de picarle las canillas peches. Pobrecito Gavidia y también Marroquín.

—Me dan ganas de cortarme el pelo a la raíz.

—Estudiá la ley del valor, incachable.

—Pintores, pintores, vamos a Belén.

—El dictariado de la proletadura, qué chivo.

—¿Por qué escribiste ese artículo elogiando a Paul Klee? Y de los figurativos nacionales, de los artistas del pueblo. ¿Jamás vas a decir nada? Paul Klee, Mondrian, los surrealistas: esos no necesitan ninguna propaganda. Nosotros sí.

—Después, mi amor, cuando se vaya toda la gente. Hay más tiempo que vida.

—Paciencia, piojo, que la noche es larga.

—Ah, no señor. Yo al cine voy a divertirme, no a crearme más problemas de los que tengo en la vida. Para mí, Tin-Tan. Y su carnal Marcelo.

—¿Es verdad que Chaflán era salvadoreño?

—Nombré, el que era salvadoreño era Chacas. Lo mataron en la Avenida. Le decían Chacas, onomatopéyicamente, porque peleaba dando patadas en tijereta en la quijada de los chicheros y los cuilios de línea. Medias chilenas, como si dijéramos, hablando en fútbol.

—¿Has leído *La Ideología Alemana*?

—Tampoco.

—Me está cayendo mal este trago.

—Casháte, que vos también tenés tu historia.

—Recítense algo cipotes. Ya no los voy a regañar.

—El enemigo ya estaba entonces ahí, enganchándonos. Ahora nosotros estamos en la panza del enemigo, como Jonás en la ballena. Todo el pueblo en la panza de la ballena y la ballena se hunde cada día más en las negras profundidades y nos hace creer a todos que se trata de un baile y que en vez de intentar salir a la superficie por entre sus costillas o de pedir auxilio, hay que bailar y cantar. Nuestra manera de bailar es escribir en sus periódicos, organizarles funciones de teatro, pintar cuadros para sus comedores.

—¿Y dónde vamos a escribir? Vos mismo te cansás de escribir para sus diarios.

—Meterse en la entraña del monstruo es minarle las tripas.

—¿Con qué minas, papá?

—Este baboso se está durmiendo. Y yo no estoy para andar llevando bolos en el lomo, ni a jodidas.

—Ganar posiciones, poco a poco, en el aparato del enemigo. Es una vieja táctica revolucionaria que siempre dio buenos resultados. Hay que partir de una situación real.

—Qué horror. De pronto he sentido una honda puñalada de melancolía.

—Es que este tomó tragos al mediodía y a la media tarde. Y desde que llegó aquí no soltó el vaso.

—Desperté, vos, que te está viendo el Nuncio y te va a echar la maldición papal, que da salpullido en las entrepiernas y postemillas en el hocico.

—Clase de trago!

—¡Shhhhhh! «Esta es mi patria: un montón de hombres; millones de hombres; un panal de hombres que no saben ni siquiera de dónde viene el semen de sus vidas inmensamente amargas. / Esta es mi patria: un río de dolor que va en camisa y un puñado de ladrones asaltando en pleno día la sangre de los pobres. / Cada gerente de las compañías es un pirata a sueldo; cada Ministro del Gobierno Democrático un demagogo que hace discursos y que el pueblo apenas los entiende…».

—Es la mezcla, yo se los dije. Pero con no chupar, basta.

—Quién las puede más allá arriba, padre, ¿La Virgen del Perpetuo Socorro, la Virgen del Rosario, o la Virgen del Carmen?

—Mi abuelo era italiano, señor Nuncio. Pero era masón.

—Lo que falta aquí es una marimba.

—¿Y por qué no agarramos camino para La Libertad? Nos vamos despacio y amanecemos comiendo ostras. Allá se puede contratar una marimba pobre a quince pesos la hora.

—Hablando de pesos, los cinco pesos que le di a Lilo no eran míos. Vamos a hacer una cuernuda para resarcirme.

—Yo no tengo calzoneta.

—¿Y quién va al puerto a bañarse?

—¿Y qué vamos a hacer con el Nuncio en la Playa del Obispo?

—Lo que más necesita el país en estos momentos es un Instituto de la Opinión Pública. Hasta en Rusia dicen que van a abrir uno.

—No se agüite, amigo. ¿Qué serían los hombres públicos sin el trabajo abnegado, anónimo, de ustedes los periodistas? No tenga pena, tómese mi trago, no estoy tísico.

—Sáqueme una foto, aquí con los pintores.

—¿Le viste los calzoncitos a la de verde? Son celestes.

—No hay como las hijitas hembras. Los varones solo dan disgustos.

—No tengás pena, tengo una caja de reserva. Pero el lunes se la voy a tener que sacar al Embajador. Al fin y al cabo le salen casi gratis y aquí él viene también a trabajar, en relaciones públicas.

—Relaciones públicas. Y publicidad. Ese es el futuro de los jóvenes que piensan y crean. El mundo de las ideas, de las grandes ideas.

—Veo que se está poniendo pálido, amigo. ¿No le caería bien una Sal de Uvas Picot?

—Perdón, creía que era Margoth.

—¿Y eso? Para esa tos, Pijatol.

—Tiráte la hembra y sacamos raza.

—¿Se va ya, señor Nuncio? Pero si es tempranísimo. Bueno, yo entiendo, sus múltiples obligaciones. Ahorita le aviso a su chofer. Espero que no será la última vez que me hace el honor. Esta casa humilde es su casa. Ah, no, padre, a usted sí que no lo dejo ir. Como le tengo más confianza… Tengo cosas que contarle.

—Cuidado, el florero…

—Otra foto aquí, junto al cuadro de Mejía Vides.

—Bueno, si usted me promete venir al homenaje al grupo de pintores el jueves, lo perdono por hoy. Qué le vamos a hacer. Y ya mañana al mediodía lo llamo por teléfono, para contarle. Es un negocito.

—«Ayer oí decir a uno de los técnicos, experto en cuestiones económicas, que todo marcha bien; que las divisas en oro de la

patria iluminan las noches de Washington; que nuestro crédito es maravilloso; que la balanza comercial es favorable; que el precio del café se mantendrá como un águila ascendiendo y que somos un pueblo feliz que vive y canta. / Así marcha y camina la mentira entre nosotros. Así las actitudes de los irresponsables. Y así el mundo ficticio donde cantan como canarios tísicos; tres o cuatro poetas empleados del Gobierno. / Digan, griten, poetas del alpiste. Digan la verdad que nos asedia. Digan que somos un pueblo desnutrido. Que la carne y la leche se la reparten entre ustedes, después que se han hartado los dirigentes de la cosa pública. / Digan que el rábano no llega hasta las mesas pobres; que diariamente mueren cientos sin asistencia médica y que hay mujeres que dejan la uva de su vientre a plena flor de calle. / Digan que somos lo que somos: un pueblo doloroso, un pueblo analfabeto, desnutrido y sin embargo fuerte, porque otro pueblo ya se habría muerto…».

—Me va a fregar el cojín de terciopelo, amor. Mejor tómese su traguito.

—¡Shhhhhhh!

—A callar a los presos, pizarrín.

—«Digan que somos, eso sí, un pueblo excepcional, que ama la libertad muy a pesar del hambre en que agoniza. / Yo grito, afirmo y aseguro: En todas partes donde vivo, el cerro. En todas partes donde canto, el hambre. El hambre y el dolor junto a los hombres. La miseria golpeándoles la vida hasta quebrar el barro más cocido del alma. / Y a esto, amigos, se le llama Patria y se le canta un himno y hablamos de ella como cosa suave, como dulce tierra a la que hay que entregar el corazón hasta la muerte. / Mientras tanto, al occidente de la casa que ocupo, hay una imagen encaramada en el mundo (¡mayor razón para que viera claro?) y allá junto a sus pies de frío mármol, una colonia alegre se va en las tardes, cantando, a los Cinemas. / Bajo la sombra de El Salvador del Mundo, se mira el rostro de los explotadores. Sus grandes residencias con

ventanas que cantan. La noche iluminada para besar en Cadillac a una muchacha rubia…».

—Se está refiriendo a las vecindades, ¿no?

—¿Y usted qué marca de carro tiene, niño?

—Un día de estos ustedes me van a meter en un buen lío.

—«Allá en el resto de la patria, un gran dolor nocturno: allá, y yo con ellos, están los explotados. Los que nada tenemos como no sea un grito universal y alto para espantar la noche. / Allá las mesas de pino; las paredes húmedas; las pestañas de las tristes candelas; la orilla de un marco de retrato apolillado; los porrones donde el agua canta; la cómoda donde se guardan las boletas de empeño; las desesperadas camisas; el escaso pan junto a los lunes huérfanos de horizontes; el correr de los amargos días; las casas donde el desahucio llega y los muebles se quedan en la calle, mientras los niños y las madres lloran…».

—Los porrones…

—Yo tenía un amigo que se llamaba Porrón. Porrón Huezo.

—«Allá en todo esto, junto a todo esto, como brasa mi corazón denuncia al apretado mundo, la desolada habitación del hombre que sostiene el humo de las fábricas. / Esta es la realidad. / Esta es mi patria: 14 explotadores y millones que mueren sin sangre en las entrañas. / Esta es la realidad. ¡Yo no la callo aunque me cueste el alma!».

—Muy lindo, muy lindo, la verdá.

—Muy emotivo, muy fuerte. ¿De quién es?

—Decile que es de quien hace una hora vos llamaste espontaneísta.

—Pero no llore, coronel. No es para tanto.

—Déjame, cipote, que estas cosas a mí me llegan al alma. Si por eso yo les decía hace un rato que hay que unirnos. Unirnos todos los hombres de buena voluntad. Para luchar contra la miseria y el hambre.

—Es cuerudo el hombre.

—Por baboso se va a hacer cargo, si en dos años de Subse se ha hecho millonario. Y además ya le agarró la sentimental. En un rato más nos va a querer besar y ensalivar a todos.

—Está peor que cuando agarra onda la vieja.

—Arrastro.

—Ah, no. ¿Se me va a ir el Cuerpo Diplomático en pleno? Vamos ir quedando solos los simples mortales.

—No se vayan, distinguidos, que esto sigue empezando.

—Lilo, vaya a avisar a los choferes de los señores, por favor. Agradecidísima por su asistencia. Yo los llamaré. Agradecidísima…

—¡Viva Perú, señor embajador!

—El Perú no da becas, es inútil, sobalevas.

—Maishtro Sila: ¿Se sabe usted *Ella*? Es fácil, charranganeadito: «Ella quiso quedarse, cuando vio mi tristeza…».

—Dejá de joder al hombre, poeta del alpiste.

—Cuando el Pipo vuelva ya sin cáncer hay que contarle que su poesía hizo llorar al Subsecretario de Defensa.

—Y que sacó corriendo al Nuncio y al padre Mario.

—Ustedes, mijitas, no se me aflijan que yo las voy a ir a dejar a cada una a su casa.

—A Elizabeth yo la voy a acompañar.

—¿Y eso? ¿Quién le dijo?

—¿Qué no así habíamos quedado, primorcito?

—Sí, pero no es para que lo grite y lo saque en el diario. Solo por eso me voy a ir con doña Cristina.

—Doctor, no lo he visto tomar ni comer casi nada.

—Es por el deporte, señora. Mañana tengo mi compromiso semanal con el softbol. Si hasta estoy abusando, quedándome tan tarde.

—¿Y el pueta, vos? Aquí dejó tirada su cartera.

—Fue al baño, parece que se sentía ya muy mal.

Allá viene, más blanco que una cuartilla de papel *bond*.

—Dejaste tu cartera…

—Parece que me cayó todo de una vez: la goma, la juma y la trasgoma. Me estoy muriendo.

—Échate otro trago: un clavo saca otro clavo.

—¿Solo esa media botella de Antiquary queda?

—La gente no parece, pero chupa.

—Como una manada de leones heridos.

Bueno, ¿nos vamos todos a la casa de la Maruca? Allá habrá música y trago y bugui.

—Sí, hombre, sigámosla allá.

—Cristina, es lo mejor. Te ayudamos a cerrar la casa, Lilo se queda limpiando para mientras y cuando comience a clarear nos venimos a dormir.

—¿Y las muchachas?

—La que quiera que vaya y la que no, que se joda.

—Pero no las vamos a dejar a pata, a estas horas…

—La única que tiene problemas en su casa, por lo menos según dice ella, es la piernuda de verde y a esa la va a acompañar José. Ya hablé con él. Si puede levantar, amanece en hotel. Y si no, la deja en su casa y luego regresa en taxi donde la Maruca. Todo sale cabal.

—¿Y el doctor?

—Vino en su carro.

—La Maruca y sus amigos ya están en los carros, esperando. Tienen lugar para cuatro.

—¿Y los que ya están muy bolos?

—Allá hay camas libres. Y a los zópicos los colocamos a dormir la zumba en la piscina, que está vacía.

—¿Y el guatemalteco?

—No sé. Desapareció de pronto. Debe haberse ido.

—Bueno, pues, comenzá a arriar a la gente. Voy ir apagando las luces.

—Cómo se diluye una fiesta, cómo se diluye un amor, como se diluye la vida, cómo se diluye todo.

—Lo único que no se diluye es el café Listo, que se apelotona.

—¿Le llevo la guitarra, Maishtro Sila? Nos vamos a ir en el auto de la señora María.

—¿Todo listo? ¿Nos alcanzará la plata?

—Si no vamos a gastar en nada…

—Por cualquier emergencia…

—Vamos saliendo, pues…

—Andando, que es como mejor se camina.

—¿Viene, coronel? Nos vamos donde la señora María. Habrá trío de guitarras.

—¿Mi chofer ya sabe dónde es? Sírvanme un trago para el camino, para llevármelo. Y que se venga alguien conmigo, que todavía estoy triste. Después le mando el vaso por correo a la señora.

—Ay, hombre, se me olvidaba preguntarte. Toda la noche me ha estado picando en la mente. De seguro no entregaste hoy los materiales para la página de la próxima semana. Como desde ayer estás chupando.

—Tas bolo. Vos crees que yo soy Mario Arenales. No mijito, yo soy como dice que es la Revolución del 48: yo cumplo. Lo primero que hice en la mañana, un poco de goma y todo lo que querrás, fue pasar por la prensa para dárselo todo a don Luisito. Por cierto que no quería topar que nos hubiéramos excedido en tres cuartillas, pero al final lo convencí haciéndole ver que se trata del número antológico de la poesía de nuestra generación. Va a salir todo cabal.

—Qué bueno, hombre. Entonces todo está bien. Podemos irnos a la casa de Maruca sin remordimientos.

—Cómo ibas a creer, hombre. En las cosas serias soy serio y responsable.

—Juímosnos, pues, que ya todos salieron.

—¿Y allá van a recitar de nuevo, muchá?

COLECCIÓN
DIÁLOGOS EN CONTEXTO





























IV
Mario

La destrucción

DIARIO

«Fui el producto maligno de un sueño maligno. Si el ser no fuera imperecedero, el "yo" de que escribo se habría destruido hace mucho. A unos puede parecerles una invención, pero todo lo que imagino que ha sucedido, sucedió en realidad, por lo menos a mí. La historia puede negarlo ya que no he desempeñado ningún papel en la historia de mi pueblo, pero aunque todo lo que diga esté equivocado, aunque sea parcial, rencoroso, malévolo, aún cuando yo sea un embustero y un envenenador, es, a pesar de todo, la verdad, y tendrán que tragársela».

HENRY MILLER.

15 de septiembre

«Descompuesta y desmenuzada la idea de la cosa, como antes la tenía en sí, entera y compacta, ahora le confunde…». Porque de cualquier manera se tiene que comenzar. La realidad de este diario tiene que comenzar ahora. Puede ser que yo, a fin de cuentas, sea un escritor. Así, el idearlo se estará madurando en páginas continuas y espontáneas. Juro que nunca pretenderé llenar el hueco solamente, como ahora que el tiempo me apremia para ver la representación de «La Calle del Ángel», una estupidez de pedante humildad, según presumo. Algún día yo haré una obra mejor, todas las que quiera. Porque soy un predestinado. Perdón, señores,

por decirlo. La verdad es que en este maldito p… pedazo de país, los predestinados abundan y terminan siendo, más tarde o más temprano, unos pobres perros callejeros. Tal vez ni siquiera eso, tal vez solo unos seniles Zampanó. Antes que eso me haré morir. El prefacio ha terminado, señores.

16 de septiembre

Doce poetisas místicas, borrachas, armadas de espadas llameantes, vociferando contra la santidad del diablo: el cine es lo mejor que hay. El hombre es una estatua a la que le crece mensualmente la cabellera. Por lo demás es el aburrimiento infinito. Podría seguir indefinidamente construyendo frases así, pero ello no probaría nada más que el daño que hace a mi alma cándida el postre de arroz con leche. Quiero decir que mi madre morirá fiel a su origen de enfermera graduada: en cuanto me paso varios días tranquilo en casa, se convierte en directora de un hospital: postres dietéticos, mucho refresco de tamarindo entre las comidas, insinuaciones sobre una dosis de vitaminas por vía intramuscular. El paraíso se le derrumba —pobre amor mío— cuando un buen jueves le pido una cerveza.

18 de septiembre

Dicen por ahí que ayer o antes de ayer se celebró un año más de vida independiente del país. Nunca he logrado averiguar qué quiere decir, hacia qué fin está dirigido en el fondo, todo eso de las fiestas patrias y los símbolos cívicos. Cuando niños hacíamos gimnasia y nos preparábamos intensamente, como para una batalla que fuera indispensable ganar, esperando estas fechas. Había recuerdo, unos desfiles propios para futuros héroes. Pero cuando niños hicimos muchísimas cosas que no prueban en absoluto —por sí solas— nuestra obligación de mantener ciertas creencias. Ese sentido plástico del recuerdo ¿será entonces lo único que nos

hace rendir culto a tales preocupaciones? Bueno, la verdad es que no encuentro, de momento, un tema sobre el cual escribir. Me marqué un camino hace tres días y estoy aquí para cumplirlo, aunque positivamente sé lo siguiente: nada me disgusta más, ahora, que la prisión de una promesa hecha en distinto estado de ánimo. Estoy enfermo. Y si aparentemente de nada sirve decirlo, porque no trasciende a la comprensión ajena, repercute de una manera tan total en todo lo que escribo y todo lo que pienso, que hoy como nunca las palabras me salen dispersas y beligerantes. Siempre me preocupé poco por la coherencia y la organización, pero tarde o temprano uno cae en el hilo del sistema, del por qué y del para qué. Todo esto tiene su motivo: yo alguna vez sentí la inquietud de manifestarme por medio de una cosa comprensible y, aunque no inmediatamente, escogí la palabra entre todas las otras posibilidades. Para entonces ya había discernido claramente que el conjunto de las obras bellas producidas por el hombre es precisamente lo que más lo ha salvado. Lo nuevo era que me encontraba con *la voz,* como la he llamado tantas veces. En esta ocasión me perseguía a todas horas: no me dejaba tranquilo. No me dejaba vivir y creo que no me habría dejado morir. ¿O era tan solo una actitud falsa, una pose? No, las preguntas eran claras también. ¿Para qué escribo? ¿Acaso solo porque en medio de este refinamiento de la palabra primitiva había hallado un nivel donde el hombre comenzaba a gritar con desesperación su *basta ya,* con un grito pequeñito pero ríspido, y yo sentía por eso un estremecimiento sensual, dulcemente tibio? No. Ello es estúpido y ahora lo comprendo mejor. Lo poesía no es un fin en sí y ni siquiera en otros. La poesía es solo el vehículo de las emociones y las emociones solo son uno de los múltiples vehículos para llegar a la suprema verdad. Si esta verdad está emparentada de alguna manera con Dios o con una especie de Dios es cosa que no sé ni me importa. Porque para los problemas de Dios, es Dios el único competente. Y porque yo no hablo un lenguaje divino sino

un lenguaje humano. Un producto humano de las emociones humanas. Y porque se trata de la salvación del hombre y no de la salvación de Dios, que nunca podría haber estado en peligro. Eso es todo y por eso tengo los peores problemas. Porque en este mar vuelto el hombre no ata cabos para la dura tarea de encontrarse así mismo. Pero ¿y si al final descubro que yo también «lo que había deseado toda la vida no era vivir —si lo que hacen los demás se llama vivir— si no expresarme?». Porque, al parecer, *expresar* una actitud personal, en la medida en que esta haya sido producto de una purificación profunda, basta para estar seguro de que uno puede iniciar días nuevos, de que ya hay un cambio real con respecto al ayer. Es el caso de Roberto. Del colegio jesuita (todo el mundo debería leer a Joyce en estos climas) pasó de cabeza al Partido Comunista. Cosa muy normal si se considera que el Padre Basauri, su profesor de Química, solía decir: «Los jesuitas solo podemos hacer una de dos cosas con los muchachos de talento: jesuitas y/o comunistas». (Al decir «cosa muy normal», hablo, evidentemente, de la vanidad: Roberto estaba muy al tanto de cuanto se decía en la clase de Química, complicada para su gusto). Una noche, antes de la sexta cerveza —que, por supuesto Roberto pagaba, etc.— me dijo con su tono deportivo de siempre que, en un principio (habló incluso de los años y los meses correspondientes), liquidó los escrúpulos de conciencia (fruto de cierta inercia moral más que todo, después del convencimiento racional) haciendo las siguientes comparaciones: el socialismo es bueno y Dios es bueno; luego, si Dios existe, está de acuerdo (concuerdan) con el socialismo. Es decir que el socialismo fue, por un momento, el último sostén espiritual de su creencia en Dios. «Después, Dios se me fue olvidando poco a poco —agregó— ya no me era útil». Efectivamente, Roberto había comenzado a ser un materialista: podía expresar nítidamente el cambio básico de sus «tendencias de conciencia». Tal como el hombre fue hombre de verdad solamente cuando pudo expresar,

es decir, gritar, susurrar, cantar o… tergiversar, su propiedad, su diferencia con respecto al resto del concierto natural, como dicen por ahí. Claro, hay formas que son difíciles de matar. A pesar de todo, Roberto expresaba su cambio con las viejas fórmulas: los silogismos planos que le enseñaron los jesuitas hasta con música. Pero se trataba de un cambio efectivo. Y vuelvo a lo mismo: Roberto, que no se me antoja en forma alguna ejemplar, siempre me sirve para poner ejemplos en este tipo de probanzas, es decir cuando quiero probarme algo a mí mismo. Pero en general debo aceptar que tanto de él como de mí puede decirse esto que traduzco de una revista inglesa: «*…la obra de todos los nuevos jóvenes, es esencialmente, una protesta contra la mezquindad y la estrechez de lo que se les ofrece… todos dicen: "Soy demasiado bueno para lo que me ofrecen". Y en efecto, lo son. Y al decir "la obra de nuevos jóvenes" sabemos que ello se refiere a lo que escriben y a lo que están haciendo con sus vidas…*».

19 de septiembre

Recibí carta de Xalapa. Parece que aún no me olvidan, es conmovedor. Además viene junto a la carta una foto de Carlo Antonio en traje de campo, el pie sobre un estupendo puma muerto. Carlo Antonio tiene una notable ventaja sobre todos nosotros: la organización de los conocimientos. Y el hecho de que sea yo quien lo diga le presta a tal verdad, simple y rotunda, una especie de corona de flores terriblemente consagratoria. Sobre todo porque en las tres o cuatro páginas que llevo escritas en la construcción de mis diarios, he clamado ya más de una vez por la sistematización. Ay, los pobres poetas! La Universidad: ese es el secreto, no hay lugar a dudas. Si no fuera porque hay una Universidad de Xalapa, Carlo Antonio sería futbolista o gran fabricante de helados y confites. Los indios ztendales seguirían sin su alfabeto. Y yo sin el papelito más bello de la creación. Pues Carlo Antonio me incluye, otro además, un recorte del que me enamoraré perdidamente. Se trata de

mi poema «Destierro Voluntario» que han publicado en la revista del grupo xalapense y que yo consideraba perdido desde hace tiempo. «Destierro Voluntario», fruto de un año intenso, del año al que debo lo que soy, para bien o para mal. Pero, ¿es que soy el mismo de entonces?

…a veces, en la pausa de una piedra a la vera del destierro,
se oye susurrar el viento alborotando las estrellas.
Y la agonía de un hombre solo
camina ancha y errabunda en medio de los pastizales,
en medio de la noche estentórea
tan llena de murciélagos y de esperanzas muertas.
Alguna luz en la otra orilla —en la otra orilla del sueño—
nos guía hacia las fogatas de los hombres.

Es posible que todo comenzara con fantasmas de mi propia
[imaginación,
pero he ido marchando,
hincando el hambre en alguna fruta del arroyo,
por lecho el campo llano
y por amante una ilusión noctivaga, un no sé qué, una
[nostalgia,
una impresión de haber nacido antes,
de estar solo soñando este destierro.

Pero me posesiono de todas las historias y de todos los
[rostros,
nunca se cansa el corazón de conocer a todos los habitantes
[de la tierra;
aunque en todas partes la historia de Caín y Abel
es tan vieja como el principio del mundo,
y en todas partes la cara del diablo o la del ángel
asoma cambiante y sardónica.

Hubiera deseado tanto llegar a puerto seguro
pero es como decir «llegar al paraíso».
Sin embargo estoy vivo y pisando la tierra,
los vientos del Caribe traen sueños vagos,
y el mundo parece venir a plomo de repente.

Es necesario ir a buscar nuevos vientos alisios
y hacer de cuenta, a veces,
que es la brújula quien nos vuelve locos,
que todavía existe una pulgada de tierra
no descrita en ninguna de las cartas marinas.
Y uno termina forastero en el mundo, muerto a campo
[traviesa.

Proposiciones; una exposición de pintura de un amigo de Roberto llamado Manolo. Roberto le tiene simpatía pues fue su condiscípulo en el «inolvidable» colegio jesuita. Por lo demás se trata de un pintor que tiene mucho dinero, lo que le quita todo dramatismo a la exposición. Y con la ropa que yo tengo no vale la pena tentar a la suerte en una galería céntrica. Discusión en casa de José sobre las posibilidades de reorganizar el grupo de teatro de la Universidad. Temo contraer compromisos. Conferencia sobre Shakespeare en el Paraninfo. No. Juego de póker en la vecindad. No. Quedarse en casa leyendo. No. Iré a la Biblioteca Nacional a buscar libros viejos. Tengo dinero para tomar una cerveza en el camino.

20 de septiembre

No debo beber más así. No quiero volver a ser el de antes, el de hace apenas un año. Estoy convencido de que solo pensarlo me horroriza, pero, por ahora al menos, he caído. (Recaeré, os advierto, en la palabrería infame de la salvación, de la realización integral del hombre, del llegar, del ascender. No soy hipócrita: posible-

mente no maneje los signos que le quedan a este tiempo como un traje cortado a la medida). Y no es eso lo único malo. Resulta que perderé este día oliendo mi opaco cuerpo bajo las sábanas, con la inquietud en blanco, pensando, a lo más, en el clima. Miro las paredes en la oscuridad y me doy cuenta de que no me basta una actitud de honda censura. (¡Ay, si solo se tratara de convencer a los enemigos!) Porque con lo que suelo hacerle a la gente que tengo en derredor, digo, hablando, podría ahora estar tranquilo, justificado convincente. Pero, ¿y si resulta luego que hasta la gran iracundia es una ridiculez? Vivir en rebelión contra ese gran basurero que es el mundo requiere algo más. Y lo peor es que, de vez en cuando, sentimos que se nos mima.

5 pm: ¿Adónde ir, en qué punto de la curva / (dicho sea de paso), / en cuál circunferencia está la patria? / Tala el hombre los árboles, / recolecta los trigos y, cotidianamente, / se ayunta y reproduce; / más mi estupor no sale de sí mismo, / no inventa su oración definitiva. / Busca consorte el miedo disparejo / pues…

Nunca pude escribir con lápiz. Sobre todo con estos lapidarios lápices de punta inverosímilmente dura (¡qué vueltas doy para decir lo mismo!) que dejan marcas en la página de atrás. Cuando mañana pase en limpio lo dicho en este pobre papel, no respetaré su originalidad. Mis hermanas… No. Definitivamente estoy triste, pero el cuerpo ávido de ciertas pirotecnias es, sin embargo, cobarde. Ese cuerpo me obligará a quedarme aquí, donde la tristeza crecerá y creceré hasta agitarme y ahogarme. José dijo anoche una cosa genial sobre este país. Todo el mundo se reía mucho, recuerdo, pero ahora no sé de qué se trataba la broma. Luego, con un movimiento especialmente brusco del culo al levantarme para ir a comprar cigarrillos (acción heroica), tumbé un vaso de cerveza a hice saltar del bolso las pastillas de sacarina de Gisela, que se diseminaron por lo ancho del mundo. Otro de los inconvenientes de beber demasiado. San Salvador no es una ciudad para beber, como

Guanajuato o Veracruz, y sin embargo hay técnicas agotadoras que cumplen su cometido ardoroso como una máquina de guerra. No escribiré más. Mañana, espero. O dentro de trescientos años.

11 pm: Amo escuchar por la radio programas que, supongo, son noticiarios en idiomas orientales. Algunos de ellos me causan verdadero placer corporal. También ciertos ruidillos (en El Salvador decimos simplemente «estática») que al correr la aguja por el dial parecen abrirnos calles anchas, corrientes de peligrosa succión, chorros hacia el infinito.

21 de septiembre

Ahora que uno entra a la primera madurez se da cuenta de por qué cuando su historia ya no da de sí, busca el hombre los sucedáneos de los anhelos juveniles. Verbigracia: tener un hijo. «Yo estaba muerto en vida hasta que mi hijo me devolvió la fe de vivir, ahora puedo morir en paz». Esa es la frase frecuente entre las personas que fracasaron en sus actividades. Se dice que esa es también la fe del hombre en la humanidad, pero en realidad no es más que otra expresión de su egoísmo fundamental (hablando peyorativamente). ¿Perogrullada? Más importante que todo esto es la pregunta de por qué la vida hasta cierto límite parece no ofrecer más perspectivas diferentes y todo se reduce a una mera vuelta de la noria. ¿Por qué se agotan las posibilidades, repito? ¿Qué se pretende encontrar en la paternidad? ¿La realización de los sueños que no se materializaron en uno? Es un afán bien estúpido y muy mal enfocado, pues la verdad es que uno da vida a un ente distinto y solo le dotará de ciertos elementos muy reducidos de la propia personalidad. Tú no puedes determinar la contingencia a que estará expuesto y hay que tomar en cuenta la absoluta libertad de ese nuevo ser. La paternidad es bien estéril como satisfacción del propio egoísmo y, para los términos humanos, ella está reducida a esa pretención. En general

la cosa va así con todo el amor: te amo quiere decir te hago mío o mío, te incorporo a mí en cierta medida. Porque el amor es siempre una acción de síntesis. ¿Pero es que acaso la paternidad no se basa en el instinto de reproducción? Nada, todos los caminos nos llevan a sufrir la dialéctica, como decía mi maestro de Lógica. El instituto de reproducción, caramba. Si solo se tratara de un instinto más o menos oloroso, un disfraz de vicios mediocres, llegaría a ser toda una religión. ¿El porqué todo lo anterior? Una mujer inteligente, de aspecto increíblemente maternal permitió que… Bueno, lo escribiré otro día.

(Recorte proveniente de la Sección de Avisos Clasificados de *La Prensa Gráfica*.)

AVISO SUMAMENTE IMPORTANTE.

Si llena Ud. los requisitos detallados al pie del presente aviso, puede presentarse los días LUNES, MARTES y MIÉRCOLES DE ESTA SEMANA, en el edificio BICARD, Oficina 206, de 9 am a 12 m y de 3 pm a 6 pm,

REQUISITOS:

1. Vestir elegantemente.

2. Poder trabajar en forma exclusiva y permanente para nosotros.

3. Facilidad de palabra.

4. Constante deseo de superación personal y económica.

5. Tener experiencia en ventas de libros y gustarle esa clase de trabajo.

6. Ser mayor de 26 años.

SI ES ASÍ LE FELICITAMOS, VENGA A VERNOS Y SE ASEGURARÁ UN BUEN PORVENIR.

22 de septiembre

Antes de ayer, crudísimo y tembloroso, trataba de hablar sobre cualquier cosa y vine a meterme con San Salvador. El diario personal es una alcoba, te lo permite todo, hasta los remordimientos. Pues, ¿qué demonios sé yo de San Salvador? Parece que alguna gente en el extranjero sabe más de esta ciudad y su cara de pan podrido, porque cuando en Xalapa, en Xalapa, repito, dije que volvería a mi pueblo alguien masculló: «¡Qué sentido de humor». Nací en San Salvador, la recorrería con los ojos vendados sin necesidad de aprender ciencias ocultas, de día o de noche, por sobre sus empedrados, sus autopistas, sus depósitos de lodo, sin tropezar jamás, sin caer en el próximo agujero. Y sin embargo, lo único que tengo de ella en la cabeza es un dictamen moral: San Salvador está dividida en dos grandes corrales de prostitución. El de arriba, que es impagable, perfumado, sutil, regadas sus langostas llenas de champiñones con Chivas Regal; donde se discuten con languidez y se perfeccionan con pasión la carezza, las pequeñas torturas de lecho, los objetos y los productos para la delicia (y donde solo a alguna virgen bizca, proveniente de otra clase social, cabría decir provechosamente aquello de «*Praterio sentio vulvam Sacratissimae Majestitatis ante Coitum diutius esse titillandam*»). El de abajo, donde pagas tres pesos, te apuras y te largas sin proponer cosas raras, so pena de una buena cuchillada entre los ojos poniendo en orden el honor ofendido. Es decir: en ninguno de los dos corrales hay lugar para mí. En el de arriba, el motivo ya está dicho: es impagable, por lo menos si se piensa en el dinero. En el de abajo… Entonces ¿por qué demonios insisto en ubicarme aquí, en arrimarme como un piojo a esta mi ciudad extranjera? Tampoco hay que dramatizar estos hechos. Solo se trataba de hablar un poco más lúcidamente de San Salvador. Ya la has dividido divinamente. Basta. Carajo.

P. D.:

Es decir: no basta. New York es a San Salvador como San Salvador es a San Pablo Tacachico, Teotepeque o San Juan Tepezontes.

«… a diez leguas de distancia de la cervecera se halla el pueblecito de San Pablo Tacachico, con dos indios y tres ladinos y no tiene frutos algunos y es su temperamento tan dañoso que desde párbulos se mueren por lo que el pueblo siempre ha estado destruido».

«A distancia de dieciséis leguas de la capital, rumbo sureste se halla el pueblo de San Pedro Teotepeque, con ciento treinta y siete indios. Tiene los mismos frutos que el antecedente, está situado en tierra colorada y es muy caliente y enfermo de gálico (sífilis), que a varios vecinos deste pueblo vi inmobles de este accidente».

«El pueblo de San Juan Tepezontes dista de la capital nueve leguas, tiene 38 indios y por frutos: mais, gallinas, cera y caña. El pueblo está situado sobre un cerro que está en la orilla de una amenísima laguna que se llama Xilopango. Goza de temperamento fresco, aunque enfermo, porque el viento que corre umedece la ropa de tal suerte que quasi se moja y sucedió que estando celebrando el Santo Sacrificio de la Misa el cura beneficiado del partido, coxió tan umedad la hostia que no la pudo tomar porque se doblaba».

23 de septiembre

He inaugurado lo que debería llamarse (si yo fuera una división de tanques o simplemente un espía) «Operación Papelitos». Como sé que los libros que leo no son leídos por mis amigos (pues, o no leen inglés o no leen francés, o están siempre muy ocupados en sus oficinas inexplicables, o leen exclusivamente a los clásicos), recojo frases de mis amados contemporáneos malditos, las anoto en tarjetas de visita, boletos de bus, pizcas de papel, y, por los medios menos imaginables que se presenten en cada caso, las hago llegar a Roberto, a José, a Álvaro. El que hice llegar a Roberto este día es un ticket sin premio de una rifa, con la siguiente cita de Tynan al

dorso (en letra cuidadosa, negra, dibujada con canutero y plumilla violín): «*El socialismo debería significar progreso hacia el placer. Y es en esto, donde uno tropieza con el impenetrable ceño fruncido de la conciencia disidente*».

11 pm: Roberto me ignoró esta tarde en el café. Habló conmovedoramente de un caballo que tuvo, un caballo con nombre de tempestad. Cuando yo viajaba después en el bus de vuelta a casa, hubo una pelea que me devolvió el ánimo, el buen ánimo. El cobrador dijo no sé qué grosería a una verdulera y esta sacó el cuchillo largo de entre las ropas. Al final, todo el mundo gritaba y se empujaba dentro del bus que no aminoró en ningún momento la velocidad. Yo mismo empujé a alguien, a una mujer especialmente furiosa. Me he acostado fresco, sin bañarme. Alegre.

26 de septiembre

Por recomendación del Licenciado Alemán, el amigo de Roberto y Álvaro, me han dado un trabajo de oficina en la Dirección General de Estadística y Censos. Pero una mañana me ha bastado… No me he atrevido aún a decirlo a mi madre. Tenía ella tanta alegría al saber que yo iba a ocuparme en serio, que me da gran pena desengañarla. Y la verdad es que la cosa está decidida. Más aún: hecha. No volví al trabajo por la tarde y le dejé una nota al jefe de personal: «El trabajo no me conviene. Las razones son más bien de orden metafísico, sería largo exponerlas. Le ruego enviar mi salario por las labores de esta mañana a la dirección adjunta». Aunque quisiera volverme atrás no podría sino intentar una súplica amarga, de antemano reconocida como inútil. Pero ¿acaso no se trata, en último término, del precio que se paga por el ejercicio de una verdad? ¿De *mí* verdad? En cuanto a lo que dirán mis amigos, mi madre, Roberto, el Licenciado ¿es que vamos a terminar creyendo en la afirmación de la contraverdad basada en el terror? Porque no es

necesario sufrir las bromas de Stalin para poder hablar de terror. También ciertas miradas… ¡Oh, si los problemas se deben resolver por medio de estos expedientes es que la vida está fundamentada en lo más excremencial de lo absurdo! La vida no vale la pena vivirse entonces, la vida es… una porquería, los hombres son un asco, Dios mismo es una omnipotente mierda. Pero si todos estos sacrilegios fueran las más solemnes equivocaciones, ello querría decir algo peor aún: que la pasión misma es incapaz de redimir. ¿Cómo podría entonces hacerse un acto de fe verdadero? El comercio lo es todo, invade hasta lo desconocido. Se vende a Dios, se roba a Dios, como si Dios fuera el patrimonio de una secta privilegiada. Si la vida valiera la pena de vivirse, si existiera un infierno real para condenar a todos esos canallas que venden a Dios en las esquinas, la felicidad crecería como hierba que nadie cultivó y a lo mejor a la vuelta de unos siglitos estaríamos en el mismo llanto, hastiados de todo, pero después de haberlo digerido todo. Quizás sea tan solo cuestión de motivos que envejecen, Dios mío. Mario: ¿qué quieres decir cuando dices «Dios»?

PD: ¡Qué desordenado soy!

27 de septiembre

Hablábamos de la predestinación. Roma es una ciudad predestinada si es verdad que todos los caminos nos conducen a ella. El problema es el siguiente: ¿por qué no puedo yo dar un paseo por el campo en un día minuciosamente escogido en los planos astral, meteorológico y laboral; suspirar por los olores de la pradera en otoño, en medio del ridículo crepúsculo; regresar a casa con la noche avanzada, después de haberme atiborrado de platillos populares, bebidas de maíz cocido, etc.? Esa es al parecer la felicidad, por lo menos en una de sus variantes. Me empecino en cambio en citar mentalmente a Zarathustra y lo jodo todo. Ayer me ha

invitado el ingeniero Pares a ver el crepúsculo desde Los Planes de Renderos, ese bello lugar con nombre de conspiración. Y ha llevado inclusive a un pintor, además de una cesta para pic-nic velocísimo y fundamentalmente alcohólico, para tener a mano los cambios de tonalidad en el cielo. Yo me mantuve silencioso y el pintor también, pero el ingeniero ha hablado por los dos como para guardar la tranquilidad por el resto de nuestras vidas. He escrito una crónica (qué escritor me estoy poniendo en estos días) sobre lo que supongo fue el desconcierto extremo del pintor ante el potente verbalismo de nuestro anfitrión. Vivan los anfitriones parcos en la verbalidad. La crónica es la siguiente (y no quiero tomar conciencia de quienes me influencian en ella, en el resultado de digitar para ella una máquina de escribir, por no dejar escrita una pura y simple acusación):

«Entonces el ingeniero le dijo a Carlos que pusiera toda su atención (era evidente que Carlos había recaído en la fuga hacia el olor amoniacal del infinito, "el agujero final de todas las rebeldías y los despropósitos", porque tuvo que respingar ante la insinuación directa, úkase del Rey de Saba). El auto había quedado fuera del asfalto, sobre la grama húmeda y olorosa, y por el amplio ventanal delantero (se trataba del Buick con visión panorámica, línea hoy descontinuada) se miraba tan solo la gran mole del cerro de San Jacinto, un cachito de lago, una pequeña parte de la ciudad (como si se tratara —"camaradas pedantes, amores míos"— de un puñado de luciérnagas en el fondo de un vaso de vino recién vaciado en el pescuezo, donde se hubiera echado levemente, además, una bocanada de humo de cigarrillo Polar) y el cielo lejanísimo y duro (que en esos momentos pasaba de un rojo violento —provocado por el fuego de la última mitad del sol en el descendimiento crepuscular— a *un lila efímero —verdadera nitidez de transición, antes de que asomaran las primeras notas reales de la noche—). Comenzaban a insinuársenos esa sed especial del pía alto en que se necesita un trago de Jerez y un soneto de Góngora, un recatado rincón suburbano para afilar en cuerpo la melancolía.*

A pesar de toda la sugerencia directa (había un no sé qué de suspendido, cierta sensación antigravitacional que lo convencía a uno de hallarse sin asideros), la presencia del abismo inminente no acababa de imponerse a la conciencia. Ni siquiera —colmo de una geografía simpática— a la del obstinado coleccionista de evidencias en que Carlos había venido a parar luego de leer a Robbe-Grillet y de haber retornado, por razones asociativas, al ánimo de su *París y* su *Madrid; tan disociado en sus elementos plásticos (es decir, en el enorme lienzo del recuerdo actualmente en elaboración como un monstruoso mural de a tantos pesos el metro cuadrado) por aquellos ojos suyos de borracho.*

—¿Nota Ud. —continuó el ingeniero, manteniendo el señalamiento lánguido con el dedo agobiado por el gran anillo de ópalo— (y conste que la tarde hoy no ha dado el tinte filtrador en su mayor grado de pureza, porque al sol se le ha ocurrido caer en una impropia velocidad de última hora) cómo el carmelita de la segunda loma no se ha enriquecido sino en intensidad y cómo, contrariamente a lo que sugiere el cuadro de Canjura, permanece dentro de los límites de su conjunto cromático familiar? Claro, me permito, quizás, quitarle las palabras de la boca, hay un momento en que todo depende de si uno acepta o no esa novedad teórica de la individualidad de los colores —sonrió para sí, halagándose o inclusive sí uno pertenece a la raza extrasensible de aquellos para quienes los cambios en la teoría de la percepción involucran adaptaciones de la propia pupila. Pero este momento le demuestra por lo menos que no era gratuita mi afirmación de anoche. Pero eso, es que Mejía Vides me parece un paisajista más honesto: su traición técnica a la tradición nacional (que, por otra, parte, en su concepto más valedero, es patrimonio espiritual de no más de siete personas en el país, una verdadera exquisitez) resulta más, por decirlo así, epigrafizada. No olvide Ud. que lo simpático —y perdóneme la palabra— abre innumerables vías para adjudicar títulos de honestidad en forma inconsciente, incontrolada. No somos, feliz o desgraciadamente, hombres de una formación rigurosa.

Sí, la tarde era art-nouveau *típico.*

Carlos se sintió muy incómodo, sobre todo por la vía de acceso de los hechos en la argumentación enemiga: sus ojos de (borracho) pintor.

—Y es notorio que perdí —pensó, recordando las palabras de una dantesca zarzuela española en la que viejos campesinos gordos se disputan con viejos capitanes gordos el amor de viejas hortelanas gordas, cuidándose de no citar la frase en voz alta, pues seguramente el ingeniero, después de una bofetada final que significaría re-argumentar con alguna copla especialmente seca de don Antonio Machado, le despreciaría eternamente por una remisión tan municipal. El problema de Carlos es ese precisamente: no haberse formado aún el lenguaje oral suficientemente apto para las necesidades de complementación de redondamiento, que le plantea su oficio (y sobre todo, que le plantean a cada paso sus puntos de vista tan peculiares sobre la expresión técnica, es decir, cómo, por ejemplo, hacerse entender por el resto de la humanidad, cuando, para aproximarse a lo que quiere expresar, tendría que usar giros y sobre-giros como "cine al óleo", "composición geométrico-sonetística", "música-de-las-superficies", etc.?). Pensando en formas y colores es muy necesario ser cauto. Lo único que pudo decir, luego del gruñido-sonrisa con que le dio la razón al ingeniero, fue algo sobre los colores de origen humano, los de una ciudad, por ejemplo, ya fuera contemplada de cerca o de lejos, en cuanto a que facilitaban enormemente el trabajo del pintor objetivista, entendido este como un cultivador de actitudes-de-elaboración consecuentes con presupuestos éticos.

—Las ciudades tienen, claro está, una muy vasta erudición cromática —dijo, señalando las luces de San Salvador que allá en el fondo comenzaban a ser cubiertas por algo así como los bordes lechosos de un azul-negro amenazante (las tormentas que vienen por el lado del volcán son "absolutamente seguras")— pero la variabilidad instantánea del color alcanza su nivel atroz únicamente en la naturaleza…».

28 de septiembre

Pero el problema de Dios es tan intenso que por eso más vale no caer nunca en las garras de Dios. «El existencialismo no se desvi-

ve para comprobar que Dios no existe, sino que aduce que para tratar los problemas del hombre el problema divino no tiene cabida». ¿Cómo es ello posible si el hombre está atado a la divinidad, como el alma está atada indivisiblemente a la configuración orgánica? Por eso ya está dicho que más le valiera al hombre no caer nunca en las garras de Dios. ¿De qué le valdrá al hombre haber nacido si va a pasar la vida entonando salmos estúpidos y alabanzas pueriles y temerosas al Señor? La vida no es para eso y esta es una cuestión que ya se ha repetido hasta la saciedad, hermanos sordos. Entonces… volvemos a la misma pregunta: ¿Para qué nos conformamos con respecto a una moral? ¿Por el bien en sí? ¿Pero para qué recontracarajos sirve el bien en sí? ¡Ah, cuánta razón tienen los materialistas cuando alegan que todos estos malditos metafisiqueos solo sirven para eludir la verdadera razón de la vida! Hablando de otra cosa —o quién sabe si nada más insistiendo en otro nivel sobre el mismo problema original— he de decir que me ha sorprendido mucho un texto de Roberto, un poema en prosa. No por lo que vale el texto en sí —que vale en realidad muy poco si lo mides con el metro de las sintaxis o las autenticidades—, sino por lo que significa en él, en su obra, siendo como es (todo lo indica así, es decir, de ese supuesto hemos arrancado siempre) miembro del Partido Comunista, del Pe, como dicen esos muchachitos misteriosos que reparten propaganda en los cafés y los comercios del centro. Copio para mi diario una parte del texto: «*Para la gran aventura de vivir otra noche, mi corazón ha quedado solo entre sus espejos de martirio. Sobran las viejas preguntas, la gramática solemne de las dudas. Solo el enigma puro se ha visto enriquecido, el gran mito que abomina de toda compañía. En viejos meses esta pausa habría servido para revisar las más sordas pasiones: la desnudez de la virgen mulata en un lecho erizado de encaje de Flandes, la colección de viejas pipas de marfil, el desbordamiento de las viejas canciones egipcias aprendidas en los textos de un abanico oloroso…*». Y luego, al final: «*con los ojos abiertos has besado mi*

mejor desnudez, fuente de vida. Y el mundo ha quedado vacío por más de un siglo profundo, agotable en unos minutos. Hemos hablado en sueños. Yo soñé que te hablaba sobre lo mismo que tú soñabas que me hablabas. Es sencilla la audacia. Susurros, lírica de las nubes, cálculo de la caída gallarda, me has besado. ¿Estamos acaso vivos? Sí, porque soportamos esta delicia mortal. ¿Olvidaremos un ápice de está regocijada voluntad, de esta extrema exigencia de la fe? Prisión de humo y plumas, ojos más allá de mis ojos: tu piel en mí, corriendo entre mis venas como una nueva sangre. Olvidaremos, sí, olvidaremos algo, pero no ha de ponernos a prueba la lamentación. Todo el humo eres tú. Rosas, las del silencio, llueven en nuestra edad luminosa. Mi mano ha encontrado el cause de su fiebre, mi boca su defensa, ante el mundo, mi pecho su transfiguración perfumada, ¡Oh, quietud enemiga, dejadnos!». ¿Quiere decir entonces que no estoy absolutamente informado sobre lo que significa, cuando Roberto habla de «Las huestes revolucionarias», lo que él mismo llama su «militancia angélica»?

11.30: «La juventud no es inmortal, gracias a Dios». Sí, nuestra generación tendrá valor sobre todo por sus muertos. «Los mejores escritores son los escritores muertos». Hemos jugado mucho. Bien a lo siniestro, bien a lo chocarrero y a lo banal. Pero de pronto no será más así. Yo me moriré un día de estos, de cáncer en la actitud o en el cerebro que destila la bilis. A Roberto lo matarán por comunista. O por tonto, lo que lo mismo da. José tendrá un accidente de autos y se desangrará antes de llegar al hospital (como en las películas españolas) y no escribirá nunca su pieza sobre Anastasio Aquino. Álvaro será tiroteado por su mujer, es decir, por su ama de casa, al sorprenderlo galopando sobre alguna de las chiquillas culo-contento de la Televisión que tiene a mano. Y los demás… Bueno, no importa demasiado que sobrevivan. Incluso será mejor, tal vez necesario. En todo caso los más honrados de entre todos ellos podrán trabajar en el futuro para acabarnos de dar a entender con el público o como se llame eso. Y se cubrirán de orgullo

y de cierto prestigio extraño por habernos conocido y hasta por haber reñido con nosotros o habernos odiado entre juerga y juerga. Cosas como esta son las que me hacen beber y buscar todas las peculiaridades para olvidar el paso de las horas. Y luego, una de mis hermanas dirá que soy tan solo un pedazo de mierda, un haragán y —lo que es terrible— un vivo. Roberto es feliz en cambio. Para colmo de la buena suerte tiene ahora también a Lisa, que lo sigue como un corderito de ojos incrédulos y asombrados, dejando que él haga ostentación de su frutal niñez ante los compañeros envidiosos que querrían substituirlo. Al decir «compañeros» me refiero claro está (algo al respecto he dicho antes, creo) a esa ola de cortesanos políticos que oscilan entre el bajo sueldo y la desocupación, que le siguen a todas horas hablando en voz baja. Algunos comienzan a escandalizarse y Roberto es aún más feliz. Yo, por el contrario, espero. Dicho esto en el sentido de acechar. Supongo.

29 de septiembre

Qué finura, mi país. El único país del cual, por otra parte, nadie sabe nada en el mundo entero. Dar-el Saalam, Irkustk, Luangpravang, Liuje, son París o Nueva York de la fama, comparadas con Zacatecoluca, Santa Ana o Cojutepeque. Claro, que eso salva a El Salvador de agresiones sanitarias, justas desde el punto de vista estético-higiénico, no reconocido, por supuesto, en las Naciones Unidas. Porque entre la lucha libre (me refiero al pancracio, catch o como se llame), las narraciones dominicales de los partidos de fútbol en que los más tartamudos analfabetas de la región se aferran desesperadamente a los micrófonos de todo el sistema radial que alcanzo a captar en mi pobre aparato RCA Víctor de 1942, y esta especie de novias afanadas en pasar metidas en los cines sofocantes que se suele echar uno encima para pronta desesperación, el nivel de las preocupaciones cotidianas desciende hasta el mal olor. Hay con todo, en el fondo de la vulgaridad del pueblo

salvadoreño, una dramática tristeza. Por ejemplo, qué sé yo, en los apodos de las putas pobres, las del barrio de abajo, que hasta hace algunos meses coleccioné responsablemente para un trabajo de investigaciones sociológicas de Roberto. En ellos pueden encontrarse muchas pistas para conocer más aún lo pobre diablos que somos. ¡Así es la vida, habría que decir: con lo ancho que es el mundo uno tuvo que venir a nacer precisamente aquí. Pero ya lo dijo el tío ese en el título de su novela más voluminosa e inútil: el mundo no es solamente ancho, es también ajeno. ¡Me cago en Londres! Roberto no acaba de aconsejarme: hay que estudiar marxismo, hay que estudiar marxismo. La verdad (y dejando en paz por un momento al país) es que yo podría ponerme temporalmente hipócrita y dedicarme a cultivar una buena cara de seminarista rojo. ¡Qué va! Por lo demás pasan los días y pienso en bromas y en crímenes que nunca cometeré: jamás podré ser un revolucionario porque querría serlo del tipo Marcelino-pan-y-vino. ¿Me explico? Creo que no. Hoy llamé por teléfono a la tan olvidada en las últimas semanas, idiota de mí. Solo temo que mi aspecto termine por disgustarla. Las mujeres (y aquí levanto mi índice didáctico), en todos los casos, en todos los casos, en todos los casos, terminarán prefiriendo para acostarse y hacer cochinaditas a un niño peludo de dieciocho años antes que a Balzac y Faulkner y Yehudi Menuhin o el mismo Modigliani neurasténico y bello y todo. Al menos por lo que se refiere a las mujeres que yo conozco aquí, que están cerca de mí en esta época interminable: mi juventud cansada de recordar, como diría un poeta colombiano. Por lo tanto este ha sido un día de decisiones. No volveré a leer un periódico salvadoreño (contagian), nunca más beberé al mediodía (por el sueño que da y por el tiempo que hace perder la siesta maravillosa), hablaré la próxima semana con Álvaro y le plantearé francamente mi problema de dinero y de trabajo (será que me ganaré el pan con la televisión de la gente?). Y me arriesgaré, me lanzaré de cabeza en el asun-

to Vilma (vamos a dejar escrito así su nombre, diario mío, perro). Anoto aquí, antes de dormir, que deberé pedirle a Roberto el libro de Fatone que ayer elogiara tanto ese muchacho de apellido Reyes que me presentaron. Es raro, uno se encuentra con personas que a primera vista dan la impresión lamentable de no servir sino para abogados o jueces, por ejemplo, y de pronto nos echan encima la sorpresa como un vaso de vino que se quedará oliendo para siempre en la camisa. Debo salir más a conocer esa gente que bebe café con leche y panecillos de afrecho. De lo contrario un día de estos voy a encorvarme como un duende.

30 de septiembre

No debo beber más así. Es decir, no debería beber con exceso nunca. A ninguna hora. ¿Es que soy incapaz de hacer solamente lo que me beneficie, aunque sea por un corto tiempo? No debo beber así, por Dios. Además, porque… No. *Eso* no deberé escribirlo jamás. Jamás.

3 de octubre

Soledad. Pureza. Pulcritud. Muy buenos días. Tranquilidad. Aire indoloro. Espuma blanca, tibia. *After Shave Lotion*. Hielo. Cubitos de hielo al sol. Grama tierna bajo los pinos. Roberto debe masturbarse mientras canta un verso del himno de San Ignacio y otro de la Internacional. Acuso recibo de su cheque número 134567-1978 por la cantidad de siete mil doscientos dólares en concepto de derecho de autor de mi libro de sonetos titulado como queda escrito en el contrato adjunto. *Ejeculatio precox*. Pianola de las nubes. «Pestaña matinal no os levantéis». Se vende playa para quemar todas las naves. No. Se compra ensenada para quemar todas las naves, situada cerca de estación del ferrocarril o paradero de buses. La paz sea con vosotros, hermanos. Hermanos amigos y hermanos enemigos. Tú mi-culito, amor, tú espeso culistrico o culiflay que es

mi hogar, la gruta de las orquídeas, el casto comedor de la cocina donde el pan nuevo se comparte con los murciélagos, y el ser humano comienza a ceder su orgullosa corporeidad exclusivamente carnal en nombre de una posibilidad galvanoplástica, eléctrica, no importa que remota y ciertamente peligrosa. La caracolíada. Suben y bajan. Y las huellas, babosas. Tu obligo también, querida, aunque tenga uno que bajar los ojos. El espíritu opina que contra la frustración cotidiana solo la maleabilidad nos hará trascendentes. Pero el espíritu es un voto de la última fila en este mundo de atletas. Madre, no te mueras. Mi vida sigue siendo ventrípeta, eso es todo. No, no es verdad. Quiero decir que es verdad que mi vida sigue siendo ventrípeta, pero que no es eso todo. Un vino suave, esbelto, como un chorrillo de agua de la montaña que penetra el aire antes de insistir con la piedra. Pero ¿dónde? Y ¿con quién?

11 pm: Antes de anoche el siguiente diagrama tenía un sentido espléndido. Brillaba de verdades interconexas y era la gran poesía que habíamos esperado tanto. Pero en estos momentos no sé qué quiere decir. Y me avergüenzo tanto. No por mí, dijéramos, incapacidad actual, sino por todo lo contrario.

Trufas-tridas-trepantas burba-Lica-Laleón
Neni-purbi-Carambi-Cebre-Klara-Bartás
Clico-Dubio-Senterio-Rimbayakalinor
Adugorrécintemachetz-pirvo cinti ye flí nut
agudo agudo agudo agudo agudo agudo
Xímbalos-realmente trufas-jutes-jutes-jutés
galento específico la salvadoreñitud aún estreña estrezza.

Necesito un dibujo básico para todo esto. Estoy enfermo.

4 de octubre

«…pequeña de cuerpo. Pero sus grandes ojos negros y rasgados hacían que uno la mirara siempre hacia arriba, hacia el esplendor de las estrellas o el sol. Su piel era —según el método descriptivo del Cid Campeador, explicado en ocasión de aparecérsele en forma etérea a Vicente Huidobro— una hermosa piel de mujer sobre la que, sin embargo, no habría costado apenas imaginar frescas similitudes de musgo y geografía. Una y otra vez la recordaré, buscándome a tientas en la niebla de la casi-noche, surgiendo desde los distintos niveles de las piedras fantásticas —cercanas a la orilla del viento y al final del mundo— con los labios y las mejillas llenos de un temblor húmedo como un candor inviolable. Extendía los brazo, en dirección de su corazón (el que le había formado aquel erguido pecho palpitante) y balbuceaba mi nombre nunca con tanta dulzura, peor señalado…».

(Del texto escrito en un papelillo color verde agua, que encontré hoy por casualidad, inmediatamente después de la función de las seis y treinta, en uno de los pasillos-escaleras que llevan de Balcón a Preferencia, en el Cine Apolo. En el reverso del papelillo puede leerse las siguientes anotaciones: «Luis, tel. 36-69. 1°) Llevar dinero casa señora Isabel. 2°) Sacar pantalón Dry. 3°) Pedir Armijo devuelva Juan de Mairena. 4°) Pedir a Pepe devuelva Maiacovski. La frase señalada con el número dos aparece rayada con lápiz rojo, posiblemente en testimonio de cumplimiento. También estaba anotada la que parecía ser una dirección incompleta en una ciudad extranjera: Moc Iver 726, departamento 16. El texto literario es una perfecta mierda. ¿De quién será? Nada en el estilo efusivo de Roberto. Sería colosal. Tendría para joderlo por el resto del siglo. «Aquel erguido pecho palpitante». Imagen pecuaria, si las hay.

5 de octubre

—¡Un comunista estudiando derecho civil! ¿Dónde se ha visto una contradicción mayor? Pero hay más aún en el caso de Roberto, pues

se trata de un *poeta comunista* que estudia derecho civil. Cuando yo asomé las narices en la Universidad supe de inmediato que solo soportaría las aulas de la Facultad de Filosofía o de Antropología, las ciencias humanas más decentitas que hay. La Escuela de Letras me parece una estafa, porque no me digan que todo no se reduce a estudiar las obras de tipos como yo o como Roberto, con algo más de talento —quizás—, de disciplina, de fortuna histórica, de posibilidades culturales. Para quien crea que la literatura es algo muy respetable, la idea de la Facultad de Letras es esencialmente sacrílega. Y para quien crea que la literatura es una mierda, aún más todavía. Pero el estudio de las Leyes, el Derecho, los antropófagos Códigos, es el verdadero colmo. La Facultad de Derecho es una fábrica de delincuentes que funciona a la vista de todo el mundo. Sus productos son los Jueces, los Fiscales, los Secretarios de Juzgados, los apoderados de grandes empresas: ladrones, estafadores, rateros, en una práctica muy calculada y organizada, sórdida, enemiga de la audacia y emparentada en primer grado con la acción policial como ya lo ha aclarado hasta la saciedad la literatura naturalista. Estudiar Derecho es naturalismo puro, sin duda. En el peor delincuente hay una perspectiva más noble, desde un punto de vista dramático, que en el mejor abogado. Así se lo dije claramente a Roberto y creo que lo toqué a fondo por cuanto se apresuró a decirme que él, por su parte, piensa especializarse en Derecho Laboral.

11 pm: Mi novela deberá ser irritante y catártica. Buscando esa fiebre intensa, provocada por el grito del curandero que sacará los males del cuerpo por el sudor y la orina, y los del alma por la desesperación.

Nada de máscaras ni emboscadas para una clientela de lectores torpes. Por el contrario: paciente raciocinio y dureza. Sobre todo dureza. Una novela debe ser como un límpido tratado de física teórica o como un diamante. Resultado, en fin, de presiones seculares en que los diversos estratos del cuerpo y del alma han

acabado por pulimentarlo todo y en que tan solo una especie de cobardía traidora podría explicar la existencia de sedimentos en la superficie. Queden los tratados de erótica contemporánea para la iniciación de los adolescentes; queden los prontuarios de situaciones forzadas, basadas en la-cuota-de-la-hipótesis que tanto nos abunda, para un concurso de desempleados que se consuelan por no poder estar en la cervecería; queden las fotografías de la naturaleza o del carácter para los psicólogos que de todas maneras terminarán confeccionando horóscopos; queden las denuncias naturalistas para el cine ruso. Y estos clamores por el rigor no excluyen la ternura humana y sus pírricas leches. Por el contrario, de ella se nutren quizás en demasía. Pues lo que me propongo es tomar a alguien de la mano (sin más prepotencia que la necesaria para no terminar en una gresca al tratar de iniciar el paseo) y caminar juntos mientras hurgamos metódicamente en nuestro grado de concordancia con el mundo.

……………………………………………………

Defino según mis deseos. Y si a eso se le agrega que soy una persona imaginativa la conclusión es evidente: pobres de mis exégetas, hermeneutas, críticos (Verbigracia: Sexo: una mujer pálida, dormida en una enorme caja de bombones. Cuando la cabalgo, cruje el papel de estaño).

……………………………………………………

Lo anecdótico y lo palabrero: los dos peligros de la narrativa latinoamericana. La exhuberancia es buena para la buena pastelería y la buena heladería. La payasada de la anécdota rara es de una bajeza casi periodística. Hijitos: o refrenamos la imaginación o no seremos dignos de otra cosa que un circo o un zoológico. Pero, ¿y lo de la «suculenta realidad de América Latina?». Bueno, eso es cosa de ella misma. O de la Revolución. ¿No?

……………………………………………………

Para mis obras completas:

RECORDANDO UN SUEÑO

(Autorretrato hablado de Vilma)

entonces iba yo bien galán con mis alitas hechas de páginas dominicales del Diario de Hoy *en que crepitaban como grillos en una mínima dimensión de silencio atormentado Luis Ciclón y María de Oro y el Chiquito Abner por allí por la esquina, del Correo Viejo te has perdido buscá tu mapa me gritó un chichi chulón como yo y como yo con una inscripción violenta en la frente donde podía leerse sin dificultad Belice es tierra de Guatemala cuando estaba apagada pero cuando se encendía con una así como luz del Ángel del Farolito en plena Santa Cruz Michapa o en Ayagualo camino del Puerto la cuestión decía técoles con plumas cuando de pronto sin que se interrumpiera aquel ritmo elemental alguien gritaba* one two three four *y salían de la vieja casona tejosa del Arzobispado que ya se llevó el diablo y los incendios trece curas equipados con evidentemente livianos acqualugs de color turquesa y máscaras de vidrio redondas marca Omnisport de Well Salomón todo para el deporte cada quien con su guitarra en vez de pistola y escopeta acuática desquebrajando sendas canciones concurrentes entre cuya amalgama se podía reconocer tan solo las melodías de que me tiene prisionero prisionero del amor japonesita ven que quiero yo librar de tu dulce boca la miel tralalalala-la-la-la-lá y la hija del penal me llaman siempre a mí porque soy hija del carcelero no conocí el amor talailalalalá más que las penas del prisionero y quiero ser chofer de tu automóvil o a tomar tus curvas en bajada quiero ser el vaso donde bebes pa besar tu boca azucarada y de corazón a corazón con la mayor sinceridad oye mi confesión de amor que solo tú sabrás y qué culpa tienen los bueyes ummmm de que les salgan los cuernos ummmmm y Sonsonate tierra de petate tambor y palmeras y* See the piramids along the Nile *y guími e quís tu bilt ei drimon an may imayinéshon y pequeña te llamo pequeña que por cierto cantaba tan rechulo y hace apenas unos años*

mi amá todo esto hasta que una camionetona Ansart estallaba en pétalos de flor de fuego y partículas sanguinolentas de pasajeros asombrados casi cuando cuando iba a detenerse con parsimonia muy cerca de las oficinas de la International Railways yo me sentía tocada por la gracia recordaba el clima de las arquitecturas de Cojutepeque cuando Italo llegaba a que lo regañara mi amá de domingo a domingo te vengo a ver cuándo será domingo con libros impresos en griego para tomar aspecto de muchacho estudioso y por lo consiguiente inocuo de las manos y estaba aquella vieja horrible la enfermera de las lavativas que cada vez me ponía dos o tres jazmines en el cabello y me decía sana-sana Bilitis los catoblepas servían de extraños barriletes a los policías de tránsito chulones también bajo sus paraguas parasoles de lona pesada y sus casco de expedicionarios temerosos de la insolación y la malaria pintados con grueso esmalte azul-sucio tipo llobasco debo anotar aunque lo siento mucho que en la otra esquina mi padre más moreno que nunca para la estación me mostraba sonriendo la pequeña silla eléctrica que acababa de terminar para mí durante una aburrida sesión del Sindicato era jueves hora en que el Chino debería llevarme a ver el basketball *fragoroso y su manera de golpear con el canto de sus manos rosadas y suaves la nuca de los siempre anónimos cadetes condecorados con pequeños hígados de algodón escocés y a los cuales unos minutos antes el coronel les había dicho carguen contra esos pelagatos del García-Flamenco al fin y al cabo a los únicos que no es negocio golpear es a los alumnos de los jesuitas quien aguanta mañana al señor Presidente al llegar a la Plaza Barrios la Mila Dickinson cantaba algo de Parsifal con voz de bajo amor callando justamente para que el verduzco y patilludo general pionero del cultivo del café y de la Reforma Padrenuestraría comenzara a declamar lentamente con aquella su voz acatarrada de pedir permiso para meterse con los pies helados y levemente uñudos bajo las sábanas de la Adelaida algunos versos míos de la época virginal hasta terminar con el y-a-lavar-a-gran-agua-toda-mancha saludándome con un beso en lo más rechoncho de su sable a decir verdad certeramente mancillado por los pajarillos parásitos del tendido eléctrico mejor conocidos como guacalchías pero eso fue solo*

entonces repito que era bien galán bien arrechito como dicen los cipotillos de los cuentos de Salarrué cara pícara ojos de capulín quemado sin perder el lustre y la barriguita como alcancía ciega con timbre para llamar al cielo eso fue solo entonces porque después ni el amor fue suficiente el sueño se hizo una sola piedra de negrura pero qué hago yo aquí hablando en tono declamatorio con esta larga túnica de loca lo que pasaba es que todo dolía y ensuciaba y dejaba en la boca un sabor que no llegaba ni a ser amargo vertiginosos años de tolvanera mala e irremediable en que solo me condujera la pregunta la duda sin método locuaz y más de una sed extraña que nadie quería comprender pasaron así ciudades y casas y habitaciones y fechas que terminé temblando de la misma embriaguez ahí aprendí que lo único vivo en mí corazón es la muerte que la destrucción oh sí la destrucción es mi gran obra anhelada vale la pena porque soy tan bella como el primer día en que fui amada sobre mi larga cabellera negra ah soledad dulce enemiga que me encierra conmigo a pleno abandono frente a mi espejo con alma de reloj y de enemigo implacable ahora escribo largos poemas sobre cárceles y perros y pequeños niños destrozados por esos perros tengo dos ojos hondos en qué verme sé que alguien acecha por las calles con hambre de mi carne y sed de mis jugos pero yo soy el camino de la duda y la desazón pienso que el sueño puro era mejor que ahí podía decir en las esquinas soy Telticihuatl y aceptar el revoloteo en mi contra como el mejor homenaje pero a pesar de ello

………………………………………………

Con respecto al texto anterior:

¿Por qué será que siempre que escribo «en salvadoreño» imito a Roberto?

Nótese: Vilma habla como hombre.

Tercero: Este jueguito, que no alcanza engañarme ni me basta, ¿es el comienzo del amor?

7 de octubre

Peces carniceros, color ágata, nadando en una cisterna de vidrio llena de cerveza, alimentados con papas colochas, sin dar importancia a los problemas del colesterol. Intensa visión de un mediodía memorable cuyo resumen irrespetuoso habría que intentar. El verdadero problema es de memoria, pero uno tendría que escoger entre ponerla en peligro al, por ejemplo, tomar diariamente alcohol, y entre no tener nada agradable que recordar viviendo una vida rigurosamente sana. Una vida sana solo sirve para sentirse bien al saltar de la cama. Si estás dispuesto a pagar tu cuota de tos, amenazas de vómito, mal sabor en la lengua durante los primeros quince minutos del día, ya tendrás innumerables temas que tratar, «momentos intensos» que trasladar a la página perfecta que te ha iluminado anticipadamente el día.

12 m: Reunión en la cervecería «Aloha». Grandes colas de camarón con mayonesa especial, *bocks* opulentos, alimenticios, mientras revolotean, buscando su dirección en la media jornada, las muchachas del Instituto Central de Señoritas y de la escuela de Ballet. Entre las primeras se destaca de pronto un cervatillo, una venada potente, pero el término medio son hijas de obreros o campesinos con hambre ancestral, sobrinas de costureras heroicas o ramplonas, en cuyos rostros el acné juvenil campea como una colonia de insectos de otro planeta. Las muchachas del ballet son casi todas ánades morenos excepto aquella pobre gorda que sobrelleva la seguridad de un porvenir que no tiene nada que ver.

11 pm: Parece que la escuela sociológica norteamericana comienza a hacer estragos entre nosotros. Ítalo me ha pasado hoy la copia a mimeógrafo de la grabación hecha en la Facultad de Humanidades de una conversación con los novísimos poetas. Los temas: nuestra época, nuestras «generaciones», quiénes somos, para dónde carajos

vamos… Fuera de una referencia sádica en mi contra, el texto me deja frío. Lo adjunto:

Café de la Facultad de Humanidades, Tertulia matutina,

ÍTALO: —Lo que pasa es que no hemos tenido conciencia histórica. Hemos vivido a espaldas de nuestro propio pasado. Más bien dicho: coexistimos pacíficamente con un pasado fabricado por nuestros propios enemigos. En términos generales, creo que se impone una labor de… (No se entiende).

MANLIO: —Sin embargo yo me opongo a que declaremos estas cuestiones en forma tan paladina. Es menester decir al público que nosotros mismos hemos sido ciegos. Hay que confesar que no hemos tenido claridad dentro de nosotros mismos para enfrentar estos problemas. Pues de lo contrario caeremos en el error de venir a confesar acciones que no están prohibidas. ¿A quién le importará mayormente que nos confesemos de no haber hecho una literatura realmente audaz si ni siquiera sospecha que la literatura sirve para algo?

ARMIJO: —Las tesis clásicas del historicismo en el arte se encuentran en la poética aristotélica, y en las de Hegel. En los filósofos de la praxis, el concepto puramente imitativo del objetivismo idealista, se ve transformado por la interacción del sujeto y del objeto. Uds. conocen desde luego, los Manuscritos Económico Filosóficos de 1844, en la Colección Breviarios, del Fondo de Cultura, como apéndice de la obra de Erich Fromm, «Marx y su concepto del hombre». En los manuscritos se espigan las ideas fundamentales de la estética de la praxis. Libro importante también es *El arte y la vida social*, donde Plejánov sienta su tesis de la historicidad del ideal de belleza. En Fischer, Garaudy, y sobre todo en Luckas, en su *Estética* recientemente publicada —la primera parte, en francés,

cuatro tomos, que aún no hemos leído— se ahonda, se explica y se profundiza la concepción de la historicidad del arte y la literatura.

TIRSO: —De acuerdo. Solo quería decir que con respeto los *Manuscritos* es preferible utilizar la edición uruguaya de «Pueblos Unidos, S.A.», traducción directa del inglés a partir de la edición rusa revisada y corregida por el instituto Marx-Engels-Lenin del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética. Solo eso.

ÍTALO: —Pero eso nos lleva un poco lejos de… Digo, estábamos discutiendo nuestro concepto de «generación» y nuestro criterio acerca de la propia pertenencia generacional.

ALFONSO: —Generación es una tajada temporal de la humanidad. Nosotros pertenecemos a una que fue cortada a puros balazos en 1932 y que quién sabe si será delimitada antes de que se acabe el siglo. Porque la delimitación que esperamos sería la Revolución. ¿Cuál ha sido nuestro aporte para pertenecer a la tajada que aludo? Haber nacido entre 1930 y 1940. Claro que no se trata de un espacio totalmente cerrado. Yo nací el 8 de diciembre del 40 y no creo que mí pertenencia a esta generación esté determinada por el pedacito de mes que me faltó para no nacer en 1941.

ARMIJO: —Es decir: somos lo que somos por lo que *nos hizo* lo que pasó del año 30 para acá.

MANLIO: —Yo creo que *también* somos lo que somos por lo que pasó desde que Adán le dio en el morro a Eva. Pero fundamentalmente somos lo que somos por lo que pasó más o menos desde el 30 para acá y por la forma como se ha venido viendo el resto de la historia (Adán y Eva incluidos) desde el pozo creado en El Salvador a partir de los años 30, del año 32, concretamente. Es decir, Balzac me forma a mí como escritor del siglo pasado que es, pero la visión que

sobre Balzac se ha tenido en El Salvador desde el año 30 para acá, más o menos, también me impone su influencia.

No sé si…

ALFONSO: —¿Cuál visión de Balzac? ¿Dióndas? Dejémonos de babosadas, inclusive aquí entre nosotros no hay quien tenga un «visión de Balzac». A mí sáquenme por lo menos porque no he leído nada de Balzac. Ni he leído el Quijote. Pero la gente que vive a mi alrededor no parece haberse dado cuenta de estos mis crímenes.

ÍTALO: —Sí… Pero… (Ruidos.)

TIRSO: —(No se entiende al principio)… es la manera de poner a cada quien en su sitio…

ÍTALO: —Lo único que me preocupa es que en el fondo somos arbitrarios. ¿Por qué el año 30?

ALFONSO: —Los pretextos históricos pueden quedar a tu cargo. ¡Qué sé yo! Porque en ese año se fundó el Partido Comunista, según dice Roberto. O porque en ese año nació Mario Arenales, lo cual quiere decir que ya tiene —haciendo el debido cálculo de descuento de la niñez— más de veinte años de chupar tragos.

ÍTALO: —A eso me refiero. Hay arbitrariedad.

ARMIJO: —El machetazo histórico verdadero es 1932. Un país es otro país después que le matan treinta mil hombres en un par de semanas.

CEA: —Andá decí eso a Izalco…

TIRSO: —Ustedes van y de inmediato sicologizan la historia. Eso de «trauma nacional» no es marxista. Si fuera así las cosas, la URSS tuviera un trauma que no curarían ni los próximos cien años: veinte millones muertos en la Gran Guerra Patria…

ALFONSO: —Con la única diferencia que esos muertos ganaron esa guerra, papayito…

CEA: —¿Y quién putas es marxista en este país?

ALFONSO: —Hombre, todo el mundo lo sabe: el Coronel Medrano.

ÍTALO: —Como diría Roberto, yo soy marxista, pero me como las uñas. O algo así. El problema es otro…

MANLIO: —No. El problema no es otro. El problema es el mismo de Adán y Eva: ¿qué podemos hacer? ¿Quiénes somos? ¿Hacia dónde marchamos? ¿Qué debemos hacer?

ARMIJO: —Por el momento, y mientras no aparezca en el país un poeta reaccionario verdaderamente inteligente, esperar. Esperar y resistir, ¿no?

10 de octubre

Partes de la historia. Al fin de cuentas es eso lo más importante que podemos llegar a ser. Partes de una crónica larga, de un rosario astronómico de muertes, renacimientos y más muertes. Pero, de ser así, quien tendría razón sería Marx y no Santo Tomás, y no nosotros. Porque Dios mismo es una jorobada idea histórica ya que, por ejemplo (y de creer a Roberto que estuvo una vez allá), en Rusia hay toda una generación sin Dios, es decir, una generación cuya participación en el hacer-para-la-Historia prescinde de Dios no solo como motivación de sus acciones o como fin de las mismas, sino como mero punto de referencia. Dios para ellos es parte de la Historia solamente en lo que de crónica emocionante y curiosa del pasado tiene esta. Imagino que lo tratarán en cuanto a concepto, con el mismo asombro divertido con que nosotros consideramos las costumbres sexuales de nuestros contemporáneos primitivos. Lo grave es que, según parece, a los rusos les va mucho mejor sin

Dios. Sobre todo si se piensa en que para ellos Su aceptación sería otro problema más: hay que suponer que con eso de los planes quinquenales y el culto a la personalidad, con las ganas de llegar a la luna antes que los americanos y con sus antipáticos inviernos, tendrán ocupado absolutamente todo su tiempo. ¿Cómo lucirá un ruso a un metro de distancia? Pero yo no iba a eso. Lo que yo quería decir al situar al hombre como parte de la Historia es que (vidente para lo evidente) el escritor solo funciona eficazmente en cuanto parte del desarrollo literario, en su género y encasillamiento geográfico. Pues la verdad es que no hay lo que llaman «literatura general», como no sea en el altar de los sacrificios de la didáctica. En la realidad diaria nos encontramos con una serie de literaturas. De literaturas nacionales, desgraciadamente, según mi punto de vista. Apartando el orgullo cegador, la verdad es que Aragón no tiene sentido en Olancho, República de Honduras: su síntesis no cooperaría en borrar el polvo de la carretera que cae sobre los burros locales. Dante en Tangañica es algo parecido a un desembarco de marines yanquis, de esos que tanto enervan a Roberto y a Pepe. ¿Quiere todo esto decir que mi destino es simplemente ser un paso corto o una zancada en el trillo, en el camino vecinal (concediendo) de la literatura salvadoreña? ¡Qué risa! Es terriblemente ridículo ser un escritor salvadoreño. Y tal vez lo sea solo por la haraganería y el egoísmo de la propia *inteligentsia* nacional, que ha preferido en cada caso individual rascarse la panza mental y dejar que figuren exclusivamente como creadores de la cultura del país, de la tradición cultural del país, personajes tan sospechosos como don Francisco Gavidia, Masferrer y Alfredo Espino. Este último por ejemplo, no suena a nada más que a un angelito tonto y medio amariconado, soplando eternamente un pito de barro de los peores, es decir, de los más chillones y erizantes. Si se publicara y se difundiera como se debe a los cronistas de la conquista y la colonia, a los incendiarios predicadores de la Independencia,

al cura Bertis, las grandes figuras del liberalismo centroamericano, a los poetas de finales del siglo pasado, a José María Peralta Lagos, Francisco Herrera Velado, Luis Lagos y Lagos, José Leiva (posiblemente los creadores más notables de esa suerte de realismo crítico salvadoreño que es una de las constantes más sanas de la cultura nacional) y se lograra situar definitivamente, mediante la crítica profunda que se les ha negado, sin piedad a Salarrué, Quiteño, Lindo, Lars, Gamero, Geoffroy, Escobar Velado, etc., los jóvenes seríamos mejor comprendidos. Pero así como están las cosas debemos hacerlo todo nosotros. Todo. Hasta la interpretación, la introducción apresurada a nosotros mismos, si el tiempo nos es leve. Lo cual no tiene nada de magnífico, siendo ineludible desde el punto de vista moral. Sobre todas las cosas porque no podemos, moralmente, continuar haciendo una ridícula y limitada literatura de poetas y poetisas. Y poetisos.

11:30 pm: «La vida en rosa». ¿No es una amarga ironía que yo deba gustar una canción así, tararearla inclusive, acompañado el sonido de la radio? Metamorfosis indefinible: pienso rápidamente en la pobredumbre. La cual, echada como adjetivo sobre los sentimientos, ya me es completamente familiar. Anoche soñé con Vilma. Entraba yo a su habitación, tal vez borracho, pero en todo caso violento hasta lo bestial. Ella trató de defenderse, de mantenerse en pie, pero estaba muy cerca de la cama. Sentí su desnudez mucho mejor de lo que hasta ahora la he imaginado. Sus pechos espléndidos recogidos en una dureza de copa tosca, su vientre animal coronado por el sexo, áspero hasta casi hacer daño en mis manos. Pero de pronto el sueño cambió y me vi cabalgando, haciendo todo el juego del amor sobre las piedras de una calle cercana a la casa de José. El Sol quemaba y cuando me levanté la gente se reía por la gran mancha oscura que decoraba mi pantalón. Otro cambio y fui yo entonces el desnudo y la gente se reía aún más. Sueño para una caricatura psicológizante. De un grupo salió un hombre parecido a Roberto,

pero más ceniciento. «¿Ves lo que sos?» —me dijo. Yo traté de bromear (recuerdo que me temblaba, como cuando voy a llorar, la piel del rostro) y le dije: «Estás celoso por lo de Vilma: ¿no podrías dejar siquiera a una en paz, digo, para el prójimo?». Entonces todo el sueño se hizo risas, carcajadas. Y ya no me vi más.

PD: Deberé tener cuidado de no insistir nunca más en la «vulgaridad del pueblo», en la «vulgaridad triste de los salvadoreños». Cuando he podido al fin leer un poco esta noche, me he encontrado con una cuarteta anónima (recogida por algún cretino como «puro folklore») plena de tristeza y de melancolía, que llega incluso a parecerme refinada, sin exagerar. Es esta:

«Cuando llego hasta mi casa
me pongo a pensar y digo
¿para qué quiero la cama
si no hay quién duerma conmigo?»

Ha caído sobre mis sábanas la lluvia fría del invierno meridional, pero del invierno meridional del alma. Roberto no sabe de estas cosas. Al menos no con la intensidad de mi experiencia. Miseria, abandono, desolación. Tres palabras para hacer un excelente chiste obsceno. Roberto suele hacer algunos muy exitosos. Mañana debería salir muy temprano, luchar por un par de principios no muy importantes, discutir enarbolando citas de gruesos tratados sobre el sentido de la vida en un país que siempre se encuentra en apariencia moribundo. ¿Acaso el heroísmo no es también agotable en esas tareas matutinas que suelen comenzar los vendedores de libros a partir de los aromáticos restaurantes y cafés del centro de San Salvador? Espectáculos que no veré esta semana: Circo Atayde presenta El Globo de la Muerte, re-estreno de la película de Cantinflas *El Gendarme desconocido*, función de gala de la Escuela Nacional de Danza que dirige la señora Nelsy D'Ambré, recital de

la catarrienta Berta Singerman. El precio promedio para cualquiera de tales horrores es de cinco colones.

11 de octubre

Salto al Vacío

«…me llamaréis vagabundo y tahúr,
titiritero de la vida,
porque me pongo a saborear de antemano
esta muerte…».

De pronto este hilo impreciso se rompe, en un
[determinado segundo,
los relojes están parados y
solo el pulso sigue caminando subrepticiamente.

Es necesario que el pulso sobreviva —valga la
[explicación—,
para que tenga tiempo de atar los cabos inconexos
antes de expirar por última vez
y para que tenga la presencia del minuto que queda.

Es necesario mantener la calma, indagar lo más posible
si valía o no la pena preocuparse por morir.
Uno no tiene casi nada: unas monedas en la bolsa,
el usufructo del mundo o la promesa de alguna amante
[infiel.

Y conservamos esto en el mismo momento
en que damos vueltas a la llave de la casa, cómoda y
[seguramente,

imprescriptibles, inalienables, inverosímiles…
Como si retuviéramos a la inmortalidad por los cabellos
con un título cualquiera de propiedad,

Y no es que el poeta tenga plena consistencia,
es sencillamente que va quedando poco tiempo
y los hilos de la historia no logran establecerse en un nudo;
él se siente en vilo un momento,
para caer con estrépito en la vulgaridad de los adoquines
[callejeros;
sueña con un poco de humo —su tabaquera está siempre
[repleta—
y cuando logra despejarse
hay un terco vacío y el fantasma de una historia.

Es que nunca hubo nada, simplemente no había nada en el
[cajón de los misterios:
todo era un juego vano, un puro malabarismo.
La historia, guardada con tanto celo en los anaqueles de las
[bibliotecas
o continuada vigorosamente por las calles y los campos
ha cobrado el toque de queda, el minuto de silencio.

Y a la pregunta que inquiere por la solidez de los cimientos
todo se esfuma,
porque el ritmo loco del mundo no resiste la mínima duda
y porque uno debe morir sobre la marcha, como los peces.
«Mas, no es posible, no es posible…» (Se restauraron los
[relojes).
El tiempo retoma toda su espereza,
se frota como una cerilla
e inflama las vigilias y los sueños sempiternos

«Mas no es posible, no es posible —se dice—
volvamos a contar…»
«Espera. No. Dejemos de insistir…»
«Yóríck…»

12 de octubre

Que quede establecida la esencia ecléctica del individuo moderno, contradictorio y beligerante. Ecléctico por su mismo grado de infisionabilidad humana. Ella viene en auxilio nuestro cuando pedimos el rompimiento de la tradición de valores marchitos que alegaban las morales basadas en intereses religiosos. La moral podrá identificarse con la religión algún día, supongo, incluida dentro de la religión la ambigüedad mesiánica del comunismo. Pero, mientras tanto, esta continúa siendo una gran dificultad en el camino de aquella. Puesto que al estipularse una serie impositiva de actitudes para mayor gloria de Dios se le está restando dignidad al hombre mismo. ¿Es que el hombre no vale nada en sí? ¿O es que se trata de la misma trampa de los socialistas: colectivizar el humanismo para que los aparatos del nuevo monstruo encuentren en el fondo del pozo los diamantes de la nueva individualidad? ¿Para qué dar esa vuelta? ¡Y esta sí que no es una mera vuelta a la noria! ¿Por qué no tomar al hombre que pasa por la calle, a Pedro Pérez, al hombre-etcétera, a mí, y partir de cada uno de nosotros para salvarnos a nosotros? Esto es lo que quería aclarar cuando dije que había algo más en los razonamientos. La exaltación del individuo mediante la exaltación de su propia responsabilidad es la meta de las aspiraciones humanas. La responsabilidad de sí mismo y sobre sí mismo basada en una auténtica visión de la realidad social. Eso es lo que importa, independientemente de que en un momento dado nos impulse tan solo una absurda sobre-estimación de nuestras propias fuerzas. La realidad, tan fiel cuanto enemiga, tiene últimas palabras hasta para regalar. Y esto que digo podrá tener

cualquier color, menos el de la exigencia. Allá ustedes, hombres humanos, piojos perfumados, allá ustedes. Haced pirámides, catedrales, silos, fortalezas, países, civilizaciones. Os empujan muchos siglos por la espalda y eso os hace creer que caminar así es bueno. En cambio yo —pobrecito, en estos momentos me acariciaría con barata ternura— podría firmar como una confesión ante el verdugo lo siguiente: *«Desde el principio fui independiente de un modo falso. No tenía necesidad de nadie porque quería ser libre, libre para no hacer ni dar más de lo que me dictara mi capricho. En cuanto esperaban algo de mí o me lo pedían, me rebelaba. Esa fue la forma que tomó mi independencia. En otras palabras, estaba corrompido, corrompido desde el inicio. Es como si mi madre me hubiese dado un veneno en su leche y, aunque me quitaron el pecho siendo muy niño, el veneno no desapareció jamás del organismo. Estaba, contra la vida por principio. ¿Qué principio? El principio de la inutilidad de las cosas. Todos los que me rodeaban vivían en perpetua lucha. Yo nunca hice el menor esfuerzo. Si parecía que me esforzaba, era solo por complacer a alguien; en el fondo, me importaba un ardite. Y si alguien puede decirme por qué era así, lo negaré, pues nací con cierta maldad en mí y nada puede eliminarla»*.

13 de octubre

Quizás mi camino esté bien lejos de aquí. ¿En Europa, por ejemplo? De ser así, habría que decidirme a aceptar una beca de esas que nuestros gobiernos ofrecen a todo aquel que desee vender su alma al diablo. Yo no tengo nada que traicionar porque no creo apenas en nada. Pero hay cosas que soporto menos que otras. Y entre las pocas pertenencias verdaderamente amadas que me quedan están, en la mano izquierda, la juventud, y en el puño derecho, el orgullo.

La Prensa Gráfica, 12 de octubre:

DIPUTADOS DISCUTEN ESTADO DE SITIO

En tormentosa sesión que se prolongaba aún en momentos en que esta edición fue cerrada, los diputados de la Honorable Asamblea Nacional Legislativa discutieron anoche las denuncias de las organizaciones políticas de oposición al Gobierno, presentadas en el sentido de que, ante rumores de un inminente golpe de Estado militar y a *causa de los desórdenes públicos de los últimos días, el Presidente de la República decretará el Estado de Sitio y la suspensión de las garantías constitucionales antes de este fin de semana. Los diputados del Partido del Gobierno negaron rotundamente tal posibilidad. La oposición demostró sin embargo que más de cincuenta ciudadanos han sido detenidos en los últimos dos días por razones políticas* y *acusó a los cuerpos de seguridad del Estado de haber torturado, en algunos casos, a los detenidos. «Es el clásico inicio de una represión contra el pueblo que culmina siempre en el Estado de Sitio y la suspensión de garantías en busca de la impunidad para los actos ilegales —afirmó el diputado Máximo Mendoza—, de la oposición por el Departamento de San Salvador. En nuestra próxima edición daremos mayores detalles de este importante suceso político nacional.*

14 de octubre

Hay otros detalles: faltaría ver si deseo una vida poética o una vida burdamente realista. Esto es una repetición de algo dicho anteriormente: escribo este mi diario como un desahogo, nada más. Tal vez, en el fondo, trato de demostrarme a mí mismo o de demostrar a los demás que por encima de todo, de todas las estúpidas incidencias materiales de esta mi lamentable, maldita y desgraciada existencia, hay en mí un sedimento de auténtica espiritualidad que se niega a entorpecerse por nada del mundo. Porque uno va atado a esta realidad de huesos y carne como quien lleva a cuestas

un fardo pesadísimo, y cuando, como en mi caso, la realidad física está atrabancada por tal sinnúmero de trabas y taras, la carga de vivir se vuelve, por momentos, punto menos que insoportable. Ay, yo no era esto, podré decirles entonces a los que solo supieron de mí por la peor de las peores referencias. Por otro lado, yo estaré más tranquilo cuando haya terminado la página de cada día. En medio de este cotidiano alboroto el alma se revuelve como un inmenso corazón punzado; cada día es una forma nueva; cada día esta alma es una y otra alma. Y yo sigo siendo el mismo porque soy cuerpo y corazón, corazón y ciudad, corazón y familia, historia mía e historia colectiva. De nuevo no sé si me explico. Pero me desahogo. Tiene algo de maravilloso saber con plena seguridad que cuando haya en este país personas que merezcan una explicación, aún podré decirles: yo era otra cosa distinta de la que caminaba todos los días a la vista de la gente.

PD: Y lo más trágico es no poderse encerrar para siempre en una soledad sin fronteras. Cuando la soledad me llega diurna, me limito. He de esperar la noche y yo, entonces, ya no soy el mismo, *«Me imagino que así muere uno para sus amigos y para el mundo, gastándose como un viejo aire de danza o una conversación memorable con un filósofo bajo un cerezo. Restituidos al silencio…»*. Mi magnánimo Roberto me ha llevado esta mañana a ese asqueroso bar del centro en que debe haber nacido la teoría general del cine mexicano. La cantidad de bazofia, podre, hilachería nauseabunda que se habla ahí. Cuando uno sale, después de haber bebido ese aguardiente horrible, rodeado de periodistas y burócratas que piden a gritos una afeitada decente, le huele el alma a estiércol podrido, a mierda que por sucia no podría utilizarse ya en ningún tipo de análisis. ¿Cómo podría escribirse en estas latitudes un Cuarteto de Alejandría? Lo que Pedro dice, que este sería un país ideal para las vacaciones de Dostoievski porque aquí se encontraría en familia, mentalmente hablando, podrá ser verdad, pero es, sobre todo, un planteamien-

to dañino y peligroso. Porque si por ejemplo yo pudiera lograr un poco de paz durante algunos meses, si comprobara que efectivamente aún tengo intacta la memoria y manejara algo parecido al método dialéctico, no habría necesidad de estar añorando la lupa eslava. Si al apretar el corazón de la patria resultara pus en vez de sangre, habría un gran muerto pero no más enfermedad. Es simple.

15 de octubre

Waldo ha sido traducido al alemán. Se trata de unos cuantos poemas, pero se trata, también, de Bonn. Además han publicado aquí su pieza de teatro y sus cuentos, todo por haber aceptado la beca del Gobierno en el momento preciso. Claro, que da pereza solamente pensar que para ello tuvo primero que hacerse comunista, ir a Pekín hacerse cotizar en el mercado de la política para luego venderse mejor. Yo no ingreso al Partido por pereza (y porque viví en México), pero si un día diera el paso me quedaría a dormir en el Partido. Venderme a la reacción, como dicen, sería ya demasiado esfuerzo para mí. Hay mucho que hacer para invertir energías en esas competencias de galgos. ¿Será que estoy envidioso? Sí, estoy envidioso, que es lo peor que puede ocurrirle a un hombre que hace a cada paso profesión de orgullo. Pero la verdad es que yo necesitaría de una vez por todas publicar mis cosas en libros y ganarme de paso con ello algunos pesos, leer notas críticas que hablen de mí, en bien o en mal; saber que alguien (un viejo erudito, un poeta adolescente) ha pedido mi dirección en la Embajada salvadoreña de Lima o de Amberes. En fin, cosas como esas.

Yo sé que no son más importantes que la misma elaboración de una obra verdaderamente seria, pero debo ser sincero conmigo mismo y con mi vanidad —la he descuidado tanto!—. Lo peor es que ya no somos niños y no podemos siquiera hacer el payaso en pos de alguna egoísta y efímera celebridad, útil para que te inviten a fiestas cultas donde eventualmente puedas hallar una chica

neurótica que convenga en acostarse contigo por un mes. Y está uno a punto de llorar cuándo descubre en los libros amados esa chispa eléctrica que nos debería bastar, que debería dejaros saciados de victoria en la batalla por expresarnos. Pero la sed de resultantes halagadoras no nos deja solos mucho tiempo: «*Venid, años de blasfemia y pesadumbre, arena ronca soplada con furia sobre mí; venid, coro de grandes ayes, carros que bordeáis el abismo, ladeaos un poco. / Dolorido amigo: bebe mi vino / alarga sus venas que dan al musgo de las ruinas, yo te conduzco a la montaña donde solo el relámpago alumbra, / ahí comeremos esclavos de edad decrépita*». Qué grandes eran los poetas chilenos en 1940! «*A qué lobo hacer responsable de tal arena? ¿A qué fuerzas inútiles, congregadas para incubar mi pequeñez? ¿Soy un siervo que se viste de pieles frías y marcha de prisa a la cacería, con sus mayores que lo aguardan?*». «*En todo lugar lleno de mastines / me azuzan y me despeñan*».

1:30 pm. Explicación sociológica de todos mis problemas leída en un libro presuntuoso en medio de algo parecido al insomnio: «*Finalmente queremos señalar como causa de delincuencia la aguda tensión emocional en que vive la mayoría de los habitantes* (se refiere a los habitantes de El Salvador, no a los de Suiza ni a los de Chile) *a consecuencia de las duras condiciones de vida que tienen que soportar; hambre y pobreza en el hogar; jornadas agotadoras en el campo y frecuentemente maltrato de los capataces; temor a los desmanes de las autoridades encargadas de celar el orden; abundancia de enfermedades entre los hijos, que suponen nuevos gastos o mayores problemas económicos; temor, también, a las sanciones de brujos y hechiceros; y en estas difíciles condiciones la vida adquiere tal tensión que solamente en el delirio alcohólico puede encontrarse el escape adecuado para restablecer la tranquilidad del alma; si no se busca ese escape, los nervios en tensión estallan originando explosiones emocionales que dan lugar a delitos; y si se acepta la vía de la embriaguez ya hemos visto que esta puede conducir también al delito. Precisamente esta circunstancia de aguda tensión social explicaría sufi-*

cientemente una mayor tendencia hacia el suicidio de la que actualmente existe». El paréntesis que habla de Suiza y de Chile es mío. La horrenda puntuación es del libro de donde extraje el párrafo. Las verdades que encierra me hacen sentir moralmente espléndido. Claro, desde luego, es por eso… Ya lo decía yo, etcétera.

16 de octubre

Álvaro tiene un talento muy especial, pero ha caído en la frivolidad. Claro, ganando tanto dinero en su programa de televisión, no mira, como yo, piojos en la ruta de los peripatéticos que somos. Si yo ganara, qué se yo cuánto, quinientos colones al mes, bebería ajenjo francés, no me masturbaría más, compraría más, compraría hasta las ediciones de lujo de Maritain y Malraux, invitaría a Roberto y a José a comer ostras con cerveza en La Libertad, contrataría una marimba para que me la dirigiera Rebelión-Mendoza con el hígado espumeante de humillación, mantendría (en el nivel que necesita para hacerme conocer) la correspondencia internacional, le daría plata a mi madre, obsequiaría a mis hermanas —no, quizás a mis hermanas no— iría a México una vez al año (para no quedarme cada tres años en el siglo pasado), compraría la chaqueta de pana marrón, vería todo el cine que me diera la gana, compraría un tocadiscos o una grabadora, seguiría los cursos de la Alianza Francesa, iría de vez en cuando a navegar en el baño turco rumbo al reino del puf liberador, mandaría flores a Vilma (rosas tiernas, de esas que pueden durar más de una semana en el florero), podría conocer verdaderamente el país, me levantaría tempranísimo, fumaría el triple (inclusive mariguana traída de México una vez al mes), me echaría una novia de aspecto presentable, me pagaría una edición de los poemas nuevos, terminaría por irme a París o a Oslo. Me pican los sueños y supongo que es porque Álvaro me ha dicho que puedo trabajar con él, «en principio». Roberto sería una especie de instructor en los primeros momentos, días, siglos. Me enseñaría… a

escribir. Y luego, me temo, será una especie de jefe. De jefe inmediato superior, según se suele decir. Deberé, pues, afinar mi alma de cordero. ¿Y si se muriera Roberto? Bueno, en sus condiciones, siempre lo podrán llevar preso un día de estos.

11 pm: Es curioso: me he encontrado cara a cara con uno de nuestros clásicos, vilmente motejado de «humorista». Y me ha fascinado. Hablo de Batres Montúfar, a quien el localismo centroamericanista parece habernos arrebatado definitivamente. Me gustaría a mares hacer una adaptación escénica de sus poemas narrativos «Las falsas apariencias» y «Don Pablo», ya que por lo menos en las versiones que hoy se consiguen, su obra principal, un largo poema llamado «El Rélox», quedó inconcluso. Batres Montúfar se encuentra mucho más cerca de nosotros los jóvenes —especialmente de Roberto y de Álvaro en sus poemas y cuentos *negros,* y de mí en los epigramas— que casi todo el resto de los escritores centroamericanos. Por decir algunas de las cosas que dijo este poeta hace más de un siglo, todavía se mete uno en líos en Centroamérica. No, no estoy contra la literatura social, ni aún contra la literatura política. Inclusive concuerdo absolutamente con mi favorito de las últimas semanas, Tynan, cuando dice: *«Un arte al que no le interesen estas cosas (los asuntos políticos-sociales) es una flor pensante que conspira en favor de su propia muerte, al desconocer la tierra en la cual crece. Mientras no ponga obstáculos a su visión o excluya de su obra las virtudes de la piedad y la ironía, una creencia política es la cosa más fecunda y embellecedora que le puede suceder a un escritor».* Siempre he estado por el compromiso, no debo repetírmelo de nuevo. Lo único es que hay compromisos y compromisos. El compromiso, que yo amo es el más espléndido ejercicio de la libertad. Por eso me asquea la actitud de Waldo: el pacto con la mierda. Respeto inclusive al que pacta con el demonio: tomo tu oro, tomo la juventud, toma mi alma. Es decir, el hombre en esta situación se juega la inquietante posibilidad de achicharrarse los entresijos del alma

en la otra vida. Pero aún en la peor etapa del negocio, en la hora de pagar en los infiernos el disfrute terrenal, el condenado tendría capacidad de ser un rebelde, de decirle en los propios hocicos al diablo comprador-triunfador: tú eres tan solo un hijo de puta, yo me río de ti y de tus fuegos artificiales (aunque quemen tanto, carajo). Porque el demonio no pide la conciencia. Waldo en cambio metió la cabeza en la letrina —cuando podía haberse ido a dar un paseo por el campo— en señal de pedir perdón. Pidió perdón y obtuvo mierda. Ay, muchachos de talento, tan queridos, ¿por qué caéis en estos agujeros tristes? Por lo demás, el mundo es también capaz de lo bello, podría decir si no supiera que mañana tendré que verme esta cara acusatoria en el espejo. No estaría lejos de la razón: en ocasiones amanezco hecho un búho. *«Yo pienso en ti, tú vives en mi mente / sola, fija, sin tregua, a toda hora…».*

12 pm: El pensamiento reaccionario ¿no es asunto de viejas gordas y malignas? Un joven reaccionario es algo tan de mal gusto como un pedo en el Templo de Diana. Pues bien, según José, Roberto piensa que yo soy un reaccionario. ¿Qué quiere decir esto en El Salvador? Creo que debería escribirse un libro gordísimo para explicarlo. Si reaccionario es sinónimo de municipal, ridículo, merdoso —y en alguna medida, por lo menos, desde luego que lo es— no cabe duda de que yo soy un terrorista de especial peligrosidad. Buenas noches.

17 de octubre

«Y lo más trágico es no poderse encerrar en una soledad sin fronteras». ¿Quiénes han sido los mejores? Los que no han tenido miedo de su soledad. Porque la soledad es, en cierta forma, la entera libertad del hombre, su punto de partida inclusive como ser social. Y el que no puede ser solo no puede ser libre. Pero hay que organizar la soledad. Sin embargo, qué soledad más descentrada

la mía! Me olvido de todos y me olvido de todo. Es un arranque desesperado escribía ayer que acabaría por ponerme enfermo de verdad y que me encontraría cerca de la muerte sin el menor hálito de razón. Pero he roto lo escrito, por miedo, quizás, a esas profecías espontáneas luego confirmadas por los hechos correspondientes a las que cada día me acostumbro más. ¿Qué es lo que hay en mí? Simplemente una especie de mala suerte? ¿O se trata de un mensaje —hay que llamarlo de algún modo— que aún no he sido capaz de desentrañar? Ello siempre es posible pero ahora me incomoda menos. O tal vez más que ayer, nadie lo sabe. Por jugar excesivamente a las grandes decisiones mi destino es el más indeciso de todos. ¿Cómo podría jugar sobre todo esto ahora? Ahora, en estos largos o fugaces momentos, se vive. A secas. Y se escribe solamente por un estúpido prurito de racionalización a ultranza. Pero no se puede pensar. Por ello estaría yo dispuesto a cumplir —aún corriendo el riesgo de institucionalizar «a la religiosa» una ética modernamente natural— minuciosamente, disciplinariamente en cierto sentido, con este credo de la filosofía-de-la-existencia-subterránea que parece ser mi definitivo sino. Así mis páginas no serán esas colecciones de pedanterías a que nos tienen acostumbrados quienes nos convocan cada cierto tiempo al *camino del futuro del hombre,* sino solamente la confesión sincera de un deambulatoria provisional.

11:00 pm: ¿Y de la posibilidad de *integrar* los diversos niveles del pensamiento antirreaccionario en el país, qué me dicen?

11:30 pm: Poema: «Ven a mí y vela mi insomnio como yo cuidaba tu sueño. Ven a mí y cuida la lágrima que no quiere salir. Quizás, si tú quisieras, esta sensación que me obstruye el ánima florecería en un canto. Tú me dices: "Lloro, me desvelo por ti". Cuando tú comprendas que la lágrima es solo patrimonio de los justos comprenderás también mi desazón. Y cuando tú comprendas que pensar en los otros antes que en el propio dolor es solo bienaven-

turanza de los predilectos, comprenderás lo que sufro con este mi podrido egocentrismo. Y sobre todo, esta lágrima que no quiere salir! Oh, si tú supieras cómo sigo siendo el mismo niño angustiado que lloraba cuando te alejabas con tu vestido blanco de siempre. Tú me escribiste una vez: "Mi niño yo solo quise hacer de ti un hombre. Serás un hombre". Oh, niña mía! Yo solo quiero que seas una niña para mí. Ven a mí y alegra mi desvelo herido por las furias. En este estúpido suplicio de mi infierno interior tú serás como una vaharada de flores; creeré que mi alma respira nuevamente el aire de los campos. Solo quiero que veas que tu niño ha sabido llegar adonde tú querías que fuese y en esta inútil pasión se despedaza sin cejar…». Malo, muy malo. Pésimo.

18 de octubre

Qué grave puede volverse todo en la vida a partir de la falla de un momento. ¿Cuál sería el momento de Waldo? Siempre me ha inquietado. Pero no es esa la pregunta más importante para el caso de un poeta, de un tipo, que hace teatro. *¿Cómo* habrá sido el momento de Waldo? Supongo que entonces se limpió el sudor de la frente con el corazón apuñado. No era la estación del año, era que… El mismo corazón, no otro, le tamborileaba como nunca lo habría descrito en un poema, huyendo de las repeticiones banales. Temblaba poco, pero temblaba. «Sobre todas las cosas yo siempre he sido sincero. Si me he equivocado…». El hombre gordo y calvo debe haber asentido con las pestañas y los labios, como restándole importancia al asunto. Habrá tenido un aire atento, evidenciando un deseo exactamente controlado de ser cortés y eficaz. Habrá olido bien. «Lo sabemos perfectamente. Por eso es que el Gobierno ha querido darte esta oportunidad. Sabemos lo que vale —no para una organización política determinada, ni siquiera para un Estado, sino para todo el pueblo, para todo el país, para su prestigio internacional— un intelectual creador…». «Es decir… por mi parte…».

Me lo imagino, me lo imagino, entrampado, en el fondo una pobrecita víctima, pero listo a retomar su orgullo en cuanto saliera de los aspectos más feos del lío en cuanto pudiera inventar algo. «También sabemos lo que significa ser joven. Todos hemos sido jóvenes y todos nos hemos equivocado en más de una dirección aparentemente sublime. Si tú me hubieras visto en la Universidad cuando yo tenía veinte años! Ya lo dijo alguien con toda la vulgaridad que caracteriza a los aforismos de almanaque: "Quien a los veinte años no tiene agallas para ser comunista, a los cuarenta no las tendrá ni para ser capitán honorario de bomberos". El espíritu de rebeldía ante la injusticia es más que natural en un muchacho de talento y no es necesario, la verdad, que alguien sufra por ello. Lo demás es bobería o crueldad inútil, que viene a ser lo mismo». Etc., o algo por el estilo eminentemente paternalista, ante lo cual no había que ser tonto, no había que adoptar el llanto filial desconsolado, el agarrase a la anchurosa roca de su pecho, sí papaíto, sálveme usted y si quiere que sea suyo un ratito, pues también, aquí en el sofá, pero me va a doler, no, todo lo contrario, algo de dignidad, por ejemplo. «Ahora bien, yo quiero, de todos modos, decirle a usted que desde el punto de vista de mis hondas convicciones, yo seguiré creyendo hasta la muerte en una serie de principios. Hay muchas cuestiones acerca de las cuales yo ya tengo…». Pero aún habrá tenido que aprender su lección: «Por supuesto que sí, hijo, dices cada cosa. Muy bien parado quedaría mi honor, mi sentido del honor (aunque creas que no es más que otro de mis arcaísmos) si te pidiera otra cosa. ¿Traicionar a tu propio criterio? Jamás! Te hacemos viable la posibilidad de que veas el mundo, de que compares, de que saques tus propias conclusiones. Se trata únicamente, yo al menos siempre lo he visto así, de una suspensión momentánea de la conversación que iniciamos cuando tú veniste a casa a pedirme orientación y consejo. Y no sé si alcanzas a ver el aspecto conmovedor del asunto en lo que a mí respecta. Tú te vas a Europa, es-

tudias, te refrescas la cabeza de esas llamaradas de bobería que te dejó el viajecito famoso por las tierras santas de los rojos, te formas integralmente y, en cinco o seis años más, volveremos a discutir sobre la forma de arreglar el mundo. En el fondo lo único que me interesa realmente es enriquecer tus armas espirituales. Tú eres muy joven. El Gobierno por mi medio y yo en lo personal…». Chúpate esa, como diría el mejor novelista español que es peor que el peor novelista hondureño, por lo menos relativamente y tomando en cuenta que: «Ese es otro punto que yo… Es decir, que todo esto de la beca y… En fin, usted puede comprenderme. ¿No podría esto guardarse en secreto, entre nosotros solamente? Por lo menos hasta que yo…». Esa sí fue metida de pata: habían aceptado desde el principio que él era un cobarde, pero sobre todo por el miedo a ellos: ya estando de su lado, la cobardía era otra vez reprensible. «¿Se te contagió el afán de clandestinaje? Mira, tal vez no seré todo lo amable que quisiera contigo, pero es necesario que te hable claro. Convéncete —pero de verdad, de corazón— de que no estamos haciendo nada malo, nada de lo cual debas avergonzarte y, mucho menos, nada por lo cual debas esconderte. Aquí no se compra a nadie. Y, por supuesto, tú nunca has sido una persona dispuesta a venderse. No sé hasta qué punto estás comprometido con los comunistas, pero hago poco caso de ese horizonte perturbador, como diría nuestro Hugo. Repara en lo siguiente: ¿te he preguntado algo concreto acerca de tu, diríamos, reciente pasado; te he pedido alguna información infamante acerca de tus excompañeros, o como quiera que les llames? No negarás que, dadas las circunstancias, la confianza que tiene el gobierno en tu talento y en tu sensatez es extraordinaria. Al enemigo recalcitrante, a aquel de quien sabemos con certeza que no es digno de un trato caballeroso, también sabemos tratarlo como se lo merece. Creo que tú lo sabrás ya, por otra parte. Los últimos días han sido abundantes en esos ejemplos. Y debes saber que a un hombre como yo, revolucionario

consecuente ciento por ciento, se le hace muy duro decirlo. Lo digo únicamente por ti: porque es muy sano saberlo. La vida no es eso que uno cree adivinar a tu edad. Ni mucho menos». Claro, así debe haber sido: el «momento» de Waldo cayó en días posteriores a una gran represión anti-obrera, el famoso panificador Salvador Cayetano Carpio fue preso y torturado junto a su mujer, etcétera. Luego habrá venido bien un poco de palidez y risitas de conejo: «Yo…». «No seas bobo, hijo. Si algo se publica sobre tu beca, será cuando ya estés donde te corresponde. Bien lejos de todo esto. Y tendrás demasiado trabajo serio como para preocuparte por tonterías de poeta romántico. Si yo tuviera tu edad y la brillante oportunidad que se te abre, no vacilaría un segundo…». «No, si yo… Es decir, yo estoy muy agradecido con usted. Ha sido para mí como un…». «El Gobierno más que yo, querido. El gobierno más que yo. ¿Podrás salir el próximo miércoles?». «Dependerá del Ministerio de Relaciones Exteriores. El pasaporte todavía… Como es un pasaporte oficial…». «Eso no será problema, te lo aseguro. Saldrás el miércoles. Espero que antes de ese día comeremos juntos. Te ruego que me llames el lunes para recordarlo a mi mujer. Beberemos un trago nacional que no conoces: me lo trajo el administrador de la finca. Ya de licores finos te aburrirás en Europa. ¿Contento?». «Sí». Se habrán dado las manos e intercambiado sonrisas. Y Waldo se habrá arreglado el nudo de su corbata, disponiéndose a salir de la confortable biblioteca, pues todo hasta el ambiente habrá sido así, culto e higiénico. Antes de abrir la puerta para salir, sin embargo, habrá titubeado un poco, como recordando de pronto que aún tenía algo que decir. El hombre gordo lo habrá visto dudar y habrá tenido que sonreír de nuevo, subiendo interrogativamente las cejas. «No, no es nada» —diría Waldo. Y saldría. No pudo haber sido de otra manera. Bueno, Mario, y, en resumidas cuentas, a ti ¿qué carajos te importa? Si me importa, si me importa. Y me importa, porque me ofende. Y me ofende porque me imponen por todos

los medios la consideración del «caso Waldo». Por ejemplo, no me digan que no debo reaccionar ante un artículo como el siguiente, suficientemente gráfico con respecto a la dorada cloaquita en que ahora vive Waldito, y que reproduzco textualmente sintiéndolo en el alma, por mi pobre diario, que llegará a ser conocido como «El Aguantador».

VISIÓN EUCARÍSTICA DE PITIGRILLI

Por Monseñor Dr. Francisco José Castro y González
Obispo de Santiago de María

A Nadie extraña ni asombra que el sacerdote, en cumplimiento ineludible de su misión sagrada, recalque en la imperiosa necesidad y la capital importancia de la Divina Eucaristía en la difícil jornada humana. Empero llama la atención y es revelador, al par que aleccionador, que un escritor de la trayectoria moral de Pitigrilli, para mientes y *aún subraye, con énfasis inspirado, esta indiscutible y luminosa verdad. Justamente este famoso convertido, que tuvo su camino de Damasco y su piscina de Siloé —pues era anteriormente un escritor sicalíptico y ahora sin embargo es un creyente convencido y propagandista fiel de la ideología evangélica y de la ética cristiana— nos advierte en bella y significativa forma, que cuando dirige ávidas miradas por doquiera y constata el pavoroso panorama de la culpa; con los barrizales de las lujurias, las espesas tinieblas del error, las turbulentas nubes del odio, envidia y egoísmo, que inundan y oscurecen todos los horizontes del mundo desorbitado, él, célebre novelista-sicólogo con luenga y dolorosa experiencia en los lances y visicitudes de la vida, cierra herméticamente los ojos. Entonces surgen, cual visión de paz, esperanza y optimismo, unos centelleantes puntos blancos. Son, dice Pitigrilli, las innumerables hostias blancas que elevan al cielo manos sacerdotales, ora blancas, ora negras u de otro color, las cuales apuntalan la bóveda, celeste, a fin de que no se desplome y derrumbe estrepitosamente.*

Nos trae esto a la memoria la feliz consideración de la bella obrita de Teatro «El Justo Juez», del joven poeta salvadoreño Waldo Chévez Velazco, a partir de hace unos meses honra de nuestro país en Europa, que ha sido editada por el Ministerio de Cultura. El comunista de ayer, que deambulaba perdido en la oscuridad del materialismo, ahora deja huellas esplendentes en el camino de Dios y de la Patria. El escritor irrespetuoso e irracionalmente iconoclasta de ayer, hoy erige altares artísticos a la sensatez en nombre de la fe en Cristo.

Qué ejemplo de humildad para todos nuestros desorientados poetastros jóvenes, odiadores de todo lo que se relacione con nuestra bellísima tradición cristiana y anticomunista! Ojalá Dios se conduela de sus extravíos y les propicie, muy pronto, la carísima oportunidad de sufrir!

*En San Salvador, segunda quincena de septiembre, convertido ahora en Emaús, de hinojos ante Jesús Sacramentado, en homenaje de pleitesía a la Madre imparejable del Sumo Eterno Sacerdote y del Augusto Romano Pontífice; triple blancura impoluta en medio de un mundo caliginoso. (*La Prensa Gráfica*).*

19 de octubre

Hoy hablé con Vilma. Pero al principio de la conversación me sentía tan excitado que estuve a punto de echarlo a perder todo y para siempre. Y al final estaba tan confuso que, hasta el momento, el recuerdo de la conversación me hace temblar. No creo engañarme totalmente, pero… Quién es ella? Hay momentos en que abandona la mano sobre sus faldas con una languidez tal que me hace sentirme un criminal. Si no fuera porque de pronto resulta echando esas barbaridades de ridiculez como la de «estar enamorada del amor»! Ella, de cuyos sonetos dijo Raúl Contreras que eran la encarnación de la malignidad que perdió a Adán. En todo caso, el problema es acostarse con ella. Y que se acuesta es un hecho: su hijito es la insolencia pura. Todo deberá ser cuestión de sutilizar aún más la perspectiva común, el nivel medio de las posibilidades

por las cuales deslizarse hasta el lecho triunfal. Me ha dicho que no debo llamarla nunca por teléfono, lo cual es, bien entendidas las cosas, una inicial complicidad: involucra un pacto, propuesto por ella. La impaciencia es lo único que… Hoy comenzaré a trabajar. Y Roberto dijo ayer que para festejar mi llegada a la Redacción iríamos a beber cerveza después de concluir lo que horriblemente llaman *las labores del día*. Largos vasos sudados, lagrimeantes, como para una fotografía de las que se llevan en la cartera; gordas colas de camarones con mayonesa y cebolla cruda; conchas con el triple de volumen de limón y rodeadas de leyendas eróticas. Creo que no será muy necesario, a pesar de todo, que se muera Roberto. Ni siquiera que vaya preso.

PD: Para desarrollar después: «Junto al pozo de la angustia uno no sabe si un demonio o un cobarde ha de salir; si un demonio, un hombre o un cobarde…

20 de octubre

Día de olor político. Roberto habló en un gran mitin de solidaridad con la Revolución de Guatemala, al pie de la estatua de la Libertad. A pesar del fervor ambiental no me sentí del todo mal y escuché todos los discursos. El de Roberto fue demasiado lírico y carente de ferocidad. Lo único que no me gustó fue el telón de fondo, es decir toda esa ampulosidad-en-la-escualidez de la estatua de la Libertad. Alguna cosa he dicho alguna vez sobre la grandiloecuencia. Ahora pregunto; ¿puede alguien proponerme algo más grandielocuente que una estatua? Los dictadores y otras personas por el estilo se hacen construir estatuas en vida sin comprender que solamente erigen blancos fijos para las miradas de los descontentos, quienes aún para defenderse del sol bajo esas moles de mármol de bronce fruncen el ceño y sienten ganas de ser una ave audaz para dejar una elegante cagarruta en la gran cara, cincelada

hasta que fue la más cercana imagen de Dios posible. Por el contrario, yo quisiera saber qué pudiera hacer uno para garantizar que a nadie se le ocurrirá construirnos una estatua conmemorativa una vez muertos. Así como los católicos pueden asegurar un confesor a la hora de la muerte con solo comulgar en nueve primeros viernes de mes seguidos —y el hecho de que no haya cifras estadísticas del cumplimiento de esta promesa que hizo la Virgen María a no sé quién, no invalida el ejemplo como tal—, a toda persona que se enfrenta a la muerte debería dársele el chance de pronunciarse frente a la posibilidad francamente terrible de ser perpetuada en una estatua. Podría darse el caso, claro está, de que tal o cual imbécil manifestara que precisamente en eso estaba pensando, que una estatua suya no estaría mal, sobre todo si se le ha descrito ecuestre y dorada. Pero esos malos momentos se verían infinitamente compensados con la cantidad de gente que moriría verdaderamente en paz, con la mayor seguridad de que lo estaría haciendo para siempre. Hay sin embargo un tipo de estatua que yo me permitiría defender aún para el caso de que se construya en vida de los representados. Me refiero a la estatua satírica o sea al equivalente escultural de la caricatura. Sería un tipo de estatua que serviría para sonreírse, reírse o matarse a carcajadas de la persona representada y, como en el caso del dibujo caricatural no necesariamente constituiría un befa esencial, una burla. Las caricaturas pueden ser vehículo del homenaje, eso lo sabe todo el mundo, pues los rasgos positivos pueden ser simpáticamente exagerados, subrayados, enfatizados en muchas direcciones honorables. Claro está, al menos para mí, que la estatua satírica por excelencia sería la estatua de ataque, pero ello se refiere a que vivimos en un mundo injusto y todos tenemos una u otra cuenta que cobrar a los individuos que corrientemente tendrían la relevancia para ser esculpidos en bronce o yeso. Y también que nuestro sentido de humor se afinca más en la senda de la destrucción que en ninguna otra. No hay ni que

decir que las verdaderas joyas de esta estatuaria ejemplar estarían sin embargo en un *subnivel* otro que no sería el de tas que hemos llamado «estatuas satíricas por excelencia». Me refiero a las «estatuas irónicas» que serían el sumun de la sugerencia, del doble sentido, de la insinuación que no quiere decir su nombre, todo lo cual es el embrollo mismo cuando hay que trabajar con volúmenes concretos y cuando las metáforas pueden depender de un quintal más o menos de argamasa o de la calidad del mármol o de la torpeza de los fundidores. Las estatuas irónicas serían también, desde luego, básicamente positivas o negativas, es decir, de homenajes o de denuncias, pero lo definitivo en su caso sería la dificultad de averiguar su naturaleza exacta. Ello garantizaría polémicas interminables entre los intelectuales, que harían que la gente se dedicara a leer mucho más los periódicos y las revistas (donde además podrían incluirse otras cosas que llamen poderosamente la atención y que sean verdaderamente importantes) y a visitar los parques en donde estarían las estatuas en cuestión, lo cual sería siempre mejor que meterse en estos cines de San Salvador o que quedarse en casa viendo la TV, actividades con respecto a las cuales ya he dado mis opiniones a los cuatro vientos.

21 de octubre

Temas para poemas:

«Durmiendo en los sepulcros
nada molesta tanto
como el rocío de la primavera».
………

«La espuma del talento atrae las moscas más contaminadas.
¿De qué clase de monstruo vamos siendo vectores?
Pero en el reino del destino solo somos testigos que se preparan

por los siglos de los siglos para el día de la deposición».
………

«¡Alejen ese espejo de la boca de mi cadáver!
Un gas póstumo, quién sabe,
algún humoso efecto de la putrefacción
podría llegar hasta allí
y causar todo un mal entendido».

Elementos para mi proyectado estudio sobre lo cursi-histórico en El Salvador: Análisis agresivo de la canción:

> *«En la ventana*
> *te puse un ramillete de flores*
> *María no seas ingrata*
> *regálame tus amores*
>
> *Señor, no puedo*
> *vender amores*
> *soy virgencita*
> *riego las flores», etc.*

6 pm: Hacer literatura en nuestros países implica cierto grado de traición a la patria. Pero si nos circunscribimos a la tradición nacional damos un salto al pasado y a la idiotez disfrazada de ingenuidad o de modestia. Al escribir literatura moderna entre nosotros somos traductores (traductor: traidor) de formas elaboradas por otros, en la gran mayoría de los casos y al menos por ahora. Por eso me tiene sin cuidado la acusación conjunta que me hacen Roberto y José: la de ser un extranjerizante, un tipo que mira hacia Europa, un colonizado. Lo único que puedo decir es que mi patria es la que me ha hecho extranjero. Otra vez los comunistas me sorprenden con sus contradicciones: ¿en qué queda entonces el

internacionalismo si cuando, buscando mejores niveles expresivos, pensamos y escribimos en cierta forma *de allá para acá,* nos condenan como colonizados? Aceptaría la acusación de *colonizador,* que estaría más cerca de la dirección de mis intenciones literarias, pero hay que decir que se trata de una actitud colonizadora sin raíces económico-sociales ni políticas. ¿Qué tal? Lo de que «si el vino de plátano es agrio no importa porque es nuestro vino» —dicho por alguien por allí— no creo que tenga validez en lo que se refiere a la literatura nacional. Si prescindimos de Cervantes, Dickens, Sartre, Michaux y nos casamos a la española con don Chico Gavidia y todos los demás, nuestros hijos saldrán enclenques, zambos de las piernas, cuando no sifilíticos congénitos o bobos. Y no se trata de que lo malo sea que cuando yo hablo de literatura mundial —según dice Roberto— hable de la literatura burguesa. Lo único que existe como literatura viva en este mundo es la literatura burguesa, amores míos, háganme el regalado favor. Nutrida, qué sé yo, de la literatura de la época de la esclavitud y de la del feudalismo, ambas ya muertas y existentes tan solo como el vasto cadáver del gusano que las sabias hormigas reducen a una pasta de color tierra, para poder comer durante años y generaciones. Cuando se habla de literatura proletaria siempre nos traen a cuenta a Gorki, Babel, Brecht, Mayacovsky, Nazim Hikmet, para no hablar sino de los mejores. Ninguno de ellos, que yo sepa vivió de su salario en una fábrica, ninguno de ellos construyó un ladrillo o estibó pacas de algodón permanentemente en los muelles. Y todos ellos murieron hablando de comenzar algo, cuya continuidad es el problema. La literatura proletaria es aún cosa del futuro. Y su advenimiento depende de si triunfa o no el comunismo en el mundo. La prueba está en que Roberto, hablando como el adelantado del Gran Papa Rojo, quiso eludir una hora de definiciones; espetándome: «Realismo Socialista, Mario es simplemente el realismo que se hace en el socialismo, no le des más vueltas a la cabeza, o si quieres

más es el realismo que se hace en los países socialistas». Con lo cual me quedé a gusto conmigo mismo, ya que en el seno de las maneras polémicas del enrevesado Roberto, aquello era ni más ni menos que una confesión. Para mí, el socialismo es aún una etapa burguesa en la historia marxista de la humanidad. Y lo digo precisamente en una mañana en que me reconozco lúcido, cuando hace casi una semana que no pruebo una gota de alcohol.

11 pm: La literatura centroamericana como corriente verbal, carajo, debe escoger su camino entre «Hombres de Maíz» y «Canek». El desmadre del río de caca que arranca troncos, vacas muertas, tierra y urinarios, masificando en forma obviamente excremencial la diversidad de la naturaleza (que espera ahí, la pobre, por ordenadores piadosos) o la dura corriente mineral que alegra la mañana de las montañas pedregosas y que sirve para beber con todos los márgenes de seguridad o para hacer una fuente ornamental donde se bañen las palomas. Y ya que en esto de las imágenes andamos, ¿por qué no escoger la opción central, no la del medio, la de la tercera posición, sino la medular, la auténtica, o sea la del río sereno y navegable, límpido y tormentoso, que pasa por la presa y produce rebaños de caballos de fuerza, y más allá forma la catarata más hermosa del mundo, y más allá aún divide una ciudad en dos, bajo puentes como catedrales morabitas, llegando por fin al mar casi gratuitamente, caritativamente, como quien le asegura la permanencia a la eternidad?

23 de octubre

Magnífico. La falta de seriedad, que es hermana de la falta de humor, es, en este país algo muy serio. Ítalo me devuelve, con una tarjetita prepotente, la nota que él mismo me había pedido para la página literaria de *Diario Latino* sobre los poetas de la nueva generación. Ítalo dice en la tarjetita que me había pedido una nota

crítica y no un cuento. Lo único que yo recuerdo es que hace más de un mes Ítalo me dijo que necesitaba una nota en la que yo, con «tiemblo prometeico», diera una visión unitaria de los nuevos poetas salvadoreños. Una de dos: o yo abusé por completo de mi poca dosis de «tiempo prometeico» o Ítalo subestima a los lectores de literatura de este país. Lo cual es una falta de seriedad. Los pocos que van quedando, son tipos completos, que se las pescan todas al vuelo, como diría Roberto. En todo caso, archivaré aquí mi nota (cuento, según Ítalo), para una futura discusión de sus términos. ¿O será que la referencia central a los trabajos de la Tipografía que Ítalo dirige *toca* (en el sentido que tocar tiene en la esgrima) algo con lo que no se puede jugar? En todo caso, yo que Ítalo habría hecho caso omiso de inconvenientes tales, pues se trata nada menos que de mi primer esfuerzo por escribir dentro de los cánones de la prosa nacional. El estilo humorística «Roberto-temprano» no está del todo mal cojido, creo yo. En fin. archivo.

«Caramba, si yo soy tú,
lo mismo que tú eres yo».
NICO GUILLEN.

Entonces el poeta Roberto Bogrand (llamado el Meticuloso, quien por cierto bautizó a su rutilante primogénito con los nombres de Claudio Rabindranath Xenofonte Feldespato Cosme Damián Lucas Ernestino de la Revolución Andrés Eloy Pablo Maíz, al cual primogénito —parecido emocionantemente a Lenin-niño— la totalidad de sus amigos llama tiernamente Dito), después de ocultar ante los ojos de su mujer tremenda fotografía tamaño postal de una bella colegiala con el aspecto clásico de la virgen viciosa, repitió en voz alta, como buen odiador de la recova, un párrafo solemne, eurítmicamente áspero (así lo calificaba la crítica correspondiente del *Diario Latino*), del nuevo, novísimo colega, Julio Eufrasio Fernández: «El nuevo de hoy / saturado hasta los huesos del espíritu pagano /

mundo es en crisis / ayuno de lo cristiano. / El marxismo con su habitual miopía y limitación / ensució en / la olla de leche / de esta generación…». Tiene sus cositas la «Oda Hipotecada», aceptaría entonces el mencionado poeta, Rotrand Beberto. Cambió de piel, ayudado por la noche ambiental; el poeta Ricardo Argueta vio cómo la espinilla (que de pronto habíase sentido estallar sobre el pómulo con las maneras trágicas cuando picantosillas de una campánula de leche en su brote cotidiano hacia el sol) no era digna de otro cuidado que el de un cuchareo minucioso en la base misma de la mínima candelilla de materia sebácea, coronada milimétricamente de sangre empalidecida. Accionó en tal sentido (era también un viejo enemigo de los vulnerarios) y se vio libre de las inminentes complicaciones metafísicas de aquella carga repentina —y, menos mal, efímera— dedicando los doce segundos restantes de aquel minuto sobresaltados a rascar con delicia y labios interdientes sus bien depiladas axilas, cuyo descubrimiento había traumatizado, durante una mediocre sesión de putas en el reciente viaje a Lima y a Santiago de Chile, al contumelioso finisecular de Roberto del Monte. Manlio Armijo entonces (una esquina lo suficiente mortífera de la colegiala asomaba las páginas del Juan de Mairena) recordó que los primeros balbuceos prácticos de su cultura (los propósitos de purismo romántico con respecto a la misma habían sido echados de su nueva conciencia rumbo a un criadero de estalactitas de mierda) fueron suficientes para descubrir en la obra anterior del autor de la «Oda Hipotecada», es decir, en los dos libros juveniles del aún nada viejo poeta Julio Eufrasio Fernández, una clara maniobra comunista, mayor en sus estragos (ah, óvidos) en cuanto que aparecía disfrazada por las vaporosidad de lo anti. «Bueno, pero en todo caso ese era otro poeta, no hay tutía, porque yo, el poeta Orlando Menéndez, he dicho hace muy poco que se trata de un nuevo, novísimo colega». Sonó el gong de la Rank Organization y Blanca Nieves tomó el cuchillo ensangrentado bajo

la luna. El poeta pensó angustiado: «Pero yo no soy todos estos hombres, ¿qué es lo que me pasa?». Lo peor es el tiempo que uno pierde: relámpago de culpa. Cómo se había retrasado en su ensayo sobre las masturbaciones mentales de las bailarinas camboyanas del siglo XVIII vistas a la luz del criterio preciosista usado por Fray Antonio de Guevara para disentir del bárbaro lenguaje que hablan en las galeras (¡eso de llamar tramontana al viento cierzo!). Los pátaros subjetivos, como decía Otoro Renéfiro Castivo. Recordó horrorizado asimismo, no haber dado el visto bueno al maestro Medrano para el emplane definitivo de la edición de lujo del «Puntero Apuntado con apuntes breves», que era su orgullo manifiesto. Tanto, que podía citar de memoria el texto casi íntegro, desde el

«Porque temporada entables
y saques tareas no pobres,
hice esta obra para que obres
pero no para que hables,
que no es de pechos amables
cual que en salir sobresale,
pagues mal por censurarle,
y porque os quise advertir,
cortarle tú de vestir
pero harás tu gusto y vale»

hasta el «y ultimadamente digo que el perfecto puntero es Dios y como su Majestad hace rígido escrutinio de nuestros corazones, para darnos o quitarnos bienes, como ve que conviene: *scrutans corda & renes Deus*. En viendo Dios en el obrajero buen corazón, sana intención, loables operaciones y ningún cargo de conciencia: con acierto en todo le dará tinta (aquí el poeta susodicho agregaba un "onde no" de su propia cosecha): pero si lo viere con dañado

corazón y muchos cargos de conciencia, ¿cómo lo ha de ayudar con buena temporada?

Sea bendito y alabado
el Sacramento tan dulce
que en accidentes de pan
en el altar se descubre,
en que creemos un Dios-hombre
disfrazado de blanca nube,
vivo, real, verdadero,
sin que en esto la fe dude.

Y la limpia Concepción
de la que es madre de luces,
concebida pura, aseada
desde que el ser le infunde.
Y el bendito San José
de Santidad tan ilustre,
que fue electo para padre
de quien en la hostia se incluye.
Y aquesta alabanza, siempre
los siglos todos divulguen
a Jesús María José
y nunca jamás se mude». Independientemente de que ya en El Salvador no se produce añil ni para pintar los dulces de colasión de las ferias pueblerinas y que para el café y sus arañes no caben punteros apuntados como no sean en hawaiano, lo clásico es lo clásico y uno tiene su corazoncito gutemberguiano. «Lo cual no debe hacernos olvidar que Julio Eufrasio —enjuició nuestro héroe unánime y positivo— es el típico agente perturbador del Komintern disfrazado de Domingo Savio: consecuencia inevitable y directa de la hondísima desesperación y ansiedad que agita la Conciencia del hembro

contemporáneo. Eugenio Martínez Canales, sin embargo, lanzó un piropo de alcoba a su mujer: *vergis mein nicht*. Pero acto seguido, la rutilancia del tomo de las obras completas de Federico García Lorca lo llamó al orden: *vulnerant omnies, ultimo necat*. Proyección de palmeras blancas sobre un fondo de cinabrio. El mayor vermouth del mundo. Solo su mujer no cambiaba de cara a cada instante. «Son babosá-as —díjose— Capturad las gigantescas olas que se agitan / en los piojos de un perro silvestre / triple tragedia en la vecindad bellaca». Tampoco. «Tragedia gris en la vecindad randaca poblada de alharaca vaca no nonó tragedia hermosa en la proximidad del ósculo nefalibata nonononononó tragedia triple aquí nomasito no! A bogar en el aire hijos del humo pal carajo! «Entonces el poeta Ítalo López Vallecillos, de generales conocidas en todos los antros editoriales del país, balbuceando acremente: «Yo no quiero ser Armijo», despertó por el expeditivo método sónico del Marvin fosforescente (con el que Silvia solía pegarle en la base del cráneo) arrimando una metagogue irrepetible al aparato que qué culpa etc.

……………

A mí me parece desternillante. Pero a Ítalo no. Uno a uno: pierdo yo. Pues como dicen los comunistas —cosa que niega Roberto le Rouge—: «Todos los hombres son iguales, pero hay algunos que son más iguales que otros».

24 de octubre

Esto se va acercando. Un año más y repentinamente seremos más viejos que de costumbre. Yo soy un ser viejísimo y solo cuento con veintisiete años. Aunque después de todo no soy lo suficientemente viejo que debía. Hay todavía demasiadas cosas que aprender. Por ejemplo, cómo se convence a las mujeres de que uno es imprescindible. Y no es que quiera caer en el lenguaje de comedia frívola: pasa que mientras uno no resuelve ciertas obsesiones, ya sea por

la vía de la satisfacción o la del desengaño, es inútil atacar otras vías para resolverse la vida en general. Las mujeres son a la vez el primer peldaño y toda la escalera al cielo. Pero cada vez supongo más seriamente que después de la primera juventud a uno se le fue la aureola metafísica de la seducción y el empuje sexual. Lo que queda es pura necesidad fisiológica, oscura y pastosa como lo fecal. Allá de nosotros, pobrecillos, si nos dejamos engañar por los mismos tafetanes de disfraz que colgamos para dulcificar ciertos encuentros. Todo esto, lo sé, es una sarta de lucubraciones que se me van ocurriendo sin ton ni son, sin que pueda encontrar el hilo del pensamiento que me trajo a la última palabra pronunciada, pensada o escrita. No hay duda: me hace falta amar. ¿Por qué se tiene tanto miedo de amar ahora? Álvaro, José y Roberto dirían: en la cabeza tienes solamente anhelos de fornicación. Tontos: he dicho antes a qué me refiero. Se presume que amar es demasiado cursi, pero lo único cierto es que en todo esto hay una tremenda confusión de conceptos. El amor es una cosa bien distinta de un sentimiento exageradamente romántico. El amor, entre otras cosas, es eterno, pero (y aquí es donde Vilma hace reír a mandíbula ululante) no es nada concreto. Ahora bien, yo, cuando pienso en el amor con una mujer (no tengo la mentalidad de un matemático) no paso mucho tiempo sin pensar también en el coito, ese bombón húmedo de tres o cuatro salivas. Y que es, entre otras cosas, delicioso y efímero. Es decir, importante, muy importante.

Prisión la mía de amarte, Vilma.
Siempre he de amarte, siempre,
porque no te conozco
ni sé dónde hoy te encuentras.

¿Qué amor mejor que el no saber en dónde
se encuentra lo que amo?

Pero te amo y ya no sé
si a mí mismo me amo.

25 de octubre

El descenso de Orfeo, el delicioso descenso de Orfeo. La mañana disfrazó las posibilidades del día. Fue una mañana levemente dulce, como una fotografía de 1917 hecha en verano. Hasta los niños parecían despojados de su dañosidad salvaje, de su ruido punzante. Había, cantando, pájaros lejanos y todo eso. De manera que me fui al Campo de Marte, a leer historietas. Superman, La Pequeña Lulú, Cuentos de Brujas (¡magníficos!), La Familia Burrón. «Mas sigo siendo un niño y tú una vieja niña, madre». El aire fresco se me dio todo entero, a universos. Fui feliz por primera vez desde hace años. Verdaderamente feliz. Anoto que nunca supe hasta hoy lo que es tener todos los poros abiertos al mundo. Todos los poros, inclusive los del alma. Me faltó tan solo un potro, supongo. Hasta hoy, asimismo, comprendí a Roberto sobre este particular. Hace unos días me pareció que Roberto exageraba al hablar sobre un potro que tuvo, llamado Vendaval. Esa especie de necesidad demostrada de probar su pasión por aquel animal me lució entonces afectada, por no decir prepotente. Hoy entendí su verdad, esa lírica de estar siempre galopando en el centro del mejor viento, sudando salvajemente y riendo al sol, sin pensar en nada o nadie. No hay duda de que, entonces, solo un potro merece estar ahí, junto a uno. Ah, cuerpo: de repente me dices que tienes rutas nuevas para buscar el goce… Si no fuera porque la tarde vino con tanta crueldad aglomerada, de nuevo sería un hombre lleno de confianza en los ejércitos de la felicidad, lleno de confianza en los futuros signos matutinos. Debo conseguir dinero, pronto.

27 de octubre

Hace apenas una hora mi cuerpo era feliz. Y yo allá adentro miraba desde detrás de mis ojos el rito favorable y ya eterno. Ha pasado. Mis manos huelen aún violentamente. Una mezcla de jugos sexuales y saliva y sudor, y jabón barato que no pudo nada con la costra aromática que se había metido por los poros hasta el hueso. Vivir es penetrar esas grandes lonjas de carne velluda, con la cara y la lengua, con la verga y el vientre y las rodillas que antes servían para que las oraciones tuvieran un pedestal lleno de humildad y arrepentimiento. La carne es el camino de la libertad del espíritu. Vivir es sorber esas mieles recónditas. Deber esas lágrimas viscosas e interminables hurgando en otros párpados. «No me ames, Mario: muérdeme». Gracias, amor mío, bestia de fuego. Gracias en nombre de mi cuerpo, este hermano querido inseparable que goza precisamente en mi nombre y no tiene miedo de ser analizado por su dueño. Él no tiene nunca vergüenza de nada. Y sé que es solo un medio para que yo pueda permanecer anclado en alguna parte de la historia y del mundo. Se merece estas recompensas. Pero quien te mordió fue él, amor mío. Y quien te ama soy yo. Un día de estos te abofetearé por su medio. Pero seré yo quien te abofeteará, puta, sucia perra, amor mío. Y luego hemos bebido cerveza hasta quedarnos sin dinero y hemos vuelto a tu casa, a orinar, y hemos comido unos frijoles minuciosos y secos con mutua dejación de nosotros mismos. La otra semana será otra semana. Amén.

30 de octubre

Diccionario Histórico Enciclopédico de la República de El Salvador. En términos generales uno amanece tranquilo en medio de la piscina-país con la boca sabiendo a yogurt hecho pomposamente no en una lechería sino en un laboratorio. Hasta que llegas a la página esa y encuentras el texto que te justificaría el exilio: «…esta-

ba haciéndose una de tantas reparaciones en la carretera que de esta capital conduce al puerto de La Libertad. En el lugar llamado El Coplanar, se estableció el campamento general del Cuerpo de Rurales, compuesto de desertores del Ejército, faltistas a las paradas dominicales, pequeños contrabandistas (chicheros), algunos ladrones y rateros y, en su mayoría, presos de "orden superior". Uno de tantos días dispuso el jefe del cuerpo mandar a bañarse al pelotón de reos al puerto y designó al Mayor Chicas para que fuera en su custodia con un grupo de soldados. Chicas era el Segundo Jefe del cuerpo y el Capitán Federico Calero Grande, el tercero; Jefe de Flagelación era el Teniente Escobar, alias La Muerte. Y el terror del presidio era el Teniente Pleités. Cuando el Mayor Chicas obligó al pelotón de reos a internarse en el mar, como era natural, las cadenas fueron aterradas por la arena y muchos de aquellos desgraciados perecieron ahogados; y como los humanitarios porteños quisieron auxiliarlos, el Mayor Chicas lo impidió, diciéndoles: "Son unos bandidos. Lo que hay que sentir son las cadenas". La Providencia, ya que no la justicia humana, se encargó de castigar a esos criminales. El Coronel Comandante del Cuerpo murió envenenado poco después en Olocuilta; el Mayor Chicas, nombrado Comandante Local de Victoria, departamento de Cabañas, fue despedazado a machetazos por los vecinos de ese pueblo; el capitán Calero Grande fue muerto de una puñalada en uno de los estancos de esta capital, el Teniente Escobar fue retirado del Ejército y por hambre según dijo él, entró a prestar servicios en la Policía de Línea; y al Teniente Escobar se le vio ambular por las calles de esta ciudad, consumido por la terrible tuberculosis…». Un encanto de gente, sin duda. Hay que darse cuenta de que el Teniente Escobar, alias La Muerte, Jefe de Flagelación, no era, a pesar de todo, el terror del Presidio. El Teniente Pleités era peor. Y de todo esto no hace muchos años. No los suficientes. Luego uno desayuna y sale a la calle con toda tranquilidad, sin caer en la cuenta de que por ahí debe andar el hijo del Teniente Pleités.

31 de octubre (creo)

Ópalo que mira el norte
brilla lo mejor que puede.

Empeñados, no en hacerla florecer
sino en poner florecitas a la puerta de golpe en la Historia.
los poetas ¿son los niños
que hay que pasar la vida perdonando?
Ópalo que mira al Norte…

2 de noviembre

Aunque un poco tarde, lo diré: mes nuevo, vida nueva. Hay que ser serios, aunque no necesariamente excesivamente sistemáticos. La biología es la ciencia del movimiento. Lo que cambia siempre es el estilo y la —por decirlo así— concentración del movimiento que deviene de este modo en distintas formas de materia. Incluso la lingüística se refiere a través de la abstracción a una forma de movimiento: el sonido originalmente resultado de una imbricación fisiológica deviene en medio de comunicación al hacerse continente del instinto de conservación de la vida y de una tendencia racionalizada. Posteriormente viene la sistematización de los sonidos (se les reconoce su calidad simbólica) y luego *se va,* se viaja, a la representatividad gráfica. El movimiento intestinal (un sexto o séptimo sentido según el General Maximiliano Hernández Martínez), la erupción del Etna, la Historia de las Guerras Púnicas, el Comercio Internacional, el Campeonato de Ajedrez de Centroamérica y el Caribe, La Revolución Francesa, la formación de los Glaciares, la ley de Ohm, el hecho de que la suma de los cuadrados de los dos catetos sea igual al cuadrado de la hipotenusa (cosa que en lo personal me tiene, por otra parte, sin cuidado), el poema «Tierra Baldía» de Elliot, la tuberculosis, el Ministro de Hacienda y las

camisetas «Jockey», son solo formas de movimiento. Y ni siquiera muy diferentes entre sí, bien vistas las cosas. Claro, para una persona superficial… Lo importante es que al principio estaba el movimiento. La materia es un resultado. Y no me pidan pruebas de laboratorio. ¿Movimiento sin materia? Bueno, el tiempo, todo el mundo lo sabe. Además la posición de los materialistas es también improbable.

PD: He releído lo anterior. Y aunque estoy de acuerdo con todo lo que dije, y aunque, sobre todo, me gusta todo lo que dije, me faltaría al respeto si no terminara afirmando que todo eso lo digo yo, el Schopenhauer del Barrio de San Miguelito.

4 de noviembre

La esencia del realismo es melodramática. Eso es lo que me aterra del marxismo y los marxistas: no son la unidad del talento y doctrina en que yo había pensado. Una de dos: o dejan muchas cosas en el tintero por razones de conveniencia o sobrellevan el contrasentido de ser los ciegos que hablan siempre en nombre de la lucidez. Aferrarse al realismo, jugarse la literatura a la carta del realismo me parece a mí de una torpeza excesiva. Comprendo el acto absolutamente político de incorporar a mi equipo al deportista que de estar en el otro sería la causa de nuestra derrota. Creo que eso es lo que hacen los comunistas rusos con Tolstoi e incluso con Gorki, aunque en este terreno toda opinión salvadoreña es humildemente provisional. Sobre todo la mía, nutrida de datos contradictorios a través de Roberto y sus cortesanos. Pero me parece siniestro defenderse de la táctica que sería tu salvación. Si el marxismo es el fin de las filosofías —hubo todo un hermoso curso sobre este problema en Xalapa— la literatura de la Revolución debe ser el fin de las escuelas literarias, y tal vez de la variedad de géneros, pasar a ser creación del hombre colectivo, del nuevo hombre,

socio-parido. Con ese horizonte, todo lo de «realismo socialista» y demás yerbas suena a viejo, a reaccionario, huele mal. Y no quiero seguir elucubrando porque ni soy teórico de la estética ni crítico literario. Los resultados concretos de esta «escuela» son lamentables. Toda la literatura soviética podría desaparecer de la faz de la tierra sin que nadie se enferme. Miento. Es posible que quienes se enfermaran con ese desaparecimiento fueran los anticomunistas profesionales, los críticos pagados por los americanos para desprestigiar esos millones de páginas absolutamente neutras, más allá del bien y del mal, congeladas, eternas como una esfera y un paralelepípedo. Roberto se pondría gris por unos minutos leyendo esto. Ya le pasará. Y le pasará inclusive a partir de su literatura, preñada de elementos de anti-inocencia por los cuatro puntos cardinales. Digo todo esto porque no sudo aún la cólera que me ha producido la consideración (me niego a escribir «lectura») de un cuento suyo «realista» sobre las peripecias laborales de Esteban Rebellón-Mendoza, el director de la Sinfónica destituido por los militares hace unos días. Todo el mundo habla en estos días de comunismo y anticomunismo y yo mismo me sorprendo pensando en los problemas de la literatura soviética. Roberto y su *troupe* andan de lo más excitados, protestando contra millones de cosas y las reuniones clandestinas y no clandestinas menudean. La Universidad está, dicen, que arde y los borrachos comienzan a hablar mal del Gobierno. Todo eso está muy bien y yo voy a tratar de conseguirme una piedra por ahí, para arrojarla contra la persona adecuada en el momento adecuado. Como tampoco me opondría a que Roberto salga de noche a poner bombas. Lo que trato de decir es que estoy por principio en contra de la literatura de circunstancia que es lo mismo que decir literatura de concesión. Entre el cuento realista de Roberto y los «recuerdos» que escribía Rubén Darío en los abanicos de las putas ricas de Nicaragua o en las servilletas de cumpleaños de la niñita Ciriaquita Londoño no hay otra diferen-

cia que, tal vez, la intención. Roberto cree que hace la revolución y Rubén Darío lo que quería era un trago. Pero lo que es la literatura recibe palo en ambos casos. Roberto me dio el cuento como excusa para no recibirme en su casa cuando los he sorprendido en una reunión llena de humo. Yo quedé en darle mi opinión por escrito, pero después he visto que el cuento se ha publicado en el semanario de los estudiantes universitarios lo que deja mi opinión muy por debajo del nivel del mar. En fin supongo que pasarán en el mundo cosas peores. Sin caer en exageraciones patéticas, me limito a dejar aquí asentada mi protesta ante mí y ante Roberto, por el significado ético-estético del «cuento realista», cuya copia pretextual crucifico justamente aquí:

ESTEBAN EL HÉROE

Por Roberto del Monte

Esteban Rebellón-Mendoza llevó el pañuelo perfumado hasta la frente pálida para secarse el sudor por quincuagésima vez en el transcurso de la Conferencia. Echó una mirada veloz al público de viejos gordos y lentos y jóvenes flacas y miopes y abanicadoras, que casi llenaba la sala principal del Ateneo, carraspeó y continuó, con el evidente temor de siempre (de nada le habían servido los dos cursos fervientemente agotados en el Dale Carnegie), aunque con clara resignación:

—…lo anterior, si Uds. me permiten, no debe desconcertar a nadie, sobre todo si se toma en cuenta las circunstancias en que se ha desarrollado la cultura musical en nuestro país. Inclusive en países de gran tradición se han pronunciado palabras, se han imprimido frases, que en realidad dejan los ex-abruptos apuntados en el nivel de simples travesuras. Recuerdo en este terreno las palabras de Hanslick: «Fiedrich Vischer observaba una vez, hablando de pinturas obscenas, que hay cuadros que hieden a la vista. El Concierto para Violin, de Tchaicovsky, nos trae por primera vez la

horrible idea de si no puede haber también piezas musicales que hiedan al oído».

La honorabilísima señora doña Dorotea Pocasangre de Real, se inclinó hacia el oído de don Braulio —No-sé-qué—, uno de los más característicos impulsores del Magno Ateneo, y extendiendo su brillante (chillantísimo) abanico de sándalo de fabricación Hong-Konguesa en forma que tapaba el mínimo diálogo ante los ojos del mundo dijo: «Oh, don Braulio, absorviendo el aroma de los polvos Maja, sacudió su soberbia cabeza de leóncenniciento, de león de estatuaria, que lucía definitivamente salvaje sobre los hombros cubiertos por un bello traje de lino blanco, y levantó la orgullosa bandera de nuestra civilización: "Tome Ud., en cuenta, querida amiga, queridísima amiga, que Piotrrr (asperjó burbujitas de saliva) llich Tchaicovsky es un músico ruso. De la mera estepa donde le pusieron las peras a cuatro a Nuestro Señor y a nuestra Santa Madre Iglesia". El zumbido animal del ventilador Hot-point era el silencio de la cultura, la mitad de la vida, y el aire que manejaban sus aspas como el chocolate en batidor de barro ante la intervención del molinillo era el distribuidor de los aromas, el analizador y el sintetizador de la tranquilidad. La honorabilísima, señora doña Dorotea Pocasangre de Real (elegida recientemente Madre del Año, en el concurso del Club Familiar Nestlé), fue iluminada inmediata por la verdad de Dios Nuestro Señor. Dijo, pues, "oh", de nuevo, en tono afirmativo-admirativo. Y cerró el abanico. Esteban mientras tanto, en la tribuna enmantelada con una desteñida bandera salvadoreña, agotada otra página de su conferencia, reprochándose con amenazas casi suicidas por haber aceptado meterse en tan inacabable lío.

—...porque hablar de revolución de las grandes estructuras musicales en nuestro tiempo, es hablar de nuestra práctica más honesta y de nuestras mejores esperanzas. Y también de nuestra rutinaria abnegación. Muchos sectores desaforados quisieran mantener esa actitud en el terreno de la crítica, es decir, hacer del concepto "revolución" un mero enunciado crítico, extra-opus *por así decirlo. Incorporar la revolución a la creación, más bien dicho, al resultado concreto de nuestro trabajo, a la obra elabo-*

rada en suma, es el drama riquísimo del artista de todas las épocas. Pero en El Salvador…

Entre el público se creaba un horrible rumorcillo de aburrimiento. Varias señoras guri-guri, como diría Nina Landau, encendieron con amplios gestos sus cigarrillos y *buscaron con minuciosidad (encontraron) sitios adecuados para lanzar los cerillos usados. Hasta hubo un nítido «puf» que se elevó contra los grandes retratos al óleo (Ópera: Valero Lecha, Julia Díaz, Luis Ángel Salinas, Camilo Minero) de los setenta* y *cuatro presidente muertos y de los dos Ex Presidentes vivos (aunque un tanto deteriorados), cabezas sucesivas del Magno Ateneo; puf feroz y prepotente, como el hongo y la radioactividad de una bomba atómica estallada equivocadamente por una buena persona.*

Esteban continuaba leyendo lenta y heroicamente sus cuartillas, citando grandes frases de la Poética Musical, de Stravinsky, y de los dos libros recién adquiridos (también heroicamente) de Adolfo Salazar. Alzó los ojos cuando el Coronel Medina (no podía ser otro, de acuerdo con aquel tono radical) tosió como un volcán prehistóricamente atrancado, estimulando un pérfido oleaje en las primeras filas de la concurrencia. La interrupción fue sin embargo útil a *Esteban por cuanto le permitió voltear subrepticiamente (eliminándolas) varias cuartillas dedicadas a probar la existencia de Albán Berg a los salvadoreños y atacar cuanto antes el tema de sus experiencias al frente de la Orquesta Sinfónica del Ejército, «comenzando por el comienzo, es decir, comenzando por examinar brevemente la peculiar historia de la institución».*

—…Allá por el año de 1844, y esto lo recoge el señor padre de la conocida pianista Angelita García-Peña, desembarcaron en Omoa tres músicos y un aprendiz. Atravezaron el territorio Hondureño y llegaron a San Miguel, fueron a ver al Comandante del Departamento, Teniente-Coronel Manuel Cañas, que aceptó con la mayor alegría. Era un caso extraordinario, acaso nunca visto por aquellas comarcas en la época. Invitó a lo más distinguido de la sociedad migueleña…

La honorabilísima señora doña Dorotea Pocasangre etc. dijo «Oh», asintiendo con la entrecana cabeza.

—…y a las siete de la noche comenzó la audición, audición aquella que dejó boquiabiertos a todos los que tuvieron la dicha de oírla. La orquesta se componía de un clarinete, un bulce, una trompa y un redoblante. Ya pueden Uds. imaginarse: danzas, contradanzas, etc. Las gentes comentaban al día siguiente la destreza de los ejecutantes y expresaban sus deseos de que tales artistas no se fueran demasiado pronto de San Miguel. Pero el Teniente Coronel fue más allá. Quiso que dejaran algo en el país, algo que en el porvenir pudiera constituir un elemento de nuestra cultura. El Teniente-Coronel Cañas, pues, celebró con tan simpáticos visitantes un contrato ad-referendum *para que pasasen a esta capital bajo las órdenes de la Comandancia General del Estado…*

El Coronel Medina (no podía ser otro, etc.) tosió de nuevo como etc.

—…y establecieron una escuela de Música, para después organizar una banda. Los músicos aceptaron complacidos, pero según el mismo Teniente Coronel Cañas, ocurrió un desagradable episodio. Estaba de paso en San Miguel don Francisco Giralt, quien no andaba en muy buenos términos con el Comandante Departamental. El señor Giralt quiso llevarse los músicos a Costa Rica, haciéndoles muy halagadores ofrecimientos. No estaba muy arraigada en ellos la virtud de la gratitud y se dejaron convencer. Resolvieron fugarse a Costa Rica, embarcándose en La Unión. Al día siguiente de que emprendiesen la virtual fuga, pasó a visitarles el Comandante Departamental y ya no los encontró. Alguien le informó que los músicos se habían marchado a Costa Rica y *que iban camino de Conchagua y La Unión. ¡Para qué quiso más el Comandante! Inmediatamente ordenó que un piquete de caballería saliera tras ellos, les diera alcance, les capturara* y *les hiciera regresar. Iban bajando los músicos la cuesta llamada de La Trinchera, cuando los de la caballería les alcanzaron y les dieron el alto. No tuvieron más remedio que volver a San Miguel. Muy avergonzados, se mostraron arrepentidos de su error. De San Miguel fueron pasados a San Salvador. Al llegar a nuestra capital, el General Malespín*

los recibió con las mayores atenciones y pronto quedó establecida la Escuela de Música bajo la dirección de don José Martínez, que tocaba admirablemente el clarinete; y con la colaboración de don M. Navarro, que tocaba el bulce, don Juan Guida, la trompeta, y el aprendiz el redoblante. Ese fue el origen de la Banda de los Supremos Poderes, germen de la orquesta Sinfónica del Ejército. En nuestra próxima conferencia…

El selecto público prorrumpió en aplausos. Esteban, entre-dientes, farfulló los peores insultos de que era, capaz, entre ellos, con pronunciación especialmente sorda (entre-dientes, se ha dicho) «cerdos sordos». Un hombre de mediana edad, de anteojos excesivamente oscuros para la hora, se acercó hasta el estrado aplaudiendo furiosamente y repitiendo, no sin cierta salivosidad: «¡Maravilloso, maestro: maravilloso, maestro!». Pero alcanzó a escuchar uno de los insultos finales (entre-dientes) de Esteban y consideró prudente retirarse, con el desconcierto naciente en el rostro, sin dejar de aplaudir, finalmente, con un gesto que hizo volar las alas de su saco traslapado, extrajo de un bolsillo aquella especie de sandwich de viruta que suelen ser las libretas de notas de los periodistas salvadoreños y escribió algo evidentemente inolvidable con garabatos de prisa. Esteban, por su parte, comenzó a ordenar sus papeles y, vulnerado en no se sabe qué lugar de sus creencias, vio cómo la gente, aplaudiendo, sonriente —y a otra cosa— abandonaba la sala.

Corolarios.

Dos días después de la Conferencia de Esteban Rebellón-Mendoza (que era solamente la primera de un gran ciclo sobre el interesante tema: «La música contemporánea y el desarrollo de la cultura musical en El Salvador») el conocido columnista deportivo Adolfo López, publicaba en «La Prensa Gráfica» una gacetilla titulada «Los aplausos» y subtitulada «Crítica a cierta conferencia musical». La tal gacetilla decía textualmente así:

«Creemos que los plausos son tan viejos como la alegría humana, porque no son otra cosa que la manifestación del júbilo de las gentes por medio de los choques repetidos de las palmas de las manos. El verdadero campo de los aplausos lo constituyen las bellas artes, y si bien es cierto que

se usan también en los circos, los patios de acróbatas, las plazas de toros, los grandes centros deportivos y en algunas otras reuniones populares, nunca alcanzan la misma fuerza y el mismo frenesí que tienen en el teatro, el concierto, la tribuna del conferencista *o el hermoso campo de los poetas. Sin embargo, los aplausos admiten algunas clasificaciones. Hay aplausos que nacen en el corazón y llegan con pureza* a *las manos. Estos se llaman sinceros y se tributan a las personas de altísimo mérito al dar a luz sus producciones o habilidades. Hay aplausos que se tributan por imitación, porque sus autores se dejan arrastrar por la corriente del entusiasmo de los demás. Como se ve esta clase de aplausos no tiene ninguna virtud. Hay otros que se tributan con dañada intención y esto lo hacen algunos individuos para reírse a mandíbula batiente de la hinchazón de quienes los reciben. Otros, por conseguir algún favor. Y otros, simplemente, por ganas de jugar (y por no decir otra cosa). De lo dicho se deduce que son escasos, extremadamente escasos, los aplausos verdaderos. Como los sublimes genios no andan apreciando por todas partes ni en todos los tiempos, casi todos los aplausos son fingidos y, en consecuencia, sin ningún valor».*

....

En la edición del 23 de septiembre de La Prensa Gráfica*, apareció un artículo intitulado «Carta abierta al crítico Adolfo López», firmada por la Honorabilísima señora doña Dorotea Pocasangre de Real, que terminaba así: «…felicitamos, pues, al eminente crítico musical destinatario de estas humildes líneas, porque su actitud no puede ser más valiente y constructiva, aunque solo sea para iniciar una reconsideración contra la aceptación de ciertas propagandas. Que no se dé entre nosotros otra desgraciada ocasión en que un grupo de personas, honorables aunque demasiado bondadosas —por no decir ingenuas—, prodigan sus aplausos a quien no hace sino introducir entre nosotros vahos de cultura exóticas y negadoras de nuestra mejor tradición espiritual. No necesitamos tomar contacto con determinados éxtasis musicales, si para ello debemos usar esa llave tenebrosa que respaldan las citas de autores rusos y ateos».*

....

En la edición del 24 de septiembre de La Prensa Gráfica*, apareció un artículo, destacado con marco, titulado: «Revolución musical o infiltración comunista en el Conservatorio?». Lo firmaba el teniente Luis Cortez, bachiller y estudiante de la Facultad de Humanidades, y en él se decía, entre otras cosas, que no era lo más peligroso en la actitud del recién desenmascarado camarada Rebelión-Mendoza la clara felonía de sus ataques al ejército, cuya obra cultural no puede ser desconocida por nadie en la República, por el contrario, lo verdaderamente censurable en ella, lo que la hacia punible en el seno de cualquier sociedad civilizada y celosa de sus tradiciones nacionales era la desfachatez con que hacía públicas las mismas ideas con las cuales dirige una importantísima institución cultural del Estado, institución en cuyo seno nutritivo —dicho sea de paso— se encierra cotidianamente un sector respetabilísimo de nuestra juventud, que es lo mismo que decir el futuro de la patria. «Esto es más dramático de lo que se cree —terminaba diciendo el teniente Cortez— es un reto que debe ser contestado por las fuerzas de la Democracia y la Libertad».*

………………

Una mínima noticia (en una página interior, a la par de un anuncio en colores de la Margarina Mirasol) daba a conocer (en la edición del día 28 de septiembre de La Prensa Gráfica*), que el señor Esteban Rebellón-Mendoza había recibido los más sinceros agradecimientos oficiales por los servicios prestados al frente de la Orquesta Sinfónica del ejército y en los cursos de composición impartidos en el Conservatorio Nacional, sito en esta ciudad, ambos cargos de los cuales quedaba cesante, por Acuerdo Ejecutivo número 779, del Ramo del Interior, cesantía que se haría cumplir a partir de la fecha de esta publicación. Esteban Rebellón-Mendoza vive en una casa relativamente humilde (la obtuvo merced a la benevolencia del coronel Osear Osorío, en la llamada época de las Vacas Gordas, de parte del Instituto de Vivienda Urbana) y relativamente sospechosa del barrio San Miguelito. Desde que ocurrieron los graves hechos que quedan señalados, esa casa es vigilada estrechamente por la policía política, con lo cual cabe esperar que el susodicho individuo se encuentre a la mano de la*

autoridad con oportunidad de la próxima represión política nacional. En estos momentos sería un error del Gobierno proceder a la captura del peligroso sujeto, pues, como se dice vulgarmente, se llevaría agua al molino de las organizaciones comunistas nacionales, actualmente intactas y en posesión de toda su capacidad de acción propagandística».

Hasta ahí el «cuento realista», de Roberto, escrito en un estilo que no es exactamente el de Roberto. Y ahora creo que no debo dejar simplemente anotada mi «protesta». Es necesario decir que la falla del cuento consiste en la falla de su intención. Es absolutamente ineficaz desde el punto de vista político, porque todo el material (exceptuando el material ambientatorio del Ateneo) ya ha sido publicado tal cual en los periódicos que se han ocupado del asunto. El cuento realista entonces se convierte en una albarda sobre aparejo que no tiene nombre. ¿No es evidente que el camino que yo suelo seguir en la narrativa es absolutamente más digno, útil y trascendente? Aún en el caso extremo de imitar el estilo de Roberto y aún cuando yo haya escrito una nota que a Ítalo se le antojó cuento. Y ello sin decir nada del estilo forzado de este «Esteban, el héroe». Si Joyce se enterara se pagaría un pasaje de avión desde su tumba para venirle a dar en la cabeza a Roberto con una su tibia o un su peroné.

11 pm: Última Hora: para morirse de risa. Y yo, de cierto orgullo por mi profetismo. La prensa de la tarde publica una furibunda carta del músico Rebellón-Mendoza, en la que acusa a Roberto de haber construido una provocación comunista en contra suya y en contra del Ejército y el Gobierno. Después de aclarar que él renunció a su cargo como Director de la Sinfónica por razones de salud y para preparar las condiciones de su próxima gira por Centroamérica y el Caribe (gira que, aclara, contará con pleno respaldo oficial), Rebellón niega que su casa esté vigilada por policía alguna y afirma estar por completo de acuerdo con la gestión cultural del actual Gobierno. Agrega que a quienes debería vigilar la

policía es a comunistas calumniadores como Roberto del Monte y sus acólitos. También Roberto fue idiota: eso de colocar nombres propios en un cuento de denuncia no es entre nosotros una simple forma de extremar el realismo…

5 de noviembre

No encuentro otra forma de decirlo que no sea la de decirlo sin adornos y directamente: Roberto fue detenido hoy por la mañana. La casa de José está rodeada por la policía política y se espera que lo entren a buscar de un momento a otro. Álvaro lo anunció todo en el noticiero del mediodía. Creo que será bueno que vaya a ayudarle a Álvaro en la redacción. Aunque no me pague ni me tome de fijo. Por lo menos habrá cerveza a la hora del almuerzo. Y no nos desesperemos por Roberto y José: lo peor que les puede pasar es que los echen a México y ello es algo así como un premio. Es decir, no es eso lo que pienso, es que creo que no debemos preocuparnos. Es más: me gustaría saber que quisieran Roberto y José que hagamos exactamente: si preocuparnos o no preocuparnos.

6 de noviembre

Álvaro me aceptó para trabajar en Teleperiódico. Le hacen falta brazos y cabezas, dijo es decir manos mecanográficas y cabezas periodísticas. Bien algún día tenía alguien que definirme profesionalmente para el mundo exterior. La policía niega haber capturado a Roberto. En un boletín firmado por el asesor jurídico del Cuerpo, se llega a indicar que «A juzgar por las costumbres normales del conocido intelectual comunista Roberto del Monte, no sería nada extraño que su presunta desaparición coincida con alguna borrachera más prolongada que de costumbre o alguna juerga en un prostíbulo». Se dice además que las investigaciones policiales posiblemente contribuyen a establecer el paradero de Roberto, para

desenmascarar las calumnias de la «inescrupulosa oposición al gobierno». Lo deben de odiar mucho a Roberto en las llamadas altas esferas oficiales como para que hagan esa historia que no me engaña ni a mí. Lo que me parece más siniestro es que el asesor jurídico policial que firma la nota ha sido un buen amigo de Roberto hasta ayer, compañero de estudios madrugadores sobre Códigos y tratados de Derecho Administrativo. Pido a Dios, o a quien sea, que me haga morir sin llegar a respetar nada que tenga que ver con lo jurídico, incluidos los estudiantes de Derecho, los abogados, los jueces y los policas. Fijarse: uno de los pocos estudiantes de Derecho que podría llegar a ser un hombre decente en este país, o sea, Roberto, ha sido secuestrado por la policía. Punto.

7 de noviembre

Los familiares de Roberto y de «muchos otros detenidos» (según las hojas sueltas que han comenzado a circular de mano en mano) han presentado ante la Corte Suprema de Justicia una colección de recursos de hábeas corpus. Los familiares de los presos políticos salvadoreños tendrían un éxito notable en Inglaterra, pero me temo que aquí no hacen más que apuntalar la gigantesca farsa gubernamental. Debo decir que ahora que trabajo en lo que más o menos hacía Roberto para la oficina de Álvaro, lo respeto un tanto más. De verdad que hay que sudar como un negro, o más bien dicho, como un blanco en África, para terminar a tiempo el noticiero internacional. Mañana telefonearé a Vilma. Por qué no?

8 de noviembre

En vista de que ha sido decretada la censura de prensa, radio y TV en todo el país, anoche nos hemos divertido oyendo las radios de los países socialistas. Hubo un programa especial, con muchos coros y cañonazos, de Radio Moscú, por un nuevo aniversario de

la Revolución de Octubre. Con ese fondo telefoné a Vilma. Me restregó la cortesía en el feo hocico de lechuza, pero yo no estuve mal, tratando de eludir el regaño por llamarla. Colgué como un rey. Y si bien nuestra aceptación de la censura fue todo lo espontánea que permite la existencia de una orden del Director, es decir, de Álvaro, a partir de mañana el Gobierno dejará de creer en pajaritos preñados con respecto a nosotros, pues se anunció que vendrá un tipo especialmente nombrado por la Secretaría de Información de la Presidencia de la República para revisar previamente todo el material a transmitir. Será que ya estoy metido en política? En todo caso siempre podré renunciar a tiempo, alegando discrepancias políticas con Álvaro y aduciendo que hace solamente unos días que trabajo aquí. Por lo pronto hoy hemos bebido en la oficina una de las cervezas más importantes de mi vida: una Pilsner Urquell, de Checoslovaquia, que el almacén de Romeo Papini estaba tratando de introducir al mercado salvadoreño, pero que, pensándolo mejor, se ha puesto a regalar a las casas amigas de publicidad y prensa, antes de que acusen a la empresa de mantener material comunista en sus bodegas. A Álvaro le tocó una caja, de la cual me tocaron a mí tres botellas inolvidables. De Roberto se rumora casi todo lo imaginable, pero no se sabe en realidad nada. Y como pasa el tiempo empiezo a inquietarme, de verdad. Espero sin embargo que no habrá necesidad de ponernos a rezar. No lo digo del todo por mí. Es también por Roberto. Siempre será preferible con nosotros el «ojalá» al «Dios quiera».

7 pm: Tarde como para… Un ligero recuento nos arroja el siguiente listín de hechos:

a) José se escapó, por el techo de su casa y los techos vecinos, de la policía que lo vigilaba. Se fue en un auto que pasó velozmente por el lugar antes de que nadie acertara a hacer nada por impedírselo. Me parece muy bien, aunque jamás habría esperado de José nada semejante.

b) Estallaron dos bombas de ruido en el centro mismo de San Salvador.

c) Una manifestación estudiantil trató de salir de la escuela de Medicina hacia el centro de la ciudad en señal de protesta por las detenciones políticas. La policía y la Guardia Nacional impidieron en conjunto ese propósito. Medios: garrote y culatazos. Vimos todo esto con Álvaro desde un edificio cercano. Álvaro sugirió acercarse para que filmara nuestro camarógrafo, pero ante una brillante previsión mía en el sentido de que nuestros carnets de Teleperiódico no eran coraza suficiente contra los largos garrotes de madera, adoptamos la conducta adecuada, o sea, la de incluso alejarnos más. Hay censura de prensa, les recordé. Y había que mirar las caras de los policías y los Guardias. Parecían drogados. Pues bien, un periodista gringo que tuvo el celo profesional de acercarse lo suficiente para tomar fotografías, debe estar saliendo ahora de la sala de operaciones donde le habrán dado de barato 25 puntos en la cabeza.

Escribo esto en la oficina. Y noto que mi estilo se ha vuelto periodístico, casi hemingwayano. Eso es bueno. Pero debimos haber guardado algunas botellas de cerveza checa para estas horas extrañas.

10:00 pm: Las últimas noticias, que de todos modos quedarán entre nosotros por lo de la censura, dicen que José está en la Escuela de Medicina, uno más entre trescientos estudiantes o algo así, que se encuentran sitiados por la policía. La única noticia reconfortante es la que ya el Rector de la Universidad y no sé cuántas personalidades tradicionales más, negocian con el Presidente una solución pacífica del conflicto. Si yo fuera el Presidente, todo esto terminaba con un gran trago colectivo. O con cerveza. Cerveza salvadoreña, para que no digan.

9 de noviembre

Discutir Kafka con el jefe de la oficina, inmediatamente antes de una petición de aumento de sueldo. Decirle un soneto de Miguel Hernández al policía que te pide la licencia de manejo de autos. Hablarle de Paul Klee al Director de la Benemérita Guardia Nacional. Ese fue el parametraje opresivo-cultural en que se movió mi corazón miedoso en toda la mañana. Llegó el censor. Un metro sesenta de estatura, aspecto desesperadamente gimnástico, bigotito afilado en el exacto sentido de la palabra. Detalle macabro: llevó un cepillo de dientes y un botecito de agua oxigenada para lavarse los ídem. Luego dijo que no soporta el sabor de las cremas dentales. Claro que llevó además implementos para afeitarse y grasa para el cabello y que todo ello indica que el tipo estará entre nosotros día y noche. Pero lo verdaderamente macabro es lo del agua oxigenada para lavarse los dientes. Es algo como aceptar que uno habla puras cosas infectas. Por lo demás no mete demasiado las narices en nada, aparentemente. Espera que uno le lleve las hojas al terminar de escribirlas y no se nos para a las espaldas para cogernos el posible pecado en el mero momento del parto. En lo que a mí respecta hace muy bien porque soy incapaz de escribirle una simple dirección postal si alguien me espía desde atrás: metería el dedo entre las teclas y trabaría la máquina a cada paso y terminaría por romper la hoja diez veces y ponerme a llorar. Antes de buscar un cuchillo y degollar a alguien. No necesariamente al espía: a alguien, simplemente. No ha tenido que tacharnos mucho el individuo pues ya la autocensura funcionaba en nosotros desde el último pelo hasta la punta de los dedos. Álvaro se quedará para siempre con las cicatrices de las sonrisas que ha tenido que producir durante toda la mañana. Hubo cerveza con cocteles de conchas para todos (incluido el oreja) y almuerzo pedido al Chalo's, ya que Álvaro decidió trabajar de corrido y preparar temprano los programas de la noche. Al cabo no hay casi nada que reportear en las

calles, que permanecen tristes y desiertas, y los acontecimientos que en ellas se den no pueden ser recogidos directamente por ningún órgano de prensa. Hay que esperar la versión de la Secretaría de Información de la Presidencia. Esta página de mi diario es lo único libre que he escrito este día. Vale que estamos jóvenes.

11 pm: La muerte. El censor llegó con cara impenetrable y nos dictó los materiales exactos que debieron transmitirse en los dos programas de la noche. Álvaro tuvo que leer el material sin agregar una coma, aunque tuvo uno o dos gestos de fastidio que habrán podido ser interpretados por el ansioso teleauditorio, como se le llama a la gente desde aquí. A pesar del cuidadoso borramiento de detalles alarmantes, nos fue posible llegar a las siguientes conclusiones:

1a.) La Guardia Nacional y la Policía (Nacional y de Hacienda) asaltaron la Escuela de Medicina, detuvieron a las autoridades y a centenares de estudiantes.

2a.) Debe haber muertos, heridos y golpeados, porque, por una parte, desde nuestra oficina se escucharon por la tarde los tiros, y por otra, el material entregado por el censor habla de que «los agentes de la autoridad y del orden, se vieron obligados a defenderse y a usar sus armas para reimplantar el respeto a la ley conculcado por los comunistas que se habían apoderado de la Universidad de El Salvador».

3a.) El gobierno debe temer mucho a la reacción popular, porque se ha dictado la Ley Marcial de ocho de la noche a seis de la mañana. Quien circule en ese lapso por las calles, morirá tiroteado por las patrullas de la Guardia y las policías. Claro, por eso el oreja trajo sus cosas para afeitarse y su cepillo de dientes y su macabro bote de agua oxigenada. Todo esto estaría preparado por el Gobierno desde hace rato.

Y por lo pronto, lo que es mi diario, se jodió. Se ha politizado y se ha convertido en un objeto peligroso, prohibido. Si el censor leyera estas páginas, no tardaría yo ni quince minutos para ingre-

sar en una celda de la Policía Nacional. Desde la ventana veo el edificio. Soy un héroe.

10 de noviembre

La libertad de prensa es uno de los inventos más grandes para defender a los gobiernos tiránicos, para acabar de amolar a los pobres y a los revolucionarios y para darle a cualquier mentira dimensiones universales. En resumidas cuentas, la libertad de prensa, de radio, de televisión, es la moderna forma social de mentir. Quien no tenga un diario de su propiedad, una radioemisora, podrá mentirle a su mujer, a sus primos, a sus compañeros de trago. Para mentirle a todo el mundo, para engañar a las multitudes, hay que ser propietario de una editorial periodística o de una cadena de radio y TV. Paso a la libertad de prensa salvadoreña, que trae carnet y trae dinero, premios para todos y mentiras al gusto del cliente. Es terrible. Y luego don Napoleón y don Pepe y don Miguelito, como se llaman los dueños de los tres principales periódicos de San Salvador, van y comulgan todos los domingos y les dicen a sus hijos que no hay que ser malos y que cuando sean grandes los van a poner a estudiar para que sean buenos ciudadanos estadounidenses, que hasta les va a cambiar el pelo y se van a hacer rubios. Es terrible. Es. Un ejemplo de libertad de prensa e información. Ayer por la noche, Álvaro tuvo que transmitir exclusivamente las versiones del Gobierno sobre los sucesos ocurridos en la Universidad. En resumen, ellas decían que los abnegados cuerpos de Seguridad del Estado habían desalojado de los edificios de la Escuela de Medicina a una «camarilla comunista» y que en el transcurso de esa operación sus agentes se habían visto obligados a defenderse de quienes se negaban a ser desalojados. A base de suposiciones yo elaboré una versión de los hechos que dejé escrita en tres puntos en mi diario, con fecha de ayer. La verdad de los hechos es ya del dominio público, a pesar de esa cortina tendida

por la prensa y el gobierno por nosotros mismos si vamos a decir toda la verdad. La acción en la Universidad ha sido de tal envergadura que solamente el testimonio de algunos estudiantes que lograron escapar del lugar ha sido suficiente para levantar un escándalo como no recuerdo haber presenciado nunca en este país. De boca en boca y en rudimentarios volantes, ha circulado la verdad y la gente compra la prensa solo para medir el tamaño de las mentiras y limpiarse el culo con ellas. Claro, la verdad, como casi siempre, es terrible. La parte que me ha llegado a mí y que debe dejar fuera cientos de detalles, dice: A las dos de la tarde fueron reconcentrados en sus respectivos cuarteles generales cinco compañías de Guardias Nacionales (más de quinientos hombres) y un llamado grupo especial anti-motines de la Policía Nacional (350 hombres). Después de ser arengados por sus jefes y dotados de «equipos para asaltos», recibieron permiso «para beber licor y tomar estimulantes». Las arengas fueron de contenido anticomunista. Los jefes de la Guardia y la Policía Nacional, una vez que los agentes habían bebido y tomado estimulantes, indicaron que el Gobierno había decidido destruir el foco comunista existente en la Universidad en vista de los «groseros ataques a la patria, a las instituciones democráticas y a todo el pueblo honesto» que allí se estaban perpetrando. Como ejemplo, los jefes policiales informaron a sus subalternos que los estudiantes universitarios habían quemado el día anterior la gloriosa bandera nacional y que la habían substituido por la bandera roja con la hoz y el martillo, de Rusia; que grupos comunistas de la Universidad están planificando asaltar iglesias de San Salvador para profanar los más sagrados símbolos cristianos; y que, lo que había hecho rebalsar el vaso de la paciencia del Supremo Gobierno, «con fecha de ayer», dos agentes de la Guardia Nacional y dos Policías Nacionales cuyos nombres iban a quedar ocultos por razones obvias, habían sido capturados por grandes grupos estudiantiles especialmente preparados en tácti-

cas subversivas, quienes los habían introducido al edificio de la Rectoría y, luego de quitarles los uniformes, los habían escupido y orinado (a los agentes y a los uniformes), los habían rapado al cero de la cabeza y posteriormente, haciendo uso de la fuerza, habían abusado en grupo de su honor de hombres, lo cual era una mancha sobre la Gloriosa Policía Nacional y sobre la Benemérita Guardia Nacional, que debía ser lavada con energía inmediatamente. Agregaron los Jefes que no estaban planteando una venganza sino simplemente defendiendo el honor mancillado de los dos Cuerpos de Seguridad más respetables de la República. Los ochocientos efectivos le cayeron al edificio de la Escuela de Medicina, como una columna de tanques entrando a un circo de barrio. En el interior de la Escuela había unos cuatrocientos estudiantes refugiados, cercados por otros efectivos policiales y del Cuerpo de Bomberos. En los momentos en que las fuerzas de choque de la Guardia y la Policía, con mil tragos y no sé cuantas libras de droga entre pecho y espalda, rompieron la puerta principal, el Rector de la Universidad exponía a los estudiantes, en el Aula Magna, los ofrecimientos del Presidente de la República de no emplear la violencia si ellos decidían retirarse en paz a sus hogares. El terror se propagó entre los estudiantes. El Rector, hombre anciano, pero enérgico, bajó del estrado y se enfrentó a la turbamulta uniformada, enmascarada contra gases, chillante, garrote en mano, escopeta de gases en mano, fusil en mano, pistola en mano, machete en mano. «Deténganse, señores —gritó— he recibido garantías del Presidente de la República. Respeten el recinto universitario. Yo soy el Señor Rector de la Universidad». Y un mayor panzón, de la Guardia, el Mayor Flores, dice la *vox populi*, el ver que los cuilios titubeaban un poco, se le fue encima gritando: «Si a vos te andamos buscando, viejo hijo de puta, maricón; vos sós el que les das las órdenes a todos estos cabrones estudiantes». Y le mandó al Rector un recio garrotazo a la cabeza, que se la partió en

dos. Entonces comenzó la masacre. Debió haber sido algo espantoso. Ochocientos Guardias y policías drogados, armados hasta los dientes, contra cuatrocientos estudiantes y profesores indefensos. Cuatro cadáveres absolutamente deshechos a palo fue el primer saldo de la gloriosa operación para «lavar el honor» de la Guardia y la Policía. Uno de los cadáveres es el de un empleado de la biblioteca universitaria que se llamaba Mauricio Esquivel Salguero. Dicen que los testículos le quedaron colgando de «un hilito de pellejo». Vivía cerca de mi casa. Hay doce estudiantes desaparecidos, presumiblemente muertos. Hay más de trescientos presos. Se sabe también que hay cuatrocientos universitarios en el Hospital Militar. Vecinos inmediatos a la Escuela de Medicina dicen que vieron a grupos de policía y guardias arrojando estudiantes desde el tercer piso del edificio. Hay detalles a cual más siniestro. Por ejemplo: el Rector de la Universidad sigue sin conocimiento, en la clínica de la Dirección General de Policía. Fractura del cráneo y conmoción cerebral. El Fiscal General de la Universidad, salió con los dos brazos fracturados a garrotazos. Está preso, sin atención médica. Ambos, al ser sacados de la Escuela de Medicina, fueron arrojados a un camión celular que había sido untado en todo su interior con mierda humana. Otros ejemplos: cómo algunos estudiantes saltaron desde los altos del edificio, con gran peligro para sus vidas, hacia un colegio de niñas inmediato, los policías y los guardias los siguieron hasta allí. Los estudiantes pudieron escapar porque sus perseguidores invirtieron su tiempo en violar a cuarenta alumnas del colegio que se apretujaban en un dormitorio. Las monjas están reunidas con el Arzobispo para que este pida justicia. No, como país, El Salvador dijo quitá de allí. Y no es que quiera ser periodísticamente objetivo o cosa por el estilo al dejar para el último lugar la noticia que me afectó más. Es la que se refiere a la suerte de José y Roberto. Hay una gran confusión. Las versiones más insistentes son las de que ambos están muertos. Se dice que a

José lo mataron a palos en la Escuela de Medicina y que a Roberto lo asesinaron en la Policía y luego arrojaron su cadáver, desfigurado, en una carretera rural. Hay quienes dicen sin embargo que Roberto está preso, vivo a pesar de las torturas y que José consiguió escapar de la Escuela y se encuentra trabajando contra el Gobierno en la clandestinidad. Han aparecido efectivamente algunos cadáveres que podrían ser de uno o del otro, por lo menos en dos casos. Habría que hacer algo. No sé qué, pero habría que hacer algo. No es hora ya de la simple preocupación, aunque yo sea el primer sorprendido al pillarme pensando en hacer algo más que preocuparme.

11 de noviembre

En la emisión de anoche, a pesar de que había sido advertido severamente por el censor contra cualquier desviación del texto aprobado, Álvaro agregó algunas frases al anodino editorial. Dijo más o menos así: «Noticias que nos inquietan hablan de la prisión y la muerte del joven poeta y hasta hace algunos días miembros de nuestra Redacción, Roberto del Monte. No descartamos la posibilidad de que se trate de simples bolas que para desprestigiar al Gobierno suelen echar a correr sus enemigos en épocas de tensión nacional. En todo caso, como la especie hace daño, sería menester salirle al paso y negarla. Este teleperiódico, por mi medio ofrece a las autoridades toda la colaboración necesaria para el esclarecimiento de la verdad». El censor quiso entrar al estudio y pidió que cortaran el audio, pero ya fue tarde. Entró a la pantalla el anuncio de Dada y Compañía, luego las noticias internacionales y deportivas y se acabó el programa. Cuando Álvaro salió de su cabina el censor estuvo a punto de tirarle un primer puñetazo, pero creo que pensó en libras y estatura y comprendió que estaría en desventaja. Así que se limitó a gritar: «Esto no se va a quedar así, con nosotros no se juega». Álvaro por su parte le dijo que no compren-

día por qué se enojaba tanto por unas frases que, en resumidas cuentas, ayudarían al gobierno a resolver una situación enojosa. «Ayudarían —dijo el tipo—, lo que usted ha hecho es una denuncia contra el Supremo Gobierno. Todos ustedes son ratas del mismo piñal que se tapan con la misma cobija. Pero esta gracia les va a costar cara». Y se fue a llamar por teléfono, encerrado en nuestra oficina. Cuando salió sudoroso y desencajado, pudo sin embargo adoptar el tono enérgico necesario para decir: «Queda suspendido el teleperiódico por decisión oficial. Mañana a primera hora llegarán las órdenes escritas».

12 de noviembre

Escribo esto en la biblioteca de Álvaro, en su casa. Ningún empleado de Teleperiódico tuvo fuerza para asomar las narices en la oficina y creo que Álvaro agradeció que así fuera. Cuando estuvimos todos reunidos en la sala de su casa, entre las carreras de sus hijos y los afanes de su mujer para ubicarlos en la mesa del desayuno, Álvaro inició una especie de monólogo con destinatario sobre sus necesidades íntimas de ahorrar. Declaró que vendería inmediatamente su auto deportivo, que dejaría la oficina (su casa de soltero) y que se reduciría como pudiera a la vida hogareña, tan paralela hasta hoy a su verdadera vida. Y luego nos pasó la patética carta que adjunto, y que presillo a esta página destinada a mi diario. Cuando yo me he metido a la biblioteca para leerla y escribir estas líneas, Álvaro le pidió vasos a su mujer y comenzó a destapar una botella de *whisky*. Tiene tres o cuatro botellas más entre los libros empastados en piel en un escaparate bajo llave. Qué le vamos a hacer. Un par de tragos no empeorarán la situación.

…………………

TELEPERIÓDICO, Edificio Central 7º Piso 702. Teléfonos 6107 y 7052. San Salvador.

Noviembre 12

Queridos amigos:

Después de casi cuatro años de animar TELEPERIÓDICO, presiento que ha llegado a su fin el que fue parte de nuestra vida: fuerzas mezquinas enfilan su poderío contra nosotros, con el propósito de destruirnos. En parte lo han logrado: las emisiones de TELEPERIÓDICO desaparecen a partir de hoy, con lo cual la existencia de esta empresa no tiene razón de ser.

Esto me obliga a comunicarles esta dolorosa decisión: a partir del 15 del presente mes no queda refrendado ninguno de los puestos y cargos que han ocupado dentro de TELEPERIÓDICO, y los sueldos correspondientes a Redacción quedan congelados desde este momento.

Que nos quede la última satisfacción de que todos y cada uno de ustedes cumplió a cabalidad su obligación. En cuanto a mí, pido disculpas a cada uno de ustedes, porque fue mi torpeza la que llevó al hundimiento a TELEPERIÓDICO: traté de lavar mi dignidad insultada, sin pensar que la Empresa de la cual ustedes formaron parte vital era más importante.

Que Dios nos depare la oportunidad de estar juntos hombro con hombro en el futuro.

Cordialmente:

Álvaro Menéndez

15 de noviembre

Solo quiero morir. Se me ocurre en este momento que para eso nací. Y no es que emita simplemente la expresión fatal, condicionada, de una sangre veloz que quema por sí misma y por el alcohol que trata de eliminar de sí. Dios mío, ¿por qué me hago estas

cosas? Pero quede la metafísica para cuando vuelva del centro de la ciudad, más tarde, a este cuarto mío que resopla y resuda. Esperemos que la situación de emergencia no invada el mediodía. Tengo dinero para más de una semana. Después, ya veremos. Mi madre aún no ha caído del todo en la cuenta del momento y eso es bueno para ella. Además, no siempre todo tiene que terminar en el horror. He querido morirme, es cierto, pero eso pasa. Puede ser posible ir saliendo poco a poco de esto. Con elegancia, con lucidez, con talento. Y el placer, desde luego, no hay que negarlo. Esto, también, me gusta. Lo siento, eso es todo por hoy.

16 de noviembre

Lo que yo decía a todo el mundo. No había por qué desesperarse. Hay momentos duros en la vida, situaciones que parecen insuperables, pero luego viene la curva descendente, el alivio, la solución, la salida. Y no es ni siquiera necesario que lo mejor ocurra de golpe, de una vez, luego del terror o la incertidumbre. Digo esto, personas decentes, porque Roberto apareció vivo. Preso, pero vivo, que ya es algo en este país y en los últimos días. ¿No? Aquí va lo que dice el Gobierno en todos los periódicos, compiado por mí hasta con entusiasmo en una fresca mañana del mejor mes del año salvadoreño (promedio histórico).

SEVERO MENTÍS A LOS PROFESIONALES DE LA CALUMNIA Y LA MENTIRA: ROBERTO DEL MONTE CAPTURADO.

«El sábado 8 del corriente, agentes de los Cuerpos de Seguridad Pública, capturaron en la Hacienda "San Antonio", propiedad de Adolfo Espinoza, situada en la jurisdicción de Rosario de la Paz, al bachiller Roberto del Monte, quien se encontraba reclamado por los tribunales militares competentes acusado de los delitos de rebelión y sedición, por su activa participación en los últimos acontecimientos políticos acaecidos en el país, los cuales per-

turbaron seriamente la tranquilidad del pueblo salvadoreño. El Br. del Monte, fue detenido en compañía de varios guarda-espaldas suyos, cuyos nombres son José Reales Escobar, Ángel Carballo Domínguez, José Santos Bolaños Iraheta y José Balbinio Rivera Herrera, a quienes se les decomisaron algunas armas y literatura comunista editada en la Unión Soviética, entre la cual se encuentran los siguientes libros: *Precios, Salarios y Ganancias seguido de Trabajo Asalariado y Capital*, por Carlos Marx; *El Materialismo Histórico*; *El Asalto a la Razón* de George Luckacs; *Songoro Cosongo, Motivos del Son, y West Indies Ltd.*, de N. Guillén; y el folleto "Acerca de la superación del culto a la personalidad y sus consecuencias" (Decisión del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética). Con la captura del Br. Roberto del Monte se da un severo mentís a las calumnias propaladas por agentes comunistas y por elementos disociadores enemigos del actual régimen, quienes trataban de hacer creer al pueblo salvadoreño que el citado bachiller había sido capturado, torturado y posteriormente asesinado por agentes de los cuerpos de Seguridad Pública, y que su cadáver, con el rostro completamente desfigurado había sido lanzado al fondo de un profundo barranco en la carretera que conduce de Sonsonate a Santa Ana. Esta vil calumnia fue maliciosamente difundida en El Salvador por los comunistas a través de todos los medios de propaganda a su alcance, habiéndose dicho en aquella oportunidad que familiares del Br. del Monte habían encontrado su cadáver "con las orejas cercenadas". La misma versión criminal fue propalada en el extranjero, siempre con el propósito de desprestigiar a nuestro país. Esta es otra de las infames calumnias que se desvanecen con pruebas irrefutables. Con ello el pueblo salvadoreño puede perfectamente deducir quién está tratando de engañarlo y quién le dice la verdad».

Comentario: «Ja, Ja, Ja».

Planes para hoy: Baño, teléfono (Vilma, Álvaro), no más de cuatro tragos. Dobles.

18 de noviembre

La orfandad es un mal argumento: defequemos sobre su
[frente
La cólera cuesta mucho trabajo: orinemos a pene pelado
[sobre su tumba
La preocupación ensucia el cuello de la camisa:
[escupámosla!
La delicia es motivo para cualquier historia sublime
Si se disfraza bien
y se le busca un buen nombre de guerra.
La gula, la lujuria insaciable,
la peculiaridad en el vicio,
el placer de analizar el placer,
la ostentación competente,
la largueza y aún la dilapidación,
bien vistas las cosas,
no son más que el torrente libérrimo
de la vida que el hombre se ha ganado
por el mismo hecho de nacer.

Bueno, eso es todo por hoy. Me queda plata para unos tres días más. Y Michael me dice, al servirme otro bock (juré no beber licor fuerte hoy, pero temo que la cerveza me dañe aún más), que han estallado ocho bombas en distintos lugares de San Salvador. «La cosa está color de hormiga para el gobierno —agregó el más sabio de los mozos de bar salvadoreños— y es que mi coronel la ha cagado de viaje». Es todo un dato en boca de Michael, filósofo apolítico. Tienen la palabra los observadores políticos entendidos en la materia y por regla general bien informados.

19 de noviembre

Y tú que te creías el rey de todo el mundo. La música mexicana es una torpe mierda. México es el país más ingrato del mundo, lástima la carita tolteca que trata de reír. Y El Salvador es un mexiquito, solo que más cabrón, por enano y pendejo. Vámolos, vámolos de aquí. Robertío, papacito: te deben tener hasta las meras manitas que ni humito habís de echar. En serio, mijito, ojalá que no estés tan jodido y que, si estás bien jodido, que aguantes como hombre y te cagues en todos esos hijos de puta que son mierda pura comparados con vos y que se van a perder en la historia como esos perros que revientan los carros en las autopistas troncales y que quedan allí en la gramita, primero hinchándose hasta reventar en una almohada ligosa, verde y gedionda como la mocosera del diablo acatarrado y luego secándose lentamente al sol entre la aflicción de los zompopos y los clarineros, hasta que aparece el hueso y dice a blanquearse y se va haciendo de al tiro polvo también, polvo que somos todos, y se confunde con el resto del polvo que ya estaba allí y que quizás era de huesos de mil millones de trillones de muertos que también se hincharon verdes y garrasposos en su tiempo y después se secaron bajo el mismo viejo sol. Ves cómo te imito, Robertón, sos jodido. Y si me propusieran cambiar de suerte contigo o sea que si iba yo preso quedabas vos libre, yo aceptaría sin pensardo un segundo, sin pispilear. Le diría al cuilío: «Espérese solamente a que me rempuje mi tanguarniz». Y me empinaría un triple de Espíritu con limón y boca de aguacate con frijoles, recogería mis libros y le diría, altivo, tendiendo las muñecas para que me enchacharan con las esposas: «Juímonos». Pero qué te van a cambiar por mí esos hijos de puta. Si yo solo soy lo que soy: un borracho de mierda que además piensa y habla mierda. Mis momentos luminosos inclusive, son solo eso: fuegos fatuos que se levantan de la mierda en la noche húmeda y eléctrica. Y vos son talegonazo, la pura riata, la mamá de Tarzán, el ejemplo, de la majada, el

Lenin cipote de la Colonia Mugdan. La vieja. Aunque, si vamos a ser exhaustivos, yo podría ser mejor que vos si me diera la gana y dejara de beber de una vez por todas y me pusiera serio y firme. Si solo tuviera tus estímulos, cabrón. Pero yo sí que estoy jodido. Ser, hacer algo grande. Pero para qué, para quién? Nunca lo he visto demasiado claro y además nadie me lo ha pedido. Y mientras más materialistamente quiero ver el fenómeno, menos entiendo ni pura estaca. Y vos, mientras más abstracto y generalizador te pones, más actividades terminas por acometer o cometer. Todo lo cual deja al marxismo-leninismo en la vil *street*. La gran cagada. Pero la gran cagada inabarcable. Robertío: por la infinitamente remota posibilidad de que la bondad personal que alcanzo al llegar al séptimo trago sea un argumento ante Dios en plena acción de rezar por ti y por tu suerte, aunque no creo en Dios más que ustedes, voy a cortarle aquí a este diálogo melancólico y voy a pedirle a Michael otro trago. Doble.

1º de diciembre

Desde Luis Cernuda, Federico García o Manuel Altolaguirre, desde Antonio Machado, España no ha dado un solo poeta interesante, interesante aunque sea en su vida personal. Porque Altolaguirre no era ni muy muy ni tan tan, pero a juzgar por lo que dicen sus amigos… La poesía española actual da lástima: parece la poesía de alguien que se quedó perdido en una cueva del Himalaya o en un claro en el centro del Matto Grosso y veinticinco años después logró llegar al mundo intercomunicado y trata de escribir sobre el papel de la radio y la televisión en la cultura de las dos últimas décadas usando para ello un soneto. ¡Qué cosas! Pero no voy a continuar por esta ruta hipócrita y peligrosísima. Terminaría por caer en algo así como la ética subyacente en la subpoesía española contemporánea: los frutos de la degeneración. Y yo no tengo el menor derecho a plantearlo. Hablando en plata: recién llegué a casa

después de cinco días en la sección de alcohólicos del Hospital Psiquiátrico. Los doctores dijeron que mi caso no es especialmente agudo, que puedo curarme si me lo propongo con verdadero ahínco, que hay casos mucho peores que están en franco restablecimiento: incluido el que incendió su casa causando la muerte de su madre y de uno de sus hijos. Agregaron que lo peor en mi caso había sido (en esta ocasión) la deshidratación, recetaron sueros y tiamina en cantidades realmente gordas y hasta se permitieron bromas a costa de la resistencia conmovedora de mi hígado y de mi vesícula biliar. Caramba: otra vez apuré hasta donde no debía el vaso oscuro. Podría citar a Hesiodo o alguna anécdota de la vida de Poe, pero más vale que descienda a la tierra de una buena vez, aprovechando este día tan lúcido. Sí: se me fue la mano otra vez, para hablar pueril y llanamente. Hoy he podido ya, menos mal, comer, e incluso comer bien, muy bien: plátanos dulces fritos, arroz y frijol en casamiento rociado con crema, medio pollo frito en mantequilla, ginger-ale casi congelada, leche fría. Y el ciclo crítico fue esta vez sumamente benigno, casi como el que correspondería a una indigestión, a una intoxicación menor de esas que se resuelven en un salpullido o en una diarrea. No hubo esta vez pesadillas persistentes: solo una noche soñé que estaba preso en una especie de barcaza fétida en Maracaibo o en Veracruz: al comenzar el sueño todo estaba a oscuras y solo a través de una rejilla alguien me decía como insultándome que estaba condenado a quedarme quince años allí. El agua me llegaba a los tobillos. Era un agua sucia, natosa. De pronto, por un agujero a ras del piso, entraron como empujados por el oleaje unos horribles animales moribundos. En esta parte del sueño había ya luz. Los animales eran una especie de peces-pingüinos (pero con patas), blancos y gelatinosos, como el vientre de un ahogado, con un grande y agudo pico que abrían y cerraban en su agonía, dejando ver una garganta amarilla y una lengua roja, secas a pesar del agua en que sobrenadaban. Me pro-

dujeron un asco inenarrable y sentí la necesidad de verlos muertos de inmediato. Fui a patearlos para destriparlos, pero al hacerlo sentí un profundo dolor y comprendí que había cometido una equivocación mortal: la apariencia gelatinosa de sus cuerpos ocultaba un núcleo central espinoso (a la manera de un erizo de mar) cuyas púas penetraron en mi carne, inoculando ponzoña y pudrición. Los otros sueños fueron raros pero no aterrorizantes, no fueron pesadillas: sueños tímidos o lúbricos, a pleno color, interesantes, oscilando entre el surrealismo y lo que yo llamaría expresionismo ingenuo. Recuerdo algunos que podrían servir para un cuento corto o una viñeta. Después de despertar en el hospital, lo peor fue el olor a alcohol viejo que me sentía en cada poro del cuerpo, en el pelo y la saliva. La etapa depresiva, con todo y que el vaivén fue brusco, tampoco fue la peor que he sufrido. Y el contexto no ha sido demasiado represivo esta vez. Mi madre ha estado admirable, no me ha hecho un tan solo reproche hasta hoy y en cambio me ha salido con algunos mimos. Mis hermanas me regañaron más bien jovialmente y trataron de invitarme a pensar junto a ellas en planes sensatos, en propósitos lógicos, alcanzables, convenientes para todos y sobre todo para mí. Lo terrible, para usar esta palabra que es casi mi marca de fábrica, ha sido la variedad del mundo en desarrollo y sin mí, que he venido a comprobar precisamente al volver en mí. Entre los días sin huella propiamente dichos, es decir, los días borrados que desembocaron en la crisis, y los últimos dos días en el hospital, cuando ya pude ver los periódicos y hablar de la vida diaria, ocurrieron tantas cosas en último término relacionadas conmigo en este país, que es como para intentar escribir una cantata al asombro. Y todas esas cosas, repito, ocurrieron sin mí. Que no hayan ocurrido en mi contra, habla de que el concierto natural funciona por fin. Y no hay señales contrarias: todo el mundo está de lo más contento y su alegría me ha contagiado, cuando se supone que debería estar angustiado o amodorrado. Haré un

leve recuento de los principales sucesos, para los fines simples de la continuidad fáctica de mi diario:

1) Cayó el gobierno del Coronel Larios y fue substituido por una junta presidencial integrada por tres militares y tres civiles. Todo ello por obra y gracia de un golpe de Estado militar del cual el pueblo tuvo noticias hasta que su éxito estuvo asegurado: cuando el Coronel Larios volaba a Costa Rica en un avión militar, vestido nada más que con el pijama en que fue capturado. Se inició un período de grandes manifestaciones populares que todavía continúan. El nuevo gobierno lanzó su primer eslogan: gobernaremos en la calle, con el pueblo y no en las oficinas de los ministerios, con aire acondicionado. Veremos si es verdad, aunque a mí en lo personal, ni me va ni me viene.

2) Roberto, junto con otros cincuenta o más prisioneros políticos del régimen del Coronel Larios, fueron puestos en libertad y cargados por las multitudes en hombros, como héroes. Después se supo: a Roberto lo iban a fusilar junto con dos obreros y una obrera, cuatro días después de la fecha en que cayó el gobierno. Se salvó por un pelo. Un pelo de cuatro días es en estos casos un pelo. José salió de la clandestinidad gordo y peludo.

3) Reabrieron a Teleperiódico y el nuevo gobierno indemnizó a Álvaro por daños y perjuicios. Álvaro recibió un homenaje del Club de Prensa, por su actitud digna frente a la tiranía. Un poco exagerado, creo yo. Los verdaderamente dignos frente a la tiranía, estuvieron presos o clandestinos. Y además el mentado Club de Prensa está compuesto por los periodistas más incondicionales al régimen de Larios y a cuanto régimen político surja en nuestro país. Todos los miembros de la Junta directiva eran confidentes de la Secretaría de Información del Coronel Larios. En fin… Álvaro se quejó con Roberto por lo que llamó mi conducta irresponsable. Le dijo que cuando me buscaron para reabrir las audiciones, yo llevaba no sé cuántos días bebiendo por ahí. Ahora resulta que

Álvaro asegura que si alguna vez se atrevió a tomarme como colaborador de Teleperiódico, fue por las recomendaciones oficiosas que le había hecho Roberto en mi favor. Quizás Álvaro tenga razón sobre mi conducta, pero exagera un poco. Como todo patrono que ha visto en alguien la posibilidad de hacerlo trabajar por un sueldo inferior al normal. Por otra parte, en estos días, cualquiera puede tener toda la razón sobre mí, contra mí, en defecto mío.

4) José y Roberto han iniciado, junto a decenas de estudiantes universitarios, recorridos por las poblaciones y las zonas rurales, para explicar principalmente a los campesinos sus derechos constitucionales.

Ya decía yo que el excesivo terror por la situación política era no solo inútil sino pro-dictatorial. Claro que nadie me hacía caso porque lo decía entre trago y trago. Pero era la verdad. Todo ha terminado por arreglarse. Si con este arreglo colectivo yo pudiera encontrar un marco para mi propio arreglo personal, no tendría dificultades morales para aceptar que Dios existe.

José y Roberto han venido a verme una par de horas antes de que me dejaran salir del hospital y se han mostrado de lo más comprensivos. No me sentí mal frente a los héroes en ningún momento y debo reconocer que ello se debió a su actitud cariñosa. Claro, traían entre las manos la sabiduría de los que han sufrido mucho en muy poco tiempo. Y en el caso de Roberto, lo de quien ha estado a punto de morir. Hasta hemos soñado en voz alta con algunos planes para el futuro: reactivar el grupo de teatro universitario para trabajar con él a lo largo y ancho del país, publicar una nueva revista literaria e ideológica, crear círculos de estudios filosóficos (esto en boca de ellos quiere decir círculos de estudios marxistas), por lo menos en las ciudades grandes. Me pidieron asimismo reanudar mis contactos con el extranjero, escribir a México para saber si algunos escritores importantes querrían venir a la Universidad.

Me siento aún sumamente débil y cada seis horas recibo pinchazos en las venas o en las nalgas, pero puedo decir que me siento feliz. Si pudiera mi vida ser siempre así…

3 de diciembre

¿Quién te ha esperado entre las flores
desde mucho antes de que vieras la luz?
Una muerte áspera
como el instrumento que corta metales.
Ello no te da menos motivos para vivir.

4 de diciembre

Despreciarte a ti mismo como de reojo
no es un oficio útil.
Además, en ello
eres menos hábil que nadie.

La ejecución de la sentencia, pequeño hombre,
no absuelve al criminal.

El aprendizaje será tu Misericordia de Dios.

5 de diciembre

A punto de estallarme la cabeza. Estaba tan bien hace apenas tres días…

11 pm. He mejorado notablemente. Pero he debido tomar una cerveza con dos aspirinas. Y mi madre, que advirtió mi aliento alcohólico cuando regresé a casa hace una hora, se ha encerrado llorando en su cuarto. Mis hermanas cierran las puertas furiosas y hablan del infierno de sus vidas, con ese tono de odio que yo

pensaba existía tan solo en mi imaginación. Paciencia, sí. Pero solo hasta cierto punto.

6 de diciembre

Y bien, si sigue así la cosa, empeoraré de muerte. Esto no es un sueño. Esto es una pesadilla bien negra y bien amarga. A ratos me digo que yo mismo me he buscado estas situaciones y que no cabe por eso lamentarse de ninguna manera. Pero, ¿es uno responsable de cada uno de sus actos? ¿Acaso no estaban determinados de antemano? No soy fatalista. El fatalismo en ese sentido es una mentira. Tampoco quiero caer en ese nivel de argumentos para idiotas que suelen construir minuciosamente, hasta construir el peor de los hastíos, los curas católicos que sermonean en la televisión o los histéricos pastores protestantes que hacen lo mismo por la radio (programas para el ama de casa). Francamente que el escucharlos se hace ridículo el ser bueno y la virtud parece característica de pálidos, tímidos masturbadores, que hicieron la primera comunión como quien va a las Cruzadas y que morirán de tos o de úlceras estomacales para congoja de viejas vírgenes. Sin embargo de todo esto, he caído en la cuenta de que ya no es posible seguir negando la involuntaria realidad sicológica del hombre, que empuja desde abajo, como desde un túnel usado para guardar viejos ecos. Todo esto me hace menos duro, en el peor de los casos, aceptar q' soy un dipsómano. Sí, al parecer, soy un dipsómano. Un alcohólico. Me entrego a mí mismo y no soy dueño de mí. Me rebelo, pero ya no soy como antes: después de *esta* rebelión solo la muerte nos espera. Soy un inútil, un mantenido, y tengo grandes problemas, como un estadista o un jefe. La cosa es bien negra y bien amarga, pues. Parece que un ciego determinismo me llevara de los cabellos en medio de todo mi pataleo y desesperación. Soportarlo es mi parte en el negocio y es una parte bien pobre. Por eso mi única salvación es la poesía. Para que no quede la pena de que toda esta soberana

mentira solo sirvió para pisotearme y mancillarme y arrebatarme mis sueños en medio de la anulación más definitiva. Todo ello dicho con la mayor de las justicias y (palabra de honor) la menor de las emociones. Dejemos las emociones para el arte. También para ese otro arte: las relaciones humanas. Sin embargo yo soy Adán que ya no quiere desnudarse totalmente porque se ruboriza. Eva es tal vez mi naturaleza. Porque la he manchado. Como ven, señores, me rebelo. Hay una lucha sorda que sostengo para, aún ignorando cuál es la realidad del hombre, mantener el fuego del alma constante y permanentemente a salvo de las acechanzas de este mundillo físico. «Los que se quejan me aburren». Y «el dolor humano está basado en cálculos deficientes». Sin embargo, la expresión del hombre es la expresión de su dolor, tal vez de la impotencia misma de no poder actuar más que con las palabras. Esa es la cuestión: yo he sido un bueno para nada, entiéndase con homenajeante severidad. Un tipo que habría sido más dichoso si nunca hubiera aprendido a escribir.

11 pm: Inventario de mis propiedades: dos trajes oscuros de mediano uso, cuatro pantalones (siendo uno de corduroy el único interesante), un par de zapatos, ocho pares de calcetines (de los cuales habría que excluir ese par de color lila que no usaré jamás), cinco corbatas pasadas de moda (ahora se usan sumamente angostas y sin dibujos de gran masa), una buena camisa blanca de *nylon* y cinco camisas de color. Una cámara fotográfica Kodak con el enrollador malo (diez colones ofrecieron por ella en el montepío). Un anillo de plata de Taxco, regalo de la hermana de Roberto a Roberto y que cayera en mis manos por esa magia del amanecer entre borrachos de cierta cultura. Fotografías, implementos para la limpieza corporal. La *Antropología Filosófica* de Cassirer y los breviarios de Bochenski, Frankl y Wahl. Una colección de la revista *Cultura* (1958-1960) y unos quince números sueltos de *Sur*. Un segundo tomo de la *Paideia*, que fue de Juan Antonio Ayala, y luego

de un compañero de Roberto llamado Gilberto V… ¿Nada más? Nada más. La cama, la silla y el remedo de ropero son de mi madre. La radio es de mi hermana, la lastimera. El espejo, de mi otra hermana, la imperturbable. Es posible que tenga derecho a llamar mío a uno de los tres gatitos recién nacidos. Si le pusiera un nombre y lo reclamara para mí. Lo haré mañana a primera hora. Bah!

10 de noviembre

Escribo sin interrupción. Después de terminar mi interminable poema «El loco de Puerto Cortés», he estado tratando, afinándolo, el texto crítico sobre *El Extranjero*, que enviaré a México. Escribo sin interrupción: mucho y muy meditado. Tanto, que hasta mi amado diario se está quedando más y más horas solitario durante el día y la noche. Esto no es la confesión de una pose: en todo caso sería la constatación de una enfermedad mortal. ¿Quién hizo, jamás, ostentación sincera de tener enfermedades mortales? Tal vez el único fue quien se convenció de que el alma era el peor de los cánceres y que se paga con la vida la dicha de tenerla. El hombre está condenado a morir por la vía del alma. Ella lo inunda, lo ciega, lo abate y lo consume. Ah bendita leyenda de Narciso: Los griegos tenían que desplomarse históricamente porque habían caído en la peor de las sensualidades: el culto al éxtasis. Por eso no vivo para mí, para mí alma vivo. Por eso la carne queda enjuta en torno de los huesos, devorando todo lo que pueda considerarse superfluo. Esta es una locura incurable. Locura, sí, evidentemente. Tiene la virtud de parecer hermosa, pero, en el fondo, es la más asqueante de las situaciones. Por ello uno no podría hacer ostentación de esta realidad, insulsa y vana de puro trascendente. Si nos limitáramos a ella, si dependiéramos de ella, cualquier momento con una pequeña dosis más de desesperación sería decisivo. Roberto me ha dado hoy un peso y algunos centavos y he podido cortarme el cabello. Aún me sobró para comprar periódicos que luego olvidé por ahí,

no sé dónde. Es que Roberto es un buen cabrón. No me perdonará nunca el hecho de, según él, haberle fallado en la cuestión de trabajo con Álvaro. En todo caso, si de fallarle a alguien se trata, a nadie le he fallado más que a mí mismo dejando de llegar hasta hoy a la Redacción a pesar de dos o tres insistencias paternalistas de Álvaro. Roberto es un cabrón, independientemente de todo esto, un refinado cabrón. Palabras para defenderme, sobran: desde que Álvaro gana tanta plata y tiene ese trabajo de maravilla en la TV no escribe una sola página que valga la pena. Una sola página. En cambio, bastaría mostrar mi catálogo de vientos alisios («El loco de Puerto Cortés») para…

15 de diciembre

Roberto me ha prestado un libro de un tal Garaudy, Róger Garaudy, que he olvidado en casa de José. Es un dirigente del Partido Comunista Francés y no debo ocultar que ha sido capaz de inquietarme. Trata el irritante tema de la alineación en forma bastante eficaz y en cuanto al papel de los intelectuales en el Partido, a mí, personalmente, me ha abierto algunas puertas. En el fondo se trata solamente de alguien que viene a decirme: tienes un lugar en el mundo. Un recordatorio agradable, en medio de tantas circunstancias que tratan de hacerme olvidarlo todo. ¿Por qué será que los marxistas franceses o italianos me producen tan magnífica impresión y en cambio los marxistas soviéticos —que llenan los anaqueles de la biblioteca de Roberto— me dejan con toda la sed, con la idea de que una dureza tal de pensamiento y de lenguaje no va conmigo? Quiero ser un marxista francés, quiero ser un marxista italiano, niños comunistas sulfurados de mi país, para poneros rojos de envidia, ingenuos, duros tipos!

PD: José me propone que intercambiemos cartas cada semana, o cada vez que sea posible, con las reflexiones personales de estos

días. Sería un trabajo similar al de este mi diario, pero con un destinatario fijo y concreto. El único problema es que no estoy seguro de si José será un auditorio suficiente. Aceptaré la proposición, sin embargo. De todas maneras el hombre es un ser hipócrita que escribe diarios con la esperanza de que se los descubran y se los lean y así el material escrito tome un aspecto de documento secreto que lo haga aún más interesante. Al menos, después de Kafka…

PD: Y —para bien o para mal— comienzo a trabajar mañana de nuevo. Es un buen trabajo, a juzgar por el aspecto que presenta a primera vista, cuando uno lo ve desde la barrera: seré una especie de supervisor en las Bodegas del Instituto Nacional de la Vivienda Urbana.

18 de diciembre

Roberto se ha asomado ayer por casa con cara de doctor y se ha dedicado a erigir lamentaciones sobre lamentaciones con respecto a lo que él llama sin darse cuenta de lo ofensivo que es, «mi caso». Ahora resulta que cuando yo vine de México, Roberto se permitió hacer el siguiente razonamiento: «Mario es un poeta, un hombre de sensibilidad, y por lo tanto resentirá el retorno a El Salvador como un puntapié en el estómago. Mario es mi amigo de la infancia. Yo soy comunista. *Ergo*, Mario se hará también comunista». Cuando le he dicho, quizás con excesiva crueldad, que está loco, que si bien es cierto que he leído algo de marxismo y que estoy de acuerdo con muchos de sus postulados, métodos, soluciones, posibilidades de desarrollo y actitudes humanísticas, ello no obedece sino, en el fondo, a mis hondas necesidades dialécticas, a la urgencia de provocarme contradicciones generadoras de poesía o de conclusiones de joven filósofo perdido en el trópico, ha tratado muy hábilmente de indignarme y de hurgar, como con un objeto áspero, en mi visión moral. Y ha hablado de compromiso, del problema básico de tener o

no conciencia sobre lo que está pasando en este país, de la responsabilidad histórica, etc. ¡Qué les parece, qué me parece! ¡Hablarme de compromiso! A mí. A quien de su libertad hizo este caos de peticiones de auxilio o de emboscadas contra sí mismo, pero que conoce la penitencia honda de cada paso en falso, de cada cadena que aceptamos o rompemos definitivamente. ¿Qué es lo que se ha creído este idiota? Sus carcelitas no bastan para justificarle el tono. Hube de interrumpir la conversación para salir a lavarme la cara y le alargué un periódico. «Puedes intentar con el crucigrama» —le dije—. Pero luego Roberto se ha ido y han quedado sus palabras.

20 de diciembre

Dice uno de los pálidos personajes de aquellas primeras novelas de Faulkner, no del todo apreciadas: «El hombre no solo se nutre de convicciones, se nutre con cualquier convicción. Cualquier cosa que tú creas siempre molestaré a alguien, pero tú mismo seguirás y te desangrarás y morirás por ella, enfrentando la ley, el infierno o la marea. Y aquellos que mueren por las causas, morirán por cualquier causa y cuanto más absurda sea, más pronto la siguen. Y son muy felices así. Es una sabia previsión de la Providencia para ocupar su tiempo». Esto lo he copiado en uno de los papelitos de mi exitosa operación ofensiva y se lo he enviado a Roberto con el siguiente agregado mío en una esquina: «Piensa: ¿en qué se ocuparía Fidel Castro si no hubiera hecho la Revolución?». Roberto estará furioso, supongo. Como cada vez que se encuentra cara a cara con una verdad molesta. Aunque no estoy seguro de si ello me conviene porque pronto será Navidad y aún nadie me ha invitado para pasar la noche juntos. Ni pensar, por otra parte, en pasar esa noche en mi casa: se rezará hipócritamente por el alma de mi padre (como si no se le insultara diariamente en mil formas durante el resto del año) y se tomará rompope helado y café, este café aguado de El Salvador con el que se podría regar flores sin consecuencias

trágicas. No puedo menos que decir, pensando en Roberto: si la vida fuera una larga comprobación de verdades apasionadamente defendidas, los marxistas serían los seres más felices del mundo (hablo de nuevo de la vanidad, es obvio). Por ello se enojan con los chascos de la magia por ejemplo. O con tipos como yo, que creemos en el absurdo como lo esencialmente normal de la vida. (Ah, corazón! A pesar de todo, uno escribe cosas como esta: «Alguien dijo en un texto / que la tierra era una hacienda vasta, / o que las matemáticas no saben medir la intensidad del corazón / y que, anatómicamente, / el hombre es una hormiga belicosa? / A mí me hicieron unos cuantos pases hipnóticos,/ me inocularon propaganda / y me pusieron a cantar la humanidad. / Bueno, eso es todo. / Cuando uno se levanta / se le ocurren tantas cosas estúpidas»).

11 pm: Quisiera tener un poco (solo un poco) de dinero, y comprar cosas: tres botellas de buena ginebra holandesa, quesos raros y caviar (aunque sea de ese caviar danés, acartonado, que vende Bengoa a precio de secreto militar), un cojín de terciopelo (no de esa melosa pana), un tirabuzón con manija en forma de falo que descubrí en una de las vitrinas del Riviera, un agua de Colonia como viento seco, un rincón oscuro para colocar un tocadiscos pequeño y ronco (el Concierto de Aranjuez, Bach, Aznavour), un par de mujeres tibias e idiotas. Un par de mujeres tibias e idiotas.

San Salvador, 21 de diciembre

Hermano:

Todas las tardes a esta misma hora, si el tráfago de la bodega lo permite, prometo escribirte un par de líneas, para que no sea tan cruel esta lejanía que nos surca y nos atolla. Dicen que ya nadie (oh, estos términos generales!) puede tener derecho al verbo atollar desde que Vallejo se posesionó de él. Tal vez tengan razón. Yo no reclamo. Qué culpa tengo yo de que mi vida haya sido una pura

negación y un sentimiento de no merecer nada de las cosas de este mundo (desplazamiento que no por desesperado deja de ser plañidero). Yo no me resigno. Dije mal. Me debato, me enrabio. Me resisto con todos los poros de mi piel. Después de haber soñado tanto, ¿cómo es posible traicionar a mis propios sueños? Soñaba la paz, la belleza, la verdad: toda la gama de sensaciones nobles de que es capaz el ser humano. Y no las estoy negando, mi Dios. «No hay nada bueno bajo el Sol». Pero ese decir «no hay» no implica forzosamente un «no habrá». ¿De qué me serviría sin embargo? Tengo que lograr esto *ahora,* porque después de esta realidad no existe otra de ninguna clase. Entonces es que me viene la depresión: yo no soy capaz de variar la faz del mundo. ¿Por qué digo esto? Por esta propia realidad que me marca, que me estigmatiza y me circunscribe en un ámbito de asquerosidad y de podredumbre. En un ámbito de desamor y de minimización. En un ámbito donde no están todos los que empecé a esperar desde hace siglos. En otras palabras: en un ámbito donde triunfa la bestia. Odio a los que se quejan y por eso a veces me odio a mí mismo. Nadie tiene derecho a quejarse. El que no esté de acuerdo, que mate a alguien, que ponga una bomba y que no joda con sus lloriqueos. En todo caso, a lo más que tiene derecho es a gritar rebeldemente como ahora trata de gritar. Estúpidos, estúpidooooooooooooos! Mierdas, bestias, descendientes de miles de bestias hasta cansar el amor al prójimo. Para vosotros estoy hablando y aún gimiendo. Para toda la humanidad grotesca que se empocilga en su mundanalidad. Te cuento que alguien me llamó «resentido» alguna vez y no pudo usar mayor blasfemia en mi contra. Tú lo sabes, querido: porque yo amo al mundo según mi modo. Porque yo amo a toda la gente según mi modo también. De un modo que no es el de ellos. Bestias. De un modo que, desgraciadamente para ellos, no es el modo de ellos. Pero hay algo más, de nuestro lado: una especie de indolencia cultivada con la peor de las sañas, peor que la sutilidad del

enemigo. Inclusive puedo decirte q' Roberto, al fin de cuentas, no me ha dado nada con sus buenas intenciones. Tampoco Jorge, que se ha limitado a decir «hum» en forma que nunca se sabe si es risueñamente aprobadora o gruñidoramente anatematizadora. Desde que Roberto regresó de Cuba, me cuenta y me repite que allá, que allá, que allá… Esa palabra tiene la culpa de todo, de mis dudas principalmente. Lo dice todo, porque lo oculta todo. Porque Roberto no es nada más que un lamentabilísimo entusiasta (si yo fuera Castro no querría muchos partidarios así, no sé si estarás de acuerdo). A Roberto le sobra entusiasmo hasta para ponerse sombrío: incluso sus eventuales catarsis forzosas (porque no se puede negar su nulo olfato para las dificultades de todo género) toman el apuntado aspecto deportivo cuando las comunica. Lo mío es distinto. Por ejemplo, o quizás debería decir, sobre todo, en el amor, esa caverna. En este terreno Roberto es simplemente un cobarde al revés. Es decir, es el tipo que tiene el inmenso coraje de acobardarse en el momento justo. Ahora le ha caído del cielo Lisa, que en sus circunstancias es lo mejor que haya podido pasarle. Naturalmente, se ha enamorado de ella (o imagina que se ha enamorado de ella, que ya es bastante entre nosotros) con todo su genio y toda su estupidez. Pero no ha sido capaz de liquidar toda su vida anterior e iniciar con ella algo verdaderamente nuevo. ¿Por qué? ¿Acaso porque no la ama suficientemente? Roberto sería capaz de suicidarse por ella, mandando al diablo el mundo del futuro, el socialismo y todo lo que quieras, si Lisa lo pusiera en una situación realmente molesta, en una alternativa, por ejemplo, con un polo degradante de verdad. Ah, pero es incapaz de echar al diablo a su familia (¡cómo lo conozco, caramba!), simplemente porque en una tarde de lluvia, a la hora de los tragos tibios en un bar acogedor, cuando comenzaran a brillarle los ojos y se sintiera el amo de la conversación, alguien podría echarle en cara que es un vil y un irresponsable. Solo la idea, repito, de que esto *pueda* pasar,

lo deja frío, es decir, la simple idea de que alguien tenga el derecho de decírselo. Lo mío es distinto, repito. Verbigracia, yo amo a una mujer por el mero placer de amarla. Es más, amo a todas las mujeres. Una sonrisa basta, una palabra deslizada sin sentir. Lo demás… Habríamos de poder arreglar, ahora mismo, todos los problemas que nos aquejan. Pero tal vez el hecho de que yo sea un hombre y no, por ejemplo, un ruño, descompone las posibilidades. Entonces, hagamos esos esfuerzos como niños, ¿no es así? Yo soy distinto. Yo amo, antes que nada. Todo lo amo. Todo lo amo. Qué infame soy. Todo lo amo, es cierto. Pero lo amo porque ya no tengo fuerza suficiente para odiar todas las cosas que debería. Y en el fondo, porque las odio, es que voy y voy, ataráxico y enmierdado.

Nota:

(Escrita a ambos lados de una tarjeta de visita. La firma y los títulos están, impresos).

Queridísimo Mario:

¿Me perdonará que sea por medio de una tarjeta profesional como me comunique con usted en esta ocasión? Sí, me perdonará. Un amigo mío de Oslo estará dos días en San Salvador y no he querido privarlo de nuestro espectáculo y de nuestras controversias. ¿Tiene usted la tarde libre? Llámeme en caso contrario. Pasaré por su casa a recogerlo, a las cinco en punto. Mi amigo ha traído un sin fin de vilezas: dos botellas de Calvados, champiñones de Bulgaria, caviar, bombones rellenos y un enorme porrón de ginebra irlandesa. Todo ello irá con nosotros para ver el cerro.

Román Pares.

Ingeniería de Jardines.

Arquitectura ornamental.

PD: Tache lo que usted quiera: el nombre o los títulos. Total…

22 de diciembre

Qué más? La naturaleza jubilosa del país, de mi país, acaso? Sus pájaros, vertientes, árboles a medio podrir, mitos enhebrados en derredor de una fogata con fondo de todos los ruidos de la civilización, sus últimos dos o tres secretos mágicos, su violencia mortífera, su lenguaje negándose a ser convertido en piedra de respeto? Folklore, queridos. No da de sí para la iracundia, solo para una pálida sonrisa de condescendencia. Seamos francos, muchachos: mi país y yo somos un matrimonio mal avenido. Y al juez que nos quiera reconciliar habría que despreciarlo aún más que a la mujer repudiada. ¿Qué te opina la sangre, idiota —habría que decirle— si se trata de obligar a Thomas Mann a hablar de su barrio o si se conmina a O'Neill a glosar el catecismo del padre Ripalda? Tú jódete pero escucha: nosotros somos esa clase de gente condenada a ser siempre y tan solo, los extranjeros. En cualquier lugar del mundo y mucho más en esta pesada y mínima patria. Es que debimos agarrarnos con todo lo que teníamos al vientre de nuestras madres, uñas cobardes, quizás; cordón umbilical de agua, culo sin dientes. Porque después de nacer, el mundo que encontrábamos se lavaba las manos y decía orondamente que nunca tuvo la menor culpa por nuestro advenimiento. Tengo deseos de beber, ahora. Creo que con un par de copas terminaría por escribirlo todo. Quiero decir, el propósito que no acabo nunca de estructurar, que se me escapa sin tener elaboradas las líneas de su perfil. ¿Esto es otra cobardía más? Dije antes que nuestra cobardía consiste en la falta de aferramiento a la seguridad (uñas cobardes) y eso es lo peor. Porque para tal debilidad (en realidad es un renunciamiento, un suicidio por lo menos no total) se necesita la costumbre de una temporada de coraje. Madre mía: esto es una cosa muy seria que te dice tu hijo. Amor mío: esto es digno de ti.

San Salvador, 23 de diciembre

Querido hermano:

Aunque no me has contestado, vuelvo a la brega esta de mantenerme cerca por medio de las letras. En esta bodega polvorienta no hay casi nada que hacer por las mañanas (yo, que debería reventar como un negro, sudando y tragando polvo, para evitar ese mismo dolor en el terreno de las compensaciones simbólicas) y mientras voy viendo planear los pájaros por encima de mi cabeza, «en medio del azul purísimo de mi tierra en diciembre», pienso en los días de México, en la Universidad y en mis esperanzas rotas. Aparentemente, para mí el asunto se ha acabado. Por supuesto que siempre habrá una escapatoria y hemos de salvarla a toda costa hasta que San Pedro baje el dedo o la llave, o hasta que nos decidamos a morir. Cualquiera puede pensar que mi pesimismo es una cosa sin remedio o sin positividad, pero yo me niego a considerarlo así. Precisamente los que criticamos un determinado sistema social, o un determinado ambiente o una determinada realidad humana, o, para terminar, la totalidad de la existencia, seremos los que más abonaremos la esperanza hacia eso que la generalización estupefaciente ha llamado un futuro (no lejano?). Porque se confía en el hombre es que uno tiene la vida todavía en el centro de una realidad tan cruel para la primigenia espiritualidad. Porque no somos totalmente bestias, hemos de aspirar a una trascendencia que nos purifique o que, por lo menos, nos totalice en lo que de veras fuimos. No me interrumpas, digo, no tengas la ocurrencia de interrumpir la lectura porque estoy de vena en este día y en esta carta. Tú creías en mí como yo creía en ti… y en mí también. ¿Es posible que nos hayamos engañado? Mentira. Si el hombre en los términos actuales es una inmundicia, no podemos engañarnos con la simple negación o afirmación de que esa será su definitiva postura. Si no aplaudimos conveniencieramente a ese humanismo catequístico con que inoculan a la infancia no es porque neguemos al

hombre del que estamos hechos, sino porque esas posiciones pueriles, frutos del terror que surge ante la desplayada colección de demonios en uso, tiene fines ulteriores en el campo de la explotación económica, como diría Roberto. Es decir, ese aprovechamiento de todas las circunstancias para hundir al prójimo, la capitalización de la credulidad ignorante, como diría Roberto. Esos son mis peores problemas, supongo, y por ello seré siempre un fracasado, y hasta un renegado y un maldito. De tanto huir del empocilgamiento, el hombre se empocilga más y se enmierda más. Dios mío, Dios mío ¿por qué se enmierda más. «Voy y voy, enmierdado», podría decir en uno de mis cantos si la gente con esa su actitud de sepulcro blanqueado no se hiciera cruces y no acabara por no entender lo que se trató de decir. En el fondo esa es la solución para nosotros los réprobos: hacerse entender siempre. Cuando se trata de ser honrado uno reflexiona mil veces antes de decir una cosa que pueda ser tergiversada. O en todo caso, la dice con una propia tergiversación calificada, inocua y caritativa. Aunque la fe en la insumergibilidad final de la verdad haga que uno termine siempre por decir exactamente la misma cosa que intentaba al principio de la milenaria meditación o, lo que es lo mismo, termine por confesar la tergiversación que uno haya aportado. Como esta idea del alma enmierdada. Yo sé que si se enmierda es por culpa suya y no por descuido de Dios o de la Virgen Santísima. Eso es lo que trato de decir, en definitiva, pero la gente no podrá entender a través de ello en qué creemos y en qué no creemos. Y de qué abjuramos y de qué renegamos. Y a qué apestamos, huyendo a Egipto ante tanta pestilencia. «No tenemos maestros, solo espejos agrietados». Nuestro talento es solamente tina contraseña que nos da derecho a comenzar… Esta es una especie de regalo de Navidad, José, con un puñado de nueces robadas por añadidura, van en la bolsita adjunta. Te quiero mucho y por ello no tengo nada mejor que darte: se trata de la búsqueda de mi paz. La Navidad viene y

como en un cuento de esta pobre cosecha última, nos atrapa a mansalva, a trasmano, a destajo. Como todos los domingos, los lunes, los miércoles. Y quisiera decirte otra cosa: soy un cobarde. Si supieras por qué, dirías lo contrario (tú no eres como Roberto, el implacable): que me sostengo valerosamente. Bueno, los riesgos de cada hora de la vida son los mismos.

24 de diciembre

La luz y la sed. La sed y la luz. La sed, la desesperación. La luz, la luz. *Háganme* la luz. Alguien que…

28 de diciembre

Al borde del… Estuve a punto de que me echaran de la bodega. Falté dos días al trabajo, pero habría sido terrible llegar en aquellas condiciones. Estoy enfermo pero eso no es lo peor. Por sobre el malestar físico que aún no me deja, sé que soy un ingrato, un imbécil, pues cuando tomo el primer trago es como si me odiara y necesitara acabar conmigo de una buena vez. He ofendido a Roberto y he quedado a los ojos del licenciado Paz Paredes bien como un loco, bien como un tipo malo y despreciable. Roberto me echó de la casa casi a golpes. Tenía toda la razón y estaba menos borracho que yo: una mezcla explosiva en mi contra. Entonces volví a ese bar horrible y mendigué por una copa de mesa en mesa. Como antes, mi Dios, Aunque con mi aspecto actual, que no es aún (de nuevo) el de un paria, tuve menos éxito que entonces. Deberé releer este diario y eliminar algunas cosas que escribí sin mayor consideración. Mañana mismo.

30 de diciembre

Qué es, pues, lo que me piden? Renunciamientos y más renunciamientos. Sinceramente: comprendo a la Revolución y la hallo

hermosa. Creo que tengo cabida en ella y que mis defectos y mis lados sombríos también caben en ella, conmigo. Porque si me dicen que este criterio moral mío por el que soy capaz de hacer crecer todas mis posibilidades de pasión, debe ser combatido y anulado, yo digo, con fiereza si es necesario, que simplemente por él vivo y que, inclusive, yo iría a las filas de la Revolución para defenderlo en forma más eficaz. Comprendo que soy un hombre complicado y que mis criterios, también —lógicamente— complicados, no formarían la mejor, agenda para una reunión de jóvenes comunistas, por ejemplo, tan empecinados en el candor. ¿Pero es que acaso no hay también en la Revolución personas maduras? ¿O es que eso de que «el comunismo es la juventud del mundo» es peyorativo? Quiero explicarme aún más. Acepto que pase como un hecho normal (hoy por hoy) el mantener lejos de las manos de un joven carpintero salvadoreño los mejores libros de Henry Miller. Hay tutelas necesarias, hijas de lo que yo llamaría el «amor lúcido», que pueden ejercerse con simpatía y frutos, siempre y cuando se conozca su necesaria efimeridad histórica. Pero al mismo tiempo considero que los intelectuales de la Revolución, sus escritores en concreto, deben aprender de Miller una serie de técnicas formales indispensables (la sinceridad de Miller, para el caso, es un aspecto de su técnica, sin que tal parecer sea una censura tácita), y por otra parte (la obvia) no deben desperdiciar el aspecto crítico a la sociedad norteamericana que no está lejos de ser una de las cuestiones fundamentales de la obra milleriana, tanto más valiosa en cuanto que nos pone en contacto, a un nivel no alcanzado antes por la mayoría de los grandes escritores norteamericanos, con las taras del alma individual de los habitantes del país monstruo por excelencia. Es decir, que aún aceptando los riesgos que toda posición excepcionalista implica, creo que la Revolución debe terner una política para tratarme, para tratar a las personas que, como yo, no hacemos otra cosa que reflejar, con las más agudas evidencias (debido, no podría decir

si al talento o a la irresponsabilidad), las complicaciones del mundo actual cuya transformación lograrán los revolucionarios. Amén.

31 de diciembre

Cena en casa de José. Llegué con graves desventajas pues un dolor de cabeza inexplicable me puso una estación de bomberos bajo el cráneo. Un dolor así no me ocurría desde la disfrazada adolescencia, cuando hasta el ojo izquierdo titilaba como una estrella herida por su propia luz. Me dediqué por ello a mascar aspirinas y a beber lentamente (ron Bacardí mexicano), mientras todo el mundo hablaba de política y de otra posible represión gubernamental contra lo que mis amigos llaman «los sectores democráticos del país». Ese seguirá siendo en El Salvador el termómetro de la dominación de los coroneles: el terror o la exasperación en la antemesa y la sobremesa. En casa de José el clima estuvo por cierto, más cerca del terror que de otra cosa. La conversación, quiero decir, tomó rumbos sombríos, al grado de que hube de despedirme cuando era muy temprano aún. Para inquietudes ante lo inminente desconocido, me basta con Poe. Mi madre y mis hermanas están encendiendo en estos momentos las velas del altarcillo. Parecen arrepentirse de haberme amenazado, antes de ayer, con echarme otra vez de casa. El novio de mi hermana no ha aparecido y ella oscila ahora entre la calma que le impone su orgullo y la furia que le causa descubrir en mis ojos una sentencia: Yo lo sabía, estúpida. Si el tipo no aparece en toda la noche es señal inequívocamente salvadoreña de que ya se acostó con ella hasta por los codos y que ha decidido pasar a mejores brazos. Por mi parte le deseo feliz año nueve a todo el mundo. A los comunistas, a los curas, a los oligarcas, a los escritores derechistas norteamericanos, a los poetas maricones del Senegal, al Circo Barnum and Bailey, a los heroicos recoleccionadores de hongos alucinantes de Oaxaca. No, no, a los curas no. Es algo como mentar el proverbio de «la soga en casa del ahorcado» en la casa de

un ahorcado real y enterrable, solo que al revés. ¿Proverbios? Feliz año nuevo, pues. Din, don. Din, don.

San Salvador, 7 de enero

Hermano:

Aquí vengo. Un *ritornello* desagradable es mi alma. Con esta sensación de frustración uno no puede ser otra cosa. Tú me dirás: levántate. Y yo te diré que no estoy arrodillado ni postrado ni nada que se parezca. Estoy de pie. Resistiendo todos los pesares, todos los desengaños. Todas las frustraciones. Estoy de pie porque uno no puede menos que ser un hombre. Ni puede más. Porque no estamos solos sino con toda la humanidad encima. Ello debería hacerme delirar de júbilo (mi deuda es tan solo un pequeño error podría anunciar), sin embargo, de ahí viene mi desazón. Hermano: nosotros debimos haber sido otra cosa, menos esto que estamos sufriendo: esta ignorancia suma en medio de un mundo que dice encontrarse a sí mismo mientras pasan los minutos y los años. Nosotros, ya lo sé, no éramos esto. Por qué entonces…? Lucha, me dirás. Si no puedo. Al menos no en la forma en que tú me exiges. No sé cómo se lucha desde la situación en que me encuentro. Estoy loco, estoy loco. El alcohol solamente me bestializa más. Me asusto, pero marco de nuevo el mismo paso cuando doblo la esquina. Estoy solo, eso es. Estoy solo (y no cabe aquí ningún error halagador). Digo creer en el hombre y lo niego en todos mis pasos. Digo creer en el amor y no amo a nadie, ni a mí mismo. Digo amar a Dios y me complazco en echarlo fuera de lo humano, en cosificarlo y hacerlo pan de las letrinas. En suma, soy lo que todo el mundo sabe y que yo mismo he aceptado antes: un renegado. Odio, odio, odio. Y quisiera desembarazarme de una vez por todas de este mi secuestro. En una noche alcanzo a apuñalarme toda la sangre. ¿Tenebroso? ¿Alegre? ¿Quién lo sabe? «*Good bye, little yellow bird*»: el retrato de Dorian Gray. Salgo despotricando a endrogarme de

fango, pretendiendo que encuentro la aventura y la vida a la deriva que me gusta. Nunca fui amigo de lo doméstico. En este terreno no resulto simpático. Una vez di un bofetón a mi padre y otra vez llamé «puta» a mi madre. Y el suicidio? Bueno, hemos llegado, a un extremo tal que he de aclararte, por tu bien, lo siguiente: esto no es una confidencia, José, querido. Solo pretende ser una forma de rebeldía de la que, a lo mejor, te reirás. No cometas el error de creerte el seguro dueño de mi confianza, por más que lo parezcas, a ratos. Ese es el error por antonomasia de Roberto, el eterno aspirante a administrador de almas. «Jesuita o comunista». El suicidio. No, cariño. Yo también, a la vida… Lo que quiero decir, de una vez por todas, es: un desamorado es el que más amó y ama al amor. Un ateízado es el que más creyó en Dios. Y quien no cree en sí mismo es porque una vez creyó demasiado. Pero, me dice la gente, todo eso está muy bien, el único problema es que usted no ha sufrido verdaderamente, muchachito. Imbéciles. Cuando sufría ostensiblemente, quemándome con mis propias lágrimas bajo la luz de las noches de la ciudad, royendo mi eficaz individualidad de muchacho, la gente me pisoteaba y se reía de mis pocas fuerzas. Y lo que ha cambiado en esta situación tan solo es que ahora ya no me importan los pisotones o la risa. Odio, odio. Y luego… La gente es pueril. Siempre considera a los demás como dignos de ser analizados en sus torvedades más íntimas con un solo golpe de ojo. La gente juzga mal. La gente es… Ya no hablemos más de la gente: me estraga. Aunque por temporadas volveré al cántico ese: creo en ustedes, creo en el amor, creo en Dios. Imbécil. ¿No es así?

8 de enero

Asombroso: hasta hoy me enteré de que Roberto está de nuevo en Cuba. Salió por avión el mismo primero de enero, invitado por el Gobierno de la Revolución y permanecerá unas semanas en La Habana, José no me dijo nada en la cena del año nuevo, le cuidaba

las espaldas no sé de qué. Con Roberto han ido a los festejos cubanos unos veinte tipos. Estudiantes, profesionales, tipos. En unos días más, cuando regrese, Roberto será aún más mi contendor predilecto. Aunque comenzará a aparecer de nuevo la argumentación que supone el mar de por medio y mi falta de medios para tomar el avión: el «allá, allá, allá…».

11 de enero

Rey en mi soledad,
ley suprema en mi pecho,
mi voluntad deja huellas de mantequilla
Cuando intenta invadir al mundo.

El saldo final es sin embargo puro:
vivo atravesando territorios de fuego
y para calmar mis ochocientas sedes
bebo puñales y espejos rotos.

Puedo mirar a todos cara a cara.
Puedo mirar a todos cara a cara.

13 de enero

La paz que perseguía resultó ser guerrera.
Prepara sus emboscadas como en un vil juego de dados.
Y yo en el centro del ataque
bordo un mantel con motivos extraños:
recuerdo el de un unicornio
en el que he usado
hilo de color marfil.

17 de enero

Doctores, eso es: déjenme solo.
El diagnóstico en mi contra
solo ha enriquecido a la ciencia y llena a ustedes
de sana vanidad.

Todo ello es explicable y hasta bonito:
páginas blancas como playas de azogue
levantarán hasta el cielo
remolinos de sabiduría concreta.

Alguien tenía que sentir los síntomas,
alguien tenía que testimoniar el dolor,
alguien tenía que ocupar la cama del hospital
y negarse a observar progresos
para confirmarlo todo.

¿De mal en peor?
Magnífico, querido,
muchas gracias (y ello dicho,
como usted sabe,
sin el menor interés).
Agradezco a todos los que han intervenido en este caso
la excesiva confianza en mi corazón.

San Salvador, 20 de enero

Querido hermano:

Estuve pensando en muchas cosas hoy, antes de comenzar estas líneas que deberían ser, como lo planeamos, cotidianas. Sin embargo, ahora todo ha volado. La sintaxis es nuestra peor enemiga. Revolviendo un poco el pensamiento encuentro, a pesar de

todo que esta realidad presente (o porvenir frustrado) es la culpable por nuestro desgano de vivir. Esta realidad maniatante es la culpable de lo que nos pasa y nosotros somos a la vez culpables de esta misma realidad. En suma, un círculo vicioso. Sin embargo no lo será más desde el momento en que nos decidimos a afrontarlo. Dirás que me contradigo a cada paso y que además soy un falso porque no estoy dispuesto a afrontar nada. ¿Qué quieres que te diga? La consecuencia no es mi fuerte, me lo han escupido a la cara infinitas veces, tú lo sabes. Apenas constato, al dejarlas en el papel, algunas ideas que se atropellan por salir del alma. Por eso salen contra hechas. Que te sea suficiente por ahora y por favor. Pero eso no es todo lo que tenía que decirte. A veces me quedo largo rato pensando y diciéndome: ¿de qué me sirve todo ese tiempo *ahora?* En él está el quid del futuro. La ventaja de la literatura moderna estriba en que dice las mismas cosas viejas pero con palabras más apegadas a la famosa trascendencia de los hechos. Hablo de las literaturas modernas de todos los tiempos. Como en un cuento mío: «hoy es mañana». El mañana purísimo e intangible, infatigablemente intangible, será siempre distinto a como lo soñamos, porque en nuestros sueños siempre tienen que ver también nuestras manos sucias. Sin embargo, todo depende de nosotros. Es necesario que lo digamos en dichos términos, no del todo exactos, para que se comprenda que la responsabilidad humana no tiene nada que ver con los sueños sino todo lo contrario. Algunos me dicen que el hombre nunca es totalmente libre y yo, que en ocasiones he usado ese argumento les digo que es tan solo una manera de eludir el problema. Ahora bien, desde un punto de vista absolutamente pragmático, el hombre, aunque asuma su completa responsabilidad en los acontecimientos, es un ser inútil si no ha tenido antes una conducta suficientemente acondicionadora que haga útil el hecho de responsabilizarse *ahora.* No basta con el gran sacrificio momentáneo, o por lo menos no basta en un sentido corriente.

Uno puede adoptar una maravillosa actitud repentina y seguir tan ineficaz (objetivamente) como aquel que jamás se hizo cargo de la situación y se mantiene firme, negando su participación o culpabilidad en los hechos colectivos. De todas maneras, esto se combate diciendo que la responsabilidad hay que tomarla durante se realizan los hechos y nunca después. Eso precisamente es lo difícil: discernir de entre todo aquel barullo que uno tiene en la conciencia y hasta en la subconciencia, lo que es bueno y lo mejor, lo que es primero y lo que debe venir después. Esto es lo que hay que tomar en consideración (me refiero al criterio) y al mismo tiempo, es lo que hay que tornar cada vez más compendioso, antagónico y dramático. Cuando uno tiene el diablo en el cuerpo el arte de vivir es más difícil. Pero, no hay que olvidarlo, se trata de *mi* diablo, se trata de un diablo cuya presencia en mi corporeidad es asunto mío y ya sea que yo haya participado lúcidamente en la desviación de mi alma o no, así soy yo y resultaría muy pesada la carga de cambiar. Desde el momento en que lo he comprendido así, me he tomado en toda la extensión de lo que soy, no quiero ser otro. Sinvergüenza: porque, además, nadie puede ser otro. Porque me siento responsable de lo que soy es que me he adoptado a mí mismo. Por ello no soy solo un fantasma, un remedo de humanidad, por eso aún estoy vivo. El ser humano no debe confiar en los valores ni respetarlos: mucho menos enfocarlos con fines ulteriores. Pero por desgracia, todo es axiología. El mundo es axiología (lo cual no hace mejores las cosas que si dijéramos: «El mundo es una tumefacción») aunque quedamos muy pocos que podamos gritarlo a voz en cuello. Porque la religión es la negación esencial de la moral o sea, de la ciencia que engloba los valores humanos y solamente los humanos. Solo a los imbéciles o a los que irrespetan a Dios (los que comercian con él para sostener estatus rechazables) se preocupan por la sanción divina de nuestros actos humanísimos. Dios está para otra cosa y esta «otra cosa» no está alejada de la poesía. Pero la religión

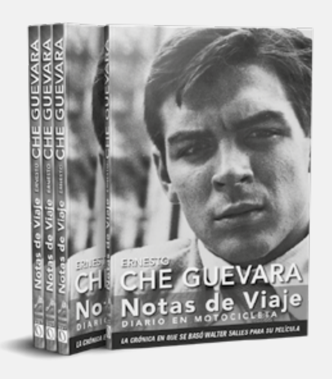
insiste en divulgar su figura come la de un *line-man moral*, un tipo de esos del fútbol que acaparan tantos insultos por su torpeza. Los actos de los hombres atañen solo a los hombres porque solo a estos perjudican o benefician. He aquí la trascendencia, que solo puede ser la trascendencia de la axiología. El hombre es un valor, el valor supremo. Y por lo tanto su totalidad es solo un valor asimismo: el hombre tal o cual. En esto estriba el fin final de sus actos. Pero como el hombre es un animal social, para integrarse y para integralizarse necesita de una axiología colectiva: la lucha de y por los demás hombres es una parte fundamental de su pragmática. Eso, claro está, no debe hacerlo por una imposición unitaria y panhumanística, sino por sí mismo y solo por sí mismo. ¿Comprendes por qué el Partido Comunista a mí no me dice nada que quede más allá del mero sentimentalismo? Nadie se mete a un partido clandestino, arriesgando por ello la cabeza en manos de estos gobiernos ciegos (que arrojan a todos los puntos y direcciones de la rosa de los vientos, terribles y mortales mandobles sin control) por un simple magdalenismo moral. Pero, ¿ves cómo diferencio el comunismo, el cristianismo y la axiología trascendente? Solo con esta última me acuesto.

25 de enero

Hubo un golpe de Estado de los militares y el Gobierno de la Junta Cívica («progresista», según oía decir a todo el mundo) fue derrocado. El ejército ha tomado directamente el poder y ha lanzado una proclama político-económica, un programa de Gobierno. Al menos eso es lo que se deduce de los primeros boletines publicados en el único periódico que continúa publicándose. Una manifestación de estudiantes y obreros fue masacrada por las fuerzas de seguridad del nuevo régimen: así lo aseguran las primeras hojas sueltas clandestinas que han circulado ya en las primeras horas de esta noche. Entre los muertos ha habido hasta niños y mujeres.

A un muchacho lo mataron en la Avenida España atravesándole el cuello con una bayoneta. Primeramente había sido herido de bala y con la camisa empapada en sangre escribió en una pared gran parte de la frase: «Viva la libertad». Fue entonces cuando le atacó el guardia de la bayoneta. Necesito un trago, pero las cosas no están para asomar la nariz. José está oculto, reclamado por los Tribunales Militares como «sedicioso». Roberto que había regresado ayer mismo de La Habana, ha sido arrestado y no se sabe si… Prácticamente todos mis amigos están desaparecidos: presos, perseguidos o…¿Y yo? ¿Por qué…?

LIBROS DE LA COLECCIÓN CHE GUEVARA



ERNESTO CHE GUEVARA
Notas de viaje
Diario en motocicleta

Libro sugerente e inspirador de la película Diarios de motocicleta, donde el Che narra las aventuras y primeras reflexiones de su viaje inicial por América Latina, realizado desde fines de 1951 hasta mediados de 1952 en compañía de su amigo Alberto Granado.

168 páginas + 24 páginas de fotos, 2004, ISBN 978-1-920888-12-1



ERNESTO CHE GUEVARA
Otra vez

Ya graduado de Medicina, en 1953, Ernesto emprende su segundo viaje por el continente. La lectura del diario nos revela su inmenso humanismo identificado en esos primeros pasos con el hombre latinoamericano.

208 páginas + 32 páginas de fotos, 2007, ISBN 978-1-920888-78-7



DIARIO DE UN COMBATIENTE

De la Sierra Maestra a Santa Clara (1956-1958)

ERNESTO CHE GUEVARA

COMPILACIÓN Y NOTAS DE MA. DEL CARMEN ARIET
PRÓLOGO DE ARMANDO HART

Recorre momentos irrepetibles de la lucha armada en Cuba desde la llegada del yate *Granma* a las costas del oriente del país, hasta el triunfo revolucionario, narrados por quien fuera uno de sus principales protagonistas, el comandante argentino-cubano Ernesto Che Guevara.

312 páginas + 40 páginas de fotos y facsimilares, 2011,
ISBN 978-1-921438-12-7



PASAJES DE LA GUERRA REVOLUCIONARIA (CONGO)

ERNESTO CHE GUEVARA

EDICIÓN REVISADA POR FIDEL CASTRO
PRÓLOGO DE ALEIDA GUEVARA MARCH

Páginas sobre una contienda que no logró alcanzar la victoria. Sin embargo, a pesar del lenguaje ríspido de algunos pasajes, del sabor amargo de la derrota, el Che logra entregarnos el aliento vital de un futuro a construir con una concepción de unidad y de validación de sus tesis tercermundistas.

296 páginas + 28 páginas de fotos + 2 páginas de mapas, 2017,
ISBN 978-1-925317-37-4 (segunda edición)



EL DIARIO DEL CHE EN BOLIVIA

ERNESTO CHE GUEVARA

INTRODUCCIÓN DE FIDEL CASTRO RUZ
PRÓLOGO DE CAMILO GUEVARA MARCH
COMPILACIÓN Y NOTAS DE MA. DEL CARMEN ARIETT

Diario escrito durante la contienda guerrillera en Bolivia de noviembre de 1966 a octubre de 1967. Testamento histórico de una epopeya que forma parte de la gesta libertaria de la América Nuestra.

304 páginas + 32 páginas de fotos, 2006,
ISBN 978-1-920888-30-5

Intermezzo apendicular

Documentos, opiniones, complementarios (en OFF)

Apéndice número 1.

LA CONFUSA TRADICIÓN (Reproducción fiel de un ensayo biográfico).

Juan J. Cañas. Esta es una de las figuras más simpáticas que se han ofrecido a nuestra consideración en el curso de nuestros trabajos, y al tener delante su nombre, no podemos resistir a la simpatía que siempre nos ha inspirado, desde nuestra infancia, cuando emocionados y anhelantes leíamos sus versos, que fueron quizás los primeros que conocimos y conmovieron nuestro corazón, despertando en él el sentimiento de lo bello y el amor por la poesía. Nos atrevemos a asegurar que, como nosotros muchos de nuestros jóvenes compañeros de Centroamérica conservan indeleble el recuerdo de los versos de Cañas, cuya lectura debe haber contribuido en gran parte, allá en los albores de nuestra razón, a inspirarnos este culto ferviente que rendimos a la naturaleza y al arte. Fuera de Centroamérica, ninguno de los poetas salvadoreños es más conocido que Cañas; y podemos decir, sin temor a ser desmentidos, que él inició el perfeccionamiento de la gaya ciencia en esta República y fue el primero que, por medio del buen ejemplo y del estímulo, abrió el camino a la juventud que hoy se dedica al cultivo de las bellas letras. Cañas nació pobre, pero supo proporcionarse medios

para instruirse; ha leído y viajado mucho; ha mantenido relaciones con no pocos literatos americanos de envidiable fama, y es al presente un hombre verdaderamente notable y distinguido, ya se vea en él al poeta decano de la juventud salvadoreña, ya al noble y culto caballero, de ameno y fino trato, conocedor de los hombres y de las cosas, o ya al ciudadano leal y adorador de su patria. Mucho tendríamos que decir si apreciando los méritos de Cañas dejáramos correr la pluma, impulsados por la admiración y el cariño que despiertan en nuestra alma un talento esclarecido y un corazón hidalgo y bien puesto; pero queremos antes ocuparnos en presentar algunos datos referentes a su vida, y en el curso de este pobre esbozo biográfico no nos ha de faltar la ocasión propicia para rendirle nuestros aplausos y para presentarle ante el público con los laureles que ha recojido en su carrera literaria.

Nació Juan J. Cañas en la ciudad de San Miguel el año de 1826 y muy joven pasó a León de Nicaragua, en cuya famosa Universidad hizo sus primeros estudios. En 1843 regresó a su patria, donde cursó filosofía y en 1845 encaminose a la capital de Guatemala, donde permaneció hasta obtener el título de Bachiller en Filosofía y hasta que hubo ganado los tres primeros cursos de la Facultad de Medicina. En 1848 volvió a El Salvador y al poco tiempo dirigiose a California, envuelto en el torbellino que entonces arrastró a tantos hombres a poblar aquellas ricas regiones. Cañas no obtuvo los favores de la fortuna y en la desgracia, ausente de su patria, se avivó el delicado sentimiento de su alma dícese que en aquella época azarosa de su vida compuso la poesía intitulada: «¡Se va el vapor!», que es uno de los cantos más populares en Centroamérica, porque encierra esas indefinibles emociones que experimenta el alma en la ausencia, cuando vemos que una nave se lanza a recorrer los mares con rumbo a las adoradas playas donde nacimos, dejándonos sumidos en la desgracia y en esa desconsoladora impotencia que trae consigo el infortunio.

Se va el vapor para la patria mía. Se va y mi pecho de pesar se
[llena;
Se va el vapor y mi fortuna impía. Solo a verlo partir cruel me
[condena.
Se va el vapor: escucho la campana. Que con su son a navegar
[convida;
Es su aviso final porque mañana. No estará aquí del Sol a la
[salida.
Se va el vapor: las ruedas en su giro. Baten las olas en confuso
[afán;
Se va! ¡Se va! y en mi dolor suspiro. Solo por ti, mi bella
[Cuscatlán!
Se va el vapor: ¡adiós ligera nave! Los desiertos marinos ve a
[cruzar.
Como los cruza con quietud el ave. Que prefiere en las aguas
[habitar.
Se va el vapor: desplega su bandera. Y truena abordo intrépido el
[cañón;
Saluda al puerto por la vez postrera. Mas destroza también mi
[corazón.

Las notas conmovedoras de este inspirado canto de Cañas, vinieron desde California, la tierra de la riqueza, hasta El Salvador, la tierra del sentimiento, y aquí encontraron un eco simpático que no se ha extinguido aún ni se extinguirá fácilmente, porqué han llegado a ser como la general expresión del amor patrio, delicadamente condensado, al calor de las lágrimas, por un poeta de sentimiento delicado y tierno.

Es muy triste suspirar en un lugar extranjero
Por la tierra do primero la luz del Sol se miró;
Tener que sufrir las penas con que se oprime la mente,
al comparar el presente con el tiempo que pasó…

No hay vida, no, más ingrata, que la del pobre que vaga.
Pues si un recuerdo le halaga, tal vez la impele a llorar.

Tal termina el poema fechado en San Francisco en 1850 y cuyo verdadero título es «A la salida del vapor GOLD-HUNTER», aunque como se dijo, nuestra gente lo intitula «Se va el vapor!».

Allá por el año de 1852 pisó Cañas la tierra natal, de vuelta de California; y cuando en 1856-1857 los filibusteros del norte derramaban la sangre de los centroamericanos en los hermosos campos de Nicaragua, tomó parte en tan gloriosa campaña defendiendo con su espada la integridad del territorio y enalteciendo aquella noble causa con las sonoras vibraciones de su lira y con sus patrióticos cantares, que despertaban el valor de los combatientes y encendían más y más en las almas el fuego del patriotismo. De su poema «Al marchar el ejército salvadoreño a combatir contra los filibusteros norteamericanos capitaneados por William Walker en Nicaragua», son los siguientes versos:

Compatriotas! marchemos a la guerra,
A castigar volemos al malvado,
Haciéndole morder la dura tierra
Que con su inmunda planta nos ha hollado.
En el cinto llevamos nuestro acero
Para hacer entender a ese verdugo
Que no será ningún aventurero
Quien imponga a la patria férreo yugo…
Y nunca más la turba advenediza
De nuestra patria turbará el reposo,
Al quedar transformada en vil ceniza
Con su poder espúreo y ominoso.
No es sangre ya de lucha fratricida
La que va a derramarse en el combate;
En una sola, es sangre confundida

De la madre común para el rescate.
¡Unión! en vez de los luctuosos días,
Y en lugar del rencor rudo y amargo.
Renacen fraternales simpatías
La patria al despertar de su letargo.
¡Unión y solo unión! esta es la pauta
Que guiará a Centroamérica en la lucha;
Que si antes su deber olvidó incauta
Hoy es la voz que con respeto escucha…
Nunca serán los sacrificios vanos
De prueba tan sangrienta al grito horrible;
Porque un pueblo guardado por hermanos
No sucumbe jamás; ¡es invencible!
Juremos pues, mis bravos compañeros,
No tener compasión al enemigo,
Ni volver a la vaina los aceros
Sin antes darle un ejemplar castigo!

En Nicaragua, aunque no han faltado poetas nacionales de envidiable popularidad, de Cañas son los versos más generalmente conocidos; ellos se recitan en los distintos círculos sociales y forman, por así decirlo, el lenguaje poético en que el pueblo expresa sus impresiones:

Ciudadanos! soy marino y he visto ya mil piraguas
Que del mar las grandes aguas amenazaron tragar,
Y también vi los remeros erguir la serena, frente,
Y a través de la corriente siempre unidos avanzar…
Valor, pues, nicaragüenses! del puerto ya el faro brilla
En tanto en la opuesta orilla, solo hay ruina y soledad.
Ya el asiento del tirano se ve de angustia circuido,
Mas no del todo abatido, si queréis Patria: ¡remad!

Otro tanto parécenos que también puede decirse de la reputación de Cañas en Costa Rica y esto da la medida del mérito intrínseco de sus poesías que, con raras excepciones, corresponden al talento y fama de su autor. Como empleado público, Cañas ha servido al país en diferentes ocasiones, y en todos los puestos que ha ocupado, ha atendido a su deber de la manera que cumple al excelente ciudadano, cuyo animoso esfuerzo se encamina siempre al progreso de su patria. Durante muchos años fue comandante del puerto de La Libertad y además, desde 1859 hasta 1871, sirvió a El Salvador como militar. En las Jefaturas de Sección del Supremo Gobierno, ha tenido ocasión de dar pruebas de su laboriosidad e instrucción en el manejo de los negocios públicos. El año de 1872 fue gobernador político de San Salvador sirviendo los intereses locales de la población con recomendable celo y promoviendo mejoras de importancia e innegable utilidad. En diferentes ocasiones ha ocupado un asiento en el Congreso de la República así como también en las Asambleas Constituyentes de 1782 y 1880, siendo en esta última miembro de la Comisión encargada de redactar el proyecto de la Carta Fundamental. En 1875 fue enviado a Chile, en unión del doctor David J. Guzmán, como comisario de El Salvador a la Exposición Internacional. Entonces fue que escribió su poema «Saludo a Chile al pisar sus playas en 1875, con motivo de su Exposición Internacional», al cual pertenecen estos versos entusiásticos:

El sueño más constante y hermoso de mi vida
me obliga al realizarse que pulse mi laúd,
y que al ansiado objeto mi voz de gozo henchida
le grita al contemplarle: salud, salud, salud!
Y es justo, porque puedo, después de tantos años
que mártir del deseo de ver a Chile fui,
saltando por la valla de amargos desengaños,

decir con entusiasmo: le vi, le vi, le vi!
No importa que cual grano de imperceptible arena
con la que está en sus playas me venga a confundir,
si desde allí contemplo la más brillante escena
que en pueblos infantiles se puede concebir.
Esto es, el cuadro bello de opíparo banquete,
que ofrece a las naciones con tono fraternal,
como tangible prueba de su amistad promete
bajo la sombra grata del árbol industrial…
Mi voz si dispusiera de aliento sobrehumano
y eléctrica el espacio pudiera recorrer,
¡Repúblicas! —diría— del suelo americano,
migajas de cordura venid a recoger!
Que aquí jamás se encrespa el mar de las pasiones
ni el hierro fractricida jamás se ve brillar;
si se oye con frecuencia la voz de los cañones
los triunfos del progreso solo es para anunciar.
Venid a ver siquiera su rara Valparaíso,
su poética Santiago, soberbia capital,
y encontraréis los bienes de terrenal paraíso:
veréis en sus mujeres bellezas sin igual…
Aún más, pronto muy pronto, que con paciencia aguarde
por justa recompensa y orgullo del país,
oirá cuando hacer pueda de su progreso alarde
llamar a este gran pueblo de América el París…
Mas… veo que entusiasta mí mente se desvía
de la misión que tiene tan pobre portador,
esto es, mostrar a Chile la inmensa simpatía
que siente por su gloria mi patria, El Salvador.
Yo soy el menos apto de aquel rincón lejano
con tino tal encargo para poder llenar;

por tanto conceptúo que todo fuera en vano
y entonces solo debo con humildad callar…

Tres meses después de hallarse en aquella República desempeñando las apuntadas funciones, recibió credenciales que le acreditaban como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de El Salvador en Chile. Cañas supo desempeñar tan importante y delicado cargo, trabajando con celo y empeño en el sentido de robustecer y afianzar las relaciones entre las dos Repúblicas, como lo prueba evidentemente el importante y honroso pacto que celebró con el Gobierno chileno en nombre del de su patria. En Chile no hay tradición de que diplomático alguno haya obtenido las ventajas que por medio de Cañas se concedieron a El Salvador, ventajas y honrosas distinciones que este supo alcanzar en virtud de las fraternales simpatías que despertó para su patria, tanto en las regiones oficiales como en los círculos más distinguidos de la culta sociedad de la capital de Chile. En ese clima fue escrito el «Poema para el álbum de la señorita Rosita Lastarria». El eminente Ambrosio Montt, refiriéndose al tratado que Chile había celebrado con El Salvador, dijo en el Congreso palabras que honran altamente a Cañas en su carácter diplomático, y que hemos tenido la grata complacencia de leer en los discursos parlamentarios de aquel literato, honra y prez de la tribuna y de las letras americanas. En la ilustrada Santiago, Cañas fue objeto de aprecio y de distinguidas consideraciones, porque reúne a la nobleza del alma y a una caballerosa cultura, las dotes del poeta de verdadera inspiración, que ha cantado con patriótico entusiasmo las glorias de la América y ha sabido elevarse con las alas del genio a la altura en que se contempla, espléndido y radiante, el porvenir de estos pueblos, llamados así a formar una misma familia, con la sola aspiración de su progreso y engradecimientos. Los más insignes literatos chilenos estrecharon cariñosamente la mano de Cañas, descubrieron los

bellos sentimientos de su corazón, le llamaron amigo suyo y batieron palmas al ingenio centroamericano, que llevó en sus cantares a aquella región del Nuevo Mundo las armonías de nuestras vírgenes selvas, y en su alma el patriótico entusiasmo y la natural hidalguía de los hilos de este suelo. Cañas reciprocó esos afectos. Un ejemplo de ello es su soneto «Vicuña Mackenna en boceto», en que dice:

Si tuvo Europa un escritor fecundo
con el típico nombre de El Tostado,
de esplendor deslumbrante circundado
le opone a Benjamín el Nuevo Mundo.

Aún contemplando por espacio breve
de este escritor la escultural cabeza,
del Chimborazo se halla la belleza
con su melena de brillante nieve,
Es su mente activísima lumbrera
que de luz va, dejando un gran reguero
de las letras fecundas en la esfera;
y a quien pregunta, hipócrita o sincero,
«¿Do lo negro dejó su cabellera?»,
—«¡Aquí» —dirá al instante… su tintero.

Mucho sirvió Cañas a El Salvador en el importante cargó con que le honró el Gobierno y podemos asegurar que solo él, con las simpatías que supo despertar en su favor, pudo alcanzar las concesiones que tiene el Tratado de que antes hicimos mérito. Y es esta ocasión oportuna para que manifestemos con franqueza, que no se ha apreciado entre nosotros la utilidad que ofrece al país aquel convenio, y que es lástima que no nos aprovechemos de él, dando al tiempo una muestra de atención y simpatía a la República que, con tan señaladas muestras de americanismo, quiso hacer partícipe a El Salvador de las ventajas que ella ha alcanzado en el camino de la

civilización y del adelanto. Cañas regresó a Centroamérica en 1877, después de representar digna y honrosamente a El Salvador; pero antes de abandonar a Chile padeció de algún quebranto en su salud, debido quizá al sufrimiento moral que ocasiona la ausencia de la familia. Su composición poética intitulada «Recuerdos de la patria», demuestra el estado en que se encontraba el alma del poeta; y dejamos a la consideración del lector el motivo de los versos que enseguida transcribimos, en los cuales, refiriéndose a la patria, dice:

Y a pesar del agravio
del injusto rigor con que me trata,
nunca en su ofensa se movió mi labio,
nunca he podido ni llamarla, ¡ingrata!
Olvido sus desdenes
por desearla con ansia su ventura…

Abunda en sentimiento la composición a que nos referimos, y retrata con tenue y vago colorido la melancolía del alma del poeta, que entonces padecía por su patria; pero al volver hacia ella sus ojos, humedecidos por el llanto, le manda con la brisa cariñosas memorias, sin que brote de sus labios el menor reproche, a pesar de los agravios y desdenes que manifiesta haber recibido. Con su poema «Adiós a Chile» se despidió de aquel país, leyéndolo en la sesión que celebró la Academia de Bellas Letras de Santiago, la noche del 30 de setiembre de 1876:

Siempre estarán en ti mis ojos fijos,
porque cual yo, que lleguen a quererte
vas a enseñar solicito a mis hijos.
Y me hallarás de un árbol en el hueco,
cuando hacia el norte la mirada vuelvas,
tu nombre modulando, pero el eco
de El Salvador lo esparcirán las selvas.

Dígase lo que se quiera, Cañas ha escrito poesías que bien pueden ser colocadas entre las mejores galas del parnaso centroamericano. En su juventud cantó con entusiasmo y ternura el amor y consagró a su patria himnos que rebozan en potente y ardorosa inspiración, prestando, al propio tiempo, a la naturaleza americana mágicas armonías para celebrar la magnificencia y para cantar las glorias de nuestra raza. Después, por su carácter y por los temas de sus poesías se ha hecho muy simpático para los hispanoamericanos, y sus obras, traspasando nuestras fronteras, han ido a recibir los aplausos de todos los que anhelan la unión fraternal de los pueblos del Nuevo Mundo. Por ejemplo, aludiendo el autor a la ruptura de la Federación de los Estados de Centroamérica en 1839, dijo:

Oh patria! quien creyera que por inmundo fango
tus hijos arrastraran tu manto virginal,
y de una nación libre bajándote del rango
tus glorias pospusieron al bien individual.

Lo mismo que en su sólido poema intitulado «A mi querido amigo el señor don J.M. Dow, capitán del vapor norteamericano *Guatemala*» (en referencia a la guerra entre el norte y el sur):

Tu patria ante mis ojos se presenta
en su seno clavando un aguijón,
como una virgen que con mano cruenta
por celos se atraviesa el corazón.
¿Por qué mancha de Washington la gloria
rompiendo su estrellado pabellón?
¡Qué! ¿No recuerda su brillante historia
que con sangre escribió del corazón?

¿Por qué se entrega a bélicos furores
y se muerde a sí misma sin piedad?

¿Por qué de la matanza en los horrores
hoy envuelve su augusta libertad?
Hoy que pudiera al suelo americano
de extranjeros pendones defender,
se despedaza con su propia mano
sin que la pueda a México tender.
Hoy nos oye exclamar: ¡Atrás los reyes!

No queremos a Europa por tutor;
nos bastan solo nuestras patrias leyes
que nos dan fuerza, libertad y honor.
Esta es la voz que América levanta
para excitar la fraternal unión;
la luz de independencia sacrosanta
le hace execrar la vil usurpación.
Defenderemos pues nuestros derechos
aunque en ello debamos sucumbir,
que si el cañón destroza nuestros pechos
nos aguarda un glorioso porvenir.

Si estudiamos las poesías que ha escrito en los diferentes años de su vida, así como veremos en las primeras los arrebatos del genio soñador y la ternura de los sentimientos, también encontraremos en las últimas, hermanada a estas notables cualidades del verdadero poeta, cierta tendencia a dar a sus versos un carácter trascendental por su fondo e intención filosófica y social, más en armonía con el espíritu que domina a la moderna literatura española. Cañas piensa a este respecto que «los árboles y las flores, los arroyos y las praderas, el insecto y el pájaro, los vientos y el mar nos han dicho todo lo que podían decirnos» y que, como lo ha manifestado un famoso escritor, es preciso que se levanten voces nuevas que dominen aquellos murmullos y que salgan de las profundidades más ocultas de la ciencia y de la humanidad. En sus conversaciones

aconseja a los jóvenes que se dedican a las letras, la realización de tales ideas, y secundando el consejo con la acción, trabaja porque nuestra naciente literatura cambie de rumbo y sea más útil y trascendental en sus múltiples manifestaciones.

El poeta William C. Bryant tradujo al inglés una poesía de Cañas como lo verán los lectores de este libro y hasta hoy no ha llegado a nuestra noticia que otra composición poética centroamericana —exceptuando algunas del doctor Ignacio Gómez— haya sido honrada de tal manera. Se trata precisamente del poema dedicado al capitán del vapor norteamericano «*Guatemala*»:

I see thy native country stand
with bloody weapon at her heart,
like beauteous maid by cruel hand,
pierc'd with a keen and deadly dar, etc.

A su vez Cañas ha hecho algunas traducciones en verso del inglés y del francés. Es socio correspondiente de la Real Academia de la Lengua y miembro honorario de varias sociedades científico-literarias de América, de las cuales mencionaremos la Academia de Bellas Letras de Santiago de Chile. En casi todos los periódicos de Centroamérica se han publicado poesías suyas y en los de El Salvador ha escrito artículos sobre diferentes materias (raras veces autorizados con su firma) encaminados a promover el adelanto de las letras y de la industria. Además, muchos periódicos y revistas científico-literarias de Sur América han reproducido sus versos, elogiándolos merecidamente. El amor patrio ha sido para Cañas fuente de perenne inspiración, así es que las glorias y las desgracias de su país le han arrancado siempre de lo íntimo del alma un himno o una elegía. Hombre afabilísimo en el trato social y de carácter franco y simpático, se ve siempre rodeado de numerosos y sinceros amigos. Su conversación es amena y chispeante, y las muchas personas que forman la tertulia de su hogar, no saben qué

admirar más en él, si las dotes de su inteligencia o las prendas de su sensible corazón, siempre joven, a pesar de los años que le han cubierto de nieve el cabello pero que no han podido apagar el fuego del alma. En esa línea está escrito su poema «Al señor don Justo de la Espriella, con motivo de haber encontrado la identidad de mi persona diferente de como él se la había imaginado» y que dice así:

Tantos chascos en el mundo todo prójimo se lleva,
que el tuyo no es cosa nueva, ya verás en qué me fundo.
Ni el primero ni el segundo eres tú en equivocarse;
que siempre de otro al formarse una idea cada cual,
se opone al original sin que puedan compararse.
Lo mismo te pasó a ti cuando José en Nueva Yor,
(en verso sin ka es mejor) te habló una vez de mí.
Mas luego llegas aquí y al mirarme ¡santo cielo!
se te erizó quizá el pelo, viéndote en el laberinto
de encontrarme tan distinto de tu ilusorio modelo.
Antes, ignoro por qué el poema al comenzar,
no pude el nombre acabar y escribí solo José.
Ya la falta enmendaré aunque la rima, es atroz;
José María Muñoz ocupa un verso completo;
sin embargo, del aprieto cual flecha salgo veloz.
Me has dicho, pues, que tu mente, sin verme antes me pintó
y a su antojo hizo otro yo de como soy, diferente.
¡Qué cómodo y qué prudente sería tener repuesto,
pues francamente es molesto ser el único ejemplar
que, en llegándose a acabar… no quiero pensar en esto.
Que imaginaste decías, que yo era joven muy bello,
blanca tez, rubio cabello, y esbelto me suponías.
Con el alma me veías también con ojos azules,
y aunque ahora disimules me hacías muy vivaracho:
mi vergüenza o bien mi empacho, te suplico que calcules.

Que yo era, pues muy inquieto y con alegre semblante;
me supusiste pedante, más simpático sujeto.
Ya yo te perdí el respeto, pero que esto no te inquiete
ni que tu atención sujete tanta décima, a escuchar,
porque me fuiste a juzgar ¡ay ingrato! un galancete!
¿En el molde, amigo mío, de este tipo me fundías?
pues te aseguro que hacías la cruel acción de un impío.
No lo tomes a desvío, te hablo con el corazón,
bendigo la situación en que estoy, no es paradoja,
siendo un indio de piel roja, ítem más, muy barrigón.
Cuando dices que soy hombre de carácter fiero, adusto,
tal vez te inspiré disgusto bajo la impresión primera;
pero ¡qué! ¿de esa manera, la justicia se promulga?
Eso es hacer de una pulga una horrorosa pantera.
Soy, no niego, un poco serio y rara vez espansivo,
pocas comunicativo ¿ves en esto vituperio?
Jirando en el hemisferio del doméstico cuidado,
planeta cual yo, casado, disminuye su alegría…
¡pero ya de astronomía terrestre formé un tratado!
Permíteme continuar y que la tesis concluya
y a la ciencia restituya lo que le quieren negar.
Es pues un cielo el hogar y el Sol central la señora
cuya atracción bienechora nos convierte en astros fijos;
son satélites los hijos y por su luz ¿quién no llora?
Cuando que tú me escribieron debías pronto venir,
los ojos puedo decir de mi espíritu te vieron.
Pero que también mintieron tú y yo lo justificamos;
los dos frente a frente estamos y así el error se comparta
y sin volverte la carta, los dos nos equivocamos.
Pero vamos a otro punto ya que no estamos de prisa
y si la yanqui divisa no es para ti grave asunto.
Máxima es, según barrunto, el «time is money»*, o receta*

que todo el mundo respeta, ¿qué digo? ciego venera,
es orgullosa palmera cuya sombra niega al poeta.

Después de haber padecido las contrariedades de la suerte, descansa tranquilo al lado de su esposa y de sus hijos en el bello hogar que ha formado y que, dicho sea de paso, es uno de los lugares que frecuentan los hombres de letras, así como los que gustan de dar pasto al espíritu con las afectuosas manifestaciones de la amistad y con la delicadeza y cultura del trato social. Cañas reside actualmente en Santa Tecla, cumpliendo con sus obligaciones de familia, pero sin olvidarse del cultivo de la poesía. Si antes de ahora, ya sea por las circunstancias de nuestro poeta o por lo difícil que ha sido en Centroamérica la publicación de libros, no se ha impreso la colección de sus poesías, creemos que ya es tiempo de que esto se lleve a efecto pues es lástima que permanezcan como perdidas tantas producciones de Cañas que es sin disputa, uno de los más fecundos ingenios que, al ilustrar su nombre, han acrecentado las glorias de la nación salvadoreña.

Escritos los anteriores apuntes biográficos y en prensa el presente libro, ha recibido Cañas el diploma de miembro honorario de la Academia Colombiana, notabilísima asociación que nosotros apreciamos como la única que, después de la Real Academia Española da más esplendor a nuestras letras y contribuye con su ilustración y celo a mantener entre los americanos limpia y pura el habla castellana. Cañas puede enorgullecerse con el diploma de socio de tal corporación, donde figuran nada menos que el docto don Miguel Antonio Caro, príncipe de la literatura hispanoamericana, el insigne filólogo don Rufino J. Cuervo, el notable poeta don José Joaquín Ortiz, Arboleda, Isaza, Marroquín, Pombo, Martínez Silva y otros tantos literatos que sería largo enumerar que honran a la América Latina, a la España misma, con las producciones de su ingenio y que poseen universal instrucción en materias literarias y en lo que atañe al buen uso de nuestro rico idioma. Al escribir estas

líneas, nos tomamos la libertad de enviar a estos Ilustres literatos de Colombia la sincera expresión de nuestra simpatía y profundo respeto, unida a la de nuestro agradecimiento, porque han honrado el nombre de Centroamérica al admitir a Cañas en el seno de una corporación tan ilustre y distinguida como lo es la Academia Colombiana.

Asimismo debemos decir que cuando dimos noticia de la traducción al inglés de que ha sido objeto una poesía de Cañas dijimos que aquella debíase al poeta William Bryant, cuando la verdad es que la dicha traducción fue obra del poeta Theodore Dwight, quien la hizo publicar en el diario norteamericano *The Herald*.

Apéndice número 2.

LA INVESTIGACIÓN CULTURAL (Aviso aparecido en *La Prensa Gráfica* de San Salvador, y en otros periódicos de Centroamérica).

ÚLTIMA OPORTUNIDAD

Excelente remuneración a asesores y colaboradores

INVESTIGACIONES SOBRE LA EXTREMA IZQUIERDA EN CENTROAMÉRICA

Un prestigioso grupo de investigadores científicos está terminando su estudio definitivo del comunismo y sus causas y de otros movimientos de la extrema izquierda en Centroamérica. Forman la base de este estudio las contribuciones de información y el asesoramiento de miembros actuales y exmiembros de estos grupos izquierdistas. Esta es la última oportunidad de participar.

Como hemos anunciado en previos avisos, cada ayuda será recompensada generosamente según el valor de la información y el asesoramiento recibidos, y cada respuesta a este aviso quedará en la más estricta confidencia.

Los interesados en colaborar en el estudio necesitan ser genuinamente vinculados con los partidos comunistas en otros grupos de extrema izquierda en Centroamérica. Podrán mantener su anonimidad hasta poder confirmar por sí mismos la honestidad y garantías que caracterizan la labor del grupo investigador.

En tal caso, para que podamos respetar sus deseos de seguridad personal, sírvanse incorporar en su primera contestación las instrucciones y medidas especiales de protección que estimen convenientes. Valiéndonos de esto, seguiremos paso a paso sus instrucciones hasta arreglar las condiciones adecuadas para una relación fructífera.

Dirigirse a:
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES
Apartado Postal 2043
Ciudad de Guatemala
Guatemala, C. A.

Apéndice número 3.

HABLA UN CLÁSICO CRIOLLO

«En nuestra tierra salvadoreña abundan los jóvenes que viven quejándose de que "en este país no hay un ideal por el cual se pueda vivir y luchar". La Universidad y los colegios arrojan año por año una oleada de pesimistas a quienes la vida les abruma, la ciencia les entenebrece el camino y los libros no les enseñan sino a proferir maldiciones contra *el medio ambiente.* "El medio —dicen— tiene la culpa de todo; en este medio no se puede ser sabio, ni ser artista, ni profesar ninguna idea, ni siquiera ser honrado…". Los intelectuales únicamente profesan la doctrina de que este medio solo puede producir tiranía, mentira, egoísmo, codicia y pereza… Semejantes doctrinas no se predican en la mayoría de las veces, sino para justificarse de acciones harto censurables: "Si *forzosamente* aquí solo

puede producirse la vanidad, la ambición, la mentira, el despotismo, la ignorancia y el parasitismo, nadie podrá reprocharnos que seamos venales, ambiciosos, farsantes, déspotas y parásitos". La conclusión es lógica, pero su fundamento es falso, puesto que la mayoría de los salvadoreños —*los que viven trabajando*— no son más venales, mentirosos, holgazanes, etc., etc., que los habitantes de muchos otros países. Hasta es facilísimo comprobar que los salvadoreños trabajadores, que son los más, sobresalen por su honradez, constancia, esfuerzo y laboriosidad.

Son, pues, los intelectuales decepcionados los que, en justicia, deben cargar con la malísima reputación que pretenden achacar a todo el país».

Alberto Masferrer.

Apéndice número 4.

EL PASTO ESPIRITUAL (Anuncio aparecido en *El Diario de Hoy*, de San Salvador).

ATENCIÓN

ÚLTIMAS NOVEDADES MUNDIALES RECIBIDAS POR LIBRERÍA EL PROGRESO

La ciencia misteriosa de los faraones (Abate Moreaux) ____ 4 colones. *Las fuerzas del Espíritu* (Feuchstersleben) ____ 5 colones. *Doctrina secreta* (Blavatsky) 6 tomos, rústica ____ 75 colones 40 centavos. *La cabaña del tío Tom* (Stowe) ____ 2 colones. *Karate, curso completo* (Bobby Lowe) ____ 7 colones. *La curación de las enfermedades por medio del poder del pensamiento* (Kate Boehmer) ____ 3 colones. *Arpas eternas* (Tomo I) (Hilarión del Monte Nebo) ____ 11 colones. *El significado oculto de la sangre* (Steiner) ____ un colón 25 centavos. *Democracia* (Dorothy Pickles) ____ 6 colones. *Reto a la clase obre-*

ra (John A. Beirne) ____ 8 colones 50 centavos. *Un don de felicidad* (Helen Hayes) ____ 7 colones 50 centavos. *Magia Sexual Positiva* (L. de Sayjan) ____ 6 colones. *Más observaciones clínicas sobre el ajo, el limón y la cebolla* (N. Capo) ____ 2 colones 26 centavos. *Teoría de la relatividad de Einstein* (J. Lehman) ____ 2 colones 30 centavos. *María* (Jorge Isaac) ____ 2 colones. *Ivanhoe* (Walter Scoot, Sir) ____ 2 colones. *Electricidad del automóvil* (Glem) ____ 14 colones. *Técnicas rápidas de hipnotismo* (Harry Arons) ____ 9 colones 15 centavos. *Quiromancia para todos* (Cheiro) ____ 7 colones. *La práctica del Zen* (Chang Chen Chi) ____ 6 colones 70 centavos. *A los pies del maestro* (Krishnamurti) ____ 1 colón. *Despertad, hijos de la luz* (Dos colaboradores) ____ 2 colones 50 centavos. *Código de Honor del Márquez de Cabriñana* (Sófocles) ____ 5 colones. *El ideario de John F. Kennedy* (T.M. Trine) ____ 2 colones. *Sindicalismo Libre y Democracia* (D.R. Ryan) ____ 2 colones. *Botánica oculta* (Paracelso) ____6 colones. *Fragmentos de una enseñanza desconocida* (Ouspensky) ____ 17 colones 50 centavos.

VISÍTENOS ANTES DE QUE SE AGOTEN

en 6a. Avenida Norte 137, esquina opuesta parque Iglesia San José.

LIBRERÍA EL PROGRESO

Tel. 21-79-82

Damos gratis por sus compras TIMBRES ECONOMÍA DEL HOGAR para obtener lindos OBSEQUIOS.

Servicio de suscripciones de las revistas: *Bohemia* (de Venezuela], *LIFE, SELECCIONES del Reader's Digest, Visión, Ja-Ja, O Cruzeiro* y todas las publicaciones de Distribuidora Centroamericana.

Apéndice número 5.

VARIACIONES SOBRE LA CRÍTICA DEL GUSTO EN EL SALVADOR (Parámetros de la ética estética y de la estética ética).

I

«BEATERÍO DE SONSONATE.—A imitación de los de Guatemala, hubo también en Sonsonete (República de El Salvador), un Beaterío de la Orden de Santa Domingo (Juarros). Se asegura, escribe Juarros, que se fundó en el tiempo del ilustrísimo señor don Fray Juan Zapata y Sandoval, obispo que fue de Guatemala desde el año 1621 al de 1630; y en este Beaterío "vivían algunas mujeres con gran recogimiento y edificación". Este Beaterío solo duró como medio siglo; pues habiéndoseles arruinado a las Beatas la casa el año 1680, y no teniendo con qué repararla, se retiraron a vivir a casas particulares. Mas entre sus Beatas hubo una, la única cuyo nombre ha llegado hasta nosotros, la hermana María de la Rosa, natural de la misma Villa de Sonsonate, que no quiso retirarse a vivir en ninguna casa particular. En efecto, la Hermana María de la Rosa, había comenzado a gozar de las delicias de la vida de comunidad; y animada del deseo de servir a Dios en el claustro, encaminó sus pasos hacia la ciudad de Guatemala, para continuar allí lo que en Sonsonate había comenzado. No sabemos en cuál de aquellos Beateríos fue recibida: pero se asegura que "su humildad fue tan grande que no se la hallaba fondo; la oración continua, la penitencia extraordinaria, su pobreza grandísima. Sus enfermedades, casi intolerables, le pusieron en un estado tan conforme a Jesucristo, que no tenía más gusto que seguir sus huellas y vivir con Él crucificada…".

Fray Julián Fuente O. P. en
Los Heraldos de la Civilización Centroamericana.

II

(Fragmento de una conversación entre intelectuales. Departamento de Grabaciones, Dirección de Investigaciones Especiales de la Policía Nacional. Tomada en la Cervecería «Gambrinus»).

—La verdad es que yo me vine a dar cuenta de la distancia, la falta de solidaridad, el abismo, que aparecen entre las diversas generaciones de una misma nación, por medio de una dolorosa experiencia directa, personal, irrefutable. Y es que cuando el idioma de la ternura de un hombre no es comprendido por otro, entre ellos no hay absolutamente nada en común, no puede haberlo. Todos ustedes conocen a don Vicente Rosales y Rosales, don Chente, poeta a quien todo el mundo respeta y quiere en este país. Y todos ustedes conocen también su poema «Invierno», del cual don Juan Felipe Toruno afirma que representa el más alto nivel de la poesía salvadoreña y que, escrito en 1917, fue precursor centroamericano de la obra de César Vallejo, el gran poeta peruano:

Brumoso el ideal, la carne inerte,
para otros dieron lana las vicuñas.
En este invierno, macho de la muerte,
cuántos nos hemos de comer las uñas.

Tres meses de hospital, a leche cruda,
para salir temblando y en muletas:
en esta noche dormirás desnuda
mientras se mueren de hambre los poetas.

Se cuentan casos extraordinarios
de los que el frío flageló, siniestro.
Con esos casos se hacen hoy los diario!
¡tal vez mañana se refiera al nuestro!

Pues bien, en ocasión de un *cocktail* que la Dirección General de Bellas Artes ofreció a la intelectualidad de San Salvador hace unos meses, me encontré cara a cara con don Vicente, cada cual con su trago en la mano. Admirador devoto como siempre he sido de su poesía y en especial de su poema «Invierno», decidí, en un ramalazo de confianza y fraternidad filiales, al cual no eran desde luego ajenos los ocho whiskies dobles que me había metido en los últimos cuarenta y cinco minutos, decidí, repito, emocionado, transmitirle una bella experiencia íntima en que me fue dado homenajear su obra imperecedera. Después de brindar con él un par de veces, se lo conté: «Para que usted vea, don Vicente, el amor que aún en nosotros los jóvenes despierta su poesía, sepa que yo llevo siempre en mi cartera este recorte de periódico donde se reproduce "Invierno". Mírelo usted. Y debe saber que el solo hecho de que el papelito permanezca en su cartera es ya un homenaje, porque esa permanencia ha debido ser ratificada en circunstancias cruciales, de alternativa angustiosa. Sucedió que hace poco, me asaltaron en plena Avenida España las ganas de cagar más siniestras de que tengo memoria. Un atole de elote casero fue el culpable de aquella necesidad fulminante. Sudando como un perseguido político doblé hacia abajo en la Primera Calle Poniente y me metí como una flecha en el Bar Atlacatl. No hubo problemas de espacio y pude salir de mi pesar justo a tiempo. Aunque debería decir mejor, de la carga fundamental de mi pesar. Porque cuando vine a darme cuenta de lo que pasaba en torno a mí, comprobé que en aquel sitio estrictamente receptivo no había absolutamente nada para higienizarse y bien que yo lo necesitaba. Busqué entre mis ropas y, no me lo va a creer usted, don Chente, no llevaba encima ni un pañuelo, ni uno de esos papelitos doblados que mantenemos para el caso de que se nos ocurra un verso mientras andamos por allí. Entonces me acordé de mi cartera. Al hacer un concienzudo balance de su contenido me encontré con que tenía únicamente dos posibilida-

des concretas, dos instrumentos posibles para limpiarme el cútete: un solitario billete de cinco colones (invertir el cual en aquello significaba renunciar a los tragos de la tarde, regresar a pie hasta mi casa en la Colonia Centroamérica, no comprar un librito de Simone de Beauvoir en la librería de don Kurt) y el recorte de "Invierno". Ni modo que iba a ir con los calzones en la mano hasta donde el cantinero para que me cambiara el billete de a cinco por cinco de a peso. Como usted puede ver, don Chente, su magnífico poema continúa en mi cartera". Y es ahí donde yo les digo a ustedes todo eso del abismo y quizás hasta eso de la ingratitud, del clima de orfandad mutua que tanto hiere. Porque don Chente, cuya fama de persona bondadosa no se discute, en vez de abrazarme y besarme y llamar a los demás para obligarme a repetir la historia, mientras se enjugaba los ojitos cansados de vivir, en vez de hacer todo eso, repito, se limitó a mirarme hondamente, con cara de palo y, poniéndome su vaso en la mano, me dijo: "Mira, cipote, hacéme el favor de ir al bar y le decís al cantinero que si no tiene otra cosa, ajenjo, o de una vez aguardiente, porque este *whisky* de contrabando me da urticaria. Aquí te voy a esperar". Y resultó que cuando volví con su nuevo trago, don Chente había desaparecido. No solo de su rincón aquel sino del *cocktail* todo. Y ahora cuando me ve, se hace el que no me conoce. ¿Qué me dicen ustedes?».

Apéndice número 6.

LA HISTORIA

«El coronel Osear Osorio ha depositado el poder al cesar su período presidencial en 1956, habiéndole sucedido el teniente coronel José María Lemus, quien se encuentra actualmente desempeñando ese elevado cargo. Como ha acontecido siempre en El Salvador, cuando se han verificado elecciones sin previo establecimiento de *Estado de Sitio,* la campaña electoral fue sumamente agitada y todos

los candidatos que se decían de "oposición" al candidato oficial o se retiraron por su propia iniciativa o fueron descalificados como postulantes por el Consejo Central de Elecciones, por no reunir, según este organismo, las cualidades y aptitudes requeridas para presentarse a los comicios, conforme a las leyes actualmente en vigor. Contrariamente al régimen de su antecesor el del teniente coronel Lemus se ha ceñido desde un principio, debido, sin duda, a la coyuntura política, a la más completa austeridad fiscal. También ha permitido el regreso al país de todos los emigrados políticos y por su iniciativa la Asamblea Legislativa abrogó la denominada "Ley para la Defensa de la Democracia", cuyas cláusulas de aspecto totalitario encajan mal con una situación que cada día se aleja más de lo precario e inestable de los hechos derivados o concomitantes de la última conflagración mundial.

APÉNDICE

Estando en prensa esta obra y redactadas las líneas anteriores en la forma que el lector acaba de leerlas, el Gobierno del general José María Lemus ha sido derrocado por golpe de Estado: los hechos ocurrieron en la madrugada del 26 de octubre de 1960. Una Junta Cívico Militar, integrada por tres profesionales civiles y por tres oficiales del Ejército, un coronel y dos tenientes coroneles, han entrado en funciones de Gobierno, pronunciándose por el respeto de las obligaciones internacionales contraídas con anterioridad por El Salvador y acatando el texto de la Constitución Política, del 13 de septiembre de 1950, como el único que debe considerarse en vigor. Invocando el «derecho a la insurrección» que, como sabemos, en El Salvador constituye un precepto constitucional, cuyos orígenes son casi centenarios, el nuevo Gobierno ha sido reconocido internacionalmente, no sin algunas dificultades, por la mayoría de las demás naciones, inclusive por los Estados Unidos de Norteamérica

y España. Sin duda, y con sobrada razón, el lector se preguntará: ¿Cómo ha sido posible que este golpe haya tenido éxito y cómo el Gobierno del coronel Lemus pudo imprimir un viraje tan radical en su línea de conducta? Son muchas las explicaciones tanto en el orden legal como en el sicológico, que podrían emitirse para razonar sobre un derrumbe político tan fulminante, en donde una de las mayores sorpresas fue la poca resistencia que ofreció el gobernante en funciones y el grupo de sus amigos políticos. Claro que todavía es demasiado prematuro para expresar una opinión definitiva sobre esta fase de nuestra Historia, tan llena de variados matices de relieve. Al enfrentarse desde mediados de 1959 con una oposición obrera y estudiantil-universitaria cada día más numerosa, el Presidente se replegó sobre el consabido expediente de implantar el Estado de Sitio en la República, cuya instauración y mantenimiento ilegales son considerados por nuestro Derecho Constitucional como suficiente para autorizar la «sublevación popular». Los participantes a (sic) las manifestaciones y a las reuniones públicas fueron víctimas de graves atropellos y de serios vejámenes, sin ninguna consideración de sexo, y muchas fueron las personas encarceladas sin acatar los trámites legales. Se holló el recinto de la Universidad Autónoma de San Salvador y sus Autoridades, en la persona del Rector y del Secretario General, fueron maltratadas y sometidas a riguroso interrogatorio. No fueron puestos en libertad hasta que intervinieron en su favor los Rectores de las Universidades de los otros cinco países centroamericanos. Ante hechos tan inauditos se conmovió la opinión pública y el autocratismo de maneras y la centralización de funciones que había adoptado el mandatario, hasta con sus propios ministros de Estado, contribuyeron a caldear el clima propicio para su derrocamiento.

Nota al Apéndice.

La Junta Cívico Militar, que derribó al Presidente Lemus ha sido reemplazada —desde que escribimos este *Apéndice*— por un «Directorio Cívico Militar» compuesto de dos militares y tres civiles. El golpe ocurrió el 25 de enero de 1961, no sin encontrar seria resistencia entre los elementos civiles de la población. El «derecho de insurrección» sirvió una vez más de trampolín para acceder al poder político y se procedió a disolver la Corte Suprema de Justicia único poder del Estado que existía, por lo menos en apariencia. Solo que en esta ocasión no se acusó al Gobierno «de facto» anterior ni de usurpación de funciones, ni de violación de la ley. Se invocó el peligro que corría la nación de verse envuelta en el mayor desorden público, en caso de que se produjesen los ataques y disturbios provocados por los partidarios del coronel Oscar Osorio, Expresidente de la República, entre los que se encuentran miembros de familias acaudaladas, rentistas y monopolistas de industrias y de la finanza del país, por una parte, y los elementos de extrema izquierda (PRAM), simpatizantes y seguidores de las prácticas castristas, por otra. ¡Así, lo que hubiese sido posible contrarrestrar con simples medidas de policía, impone en El Salvador un golpe de Estado de tipo militar! Autoproclamándose como siendo de *extrema derecha,* pro-occidental y adversario resuelto de Fidel Castro, este «Directorio» ha sumido —sin quererlo— a la prensa demócrata de los Estados Unidos del Norte en el más completo embarazo. En forma unánime, los órganos representativos de dicha prensa han pedido el cese y la interrupción en América Latina de los golpes de Estado, similares al de El Salvador, el cual ha sido calificado como un *procedimiento arcaico…* Los voceros norteamericanos piden en Centroamérica una mayor atención a los problemas sociales, económicos y fiscales con el fin deliberado de levantar el nivel de vida de las masas trabajadoras y erradicar para siempre

la desigualdad tan marcada que se nota entre las diversas clases sociales de esos países.

> Ricardo Gallardo, *Las Constituciones de El Salvador* (Volumen I: Historia de la Integración Racial, Territorial e Institucional del Pueblo Salvadoreño). Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid 1961.

Apéndice número 7.

ESTADÍSTICA

El último censo general de la población de El Salvador señala que en nuestro país, de acuerdo a las cifras recogidas en la sección número 34 («Distribución de la población por profesiones y oficios»), existen 367 entrenadores de fútbol, 16 embalsamadores titulados, un «cirujano naturalista» seguidor del método del doctor Asuero contra las enfermedades nerviosas mediante el uso del estilete que representa las ramificaciones del trigémino, 2300 músicos, 337 operadores de aparatos para proyectar películas cinematográficas, 10 corredores de valores para la Bolsa, 96 543 personas sin ocupación definida y 4 poetas.

Apéndice número 8.

LA MUERTE DE UN POETA

En la Morgue General del Hospital Rosales de la ciudad de San Salvador a las diez horas treinta minutos del día veintisiete de enero de mil novecientos sesenta y uno, presentes el Infrascrito Juez Segundo de Paz y el Secretario que autoriza y los Médicos Forenses adscritos al Turno en desarrollo a la fecha de este Tribunal, doctores Eliseo Cardona y Mateo Arévalo Lorenzana, con el objeto de hacer el reconocimiento de ley del cadáver supuestamente

perteneciente al ciudadano MARIO ARENALES MENA, salvadoreño, estudiante, soltero, mayor de edad, de este domicilio, con residencia en Avenida Custatancingo número doscientos cuatro, según datos que aparecen en la Cédula de identidad número 9990754, de la serie «C», extendida por la Alcaldía Municipal de San Salvador el doce de enero de mil novecientos cincuenta y nueve, datos y fotografía en correspondencia con las características y rasgos del cadáver de acuerdo al reconocimiento visual del infrascrito Juez, y cuya cédula fuera ocupada en las ropas que usaba en vida el cadáver; después de haberse practicado la autopsia señalada por la ley, ambos médicos forenses, de acuerdo a sus conocimientos profesionales, DECLARAN: que han tenido ante sí el cadáver cuyos datos identificadores quedan expuestos anteriormente en esta acta y que habiendo practicado en él la autopsia y los otros reconocimientos técnicos señalados por el Código de Instrucción Criminal han determinado que la causa directa de la muerte fue la hemorragia aguda producida al ser interesada la arteria aorta abdominal y que la causa indirecta fueron las tres lesiones causadas con instrumento punzo-cortante en la región abdominal que aparecen unidas entre sí dada la proximidad de los cortes; al presente reconocimiento se adjuntan radiografías y fotografías con la descripción clínica y operatoria detallada, numeradas de 1-A al 1-D y del 2-A al 2-D para los fines de ley, así como las correspondientes órdenes al Laboratorio Forense para el correspondiente análisis químico de la materia visceral recogida; y leída y escuchada que fue esta declaración y los términos de la presente acta, firman todos por estar los términos conformes. E. Cardona, médico forense, M. Arévalo L., forense, Sojo y Figuerla, la Juez Segundo de Paz, Gutiérrez, Secretario. Ante mí.

Apéndice número 9.

PROFILAXIS. (Grabación para el archivo personal del Director. Archivado en Cassette Nº io-234,25 de julio de 1963).

EL SEÑOR DIRECTOR:—Probado… Sí, está grabando. Correcto… Ana María: haga pasar a don Luis… (Ruidos. Hay una voz inintelegible). Pase adelante, don Luisito. Tome asiento. Aquí, que va estar más cómodo. ¿Tuvo un escalofrío? Es que el aire acondicionado se quedó encendido anoche. A mí así me gusta. Lo que me mata es el calor. Cosas del corazón, que ya tiene sus años. Pero no se preocupe, don Luisito, que ahora mismo pedí que traigan café negro. Eso le va a caer bien. ¿Y cómo anda la familia? ¿La señora bien? Y los muchachos deben estar hechos unos hombres. Y unas señoritas, claro, también. Eso es lo más importante. Yo siempre le digo a mi mujer: Ve, Tere, dales gracias a Dios y a todos los Santos por nuestros hijos, que ese es el verdadero capital que tenemos. Todo lo demás se va a quedar en la tierra. Por cierto que hoy la Tere anda en Nueva Orleans, arreglando la entrada de la chiquitina al Colegio de las Monjas Francesas. Sacrificios, don Luisito, pero valen la pena. Todo por ellos. Por eso yo no entiendo a esos desnaturalizados que abandonan a los hijos a su suerte, a la perdición. Con mis largos años de periodista, curtido por conocer cuanta cosa mala hay en esta vida, todavía se me para el pelo al leer esas noticias en nuestra segunda página. Niños borrachos, niñas prostitutas, pandillas de criaturas dedicadas al robo. Culpa de los padres, de la falta de atención. Porque traer hijos al mundo por descuido, por el gusto de un momento, es un crimen. Y lo más alarmante, don Luisito es que cada vez hay más casos, incluso entre la gente decente. Cada vez son más los muchachos de buena familia que cojen como Pedro por su casa por el camino del vicio. Y cuando no son los tragos y las mujeres malas, son las ideas exóticas, el irrespeto a la autoridad, al sentido patriótico, a la religión. Hay muchas

maneras de descarriarse en estos tiempos. Nosotros, ya le digo: desde las comidas y las lecturas de nuestros hijos, hasta las películas que veían, siempre fueron objeto de la atención más minuciosa. Y mire los frutos: Dios nos premió el esfuerzo. No tenemos un hijo borracho, los dos mayores son ya profesionales, hombres de empresa, fieles continuadores de las tradiciones familiares. El mediano está por doctorarse. Y la niña sigue preparándose bien, a pesar de su edad, para ser en el futuro una buena esposa y una buena madre. Es nuestra mayor alegría, don Luisito. Por cierto que en la última reunión de dirección estábamos hablando de fundar una nueva sección de consejos a los padres. Es una necesidad urgente. Ya ve usted: nuestras responsabilidades no terminan con nuestros propios hijos. Y es natural. Siendo nuestro diario el diario del hogar salvadoreño, nuestros hijos son también todos los jóvenes del país. ¿No le parece? ¿Y cómo va su trabajo, don Luisito? Su serie de artículos sobre los Premios Nobel ha gustado mucho: todo muy sintético y lleno de datos. Hasta yo he aprendido ahí cosas que si esperaba a leer a cada premiado, primero me muero. Es que el hombre moderno, el hombre que trabaja necesita eso de los que escriben: brevedad, llegar pronto al grano, datos concretos. Es la gran enseñanza de Selecciones. Vamos a seguir publicando todos sus artículos, le dan movimiento a la página editorial que últimamente no acaba de gustarme, muy pesada, muy en el aire. Nuestros articulistas insisten en ponerse profundos y eso es la muerte del periodismo. Y uno no puede hacerlo todo. Yo por lo menos ya no puedo ni cumplir con escribir un simple artículo a la semana. Si el diario fuera todo mi trabajo… Pero no se imagina usted los dolores de cabeza que da el Banco. Y en la Agencia de Publicidad, si dejo de aparecer tres días, ya me encuentro formado el chapandongo, el caos. Y luego están los trabajos en que uno se mete por amor al arte, por responsabilidad social: la famosa Liga contra el Cáncer, el Club de Leones. Es la de nunca acabar, don Luisito. Y ahí si que no

valen las secretarias, los ayudantes. Ahí no hay jefe de Redacción. Es trabajo personal. Pero así se hace patria, no queda más remedio. Solo Dios sabe lo que me cuesta, pero Él es testigo que basta y sobra. Así le digo a la Tere, cuando me regaña porque me meto en tantas cosas: Estas son inversiones con Dios, mijita, los intereses son las bendiciones que recibimos y la Gloria Eterna. (Sonido del timbre de la puerta) Aquí viene el cafecito. Entre, Rigoberto, entre. Póngalo todo aquí sobre la mesita. Gracias. (Voces que no se entienden. Interrupción)… Sírvase, don Luisito. ¿Le pongo una o dos cucharadas? Una, igual que yo. Este café es del bueno, reserva familiar. Y tostado a la antigua, en la misma finca. Tengo un viejito de oro para tostar, parece que lo hiciera grano por grano. Pues como le iba diciendo, don Luisito, la verdad es que tenemos que luchar en demasiados frentes. Y no es que me queje, la vida me enseñó que este mundo es de los hombres de ñeque y que todo, desde el pan de cada día hasta los grandes negocios, se gana peleando. Contra las circunstancias o contra los adversarios. Usted es mayor que yo, me conoce desde hace años y sabe que vengo de abajo y que he pasado por donde asustan de verdad. Pero los años son los años y hay que poner más cuidado. Tómese su cafecito, no se le vaya a enfriar. Lo mandé a llamar porque quiero discutir con usted una serie de asuntos que le conciernen, en nombre de la empresa. Son asuntos bastante delicados y por eso he querido disponer de tiempo, para que podamos hablar tranquilos, sin que me estén requiriendo para otros problemas. En realidad, de esto debimos haber hablado, como vamos a hablar hoy, hace varias semanas. Aunque, claro, el fondo de todo ya ha sido platicado por los dos varias veces. Esto no será ni mucho menos un ex-abrupto. Usted sabe, don Luisito, cuánto le apreciamos en esta empresa. Ese aprecio se lo ha ganado usted de sobra, sin duda alguna. Ha trabajado con nosotros durante veinticuatro años y siempre ha sido fiel cumplidor de sus obligaciones. En usted hemos tenido

a un empleado y a un colaborador honesto y sensato, ejemplar, que incluso ha sido capaz de sacrificios extraordinarios en momentos difíciles para la empresa. No olvidaremos jamás su actitud en 1944. Pudo haberle costado la cárcel, pero usted solidarizó conmigo frente a los atropellos de la dictadura martinista. Cada uno de sus éxitos en la literatura, que han elevado su prestigio más allá de nuestras fronteras, ha sido para todos nosotros como un triunfo nuestro, el de uno de nuestros hombres más estimados. Y la empresa, en la medida que ha podido, ha tratado de estimular moral y materialmente su labor. Que yo sepa, usted no ha estado nunca inconforme con su salario. A partir de hace tres años sus gratificaciones de fin de año se calculan según el porcentaje especial de los empleados de confianza. Hace dos años estuvo en el Congreso Latinoamericano de Escritores, en México, por cuenta de la empresa. Pase lo que pase, queremos que el año próximo, cuando cumpla usted las bodas de plata de colaborar en alguna forma con nosotros, todos y cada uno de los trabajadores de esta editorial, que no somos otra cosa que una gran familia, concurramos con alegría al justo homenaje que usted se merece y que vamos a celebrar con pompa, sí señor, con pompa, aún corriendo el riesgo de ofender su proverbial modestia. Porque honrar honra, como decía Emerson, ¿no es cierto? Pues bien, don Luisito, en el marco de ese aprecio indiscutible y sobre todo merecido, la empresa me ha encomendado resolver con usted, en forma, dijéramos, definitiva, un problema que se nos ha planteado y que ya ha hecho crisis. Contamos desde luego con su cooperación de siempre, con su espíritu de sacrificio y con su discreción. Se trata, don Luisito, de un serio lío en que nos hemos metido a causa de sus páginas literarias dominicales. ¿Verdad que se lo imaginaba? Ya cuando usted nos presentó el proyecto de poner en manos de ese Círculo Literario Juvenil, la confección de una de nuestras páginas literarias dominicales cada mes, la idea no acabó de gustarme, usted lo recordará. Iba contra

los principios de la empresa que toda una sección como es una página literaria dominical fuera elaborada por personas que no trabajaban de planta para nosotros. Pero usted supo convencerme: que se trataba de una nueva oportunidad para la nueva promoción de escritores y poetas, que era el grupo juvenil de más alta calidad literaria en el país, que se le iba a dar color y movimiento a las páginas con nuevos nombres, con sangre fresca, etc., etc. Depositamos nuestra confianza en usted y concedimos la autorización. Usted sabe que en lo relativo a esas páginas yo nunca metí las narices. Un poco porque soy consciente de que mis gustos artísticos se han quedado un poco atrás: la verdad es que no logro entender nada de lo que se llama arte moderno, poesía moderna. Otro poco porque ya con revisar las secciones editoriales, las secciones económicas, el material político y la publicidad, tengo para desvelarme. Y otro poco, le voy a ser sincero, somos viejos amigos y usted me perdonará si lo ofendo, porque nunca se me habría ocurrido que entre poemitas y pensamientos sobre flores y mariposas, sobre los ojos de las muchachas y sobre las puestas de Sol, nos iba a saltar la gran liebre. Si, don Luisito, la gran liebre. Desde hace varios meses me comenzaron a llegar los rumores al oído. Un señalamiento del Jefe de Redacción, un reclamo abierto en la reunión de exalumnos de mi colegio, algunas bromas en tal o cual recepción. Como yo conozco las envidias que levanta nuestro trabajo y estoy acostumbrado a la crítica bien y mal intencionada, como yo no parto con la primera, dejé las cosas en veremos, le resté importancia al asunto y pensó que se trataba de detalles, a lo más de uno que otro error efectivamente dejado pasar por nosotros en esas páginas. Cuando comenzaron a llegar las cartas fue que hablé por primera vez con usted. No eran cartas cualquiera. Cartas de protesta de la junta de padres de familia del Colegio La Asunción, de Monseñor Castro y González, del Movimiento Auténtico Nacionalista, de la Orden Terciaria del Santísimo Sacramento, del Club Rotario. ¡Hasta de

Los Amigos de la Tierra y el Árbol! Usted prometió terminar con esa situación. Y nosotros, ingenuamente todavía, contestamos aquellas protestas, menos mal que en forma privada, individual, hablando de nuestro respeto a todas las opiniones y de nuestro credo democrático. Acepto que esa ya no es culpa suya: esa fue culpa mía y bien caro la estoy pagando. Porque eso fue como tomarse uno mismo el pelo o, con el perdón de usted, como decimos vulgarmente los salvadoreños, labrarse la propia estaca. En el mundo de los negocios es uno de los peores pecados. Todo estaba ya, pues, lo suficientemente mal en este terreno, pero el último material enviado por esos muchachos para formar la página literaria que les correspondería en este mes lleva las cosas a un límite intolerable. En cierto sentido hay que agradecérselos. Pasemos a examinar el material, don Luisito. Le ruego que me acompañe a releer este poema titulado «La casa». Comienza muy bonito, muy inocente:

> La casa es el otro cuerpo del hombre,
> el cuerpo de hacer frente a fa lluvia y al Sol,
> el cuerpo que nos reúne a los hijos creciendo,
> el cuerpo donde reposa en vida nuestro cuerpo, etc.

Pero de pronto viene un paréntesis y leemos: «El 85 por ciento de las casas de El Salvador tienen piso de tierra, carecen de servicios higiénicos y de agua corriente». Sigue el poema:

> Edificada con las manos del hombre,
> la casa guarda al hombre y a sus manos
> para que al nacer el día salga al mundo
> llevando intacta la llama de la creación.

Y viene otro paréntesis: «En El Salvador no se construyen casas para los campesinos y las casas que se suponen destinadas a los obreros son repartidas arbitrariamente entre los burócratas incon-

dicionales del régimen militar». ¿Qué le parece? Un ataque directo al Gobierno. Me dirá usted que en varios editoriales hemos criticado duramente la política oficial en materia de Vivienda Popular. Es verdad que en el Instituto de Vivienda Urbana hay irregularidades y arbitrariedades. Pero nuestra posición es constructiva: criticamos y damos la solución. Planteamos que el grueso de la actividad de construcción de viviendas populares pase a las manos de la empresa privada, que salga de las manos del Estado, tan mal administrador y tan sometido a los vaivenes políticos. O sea que planteamos no solo un negocio de amplias perspectivas para las inversiones nacionales y extranjeras sino también la solución a breve plazo y en forma simultánea del desempleo y la falta de viviendas baratas. En cambio, los geniales poetas que usted nos ha metido en el diario lo que efectivamente hacen es agitación política de tipo comunista contra el Gobierno, sin detenerse siquiera en sugerir soluciones, que no les interesan en lo más mínimo. Fíjese como continúa el dichoso poema:

> La casa debe ser como el amor y el pan,
> patrimonio elemental de todos, etcétera.

Y luego, el famoso paréntesis: «De las chozas miserables, de los mesones malditos, son culpables los opulentos palacios de los ricos. Construir un palacio es crear las condiciones para que subsistan mil covachas inmundas». O sea: de la pobreza de los pobres, los ricos son los culpables. ¿En qué escuela de finanzas aprendieron esta maravilla? Eso es agitación comunista de las más barata, don Luisito, la que busca tan solo la anarquía y el caos para sus fines partidarios. ¿Cómo es posible que alguien pueda pensar aunque sea solo por un momento que nuestro diario pueda prestarse para servir de vehículo a tales ideas? Volveríamos a lo de labrarse la propia estaca. Sin hablar de los principios cívicos y morales que defendemos, yo le aseguro que si el próximo domingo apareciera

publicado este poema en nuestras páginas, el lunes amaneceríamos con la noticia de que nos han retirado la publicidad todas las empresas constructoras, las empresas de ingenieros y arquitectos, los vendedores de terrenos urbanos, el Instituto de Vivienda Urbana y San Cayetano bendito. Serían miles de pesos, de esos pesos que sirven para juntar su salario y el mío, los que nos costaría inmediatamente ese poemita. Y si fuera una cosa aislada, se podría explicar como un descuido, grave y todo pero normal. Pero con los antecedentes de sus muchachos, don Luisito, a nadie podríamos convencer de que efectivamente hemos abierto en nuestro periódico una línea que acepta las consignas del comunismo internacional. Una cosa traería la otra. ¿Cree que nuestros competidores se quedarían con los brazos cruzados? En una semana nos quedaríamos sin un anuncio. Antes de hablar con usted ha terminado de hacer algunas averiguaciones. Es para irse de espaldas! Todos sus jóvenes genios han estado en la cárcel, justificadamente o no, por oposición al gobierno, por comunistas o comunistoides. El único del grupo que no se metía en política fue muerto a puñaladas en una cantina. Algo muy edificante. Uno de ellos, el poeta De Monte, o como se llame; se encuentra actualmente nada menos que en Cuba, de acuerdo a informaciones oficiales del Gobierno. Y su brazo derecho, el muchacho ese que escribe teatro y de quien hemos estado publicando críticas de cine, José González-Ruiz, tiene ya varios meses de estar en Francia, trabajando exclusivamente con grupos de artistas comunistas. Nuestra Embajada lo tiene bien chequeado y no hay duda acerca de su actividad subversiva internacional, así ha escrito el Agregado Cultural, que no está en París solamente para ver museos. La última noticia es que ha sido invitado para ir también a Cuba. ¿Qué le parece? Y nosotros, los responsables del periódico más importante del país, como Juan Véndemela, de boca abiertas, dándoles nuestras páginas para que indoctrinen al pueblo! ¡En estas páginas que solo se deben a la

Democracia y la Libertad! ¡En esta empresa en donde todo el mundo, desde Tío Barbas hasta el Jefe de Redacción, desde El Fantasma y Mandrake y Rip Kirby hasta usted y yo, pasando por los articulistas y los crucigramas y los anuncios clasificados y los horóscopos y los reporteros y los linotipistas y la página social y todas las columnas, debemos responder unánimemente, disciplinadamente, a las ideas inmortales del cristianismo, del patriotismo y, una cosa supone la otra, del anticomunismo indoblegable! En este terreno no se puede jugar! No se trata solo de intereses económicos, repito, sino de nuestras ideas fundamentales, de nuestros principios. El sistema democrático de que goza nuestro pueblo, con todas sus deficiencias, ha costado mucho trabajo, mucho sacrificio, mucha sangre, para que podamos darnos el lujo de ser irresponsables con nuestros ideales en nombre de la poesía y otras babosadas por el estilo. Y por eso, don Luisito, sintiéndolo en el alma, sobre todo por usted, la empresa ha decidido tomar algunas medidas concretas y definitorios. En primer lugar, ninguno de esos muchachos volverá a publicar una letra en nuestro diario. ¡Ni en las necrológicas volverán a aparecer sus nombres! En segundo lugar, y esto es lo que más le atañe a usted, la Dirección de la empresa decidió reorganizar por completo la sección literaria dominical que de ahora en adelante quedará en manos de las señoras Goretti y Martí, que antes dirigían las secciones de Jardinería y Cocina del Hogar. Usted pasará a fungir como colaborador editorial permanente, aunque gozará siempre de un sueldo fijo en atención a nuestra vieja amistad. No vamos a ser mezquinos. A usted le va a favorecer esta disminución del trabajo: no va mal un poco de descanso después de tantos años. Y lo que haya que discutir, lo iremos discutiendo poco a poco, en calma, entre amigos. Pero el problema, termina aquí, en lo que a la empresa respecta. Es que ¿sabe, don Luisito?, hay una cosa en la que los comunistas tienen toda la razón, aunque nunca lo vamos a aceptar en público: la lucha de clases existe.

V
JOSÉ

La luz del túnel

Cerca de una docena de policías vestidos de civil participaron en mi captura. Fue, creo, casi un honor: el homenaje de las preocupaciones del enemigo. Pero yo, del corazón al rostro, me llevé un susto tremendo, traducido en los primeros minutos en palidez y balbuceos, todo ello nadando en la aglomeración de los autorreproches por naturaleza tardíos en esta cabeza mía que siempre quiere tender al orden. La explosión después del arrobamiento candoroso ante el paisaje: qué va a decir Schaffick, tanto esfuerzo común perdido en un momento, qué irresponsabilidad. Y todo por no cumplir las más elementales normas. Y de momento, aquí mismo, peor para mí mostrar el miedo desde el inicio, el azoramiento total es terrible, aunque el hombre no sea de palo. Había que calmarse, antes que pensar cualquier otra cosa. Todo lo malo estaba por venir, acaso por primera vez, verdaderamente, en la vida.

Hacía apenas unos días, la Corte Suprema de Justicia, llamada La Honorable —como muchas putas, dentro de la tradición de Toulouse-Lautrec— había declarado a la prensa nacional —llamada la Seria—, con el estilo ampuloso de los oradores latinoamericanos precastristas, que no estaban legalmente comprobadas las restricciones ilegales a mi libertad (que yo mismo había denunciado) y que la vigilancia mantenida día y noche sobre mi persona y sobre mi casa por la policía política (encarnada en siniestros tipos con grandes bultos en la pretina, que en las madrugadas usaban

toallas como bufandas en torno al cuello y la boca; en lentos ir y venir de *jeeps* y autos Volkswagen de placas particulares muy parecidas entre sí; en un negocio instalado al otro lado de la calle, una venta de refrescos a cargo de una antigua prostituta desde donde se fotografiaba y se anotaba todo movimiento de entrada o de salida por mis puertas), con todo lo molesta que fuese, no me impedía ejercer los nunca bien protegidos derechos ciudadanos. «Hasta que me capturasen», podrían haber agregado para decir toda la verdad. El Ministro de Defensa habló también de los derechos ciudadanos. Según un diario de San Salvador había asegurado no conocerme, versión que fue desmentida por otro diario de San Salvador, más preocupado por la cultura indiscutible de los altos cuadros del ejército (el suplemento literario de este último diario es confeccionado, como un vestidito infantil o una receta de cocina, por dos señoras miembros de la Junta Directiva del Centro El Salvador-Estados-Unidos). El desmentido puso inclusive en boca del señor Ministro algunas consideraciones simpáticas sobre mi último libro, el ensayo sobre Peter Weiss, publicado en Cuba. Me reí mucho porque yo sí lo conozco y sé que es de quienes piensan que lo que hierve a noventa grados no es el agua sino el ángulo recto. El sueño de su vida es ser embajador en México y él mismo dice que es sueño de contrabandista. En fin. Resultó que en cuanto ejercí el derecho de dar una conferencia sobre los problemas del cine moderno (que por cierto era un refrito de algunas generalidades elementales de Bela Balacz) y en cuanto ejercí los de pasar por un bar a tomar una cerveza y escuchar a los conmovedores y patéticos mariachis de mi ciudad natal (bar llamado El Paraíso cuyos propietarios se llaman efectivamente don Adán y doña Eva), vino primero ese torvo gordo a retorcerme el brazo y a colocarme la dura punta del cañón de la pistola en las costillas, mientras un negro esmirriado me llevaba el otro brazo hacia atrás y se las arreglaba para colocarme las esposas, que se cerraron con el tradicional «clac» de cangrejo pisoteado.

Ellos y los otros nueve o diez policías me metieron en un *jeep*, entre el asombro de los parroquianos que recién me reconocieron (estos dos años entre México, París y Cuba me han quitado popularidad en los ambientes nocturnos de la capital), y me llevaron entusiasmada, cuasi-halagadora y directamente al Cuartel General de la Policía Nacional (el edificio que, con todo y su cara relativamente inocente, posiblemente encierre el mayor historial de infamia en todo el país), a las órdenes, según me dijeron, del mismo Director General, coronel Arnaldo Rodezno, un miedoso militar que yo había conocido hacía unos años en la redacción de un periódico donde trabajé, cuando él llegara temblando y sudando sobre la infinita palidez a denunciar que el gobierno de entonces, por contradicciones en diversos negocios, estaba preparando su asesinato. Mostraba un miedo de hombre malo: en su temblor, no sé por qué, se adivinaba una capacidad de crueldad ilimitada. Desde entonces supe efectivamente que lo que más merecía ese tipo era que alguien lo asesinara lo más pronto posible, ya fuera el gobierno de entonces (muy eficaz, por cierto, para esos menesteres) o un seráfico sacerdote redentorista o su mujer. Claro que ahora, después de esto que me estaba pasando, no me habría desagradado en absoluto tener que ser yo quien le metiera el tiro justiciero en la oronda barriga. Y en mi miedo no había crueldad.

En el camino hacia el cuartel pude desembarazarme de un ejemplar de *La verdad*, órgano del Partido que esa misma noche me había vendido una activista clandestina al salir de mi conferencia, una muchacha pálida, de aspecto inocente: felizmente lo había doblado en la bolsa trasera del pantalón y me fue fácil sacarlo aún con las manos esposadas. Luego lo transformé en una pelota y al bajar del *jeep* lo dejé caer en una acequia del patio interior donde el vehículo atestado se desgranó como una araña peluda a la que se le fueran huyendo las patas. En la oficina de recepción e inscripción de reos me registraron minuciosamente las ropas, los calcetines

inclusive, y me quitaron todos los objetos que traía encima, hasta los cigarrillos. Después me despojaron del cinto y de las cuerdas de los zapatos, para evitar intentos de suicidio, todo lo cual —la aplicación del humor negro a la vida inmediata es una de las más nobles y saboteadas Bellas Artes— llegó a divertirme, en el sentido de comprobarme que aún me sentía capaz de ejercer la ironía. Con el mismo propósito preventivo me quitaron el peine, explicándome que algunos presos han llegado a utilizar el inocente objeto para cortarse las venas, arrastrados por la desesperación. Menos mal que no sabían que los peines suelen contener en el cuerpo una gran riqueza de piroxilina, materia explosiva como el TNT: yo lo averigüé documentándome para montar en Cuba una pieza de teatro-testimonio sobre la resistencia urbana del 26 de julio en Oriente, que interrumpí por volver a El Salvador. ¿Pero para qué todo este trámite —me preguntaba yo— si nunca jamás iba a volver a ver mis objetos decomisados y si además no me iban a escriturar como reo, pues no se inscribe a los presos sin delito q', por lo menos en determinadas temporadas y en este país, son los más? Al mismo tiempo se me decía sin embargo que la detención iba a ser muy breve, cuestión de unas horas, que todo se debía al deseo que el señor Director tenía de discutir sinceramente conmigo algunos asuntitos de interés común. «Teniendo yo un teléfono, 3269, por cierto, no se explica que…». No lo dije. Terminaron por llevarme a una celda conocida como El Palacio Negro, recinto al cual todo el mundo puede entrar, menos la Corte Suprema de Justicia y sus personeros. Yo quisiera ver allí a Arturo Lara, para ver si tiene cara de seguir hablando de Hans Kelsen y la teoría puta, digo, pura, del Derecho, bandera que siempre enarbolaba cuando todos los demás comenzábamos a hablar de marxismo. El Derecho no existe, imbéciles, es simplemente una ficción enajenadora, el polvo de oro de la gran píldora de la propiedad privada, y no lo que dicen que es en las Universidades nuestras, esas grandes fábricas de gallinas.

Cuando Arturo era solamente un tonto, eso se le podía perdonar. Pero después que descubrió tantas verdades a nuestro lado, supo además que era cobarde y no tuvo más remedio que convertirse en un farsante.

El Palacio Negro es una cueva sumamente oscura y de una atmósfera tan pesada, que al entrar uno en ella parece que lo hiciera en la boca de un gigante que nunca se lavó los dientes después de devorar los cadáveres de sus sucesivos sastrecillos valientes. Lo único que distinguí en las paredes blanqueadas con cal cuando comencé a acostumbrarme a la oscuridad fueron unas manchas negras. Después vi con sobresalto que las manchas negras se movían, eran varias y, relativamente, pequeñas nubes de cucarachas. Allá por la madrugada llegó un carcelero y encendió la luz por un momento. Me llevaba unos periódicos para que hiciera mi cama en el suelo y —¡el surrealismo latinoamericano es la vida misma!— una novelita de Rafael Pérez y Pérez. Al darme la novelita me dijo que por la mañana entraba en la celda un rayo de sol durante una o dos horas y que entonces podría leer ya que estaba estrictamente prohibido por el coronel miedoso que se me mantuviera la luz encendida. Me pidió también decir, si otro carcelero me descubría la novela, que la traía conmigo en la calle. Sonaba feo tener que decir que uno anda con novelitas de Rafael Pérez y Pérez encima, pero no iba a sostener una discusión literaria con aquel amable hijo de Dios. Además, antes de dejarme solo otra vez, el carcelero me explicó que me había traído de leer porque él sabía que los artistas presos sin nada en las manos se vuelven locos o se mueren de tristeza, como le había pasado el año pasado a un señor violinista en esta misma celda.

Por otra parte, las cucarachas no son venenosas y solo muerden lo inerte. En realidad hay muy pocos bichos verdaderamente mortales en esta vida, por lo menos en las ciudades. En el monte es otra cosa, pero siempre hay un porcentaje de leyendas eleva-

dísimo, sin negar tampoco, por supuesto, que existe la India y la selva de Panamá. En mi primera cárcel, no, perdón, en mi segunda cárcel, cuando estuve metido en una cloaca de verdad, conviví con los bichos más Hieronnymus Bosch que imaginarse pueda. Con ponerse tacos de papel en las narices y los oídos, amarrarse la boca con el pañuelo y apretarse bien el calzoncillo y el pantalón (cuyos ruedos deberán haber sido herméticamente rodeados por los calcetines) puede uno dormir tranquilo. Claro, como chupar, chupan sangre. Y como erizar, erizan todo el cuerpo con sus miles de carreritas peludas en todas direcciones, pero para todos da Tata Chus y además uno se acostumbra pronto. En las paredes, cuando el carcelero encendió la luz pude verlo, había, además de las cucarachas, algunas leyendas: «No te desesperes, compañero», «Viva el FUAR«, «Viva Cuba».

Al amanecer me llevaron la primera comida de la temporada: lo que en la jerga de las cárceles salvadoreñas se llama «yoyo», es decir, un conjunto formado por dos minúsculas tortillas de maíz unidas por el medio con una leve capa de frijoles y arroz, entre todo lo cual es francamente normal encontrar pelotas hechas por los cadáveres de las hormigas de anteayer o una suculenta ala de cucaracha a imitación de los fósiles didácticos más delicados, o el simple y elemental lodo de la carretilla de construcción en que se transporta el rancho de los presos. Los yoyos son fríos y duros y quienes como yo tienen alguna experiencia carcelaria saben que hay que comerlos tan pronto como se los llevan a uno (los remilgos del primer día desaparecen y los yoyos de mañana serán absolutamente idénticos a los de hoy). La cosa es no morirse de hambre —por sobre las añoranzas del pollo de la libertad, del bistec de ayer mismo al mediodía, con piña, espárragos y champiñones— ya que uno no sabe cuándo y cómo va a salir de la cárcel una vez que se está en ella: apotegma mundial, pero que en Centroamérica cobra rango contemporáneo-primitivo, para hablar en etnólogo.

Y en todo caso, los interrogatorios son más llevaderos mientras más fuerte te encuentres, una patada duele menos mientras menos hambre tengas. Por eso nuestro pueblo habla tan mal de los tropezones en ayunas. Etcétera, como dicen los españoles que han vivido en la Argentina, con dos acentos.

Todas estas posibilidades y estas prevenciones me eran persistentemente recordadas por el hecho de que al lado de mi celda había otra (en realidad el Palacio Negro es todo un sector de detención ilegal, bastión de la cultura cristiana y de la democracia occidental, compadre defensor de ambas, que consta de dos celdas y un pasillo convenientemente ominoso) sin lugar a dudas destinada para los interrogatorios de segundo nivel. En ella hay una pileta de agua que fluye constantemente, inundando el piso, y dos grandes reflectores, de los que usamos en el teatro o en los estudios de filmación o fotografía. La concepción y los instrumentos, de un *made in USA* implacable. En la pileta lo meten a uno de cabeza, atado de pies y manos, entre pregunta y pregunta Y si eres de los que se desmayan rápido por causa de asfixia, eres un tipo de suerte. Con los reflectores le cuecen a uno el cerebro, aunque digo yo que a ellos también los ha de joder la luz a pesar de que estén siempre viendo para acá pues su intensidad es tan exagerada que algún daño debe hacer aún cayéndole a la gente por la nuca. Entrando por los ojos, queda dicho, el cerebro es un huevo friéndose entre el Sol del mediodía y el asfalto barato. En lugares como este se dio gusto el coronel José Alberto Brentano en 1952. Ahora era ya el jefe máximo de todos los servicios de inteligencia del país lo cual tenía para mí algo más que un significado histórico. Como dijo el poeta: «El espantoso mundo dejé con pies mortales / aquí entre mis alas un canto es la suerte más pura / mas la luz para espiga aún no basta y el poema / qué cintura deslumbrante y potencia necesita / para trocar ángeles por canto, viento por centella». O sea: camish, como le dice Roberto a la muerte.

En 1952 el coronel Brentano tenía solo el grado de mayor del ejército y dirigía personalmente las torturas contra los obreros revolucionarios de entonces, pero desde aquel tiempo afanoso había progresado mucho y las torturas ya no corrían a cuenta de sus manos y sus ojos en el rutilante teatro de operaciones: ahora, nuestras eficientes policías y cuerpos de seguridad utilizaban un personal técnico formado por varias estrellas de la lucha libre, especialmente adiestrados por los asesores de la CIA norteamericana. ¡Y tú que aún hace pocos años te creías que los gringos esos que viven de pupilos en las casas de huéspedes de lujo, Casa Parker, Casa Oberlhorzer, los jefes mormones que andan todo el día para arriba y para abajo, los testigos y las testigos de Jehová, habían venido a El Salvador únicamente porque su clima es el mejor del mundo para digerir desayunos de jugo de naranja y huevos con *bacon* y almuerzos de jamón con piña y pollo con frambuesas de lata! Ah, cipote, cipote! «Por mí que me descabecen —pensaba a continuación, en busca de un tipo de consuelo moral doblemente *sui generis* porque pasaba por la autocrítica—, al fin y al cabo he caído en manos de esta gente por estúpido, por irresponsable, por temerario, por bebedor de cerveza, por conferencista, por comemierda, por ingenuo, por anti-histórico, por voluntarista, por indisciplinado, por desorientado y por loco. Los patéticos mariachis, qué lindo!».

Estuve en el Palacio Negro, entregado a pensamientos más negros, aún unos quince días: sudando como un endemoniado, comiendo un yoyo tres veces al día y bebiendo solamente agua tibia. Solo el carcelero de la primera noche y el tipo que llevaba la triste comida echaban esporádicamente sus paseítos por el lugar. La novelita de Pérez y Pérez fue devorada en tres sesiones y el carcelero entró en miedo y no me trajo más lectura. Nunca olvidaré mi primera cárcel, la más feliz de mi vida. Estuve solo tres o cuatro días incomunicado y luego me pasaron al régimen común en

la Penitenciaría Central, donde se podía hablar con todo el mundo y estaban presos además algunos de los personajes más interesantes que jamás conocí, como Jorge Montoya, Francisco Sorto, Lope del Río, etc., fabulador el primero, loco el segundo y entrenador de fútbol el tercero, acerca de cada cual podrían escribirse un ciclo de novelas, diez libros de cuentos y quinientos mil poemas, para empezar: eran la nuez de lo salvadoreño, la síntesis encarnada y desarrapada de la tragedia y la picardía nacionales. Además, allí en la Penitenciaría se sentía uno más cerca de la tibia farsa de la Ley, del baile de los Códigos, que también sirven para irla pasando, en el sueño de la ilusión. Y podía uno ver a sus abogados todos los días, echar con ellos las grandes conversadas sobre lo que estaba pasando en la calle, leer en común la prensa diaria. ¡Con decir que, aprovechando el barullo de las visitas navideñas, los compañeros lograron introducir para mí, subrepticiamente, casi medio litro de *whisky*! Los metieron en globos de hule de colores, en simples e inocentes vejigas infantiles que traían bajo el pantalón, colgando de la cintura, de manera que el líquido quedara justo a la altura y a la par de los testículos. Los guardianes que hacían el registro corporal tenían sus escrúpulos masculinos y no metían la mano en ciertas áreas, pero si se les iba por azar esa mano, el tacto no revelaría mayores diferencias que llamaran la atención. La cárcel más feliz de mi vida, efectivamente. Mis otras cárceles fueron siempre como esta: solitarias, horribles, asfixiantes. La soledad multiplica los rigores de la detención por mil. Muy luego te das cuenta de lo aburrido que tú eres sin el aparataje funcional cotidiano y de lo trágico que puedes ponerte cuando nadie te mira. Pensar se puede, claro, pero como nada te limita, bien pronto llegas demasiado lejos. El individualismo, como toda porquería disfrazada, surge tal cual es en cuanto se le reduce a algo parecido al absurdo, aún por la vía de la exageración. No vale la pena escarolear la llaga.

Al medio de una mañana especialmente calurosa, llegaron varios policías para sacarme de la celda con gran agitación. Después, mucho después, averiguaría que ello se debió a que mi familia había insistido en fastidiar a la Honorable Corte Suprema de Justicia, interponiendo en mi favor un recurso legal de esos llamados de hábeas corpus, con motivo del cual llegó al Cuartel de Policía un Juez Ejecutor y el aprensivo Coronel Rodezno decidió trasladarme para evitar un imprevisto. Era lógico pensar que no iban a llevar al Juez hasta el Palacio Negro, concebido precisamente para guardar reos lejos de los jueces ejecutores, pero supongo que querían estar seguros a mi respecto. Y estaba el hecho de que el Juez Ejecutor aquel tenía un nombre como para darle mala espina al más bondadoso y lento gorila del Mundo: se llamaba doctor Fidel Castro. Fidel Castro Domínguez, pero Fidel Castro.

Me trasladaron entonces, a bordo de una ambulancia cerrada en cuyo interior iba vigilándome un policía con dolor de muelas y una metralleta en la mano, al puesto de policía de Cojuteque, una pequeña ciudad situada a unos 35 kilómetros de San Salvador, muy famosa por su clima brumoso y frío, por los paseos de sus alrededores que incluyen una especie de Santuario de Lourdes subdesarrollado para consuelo de todos los necesitados de milagros que no pueden viajar a Europa, y por su aguardiente de coyol y sus embutidos, sobre todo las lenguas de res prensadas y ahumadas, cuya notoriedad llegaría un día a Bélgica (para un tentativo intercambio contra encajes de Malinas), mediante peripecias consulares y diplomáticas que no es del caso narrar aquí. Al desembarcar, de nuevo en un patio interior, en mi nuevo lugar de detención, comprobé, que el policía adolorido no había sido mi única compañía en el trayecto. En todo momento había sido escoltado por un grupo de agentes de Investigaciones Especiales, el servicio de Inteligencia de la Policía Nacional, que se movía en un precioso Impala del último modelo, regalo inconfundible de la AID gringa. El grupo

estaba comandado por un inspector de maneras suaves y repulsivas, que reía con enormes y esféricos colmillos de oro. Este jefe de medio pelo capitalino me entregó a los oficiales de aquel puesto, mezcla de pobres diablos y esbirros de provincia, uno de los cuales barajaba interminablemente una colección popular de los diversos libritos de la Biblia. Aproveché mi traspaso para plantear en términos graves que no podría resistir por mucho tiempo la comida que estaban dándome, pues el maíz es demasiado ácido y mi vieja úlcera había comenzado a dolerme. El inspector se enojó y me dijo que «ái iban a ver» y que si estaba acostumbrado a comer bien no debí meterme en babosadas políticas. En lo cual desde luego, tenía la más absoluta razón. «En el amarillo vuelo del diente / la indiferencia se retrata…/ Oh tú, nocturna, fría, aniquila / la piedad, la piel inmunda / allí tu perfume destila, / fragante dama de las tumbas». Cabal, sin que falte nada.

Después de tenerme sentado por un rato, estupendo por la picazón de un solecito tímido, en un patio típicamente salvadoreño (abundante en rosas marchitas y macetas de geranios cuyo olor se mezclaba con el del ocote quemado y los zompopos achicharrados de la noche anterior, con una mata de colasión derramada sobre una especie de kiosko inconcluso y una veranera más allá, hacia el muro trasero), me metieron en una celda que no debe ser muy diferente a las que recibieron alguna vez a los próceres de nuestra independencia de España, en los primeros años del siglo pasado. Lo digo porque se trataba de una celda de paredes de adobe, cubiertas con una capa de cemento barato y cal que la humedad y los calores y fríos alternativos, habían hecho volver a la calidad de arenisca en algunos lugares, y de piedra en otros, creando asimismo, aquí y allá, concentraciones de yeso duro formadas como los glaciares: todo ello sobreviviendo bajo el polvo y una sola y grande tela de araña fantasmal. Era una celda enorme, de unos diez metros de profundidad por unos tres de anchura, es

decir, una especie de callejón, con el techo altísimo, o más bien una especie de gruta natural si se atendía también a las sinuosidades del interior (agujeros, salientes, descascaramientos, panzas hinchadas por el agua y cubiertas con lama verde, ocre, amarilla o café, ladrillos emergentes que el constructor mezcló con el barro para reforzarlo pero que volvieron a la superficie al influjo de no sé que presiones murales, etc.). La puerta era de madera, pero muy sólida: grandes barrotes escuadrados pintados de verde, que no podrían ser abarcados por ninguna mano (incluida la más grande de Primo Camera). A la derecha estaba la letrina: un hoyo practicado sobre un talud de cemento, a nivel del suelo. La celda estaba muy bien aislada del conjunto de instalaciones del puesto de policía, es decir, de las oficinas, dormitorios de los agentes, celdas comunes, polvorín, etc. Remataba un recoveco en el seno del cual había un pequeño patio que se usaba para aglomerar cachivaches: cuartones de madera, viejas puertas, camas de hierro destrozadas, ripio de paredes caídas, piedras, zapatos con la suela volante como la quijada de un pterodáctilo, cubos defondados e, inclusive, una magnífica motocicleta que comenzaba a oxidarse y que, según me dijeron, estaba *presa* por un accidente de tránsito en que su dueño la dejó abandonada. En medio de aquel *collage* casero la motocicleta se destacaba como una escultura de Brancusi tratada al cromo en un cesto viejo de viruta terrosa. La celda estaba, pues, en el rincón de las cosas olvidadas.

Inmediatamente después que se fueron el Inspector capitalino y los policías que me habían llevado, comenzaron a cumplirse sus órdenes. Frente a mí, testigo de mirada burdamente cuadriculada, un comandante desgarbado y con el uniforme en las últimas, organizó una lista de guardia con el fin de que yo no pasara sin vigilancia ni un solo momento. Los honores inútiles continuaban: había instrucciones de la superioridad para que se me mantuviera con «guardia de vista» las veinticuatro horas del día y de la noche.

Los policías refunfuñaron en cuanto se quedaron a solas conmigo, aduciendo que el trabajo extra que les había venido yo a significar no estaba en sus proyectos ni en sus programas. Les dije que más que ellos preferiría estar en la calle, pero no entendieron ni de cerca mi estilo sombrío de humor. En cambio, la presión de su disgusto llegó a ser sumamente molesta. Era yo el culpable de estar preso, habían sentenciado ellos, por encima de los designios de la superioridad que me guardaba con placer institucional. «Somos sus huéspedes de gran linaje. / Luego nos procuran su ambrosía / el ajo, la estricnina y el sublimado». Alfredo Gangotena: Orgía. Por las noches era aún peor. Ya lo dije: Cojutepeque es frío, brumoso y lluvioso y la guardia era sumamente pesada: turnos de seis horas. Si se sabe que el sueldo de estos hombres no pasa de los ciento veinticinco o ciento cincuenta pesos al mes, la actitud se explica. Claro que el más fastidiado siempre era yo porque, dejando fuera la roña general que significa el hecho de estar preso, las condiciones materiales de vida, para hablar en marxista, eran tales, que me tocaba dormir en el suelo con el clima aquel, sobre una capa de polvo humedecido que se ponía rápidamente verde y se pegaba a la ropa y a la piel. A partir de la primera noche estuve hecho un asco total. Un asco total y desvelado, ya que el frío me despertaba a cada momento. ¡Qué pelea por el sueño defensor! La noche se volvía una cadena erizada, sus eslabones eran de lámina mal cortada con bordes de una malignidad salvaje, sus heridas nacían infectadas, eslabón por eslabón, herida por herida. En ocasiones estaba ya durmiéndome, aprovechando una racha de calor venida de quién sabe dónde y entonces el vigilante de turno me alumbraba la cara con la linterna: «para ver si seguía allí y si estaba respirando». Cuando el tipo era especialmente hijo de puta me hacía pararme e ir hasta la puerta tres o cuatro veces durante su turno.

Un día, otro día, otro más. La síntesis poética de los primeros también podría correr a cuenta del enigmático Gangotena, aunque

sé que estoy abusando de las citas poéticas, mortales para la narrativa. Me vale el hecho de que yo no soy narrador. Quería decir: «Aprendo la gramática / de mi solitario pensamiento». Desde la calle llegaban los sonidos del pueblo, la música de las cinqueras rigurosamente mexicanizada, los gritos de los borrachos que en ocasiones iban caminando y terminaban en las celdas del patio, y los gritos de los voceadores de periódicos. Y los autos, los camiones de carga y los buses, yendo a Oriente o a la capital o a Honduras, ferozmente raudos, siempre como llevándose algo muy mío, no sé, algo de la poca tibieza atesorada en el pecho para resistirlo todo.

Solo los vigilantes seguían imperturbables, cada uno sosteniendo su naturaleza dictada ya para siempre por una raíz clavada en tierra seca, bajo la llovizna, la niebla, el sol o la fría oscurana. El único que se mostró humanitario, por decirlo así, aunque el término me parece traicionero, fue un sargento joven que me pasaba de vez en cuando periódicos viejos para que yo fuera formando paulatinamente un colchón de dormir y que durante el día eran un plato de exquisitez extraordinario contra el aburrimiento ya que tenían crucigramas intocados y anuncios clasificados que daba gusto. El crucigrama del preso imaginativo es otro crucigrama, se convierte en una especie de ajedrez arbitrario, abierto a infinitos juegos accesorios, alternativas y apuestas, una contienda mental contra Lewis Carrol y los sibaritas dialécticos hindúes. Y los avisos clasificados son un curso de sociología aplicada: ahí vienen pintos y parados algunos de los mejores estudios de grupos que cabe imaginar en la práctica y las relaciones entre los precios de los apartamentos y las habitaciones para caballero solo, por una parte, y las recompensas ofrecidas por la devolución de los perros perdidos, por otra, retratan al país mejor que cualquier análisis de base material IBM. La actitud del sargento aquel no varió en ningún momento y me alegré mucho de que él no estuviera en el puesto de policía el día de mi liberación (estaba en San Salvador

pasando unos exámenes para un posible ascenso), ya que por tal razón habrá escapado de seguro al castigo general que se desató en aquellos predios.

Claro, hubo también policías que me hicieron favores aislados (como el que me regaló una bolsa de *nylon* que me sirvió de saco para dormir y a la cual debo la vida, dada mi profesión al resfriado ciclópeo y a las pulmonías: y el oficial que me prestó luego los libros bíblicos en ocasión de la cual hablaré luego) y los hubo de trato variable: los que por la mañana sonreían y por la tarde puteaban, los que hoy ofrecían cigarros y mañana ofrecían palos. Sin contar a los de superior e invariable vileza, como un negro a quien llamaban Canessa, más engreído que un escritor mexicano, y quien aseguraba, como quien habla de una hazaña olímpica, que era cuñado de un relativamente famoso abogado del país, que fuera compañero mío en la Facultad de Jurisprudencia, ese antro. La meada que, de carambola, me di en Canessa el día más largo del siglo, el día de mi liberación, todavía me hace coquetear con Dios: él estaba a cargo de mi custodia para entonces y las represalias que debe haber sufrido por su posible complicidad tuvieron que ser monumentales. Como para poner a gozar a Guillermo Rodríguez Rivera un poeta grandote a quien conocí en Cuba, el tipo que mejor reacciona ante un buen cuento que he conocido en mi vida. Cuando me custodiaba el tal Canessa era religioso que yo me quedara sin comer. Claro que mis comidas eran ya normalmente la infamia pura. A pesar de mis protestas por un rancho decente, la situación empeoró con respecto al Palacio Negro. En Cojutepeque no había ni siquiera yoyos y la solución ordenada por el Director del puesto para garantizar mi sobrevivencia fue la de que yo habría de comer las sobras de los policías. «No me han asignado presupuesto para que coma el hijo de puta ese —le oí gritar una mañana. Así que cuando los policías terminaban de almorzar o cenar (desayunaban en la calle o no desayunaban, quién sabe) el que estaba

a cargo de vigilarme recogía las sobras de cada uno, las reunía en una hoja de plátano, justamente como si fueran para los cerdos, y me traía el resultado de la colecta. Con lo exiguo del rancho que les daban a los agentes y con el hambre que siempre llevaban encima (sin contar el hambre secular de la raza) lo que me llegaba a mí era como para ponerme a llorar o estallar en insultos refinados, que son los peores. Al principio pasé dos días sin comer de la pura cólera. Después acepté las sobras y finalmente les di la categoría de derechos adquiridos e inviolables, dignos de dar por ellos las más tensas batallas cotidianas. Así, cuando el mentado Canessa me dejaba sin almorzar o cenar, pretextando simplemente que se había olvidado de colectar las sobras, ello me parecía la peor cabronada que una persona puede cometer.

Un día pedí permiso para lavarme y lavar mi ropa, pues tenía encima un olor a orines y a sueños eróticos verdaderamente insoportable, y como inesperado resultado de mi petición llegó a verme el propio Director, un indígena de aspecto brutal llamado Alejandro Mira, a quien nadie le decía comandante o inspector o teniente, sino don Alejandro y no sin una recóndita inflexión temerosa. En esos momentos, allí frente a mi celda, estaba bastante borracho. Hasta entonces, como he dicho, solo lo había percibido por los gritos matutinos y por el murmurar de los policías. Era el único que gritaba allí. Comenzó a tratar de burlarse de mí, con la chabacanería clásica del borracho salvadoreño de provincia, pero se aturdió cuando yo lo traté con la cortesía de un caballero inglés. Por no continuar frente a sus hombres una conversación en que llevaba las de perder, ordenó que me trajeran el agua. La llevaron en un tarro grande que había contenido antes pintura para paredes y si bien pude quitarme con ella los malos olores personales y un poco de la mugre de encima, quedé pegajoso y oliendo industrialmente, con marca registrada Sherwin-Williams. Y lo que es peor, ostentando un ligero tono rosado lechoso en la cara, nacimiento de los cabellos

y brazos. De todo esto he dicho en algunos poemas que escribí y que por ahí andarán, tímidos poemas de dramaturgo joven, como se empecina en llamarme a través de los años la crítica nacional. Los escribí merced a un convenio, de encargo, como los juglares de la Edad Media. Uno de los policías más jóvenes me dijo una mañana que él quería ver cómo se hacía un poema. Y me prestó su pluma y un pedazo de papel. Escribí cualquier cosa sobre mi situación en la celda, de tono humorístico. Finalmente se decidió a pedirme que le escribiera un poema para su novia, una muchacha chelita y de ojos claros, según dijo él, llamada Gladys, y a cambio del favor me ofreció prestarme su pluma a ratos o conseguirme un lápiz, y darme papel blanco, varias páginas. Escribí el poema para Gladys y luego pude escribir muchas otras cosas para mí. No recuerdo ya lo que escribí de Gladys, pero deseo de todo corazón que mi poema le haya aminorado las penas de la separación forzosa. ¡Pobrecita! Sucedió luego que su policía se le quedó dormido entre las piernas una noche de esas y al llegar al puesto lo despidieron con el sueldo cortado y todavía hicieron la canallada de mandar a avisar a los padres de la muchacha que su hija no dormía sola. ¡No hay necesidad de manejar los problemas de la plusvalía para caer en la cuenta de que El Salvador necesita una revolución socialista con urgencia!

Una noche, se produjo un fuerte temblor de tierra. Nada particular en aquellos tiempos en que según el Servicio Sismológico se daban hasta mil temblores diarios en la zona central del país. Lo bueno estuvo en que este temblor no fue de los que pasan como mareos personales o que solo son registrados por los sismógrafos más sensibles. Por el contrario, fue verdaderamente fuerte y produjo un cambio notable en la morfología de mi celda. Una gran parte del repello de la pared larga que se había hinchado debido a las corrientes de las lluvias, se vino abajo con gran estruendo. Pasó lo que llamo un «momento-cráter» y que solo yo sé de qué se

trata, no tiene que ver exclusivamente con volcanes y terremotos o explosiones de granada de obús. Saber de pronto que tu mujer te engaña, por ejemplo, es un típico «momento-cráter». Felizmente el derrumbe no cayó de lleno sobre el lugar donde yo dormía, pues el volumen del repello, sobre todo el que caía de mayor altura, habría podido destriparme como un tomate: apenas un pedruzco poroso me rebotó en la cabeza mientras el resto del derrumbe se aglomeraba en mi alrededor. Cuando los haces de luz de las linternas pudieron atravesar la polvazón, pude ver el gran tamaño de la zona que, en la pared, mostraba el adobe desnudo, sugerente. Al terminar la habladuría de los policías que habían sido expulsados de sus camas por el temblor, me dormí entre los escombros sintiéndome un poco más allá de la vida y de la muerte, en plena magia maliciosa. Como ejemplo de mi deformación profesional (los carpinteros y los albañiles tienen callos en las manos), apuntaré el sentimiento que en todo aquel lío no me abandonó un solo instante: qué lástima que no haya espectadores, alguien que filme esto, etcétera.

Al día siguiente, muy temprano, antes de que entraran para despejar la celda como lo habían anunciado, fui a puyar con el dedo el adobe. Tal como lo pensaba, las coladuras de la lluvia había hecho de él una masa de barro esponjosa, suave. Se habría, digo yo, podido cavar con las solas manos a una velocidad no menor de un metro cúbico por hora. Puyando con el dedo y comenzando a rodar en mi cabeza una gran superproducción en technicolor con las posibilidades estaba, cuando oí el grito del vigilante: escandalizaba acusándome de querer abrir un hueco en la pared para tratar de fugarme. Inmediatamente vinieron a mí todos los habitantes del puesto para enrostrarme mi osadía. El Director, don Alejandro, volviendo a tomar la exclusiva de los gritos, dictó inmediata sentencia y me tuve que pasar el día esposado a la puerta, con la advertencia de que si volvía a acercarme a la pared en la zona que

el temblor había deteriorado me iban a romper el alma a palos. No me soltaron ni para comer. En las horas correspondientes, para cuidar el carácter reglamentado del castigo, llegó un policía para ponerme los bocados en los mismos labios: me empujaba con el dedo pedazos de embutido, restos de camarón, un cuarto de tortilla mordisqueada, y luego me hacía beber agua del pico de una jarrilla. Parecía yo un pichón huérfano de perico o algo así.

Sin embargo, en el fondo, yo estaba contento. La alharaca que habían armado me hizo pensar en que si temían tanto que me escapase de entre el cerco inmediato de sus mismísimas narices era porque había posibilidades de que eso sucediera. ¿Cuáles eran esas posibilidades? Habría que descubrirlas y aprovecharlas. Es decir, había que comenzar por inflar la esperanza, aunque decirlo así suene tan feo ahora. Y comencé a reparar en muchos acontecimientos que antes no me habían llamado la atención, detalles sueltos que, una vez unidos entre sí, sugerían claves y caminos. Por ejemplo, ¿por qué me revisaban la celda todos los días si cada uno de mis movimientos era vigilado directamente? ¿Es que en ella, en algún rincón, estaría la solución de mi problema? De ser así yo tendría una ventaja indudable, pues a fuerza de estar siempre dentro de la celda, comenzaba a conocerla centímetro a centímetro y me daba cuenta cada vez más de que en muchos sentidos ella tenía un funcionamiento de cosa viva en el que yo podría, con un poco de suerte, influir, aplicar mi mínimo poder humano de transformación. Quien se aferra al hecho aparente de que la piedra es inmóvil, olvidará que los aludes pueden provocarse o será aplastado por un peñón rodando cuesta abajo. No, la piedra no es inmóvil, lo que pasa es que tiene un tipo particular de movimiento, distinto al de una gallina o un velero tipo *clipper*.

Comencé, pues, por conocer los agujeros, los pedruzcos flojos, las cuevas de las ratas y el horario de entrada y salida de estas, los lugares más húmedos, los más secos, los más ásperos, los más

oscuros. Unos accidentes podrían servir para guardar objetos pequeños, otros para guardar papel y conservarlo seco, aquellos se prestaban para hacer un agujerito derivado cuya existencia quedara oculta. Hice todo este reconocimiento aprovechando los descuidos crecientes de los vigilantes, los minutos en que se volvían de espaldas, o bajo sus miradas fijas pero indiferenciadoras. La exploración y el adecuamiento de agujeros y salientes me crearon necesidades de instrumental y pronto comencé a guardar los huesos de gallina vieja que venían entre las sobras de comida, con los cuales fui fabricando poco a poco una especie de grandes agujas o pequeños cuchillos, labor que me obligó a trabajar de noche, simulando dormir de cara a la pared en busca del calor de los rincones, y a practicar formas de actividad que pasaran por la inocencia pura a los ojos de los vigilantes. En pocos días me volví un experto en esto. Me respaldó Engels con sus machacamientos en las tesis sobre la transformación del hombre por el trabajo. Y asimismo, en calidad de estímulo morboso, me provocaba un remedo de remordimiento recordando como de reojo el letrero a la entrada de Auchwitz: «El trabajo os hará libres». Menos mal que no se les ocurrió un letrero para la salida. Ejemplo de actividad que pasara por la inocencia pura a los ojos de los vigilantes: apoyaba la cabeza sobre la cara interior de los barrotes y silbaba violentamente mirando hacia afuera como si quisiera sacar los ojos, a la manera de un cangrejo o del Hombre Elástico, y el vigilante, a lo más, me clavaba la mirada en un punto casi cosquilloso entre las cejas, sin decir nada. Detrás de la pared donde yo apoyaba el cuerpo desde la nalga izquierda para arriba, afilaba, lenta o apresuradamente, según el estado de mi ánimo, la hora, las circunstancias, un hueso de gallina, o ampliaba con el dedo o con una astilla de ladrillo, el agujerito que una avispa negra había tenido como hogar. El grupo de inspección no caía jamás en la cuenta de que aunque fuera en un sentido mínimo la celda había cambiado desde

el día anterior. ¿Cómo ampliar esta situación sin descubrirme? ¿Hasta dónde ser prudente y hasta dónde ser audaz? Un avance importante fue el que logré al sistematizar la confección de cuevas ocultas bajo la superficie de la pared. ¿Quién me haría creer, por lo menos después de que me dieron, un poco a regañadientes, es cierto, el Premio Nacional, a causa de mi «habilidad para plantear sutiles debates de ideas en el seno de las más violentas y extremas situaciones dramáticas», que llegaría el día en que mi gran orgullo iban a ser estos logros que un aprendiz de albañil no consideraría dignos ni de ser mencionados? ¡Cómo comprendí entonces la teoría general del espíritu artesano, digo, del mejor espíritu artesano! Desde luego, estas actividades debían irse volviendo más y más complejas, no se quedarían en el simple afilar los pedazos de una tibia de gallina, y requerirían algo más que descuidos del vigilante de turno. Este requerimiento comenzó a llenarse poco a poco al cabo de unos días: los vigilantes se aburrieron al fin, se decidieron a salir del patio, a dar sus paseítos, y me dejaban solo por momentos cada vez más prolongados. Conforme pasaba el tiempo, la tensión de la vigilancia extrema de los primeros días se iba licuando a ojos vistas sobre todo porque ninguno de los vigilantes tenía conciencia de la necesidad de vigilarme. En realidad no era *asunto de ellos.* Lo habían recibido en medio de órdenes feroces, a disgusto, y se hacían cargo de él en nombre y a causa de la disciplina mínima para poder coger los ciento y pico de pesos cada fin de mes. Por mi parte, yo podía mantener sobre ellos una vigilancia casi absoluta y casi perenne a través de la panza cromada de la motocicleta prisionera que actuaba como un espejo cóncavo. En cuanto reparé en aquel fenómeno, di las gracias emocionado al padre Basauri, mi venerado profesor de Física de secundaria: después he visto con cariño familiar los espejos de ese tipo que se colocan en los cruces de las carreteras checoslovacas o en las esquinas de La Habana Vieja. En la resplandeciente superficie del depósito de gasolina se

reflejaban para mí los guardianes, sus movimientos, sus alejamientos, y aproximaciones, aunque estuvieran a la vuelta de la esquina del patio, fuera de mi visión directa. Al principio ellos salían del patio y volvían en puntillas tratando de sorprenderme en algo. Pero como yo había seguido sus movimientos a través del espejo eventual, los esperaba sentado y quieto en una actitud que denotaba la mayor desesperación, la más aceptada y digerida derrota. Creo que bien pronto se convencieron de que yo era incapaz de intentar siquiera nada anormal. Y me dieron más tiempo con sus descuidos.

Por otra parte, las inspecciones de la celda se habían concentrado en un punto focal: la zona de la pared cuyas entrañas había dejado descubiertas el temblor. Diariamente los policías y sus jefes intermedios formaban un grupo y llegaban a la celda, abrían la puerta y entraban con cara de sabios aburridos y todopoderosos e indefectiblemente iban a examinar aquella zona de la pared para ver si yo había iniciado un túnel y o algo por el estilo. Al terminar la inspección jamás dejaban de encargar al guardián de turno que me evitara por todos los medios cualquier acercamiento a la zona del adobe desnudo. Es decir: se había estructurado una especie de fijación colectiva acerca de la cual yo manejaba un distanciamiento brechtiano que podría ser muy eficaz. Y cuando digo «distanciamiento brechtiano», quiero decir «distanciamiento en el sentido en que, según mi criterio, lo definió y estructuró Brecht», he discutido mucho esto con la mayor parte de la plaga latinoamericana de alumnos del Berliner Ensemble y me tomo, por juramento, mis precauciones: no me hago cargo de interpretaciones ajenas.

Claro, evidentemente, por supuesto, yo estaba participando en aquella suerte de batalla que no osaba decir su nombre con los medios más primitivos y de ahí que no haya ningún perdonavidismo en mis constantes referencias intelectuales, mucho más cercanas a la petición de auxilio que a las ínfulas expresas. El azar o la

Historia o Dios o la simpatía de la Naturaleza o el hecho astrológico de que, según el cine brasileño, Marx Freud y yo estemos marcados por el mismo signo (Tauro) me puso en el camino de superar asimismo esa primitivez y dar un nuevo salto. Extraños son los caminos de lo que termina por suceder.

De tanto dormir en el suelo frío con el clima aquel, cojí un resfriado horrendo. Como después de la soledad o el ridículo, el catarro es la situación que más odio, aparté cualquier prevención durante varios días y orquesté una protesta verbal francamente violenta, haciendo patentes mis intenciones de dejarme morir de hambre o de la profundización del proceso gripal con rumbo a una pulmonía o algo peor. Peor, desde luego, siempre y cuando, como yo suponía a base de largos análisis, mis verdaderos carceleros no estuvieran interesados en que yo me muriera todavía. Terminaron por meterme a la celda una cama de hierro, una simple armazón sin nada parecido a un colchón que le sirviera de protección al cuerpo, pero con un emocionante tendido de alambres, resortes y fajas de metal, encima de todo lo cual se suponía que yo debería acomodarme con ayuda de mis periódicos y dormir para reponerme y seguir aguantando mi Calvario en condiciones óptimas de salud. De esa cama saqué un alambre acá, un flejecito allá, y pasé de un instrumental de hombre de las cavernas (los huesos de gallina) a las herramientas del artesano que se apera con los desechos del capitalismo. Con los alambres fabriqué unos ganchos que me permitieron atraer con facilidad objetos que yacían abandonados en el patio y con los flejes me hice una especie de cuchillos-cucharas muy eficaces para escarbar paredes y que, por su tamaño, podían mantenerse todo el día escondidos en el hueco de la mano. Aún conservo uno de esos cuchillos-cuchara: mi mujer lo usa como llavero. Quiero decir aquí, lo antes posible, para evitar hacerme aparecer como un racionalista lukacsiano a ultranza, que todos aquellos preparativos no se concretaban aún en una dirección bien

definida y prevista, en un plan. Más que todo eran, y perdón por la figura muy Grito de Córdoba 1918, un abrevadero para la esperanza. Y, tomados aisladamente, inclusive, quién sabe si no tenían también su poquito de juego y su poquito de escapismo. Lo bueno estuvo en que empalmaron a la perfección con el inmediato porvenir. Además, a quién se le va a criticar el escapismo practicado en una celda carcelaria, si se trata precisamente de la gran vida del preso. Fuera del tiempo en que mi atención se centraba en los agujeritos, en los instrumentos y en los vigilantes, yo pasaba perennemente escapado, soñando despierto, en París, en mis amigos y amigas de La Habana, en mis próximos estrenos, en la planificación de la orgía por mi libertad (una taza de té en libertad, pensaba desde la cárcel, es orgiástica). Para la noche este escapismo era mucho más organizado, sistemático, continuado: cerraba los ojos y comenzaba a hilvanar un largo sueño dividido en capítulos rigurosos: una intensa ficción científica en la que yo —el héroe— había comenzado por ser el exclusivo depositario en el Planeta Tierra del secreto de la invisibilidad, producto del encuentro con un marciano moribundo a quien reconforté en sus últimos suspiros, y terminé por ser una especie de campeón antiimperialista al nivel de Superman o Batman o el Capitán Maravilla, aunque con actividades adicionales en torno de aeromozas, espías enemigas y esposas de generales fascistas que suprimirían todo equívoco sexual. Digo esto porque es bien sabido, después de los aportes combinados del sicoanálisis y la antropología social en la investigación de los *mass-media,* que Superman, Batman y compañía, son más maricones que lo fuera nunca Oscar Wilde, perdón, el Hombre del Clavel Verde. Me salta a la cabeza el título del capítulo de un libro de Max Weber (de quien no puedo conseguir leer cincuenta páginas seguidas): «La transformación del carisma». No tengo inconvenientes mayores en confesar estos sueños, aunque estoy seguro de que más de algún sicoanalista marxistizante podría encontrar en todo esto

muchas señales reconocibles y llegar incluso a conclusiones implacables. Por ejemplo: «El revolucionario que *sueña* con la revolución sublima su lugar en la lucha por ella y apartándose de la realidad objetiva, se apartará más tarde o más temprano de la objetividad revolucionaria».

Fue precisamente una de esas noches, cuando con más fruición estaba enfrascado en el capítulo respectivo, que recibí el primer susto en regla de la temporada. Me proponía liberar al Brasil mediante una encerrona colectiva de sus diez mil generales, a quienes había invitado a tremendo banquete financiado con el robo de las arcas centrales del First National City Bank en Nueva York, verificado en el sueño de anoche. Estaba frente a la disyuntiva de matarlos a todos (lo que iba a ser facilísimo envenenando el *filet-mignon*) o llevarlos a un campo de reeducación en Albania (anestesiados con la droga que se le podía inyectar al champaña y a bordo de un trasatlántico, lo que implicaba problemas logísticos bastante complejos que enriquecerían el sueño), cuando sentí que abrieron la puerta. No interrumpí mi madeja, suponiendo que se trataría de una simple inspección nocturna, ingenuamente sorpresiva. Pero caí en la cuenta, sobresaltado, de q' algo nuevo estaba pasando, cuando los policías por regla general lentos y desmañados, se me echaron encima con gran violencia para despertarme y hacerme incorporar. Uno de ellos me rodeó el cuello con el brazo, mientras otro me echaba el rostro hacia atrás, halándome por los cabellos. Una lámpara de mano me alumbró el rostro. Y si bien no me encegueció porque su luz no era poderosa, puso a funcionar una cortinilla de luz frente a mis pupilas, en forma de filtro, de tal manera que todo lo que se miraba desde aquella posición violentada tomaba un tinte sanguíneo verdaderamente perturbador. No fue sino hasta hace unos días, cuando he visto *Los diez días que conmovieron al mundo* en Moscú, que he caído por completo en la cuenta de la calidad totalmente teatral de aquel «efecto

lumínico». Era la cortina de luz que tanto usamos para engañar al público y esconderle nuestros pobres telones y nuestros vestuarios remendados y sobre-remendados. O sea: me dieron una cucharada bien grande de mi propia medicina. Es claro que el momento no era como para analizar detalles como el que ahora expongo, pero, haciendo memoria, sé que entonces tomé nota velozmente de ese dato pensando en su utilización posterior. Y luego hay quien piensa que se trata de una pose el que afirmemos ser capaces de vivir los momentos más intensos de nuestra vida para (con vistas a) la literatura. Fue entonces que vi a aquel hombre.

Cubría el hueco de la puerta con su corpachón del tamaño de un armario español, de roble, estaba vestido de civil (con un inconfundible traje de ese palm-beach que los españoles llaman «mil rayas») y traía en la mano, rígidamente colgante por su peso excesivo, una maleta de cuero grueso y labrado, mexicana, con su águila en el nopal y su serpiente. De inmediato se notaba que ese hombre había tomado posesión de mi suerte y mi destino y desde su primera aparición trató de subrayarme esa impresión. Después, a la luz de la sala donde me conducirían, iba a advertir los otros detalles: un tipo de unos cuarenticinco a cincuenta años muy bien conservado y saludable, cabello más blanco que gris, en el tono de Jeff Chandler, pero de ondulaciones más suaves y prolongadas; ojos azules (que trataba perennemente de acerar), nariz aplastada a golpes. En general, un galán maduro, a punto de ser aniquilado por la papada y la panza, un Broderick Crawford bonitillo, si cabe la simbiosis. Es que ni la propia CIA ha podido escapar de los estereotipos del cine negro norteamericano, lo que nos llevaría a hablar de los *boomerangs* en el terreno de la cultura de masas.

Desde la misma puerta, el americano hizo una señal con los dedos a los policías que me sostenían como en un grupo escultórico y salió de la celda con rumbo a las oficinas de la Dirección. Los policías estaban inquietos, no hablaban como todos los días,

se regañaban unos a otros en voz baja y no me miraban a la cara ni a tiros. Aquella situación no acababa de gustarles. Por mi parte yo estaba lo suficientemente asustado. Sentía la cabeza como un cántaro lleno de avispas guitarrón, tenía un poco de fiebre por la gripe y los dientes me castañearon al salir de la celda. Que yo supiera, por lo menos hasta entonces, iba a ser la primera vez que un policía norteamericano, un oficial de la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos, iba a participar, dando la cara, en una investigación política en El Salvador. Acepto que no comencé pensando en la afrenta a la soberanía nacional que tal hecho significaba. En momentos como ese uno puede permitirse ser levemente ahistórico y pensar por unos momentos principalmente en el propio pellejo. La presencia del policía yanqui quería decir que el asunto iba a ser muy serio para mí, de vida o muerte. Si pensaban elevar mi caso al plano público, tendría que ser con una orquestación de nivel insospechable. Si iban a mantenerme secuestrado y a trabajar en mi contra secretamente, bien podía ir rezando mis últimas oraciones, recitando mentalmente mis escasos poemas, montando mi última escena para consumo íntimo. Debía pensar, y muy rápidamente, llegar al ordenamiento mental lo más pronto posible y ante todo, mandar el miedo al diablo, postergarlo para después, para cuando hubiese tiempo de hacer un balance de la situación o de resollar por no llorar o de explotar en insultos o decentarse en la letrina como un Emperador que entrega su alma a los infiernos en medio de la noche nacional.

Por otra parte (y aquí creo que lo marxistizante sería hablar de mis prejuicios pequeño-burgueses) mi aspecto físico era verdaderamente deplorable. Tenía mi mugriento pañuelo amarrado en derredor de la cabeza, con nudos en la frente y bajo la mandíbula, para resguardar un poco las orejas del frío, como un obrero argelino o una vendedora de refrescos en el campo de El Salvador. Tenía la ropa exactamente como se supone que debe estar una ropa cuando

uno ha estado metido en ella en una celda lodosa, durmiendo la mayor parte de las noches en el suelo y lejos de cualquiera idea de jabón. Y tenía las manos y la cara negras de mugre, bigotes de quince días, incipiente barbita Ho-Chi-Minh, olores ácidos. Me lo habrán de perdonar algún día mis camaradas obreros del Partido, pero en uno de mis poemas hay unos versos que dicen: «No es lo mismo esperar la desgracia / que esperar la desgracia en una bata de seda». Se supone que quien dice tal cosa en el poema es un personaje de mi invención, un obispo europeizante que abomina de su rincón pastoral en la provincia. Sin embargo aporta una verdad circulante, convertible en nuestros medios de capas medios-amortiguadoras, en nuestros grupos ya marcados en una nalga por la cultura del consumo. Y, en aquellos momentos, todo ello era un elemento adicional o de marco ambiental, que agravaba mi situación. Y no a causa de un subjetivismo enfermizo, ni mucho menos. Mi enemigo no era entonces un calmuco o un indio motilón o un marginal boliviano, sino un defensor en la fila de fuego de la mismísima sociedad opulenta, un rumiante Adams a quien no le impone respeto sino un auto mejor que el suyo, un traje mejor que el suyo, un aspecto general mejor y más exclusivamente aromatizado que el suyo. Los exalumnos jesuitas sabemos esto a la perfección, es una de las reglas de oro para el triunfo en la vida. Cuando nuestro viejo profesor de matemáticas nos encuentra en la calle sin corbata, comienza a sospechar si no estamos comenzando a ser unos, fracasados y unos desviados. Hasta que no le explicamos que vamos de pic-nic y que esa camisa que ve allí costó veinte dólares.

En una sala muy grande —podría haberse organizado allí un baile municipal—, cerca de la oficina del Director del puesto, dos agentes de Investigaciones Especiales instalaban una grabadora de cinta frente al escritorio rústico. Uno era el Inspector que me había traído desde San Salvador a Cojutepeque. El otro era uno de los policías que frecuentemente vigilaban la casa de mi madre en

los últimos meses. El Director del puesto caminaba de un lado a otro, como una ama de casa nerviosa porque le cayó de sorpresa el Príncipe de Gales. El americano se había sentido tras el escritorio y examinaba unos papeles, pero cuando se dio cuenta de que yo estaba en la sala y me había percatado de la instalación de la grabadora, se enfureció con los policías que me empujaban y les gritó la orden de que me arrastraran de nuevo al corredor. Allí llegó a hablarme, entre azorado y burlón, el Inspector de los colmillos esféricos, la hiena piñeriana. Estaba medio borracho pero no olía al áspero guaro nacional: evidentemente había bebido *whisky*. «Agárrese del míster, bachiller —me dijo— si no quiere que se lo lleven a usted todos los diablos». «Es de la CIA? —pregunté—». «Es el que manda en su caso. Y su caso es de pena de la vida, bachiller». El americano se asomó entonces e indicó que yo debería entrar en la habitación. Cuando me senté (me sentaron) frente a su escritorio se oía correr la cinta de la grabadora, instalada en otro mueble pequeño, con aspecto de archivo de madera.

El gringo sacó una botella de *whisky* Highs y sirvió largo en dos vasos, empujando luego uno hacia mí. Le dije que no quería beber, que estaba enfermo del estómago. No insistió y vació su vaso, inaugurando así una actitud que iba mantener en todo momento; la de un bebedor excelente, casi hemingwayano. Y si quien lo dice es un salvadoreño promedio, esa calificación es de nivel mundial. Después del gran trago encendió una pipa y me echó el humo sobre el pecho. En medio de mi aflicción entendía que la situación tenía no sé qué de forzado, rayano en lo teatral. Además, siempre he sido una verdadera calamidad para sostener las miradas cara a cara de la gente (me dan risa o ganas de mirar para otro lado, corriendo el riesgo de que luego se piense de mí que soy un hipócrita o un ser excesivamente tímido). Comenzó el interrogatorio con todo el factor sorpresa de parte del americano. «Supongo que sabes quién soy». «Más o menos». «Pues tienes razón. Yo soy ese más o menos

y creo que te darás cuenta de que si estoy aquí es porque tu situación es extremadamente grave». Hablaba fluidamente el castellano, lo suficiente como para acertar con los matices de la ironía agresiva y la amenaza implícita, aunque con fuerte acento norteamericano. Desde el principio fue evidente su intención de apabullarme, de derribar cuanto antes mis defensas morales. Ya el gobierno salvadoreño habría tratado de hacer lo mismo con el hecho en si de ponerme en manos de un agente de la CIA y no de cualquier investigador criollo. El tono controladamente insultante y de gran suficiencia iba a ser constante en el trato que me dio, como buscando con un bisturí el nervio de la famosa egolatría de los intelectuales. Yo empecé por manifestarle que me parecía insólita aquella situación ya tan prolongada, que no alcanzaba a comprender los motivos de una entrevista tal, usando un español tan expresivo como refinado que pudiera darme ventajas en el diálogo. El tipo fue bastante cortante, y me hizo pasar bien pronto al lenguaje funcional y cuidadoso, es decir, a la concisión que por momentos se volvió un balbuceo casi silábico. No era para menos, las noticias que comenzó a darme eran suficientemente inquietantes. El ejército salvadoreño había ordenado mi captura desde que fue evidente que yo estaba en el país de regreso de Cuba. A pesar de que la Corte Suprema y el Ministro de Defensa recibieron órdenes de ofrecerme todas las garantías legales para normalizar mi vida en el país; los servicios secretos no habían creído mis versiones de que en los casi dos años de residencia en Cuba había trabajado exclusivamente en labores artísticas. Una vez que me capturaron, el Estado Mayor del Ejército avisó a los servicios de inteligencia norteamericanos. Mi experiencia en la estructuración de los diálogos, pues, tendería a quedarse en un nivel de insuficiencia lastimoso: me sentía como un trivial autor de melodramas a quien de improviso le han ordenado, bajo pena de muerte, escribir una tragedia más honda que la del Rey Lear para pasado mañana.

«He venido especialmente de Washington para hacerme cargo de tu caso —gruñó el yanqui— yo sé exactamente cuando en un caso hay algo bueno de verdad y en el tuyo hay algo bueno de verdad. Es de gran interés para mí y creo que lo será para ti también ya que en esto te estás jugando el pescuezo». Dijo así, pescuezo, en una forma que sonó muy mal, chocarrero-siniestra. Y siguió con las noticias, no por supuestas menos golpeantes al ser confirmadas. El ejército salvadoreño me acusaba de haber vuelto al país con el nada candoroso objeto de trabajar en la preparación de la lucha armada revolucionaria, en la actividad guerrillera que, según tal acusación, habría de impulsar y dirigir el Partido Comunista de El Salvador. Ni más ni menos. «Tengo todas las pruebas necesarias, aún para el caso de que te pusiéramos frente a un Tribunal. Pero, desde luego, casos como estos no los ponemos en manos de un Tribunal, ni aún en los Estados Unidos». Con todo y que en el pasado más de una vez me hicieron cargos fantásticos, creo que en esta ocasión se les fue la mano. Basta ver una foto mía, en cualquier afiche de propaganda de mis piezas, para convencerse de que yo puedo dirigir cualquier cosa, sin excluir los *happenings* japoneses, menos una unidad guerrillera. El más echado a perder de los jefes de una guerrilla tendrá por lo menos veinte kilos más que yo y brazos para instrumentar el karate. Los cargos, expresados en el pedestre e inevitable lenguaje jurídico, me hicieron recordar la época de la Universidad, los años perdidos en tratar de hacerme abogado como cualquier imbécil: intento de rebelión y sedición, espionaje, actividad subversiva en nombre y a favor de una potencia extranjera, traición a la patria, violación a prácticamente todo el articulado de la Ley de Defensa del Orden Democrático y Constitucional, organización para delinquir, atentado contra las altas autoridades del Estado, entrada ilegal al país, falsificación de documentos, uso de documentos ajenos, tenencia de armas de guerra, resistencia en el momento de ser aprehendido, etc. Era por lo menos gracioso que

toda aquella gama de crímenes contra la salvadoreñidad me fuera enrostrada por un norteamericano, pero las acusaciones se parecían tanto a puñetazos en la barriga que no me dejaron ni sonreír, como debía haberlo hecho de acuerdo con mi cultura cinematográfica. «Si te ponemos en manos de los Tribunales, tal vez podrías salvar la cabeza y coger unos treinta años de cárcel. Si te quedas en manos del ejército simplemente te van a matar y te enterrarán por allí, sin que se sepa nada. Tú sabes cómo son los militares. Yo he venido a darte una salida conveniente y útil para todos». Como yo no le demostrara más que asombro y negara tener algo que ver con todo, aquello, insistiendo en que fueron las necesidades de mi profesión como autor y director teatral las que me obligaron a viajar a Francia, Cuba y otros países, de lo cual no tenía por qué hacerme perdonar, el americano sacó a relucir *las pruebas*. Era una voluminosa aglomeración de documentos, copias de telegramas, fotografías de personas y de grupos, informes policiales, etc., que chorrearon de la cartera mexicana a la superficie del escritorio. Según el americano, el telegrama en que un tal Víctor informaba del viaje de un tal Juan era el aviso del Servicio de Inteligencia cubano al Partido Comunista de El Salvador acerca de mi llegada al país. Otros documentos probaban sin duda que yo había sido perfectamente entrenado en los más amplios dominios de la técnica ofensiva revolucionaria: guerra de guerrillas, explosivos y demoliciones, manejo de armas, confección de claves secretas, radio-comunicación, métodos de organización clandestina, manejo de tanques, lanchas torpederas y aviones. Muchas caras conocidas de la política nacional aparecían en las fotos, todas ellas relacionadas en alguna forma misteriosa conmigo, como si yo fuera el sello central de una exposición filatélica organizada en forma de rompecabezas. Contactos con el coronel Osorio en México (en efecto, los tuve: para que comprara unas listas en una colecta en favor de un compatriota enfermo en el exilio), reuniones con los exiliados

salvadoreños en Guatemala (las tuvimos: para beber guaro), cita con un diplomático ruso en París (era el agregado cultural de la Embajada Soviética y lo vi para entregarle un lote de libros salvadoreños para la Unión de escritores moscovitas), correspondencia con el Partido Comunista de Chile (no fue con el Partido, fue con Neruda, pidiéndole autorización para poner una pieza suya en San Salvador), telefonemas con La Habana desde distintas capitales (claro, desde Madrid y París, porque mi visa y mis pasajes no acababan de llegar y mi plata ya escaseaba). Todo hervía en el montón de papeles, con otras salsas, y como el caso era que yo estaba sentado ahí mismo, preso, la telaraña informe se cerraba claramente en mi pescuezo y pronunciaba la supuesta culpa: guerra de guerrillas en preparación. El americano usó algún tiempo en tratar de convencerme de que todo aquello era, precisamente, convincente. Mis argumentaciones defensivas no lo eran de ninguna manera: el agregado cultural soviético en París no se ocupa de recibir libritos de un lejano país centroamericano, los telefonemas hacia La Habana contenían mensajes disfrazados por una clave, etc. La fofa fealdad de la materia documental no me impidió, sin embargo, ser realista: si quienes me tenían en un puño habían decidido que esos documentos constituían sólidas pruebas de mi culpabilidad como elemento subversivo en la cesta de sanas manzanas salvadoreñas, de nada o de muy poco me iba a servir entrar a discutirlo. Evidentemente, aquella profusa papelería no fue elaborada para que yo probara brillantemente su falsedad. Ante aquella falsa acusación en bloque había que persistir en la negativa en bloque, hablando lo menos posible. «De esta no te vas a salvar fácilmente —argumentaba él—. ¿Crees que por ser un dramaturgo de relativa fama vas a tener un trato especial? Las glorias nacionales solo son útiles a los países gloriosos. En los países pequeños molestan. Por otra parte, a mí no podrás engañarme pues también soy escritor y soy abogado. Y ya ves que aquí no podrán ayudarte los servicios cubanos».

Como si hiciera falta mayor claridad, concretó aún más los cargos. Mi voz tendía a temblar y hasta a aflautarse, aunque las toses oportunas salvaban la dignidad. Según el análisis del material en su poder, dijo el gringo, estaba sobradamente probado que yo había sido entrenado en guerra de guerrillas en una escuela especial de La Habana (escuela de la cual, según me dicen, ha hablado minuciosamente *Selecciones de Readers Digest*) y había sido asimismo preparado para montar y manejar una red de radio clandestina para transmitir información secreta sobre El Salvador. Bip-bip, bip, bip, bip, bip-bip, etc. Como resultado del entrenamiento guerrillero yo habría quedado al frente de unos cincuenta hombres que también habían sido convenientemente entrenados: todo listo pues, para comenzar las operaciones armadas inmediatamente. ¿Por qué entonces, quería yo gritarle al gringo en aquel momento, por qué entonces, señores del jurado, Virgen de Guadalupe, me capturaron a mí, al jefe, oyendo mariachis y bebiendo cerveza? Eso es secundario, habría dicho el gringo. Al capturárseme —resumía el tipo— la contraoperación de la CIA y el ejército salvadoreño se volvía irreversible y en mi caso particular eso quería decir que no podría salir vivo del asunto como no fuera entregándome en alma y acción a mis captores. «Comprenderás que ahora no podemos soltarte de ninguna manera, pues *ahora* sabes que nosotros sabemos todo esto. Si lo llega a saber también el Partido, todo nuestro trabajo fracasaría. Por eso es que si te niegas a colaborar con nosotros, tendremos que liquidarte. No podríamos tenerte preso secretamente por mucho tiempo porque habría lío en las calles. Si te matan, de toda forma habrá algún lío, pero ya no habrá remedio y todos los tuyos recibirán una advertencia. Estás aún en tiempo de escoger, pero ese tiempo pasará pronto. Úsalo en tu favor». El americano hablaba un lenguaje muy parecido al de las novelas policiales baratas y no hay duda de que ese lenguaje es muy eficaz. Pero, desde luego, un pragmatista en funciones de investigador policial no va a operar

exclusivamente con palabras. El mejor naipe sacado hasta entonces de su manga fue mi pasaporte. No un pasaporte cualquiera, falsificado incluso, no, mi pasaporte especial, de exiliado, que yo dejara en La Habana, entre mis libros y papeles de trabajo en manos de una amiga que se iba a encargar de remitírmelos a México en fecha oportuna. Yo había viajado hasta Centroamérica con mi pasaporte ordinario y atravesado la frontera desde Honduras. Después que examiné el pasaporte y vi el rostro triunfal del yanqui caí en la cuenta de que el asunto no era para tanto: un pequeño robo en La Habana. No era como para causar tanto júbilo a un profesional de asuntos turbios, evidentemente él estaba tratando de exagerar el significado de aquel hecho. Así se lo dije, pero él permaneció inmutable en la actitud de quien apretó el broche de oro al final de la *première* de gala. Efectivamente, inmediatamente después recogió toda la papelería y me dijo que se había terminado la primera conversación, que me iba a dar uno o dos días para pensar en todos los problemas planteados y que entonces volvería a verme. Al incorporarse me dijo: «No te equivoques conmigo, yo sé de ti más cosas de las que tú mismo sabes de ti. A todos ustedes les venimos siguiendo la pista desde hace mucho tiempo». Para demostrármelo, buscó un papel entre el promontorio que había devuelto a la cartera y me lo alargó: «Puedes quedarte con él —me dijo— como recuerdo del día en que nos conocimos. A mí ya no me sirve y tú podrás sacarle todavía algún provecho». Era una larga hoja con las fichas muy esquemáticas de unos quince escritores y artistas de mi generación. «Trataré de que nos reunamos en un lugar menos desagradable que este —me dijo ya desde el corredor que conduce al patio—. Te demostraré que si te pones de acuerdo conmigo tu suerte cambiará totalmente. Incluso sin que te haya costado nada ya ha comenzado a cambiar. Lo comprobarás».

Los policías me llevaron a la celda, que me pareció tibia, como un vientre. En la oscuridad rotunda cobré conciencia, de golpe, de

la gravedad de mi situación. La noche o la madrugada en el patio era fría y clara, con las estrellas muy crecidas sobre un cielo de hierro. Al sentarme en el catre frío, a pesar de la tibieza que reconocí en la celda, comencé de nuevo a tiritar. Y, al tiempo de calentarme las manos con el aliento, a tratar de pensar organizadamente, de aislar algunos elementos del problema, tratando de cuidarme, por sobre todas las cosas, de las ilusiones. En primer lugar era necesario aceptar que cualquiera que fuera el desarrollo del asunto tendría que arreglármelas solo: el Partido ni siquiera sospechaba el lugar en que me encontraba y el Gobierno negaba inclusive que se me hubiese capturado: perfectamente podrían la CIA y el ejército hacer de mí lo que quisieran. En segundo lugar, no debería esperar ningún tipo de piedad, arreglo legal o algo parecido. Si los americanos estaban interviniendo en mi caso era porque las órdenes venían de Washington y el gobierno salvadoreño no haría más que acomodar el culo con una sonrisa de satisfacción frente a cualquier sugerencia del amo. No se me borraba de la mente la imagen fugaz del Jefe del puesto, don Alejandro Mira, inclinándose ante el norteamericano con las ceremonias propias de un oficial japonés en la Segunda Guerra Mundial, cuando una misión alemana llegaba a inspeccionar los campos de concentración para asiáticos con sus narices estiradas aún más por el trópico y sus mosquitos concomitantes. Una duda momentánea me asaltó: ¿no sería acaso mi deber patriótico negarme a ser interrogado por el policía yanqui, protestando por su intromisión, por ejercer funciones represivas en nuestro país, etc.? Idiota momentáneo, me dije, todavía te quedan algunas telarañas mentales de la Escuela de Jurisprudencia y Ciencias Sociales: ¿tú crees, que de tener éxito tu protesta, el policía salvadoreño que seguiría interrogándote sería menos agente de la CIA que el gringo? ¿Qué no te das cuenta que la presencia directa del yanqui es una confesión de su verdadera naturaleza por parte del gobierno salvadoreño y un respaldo moral a tu calidad

de comunista salvadoreño? En esos momentos el gringo era también El Salvador: su encarnación palpable como país dependiente de los Estados Unidos. Como nuestro Presidente de la República o nuestro Ministro de Defensa o nuestro Gerente del Banco Central de Reserva: nuestros, como una enfermedad o una estafa. En tercer lugar continué, ya con esa duda superada, era evidente que el yanqui tenía razón en una cosa: ante mí estaba planteada una alternativa urgente y clara en sus términos. Había que optar exclusivamente entre dos posibilidades: la de convertirme en un hijo de puta o la de dejarme matar.

Si yo fuera un adepto de la más conocida de las desviaciones del realismo socialista, aquí diría que en aquellos momentos me vi iluminado por la luz de Lenin, que recordó el heroísmo tradicional de los comunistas en la resistencia revolucionaria de todo el mundo y que, al grito de «Viva la Unión Soviética, Viva Cuba, Viva el Partido Comunista de El Salvador, viva la futura República Socialista de El Salvador», y al tiempo que me surgía un halo ciclamen en derredor de la cabeza, me dispuse simplemente a morir. Felizmente mi tradición literaria pasa también por Malraux, Hemingway, Kafka, Salarrué, Brecht y Henry Miller. Por lo cual, entre otras cosas, lo que hice fue exactamente lo siguiente: 1º) Preguntarme lo más seriamente posible de acuerdo con mí traidor sentido del humor si yo sería capaz de convertirme en un hijo de puta, es decir, en un agente de la CIA en las filas del PC. Me respondí sinceramente que no. Por todo eso de los principios y de los autoaprecios y del respeto a la obra por medio de la que uno ha dicho tantas cosas y, en último caso, porque se trataría de un negocio cuyas ganancias yo no disfrutaría por más de una semana, más o menos. Si por el miedo o las torturas inaguantables yo llegase a convertirme en un traidor, no pasarían muchos días sin que me decidiera a pegarme un tiro. Sin lugar a la menor duda: me conozco. Así que, y este no es lenguaje de cínico, inclusive desde el punto de vista de

la economía vital-moral, lo más práctico era ser un buen comunista y un buen revolucionario. Y ni siquiera habría que maltratar palabrosamente a la suerte: ¿quién carajos me mandó a beber cerveza orondamente en tiempos en que la clandestinidad era lo recomendable? Aunque el partido me había mandado «ganar la calle» subestimando la fobia que el enemigo siente por todo lo que viene de Cuba a Centroamérica, yo debí cuidarme mucho más: no hay línea general sin una manera personal de ejecutarla. 2º) Preguntarme lo más seriamente posible si yo sería capaz de morir como las circunstancias me lo exigían. Y me respondí, en medio de un gran estremecimiento —como el que solamente me ha vuelto a producir la Misa Mayor de Bach en la Catedral de San Vito, en Praga— que sí, que claro, que desde luego. Creo que desde entonces me *siento* revolucionario, aunque decirlo suene a boba pedantería o aunque quien leyera esto podría preguntar: ¿pero qué hacía este idiota en el Partido desde 1957?

Después de tener aseguradas entre las manos aquellas dos respuestas (las otras cien que andaban volando cerca podrían esperar para el día siguiente) me acosté, me volví hacia la pared y, sin acordarme de concluir el capítulo onírico-vigilante de aquella noche prolongada, la cena con los generales brasileños, me dormí tranquilamente.

Para el inmediato mediodía ya el gringo comenzó a cumplir sus promesas operativas. Un panel de la policía llegó por mí, con dos agentes a bordo. Me sacaron de la celda, me esposaron y me introdujeron en el vehículo, haciéndome acostar boca abajo en el suelo. Uno de los agentes se sentó en la banqueta lateral y me puso un pie en la espalda. Perseguían un doble fin con esta forma de hacerme viajar: el de atravesar la ciudad sin correr el riesgo de que me asomase por la ventanilla para que me reconociese alguien y el de que yo ignorara la ruta a seguir y me desorientara con respecto al lugar de destino. Los agentes, a pesar de todo y del zapato en

la espalda, fueron corteses y llenos de sonrisas y por lo mismo la situación se me hacía más tensa y absurda al mismo tiempo y de nuevo el llamado a la risa amenazaba con destruirme el glorioso tinglado interior, el patético-glorioso. El panel se detuvo varias veces en su ruta y los agentes bajaban para conferenciar con unos oficiales del ejército, de alta graduación a juzgar por los entorchados, que seguían al panel en un automóvil del último modelo, con placas de New Jersey.

«Los sucesos corren linealmente / en curvas / *natura, non lacit saltus* / *facit saltus* / el mundo como es / el mundo como deviene / lo que debe ser el hombre / lo que tiene que ser el hombre». Sí, compañero Bertoldt, pero allí mismo métame otro párrafo sobre la autonomía del drama individual y, dentro de esta, la autonomía de cada capítulo, de cada escena, la dialéctica de mis momentos y tus momentos, dentro de nuestras limitaciones en cuanto seres irrepetibles. Se lo digo yo, camarada Bertoldt que lo quiero tanto.

El segundo interrogatorio fue muy distinto al primero en cuanto al montaje y la realización. No estábamos ya en aquella ratonera sucia que era la cárcel policial de Cojutepeque, sino en la *garçonniére* del coronel Mariano Guerrero (nombre de curiosos títulos: Exjefe de una Sección del Estado Mayor, Expresidente de la Administración Nacional de Telecomunicaciones, Exprecandidato a la Presidencia de la República por el Partido de Conciliación Nacional, Presidente en funciones de la Federación Nacional de Fútbol, dueño de la mitad de las empresas de transporte urbano en el país, jefe nacional del contrabando de *whisky* y hombre tan amigo personal de la CIA como que es capaz de prestarle su «casa de divertimento» nada menos que para un secuestro), *garçonniére* nada europea por cierto, pues se trataba de una amplia quinta campestre ubicada cerca de la carretera a Los Planes de Renderos y bautizada, con una resultante de actualidad irónica si se toma en cuenta la importancia que tenía el hecho cubano en las acusacio-

nes en mi contra, con el nombre de «Pinar del Río», y me habían permitido bañarme con agua caliente después de nadar, por unos minutos, en la pequeña piscina interior.

El baño, de azulejos verde-mar, no me impuso su olor de casa abandonada: por el contrario, me pareció el paraíso, Europa, la pesadilla maravillosa del aire acondicionado en las márgenes del Zambeze, la llegada a la casa de mi amor al final de una larga jornada a través del desierto. Como decía Rene Char: «Le ocurre al poeta encallar en el curso de sus búsquedas en una orilla donde no se lo esperaba sino mucho más tarde, después de su aniquilación. Insensible a la hostilidad de su contorno retrasado, el poeta se organiza, rebaja su vigor, divide el término, se abrocha la punta de las alas». Pude también rasurarme y lavar la ropa mugrienta: los pantalones de ese kaki tan profundamente metido en la vida de los latinoamericanos de la clase media, la camisa de *nylon* que compré en Londres y que no hay manera de destruir con el uso, los calcetines de colegial norteamericano y los calzoncillos Jockey Club que podían haber ido a parar, directamente, sin el menor tratamiento a un *collage* de Toshimitsu Imai.

Aquella transición estimulante después de tantos días de la más dura incomunicación, había sido bastante brusca (aunque no afectara al fondo de la incomunicación). Vuelvo a decirlo, la nueva situación, después de la concientizadora ducha de agua caliente, siguió inquietándome más que la anterior (inquietud es igual a curiosidad más miedo), porque lo normal para el preso político en El Salvador es el puntapié y el insulto en la cueva viscosa, cuando no las peores vejaciones morales y materiales y la tortura y el peligro de muerte. En mis anteriores prisiones nunca fui torturado, aunque en una de ellas me llevaron a ver torturar a unos campesinos (que habían capturado con Roberto, dicho sea de paso) absolutamente inocentes de todo y en otra por poco me matan (el gobierno cayó cuatro días *antes)* y en otra aún me tuvieron algunos

días en una cloaca auténtica y en funciones, recibiendo un baño de agua merdosa casi cada dos minutos. Y así como el común de la gente tiene amigos médicos, aficionados a la magia, basketbolistas o cantantes, yo tengo una buena cantidad de camaradas torturados y muertos. La práctica normal del interrogatorio político entre nosotros, en cuanto aparece en el reo la renuencia a *colaborar* (y esto por ahora tiene algunas excepciones en el caso de los universitarios y otras personas con vinculaciones burguesas, como yo, pero ninguna excepción en el caso de los obreros y los campesinos) es la capucha, tortura para llevar a cabo la cual se toma una bolsa de plástico grueso o un capuchón de impermeable de los que usan los agentes de la Guardia Nacional (y que los hace oler precisamente, a Guardia) y se le encasqueta en la cabeza al reo, apretándola en forma de torniquete a la altura del cuello a fin de que el reo se asfixie, no sin antes, desde luego, haber metido en la susodicha bolsa o capucha una cantidad conveniente de cal viva o de gamezán, a fin de que los pulmones y las mucosas nasales y la garganta de la víctima recuerden que no solo de aire vive el aparato respiratorio, acompañándose todo el proceso con una tremenda paliza o pateadura en la caja toráxica del interrogado, para que sufra con los golpes y pierda el control sobre su respiración: o el avión, tortura para ejecutar la cual échanse hacia atrás las piernas y los brazos del interrogado y se amarran fuertemente a la altura de los tobillos y las muñecas, como hacen los vaqueros con las reses que enlazan desde el caballo y deben inmovilizar en tiempo récord para ponerles la marca de fuego en la grupa, y del nudo que resulta se saca un cable hacia una polea que hay en el techo de la sala de operaciones y se iza a la víctima que queda, obviamente, izada, volando, volatineando, exactamente como un piñata, soportando todo el peso del cuerpo en un ángulo agudo y sensible, lleno de huesos, ligamentos y venas, mostrando dos partes principales donde aplicar las fuerzas que la impulsarán a volar por los cuatro puntos cardinales o

estrellarse contra las paredes y otros obstáculos, es decir, la cara y el conjunto nalgas-sexo, fuerzas de impulso que, es fácil suponerlo, estarán constituidas por puntapiés, puñetazos, garrotazos o culatazos; o la aplicación de la electricidad y las drogas deprimentes; o el látigo puro y simple; o las coyundas revientaojos; o el cepillo metálico en los testículos, la extracción de uñas o de dientes y muelas sanos o los hierros candentes en todo su criminal esplendor. Estos procedimientos no son muy conocidos en el país porque por regla general, quienes pasan por ellos, no salen vivos para describirlos. De tal manera que me pareció verdaderamente el colmo cuando, después del lavado de mi ropa y del baño, me llamaron para cenar y me sirvieron de la excelente comida reservada para el nivel de la oficialidad policiaca. El jefe de la comisión que me vigilaba puso sobre la mesa (¡con mantel!) una botella de *whisky* y me dijo que la enviaba para mí el míster, agregando, como quien no quiere la cosa, que el tal míster era una buena persona, muy culto, muy preparado, que estaba haciendo grandes esfuerzos para ayudarme. Prueba de ello era que, por lo pronto, había logrado sacarme del pozo de Cojutepeque y ponerme en condiciones inmejorables de detención. A él le daba gusto trabajar con una persona así. «Los sables, los sables!/ ¿Dónde se han metido los utileros?». Yo no quise tocar la botella y hasta llegué a bromear diciendo que prefería el ron cubano, pero la comida si me la zampé en un zaz, para llamar a las acciones y a las cosas por su nombre. Ensalada rusa y tomate fresco, pollo con macarrones, y flan. Filosofía básica: un bolero que normalmente me avergonzaría citar: «Por si no te vuelvo a ver». Después de comer me dieron de fumar y me dijeron que podía estirar un poco las piernas en derredor de la piscina hasta terminar un cigarrillo.

Pues bien, aquí estaba yo, bien jodido, en una esquina-nudo bien intensa de la madeja de mi vida y, sin embargo, por encima del miedo, de la actitud defensiva, de la mínima planificación de

mis posibilidades, un cúmulo de sentimientos encontrados, que incluían el de la inutilidad de cualquier esfuerzo, el del cumplimiento de los deberes políticos, el de la indiferencia y los de la defensa-agresividad, pugnaban por presidir exclusivamente la situación de mi alma. ¿Por qué estaba yo allí, en resumidas cuentas? ¿No se trataría de otra comedia de las equivocaciones infinitas / o del primer lío de la madurez en el seno de una militancia casi paralela a la lucha revolucionaria que no podía seguir así / o de un medio exagerado para conseguir fines aún no revelados? ¿A quién iba a beneficiar todo aquello? ¿De qué era yo culpable y de qué era yo inocente? Porque siendo un militante comunista el hecho real de que no hubiera recibido jamás el más mínimo entrenamiento militar era algo absolutamente fortuito. Por principio, yo solidarizaba con la lucha armada, que además era la vía adoptada por el Partido para la toma del poder en nuestro país. ¿Entonces? Si, desde el punto de vista moral-histórico… Pero el pellejo no lo iba a perder desde el punto de vista moral-histórico. Sentía que en todo el contorno afloraban los resultados de un equívoco básico y muy viejo, que no comenzaba en mí y que no iba a terminar por mi sola voluntad. Un equívoco informulable con los medios a mi alcance, pero que era la causa de mi debilidad. Al grado de que su nebulosa adivinación era ya mi fuerza.

Los guardianes comenzaron a preparar sus sitios para dormir, arrastrando sillones y sofás. Colgaron sus camisas en los espaldares de las sillas y se pusieron a limpiar sus armas. Un espectáculo como para pensar: «los hombres son buenos», «la vida en familia es lo mejor del mundo», «las luces lejanas de San Salvador entrando por el amplio ventanal son los ojos del bosque de la fraternidad». El jefe del grupo llegó para seguir conversando conmigo, de cualquier cosa, del fútbol de la última semana, de la lucha libre, de las nuevas cervecerías que se estaban abriendo en la zona norte de la ciudad, pero poco a poco fue llevando la conversación al terreno

que le habían ordenado, aquel en que tenía que surgir el míster y sus maravillosas virtudes de sabiduría y humanismo. Después de insistir en que el gran negocio de mi vida consistiría en concordar con el gringo, aquel pequeño jefe, halando los pelitos de su bigote mexicano, trató de hacerme aceptar un adelanto. «Inclusive —me dijo— si usted quiere estar con una muchacha una noche de estas, bastaría con que lo supiera el míster. Todos somos hombres y hay que comprender estas cosas». Le desarrollé cuidadosamente un largo discurso sobre la insipidez del amor tarifado, aclarándole que no era mi propósito pasar por una especie de cura rojo o exponerme a que, con lo mal que ya estaban las cosas, creyeran además que yo era maricón, pero sin hacerle el honor de enfrentarlo a la indignación moral: en el fondo rechacé el ofrecimiento con argumentos llenos de mundanidad. El tipo, al cabo, se rindió. Cuando terminé mi segundo cigarrillo dijo que ya era hora de ir a mi cuarto para dormir.

La cama era una maravillosa cama Simmons y el jefe dijo como si tal cosa en presencia de los guardias que, por una concesión especial en la que ellos se habían puesto de acuerdo, no me iban a esposar al espaldar del catre como lo ordenara el coronel Rodezno, quien por supuesto no ha dormido nunca amarrado, semejante hijo de su mismísima madre como debe ser. De tal manera que me dispuse a dormir a mis anchas por primera vez después de un millón de años. Que se hunda el mundo y que Dios se autocritique, que mi amor comience a tener malos pensamientos en la lejanía y que mi nombre comience a dar risa: mañana será otro día. La noche anterior, es verdad, la noche de mi decisión mortal, había dormido sin problemas mentales y con un mínimo aceptable de problemas físicos en la cabeza, brazos, costillas, rodillas. Pero ahora ¿era de reprocharme el deseo de comprobar la diferencia entre un desvencijado catre de alambre sin colchón ni sábanas y un lecho Simmons preparado como para recibir a una pareja de amantes recientes? No

me pude dar ese gusto tan pronto como yo creía. Todavía estaba despierto, organizando la continuidad de mis sueños (más concretamente, escogiendo si soñar con las aventuras en uso de la invisibilidad o con las posibilidades en el disfrute de una herencia repentinamente recibida, conservadoramente valuada en poco más de setecientos cincuenta mil millones de libras esterlinas), cuando oí llegar el auto del americano. Eran alrededor de las diez de la noche. El gringo entró, desenfadado, prepotente, y a una rápida señal suya en que combinó un manipuleo del aire y la producción de un sonoro «trip-trap» con los dedos, los guardas salieron de la casa, quedando únicamente el jefe del grupo guardando la puerta de salida, sentado en una de las sillas del bar.

Pronto salieron de nuevo a la luz las *pruebas* documentales en mi contra y una botella de *whisky*, otra, nueva. Y de nuevo el careo, a través de una mesa, situación con la que suelo soñar desde entonces, cuando me duermo con algo andando mal en la digestión. Pensé que comenzaba una nueva batalla para mí (el gringo emitía tibios lugares comunes, sondeos bobos, para lograr la comunicación: «¿Has perdido de pronto la afición por el buen *whisky*?», etc.), pero que no era una situación extraordinaria ni mucho menos: en lo ancho del mundo millones de hombres, formidables o débiles tipos, libraban también la suya en defensa de los mismos principios. Desde una perspectiva así, molestaba un poco inclusive que los cargos verdaderamente importantes que me hacía el yanqui fueran tan absolutamente falsos. Ello implicaba que aún estando yo en aquella batalla del lado de los justos, participara en ella como un idiota. En el fondo, el único cargo real contra mí era el de ser miembro del Partido y haber vivido y trabajado en Cuba. Lo que perfectamente podría achacársele a mi abuelita con toda razón: estuvo un año en Cuba y milita en el Partido desde 1932. Pero de todas maneras, esta era mi batalla y estas eran mis armas y había que ir adelante y hasta tratar de vencer. Cinematográficamente este

pensamiento debería ir inmerso en una sucesión numerosa y veloz de *film-strips* que dieran la idea de la tensión del comienzo del fin: basketbolistas calentando los músculos antes de iniciar el partido por el campeonato mundial, boxeador persignándose y lanzándose hacia adelante entre el estallido bidimensional de los rugidos del público y los reflectores que aumentan de pronto su potencia sobre el ring, mi más amada cita de Borges: «Dahlman empuña con firmeza el cuchillo, que acaso no sabrá manejar, y sale a la llanura».

El yanqui se rascó la nariz y me dijo de pronto: «¿Has reflexionado bastante?». «Sí. Lo suficiente». «Eso es bueno. ¿Tienes entonces algo que decirme hoy?». «Lo mismo de la noche pasada: yo no sé nada de este asunto. No estoy dispuesto a comprometer a personas inocentes, ni estoy dispuesto a autoacusarme en problemas tan delicados. Si ingresé clandestinamente al país fue porque el gobierno salvadoreño, contrariando la Constitución, no me permitía la entrada legal. Si viví en Cuba fue en el desempeño de mi profesión. Al fin y al cabo aquí me acorralaron hasta hacerme destituir como Director del Teatro Universitario. Volví porque esto es mi patria, tengo derecho a vivir en ella y pretendo que se me respete ese derecho». Frunció la cara y se sirvió un trago grande, con una seña y dos palabras hizo que el policía que se había quedado dentro trajera un poco de hielo. «Tienes que darte cuenta de que este no es un juego de muchachos y de que aquí no cuentan tus gustos ni tus decisiones. Siguen habiendo dos posibilidades para ti y una es la muerte. Yo te ofrezco la única salida benigna, favorable. No se trata tampoco de un bluff, de un truco para asustarte. Ni se trata de lanzar una salva contra ti para que alcen vuelo otras presas mayores. Esto es absolutamente entre tú y nosotros, pero no podrás salir con vida de aquí si no colaboras, ahora que conoces la información que tenemos sobre los proyectos de tu Partido. Mientras estés en mis manos no habrá métodos duros: no es ese nuestro negocio. En el fondo a nosotros se nos toma en público de manera equivocada:

no somos un cuerpo policiaco, una institución represiva. Somos un organismo técnico del Estado que trabaja en todas las facetas del cambio social. No hay que confundirnos con el FBI. Ahora bien, si insistes en callar, te entregaré al Estado Mayor salvadoreño que no quiere saber nada de ti ni del cambio social: no durarías vivo ni 24 horas, tal es la simpatía de que gozas allí. Yo no te voy a engañar. Es un buen negocio para ti y será un buen negocio para mí. Inclusive esto que hoy te está pasando podrás escribirlo un día, si eres inteligente. De otra forma no vas a poder escribir nada más, nada de nada. Se va a acabar el dramaturgo, el revolucionario y todo lo demás. Yo tengo mucha más experiencia que tú en estas cosas, he visto muchos muertos y te aseguro que el romanticismo nunca da buenos resultados. Porque eso de que el Partido te metiera en trajines guerrilleros fue romanticismo puro, una tontería. Y te aseguro que tampoco soy un politiquero, un anticomunista profesional, de oficina, un vividor oportunista. Yo he peleado por la Democracia en Guam, Guadalcanal, Filipinas, Okinawa, en toda la campaña del pacífico, en los mismos frentes donde cayó tu hermano peleando por la misma causa. Y al pelear por la Democracia, peleábamos también por el auténtico socialismo, en el que yo creo de todo corazón, el socialismo que existe en mi país, a pesar de que aún tiene muchos defectos e imperfecciones. Tú puedes ayudarnos a evitar la violencia comunista, antidemocrática en tu país. Estamos a tiempo. Llegará el momento en que tus propios camaradas te lo van a agradecer lealmente, pues si los controlamos a tiempo no habrá necesidad de arrancarles la cabeza. Solamente si nos ayudas podrás vivir. Y no será una vida cualquiera, insegura, sino una vida con todas las posibilidades, con tu mujer y tus hijos, lejos de este país, en México, por ejemplo, donde nosotros tenemos todos los recursos, en Francia, en Chile, en Inglaterra. Tú debes vivir como un escritor, como un estudioso, no como un delincuente. Por qué morir ahora, como un tonto, a tu edad? Los años que vienen serán mara-

villosos, grandes cambios en el mundo darán al hombre poderes y placeres infinitos. Hay que vivir para ver eso. Puedes hacer una verdadera fortuna con un pequeño esfuerzo. No estás en edad de morir pero estás en edad de enderezar tu vida: el Partido Comunista está muy bien para resentidos sociales, para acomplejados, no para personas inteligentes. No debes ser vacilante o cobarde: tienes que dar el salto. Pero no te queda mucho tiempo. Si tú ves otra salida, tómala. Pero te juro que no la hay, sencillamente no la hay». Cuando empinaba el vaso me miraba a través, para comprobar en mi rostro el efecto de sus palabras. Yo, entre la aglomeración de proposiciones que me habría gustado contestar a fondo, insistía solamente de cuando en cuando: «El único problema es que, *realmente, yo no sé* absolutamente nada de los cargos que me hacen». La ventaja había pasado de mí lado desde la noche anterior en un aspecto fundamental: desde la noche anterior, santa y plana como en el cuadro de Malevich, yo estaba decidido a morir y el yanqui no lo sabía. ¿Con qué me iba a asustar ahora? Aún comprendiendo que se trataba de acusaciones absurdas en su expresión concreta, ante las cuales toda defensa empecinada y basada en los hechos resultaría absurda y que la muerte en que probablemente todo ello desembocaría sería asimismo una muerte absurda, me sentía bien porque me sentía fuerte, sólidamente erguido en mi decisión de última instancia. Los sentimientos encontrados solamente llenaban un campo cuyas operaciones estaban mucho más acá de la muerte, eran, con todo, sentimientos vitales. ¿Es que la lección de aquellos días era que solo mediante la aceptación de la muerte podemos extraer el significado más profundo de la vida, cualquiera que sea la circunstancia que nos rodee? Suena hasta lógico.

Los interrogatorios se prolongaron uno, dos, tres días más, durante sesiones de seis, ocho y hasta diez horas, con descansos ligerísimos para comer o tomar aliento. El yanqui bebía a un promedio de una botella por sesión, pero yo seguía empecinado en que

mi enfermedad estomacal me impedía beber. Llegó un momento en que la dirección principal de las preguntas varió un poco. «Bien. Si insistes en perder el tiempo y en no hablar de lo principal, yo voy a demostrarte que en Cuba tú no has hecho vida cultural ni nada que se parezca, sino que te dedicaste al entrenamiento guerrillero». Y buscando supuestamente una comprobación comenzó a preguntarme por Casa de las Américas y otras instituciones culturales cubanas en que yo trabajé. Efectivamente yo había viajado originalmente de París a Cuba para participar en un Festival Latinoamericano de Teatro, organizado por Casa de las Américas. Mis obras y mis ideas gustaron y los organismos teatrales cubanos me contrataron para quedarme a dirigir un grupo. Casa de las Américas me ofreció las condiciones materiales para escribir dos piezas sobre temas centroamericanos. El gringo sacó unas cuartillas y un lápiz y se dispuso a tomar notas, por primera vez desde que se apareció en Cojutepeque. Me preguntó por cuanta institución cubana hay y por cuanto escritor o artista cubano existe. En verdad, estaba más informado que yo. Se detuvo en la Casa de las Américas con minuciosidad. Una idea que me había venido creciendo en la cabeza a medida que el interrogatorio avanzaba era la siguiente: ¿habrá alguna posibilidad de que los cargos que me hacen a mí correspondan en realidad a otra persona, a otro compañero? Porque Roberto, Roberto del Monte, el poeta, compañero mío desde el colegio jesuita hasta la Facultad de Jurisprudencia, camarada de la Juventud y del Partido, había estado repetidas veces en La Habana, pública y clandestinamente, había trabajado como yo en Casa de las Américas y en la UNEAC y había tenido a su cargo diversas responsabilidades partidarias, miembro como era, suplente, del Comité Central. Ahora Roberto, según me dicen, está separado del Partido por indisciplina, no se le ve por ninguna parte, dejó de escribir poesía y su cabeza parece haberse extraviado para siempre bajo las faldas, entre las piernas de no sé quién. Yo

no le he visto más, la última vez fue precisamente en La Habana. En realidad hubo pocas oportunidades desde que yo volví al país: en cuanto salí a la calle me capturaron. Pero sería para morirse de risa si efectivamente yo estuviera pagando los platos rotos de Roberto, sobre todo después de las mil cosas que nos vinieron a distanciar, aglomeradas de golpe, comenzando por la disgregación del grupo, las discrepancias por las páginas literarias de los periódicos, la muerte de Mario —aunque parezca ilógico e increíble— que lo llenó todo de absurdo, mi firme decisión de irme a Francia a pesar de la inicial oposición del Partido y de los insultos del propio Roberto («Cobarde —me gritó— desertor», antes de que le cerrara la boca con el único bofetón que le he dado a nadie en mi vida después de los quince años). Pero no puede ser, Roberto ha sido aún más metafísico que yo, lo cual, en el fondo, bien traducido al salvadoreño quiere decir, ni más ni menos, más tatarata que yo. En todo caso, en este frente, por sobre nuestra pelea, estos son nuestros platos rotos, ni míos ni de Roberto exclusivamente. El gringo seguía preguntando por las contradicciones políticas internas en la cultura cubana. Al parecer tiene toda una teoría elaborada al respecto. ¿Quién iba a pensar, hace unos tres años, que Roberto y yo terminaríamos enemistados, furiosos? Si éramos, por turno, los presos oficiales de la intelectualidad democrática y opositora del país. Cuando no estaba preso él estaba preso yo. Y siempre estábamos a punto de caer presos juntos, pero cuando eso iba a pasar, uno era capturado y el otro se escapaba por un pelo, por la puerta de atrás o saltando un muro o saliendo por el techo de la casa vecina. Y la primera pregunta de los interrogatorios era por el paradero del otro. El gringo me preguntó quiénes eran fidelistas del 26 de Julio y quiénes del viejo Partido o del Directorio Revolucionario en Casa de las Américas o la UNEAC. Le contesté que a mí todos me parecían fidelistas. Él anotaba cada cosa y su interés comenzó a preocuparme más y más.

En las sesiones anteriores, aunque las preguntas tenían mil vericuetos inclusive técnicos y mis respuestas debían sortear una casi infinita variedad de escollos y aportar en cada caso el contraescollo adecuado, nunca había tomado nota de nada. Y solo en la primera sesión hubo una grabadora. Por lo menos en forma que se hacía evidente. «¿Cuáles eran tus labores específicas en Casa de las Américas?». «Ya lo dije: escribir dos piezas de teatro de contenido centroamericano. Terminé una que se estrenó en La Habana y que pronto se pondrá en Moscú. La segunda pieza, sobre la independencia de España, quedó inconclusa cuando decidí regresar a El Salvador. También colaboré en la revista *Casa* y ayudé a atender a los invitados extranjeros». «¿Cómo Roberto del Monte?». «Sé que Del Monte trabajó en Casa de las Américas, pero no coincidimos en el tiempo. Cuando yo llegué a Cuba, Del Monte estaba por regresar a El Salvador y había dejado su trabajo en Casa de las Américas. Dirigió allí una colección de monografías históricas y publicó un libro de poemas. Yo le vi muy poco en Cuba. No sé nada más sobre él, no he vuelto a verlo». «Pues yo conozco mucho de él —dijo el yanqui—, tengo un lindo expediente suyo, de casi mil páginas». Lo de los invitados extranjeros a Cuba pareció interesarle mucho y me di cuenta de que estaba yéndome de la boca más de la cuenta. Por este camino, pensé, podré llegar a dar información valiosa al enemigo: uno nunca puede saber exactamente lo que busca. Y comprendí que todo se debía al relajamiento de la tensión nerviosa que me produjo el hecho de pasar a un interrogatorio sobre instituciones culturales y sobre poetas, que mi subconsciente aceptó con agrado, viniendo de un interrogatorio sobre guerrillas, proyectos de sabotajes y comunicaciones electrónicas internacionales. No me cabe ahora la menor duda de que el interés del americano en el terreno cultural era un interés auténtico, especializado. Como para hacer saltar de gozo a Galvano della Volpe: no se pierde el tiempo al desvelarse por la fundación de una estética para la revo-

lución, para defenderse del enemigo y hacerle daño en este terreno. El gringo me lo estaba confirmando con todas las letras: para la CIA, los poetas, los intelectuales, los artistas, constituyen un frente más para el trabajo contrarrevolucionario, como el movimiento estudiantil o los sindicatos. Y el creador individual, el pintor, el autor teatral, el poeta, es nada más un individuo potencialmente reclutable o potencialmente aniquilable. Lo demás es mierda, pajaritos preñados, colochos. Carajo. Respondí a todas las preguntas con simples negativas o dando datos que son más públicos que un periódico o echando las culpas a mi pobre memoria. Estoy seguro de no haber contribuido a ningún conocimiento especial de la cultura cubana por parte de la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos. Aunque siempre habrá alguien que tendrá algo que perdonarme. Vladimir Nabokov, por ejemplo, a quien hice pasear por toda la isla ante los ojos del yanqui, como invitado clandestino para un 26 de julio. No lo hice con mala intención, simplemente fue el primer nombre que se me ocurrió y la verdad es que si en los Estados Unidos jamás lo metieron preso por corruptor de menores, no lo van a reprimir ahora como espía cubano.

Durante una interrupción para almorzar en que el gringo bajó a San Salvador, uno de los guardas me dijo, a solas: «Quería contarle, bachiller, que hoy estuve en la Dirección General para traer la comida y me di cuenta de que su caso está cada día más difícil. Parece que lo quieren matar, no es broma. No comente esto, se lo digo para que haga su cálculo en firme, para que no sea tonto. Salve el pellejo, bachiller, usted tiene hijos. Dígale al míster todo lo que quiere saber. Sálvese usted, aunque hunda a medio mundo. La vida no retoña». No me sonó falso, la verdad. Había algo de cálido interés, de simpatía por mi suerte, aunque me estuviera aconsejando una vileza.

La insistencia del americano contra lo que él llamaba «mi tonto silencio» tomó asimismo un camino consecuente con el nuevo

terreno que pisaba. «Trabajando para nosotros —me decía— asegurarías tu porvenir en la literatura, en el teatro mundial. Importantes escritores y artistas han trabajado y trabajan para nosotros, sin dedicarse necesariamente a la actividad *dura.* Muchos de ellos estarían muertos de hambre Si no fuese por nosotros. Pero supieron escoger la ruta correcta de la alternativa en el justo momento y hoy publican sus libros o estrenan sus obras en los mejores teatros y viven como príncipes y todo el mundo contento. Incluso algunos de ellos, después de una colaboración temporal con nosotros, han vuelto a su militancia normal en sus partidos y organizaciones revolucionarias, sin que hayamos vuelto a tomar contacto con el fin de pedirles ayuda otra vez. Todo es cuestión de llegar a un acuerdo, ceder un poco de cada lado. Yo podría considerar cualquier tipo de proposición que tú quieras hacernos». «Ya ve cómo es la vida. Mi problema, repito, es que yo no sé nada de lo que usted quiere que le diga». «No te hagas el tonto que no engañas a nadie. Para salir de este embrollo vas a necesitar más que palabras. Si cometes el error de dejar que el ejército te mate, ¿quién se va a acordar de ti? No eres un escritor famoso de verdad todavía, aún estás joven y te falta lo mejor por hacer. En Cuba te conocen, pero ¿en Nueva York, Londres, París, Roma? Si verdaderamente quieres seguir escribiendo, hacerlo a un nivel que te traiga la gloria y la fama mundiales, decídete de una vez por todas a mandar al diablo la política y todo lo relacionado con el Partido y cultiva exclusivamente tu vocación. Una vida no da para tantas labores, ya pasó ese tiempo, lo moderno es la especialización. Y debes entender de una vez por todas que el camino para esa posibilidad soy yo, únicamente yo. Claro, una vez instalado en una universidad extranjera, en los mismos Estados Unidos si tú lo prefieres, ni siquiera vas a recordarme y se te van a olvidar por completo estos momentos desagradables. Podrás dedicarte a trabajar en serio, con todos los medios a tu alcance y con la tranquilidad de estar situado en el lado

correcto, defendiendo la noble causa de la libertad. Tal vez hasta llegaremos a charlar de esto cuando tú ya seas un autor famoso. O tal vez no, tal vez ni siquiera desees recibirme en tu casa». Insistió todavía mucho más sobre temas culturales: mis relaciones con escritores latinoamericanos o norteamericanos, en cuyo caso debía dar sus direcciones, filiación, etc.; mis contactos con publicaciones progresistas de Latinoamérica; problemas del medio cultural salvadoreño, etcétera.

Una mañana, a petición mía, hicimos una pausa en la *conversación:* me asaltaron unas irresistibles ganas de orinar. Él, por su parte, tenía ya en el estómago más de la mitad de la botella y me dio permiso de ir al baño con un gesto cansado. Fui y cerré la puerta a mis espaldas. El baño tenía una puerta lateral que daba al dormitorio donde se habían instalado mis guardianes. Estaba abierta y ello me permitió echar una mirada al interior de la habitación. Camisas colgadas en los picaportes, toallas y jabones, estuches Gillette, revistas y paquines. ALGUIEN, ALGUNO DE LOS GUARDIAS, HABÍA OLVIDADO UN REVÓLVER EN LA MESA DE NOCHE. Sentí un erizamiento en la columna vertebral. Orinando aún, traté de pensar veloz, casi desesperadamente. Me acerqué a la mesa de noche. Era un Smith & Wesson calibre 38, de cañón corto, de metal liviano. Seis tiros, auténticos a juzgar por su peso. ¿Qué hacer? ¿Era esta la señal, la puerta de salida? Con el revólver en el bolsillo de atrás del pantalón, oculto por la falda de la camisa, caminaría normalmente hasta llegar donde el gringo; allí, rápidamente, lo sacaría y le daría un tiro en la frente; luego, con un salto me aproximaría al jefe de los guardas que estaba junto al bar y le dispararía de cerca, esperando solamente, reforzado con la pistola del jefe y ya bien cubierto, la entrada de los otros dos guardas; si estos tardaban, subiría al techo para salir a los jardines de la quinta y de allí irme a las arboledas de los alrededores y comenzaría a bajar hacia la ciudad. Un vistazo final por la ventana

del baño, antes de comenzar la acción, vino a darme la solución realista, contraria a la del sueño. Imposible hacer nada. Lo más que habría conseguido hacer no habría pasado de matar al gringo y al jefecito salvadoreño. Afuera, además de mis custodios, había un grupo de policías, con ametralladoras de mano, que habían llegado acompañando al gringo en su auto; charlaban animadamente y yo paré de contarlos cuando llegué a cuatro. Tal vez un guerrillero habría actuado distinto, pero yo no soy un guerrillero y decidí dejar el revólver en paz. Sin embargo, aquella visión del arma encima de la mesa de noche, me serviría de mucho para esperar de entonces en adelante el aparecimiento de los imponderables, de los azares, de la magia del mundo, y tener preparado el espíritu a fin de, llegado el momento, poderlos integrar a una acción verdaderamente provechosa. Los acontecimientos posteriores me harían agradecer esta disposición de ánimo. Volví a la mesa del gringo y él, sin saber que acababa de estar a punto de morir, continuó hablando, como Fray Luis de León al volver a su cátedra después de años de retiro forzoso. Después de una media hora de interrogatorio, cogió sus papeles y el resto del *whisky* que quedaba en la botella, lo metió todo en la maleta y se fue.

El interrogatorio del día siguiente tuvo desde el inicio un tono muy grave: el ultimátum aceleraba. «No comprendo por qué te empecinas en callar si estás frito de todas maneras, frito en todas las direcciones». Pasó otra vez revista a los cargos y a las consecuencias más probables de mi negativa, con todos los detalles del caso. Después de una pausa de aspecto reflexivo, se lanzó a fondo. «Mira muchacho, voy a decirte algo más para hacerte comprender hasta dónde yo tengo razón. Tú te niegas a hablar y te basas en el honor partidario. Crees que estás haciendo un papel de héroe y eso te halaga. Crees inclusive que si este problema termina por costarte la vida vas a pasar automáticamente a ser un héroe venerado de la Revolución. Te aseguro que nada de eso, absolutamente

nada de eso se va a cumplir. Recuerda que en este lío estás completamente solo frente a nosotros. Tu Partido no tiene ni la menor idea de dónde te encuentras. Y aquí no te van a ayudar tus amigos soviéticos o cubanos. Luego, debes comprender que cuando yo digo que hay que liquidarte, hablo de hacerlo en una forma total, liquidando inclusive todo buen recuerdo tuyo. Por algo creemos los cristianos que la vida de los hombres no se acaba con la muerte. Veamos los siguientes hechos. Tu Partido no sabe que nosotros tenemos todo este caudal de información sobre sus planes subversivos y sus contactos internacionales. Nosotros le haremos saber a tu Partido, por medio de la gente que tenemos dentro y por otros medios a nuestro alcance, insospechables, que toda esta información nos la diste tú. Les diremos que antes de morir trataste de salvar el pellejo y hablaste, traicionaste, delataste a tus camaradas. No vas a quedar como un héroe para la historia sino como un traidor. Y no solo como un traidor sino como un cobarde y un imbécil pues, a pesar del deseo de salvarte y de la delación, perdiste la vida. ¿Crees que en esas condiciones el Partido te va a mandar a construir estatuas? ¿Qué van a decir tus hijos cuando les griten que su padre fue un delator, cuando se los echen en cara en la escuela y en la calle? Se van a tener que cambiar el nombre. ¿Quién va a defenderte? Poco a poco, el rumor va a salir de las filas del Partido. En el país tú eres una persona muy conocida, tienes muchos amigos y muchos enemigos: muy pronto la noticia se hará pública. Entonces nosotros, muy democráticamente, recogeremos la *vox populi* en la prensa nacional. ¿Qué te parece el cuadro? Es bien distinto del que pensabas dejar al morir, el de las estatuas y las banderitas ¿no es cierto? Solamente impidiendo que el ejército te mate podrás evitar esto. Solamente estando vivo podrás salir adelante y con honor de esto. Eres lo suficientemente hábil, pero muerto no podrás hacer nada. Repito: el camino que yo te ofrezco es el único que podrá salvarte». Para qué ocultarlo: este argumento fue el único que me

golpeó profundamente durante todo el interrogatorio. El americano se dio cuenta de que había tocado en carne viva e insistió con malignidad en esa dirección. Apoyó su argumentación, tratando de malquistarme con el Partido. «Los dirigentes obreros de tu Partido, piensan, y lo dicen, que tú no eres más que un hijo de puta pequeño burgués, un intelectual rémora, un mierda. Aquí tengo las informaciones por escrito, las palabras textuales». Y me lanzó un informe sobre supuestas conversaciones de camaradas sobre mi persona. «Y tú, defendiéndolos. Es ridículo. ¿Qué crees que estos camaradas tuyos dirán cuando sepan que eres un traidor? Se van a morir de risa. ¿Vieron? —van a decir —ya lo decíamos nosotros». El tipo mataba tres o cuatro pájaros de un tiro: se aprovechaba de las contradicciones que siempre existen en las organizaciones, me hacía saber que estaba superinformado de todo lo que pasaba en el seno del Partido y me tocaba el orgullo. Había un detalle a pesar de todo que me favorecía: el Partido, mejor que nadie podría saber los límites de mi capacidad de información respecto a su trabajo ilegal y suponer que yo no podría de ninguna manera haber dado a la CIA la casi totalidad de las informaciones que el gringo traía en su maleta. ¿Pero era esto seguro? ¿No podía de cualquier modo imponer la calumnia un trabajo bien dirigido por los agentes especializados del enemigo? La infiltración en nuestras filas existe, no es un invento de la burguesía radicalizada o de los ultraizquierdistas. Una cólera sorda surgió en mí, contra todo el mundo, mientras le daba vueltas en la cabeza a la perspectiva de una inmortalidad en que me tocaría participar como supuesto hijo de puta. Como dicen que les pasa a los que se están ahogando, mi vida partidaria pasó vertiginosamente frente a mis ojos interiores, como una película. Mi ingreso a la juventud, mi primer viaje a la URSS, las discusiones en los círculos de estudios, la primera reunión de célula, las luchas estudiantiles, las persecuciones furiosas de la policía, las primeras cárceles, la primera clandestinidad. Pero me di cuenta de que inte-

grar estos elementos a la contrargumentación era poco práctico: demasiados hechos a contemplar para la rauda síntesis que necesitaba. Escogí pues, las armas más elementales, las de la batalla individual, las del orgullo. «Este hombre es mi enemigo —pensé— en una batalla que se ganará o se perderá en este lugar, a lo largo de este interrogatorio, en el secuestro. Si para ganar esta batalla debo arriesgarme a descansar en paz en una tumba de mierda histórica, no debo vacilar. Las leyes de la lucha de clase son inexorables y cuando uno las olvida, debe pagar un precio muy alto. El mío será ganar una batalla que todo el mundo creerá que perdí con deshonor. No cabe duda que, para un autor teatral, el final es casi familiar, excelente materia para una pieza que no será escrita nunca». Y le dije al gringo, con voz muy débil (mucho más balbuceante de la que usaba diariamente desde mi posición defensiva): «Póngase usted en mi lugar. El problema es que realmente, yo no sé nada de lo que usted quiere que le diga, señor. La muerte y la mierda me van a caer encima sin la menor culpa». Entonces el americano se enojó de verdad. Dijo que ya estaba aburrido de oír mis estupideces y que se iba mucho al carajo, pues tenía el sueño atrasado a causa de sus esfuerzos por salvarme la vida. Iba a hablar conmigo —agregó— solamente una vez más: a él no le importaría que me mataran, pues en el fondo yo era un sinvergüenza, un comunista hipócrita y cobarde, incapaz de hacerse responsable de sus actos, un niño de su mamá metido en cosas de hombres, cuya vida había sido excesivamente fácil, pero que eso se había acabado de una vez y para siempre. Los guardas entraron a la casa al irse el americano y comenzaron a jugar a las cartas. Yo me fui a la cama y me dormí de inmediato, agotado.

Uno de los guardas me despertó para darme un poco de leche caliente. El sol de un día más estaba ya en las alturas. El guarda, el que hacía dos o tres días me había aconsejado confesarle todo al gringo para salvar la vida, se quedó allí y, después de vacilar

un poco, me habló. «Mire, bachiller —me dijo— ya ve que uno ha tratado de ser lo más correcto con usted. Yo quisiera merecer de usted un favor. Me han dicho que sigue negándose a confiar en el míster. Como usted ya sabe que con eso se está jugando la vida, no se puede decir que se trata de una tontera pues un hombre bien preparado y responsable de sus hijos debe saber lo que hace. Ahora bien, si a usted lo van a matar, yo quisiera que me quitara una curiosidad, pero que me diga la verdad, de hombre a hombre. Y si usted no quiere hablar de eso conmigo, dígamelo sinceramente, para no insistir. Yo quiero saber cómo es realmente del comunismo, cómo es Cuba, cómo es Rusia. A nosotros nos hablan mucho de eso pero hasta ahora yo no he conocido a nadie que me diga "yo lo vi". Por eso quiero que usted me lo cuente, ahora que estamos solos y que tenemos un poco de tiempo». Acostumbrado a estar en guardia, lo primero que pensé fue que este hombre podría ser una vía más de aproximación del yanqui hacia mí. Luego me dije que yo no perdía nada con darle mis opiniones sobre experiencias realmente vividas. El tono del hombre me seguía pareciendo auténtico, me pareció que efectivamente planteaba una necesidad interior. Durante un par de horas intenté explicarle muy esquemáticamente lo que es la revolución, el socialismo, el imperialismo, las razones de lucha de los revolucionarios salvadoreños. Y le conté lo que vi y sentí en Cuba. Él pasó a hacerme preguntas concretas sobre las ventajas que habían obtenido los trabajadores y los pobres bajo el régimen revolucionario: salarios, precios de las cosas y los servicios, etc. Se interesó especialmente por el problema de salud, por la vida de les campesinos y los peones. Cuando terminé de hablar, asintió meditativo y no comentó mis palabras. Al cabo de unos momentos, me dijo: «No me lo va a creer, pero a mí se me murieron mis tres hijos en una sola noche. El recién parido y los dos grandecitos, de una misma fiebre. Como en el campo no hay doctores, cuando llegamos al Hospital de San Miguel ya mis criatu-

ras se habían muerto. Tuve que pagar para que ingresara mi mujer porque en las salas de caridad ya no había camas. Entre eso y los entierros tuve que vender mi crianza de chanchos y el pedacito de tierra con el rancho. Después me metí a policía porque fue el único trabajo que encontré».

Al día siguiente apareció una variante en la pesada rutina. El yanqui apareció a eso de las nueve de la mañana, todavía furioso o aparentando furia. Hacía un calor extraño en aquella zona escogida para las grandes residencias de los millonarios de mejor gusto a causa de su clima guatemalteco. Con gran violencia echó sobre la mesa la maleta portadocumentos y portawhisky y bufando, gesticulando, metiéndome casi el dedo índice entre las dos cejas, pudo gritarme, finalmente: «Te darás cuenta de que sigo tomándome molestias para salvarte la vida, dramaturgo. Pero recuerda que yo no soy el hombre del Pen Club o del Actor's Studio. Sacó un nuevo legajo de papeles de la maleta (era un nuevo legajo en el que predominaban los tonos azules y amarillos del papel de copia) y una gran libreta. Subrayando cada palabra, dijo que iba a darme la última oportunidad y que esperaba que yo tomara bien en cuenta lo que iba a hacer por mí, pues lo que iba a ver no era frecuente en los casos políticos que manejaba la Agencia. Por primera vez mencionaba por su nombre a lo que podríamos llamar, de acuerdo a mi experiencia cubana su «centro de trabajo». Con el legajo en las manos fue hacia la puerta que daba al patio y sacando el brazo llamó a alguien con su habitual «trip-trap» de los dedos. Esta forma de llamar, demandando prisa, es particularmente chocante en El Salvador ya que comúnmente se usa para azuzar a los perros. Y ya han matado a más de alguno por usarlo en mal momento, a la hora de los meados calientes. Por la puerta que el americano entreabría entró, además del sol matutino que estaba justo encima de la panza mayor del Cerro de San Jacinto, un hombre pequeño, blanco, vestido deportivamente, de anteojos oscuros. Avanzó rápidamente

hacia mí, sobrepasando en la marcha al yanqui y me extendió la mano al tiempo que me saludaba con el evidente interés de parecer despreocupado y ágil: «¿Cómo andas, Roberto?». «Me llamo José —le dije—». «Antes te llamabas Roberto —insistió— ¿cómo andas?». El acento cubano era inconfundible. Vi su mano extendida: temblaba levemente. Se la estreché con rapidez y le dije: «Eso es claro: ando de lo más jodido ¿no lo sabe usted? Si no me equivoco no es usted salvadoreño, ¿es usted cubano?». Fingió asombro: «¿Vas a decir que no me conoces, chico?». «Efectivamente —balbucee— si me lo pregunta tengo que decir la verdad, que no lo conozco. Por lo menos que yo recuerdo, no le he visto a usted en mi vida». El americano se había aproximado y, sentado en una butaca, anotaba parsimoniosamente en su libreta, todo lo que iba pasando ante sus ojos, el irregular diálogo aquel, supongo yo. El cubano siguió: «Así que no me conoces. Entonces, dime tú, ¿quién coños te dio el dinero para que viajaras de La Habana a El Salvador? ¿Quién coños te arregló el pasaporte falso? ¿Quién coños te dio las instrucciones para que vinieras a joderle la paciencia a esta gente? ¿Acaso no fui yo, tu camarada, Víctor?». Como yo me quedara callado, el cubano continuó, luego de sacarse los anteojos y acercarme más la cara: «Roberto, chico, ¿boberías a estas alturas? ¿No comprendes que yo he venido a salvarte la vida? En el fondo tú eres buena gente, chido. Siempre me caíste simpático, la verdad, y no hay derecho a que te maten solo a ti mientras los verdaderos hijoputas se quedan al aire libre. Yo estaba engañado como tú, chico, y ya ves que tuve los cojones para dar el salto. Hasta hoy te has portado como un comemierda, pero debes terminar con esa bobería. Los señores acá te puedan dar las mejores garantías para que salgas bien de todo esto. Yo sé hasta dónde tú estabas comprometido con los dirigentes fidelistas y frente a mí no vale la pena que niegues nada. Si estuvieras en manos de los comunistas en estas condiciones, hace rato estarías torturado y muerto. Compara,

chico, compara». No sé por qué me vinieron a la cabeza algunas premisas propuestas por Lewis Carrol, para que uno busque la conclusión, en el comercio del silogismo: «Algunas ostras son silenciosas; las criaturas no silenciosas son divertidas». «Todos los canarios bien nutridos cantan potentemente; ningún canario se siente melancólico si canta con potencia». Por primera vez, desde la captura, me puse verdaderamente furioso. El gringo era un hijo de puta de una manera natural, producto de un sistema de largo desarrollo nacional: este cubano, para llegar al mismo lugar, tuvo que traicionar a su país, a su idiosincrasia. Algo tuvo que ver asimismo en mi furia la calidad de la actuación del autonombrado Víctor. Lentamente, mirándolo a los ojos achinados, le gruñí algo como lo siguiente: «Usted era lo único que faltaba. El gusano cubano que tenía que aparecer de un momento a otro. Claro, ahora resulta que usted era el agente castrista que me entrenó en Cuba y ahora surge a la luz, en el campo enemigo, para ponerme la soga al cuello. Yo no soy autor teatral, soy fabricante de bombas y el gobierno cubano está formado por una punta de idiotas que le permiten hacer turismo a gentes como usted para que entre paseo y paseo vayan a interrogar a los comunistas presos. Esto no se lo traga nadie. Yo no lo conozco a usted y no sé nada de todo este asunto. No voy a mentir contra gente inocente ni contra mí mismo. Ustedes pueden hacer lo que les venga en gana. Yo no puedo evitarlo». Y dirigiéndome al gringo le dije en voz alta: «¿Qué necesidad hay de que me traigan mierdas como esta?». Me miró con un gesto indiferente, indefinido, en el rostro, entre aburrido e incrédulo, como diciendo: «Tú estás actuando también». El gusano sudaba como si estuviera en julio en La Habana y mascullaba nerviosamente: «Ya tú verás lo que te va a pasar, chico, ya tú verás». A las claras se veía que no las tenía todas consigo. Por alguna razón se sentía inseguro y vacilaba a ojos vistas. Yo —persona de temperamento nervioso, débil de carácter según mi mujer, pero con alguna capacidad de análisis— sentí

palpablemente que podía mantener la ofensiva. Pero me sorprendí momentáneamente cuando le pidió al americano que nos dejara solos. El americano salió, malhumorado. Estando ya a solas, el gusano volvió a cambiar de tono y de actitud: volvió a ser amable y pegajoso. «Vamos, chico, yo solo te pido que reflexiones. A ver, fúmate un Camel». Aproveché la oportunidad: «Si usted me conoce tanto como dice, deberá saber que yo no fumo». La verdad es que sí fumo, pero yo había comenzado a pensar en los micrófonos ocultos. El gusano asimiló muy bien el golpe, se hizo el desentendido e insistió: «Aquí entre nosotros, te digo que no seas bobo, chico. Debes evitar que el ejército de tu patria se manche las manos con tu sangre. En el fondo eso es lo que quiere Castro y su gente. Por joder a este país, nada más. A los americanos, en cambio, tú les podrás sacar el dinero que quieras y con él irte a vivir a Estados Unidos, como un rey, coño. Basta con que nos digas un par de cositicas que nos interesan. Si no quieres hablar de tus compañeros, trabajar para nosotros en el Partido, bueno, chico, eso es comprensible. Pero aún podremos entendernos en otros niveles. No creas que si confiesas algo acá, si colaboras en esta ocasión con los americanos, te vas a comprometer para toda la vida. No, chico. Ellos son gente muy decente y muy práctica, siempre cumplen lo que prometen. Si no fuera así, carajo, nadie les haría el menor caso. Por un par de datos que nos des, chico, aseguras tu vida futura y la de tus hijos y tu mujer. Para siempre chico. A cambio de un par de datos que, a lo más, lo que evitarán será que en este país se den los muertos que en Guatemala o Venezuela». Y los de Cuba, y los de Vietnam, pensé, los muertos por culpa de los gringos. Pero dije otra cosa: «¿Y cuáles serían esos datos?». Rápidamente me contestó, crispado: «Lugares de reunión del Comité Central del Partido Comunista salvadoreño». Para evitar los muertos. Pero de inmediato, como quién comprende que se le ha ido la mano, agregó: «Pero incluso eso no es para tanto, chico, eso es mierda. De manera urgente, lo

que necesitamos saber es quién tiene los microfilms que tú trajiste de Cuba, dónde están, qué uso se les ha dado?». Otra vez el surrealismo, pensé, pero no tuve más remedio que responder: «¿Qué microfilms?». Y luego: «Volvemos a las acusaciones fantásticas». «Los microfilms que yo te preparé, los que yo te oculté en el zapato izquierdo y te entregué en el Habana Libre». «Y se puede saber qué carajos contenían esos microfilms, que no recuerdo? ¿La fórmula de la bomba atómica cubana?» —pregunté con la poca ironía que me quedaba de los últimos días. «Tú sabes que ni tú ni yo lo sabíamos ni lo sabemos: era material cifrado». Genial. De nuevo la acusación prototípica que se me venía haciendo desde el inicio de los interrogatorios: truculencias impresionantes para sacar quién sabe qué tipo de verdades menores y para ir creando las condiciones del ablandamiento, de la preparación sicológica para la colaboración. En este terreno, dar el dedo meñique significa dejar que te cojan el brazo, el alma. Sin exagerar, la lectura de los cientos de novelas policiales y de espionaje que yo devoré por años y años, me ayudaban a buscar en cada situación absurda la posibilidad final ordenadora. Si me hubiera guiado por las enseñanzas de la gran literatura, no sé a dónde habría ido a parar mi sano juicio. «En cuanto a los lugares de reunión del Comité Central —dije, por poner los pies en la más sólida de las informaciones requeridas— espero que los compañeros los cambiarán cada vez. Tampoco en eso puedo informar nada. Absolutamente nada». Lo grave vino cuando el tipo comenzó a decirme que él y yo deberíamos defender la democracia del peligro comunista-castrista: yo no me pude contener y solté una carcajada interminable. El tipo se ofendió y me insultó, amenazando con que él personalmente me iba a torturar. Cosa que, en los hechos, vino muy bien para cerrar aquella situación estúpida, pues me sentí estimulado a usar mi florido lenguaje salvadoreño, el salvadoreño de los intelectuales del mayor nivel y le dije que se fuera a comer mucha mierda, que para mí él no era más que un simple

gusano hijo de mil putas y que todo jodido como yo estaba, me cagaba en él y en toda su parentela. El desahogo me cayó en el cuerpo como una copa de oporto después de resolver una escena polémica con el equipo de dramaturgia. Estábamos ya forcejeando cuando entró el gringo a imponer el orden alterado. El gusano se quejó de que le había tomado el pelo y yo argumenté en el sentido de que si alguien me decía una cosa cómica yo me reía siempre, aún al borde de la tumba. El gringo hizo «trip-trap» y el gusano se fue, pálido. Me sentía condenadamente bien, como diría un traductor de Hemingway.

El americano terminó de escribir una nota sobre una hoja membretada y me la pasó para que la leyera, al tiempo que me decía: «Bueno, yo no tendré la culpa de tu muerte. La sentencia te la has buscado tú». La nota decía que, habiéndoseme presentado a «Víctor», oficial de la inteligencia cubana, que se había encargado de supervisar mi instrucción militar irregular en La Habana, y habiéndome negado yo a aceptar que conociese siquiera a aquel individuo, el encargado principal de la investigación (o sea él, el americano) decidía: 1º) que era evidente que yo no tenía el menor propósito de colaborar ni en el presente caso ni en ocasiones futuras con la agencia investigadora y por lo tanto, 2º) la susodicha agencia comunicaba al Estado Mayor del ejército salvadoreño que deponía su interés en mi caso y que devolvía mi persona a la jurisdicción de dicho Estado Mayor a fin de que se tomaran las medidas consideradas convenientes. Le devolví la hoja, encogiéndome levemente de hombros en señal de impotencia. Él se marchó, dando un portazo recapitulador.

Esa misma noche me trasladaron nuevamente a la cárcel policial de Cojutepeque, cuya sola imagen, después de que me había ambientado en la *garçonniére* del coronel Guerrero, me erizó el cuerpo. Habría comenzado a resfriarme otra vez, después que la gripe había cedido con los baños de agua caliente de los últimos

días. Y los nervios comenzaron también a mostrar la cuenta por la tensión prolongada. En el trayecto hacia Cojutepeque comencé a sentirme realmente mal y como algo debía hacer, le pedí al agente que iba conmigo dentro del panel (los otros iban sentados en la cabina del chofer) y que precisamente era aquel a quien le había narrado casi póstumamente mi concepción de la revolución y mis experiencias cubanas, que me regalara unas monedas para hacer que los guardianes del puesto me compraran pastillas para la garganta y aspirinas. Después de hurgar en su cartera, puso en mis manos un billete y me dijo: «Perdone que no le dé más, pero es el único peso que me queda». Yo quise echar entonces pie atrás, pero él fue terminante: «Déjese de babosadas, bachiller. Hemos estado presos juntos varios días. Y no se lo diga a nadie, porque me amuela para toda la vida». Después de un momento —el vocerío de las vendedoras de golosinas al paso de los buses y los autos indicaba que estábamos a punto de entrar en Cojutepeque—, agregó: «Otra cosa. Después de lo que usted me estuvo contando del comunismo la otra mañana, he estado pensando mucho. Si lo que me dijo es verdad y usted lucha por eso, dispénseme que le haya aconsejado el otro día que hablara, que se lo dijera todo al míster. No les diga nada, ni al míster ni a nadie. Cumpla su deber como hombre y siempre va a estar contento. Que Dios lo bendiga».

En la muy corta distancia entre el lugar donde se detuvo el vehículo, a unos metros de la entrada principal del puesto y la celda a la que volvía, pude percatarme de que la situación había cambiado de nuevo para mí. Me hicieron apresurar el paso a empellones y de la negrura de los corredores surgieron a mi paso insultos variados y burlas. Quien me metió a la celda fue un inspector de apellido Lara o algo así, que mientras luchaba para abrir la cerradura pasó a informarme casi con parsimonia que me quedaban muy pocas horas de vida. «Tu mujer ya debe estar presa —agregó— y si no acepta quedarse callada cuando te maten, no va a salir libre

jamás. Se acabaron las contemplaciones. ¿Qué carajos tenías que venir a hacer a nuestro país, a agitar a la gente que después es la que sufre las consecuencias? ¿Por qué no te quedaste en Rusia o en Cuba? Ustedes los comunistas solo a tiros entienden». Me fue difícil dormir esa noche. En la celda todo seguía igual, el catre de hierro, los periódicos que me servían de colchón. Pero el clima era mucho más opresivo. Me preocupaba más que todo lo que pudiera pasarle a mi familia. ¿Se atrevería el gobierno a llegar hasta eso? La verdad era que la situación política nacional no parecía requerir medidas extremas. Precisamente yo volví de Cuba en vista de la calma chicha en que había entrado el país: auge económico relativo por la subida de los precios del café, disminución del desempleo, suspensión de la represión aguda contra la izquierda, el Partido concluyendo que había pasado la situación revolucionaria, substituida por un reflujo profundo del movimiento de masas, que la lucha armada y todo lo que se le pareciera quedaba fuera de toda consideración. Según noticias que circulaban a partir de los círculos mejor informados, se había llegado a desmantelar los aparatos clandestinos de autodefensa y la orden del día, para todos y cada uno de los militantes era: «A conquistar las masas para avanzar pacíficamente». Y cuando ingresé al país por la vía clandestina y llegué hasta la capital para hablar con el Comité Central, aquella orden del día se particularizó en lo referente a mi situación: «Debes ganarte la calle, es decir, la legalidad». El proyecto era que yo volviera a la Dirección del Teatro Universitario, por medios democráticos, por la presión de las masas estudiantiles. ¿Cuándo fue la última vez que los métodos democráticos consiguieron algo en El Salvador? En la época precolombina, claro, pero no está probado si fue entre los pipiles, los lencas, los chortís, los pocomames o los ulúas. Mi proyectado cursillo de materialismo histórico para dirigentes de grupos de auto-defensa fue rechazado. Muy pronto me sentí ridículo insistiendo en trabajar en la clandestinidad, insisten-

cia basada únicamente en mi creencia de que el hecho de venir de Cuba, aunque fuera de hacer teatro, me hacía una presa codiciada a los ojos de la policía. «¿Qué no comprendes, en resumidas cuentas de que no hay clandestinidad en estos momentos en El Salvador? —me dijeron—. Por lo menos por ahora». Antes que me insinuaran que tenía miedo y que me había acomodado en Cuba, me lancé a la calle. Supongo que se me fue la mano porque en ese lanzamiento me cogieron. Pero iban a cogerme de todas maneras: mi casa estaba rodeada por la policía las veinticuatro horas del día y la Corte Suprema decía que sin embargo ello no me impedía ejercer mis derechos ciudadanos. Claro, sin clandestinidad en El Salvador, tampoco había refugios. Y así me convertí en el único preso político del país en aquellos momentos, más bien dicho, en el único secuestrado político. A pesar de todo, yo veía muy difícil que el gobierno llegara hasta golpear a mis hijos, a mi mujer. No era necesario y habría sido contraproducente para sus fines. Lo que yo debería tratar de desentrañar bien, a base de análisis, era si había condiciones de política nacional, de ambiente, para asesinarme. Porque antes del asesinato puro y simple existían sin duda otras posibilidades siniestras: interrogatorios bajo tortura, juicio militar amañado, escándalo público para montar una provocación y coger el Partido precisamente «en la calle». Me sonaba en el oído la petición del gusano cubano de que yo revelara los lugares de reunión del Comité Central. Menos mal que, al parecer, alguna clandestinidad quedaba.

El estilo brutal de trato se mantuvo durante todo el día siguiente. No me llevaron ni las consabidas sobras de comida. «No han renovado la orden y el jefe está fuera» —me dijo Canessa. Sin embargo, hubo el caso de dos o tres policías que me dieron sutiles muestras de solidaridad: un guiño de ojo, el pase de un cigarrillo a escondidas. Uno de ellos llegó al máximo. «Aguántese —me dijo— y rece mucho. Todo el mundo sabe que usted es persona honrada».

Pero la mayoría seguía quejándose por tener que vigilarme noche y día echándome la culpa por estar allí.

Mientras tanto, independientemente de todas estas peripecias de los hombres, con el desarrollo del año el frío arreciaba y estaba a punto de ser plenamente europeo. Llovía de improviso, a cualquier hora del día y de la noche, sin violencia, más bien tristemente, cansonamente, como propiciando la frecuente niebla. La gripe se prolongaba días y días, se había vuelto crónica y me destrozaba la garganta. Entré en un continuado estado febril que me debilitaba mucho: me deprimía durante el día y me producía pesadillas durante la noche. Para llover sobre mojado, como decimos en El Salvador, una noche me picó una alimaña en una pierna. Sentí el piquetazo como una quemadura, pero no pude matar al animal. Supongo que sería un alacrán, porque se me durmió la pierna y sentí que la lengua se hinchaba en mi boca y se insensibilizaba. La sobrefiebre fue tremenda, con la única ventaja que me hizo dormir mucho. Pero el dolor tardó días en ceder, aunque en el lugar donde mordió el bicho se notaba tan solo una ronchita, como cuando la agresión ha venido de una hormiga. Un guardia me decía que a lo mejor había sido efectivamente una hormiga. Una hormiga que antes de picarme a mí hubiera comido del cuerpo de algún animal ponzoñoso.

En uno de los periódicos que me seguía haciendo llegar el sargento humanitario de que antes hablé, pude leer un pequeño manifiesto (en espacio pagado) de los muchachos («los escritores y artistas jóvenes de este país»), bastante enérgico, protestando por mi captura e inquiriendo por mi suerte. Roberto del Monte (¿dónde estaría metido que no lo pude ver nunca a mi regreso, con lo bueno que habría sido, aunque solo fuera para reglamentar nuestro distanciamiento y darle bases sólidas / operativas /, fructíferas para todos, etc.?) encabezaba la lista, estimulantemente larga, la mayoría de cuyos nombres pertenecía al grupo que en las

últimas antologías se clasifica como de «los novísimos». Esto me dio mucho ánimo. ¡Qué bueno es saber, cuando uno está solo, que no está tan solo. Cada nombre fue considerado por mí de manera especial: abrí un expediente mental sobre su dueño que, en algunos casos, me llevó hasta media hora. Tirso, qué bien, regresó al país. Manlio, Arturo (¿cómo se atrevió?), Alfonso, Ricardo, Álvaro. Pero lo más impresionante fueron las ausencias. No sentí al gran número de ausencias nacionales que faltaban. Ni a los intermedios. El pintor Salmerón, el doctor Fernández, Pedro. Me pareció lógico y hasta honorífico. Pero ¿y Carlos Lanzas? Si firmaba hasta el pobre ingeniero Pares, que no la debe ni la teme en otra cosa que no sea la mariguana y gustarle los muchachos. ¿Y Eugenio? ¿Y Martell? ¿Y Rebellón? Mario, de pronto, me dolió profundamente, de una manera distinta, es claro, aunque me consolé asegurándome que de estar vivo habría firmado a la par de Roberto, allá bien arriba. Y de no haber firmado habría sido por andar borracho y no se lo habría podido ubicar, lo cual es harina de otro costal y siempre se lo perdonamos todos. Fue quizás la primera vez que me di cuenta de que Mario iba a estar ya, en adelante, ausente de todo. En el fondo se lo reproché, porque supongo que la culpa fue suya. Fue el más deformado de todos nosotros, tal vez, pero de seguro el más profundo, el único verdaderamente trágico. Y no es porque ahora esté muerto. Fue el de mayor talento creador, el más original, qué carajo. Cuando supe de su muerte absurda, no pude hacer otra cosa que lo que él hubiera hecho al saber la mía: me fui a un bar de La Habana, que me había recomendado Roberto, y me emborraché hasta terminar preso. La vigilancia en mi contra seguía siendo rigurosa, pero poco elástica, demasiado sostenida y uniforme como para no volver a caer, igual que la temporada pasada, en el relajamiento. Esta vez bastaron menos de tres semanas. Los vigilantes seguían concentrando su atención en la zona de la pared interior cuyo repello se derrumbara con el temblor. En las revisiones diarias

de la celda continuaban limitándose a comprobar si aquella zona permanecía sin modificaciones. Pasé a ordenar de nuevo mi teatro de operaciones, en aquella batalla aún difusa que me disponía a dar y que quedara pendiente cuando el hombre de la CIA me llevó a «Pinar del Río». En primer lugar hice un estudio minucioso de los ángulos de visibilidad que desde el patio era posible utilizar contra el interior de la celda para garantizar mi control: llegué a marcar las zonas que escapaban a la visibilidad de los guardias, cualquiera que fuera su ubicación exterior y cualquiera que fuera la cantidad de luz o de sombra existente. Así pude ubicar con alguna exactitud, y restringiendo lo más posible el plano hipotético, qué alcanzaba a ver y qué no miraba el guardián dentro de mi celda, de acuerdo al lugar que ocupara en el patio a determinada hora del día. Eran dos los ángulos de la celda (formados por las intersecciones de las paredes paralelas de fondo con la pared frontal donde estaba empotrada la puerta) que no podían ser objeto de vigilancia visual directa ni aún cuando el guardia colocara el rostro sobre los mismos barrotes. Ellos no tenían un espejo que los ayudara. Y el Hombre Elástico no existe. Y de existir no iba a ser un policía de Cojutepeque. Además de los ángulos, la falta de visibilidad era apoyada por el grosor de los barrotes de la puerta, no hay mal que por bien no venga.

Asimismo, no sin tener que vencer primero melindres de gran raigambre, pasé a utilizar normalmente el interior de la letrina. Esta letrina era un pozo de unos tres metros cúbicos, repartidos bastante mal, en forma que su profundidad venía a ser de un metro y medio a lo más. La porquería se aglomeraba en la parte céntrica del fondo, bajo el agujero, como el cuerpo de un volcán, y en los cuatro ángulos quedaban espacios perfectamente limpios donde eventualmente se podría depositar objetos. Todo ello fuera de que el pozo de la letrina sería siempre el gran receptáculo para la tierra que iban a producir los eventuales agujeros, cuevas, etc. Pude com-

probar de la mejor forma la situación interior de la letrina un día que hice creer al vigilante que se me había caído dentro mi único pañuelo, al salírseme del pantalón mientras, distraído, defecaba. El tipo me prestó su lámpara de mano y me alcanzó una vara para sacar el pañuelo (que seguía, desde luego, en mi bolsillo). Exploré visualmente todas las posibilidades del pozo y luego le dije al guardia que el pañuelo se había enmerdado y que era mejor dejarlo allá abajo para siempre. «Yo nunca he usado paño» —comentó aquel policía colaborador, como para consolarme—. Los paseos de mis vigilantes para ir a tomar agua, fumar un cigarrillo, etc., se prolongaban cada día más y llegó el momento en que vine a darme cuenta con sorpresa de que había pasado la mañana prácticamente a solas o que en la tarde estuve vigilado visualmente por solo una media hora, repartida inclusive en pedazos de cinco o diez minutos. Con esta situación y la motocicleta-espejo funcionando matemáticamente, con la planificación angular de mis movimientos para defenderme de la inmediatez de los guardianes, con un buen *stock* de instrumentos primitivos y menos primitivos (cuchillo de hueso, flejes hechos cuchillo) en la letrina y en los escondites de la pared, la necesidad de dar pasos más audaces me gritaba al oído. Sí, pero ¿qué pasos, en qué dirección?

El primer plan que me tracé fue el de construir un tunelcillo del grueso de mi mano y de mi brazo, a través de una de las paredes laterales de la celda, la que significaba una prolongación del muro del patio y detrás de la cual era evidente que durante todo el día se desarrollaba una intensa actividad humana a juzgar por los ruidos de trabajo (martilleo, serruchamientos, camiones descargando piedra o ladrillo, gritos de obreros, órdenes de capataces). Pensé que si lograba atravesar la pared podría, simplemente para empezar, comunicarme con los trabajadores, pasarles una notita donde se narrara mi situación y se pidiera avisar a mi familia sobre mi paradero. Con todos los riesgos que aquella llana confianza en las

masas anónimas implicaba para alguien que conoce por lo menos de lejos los criterios leninistas de organización, el plan me pareció digno del esfuerzo y la tensión. Lo de hacer el agujero fue muy difícil, una operación repetida que a su vez estaba formada por numerosos movimientos interpendientes: abrir el repello o costra superficial, sacar la tierra, echarla en la letrina, introducir en vez de la tierra piedras, pedazos de teja o de madera en la boca del agujero que tenía el tamaño de mi puño; cerrar todo con lodo para matar la solución de continuidad en la pared, alisando luego la superficie sin dejar manchas de lodo o humedad en la zona adyacente; echar tierra seca y dispersa sobre el lodo de la boca, como base del maquillaje; ir a la pared de enfrente para raspar con un fleje-cuchillo la costra de cal y echar el polvo así obtenido sobre el lodo y la tierra como maquillaje final, para que pareciera que todo seguía como antes en aquel mi gran obstáculo hacia el mundo. Esos eran los pasos de la operación en sí, pero para cada vez debía tener listos para ser usados, el lodo, la tierra dispersa, los utensilios. Hubo día en que hice la operación completa una docena de veces. En poco tiempo cogí una habilidad suma para aquel trabajo, al grado que comencé a jugar con el tiempo, rompiendo continuamente récords en la duración de lo que para mí era un nuevo paso hacia el exterior. Los vigilantes, aún en los momentos en que penetraban en la celda para hacer la inspección (lo hacían lo mismo de día que de noche) no pudieron advertir que el agujero estaba siempre allí, a unos tres metros al borde de la abolladura que los obsedía. La verdad es que sus señales no eran evidentes: por su textura, aún sabiendo uno que estaba allí, parecía un pequeño cuadro abstracto de Siqueiros, perdido sin embargo entre piezas de Tapies o miniaturas de un Tamayo imposible, formadas en la inmediata superficie por el agua, las telas de las arañas, las capas de cal aplicadas con años de diferencia, los remiendos de quién sabe cuántos presos que no eran albañiles y que fueron obligados a trabajar cada

vez que la pared hizo crisis en algún sitio. Lo malo vino cuando debió haber llegado el triunfo: logré introducir todo el brazo en el agujero pero no logré llegar a ninguna parte útil. Ni mis uñas, ni mis dedos ni mis manos llegaron por allí a tocar el aire, el sol, los ruidos del otro lado. Seguí avanzando, sin embargo, más allá del alcance de mi brazo estirado, usando un alambre grueso de más de medio metro de largo que había podido atraerme de entre los desechos del patio. Pero ni aún así pude lograr mi objetivo. Me amargué profundamente: tanta habilidad, tensión, ansias, pérdidas. Y me encolericé luego. ¿Dónde se ha visto una pared de dos metros de grosor? En los castillos medioevales, en las fortalezas españolas de las costas, pero nada más. Mi cultura cinematográfica es este terreno específico (*El Conde de Montecristo*, *Un condenado a muerte se escapa*, *La guerra de los túneles*), no me ayudaba: no recogía experiencias con este tipo de paredes ni con el trabajo efectuado bajo vigilancia real o inminente.

Un día noté un agujerito en la pared que daba al patio, a medio metro de la puerta y más o menos a la altura de mis rodillas. Empujé en él un palito y se fue íntegro, sin resistencia. Pasó igual con un alambre de unos diez centímetros. Escarbé con el dedo y pronto di con el adobe poroso. En poco tiempo pude meter la mano. Y desde luego, yo no creo en las corazonadas, pero en esos momentos tuve una corazonada. A lo largo de una tarde hice un pequeño túnel, del grueso de mi brazo, hasta llegar al repello exterior de cemento que daba al patio, pude tocarlo con las uñas, resentidas de su asperidad. Sobre aquel agujero iba a poder trabajar con mayor facilidad y seguridad, incluso bajo la vigilancia, pues estaba en una de las dos zonas absolutamente invisibles desde cualquier lugar del patio, aún desde frente a la puerta. Sabía además que allí podía hacer cualquier tipo de agujero y que contaba con un fondo de medio metro más o menos, o sea el grosor de la pared que podía medir en el arco de la puerta. Ahora bien, cualquier agujero practicado allí iría

a salir al patio frente a mi celda. ¿Qué ganaba yo con hacer un túnel para salir al patio frente a mi celda? De pronto me di cuenta: no solo las cosas tienen un movimiento diferente, los hombres tienen el suyo y las circunstancias también. Los fines en la realidad viva se obtienen con una adecuada combinación de las acciones, los hombres, las cosas y las circunstancias. Ganaba todo, perogrullo de mí. O nada. Dependería de esa adecuada combinación. Y de la suerte. Porque si lograba salir al patio en el momento adecuado, podría saltar el muro lateral hacia esa zona desde donde venían durante el día tantos ruidos de trabajo. En el patio había inclusive una hoja de portón, enorme, que podría servirme de escalera.

Tenía, asimismo, que hacer aquel trabajo como los albañiles norteamericanos, con gran calificación, gran acabado, y con normas asépticas. En mi caso se trataba de medidas de disfraz, no de defensa del salario. Por ejemplo, si los vigilantes notaban un exceso de tierra en el piso o heridas y raspones en mis manos, de inmediato habrían caído en la cuenta del tipo de labor que estaba llevando a cabo con cara de convalesciente. De ahí y hasta ahí la invocación de las normas asépticas. Sufrí un golpe cuando dispusieron retirar de la celda un recipiente con agua de beber que en realidad me servía más para hacer el lodo con que taponaba los agujeros. A partir de entonces tuve que beber mucha agua en las horas de comida, al amanecer, antes de dormir por la noche. Les inventé para que no protestaran demasiado o no se negaran a traerme el agua, que yo me deshidrataba con suma facilidad y que por ello debía empanzarme de agua cada vez que podría. Como la materia es indestructible (Lavoissier), el agua volvía a aparecer cuando la necesitaba, solo que transformada en orines. Felizmente no llegó a pasar el tiempo suficiente para que los orines se impregnaran en los lugares en que hacía el lodo y el olor llegara a delatarme. De un túmulo que sobresalía en la base de la pared del fondo, la que daba a la calle, pude extraer una teja casi íntegra,

que me serviría como tapaboca del nuevo túnel, el cual tuvo muy pronto el tamaño suficiente como para meter la cabeza. La compleja operación de abrir, sacar la tierra y volver a cerrar el túnel, que ya describí, tuvo que variar un poco por la disposición y por el tamaño del agujero. Cuando estaba seguro de que la vigilancia estaba en el nivel más bajo, abría el agujero completamente, escarbaba con la mayor velocidad, a dos manos y sin perder de vista la panza de la motocicleta, echaba la mayor parte de la tierra al excusado, luego colocaba la teja en la boca del agujero, orinaba sobre ella, con medida, para no formar una corriente, y encima de los orines echaba la tierra nueva que luego apelmazaba. De acuerdo a la textura de la superficie en el lugar, bastante rugosa, ya la oscuridad del rincón, no se notaba nada anormal con la vista, pero, desde luego, habría bastado hurgar ligeramente con el dedo para que todo aquello se viniera abajo. Me favorecía enormemente que las revisiones en el interior de la celda se redujeron al mínimo y en ocasiones pasaron cuatro días seguidos sin que se efectuaban. Era ya un hecho establecido que los fines de semana no hubiera revisión interior y la vigilancia normal disminuyera aún más. Entre el mediodía del sábado y el amanecer del lunes todo se reducía a que cada hora o media hora llegaba el guardián de turno para ver si no había nada anormal e incluso para ver si yo necesitaba algo, agua, cigarrillos, cuando el tipo pertenecía al ala bondadosa del personal.

Aquel sábado, 24 de octubre, fue como los últimos. No revisión, baja vigilancia. Decidí arriesgarme y dejé abierto el agujero para trabajar en él, ampliarlo y ponerlo a funcionar. Desde afuera los vigilantes estaban lejos de advertir nada sospechoso pues el repello exterior permanecía intacto. Cuando llegó la noche, la noche esencial, gorda y completa de Centroamérica, el agujero, solamente para mí, fulguraba en medio de la oscuridad a pesar de todo menor que él palpitaba como un corazón al revés, girando en su simple permanencia. Ahora tenía ya un diámetro que me permitía meter

no solamente la cabeza sino también los hombros y los brazos. Parecía un nicho en una cueva vietnamita en el cual se iba a colocar una radio grande para oír las noticias del mundo.

Toda la noche del sábado y la mañana del domingo fueron dedicadas a la teoría, al cálculo de probabilidades, a la construcción del plan de fuga. No tenía mucho tiempo como para plantearme todas las posibilidades, por el contrario, debí luchar un poco contra mi imaginación desbocable. El objetivo era salir de allí en las mayores condiciones de seguridad y para ello era preciso ordenar los hechos que tenía entre las manos, aglomerados mentalmente en los meses de detención. Lo primero de todo sería fijar, con referencia a toda esa masa de datos apresuradamente sistematizada, el momento exacto de la fuga, del intento de fuga. Después de eliminar dos o tres posibilidades (la medianoche o la madrugada entumecedoras venciendo la vigilia del guardia, una ausencia de este provocada intencionalmente en el momento justo por el envío de una nota a la Dirección, etc.) ubiqué lo que me pareció el momento ideal. Recordé que inmediatamente después de llevarme la «cena», por regla general casi sin excepciones, el vigilante de turno —que había cenado al mismo tiempo que los demás y cuyas sobras formaban parte también de mi ración— se iba a fumar lejos del patio de mi celda, posiblemente al patio central o inclusive a la entrada principal del puesto (algunos de ellos me contaban, al volver, lo que ocurría en la calle, las muchachas que habían pasado en lo que duró el cigarrillo, etc.). Suponiendo que durante ese lapso yo no estaba interesado en otra cosa que no fuera comer, se me dejaba solo por quince o más minutos. Ese sería el mejor momento para romper el repello de cemento, el último estrato que se interponía entre el aire de la celda y el aire exterior, y salir al patio de los desechos. Tomaría la enorme hoja de portón que estaba abandonada sobre uno de los rincones, la colocaría en el muro, subiría por las molduras y saltaría hacia el terreno vecino. Si en el otro lado iba a

encontrar un campo de trabajo de reos del mismo centro de detención o un taller de carpintería o una fábrica de tubos de cemento o una casa de familia en plena paz hogareña, era algo que quedaba por completo a cargo de mi suerte. Recordé que el peor de los vigilantes, el llamado Canessa, trató de desinformarme después de que me castigaron por puyar la pared con el dedo, diciéndome, como quien no quiere la cosa que allí al lado vivía un capitán del ejército a quien cuidaban de día y de noche por lo menos dos parejas de guardias nacionales, ya que se trataba de un hombre importante y muy estimado por el gobierno.

Último domingo de octubre: día de Cristo Rey. Los sectores más medioevales de la iglesia salvadoreña le han dado a esta fecha un significado fascista como para asustar al más ecuánime: lo que antes era una celebración religiosa destinada a instalar al Crucificado en el reinado de nuestros corazones palpitantes de fe, ahora es una demostración provinciana de la fortaleza creciente de Los Caballeros de Cristo Rey, organización paramilitar impulsada por el ala derecha del obispado nacional y sostenida con ayuda del ejército y del Programa de Ayuda Militar del Departamento de Defensa de los Estados Unidos. Los estandartes de Cristo Rey encabezan así, cada último domingo de octubre, a las falanges de campesinos enceguecidos por la prédica fanatizante, que levantan trecho a trecho sus garrotes de «autodefensa» ornados con listones violeta y amarillo. En ocasiones, cuando el clima ha podido ser exacerbado suficientemente, entre los vivas a Cristo Rey se escuchan vivas a la patria, al ejército, al Gobierno, a la democracia, a la libertad y mueras al comunismo. La procesión local de ese último domingo de octubre en que yo estaba inmerso con los nervios como los de un gato panza arriba, prometía ser imponente, a juzgar por lo que decía la propaganda que desde los autos parlantes se colaba hasta mi celda. Olas de fieles —decía esa propaganda —suben hacia Cojutepeque para rendir homenaje a Cristo Rey, piadoso con

sus hijos, implacable con sus enemigos. Por eso, desde el mediodía los policías del puesto comenzaron a salir en grupos de cuatro a fin de dedicarse a celar el orden para los obispos militantes. Después de las sobras-almuerzo llegó el oficial de guardia y me confirmó el panorama propicio: me aconsejó que si quería beber agua, que aprovechara ese mismo momento porque en toda la tarde no iba a haber apenas personal que pudiera estar llegándome a ver. «Viva Cristo Rey» —grité, con el pensamiento—. Y tomé un poco de agua de manos de mi informante. Como pertenecía al ala bondadosa, me dio también dos o tres cigarrillos y me prestó para leer los famosos libritos de la Biblia, todos del Nuevo Testamento, encareciéndome que no se los prestara a nadie más y que se los devolviera cuando él regresara de su día franco, el próximo martes.

Las horas siguientes fueron de intenso nerviosismo para mí. Bien pronto tuve completamente listo el agujero. Acondicioné mis ropas atándome la bolsa de *nylon* debajo de la camisa y en derredor de la cintura para dar fijeza al pantalón. Y me di cuenta de que debía temer por la fijeza de mis zapatos, un par de zapatos de fantasía, mexicanos, sin cuerdas de amarre, que ya nuevos me quedaban algo flojos, como corresponde a toda la familia de los mocasines. Correr con ellos iba a ser problemático y hasta podrían zafárseme en el peor momento. Entonces me metí entre los calcetines, a manera de vendas, cuidadosamente distribuidas una sobre otra, las páginas de los libritos bíblicos que me dejara el oficial de guardia. Los zapatos quedaron luego bastante firmes. Una vez que consideré que todo estaba listo y no había sino esperar la hora adecuada, dediqué un buen tiempo a tirar suertes con una moneda, buscando los signos favorables para mi destino inmediato. Al final del recuento, las señales favorables eran abrumadoras. Y es que cuando las ciencias ocultas coinciden con el marxismo leninismo hay que creer en las ciencias ocultas. Comenzó a oscurecer. E inclu-

sive la última preocupación moral que me imponía la fuga se vino abajo: Canessa llegó para traerme la cena.

Ese día, quizás por la fiesta religiosa, llegó un huevo frito sobre los restos de comida. Como lo había previsto, Canessa se retiró del lugar en cuanto puso la cena en mis manos. Tragué el huevo de un bocado y tiré el resto de los restos a la letrina, junto a la tierra de mis afanes y la mierda. Esperé un momento para asegurarme que Canessa no iba a regresar de inmediato y me lancé febrilmente a romper el repello. Como hizo resistencia al primer puñetazo, le entré a patadas hasta que se derrumbó, sin mucho ruido por estar el agujero a poca distancia del suelo. Además, para mi buena suerte, comenzó a llover y las gotas golpeaban los enlaminados del techo y hacían ruido suficiente para ahogar mis ruidos eventuales. Me metí de cabeza en el agujero. Pasé fácilmente los brazos y los hombros, pero me trabé por la panza cervecera y luego por el fondillo al corrérseme el *nylon* enrollado. Al final de pujidos sordos, sudores, contracciones y raspaduras, como si estuviera pariéndome a mí mismo, pude salir al patio. Tomé de inmediato la hoja de portón que iba a usar de escalera y que pesaba como un árbol bien enraizado, sacando literal y realmente fuerzas de la flaqueza. De dónde si no. Cuando la llevaba en peso, pasó corriendo un policía más allá del patio, con rumbo a los dormitorios, en una dirección y con un ángulo visual tales, que le habría bastado con mover ligeramente la cabeza para sorprenderme. Me quedé helado pero no dejé de llevar la hoja de portón contra el muro, que tendría unos tres metros de altura. Subí por las molduras y salté.

Caí más pronto de lo que esperaba, como si el piso fuese quien saltara hacia mí. Del otro lado, el muro no tenía ni medio metro de altura. O sea, el piso del terreno contiguo estaba mucho más alto que el de mi celda y el patio frente a ella. Por eso es que no habría salido jamás a la luz con el primer tunelcillo: avanzaba bajo la tierra, como un topo que perdiera el sentido de la orientación. Él

terreno en que caí, como lo habían adelantado los ruidos laborales, era escenario de la construcción de una casa y tenía varias salidas a la calle. La pared frontal estaba ya levantada, pero sin puertas. Es decir, estaban ya los marcos en los agujeros para las puertas, pero no habían colocado las hojas. Desde el lugar en que hice estas raudas observaciones antes de avanzar pude ver que los vecinos de las casas de la acera opuesta y los transeúntes que se refugiaban de la lluvia bajo los aleros, me habían visto saltar. Pero se habían quedado callados, mirándome nomás. Salí a la calle. A menos de cinco metros estaba un *jeep* de la policía con alguien dentro que veía en dirección opuesta a la mía, dándome las espaldas. Comencé a caminar normalmente hasta la esquina próxima. Allí doblé y entré en carrera abierta, buscando salir lo más pronto posible de la población rumbo a la Carretera Panamericana, sabiendo que tenía los minutos contados. En cuanto Canessa volviera a mi celda, se armaría el escándalo.

Al llegar a la carretera, de acuerdo a mi plan previo, hice señales para que me pararan a uno, dos hasta tres autos. Mi aspecto sucio hasta más no poder, bigotes largos, barbita de preso, el cabello blanco de telarañas y polvo, todo ello conspiraba en mi contra convincentemente. Nadie me iba a hacer el menor caso. Por el contrario, se me eludía suponiendo que yo era un borracho o un loco o un asaltante. Entonces me metí al monte.

Había una oscuridad total y el terreno de la zona que rodea a Cojutepeque es de lo peor, en términos de tersura topográfica, lleno de monte áspero, sumamente quebrado, pedregoso, polvoriento o exuberante, cambiante a cada paso. Y mi correr tenía sus propias limitaciones, era como el correr de un ciego. A lo lejos y en dirección del puesto de policía que dejaba se distinguían las locas luces de las linternas en manos de personas que corrían en varias direcciones, entre perros que ladraban y gritos como de órdenes. Canessa habría vuelto a la celda. Por momentos me quedaba sin

avanzar, braceando y pataleando, enredado en las lianas o las zarzas. Bajé por una loma cuyo escobillal estaba tan enmarañado, que simplemente rodé por su superficie, sin hundirme ni detenerme. Más allá caí en una trampa vegetal prototípica para momentos-cráter: una especie de nido formado con las ramas de una mata que se conoce con el nombre de «pan caliente», quemante como una brasa al menor contacto. Pude salir de allí al cabo de unos minutos de lucha, con los dientes apretados y los ojos llorosos. Pero así y todo seguía corriendo, internándome en el monte, buscando el bosque espeso. Buscaba penetrar así un kilómetro hacia el norte para luego caminar paralelamente a la carretera, con rumbo a San Salvador, distante unos 35 kilómetros. En la zona había también lugares pantanosos y, sobre todo, barrancos, quebradas formadas por pequeñas corrientes de agua. Esto lo supe por primera vez cuando en plena carrera tenebrosa perdí el pie y caí sentado, sin mayores quebrantos, en un riachuelo, unos tres metros más abajo de donde venía. Luego caí de cabeza en una quebrada mayor y fui un Orfeo descendente hasta que la generosa rama de un arbusto en forma de gancho me detuvo por la frente, saliendo de este trance con la ropa rota (el pantalón) y el primer chichón serio. Al principio creí que me había partido la cabeza y que sangraba, sentí que algo caliente me corría profusamente por la cara. Pero era solamente sudor, más abundante que en el más intenso partido de fútbol que jugué en mi vida. Comprobación que no fue fácil pues tratar de diferenciar la sangre del sudor en plena oscuridad y en plena angustia es realmente siniestro: ni el tacto ni el olfato ni el gusto te ayudan en aquella maraña de olores familiares, sales idénticas y consistencias tibias. Comprendí que si seguía avanzando así, locamente en la total oscuridad, me iba a partir la vida o por lo menos una pierna, que es tan concreción de la vida como la que más, y entonces sí que las cosas iban a ponerse mortales. Había que recordar asimismo que no tenía nada para comer, que había cenado solamente

un huevo y que tenía acumulada la debilidad natural de los meses de cárcel, comiendo sobras en condiciones de pozo. Decidí esperar hasta que amaneciera. Si entonces el hambre me mordía por lo menos podría caminar para buscar comida. Y no caía así en la inconciencia: sabía que cada minuto que permaneciera en esa zona cercana al lugar del que me había fugado multiplicaba el peligro de ser recapturado por eventuales patrullas lanzadas en mi persecución o de quedar prisionero en el cerco que podían tender calculando mi velocidad de marcha a fin de fijarme en un territorio que luego sería rastrillado con más calma. Pero la rotura de una pierna era más inminente, era lo primero que debía evitar. Una pierna partida no me serviría en ningún caso. Subí hasta un claro de la loma, desenrollé y tendí mi *nylon* y me dispuse a dormir.

Estaba escriturado hasta el detalle en los memorándums de la naturaleza que ese día sería el de mi segundo nacimiento. En menos de diez minutos, cuando aún ni siquiera había normalizado el ritmo de la respiración alterada por la escabrosa carrera, comenzó a subir hacia el centro del cielo negro la luna más grande que he visto en mi vida, una luna como para telón de fotógrafo de feria o para reducir al absurdo una tela selvática del aduanero Rousseau. Todo quedó claro como el día. Es lógico que decidiera continuar caminando, ya sin las desventajas de la negra carrera. Caminé, caminé, caminé, rabiosamente. Caminé hasta caer al suelo de cansancio, después de unas cuatro horas de subir y bajar lomas. Siempre he sido un buen caminador a pesar de mis pulmones nicotinizados y transnochadores de cien temporadas teatrales (bueno, digamos, veinte), siempre llenas de segundas actrices temperamentales y emocionables en el momento preciso. Pero en esta ocasión esas cuatro horas fueron demasiado. Al caer al suelo, antes de dormirme, pensé que habría caminado por lo menos unos doce kilómetros y que me quedaban veintitrés hasta San Salvador. Pensé

además: ¿Qué tipo de persecución habrán emprendido en mi contra? ¿Patrullas o cerco? ¿Ambas a la vez?

Cuando desperté serían las cuatro de la mañana. Traté de orientarme. Pero el silencio de la noche no me guiaba y las luces de la madrugada habían borrado del firmamento el resplandor de San Salvador, que antes podía percibir cuando llegaba a la cumbre de las lomas. Después de un rato oí el ruido de un camión o de un bus y pude situar la carretera. A pesar de los peligros decidí alcanzarla para ver basta dónde había avanzado paralelamente. En la carretera me esperaba una dura sorpresa, otro momento-cráter: estaba solamente a dos kilómetros y medio de Cojutepeque. O sea: todavía al alcance inmediato de la mano de mis carceleros y a más de treinta kilómetros de la ciudad donde buscaría refugio. La caminata angustiosa se había invertido en subir y bajar lomas sin alejarme, rectilíneamente como la carretera, del lugar de la fuga. Recordé para consolarme, a aquel imbécil militar salvadoreño que en 1944, durante los preparativos de la invasión estudiantil desde Guatemala, para derrotar a Osmín Aguirre, calculó las distancias sobre el mapa trazando líneas rectas de un punto al otro, sin atender a las curvas de nivel. Muchos de aquellos invasores fueron asesinados por la Guardia Nacional cuando se habían quedado dormidos en la ruta, muertos de cansancio. Los de mejor suerte tuvieron que fusilar a sus prisioneros, acostumbrados a caminar sin límites cartográficos, antes de caer dormidos en sus brazos. Decidí caminar un poco sobre la carretera, buscando un lugar mejor para entrar de nuevo al monte, pues la ruta que había seguido hasta allí cortaba muchos caminos. La oscuridad todavía me ayudaba. Al cabo de unos cincuenta metros me encontré con un grupo de campesinos que iban al trabajo. Sonaron las campanas de una iglesia cercana, llamando a la primera misa. Estaba en las inmediaciones de Santa Cruz de Michapa, un pueblecito que visité mucho en mi infancia. Saludé a los campesinos y apresuré el paso. ¿Qué hacer? ¿Cortar

por el pueblecito y entrar al monte por la calle que va a Tenancingo o seguir por la carretera hasta más adelante? Meditando en eso estaba cuando desde el oriente apareció bufando un viejo bus interurbano, atestado de pasajeros. Sin pensarlo mucho, casi automáticamente y creyendo que no me iba a parar, le hice una señal al chofer. De tal manera que hasta me sorprendí cuando el armatroste se detuvo unos metros más allá. Subí. Dentro venía un Guardia Nacional con una metralleta. Me echó una mirada larga, pero no pasó de ahí. Mi aspecto, la ropa hecha girones, la suciedad, suficientes para fracasar en el auto-stop, no era sin embargo un espectáculo extraordinario: el harapo es el uniforme social de extensas capas de la población rural de El Salvador. Yo tenía aún 65 centavos sobrantes del peso que me regaló el policía impresionable y el pasaje hasta San Salvador me costó cincuenta. Por un momento había pensado en quedarme a medio camino, en un pueblecito llamado San Martín donde recordaba que vivía un amigo y compañero de estudios llamado Elías Herrera, pero luego pensé que aún era posible ganarle tiempo al cerco eventual. Además, pronto amanecería, serían cerca de las cinco de la mañana. Como el bus estaba repleto yo me ocultaba concientemente entre el apretujamiento de cuerpos, olores y colores: masa informe, recién despertada y todavía soñolienta de mi pueblo, regazo de todos nosotros.

El viaje transcurrió sin incidentes por unos veinte kilómetros y yo pensaba mucho sobre la forma de entrar en la ciudad, la necesidad de localizar una casa amiga antes de que saliera el sol. Maldiciendo la hora en que se me ocurrió llevar una vida tan llena de entrevistas y grandes fotografías en todos los periódicos, pensé que de seguro estarían ya esperándome en la terminal de buses y que llegar hasta ella sería una imprudencia estúpida. La presencia de un agente de la CIA de alto nivel en el interrogatorio me obligaba a aceptar que los órganos represivos salvadoreños actúan con los métodos de sus amos, los servicios secretos norteamericanos. La

cuestión de movilizarme y eludir la persecución se me complicaba seriamente por el desconocimiento que tenía del funcionamiento actual de la ciudad y sus alrededores. Como había estado fuera del país por dos años y como los criterios de las autoridades salvadoreñas que regulan el tránsito son tan variables como los intereses en juego, me hacía un caos con los números de las rutas de buses, sus itinerarios, número y lugares de las paradas. Concretamente, no sabía dónde bajarme del bus para quedar lo más cerca posible de la ciudad sin llegar a la Terminal. De pronto, el bus se detuvo, muy cerca del aeropuerto de Ilopango. Por el apretujamiento que me absorbía todo el panorama exterior, no me percaté por el momento, de la razón. Un hombre viejo, que iba sentado cerca de mí le dijo a su mujer que detrás de nuestro bus se había detenido otro, un bus de la ciudad ya y le pidió que comprobara si era de la ruta 29, que hace el servicio entre el aeropuerto y el Hotel El Salvador, al otro lado de la ciudad, en las faldas del gran volcán. Cuando la mujer, por su ubicación más favorable, pudo confirmar que se trataba precisamente de uno de esos buses, ambos decidieron bajarse y pasar al nuevo bus. Como a mí me convenía también esa ruta, que me resolvería todos los problemas de entrar a la ciudad, ya que la atravesaba de largo a largo, bajé tras ellos y subí también al otro. Era un bus, Berliet o Mercedes Benz, muy iluminado. El pasaje valía diez centavos hasta el centro.

Cuando me senté y eché la primera ojeada por la amplia ventana, me di cuenta del motivo por el cual el otro bus se había detenido. Atravesados en la mitad de la carretera, en la parte que va hacia San Salvador, estaban dos autos grandes de la Sección de Investigaciones Especiales de la Policía. Un grupo de agentes sin uniforme, con metralletas, entre los cuales se encontraban algunos de los que me custodiaron en la *garçonniére,* bajaban a la gente de los autos y les alumbraban la cara con las linternas, registraban los baúles y levantaban los asientos. Dos oficiales del ejército dirigían

la operación. Una pareja subió al bus y se sentó a mis espaldas. El hombre fue compañero mío en la Facultad, por varios años, pero no me reconoció cuando me miró al pasar. El chofer cerró la puerta y sonó el claxon pidiendo vía en dos momentos en que los policías hacían descender a los pasajeros del bus (Guardia Nacional con metralleta inclusive) que yo abandoné. Por la disposición de los autos no me vieron cambiar de bus, aunque todo ocurrió en un círculo de unos veinte metros. Nuestro chofer estaba atrasado y aceleró el motor, iniciando la maniobra para retroceder y luego sobrepasar el obstáculo. Pero le sonaron un silbatazo y detuvo la marcha, poniendo la llave en apagado. Creí que ya me habían visto y reconocido y que hasta ahí iba a llegar mi intento de fuga. Me consolé pensando en que mi recaptura sería presenciada por mi antiguo compañero de Facultad y que por medio de él se difundiría el suceso hasta llegar al Partido. Por mi parte, haría el gran escándalo y gritaría mi nombre para dejar constancia de que seguiría detenido (o sería muerto) en manos del Gobierno, que negaba aún toda participación en mi secuestro. Pero nadie acudió y el chofer encendió de nuevo, diciendo agriamente que no estaba para perder el tiempo y que tenía un horario fijado. Sobrepasó al viejo bus y cuando un policía lo quiso detener, otro le gritó: «Déjalo pasar, es bus urbano y sale de aquí mismo». Al atravesar el cerco, las cabezas de los oficiales del ejército me pasaron bajo el nivel de la mandíbula.

Cuando, una parada más adelante, subió un grupo grande de trabajadores y el bus se llenó de conversaciones y risas, me cambié de asiento, situándome detrás de mi compañero y le hablé. Me reconoció, muy sorprendido. Vino a sentarse a mi lado y su mujer tuvo un gesto de inquietud, suponiendo muy explicablemente que yo era un borracho que trataría de sacarle plata a su marido. Acertó parcialmente, porque antes que todo le pedí plata, para tomar un taxi. Se portó excelentemente y no solo me dio el dinero sino que,

al llegar a la ciudad, se bajó conmigo y su mujer en un paradero de taxis y hasta habló por mí con el chofer, diciéndole que yo era un empleado suyo que no conocía la ciudad y que por favor me llevara a un lugar que yo le iba a indicar. Así pude llega a un refugio de confianza y posteriormente tomar contacto con el Partido, que a esas alturas, no tuvo reparos en aceptar que el significado de mi existencia salvadoreña debía meditarse y practicarse en la ilegalidad, que mi *weltanschaung* local debería ser *weltanschaung* protegida de la policía criolla y de la CIA por la clandestinidad.

Pero tampoco en esta ocasión duraría mucho mi vida secreta. Escribo todo esto en el extranjero, otra vez lejos de mi país y de mi pueblo, en pleno 1965. Mi presencia en la clandestinidad en tiempos de adormeciente paz terminó por ser contraproducente para todos y para todo, según me dijo el Secretariado en pleno del Comité Central: era yo un señuelo para la represión, quemaba los autos del Partido y hasta los refugios que se podían conseguir con grandes dificultades con mi figura demasiado publicitada (la fuga había sido otro escándalo más, con caracteres de escándalo en las primeras planas). Y al final de cuentas el Partido venía siendo perseguido por una actividad que no estaba interesado ni siquiera en discutir. La situación habría sido distinta si de verdad, como la policía y la CIA creían, yo fuera un cuadro militar, un organizador de aparatos de acción. A quien le rinde algo un autor dramático clandestino, un director sin escenario? La salida del país fue la fórmula auxiliadora: de lo contrario tendría que haber permanecido encerrado por años en una habitación solo diferente a mi celda de Cojutepeque por la cordialidad. Pero incluso en este caso, ¿quién iba a pagar mi comida? Ni el Partido ni mi economía familiar estaban para agotar sus reservas en encerrados innecesarios e improductivos. Si la vez anterior mi salida del país había indignado a algunos camaradas, ahora era la fuente de la felicidad.

El verano madura en torno mío. Represento al Partido en lo que va quedando de la Kominform. He engordado quince libras, tengo no un auto sino una flotilla de autos y choferes al alcance del teléfono, mis hijos están en una escuela donde se codean con los futuros totems del servicio exterior, tengo derecho a un mes de vacaciones familiares pagadas en cualquier lugar del mundo socialista. Viajo regularmente a Austria, Francia, Cuba, Suecia. Tengo una amiga estable y algunas aventurillas de vez en cuando con las estudiantes que cantan a coro en las cervecerías. Sin embargo, no he podido escribir un triste diálogo desde hace meses. En ocasiones siento como si regresé a El Salvador simplemente a conseguirme una coartada presentable para quedarme fuera del juego. Luego me digo que no es así, que las circunstancias han decidido por mi conciencia, que aquí también cumplo una tarea importante. Pero el pensamiento vuelve. ¿De qué me escapé yo? ¿De la cárcel del enemigo tan solo? Así le he planteado a Otto Rene mis inquietudes, antes de que se fuera de regreso a Guatemala, al trabajo en las montañas, hace solo unos días. Otto me dijo solamente; amable: «Déjate de babosadas metafísicas. Todo pasa en la vida. Acordáte de que el Che *era* médico». El Otto de siempre, igualito al de San Salvador, siempre tratando de apuntarle al corazón a la metafísica.

A menudo recuerdo, asimismo, una noche en San Salvador, cuando Waldo sirvió de intermediario para que yo aceptara tomar unos tragos en la casa de don Francisco Solar, el multimillonario judío-salvadoreño. Don Francisco bebió conmigo una botella de champaña en privado, me mostró sus piezas de arte y sus cuadros y luego me dio una larga charla sobre la incapacidad teórica de los comunistas salvadoreños. «¿Quién entre los dirigentes del Partido —me dijo— conoce siquiera algo de finanzas? Y así quieren tomar el poder de manos de quienes lo tenemos porque somos los más capaces». Terminó ofreciéndome una beca para estudiar en Europa. Luego, ya en otro lugar, en un bar del centro, cuando se

acercaba la madrugada, Waldo insistió en convencerme para que aceptara lo que él aceptó años atrás y me decía casi suplicante: «No se te pide que dejes de ser comunista. Puedes seguir siendo comunista en Europa. Y mientras te desarrollas artísticamente, puedes militar perfectamente en el Partido Francés, un gran Partido, un Partido sabio, de larga experiencia».

San Salvador 1964
La Habana 1971-1973


ocean sur
una editorial latinoamericana
www.oceansur.com • info@oceansur.com

POBRECITO POETA QUE ERA YO...

Esta novela logra, con un contenido sarcástico y a veces mordaz, compendiar toda la época que vive la nación salvadoreña y reflejar los dilemas casi filosóficos en el que sus protagonistas poetas se debaten. Desde el punto de vista estético, incorpora nuevas formas de escribir y diversas técnicas que la vuelven una obra literaria muy experimental.

Publicada por primera vez en 1976 —un año después del asesinato de su autor, el revolucionario salvadoreño Roque Dalton— la obra reúne sucesos históricos, lugares, referencias a personalidades de El Salvador e importantes críticas al sistema capitalista. Una vez más el poeta nos lega otra de sus obras cumbres, de obligatoria lectura para todos los amantes de la poesía, la narrativa y las revoluciones.

Roque Dalton (El Salvador, 1935-1975) es, sin duda, uno de los intelectuales y revolucionarios más interesantes y audaces del siglo XX en América Latina. Aunque ha sido más conocido por su poesía, sus títulos abarcan todos los géneros literarios, e incluyen: *Taberna y otros lugares* (poesía, 1969); *¿Revolución en la revolución? y la crítica de derecha* (ensayo, 1970); *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador* (relato testimonial, 1972); *Pobrecito poeta que era yo* (novela, 1976), entre otros.

US$22.95







www.oceansur.com
www.oceanbooks.com.au